

# BIBLIOTECA DEL SOLDADO

## TOMO I



Secretaría de la Defensa Nacional  
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México  
Secretaría de Educación Pública

BIBLIOTECA  
DEL  
SOLDADO

TOMO I



PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

**Presidente de la República**

Enrique Peña Nieto

SECRETARÍA DE LA DEFENSA NACIONAL

**Secretario de la Defensa Nacional**

General Salvador Cienfuegos Zepeda

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

**Secretario de Educación Pública**

Emilio Chuayffet Chemor

**Subsecretario de Educación Superior**

Fernando Serrano Migallón



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

**Directora General**

Patricia Galeana

**Consejo Técnico Consultivo**

Fernando Castañeda Sabido, Aurora Gómez Galvarriato,  
Luis Jáuregui, Álvaro Matute,  
Ricardo Pozas Horcasitas, Ariel Rodríguez Kuri,  
Salvador Rueda Smithers, Adalberto Santana Hernández,  
Enrique Semo y Gloria Villegas Moreno.

BIBLIOTECA  
DEL  
SOLDADO

TOMO I

Presentación

Patricia Galeana

Introducción

Vicente Quirarte

Selección

Felipe A. Ávila Espinosa

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS  
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

MÉXICO, 2013

**Portada:** Tipo característico de las fuerzas constitucionalistas, al mando del general Álvaro Obregón. Imagen tomada del libro *Crónica Ilustrada. Revolución Mexicana*, México, Editorial PUBLEX, S. A., 1966-1968, t. V, p. 120.

Las obras que integran la colección de relatos de la *Biblioteca del soldado* fueron tomadas, en cada caso, de la edición indicada como nota en asterisco al inicio de cada novela.

Derechos reservados

© Fondo de Cultura Económica:

*Tropa vieja, Fui soldado de levita de esos de caballería, La Ciudadela quedó atrás* y *Memorias de campaña* de Francisco L. Urquizo; *Frontera junto al mar* de José Mancisidor; y *Los de abajo* de Mariano Azuela.

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738, México, D. F.

Primera edición dentro de la Biblioteca del soldado, 2013

ISBN 978-607-9276-27-0, obra completa

ISBN 978-607-9276-28-7, primer tomo

Derechos reservados

© Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM)

Francisco I. Madero núm. 1, San Ángel,

Del. Álvaro Obregón, México, 01000, D. F.

[www.inehrm.gob.mx](http://www.inehrm.gob.mx)

Impreso y hecho en México

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN	VII
Patricia Galeana	
Directora General del INEHRM	
	IX
ARMAS Y LETRAS EN LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA	
Vicente Quirarte	
LA BIBLIOTECA DEL SOLDADO	
TOMO I	
<i>A un joven militar mexicano</i>	3
Francisco L. Urquizo	
<i>Los de abajo</i>	41
Mariano Azuela	
<i>Los caciques</i>	143
Mariano Azuela	
<i>Campamento</i>	215
Gregorio López y Fuentes	
<i>¡Vámonos con Pancho Villa!</i>	321
Rafael F. Muñoz	

ÍNDICE

<i>Se llevaron el cañón para Bachimba</i> Rafael F. Muñoz	469
<i>El feroz cabecilla y otros cuentos de la revolución del norte</i> Rafael F. Muñoz	595

## PRESENTACIÓN

La novela de la Revolución Mexicana fue uno de los mayores logros culturales producidos por ese gran acontecimiento fundacional del México del siglo xx. Ese nuevo movimiento literario, que inauguró la pluma de Mariano Azuela desde los primeros años de la gesta revolucionaria, con obras tales como *Andrés Pérez, maderista* (publicada en 1911) y *Los de abajo* (1915), alcanzó su mayor esplendor con la extraordinaria prosa de Martín Luis Guzmán —sin duda el más destacado de los novelistas de la Revolución—, cuyos libros *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929) se cuentan entre las mejores obras de la literatura nacional, al igual que los escritos autobiográficos novelados de José Vasconcelos, *El Ulises criollo* (1935) y *La tormenta* (1936). Otros grandes representantes de ese género fueron Gregorio López y Fuentes, con novelas destacadas como *El indio* (1935) y *Campamento* (1931); Rafael F. Muñoz, con *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1931) y *Se llevaron el cañón para Bachimba* (1941); Nellie Campobello, con *Cartucho. Relatos de la lucha en el norte de México* (1931) y *Las manos de mamá* (1937), y desde luego, Francisco L. Urquiza, cuyas obras más conocidas son *Tropa vieja* (1937) y *Fui soldado de levita de esos de caballería* (1967), por mencionar sólo a algunos de los más célebres escritores de dicha corriente.



La novela de la Revolución Mexicana contribuyó a forjar la identidad nacional. En sus páginas, los escritores plasmaron sus propias vivencias y las de su entorno, por lo que poseen un fuerte contenido autobiográfico, pero además tuvieron la capacidad de crear situaciones y personajes literarios cuyas acciones no se ajustaban a los hechos históricos y, sin embargo, expresaban su propia visión, idealizada en algunos casos, desencantada y escéptica en otros, de lo que fue la vorágine revolucionaria. Gracias a sus novelas y relatos, el público pudo acercarse a conocer el proceso revolucionario, sus grandes personajes y sus batallas más importantes, así como la descarnada lucha por el poder y las pasiones humanas que movían a sus líderes y ayudaban a explicar los acontecimientos. La novela de la Revolución, junto con la pintura de nuestros grandes muralistas y con el cine nacional de mediados del siglo pasado, fueron los medios a través de los cuales la sociedad mexicana pudo conocer nuevas miradas y descripciones de lo que significó para la gente común de la época ese magno acontecimiento, fundador, en muchos sentidos, del México moderno.

En la presente edición hemos incluido una selección de varias de las mejores novelas y relatos de la Revolución Mexicana, en los que el ejército revolucionario es el protagonista central, sea a través de sus filas constitucionalistas o villistas. En estas páginas, el lector podrá conocer la vida cotidiana de las tropas revolucionarias; algunas de sus más memorables batallas; las angustias, temores y esperanzas de sus soldados; el carácter y disciplina de sus jefes; los sufrimientos y carencias cotidianas de los soldados de a pie, sus amores y esperanzas; todo lo cual constituye un enorme fresco que pinta con vívidos colores lo que fue realmente este episodio de la vida nacional. Estamos seguros de que a través de esta *Biblioteca*, el lector podrá evocar los acontecimientos y valorar la importancia de la Revolución Mexicana, así como el papel que tuvieron en ella los soldados que formaron los grandes ejércitos revolucionarios.

El Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) tiene la satisfacción de contribuir con esta antología de novelas y relatos a la Conmemoración del Centenario del Ejército Mexicano.

*Patricia Galeana*  
Directora General del INEHRM

## ARMAS Y LETRAS EN LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

*Vicente Quirarte*

En 2010 dimos inicio a la conmemoración de fechas centenarias. Conforme avanza el siglo, nuevas efemérides exigen el funcionamiento integral de la memoria. El presente 2013 está destinado a recordar la creación del Ejército Mexicano, protagonista decisivo en grandes momentos de la historia, ya cuando se trató de proteger las Tres Garantías de nuestra naciente independencia política, ya cuando en este joven e intenso siglo XXI los desastres naturales ponen a prueba su capacidad de disciplina, organización y servicio. Es el ejército que en 1846 enfrentó la invasión norteamericana y escribió sus mejores páginas en La Angostura o con la última bala de los jóvenes cadetes del Castillo de Chapultepec; el forjado en el transcurso de la Guerra de Reforma, que venció en los llanos de Calpulalpan a las tropas de la reacción y más tarde enfrentó al mejor ejército del mundo; el que ha estado en defensa de los valores y no en el pronunciamiento inmediato. Es a ese ejército abnegado y a veces injustamente olvidado, cuando no injuriado, al que recordamos y al que la narrativa de la Revolución Mexicana rinde homenaje en las páginas que integran el presente volumen.

Un cuadro al óleo de Julio Ruelas, pintado el año 1900, ilustra inmejorablemente el estado del cuerpo armado en ese instante del nuevo siglo. El general Sóstenes Rocha cabalga en compañía de su

Estado Mayor, uniformado en traje de gala. Atraviesan un bosque que parece ser Chapultepec. Desde el sargento de rasgos marcadamente indígenas que sostiene la corneta de órdenes hasta el general Rocha, diez centauros recorren, ornan y dignifican la ciudad en actitud solemne, pero relajada. Celosos de sus privilegios, con el prestigio de sentirse protectores de la paz, ya no protagonistas de aquellos pronunciamientos que ahogaron el siglo XIX, los militares del XX reflejan la prosperidad de una ciudad que crece bajo la mano férrea de un gobierno creyente en la fórmula que despoja de guarismos a la política y los añade —dadivosa— a la administración. Atrás quedaba también el desfile de tropas heterodoxas que exhibían sus miserias frente a cada nueva invasión extranjera o ante el cuartelazo en turno. Brazo armado del juarismo y posteriormente de Díaz, Sóstenes Rocha representa en el cuadro de Ruelas la nueva misión del ejército: participar en desfiles que den cuenta del nuevo armamento, del lujo del uniforme, de la disciplina de sus cuadros. Sin embargo, las instituciones, como los países y los sistemas sociales, no pueden permanecer estáticos. Como el sistema político encabezado durante tres décadas por el general Porfirio Díaz, el ejército no podía permanecer dormido en sus laureles. Por eso fue superado y transformado por una nueva fuerza arrolladora surgida de las entrañas del pueblo. Pocos lo explican mejor que Rafael F. Muñoz al referirse a los hombres que en su novela *¡Vámonos con Pancho Villa!* se integran a las fuerzas de la División del Norte:

Y los hombres acostumbrados a la vida armada del campo, donde a tiros se defiende una milpa contra los ladrones de elotes, a tiros se disputa un caballo salvaje si más de un jinete lo persigue, a tiros se vive y a tiros se muere, esos rancheros fueron de una vez a disputarse en la Revolución no una mazorca o un potro, sino un derecho a la vida más alto. Ellos no habían sido peones nunca y no iban como éstos a la revolución, con el solo deseo de un pedazo de tierra que llamar propio.

Las épocas de grandes convulsiones sociales crean formas distintas de percibir la realidad, fundan mundos nuevos donde es necesario otorgar otros nombres a los seres y a las cosas. No obstante que la emancipación literaria respecto a los modelos extranjeros será un proceso más lento y con mecanismos tan delicados como los de la

independencia política, desde el estallido del movimiento la musa anónima no espera los debates de Academia y se convierte en eficaz arma de combate. Armas y letras designan dos de las principales ocupaciones de la humanidad, dos de los instrumentos mediante los cuales nuestra especie ha dirimido tradicionalmente sus necesidades y placeres, sus alegrías y congojas. Miguel de Cervantes se encargó de separarlas y enaltecerlas en el discurso del capítulo XXXVIII de la primera parte de *Don Quijote*:

...dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra tiene también sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrían sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios.

Los hechos ocurridos durante la Revolución tienen una etapa inicial de concordia e intercambio de ideas: la propuesta para el inevitable cambio. Las armas serán grandes protagonistas, sucesoras de semejante escenario. Sin embargo, al lado de bayonetas, fusiles y cañones tiene lugar la actuación de las letras, aquellas que intentan contra viento y marea la construcción de un país que pareciera desvanecerse de un instante a otro, o resurgir —como lo ha hecho— de sus cenizas, como el ave Fénix. La Revolución de 1910 propicia el surgimiento de una literatura que si bien tiene su reflejo más vigoroso en la novela, halla otros afluentes en una nueva oratoria o en una forma diferente de incluir en la poesía el paisaje y la tierra. Antes que las armas fueron las letras. Aquello que unificaba a las diferentes fuerzas que en distintas partes de la República iban a alzarse contra el gobierno establecido era precisamente el Plan de San Luis Potosí. Una leyenda cuya veracidad aún no ha sido comprobada es que el poeta Ramón López Velarde, simpatizante de Madero, participó en la redacción del documento.

Los cinco autores cuyas obras aquí se incluyen no agotan la vasta lista de nombres y autores de la narrativa de la Revolución Mexicana, un género cuya solidez, abundancia y frecuencia explican el impacto que el movimiento provocó en el alma y el cuerpo de sus protagonistas y testigos, de sus víctimas y triunfadores. Distingue a

los escritores haber participado directamente en los hechos narrados y trasladarlos a la página de acuerdo con diversas estructuras literarias y animados por la espuela de la imaginación. Destaca además en ellos la participación de un ejército formado en medio de acontecimientos que se sucedían vertiginosamente.

En el caso de Rafael F. Muñoz (1899-1972), las experiencias personales del autor, que como periodista tuvo la oportunidad de conocer a Francisco Villa y recibir el impacto de su imponente personalidad, se traslada a otras voces, crea personajes inolvidables u otorga altura estética a un hecho terrible como la muerte de Rodolfo Fierro, según da fe en el cuento “Oro, caballo y hombre”, uno de los mejores textos que se han escrito sobre la Revolución. En otros casos, como el de Francisco L. Urquizo (1891-1969) en *La Ciudadela quedó atrás*, el subtítulo define el tono y objetivo de la obra: *Escenas vividas de la Decena Trágica*. Prácticamente no existe maquillaje: quien habla es el propio Urquizo, que en el momento de los hechos era subteniente del cuerpo de caballería de la guardia presidencial.

Por su parte, José Mancisidor (1894-1956), aquí representado por la novela *Frontera junto al mar*, en ese fatídico 1914 era ya sargento, pues había estudiado en la Escuela Militar de Maestranza en San Juan de Ulúa, por lo cual su testimonio de la defensa es de primera mano. Posteriormente participó en la Brigada Ocampo y bajo las órdenes del general Heriberto Jara hizo campaña en los estados de Veracruz, Puebla, Oaxaca y Tabasco. Mancisidor ilustra el instinto patriótico de los habitantes del puerto que los lleva a enfrentar la invasión norteamericana y más tarde a participar en la Revolución.

En lo que se refiere a Gregorio López y Fuentes (1897-1966), cuya novela *El indio* habría de consolidar su nombre como uno de los grandes representantes de la novela indigenista, a los 16 años fue enviado, junto con otros alumnos de la Escuela Nornal, a combatir a los norteamericanos que invadían Veracruz; más tarde participó activamente en las tropas carrancistas. Además de la intensa fuerza dramática de sus situaciones, la novela *Campamento*, que transcurre en un solo día, da testimonio fiel de la vida cotidiana de los combatientes, sus aspiraciones y rivalidades, sus virtudes y sus defectos. Escribe Rafael Torres Sánchez en el prólogo escrito para la edición centenaria de la obra:

...en el montaje de López y Fuentes sobreviene algo poco común, aunque no inexistente en la narrativa revolucionaria: el ejército federal deviene primer actor de reparto. Pero se trata de los restos de una agrupación castrense derrotada, tan descompuesta que de la antigua marcialidad apenas quedan vestigios. Los “pelones” llegan exhaustos y empolvados con todo y mujeres e hijos, resistiendo estoicamente la crítica de sus vencedores, para quienes tal carga es una de las razones que explican la derrota del brazo armado del antiguo régimen porfirista.

¿Cuándo comienza la novela de la Revolución Mexicana? Uno de sus más asiduos cultivadores, el que da tema y nombre a los sucesos iniciales del movimiento, es el escritor oriundo de Lagos de Moreno: Mariano Azuela (1873-1952), que en una obra como *Los caciques*, da cuerpo literario, de manera inmediata, a los sucesos revolucionarios que se suceden de manera vertiginosa. Pero es con *Los de abajo*, elocuente homenaje a los desposeídos, donde el autor logra un vigoroso mural de palabras de los hombres y ritos de paso de la Revolución. La novela apareció en 1916, cuando el movimiento aún se encontraba en proceso, el mismo año en que murió Victoriano Huerta, prisionero y en el exilio, Venustiano Carranza fue reconocido por varios gobiernos extranjeros y a Francisco Villa se le declaró fuera de la ley. Puede decirse que la novela de la Revolución termina simbólicamente con *El resplandor* de Mauricio Magdaleno, publicada en 1937, cuando la Revolución, con Lázaro Cárdenas en la presidencia, consume a través de programas y medidas concretos los motivos que fueron causa esencial del movimiento. *Los de abajo* es un antes y un después. Su autor había estudiado la carrera de medicina y desde muy temprano publicó igualmente sus primeras novelas. Escuchemos el testimonio en voz del autor:

Satisfice entonces uno de mis mayores anhelos, convivir con los genuinos revolucionarios, lo de abajo, ya que hasta entonces mis observaciones se habían limitado al tedioso mundo de la pequeña burguesía. Formando parte, como médico, de las fuerzas revolucionarias de Julián Medina, compartí con aquellos rancheros de Jalisco y Zacatecas —ojos de niño y corazones abiertos— muchas de sus alegrías, muchos de sus anhelos y muchas de sus amarguras (...) A veces, al terminar una jornada, había que seguir más adelante por vericuetos inextricables. Tres rudas semanas de travesía. De ochenta

llegamos catorce a Aguas (...) dejé a Caloca en el hospital militar de Chihuahua y me dediqué a dar forma a mis apuntes. Cuando los entregué a *El Paso del Norte*, de El Paso, Texas, me ofrecieron diez dólares semanales durante el tiempo que durara su publicación en el folletín. Jamás en mi vida he saboreado dinero como aquél.

Azuela enfatiza una de las características fundamentales de la narrativa de la Revolución Mexicana: el hecho de que sus escritores, como antes se dijo, hayan sido testigos y actores de los sucesos que narran. Los hechos de armas son narrados de mejor manera por quienes estuvieron en la primera línea del combate, por quienes como Rafael F. Muñoz manifestaron su vocación revolucionaria, y en este caso antifascista, cuando durante el gobierno de Manuel Ávila Camacho se dio de alta en el recién creado servicio militar obligatorio, donde obtuvo el grado de teniente coronel y la condecoración al mérito militar.

Imposible no mencionar en estas líneas a Martín Luis Guzmán, cuyas obras no se incluyen por cuestiones de derechos editoriales. Sus tres novelas plantean distintos y bien diferenciados proyectos narrativos, aplicables igualmente para examinar la producción mexicana en su conjunto. *La sombra de caudillo* surge desde la voz de un narrador omnisciente que traza con precisión matemática telarañas y laberintos del poder, alternando la intriga política con una estructura de novela policiaca: en *Memorias de Pancho Villa*, el autor acude a la máscara: la persona del Centauro del Norte le sirve de base para contar la historia desde dentro; finalmente, en *El águila y la serpiente*, el entonces joven revolucionario apenas salido de las aulas de convierte en narrador protagonista. Esta novela constituye la formación de una conciencia revolucionaria que atestigua la pérdida de la pureza original del movimiento. Sin embargo, aunque Guzmán aparece con todas sus letras en la novela-crónica, su habilidad narrativa lo lleva a hacerse a un lado, borrarse, evadir el culto al yo y ofrecernos los perfiles más vigorosos del movimiento. La novela arranca con la inmediatez y la exuberancia de una novela de Julio Verne. Dejándonos llevar por su vértigo, nos encontramos con una historia —de viva voz y de primera mano— del movimiento constitucionalista.

Textos varias veces antologados —tanto en los dominios de la historia como de la literatura— como “La fiesta de las balas”, “La

araña homicida” o “Viaje en las tinieblas” son historias independientes, sólo igualadas por cuentos de Rafael F. Muñoz, uno de los contados autores de literatura de la Revolución que se permite el sentido del humor. En *Memorias de Pancho Villa* el autor emprende un extenso monólogo dramático donde cede la voz a la figura que en su opinión encarnaba mejor la fuerza telúrica, primitiva e inmediata de la Revolución. Los motivos por los que entró en la lucha fueron semejantes a los de muchos otros, como lo dice en admirable síntesis Nellie Campobello: “Bartolo era de Santiago Papasquiario, Durango. Tenía la boca apretada, los ojos sin brillo y las manos anchas. Mató al hombre con quien se fue su hermana y andaba huyendo; por eso se metió de soldado”. Tan afecto a las descripciones poéticas, tan amante de las disquisiciones políticas, tramas y diálogos, Guzmán se convierte en un escribiente. No cede a la tentación de ofrecer un Villa aureoleado por la leyenda ni la autocompasión. Si antes expresaba su asombro y admiración ante la capacidad combativa del Centauro del Norte que ganaba grandes batallas “y ensanchaba como por arte de magia, en varios kilómetros el horizonte”, en las *Memorias*... la voz que habla se limita a dar fe, con la concisión de un parte militar, de las acciones de armas. El párrafo breve, la descripción acumulativa de acciones inmediatas nos convence de estar frente al jefe de la División del Norte. Por otra parte, Guzmán respeta el modo de hablar de Villa y pone a prueba su habilidad, el autor llena casi un millar de páginas con un “castellano de las sierras de Durango y Chihuahua, castellano excelente, popular, nada vulgar, arcaizante, cargado de repeticiones, de frases pleonásticas ricamente expresivas, de paralelismos recurrentes”. A partir de un hombre en particular, el autor nos da el sentir de una conciencia, aquella que hizo posible la Revolución.

Los cortes en el cuerpo de la escritura que da testimonio de los hechos pueden realizarse de modo diacrónico o sincrónico. Como ejemplo de lo primero tomemos los acontecimientos de febrero de 1913, que desde la capital sacudieron al país entero y demostraron que tras la salida de Porfirio Díaz, la verdadera revolución estaba comenzando. Los protagonistas de esos días que habrían de comenzar con la que la historia denominaría la Decena Trágica son, en este caso, un general de gran prestigio, Bernardo Reyes; un presidente de la República, Francisco I. Madero; un oficial del ejército, Francisco L. Urquizo; el diputado por el estado de Chiapas, Belisario



Domínguez, quien desde la puerta del Hotel Jardín, situado en la confluencia de las calles Gante y San Francisco, mira un inusitado movimiento de tropas. Unos pasos más allá, en la Plaza Mayor, un niño de nombre Manuel Toral Moreno se dirige a los baños públicos con una toalla en el brazo cuando ve desembocar a un hombre de barba blanca montado en un caballo de igual color. A los gritos suceden los disparos y el jinete, entre otros muchos cuerpos, cae al suelo. El general Bernardo Reyes había dejado de existir. Las consecuencias inmediatas de tales hechos han sido descritas por numerosas plumas. Inmediato y vívido es el relato que de esos minutos prolongados hace Francisco L. Urquiza, quien en una novela breve, como *La ciudadela quedó atrás*, da testimonio directo de su papel como soldado leal al gobierno de Madero. A la pluma bien temperada del hijo del general Bernardo Reyes se debe uno de los testimonios más estremecedores de ese primer día. A esa mutilación dedica dos textos, uno en verso y otro en prosa.<sup>1</sup> El poema dice:

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,  
desde qué pliegue de luz nos miras?  
¿A dónde estás, varón de siete llagas,  
sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:  
humean los cadáveres en pila.  
Los estribos y riendas olvidabas  
y, Cristo militar, te nos morías.

Desde entonces mi noche tiene voces,  
huésped mi soledad, gusto mi llanto,

y si seguí viviendo desde entonces  
es porque en mí te llevo, en mí te salvo,  
y me hago adelantar como a empujones,  
en el afán de poseerte tanto.

Al poema responderá con notas aún más altas la prosa profunda, solemne, sin tiesura, llena de timbres asordados que el poeta

<sup>1</sup> El poema aludido se titula “9 de febrero de 1913” y está fechado en Río de Janeiro el 24 de diciembre de 1932. La “Oración del 9 de febrero”, en prosa, la terminará seis años después, en Buenos Aires, el 20 de agosto de 1930.

Alfonso Reyes logra en las páginas en prosa de “Oración del 9 de febrero”. Con qué sobriedad surge el escorzo del hombre, cómo extrae sus luces y sus sombras, desde esa primera frase donde el pietismo autobiográfico es rescatado por la contundencia de la muerte que se transforma en catástrofe colectiva: “Hace 17 años murió mi pobre padre”. Con el asesinato de Madero y Pino Suárez da inicio el verdadero terror revolucionario. La fuerza de las palabras será el motivo de la muerte por parte de Victoriano Huerta de diputados y senadores. El más connotado de ellos, Belisario Domínguez, tuvo el valor cívico de enfrentarse a una Cámara totalmente comprada y escribir un incendiario discurso contra Huerta que, tras haber circulado impreso, constituyó su sentencia de muerte. Oportunidades de salvarse las tuvo, mas prefirió el honor de escribir lo que su conciencia le dictaba:

Me diréis, señores, que la tentativa es peligrosa porque don Victoriano Huerta es un soldado sanguinario y feroz que asesina sin vacilación ni escrúpulos a todo aquel que le sirve de obstáculo. ¡No importa, señores! La patria os exige que cumpláis con vuestro deber aun con el peligro y aun con la seguridad de perder la existencia. Si en vuestra ansiedad de volver a reinar la paz en la República os habéis equivocado, habéis creído las palabras falaces de un hombre que os ofreció pacificar la nación en dos meses y le habéis nombrado Presidente de la República, hoy que veis claramente que este hombre es un impostor, inepto y malvado, que lleva a la patria con toda velocidad hacia la ruina, ¿dejaréis, por temor a la muerte, que continúe en el poder?

Sin embargo, el sacrificio no fue en vano. A raíz de él, Huerta disolvió el Senado y comenzó su descalabro político, al tiempo que en el interior del país su ejército era sistemáticamente destrozado por los constitucionalistas.

Eran aquellos tiempos en que la duración entre la vida y la muerte era escasa, donde las fronteras entre ambos extremos se tocaban y confundían. “Era el tiempo tortuoso de la Revolución, cuando la trayectoria era lenta y acorralaba las vidas humanas, como los toros en la tienta”, escribe María Esther Nájera, autora de un libro de cuentos cuyo título, *Pasajeros de segunda*, constituye un manifiesto y una toma de postura con respecto a quienes se convierten en protagonistas de la parte más dolorosa del movimiento, “pasajeros

de segunda cabalgando en jinetes de dolor, sacrificadas por una Revolución que intenta redimir las”. Esta cotidiana vecindad con la muerte adquiere notas de humor sombrío, como en el cuento de Carmen Báez:

- Lo van a matar— dijo alguno.  
 La soldadera de los ojos verdes preguntó:  
 —¿Por qué van a matarlo?  
 —Porque es un hijo de la tiznada...

Mientras *Los de abajo* expone el proceso evolutivo de una guerrilla revolucionaria desde su origen hasta su inevitable corrupción, corresponde a Francisco L. Urquiza hacer el retrato de otros marginados: el de quienes son obligados a ingresar al ejército mediante la leva. Si Vicente Riva Palacio había anticipado la denuncia de esa práctica espuria en páginas de *Calvario y Tabor*, Urquiza entra en la piel, el sudor y el habla de su personaje y logra un retrato fiel del guerrero forzado, del perpetuo perseguido que por instinto de supervivencia va forjando sus valores hasta entender el sentido del movimiento. Es en las obras literarias donde Francisco L. Urquiza se desdobra en diversos personajes que son él mismo para dar testimonio de lo vivido. El personaje de la novela —casi una crónica— *La ciudadela quedó atrás*, como ya se dijo antes, es él mismo, un subteniente de caballería que forma parte, único maderista, del cuerpo de guardias presidenciales; pero es también Espiridión González, protagonista de *Tropa vieja*, obligado a entrar al ejército mediante el recurso condenable de la leva y que por azares del destino es llevado por el escritor a ser uno de los soldados que maneja la ametralladora en el nefasto 9 de febrero que nos ocupa.

Como Martín Luis Guzmán lo hará con la ciudad de los años veinte en *La sombra del cuadrillo*, Urquiza traza con sin igual precisión la topografía urbana que tiene lugar durante la Decena Trágica. Concede importancia a calles e hitos urbanos: le sorprende el vacío del paseo de la Reforma, la tranquilidad aparente de la noche antes del estallido de la violencia, la metáfora que encarnan los dos antagonistas del conflicto: la Ciudadela y el Palacio Nacional, con la representación que ambos tienen en el drama y sus sucesivas actuaciones en la historia de México. La Revolución modifica formas de

relación, vocabulario y costumbres. En medio de las desgracias que vive el personaje, hay lugar para destellos de gozo:

—¿Cómo te llamas, chata?

—Micaela Chávez, ¿y tú?

—Espiridión Sifuentes.

—¿Arreglados?

—Arreglados.

—Venga esa mano.

—Ay' stá.

Matrimonio arreglado a lo puro militar.

En las páginas postreras de *El águila y la serpiente*, cuando Martín Luis Guzmán, personaje y narrador objetivo de su contorno, cuenta el instante decisivo en que, en manos de Pancho Villa, tiene que elegir entre la vida o la muerte. Dueño no exclusivamente del terreno que pisa, el jefe de la División del Norte demostraba el enorme poder material que había reunido al espetarle: “Y vaya en busca de su familia: se lo consiento. ¿Necesita recursos? ¿Quiere un tren pa usted solo?”. Los trenes constituyeron el elemento fundamental para la modernización de la paz porfiriana y se convertirían en protagonistas del movimiento revolucionario. La lente de los hermanos Casasola ha registrado numerosas imágenes que se han vuelto simbólicas sobre la convivencia de los revolucionarios con la máquinas. Medio de transporte y de habitación para los ejércitos, fueron elementos para que quienes nunca habían viajado conocieran la extensión y variedad del país. Merced a ello, el paisaje se convierte en protagonista que pasa, vertiginoso, ante los ojos azorados de gente habituada al carácter sedentario.

La novela de la Revolución Mexicana descubre su paisaje. Lo inventa. Lo incorpora con los recursos del realismo, con la licencia que otorga la urgencia de ser y con una plasticidad de la que antes habían carecido nuestras letras. Ante la cercanía de la muerte, el paisaje acendra sus matices, redobla sus favores, pone un marco a la ceremonia que la cotidianidad pretende destruir.

Entre quienes construyeron la historia de la Revolución destaca el grupo que quiso hacerlo desde la perspectiva de sus años verdes. En tal sentido, una niña y un niño hicieron espléndidos murales de sus visiones infantiles: Nellie Campobello y Andrés Iduarte.

La primera nació en 1913, el segundo, en 1907. Hay dos clases de testimonios de esta índole: los que se articulan en la niñez y los que son reconstruidos por un adulto. Por eso resultan tan logrados los textos de Rafael F. Muñoz, a través del muchacho Álvaro Abasolo en la novela *Se llevaron el cañón para Bachimba*; los de Nellie Campobello, en *Cartucho. Retratos de la lucha en el norte de México*, y los de Andrés Iduarte, en *Un niño en la Revolución*, libro único en la historia de la literatura mexicana. Bastaría con que Iduarte hubiera publicado sólo esa pequeña gran obra para otorgarle un sitio de honor; dentro de ella hay fragmentos y capítulos memorables, como aquel titulado llanamente “Mi padre”, hermano y contraparte, en más de un sentido, del *Retrato de mi madre* de Andrés Henestrosa: la evocación personal transformada en memoria colectiva, la reconstrucción de la infancia donde se establecen las bases del amor y la cólera que en el futuro seremos.

Con poderosa fuerza evocativa, contundencia de prosa castigada y depurada, Iduarte entreteje sus sensaciones íntimas con el descubrimiento de un mundo que cambiaba en forma acelerada: el encuentro con un grupo de revolucionarios en una panga o el ahogamiento de un pollo en el pozo de su casa lo marcan con la misma fuerza que lo hacen sus lecturas o el descubrimiento de su sensualidad. Iduarte no escribe como niño ni para niños. Escribe desde el niño que supo conservar, consciente de que su visión de aquel universo cada vez más lejano está formada tanto por las sensaciones vividas por su ser infantil, como por las evocaciones que otros adultos hicieron de él. Si como niño es testigo de los condenados rumbo al paredón de fusilamiento, como joven le corresponde saber de las consecuencias armadas de la rebelión delahuertista, el fusilamiento del general Francisco Serrano y otros excesos que cometía una Revolución que, desde su punto de vista, comenzaba a homologar a Álvaro Obregón con Porfirio Díaz. Al igual que Iduarte, otros niños que viven la Revolución habrán de dejar su testimonio y marcar con piedra blanca el paso de sus años verdes por la tormenta que todo lo borraba, que todo lo transformaba.

Movimiento de profunda raigambre rural, la Revolución de 1910 halla en los indígenas a su carne de cañón, pero también a sus héroes, que saltan del anonimato a la leyenda y se incorporan a la memoria colectiva a través del corrido. Nuevamente actúan en el escenario de la historia los oprimidos, los olvidados, *Los de abajo*.

Como en 1810, la participación guerrera de un grupo campesino se convierte en otro cantar de gesta, pero ahora con un mayor número de registros. Palabras, expresiones, accidentes geográficos y modos de comportamiento —como la comida que la parsimonia indígena convierte en diaria ceremonia— hacen de la literatura nacida durante y después los años de la contienda un emblema de la literatura nacional, que la Revolución consumada habrá de canonizar y celebrar en sus ritos de paso. La presencia de nuestra sangre más antigua salta a la vista a cada momento: la proverbial paciencia indígena se manifiesta en la serenidad con la cual la tropa aguarda la salida de los trenes, que se posponía horas o días, como se lee en *Se llevaron el cañón para Bachimba* de Rafael F. Muñoz; el destino de las comunidades indígenas que eran forzadas a integrarse a la lucha revolucionaria aparece ilustrada en el protagonista de *Tropa vieja*, donde Francisco L. Urquiza hace al mismo tiempo una novela de formación y una síntesis del paso vertiginoso del tiempo revolucionario.

A uno de los proverbios de la literatura náhuatl, en versión de Ángel María Garibay, pertenece la siguiente metáfora: “Me pesa en el corazón la vida que voy llevando (*Nech ellelpozahualtia in notlahuelolocayo*)”. Verdad es que semejante lamento es universal a todas las culturas, pero resulta de particular modernidad el hecho de que el poeta, en este caso anónimo, no halle consuelo en los dioses y el inmanente transcurrir. No existe tampoco la trascendencia de saber que sólo estaremos un breve instante aquí y después iremos al lugar donde de algún modo se existe. En la bocanada que expresa la insoportabilidad de la vida, en la confesión del que manifiesta su dolorido sentir, animal e inmediato, encontramos sintetizado el espíritu estoico de la raza original, particularmente de la marginada de forma permanente, esa que encontró en los amaneceres, simbólicos y concretos, de 1810 y 1910 una posibilidad de cambio.

Dicha forma de ver el mundo se halla presente tanto en el poema anteriormente citado como en los versos estoicos y cínicos, tiernos y rijosos de la canción “El abandonado”, que la Revolución de 1910 habría de incorporar tanto a su repertorio, como a su poética vital. Abandonado por mis propios actos, pero abandonado desde siempre y, como consuelo, abandonado por el amor de Dios. Hay en esta contradicción una figura de profunda raíz indígena, que León-Portilla examina en su libro *Filosofía náhuatl*. Se trata del mo-

*neneque*, que nuestro maestro traduce como “Hace por sí, a partir de sí, lo que se le antoja”. Es el atributo de Dios, que el hombre hace suyo, con todo lo que semejante desafío conlleva. Los *tlamatinime*, nos recuerda igualmente León-Portilla, eran sabios de la palabra que buscaban ejercer “su función de moralistas, forjadores de un corazón firme como la piedra, dueño de sí mismo”. En esta herencia que a veces dejamos de tomar en cuenta de manera cotidiana, se encuentra una de nuestras partes más rescatables, como nación y como posibilidad de futuro.

La Revolución fue un proceso largo y lento, ola furibunda y generosa, irracional y reflexiva que vino a sacudir viejas estructuras. Tuvo una culminación simbólica en 1929, cuando la Universidad Nacional obtuvo su autonomía, como una más de las conquistas revolucionarias, una vez que el discurso de las armas dio paso al discurso de las letras. “Cuiden su vida”, decía una canción de la época como un mensaje para los jóvenes que en todas las épocas no han tenido más remedio, por fortuna, que ser fieles a sus ideales. Así lo vio Mauricio Magdaleno en su hermoso libro autobiográfico *Las palabras perdidas*, que recoge su participación en la campaña presidencial de José Vasconcelos: “La hora nos arrastraba como un viento catastrófico. ¿Qué nos importaban, después de todo, las ternezas y el lujoso imperio de la primavera cuando todo, a nuestro alrededor, demandaba la furia y la pasión?”.

La literatura surgida al compás de los movimientos sociales da testimonio del cambio acelerado e inaudito, inherente a todo proceso revolucionario. “Sin pérdida de instante” es el reclamo de José María Morelos ante la transformación del tiempo y el espacio que consuman las acciones de la insurgencia a partir de 1810. Y en 1937, concluido de manera simbólica el ciclo de la novela de la Revolución Mexicana con su obra *El resplandor*, Mauricio Magdaleno pone el acento en la impostergable aceleración que trajo consigo el movimiento revolucionario, cuando todo pareciera haberse detenido: “Cincuenta, cien años, son nada, un minuto en la existencia del páramo. Donde nunca floreció la esperanza de algo, tampoco tiene razón de ser la medida de nada”.

BIBLIOTECA  
DEL  
SOLDADO

TOMO I





## *A un joven militar mexicano\**

Francisco L. Urquizo

CUANDO SE ESTÁ YA AL FINAL DE LA CARRERA DE LA VIDA, para dar vuelta a la esquina tras de la cual hemos de desaparecer, se siente el deseo de dejar a los jóvenes la experiencia acumulada. En mi caso, la de los años de mi larga vida militar.

Seguramente eres oficial egresado de nuestro Heroico Colegio Militar, y allí habrás aprendido lo necesario para el desempeño de tu carrera: la táctica, el empleo de las armas, el aprovechamiento del terreno, y tantas cosas más.

La ciencia de la guerra y el arte militar mucho difieren ahora de cómo eran hace cien años. Han cambiado con las evoluciones naturales del mundo, siempre en constante ascenso y perfeccionamiento. Ahora son más eficaces los medios de destrucción y, al parejo de ellos, los sistemas defensivos. Cambiarán más sin duda alguna; pero el hombre será siempre el hombre, y es él quien manda a fin de cuentas.

La humanidad es guerrera desde su más remoto origen. La guerra es destruir, matar, aniquilar. Siendo resultado de las pasiones e intereses de los hombres se comprende bien que en todo tiempo haya

\* URQUIZO, Francisco L., *A un joven militar mexicano*, México, Empresas Editoriales, S. A., 1967.

existido. Sin duda alguna el primer acto que inventaron los hombres fue dañarse. Es un mal irremediable y, a veces y hasta cierto punto, necesario. Es la violencia oponiéndose a la justicia y al derecho; territorios extensos y ricos devastados y arruinados. La agricultura, el comercio y la industria paralizados por completo; los recursos del Estado destinados totalmente a la lucha; en fin, un desequilibrio completo.

Y sin embargo, las guerras son jalones ascendentes de la humanidad: las ciencias, las artes, las grandes empresas y elevadas concepciones, como las virtudes varoniles, brotan todas de la guerra. Jamás llegan las naciones al más alto grado de esplendor sino después de largas y sangrientas batallas.

Parecen necesarias las guerras. Una prolongada paz es un veneno lento y sutil que enerva a las naciones y ocasiona la inevitable caída. Los largos sosiegos conducen a una riqueza excesiva que motiva que el corazón se mentalice con la molicie y la indolencia.

El triunfo en la guerra consiste en ser el más fuerte en el momento dado, sobre el punto decisivo. El arte de la guerra enseña a emplear, hostilmente y con ventaja, todas las fuerzas de una nación contra otra que es enemiga. Es el conjunto de conocimientos necesarios para conducir una masa de hombres armados; organizarla, moverla, hacerla combatir y dar a los elementos que la componen el mayor valor posible, velando al mismo tiempo por su conservación.

Tú, joven militar, si eres constante en la carrera y no te quedas en el camino, llegarás a ser general, a conducir masas de hombres armados, así como ahora conduces y guías a los hombres del pelotón o de la sección que mandas. Con los conocimientos y la experiencia que vas adquiriendo se despertará en ti el genio de la guerra, que consiste, entre otras cosas, en la aplicación de esos conocimientos y experiencias en el momento oportuno y con decidida prontitud. En los combates hay que pensar con prontitud y seguridad en medio de apremiantes problemas y peligros. Pero este genio militar que se despertará en ti, será incompleto si no le aunas el conocimiento del corazón humano; si no tienes el instinto de saber lo que pasa en el alma de tus soldados y en el de los soldados enemigos. Debes conocer el corazón humano, poderoso y débil como las pasiones que lo agitan.

Deberás leer con atención la historia de la campañas de los grandes generales, pues todo el genio de esos hombres superiores se manifiesta en lo que hicieron en los campos de batalla; en las variadas

disposiciones que dieron a los hombres que mandaban, procurando que cada uno de sus hombres valiera por diez, y que por diez hombres del enemigo no valiesen por uno de los suyos.

Cuando seas general y entres en campaña tendrás que acrecentar los recuerdos de tus estudios de historia y geografía. Deberás conocer el ejército contra el que vas a pelear con tanta certidumbre como al tuyo propio y tratar, en consecuencia, de deducir sus propósitos y sus necesidades. Sentirás entonces la gran responsabilidad de mandar una masa de hombres, hombres que morirán o triunfarán bajo tus órdenes. Decidir el traslado de esas tropas, y prevenir sus víveres; alimentar a veces la guerra con la guerra; escoger el teatro favorable para dar la batalla; conservar las líneas y amenazar las del contrario; utilizar el terreno y acomodar en él las fuerzas militares. Organizar y conservar lo que se conquiste. Inquietar constantemente al enemigo haciéndole imposible la ofensiva e insoportable la defensiva. Si ataca, reconocer de una ojeada el campo de batalla para determinar el punto vulnerable, el debido empleo de las armas, los planes de fuego y las maniobras que deban efectuarse enseguida. Sorprender al enemigo, adivinar sus maniobras, prevenir las que haya que oponerle; acorralarlo, devastarlo, dispersarlo, perseguirlo.

Si la fortuna te vuelve el rostro; si al número hay que suplirlo con la energía y el tesón; si la victoria no puede conseguirse de un golpe, crear dificultades al enemigo con estratagemas, emboscadas, sorpresas, aprovechando los accidentes del terreno: ríos, montañas, desfiladeros; multiplicarse en la acción: atacar y desaparecer; caer como de rayo sobre los convoyes; fingir dispersiones, desorientar, hostigar al enemigo con rápidos ataques de guerrillas, y, en fin, hacerle la vida insoportable.

LA GUERRA LA HACE EL EJÉRCITO DE LA NACIÓN, y el ejército lo forma la masa de hombres físicamente útiles en edad y salud, capacitados para soportar los rigores propios de toda campaña bélica. Esa gran masa de hombres que es el ejército, la organizan y la mandan los militares profesionales, oficiales, jefes y generales, suficientemente preparados y capacitados para el fin perseguido.

Todo mexicano tiene la obligación de ser militar si la patria requiere sus servicios.

Ser militar es un honor. Es un honor que se nos hace dándonos un uniforme y un arma, y tenemos el deber de responder a ese ho-

nor con abnegación y con dignidad. El ejército es el exponente más representativo del honor nacional, y los soldados deben ser cada uno en sí una demostración de honor personal y, en conjunto, un honor imperecedero que honre a la Patria.

Cuando más grande y rica es una nación, cuanto más fértil es su suelo, más benignos sus climas, tantos más enemigos extranjeros tendrá.

Para gozar en paz de los bienes de la Patria, de todos los bienes con que el cielo y la tierra la han favorecido, necesita de un ejército vigilante pronto a defenderla, ampararla y hacer que se la respete.

El ejército no es sólo la garantía del honor y de la independencia de la nación, sino también la seguridad de su prosperidad, apoyando sus leyes y concurriendo así al mantenimiento del orden público, a la protección del trabajo, de la propiedad y de la libertad de cada uno.

Defender los intereses y la grandeza del país en contra de todos sus enemigos, sean quienes fueren, es una tarea tan inmensa y difícil que sólo puede confiarse a hombres de fibra y corazón, es una palabra, a hombres escogidos. Hombres escogidos en la edad del vigor físico, la actividad y la abnegación. Por consiguiente, el ejército debe constituirse con la parte más florida de los hombres de la nación para que sean ejemplos a seguir, tanto por las huellas de sus trabajos, por los momentos de su gloria, por los esfuerzos generosos, la abnegación heroica y los nobles sentimientos inspirados en el amor a la patria, cualidades y virtudes que se transmiten de generación a generación.

El soldado influye de una manera poderosa en las poblaciones de que forma parte. En su experiencia y energía se puede tener fe y esperar todo lo mejor. El soldado es digno, porque su vida misma, su educación, lo hacen ser así. Aun para pedir a sus superiores algo lo hace saludando militarmente, pero erguido. El soldado no puede ser humilde, porque es el emblema de la abnegación y la expresión más alta del apego a los intereses de todos: no puede humillarse ante nadie porque se halla al servicio de su patria y no al de los individuos; porque tiene un suelo y no un salario; porque obedece a jefes y no a amos.

La dependencia, la sumisión del soldado, al no ser aceptadas por un interés personal, sino por el deber, en nada disminuye su dignidad: no vende su libertad, la da o se desprende de ella para velar por

la gloria de su país. Así lo reconoce la Patria y por eso le da el derecho de portar el uniforme y de empuñar las armas.

Es deber del soldado defender y proteger, a riesgo de lo que es más caro, a riesgo de su propia vida. Durante la paz, vigilar, cuidar de los derechos de los demás, de la seguridad de los que poseen y, por consecuencia, del trabajo de los que nada tienen. Desinteresado, silenciosos y atento, el soldado debe velar por todos: ricos, pobres, industriales, trabajadores, intelectuales, estudiantes, por todos y por cada uno de los sectores que forman el conglomerado social, y debe hacerlo sin pedir ni exigir nada, pero con el derecho de reivindicar su parte en la grandeza de la patria.

Cuando el extranjero amenaza y ataca, el soldado, sonriente y cantando, correrá a las fronteras sintiéndose feliz de servir y defender a su patria.

Ríos, montañas, distancias, murallas y metralla: no habrá obstáculo que detenga al soldado una vez dada la voz de mando.

Fatigas, hambre, sol, privaciones de toda suerte, sufrimientos de toda especie, nada hay que no pueda afrontar y soportar el soldado cuando se trata de la gloria y del honor de la nación.

Tiempo, voluntad, salud y afecciones y hasta la propia vida, todo debe sacrificarse cuando la patria lo demanda. ¡A las armas!, y el soldado vuela a ellas. ¡Marchen!, y el soldado se pone en marcha. ¡Aquél es el enemigo; hay que luchar y morir si es preciso!, y el soldado obedece ciegamente. Lucha y muerte.

El más alto valor de un hombre respecto de los demás, consiste en el sacrificio y la renuncia a las cosas de la vida.

Todos los servicios, excepto los del militar, pueden pagarse con dinero; pero con dinero no puede pagarse la abnegación del soldado, ya que éste cumple sus deberes sin ningún interés mezquino. Por ello sus servicios son tan meritorios y gloriosos.

Honor y desinterés, vigor y vigilancia, he ahí las virtudes del soldado. Trabajo y sufrimiento, tal es su divisa. Las naciones saben que la gloria es la única recompensa del soldado. Sólo en los servicios del soldado, los historiadores y los poetas han encontrado temas de sublime inspiración que resonarán imperecederamente.

A estos servicios de los soldados, los pueblos agradecidos elevan grandes monumentos como homenaje y recordatorio de los grandes hechos en servicio de la patria.

¡Qué mayor satisfacción que las generaciones de mañana recuerden y veneren a los soldados de hoy!

LA BASE, EL CIMIENTO FIRME EN QUE DESCANSA TODO EL EJÉRCITO es la disciplina. Sin ella no puede haber ejército.

La disciplina comprende el conjunto de los deberes y obligaciones militares y el exacto desempeño de todos ellos. A la idea de subordinación que algunos, indebidamente, confunden con el servilismo, y que es prueba de la consideración y respeto que el inferior debe guardar al superior hasta en los actos más familiares, debe unirse la deferencia y atención que el superior, a su vez, debe observar con respecto del inferior. Ejemplares son la conformidad, abnegación y espontaneidad con que el militar sufre, sobrelleva y ejecuta cuanto el servicio exige; así como la fortaleza física y moral con que ha de soportar las penalidades y fatigas del servicio y los reveses de la fortuna en el cumplimiento de sus deberes.

La disciplina no reconoce tiempo ni circunstancias. Es tan necesaria en la paz como en la guerra. Debe inculcarse y fortalecerse en la paz para servirse de ella cuando la guerra llegue. Es el nervio central del ejército para llevar adelante su cometido.

Un ejército que carezca de disciplina es tan funesto para su país como poco temible para los enemigos. La indisciplina sólo servirá en la paz para engendrar el pillaje y el vandalismo, y en los campos de batalla para facilitar la victoria del enemigo. La mayor o menor fuerza de un ejército consiste en su mayor o menor disciplina.

La disciplina no es sólo la mayor garantía de triunfo, sino la primera condición de vida de un ejército. Debe fundarse en la convicción general de que el buen éxito del combate y del triunfo en la guerra dependen de la coordinación y disciplina del ejército a las órdenes del mando, el cual tiene que contar con la obediencia y el esfuerzo de todos. La actividad y la iniciativa personal no son útiles si no están subordinadas a las órdenes de los superiores y a las reglas generales de conducta y comportamiento.

En campaña, el mantenimiento de la disciplina exige rapidez de procedimiento y la más severa y ejemplar penalidad. Los testigos del delito deben ser también testigos del castigo.

La disciplina no debe basarse en inspirar odio o temor entre los subalternos; sino en el convencimiento íntimo de que es completa-

mente necesaria. No sólo en el ejército debe haber disciplina; debe haberla en todos los órdenes de la vida. En el ejército es fundamental.

La disciplina militar debe ser tranquila, serena, imparcial, pronta, firme, pero nunca envilecedora. Tan disciplinado debe ser el soldado como el general de división.

Sin disciplina no habrá fuerza, o ésta será inútil por dispersa y mal encauzada. Sólo el esfuerzo conjunto hace a la fuerza potente e impresionante. Suple a la insuficiencia del número y da mayor eficacia al valor, porque en medio del peligro, el valiente no sufre inquietudes sobre la conducta que puedan observar sus compañeros menos entusiastas a experimentados que él. La disciplina es la confianza que tiene el combatiente al saber que sus compañeros le respaldan y no lo dejarán abandonado.

Aquel refrán militar de: “Quien manda, manda, y quepan o no quepan, cartucheras al cañón”, es un refrán muy sabio.

La disciplina da confianza y seguridad al soldado al sentirse protegido y apoyado por sus compañeros, así como él, a su vez, protege y apoya a los demás. La disciplina no se aviene con el ocio, la molicie, la corrupción y el lujo; la disciplina hace a las tropas impávidas en el combate y tranquilas y ordenadas en la guarnición.

Brilló en esplendor el pequeño ejército sueco mientras lo mandó Gustavo Adolfo, su heroico rey que sobrepujo a la poderosa Alemania; tropas pobres aquéllas y ricas las teutonas.

Es la disciplina un poder invisible, impalpable que crea y vigoriza ejércitos, como los debilita y destruye con su ausencia.

La disciplina prescribe ideas complejas, al parecer contradictorias e incompatibles, y sin embargo, simultáneas y correlativas de deberes y derechos, de estímulo y desaliento, de ímpetu y represión, de elevación y humildad, de orgullo y modestia, de premio y castigo. Prescribe puntualidad minuciosa, policía sistemática, hábitos uniformes, repeticiones invariables, detalles mecánicos; pero simultáneamente esa misma disciplina promueve estímulos y esperanzas; incita a sobresalir, empuja fuera de las filas a “ser más”, a aumentar su confianza y exaltar el alma del soldado, a dar exacto cumplimiento al servicio y a despertar una “honrada ambición” y constante deseo de ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga para dar a conocer su valor, talento y constancia.

La disciplina mueve hacia delante al caballón o escuadrón que marcha con los ojos cerrados contra la batería que lo ametralla; esa



misma disciplina obliga al mismo cuerpo o facción a permanecer con los ojos abiertos, inmóvil, impasible, aguantando el fuego enemigo. La disciplina unas veces exalta y otras sosiega.

Si la disciplina prescribe penas crueles, y hasta la pena de muerte, a la menor réplica, el menor ademán de desobediencia, también reprime los desmanes del superior cuando menoscaba la dignidad individual.

La disciplina en sí debe de ser un hábito del militar. Ha de ser tranquila, serena, imparcial, pronta, firme; nunca envilecedora; más bien inclinada a prevenir tropiezos que ocuparse en reparar extravíos, absteniéndose de la arbitrariedad cuando se ve forzada a castigar. Digamos: ha de ser una autoridad firme, pero paternal.

La disciplina es la mejor arma del ejército, puesto que coordina el esfuerzo de todos los combatientes y de todos los medios ofensivos y defensivos.

La disciplina circunscribe en sí todas las demás virtudes; es la manifestación visible y constante de todos los actos de la buena educación militar de las tropas. Es el respeto al ciudadano, a la propiedad; es en el soldado el aprecio de sí mismo: el aseo, los buenos modales, la aversión a los vicios; la puntualidad en el servicio; la exactitud en la obediencia; la austera dignidad en la subordinación. Sin disciplina, el ejército es odiado en su mismo país; con ella, es admirado hasta por el enemigo.

La disciplina no se crea en un sólo día, es el efecto de las costumbres, de la educación moral; es el resultado de la acción lenta y constante del mando justo, y esa educación no se consigue con grandes castigos, y sí con la acertada aplicación de pequeños correctivos a las pequeñas faltas.

El soldado debe admitir la idea de que el castigo ha de seguir siempre, irremisible e inmediatamente, a la falta que comete.

El militar no debe de tener voluntad propia desde que se alista en las banderas del ejército. Si no hay disciplina, no puede haber ejército.

Hemos dicho antes que la disciplina no reconoce tiempo ni circunstancias, que es tan necesaria en la paz como en la guerra, puesto que la indisciplina es funesta en ambas situaciones. Un ejército que carezca de disciplina es una horda de salvajes; en las guarniciones constituirán el pillaje y el vandalismo, y en el campo de batalla será fácil presa de un enemigo disciplinado. Por esta razón es preferible

un ejército ignorante, pero obediente, a otro muy instruido, pero indisciplinado, pues la mayor parte de la fuerza consiste en la mayor o menor disciplina.

Si un ejército está bien disciplinado no hay temor de que sea bisono, porque con el primer cañonazo se habrá aguerrido, y podrá ser sorprendido, pero no derrotado; en cambio, con un ejército sin disciplina la derrota será la consecuencia precisa de la sorpresa. Por último, aunque un ejército disciplinado sea batido, no por eso será deshecho, sino que se conservará unido para tomar más tarde el desquite.

LA DISCIPLINA ES, CLARO ESTÁ, LA BASE PARA LA FORMACIÓN del ejército; pero una vez constituido éste viene el objeto, su razón de ser. El ejército es para combatir, luego debe de ser preparado para el combate. Marchar, maniobrar, disparar, esto es, la preparación, y ella debe ser constante, perenne, vivaz. Un ejército indolente es punto menos que inútil. Una fuerza que no se ejercita, se atrofia. El ejército debe estar renovándose constantemente, así en lo humano como en lo material.

El ejército debe tener un carácter propio, y esta palabra *carácter* abarca un cúmulo de cualidades entremezcladas para constituir una semblanza persistente: nobleza, energía, entereza, constancia, fortaleza, severidad, austeridad.

Juntamente con el carácter, el ejército ha de tener brío o sea, pujanza, espíritu, valor, resolución, ánimo, esfuerzo, garbo y donaire.

Un ejército con carácter, tendrá brío, y todo ello le dará confianza en su propia fuerza, y la patria tendrá confianza en él.

JOVEN AMIGO MILITAR MEXICANO:

Tú elegiste libremente la carreta militar; nadie te obligó a emprenderla, lo has hecho consciente de que la profesión de las armas es de sacrificio y desinterés. Si has pensado que la carrera militar es productiva económicamente, has errado el camino. ¡Retírate!; estás a tiempo. El militar es como el sacerdote: debe darse por entero a su patria como éste, el sacerdote, a su religión; no debe haber términos medios ni vacilaciones.

La vida militar tiene muchos sinsabores. Sufre el cuerpo y el ánimo, ya que los jefes no siempre son comprensivos, y a veces

llegan hasta a ser déspotas. Las campañas son duras; el calor y el frío son, en ocasiones, inclementes y el equipo suele ser insuficiente para protegernos de esas inclemencias; la comida es mala y, a veces, peor; se debe obedecer sin titubeo ni disculpa. El soldado debe estar dispuesto siempre a morir, cuando se le mande quien pueda hacerlo, desde el grado inmediato superior hasta la más alta jerarquía. Hay que obedecer, obedecer siempre. El soldado lo sacrifica todo, hasta la familia. Es un fanático de su deber y sin más misión que obedecer, obedecer y obedecer a sus superiores.

¿Y cómo es que, a pesar de lo arriba expuesto, aún hay quien siga voluntariamente la carrera de las armas? Seguramente es que los militares de profesión somos de una madera especialmente apropiada. Quizás sentimos, sin que esto sea jactancia, desdén por los bienes materiales y sí un amor muy grande por nuestra patria, que tan gallardamente simboliza nuestra bandera tricolor.

Los colores de ese lienzo sagrado nos pueden arrastrar hasta la muerte, y ésta nos parecerá más dulce si con ella se contribuye al bien de la patria, que es la madre común de todos los mexicanos. ¡Por ella todo sacrificio es poco!

Piensa, joven amigo, cavila con detenimiento, con el deseo sincero de profundizar el significado de esta palabra: Patria.

Nuestra patria es México porque en él hemos nacido. La patria es nuestra familia, nuestra madre, nuestra mujer, nuestros hijos, nuestra religión; es el Palacio Nacional, el cerro de Chapultepec, los volcanes del Valle de México, las torres de la Catedral, los charros del Bajío, las chinas poblanas; las tortillas, el mole, el pulque y el tequila, el chile; nuestras canciones, nuestros bailes, nuestras costumbres; Guadalajara, Puebla, Saltillo, Chihuahua, Veracruz, el Cerro de la Silla, el Nevado de Toluca; los que van a bailar a Chalma; las pastorelas, las posadas; el machacado fronterizo, el pozole jalisciense, la cochinita pibil de Yucatán, las corundas de Michoacán, las carnitas de Querétaro, el queso de tuna de San Luis Potosí; las reatas de San Juan del Río, los sarapes de Saltillo; nuestros dicharachos, nuestras mismas maldiciones; nuestros indios. Todo eso en que vivimos todos los días mal o bien; todas nuestras gentes, buenas o malas; todas nuestras virtudes, pocas, y nuestros defectos, muchos; el porvenir de nuestros hijos; el maíz, el nopal, la tuna, el caballo, el burro, el huarache, el sombrero ancho, el sarape, el rebozo, los frijoles, los tenamxtles y los sopladores. Todo eso es México y por él hemos de pelear hasta la muerte.

ERES UN JOVEN OFICIAL, Y DEBES SER FUERTE Y SANO. En cualquier actividad lo primordial es la salud; en la vida militar activa lo más esencial es la salud tanto del alma como el cuerpo. Debes ser fuerte y ágil. Un oficial enfermizo y débil no inspira confianza ni respeto. Hay que ser fuerte y demostrarlo continuamente. Saber luchar en lo personal con los propios medios y sin armas; saber imponerse a los demás por la fuerza muscular, o por lo menos, igualarse a los demás. Saber boxear, conocer el jiu-jiutsu japonés y la lucha libre.

Estar preparado para la pelea individual, evita los lances personales. Si te ven fuerte y preparado te respetarán sin necesidad de llegar a las manos. Tu sola presencia evitará un conflicto.

Camina por costumbre y por hábito si eres de infantería y monta mucho y bien si eres de caballería. Has de aparecer ante tus jefes, compañeros y soldados como inmune al cansancio y a la fatiga. Triste opinión se formarán de ti los hombres que mandas si apareces ante ellos enfermo o cansado.

Cuida tu comida, pues por el estómago llegan frecuentemente las enfermedades. Un oficial enfermo causa lástima y suele pensarse de él que trata de eludir el servicio. Cuida tu salud y, asimismo, cuida la salud de los soldados que mandas. Un militar enfermo es una carga para sus compañeros, que habrán de sustituirlo en los servicios que, estando él sano, tendría que hacer.

Tus mejores amigos lo serán tus compañeros de regimiento. Sé amigo y compañero leal y así lo serán contigo.

El joven militar, el cadete, es como el seminarista: ninguno de ellos lleva la idea preconcebida de que va a hacer una carrera lucrativa; sino a prepararse para servir con desinterés y con abnegación. Si no se piensa así, más vale no ser militar; cualquiera otra actividad será mejor sin duda alguna.

En tus horas de descanso en el cuartel, recostado en tu catre de campaña o comiendo tu bien condimentado rancho, piensa que esas relativas comodidades de la vida cuartelera en la guarnición, no gozarás de ellas al entrar en campaña. Piensa en que habrás de dormir en el suelo, sufrir los rigores de la intemperie: los rayos del sol, las lluvias, las tormentas, el frío, la nieve, las jornadas duras y, con frecuencia, las fallas de la intendencia en los servicios de aprovisionamientos.

Piensa y prepárate para sufrir; que no te cojan desprevenido las fatigas, el hambre y hasta la sed, y que las penalidades no influyan en

tu ánimo, que debe de estar preparado para todo lo malo y lo incómodo de la vida dura del soldado cuando está en campaña, y sufras la persecución o la derrota. Que no te amilanen las circunstancias adversas.

No siempre se ha de ganar: los golpes templan el espíritu y lo hacen más fuerte. Hay que aguantar que entereza los reveses y saber esperar el momento propicio para el desquite y la victoria.

Piensa en que sirves a la patria como todo mexicano está obligado a hacerlo cuando es necesario alistarse en las filas del ejército. Todos los ciudadanos tienen esa grata obligación, y tú que eres oficial, es decir, “conductor de hombres”, debes instruir militarmente a los reclutas, pues para eso has estudiado. Eres como un padre para los hombres que mandas y ellos dependen de ti. Tu ejemplo será el que seguirán: según tu proceder serán héroes o cobardes. Tú eres el responsable de sus vidas y del camino bueno o malo que tomen al obedecer tus órdenes. Es muy grande tu responsabilidad y debes de salir adelante en las dificultades, para tu íntima satisfacción, para el bien de tus subordinados y de la patria, y siempre en la esfera correspondiente a tu mando, que unida a la de tus compañeros oficiales, de igual o superior jerarquía, forman los grandes mandos del ejército.

Los hombres que están bajo tus órdenes tienen confianza en ti; no los defraudes.

ERES OFICIAL DEL EJÉRCITO MEXICANO, de un ejército constituido durante la gran Revolución Mexicana, es decir: surgió del pueblo en armas. No eres oficial de un ejército pretoriano o de una privilegiada casta militar, semillero de “gorilas”; tú eres oficial de un ejército de inconfundible origen revolucionario. Estás para cuidar las conquistas precisas de la Revolución Mexicana, para defender el territorio de la patria y las instituciones gubernamentales resultantes de aquel gran movimiento progresista.

Debes sentirte orgulloso de formar parte de este ejército procedente de la Revolución y de servir con ello a la inmensa mayoría del pueblo de México constituida por las clases laborantes.

JOVEN MILITAR:

Tú eres oficial del actual Ejército Mexicano, ejército *sui generis*, pero muy diferente a sus antecesores. Este ejército nació del pueblo en

armas, de la revolución social mexicana que abatió al ejército federal, mantenedor de la dictadura y la usurpación, y lo ha sustituido ventajosamente. Tú perteneces al pueblo y mandas soldados hijos del mismo pueblo, que voluntariamente se alistan en las filas del ejército; estos soldados no son forzados ni recogidos en levadas, como lo eran las tropas de la usurpación; son ciudadanos conscientes y, por su voluntad, son militares. Tú no eres carcelero ni capataz, sino conductor de hombres libres que, por su propia voluntad, son soldados.

El origen de este ejército al cual perteneces es la Revolución y esa revolución está en pie, siguen vivos sus postulados porque representan los anhelos del pueblo de México en su noble afán de progreso y engrandecimiento.

Y bien, ¿qué es la revolución?

En general la palabra implica una acción de revolver. En la parte política es la violenta y rápida destrucción de un régimen, o bien, el cambio radical de cualquier situación política por otra que se desea mejor.

Las revoluciones son fenómenos de origen social o político, y para nacer necesitan del impulso de las ideas. Generalmente nacen de la desigualdad social y económica entre los hombres. Las revoluciones son necesarias cuando hay que equilibrar desigualdades.

Las luchas intestinas las provocan, generalmente la extremada pobreza de los pueblos; las origina la desesperación y suelen ser el único recurso de los parias para procurarse una vida mejor.

Las revoluciones no se producen cuando los gobiernos son justos y progresistas y no esperan a que los de abajo consigan por la violencia lo que necesitan.

Puede gobernarse al pueblo, pero no oprimirle. Los alzamientos revolucionarios de las clases bajas son consecuencia de la injusticia de los que están arriba.

Las grandes revoluciones no las ganan las armas, sino los principios.

Si un ejército lucha contra un pueblo, el ejército será vencido.

La revolución social debe ser moral, o no es revolución.

Las revoluciones de los pueblos son jalones de avance en la historia y en el desenvolvimiento de los mismos. Son sacudimientos, saltos ascendentes en la senda del progreso. Las revoluciones nunca deben tener espíritu retrógrado. Indudablemente son sangrientas, crueles y destructivas en su primer desarrollo, como es doloroso el

nacimiento de una criatura o una operación quirúrgica. Es una vida que nace, o bien, la extirpación de algo malo que se lleva dentro y hace sufrir, para que después de tanta cruenta operación se restablezca la salud y la vida siga su curso.

No hay que confundir la revolución con una asonada o cuartelazo. La revolución es la acción del sentir íntimo y profundo de la inmensa mayoría de un pueblo que manifiesta su descontento de manera violenta. La asonada no es sino un tumulto o motín de un grupo descontento que nunca es mayoría; el cuartelazo es el golpe que da un ejército con las armas que le dio el pueblo para el resguardo de sus instituciones y que las vuelve contra el propio pueblo a quien debe servir. El ejército debe ser parte integrante del pueblo mismo, y el pueblo es el único soberano de su propio país y de los altos designios del mismo.

Las revoluciones son costosas en vidas e intereses. Son el bisturí extirpador de miembros dañados, y, al mismo tiempo, el hierro al rojo, el cauterio que cicatriza las heridas causadas para recuperar la salud.

México cuenta en su historia con tres grandes revoluciones.

La primera fue la de su Independencia: lucha para sacudirse el yugo colonial español de trescientos años de dominio impuesto por la Conquista.

El rey de España premió a los conquistadores y a los primeros pobladores de esta tierra con concesiones que se llamaron “encomiendas”, que era en realidad el derecho a disponer del trabajo y servicios de un número de indios. Se repartieron tierras y esclavos para que las trabajasen en beneficio de los nuevos amos. De allí nació la esclavitud y las ilimitadas propiedades rústicas. Así se crearon las grandes fortunas y, asimismo, las grandes miserias.

Junto con los encomenderos surgió un nuevo acaparador de bienes: el clero, que utilizando el dominio espiritual, impuesto por la fuerza de los conquistadores, fue enriqueciéndose con la adquisición de fincas en las ciudades y de haciendas en los campos que le dejaban al morir los piadosos creyentes, “voluntariamente obligados”.

Todos los bienes de esta tierra mexicana eran del clero o de los encomenderos españoles. Los nativos, los mexicanos no poseían nada, ni siquiera libertad.

La revolución por la independencia fue larga y sangrienta; pero al fin triunfó tras once años de lucha, de 1810 a 1821. México fue desde entonces independiente, país libre y dueño de sus propios destinos.

Empero, la lucha no la ganaron solos los insurgentes levantados en armas contra el ejército colonial español. Guerrero, insurgente, e Iturbide, criollo militar al servicio del ejército colonial, unidos dieron al traste con el dominio español. México era libre del dominio europeo.

El Ejército Trigarante lo mandaban jefes insurgentes y jefes que habían pertenecido al ejército colonial español. México había conseguido su independencia; pero la propiedad de la tierra seguía siendo de unos pocos, los grandes hacendados eran los mismos, o los descendientes de ellos, y el clero seguía poseyendo todo lo que había acumulado durante el coloniaje.

México nacía a una vida independiente con la inexperiencia propia de una nación nueva: tentativas y tropiezos, asonadas, motines y cuartelazos.

México incipiente fue República Central, República Federal, y hasta Imperio con Iturbide. Dentro de las luchas internas, que eran constantes por el dominio del poder gubernamental, dos partidos se perfilaron: liberal y conservador. Los liberales pensaban como los primitivos insurgentes; los conservadores eran lo que querían que se respetaran los privilegios y las fortunas que habían heredado de la Colonia, o sea: Iturbide, los grandes hacendados, el clero y el ejército profesional.

Como producto de la época surgió un general, Antonio López de Santa Anna, valiente, audaz y enigmático, que resultó ser un hombre indispensable dentro de aquel maremágnum. Llegó a ser cinco veces presidente de la República.

Santa Anna fue el causante de la intervención norteamericana y de la pérdida de casi la mitad del territorio nacional (Alta California, Nuevo México, Arizona y Texas).

México estaba pobre y mutilado, y la lucha era constante entre sus hijos: liberales y conservadores.

Vino la segunda revolución grande, la que se originó con el Plan de Ayutla. Se inicia el cambio total y radical del sistema que prevalecía. Surge la figura inmortal de don Benito Juárez. Una guerra sangrienta y larga que se llamó “Guerra de Tres Años o de Reforma”, que culminó con la Constitución de 1857 que declaraba como los de-



rechos del hombre: la libertad, la separación de la Iglesia y el Estado; el libre ejercicio de la enseñanza, que debería de ser laica aboliéndose la religiosa hasta entonces prevaleciente; la libertad de imprenta; la supresión de los títulos de nobleza, así como las prerrogativas y los fueros de las corporaciones; amortización de los cuantiosos bienes del clero, que pasaban de las “manos muertas” de aquél al Estado, para que éste los manejara y los pusiera en manos que les dieran más productibilidad; la prohibición para que el clero no pudiera tener ni adquirir bienes; la implantación del Registro Civil, misión que tenía hasta entonces solamente la Iglesia.

Fundamentalmente y como base, de un modo definitivo se implantaba para nuestra patria la estructura política y administrativa de una República Federal representativa. Esta Constitución dio el triunfo teórico a los liberales, pues de hecho el país seguía en lucha entre liberales y conservadores; éstos, viéndose perdidos, gestionaron y lograron que Francia, regida por Napoleón III (“el Pequeño”, sobrino de Napoleón “el Grande”) nos invadiera con sus adiestradas tropas. Lucha desigual entre franceses invasores, unidos al ejército regular mexicano al servicio de los conservadores, contra un ejército nuevo que se improvisó para la defensa de la integridad nacional. Triunfos y derrotas. Gloriosa batalla del 5 de mayo de 1862 en Puebla: triunfo sorprendente de los republicanos sobre las huestes napoleónicas. Sitio de Puebla, defendida heroicamente durante 62 días; capitulación y entrega de la ciudad a los invasores. Ocupación de la capital de la República. Huida hacia el Norte del presidente don Benito Juárez. Proclamación de un Segundo Imperio por los conservadores triunfantes con el apoyo del ejército francés. Un flamante emperador importado de Austria y designado por Napoleón III, que se llamó Maximiliano de Habsburgo. Éste y su consorte Carlota implantaron en México una fastuosa corte imperial sobre la miseria de un pueblo hambriento. Nobleza nueva mexicana, prerrogativas al clero y leyes duras de vasallaje.

Vino una larga lucha entre los republicanos de don Benito Juárez contra los franceses y los traidores; lucha que al fin culminó con la salida de México del ejército invasor francés y con el fusilamiento del llamado emperador de México.

Triunfó la República definitivamente, instaurándose para siempre esta forma de gobierno en nuestro país.

Don Benito Juárez entró a la ciudad de México el día 15 de julio de 1867. Se hicieron elecciones y Juárez fue reelecto presidente de la República. Hubo otra reelección a favor de Juárez, en cuya lucha electoral contendió contra las candidaturas de don Sebastián Lerdo de Tejada y del general Porfirio Díaz, distinguido militar con méritos destacados. El triunfo del Benemérito fue indiscutible, pero el general Porfirio Díaz no se conformó y lanzó un plan subversivo, que se llamó de La Noria, en cuyo movimiento fue seguido por connotados generales. Este movimiento subversivo fue sofocado por el general Sóstenes Rocha en una soberbia acción militar en el cerro de la Bufa, Zacatecas.

No gobernó ya durante mucho tiempo Juárez, pues murió repentinamente, a consecuencia de una angina de pecho, el día 18 de julio de 1872. Sus funerales fueron suntuosísimos. Reposan sus restos en el panteón de San Fernando. Juárez recibió los honores de propios y extraños. Fue declarado Benemérito de las Américas por algunos países de Sudamérica, por su defensa contra la intervención francesa. Víctor Hugo y Garibaldi le dirigieron cartas en las que le rindieron justo homenaje.

El último período gubernamental de Juárez lo continuó don Sebastián Lerdo de Tejada, sustituto legal ya que era presidente de la Suprema Corte, y en elecciones siguientes, Lerdo de Tejada fue electo presidente de la República.

Contra el presidente Lerdo de Tejada surgió un nuevo plan, el de Tuxtepec, inspirado también por el general Porfirio Díaz, igual que lo hizo en el plan de La Noria al oponerse a Juárez con el lema de "No Reelección". En esta ocasión triunfaron los rebeldes de Díaz en la batalla de Tecuac.

El general Díaz ocupó la capital de la República el día 16 de noviembre de 1876.

De hecho, se mantuvo en el poder desde esa fecha hasta el día 25 del mes de mayo de 1911, en que la revolución maderista lo obligó a renunciar y a expatriarse. Treinta y cuatro años de gobierno fue el suyo, exceptuando sólo cuatro que gobernó, bajo su tutela, su compadre, amigo y partidario, el general Manuel González, periodo éste que fue de inmediato a la primera elección del general Díaz, pues de allí en adelante ya fue ininterrumpido su dominio dictatorial.

Nadie puede negarle al general Porfirio Díaz sus grandes merecimientos como militar y patriota. Su lucha denodada como liberal

contra los conservadores y contra la intervención francesa. Grandes y relevantes fueron sus méritos hasta que asumió la presidencia de la República, y durante su larguísimo periodo dictatorial fue honesto en su vida y en el manejo de los fondos de la nación. Quizás hasta fue necesaria su mano dura cuando el país se debatía en el desorden al final de una guerra que fue tan dura y prolongada. Su larga permanencia en el poder, su avanzada edad y los malos consejeros, dieron origen a la magna Revolución Mexicana.

HEMOS DADO UNA RAPIDÍSIMA OJEADA A NUESTRA HISTORIA PATRIA.

El primer movimiento revolucionario fue el de la lucha por la Independencia de México, logrado totalmente.

El segundo, la Reforma de las leyes y la cimentación de la estructura del país en su gobierno y en su estabilidad, liberal, plasmado todo ello en la Constitución de 1857. Movimiento revolucionario ganado en principio, pero pervertido casi enseguida por la larga dictadura del general Porfirio Díaz.

Veamos, pues, los motivos de la Revolución en la cual se originó nuestro estado actual; este México que tú, joven militar, conoces, es muy diferente al de hace medio siglo. Veamos:

Toda dictadura, para cimentarse, necesita hacer una demostración de autoridad al pueblo a quien va a sojuzgar, efectuando un acto de fuerza violento que evidencie su energía y su decisión de dominio absoluto.

Tal acto aconteció en el puerto de Veracruz el año de 1879, o sea, en el primer periodo gubernamental del general Díaz. Es conocido ese acontecimiento con el nombre de “Mátalos en caliente”.

Fue un asesinato colectivo ordenado al comandante militar de Veracruz por el presidente Díaz. Por aquellos días corría el rumor de que se estaba preparando un levantamiento acaudillado por los antiguos generales lerdistas Mariano Escobedo y Carlos Fuero, y se suponía que el foco principal de la rebelión iba a estallar en Veracruz, pues en aquel lugar había, en efecto, muchos ciudadanos desafectos a la administración.

Era gobernador y comandante militar de Veracruz el general Luis Mier y Terán, oaxaqueño, condiscípulo y amigo íntimo del general Díaz, y ciego y fanático servidor de él.

En el amanecer del día 24 de junio de ese año de 1879, quedaron interrumpidas las líneas telegráficas con la costa de Sotavento. Un

propio salido de Tlacotalpan llegó la tarde de ese día a dar cuenta al comandante militar; el cañonero “Libertad”, fondeado en Tlacotalpan, se había sublevado y se dirigía a Alvarado. El anuncio de aquel suceso dio proporciones alarmantes Mier y Terán, sin pensar siguiera en lo inconcebible de la noticia de que un barco de guerra se introdujera tierra adentro, por el río Papaloapan, para ir hasta Tlacotalpan a sublevarse, privado de efectuar maniobras por la estrechez del río, en vez de hacerlo frente al propio puerto de Alvarado en mar abierto y con amplia libertad de acción, ni tampoco comprender el peligro que para los sublevados constituiría el que los atacaran con eficacia desde las márgenes del río o los copasen en su intento lógico de salir al mar.

Mier y Terán dio parte desde luego, con toda urgencia de lo que sabía a su amigo y antiguo compañero el presidente de la República, pintando el suceso con colores desproporcionados, y proponiendo, asimismo, ahogar con rudeza el brote subversivo en toda la jurisdicción de su mando, y muy especialmente, en el puerto de Veracruz.

La contestación, en telegrama cifrado, no se hizo esperar. Se dice que el telegrama expresaba: “Si los sorprendes in fraganti, ejecútalos *imminentí*”, forma curialesca que usaba a veces el general Díaz recordando sus estudios de jurisprudencia en aquella época en que tanto imperaba el latín. A la mexicana, Mier y Terán tradujo: “Mátalos en caliente”.

Guarnecían el puerto los batallones 23° y 25°, además de la batería fija que siempre estuvo allí.

Del 23° batallón tenía absoluta seguridad el comandante militar; no así de la oficialidad del 25° batallón. Escogió el cuartel del 23° para la *massacre*, y la primera providencia fue hacer que se repartiera a la tropa “doble ración de armada”, es decir, duplicar la ración de aguardiente que se acostumbraba dar para resistir el paludismo reinante en la región. Estas “raciones de armada” también era costumbre repartirlas algunas veces para enardecer a los soldados cuando entraban en acción o cuando se emprendía un pronunciamiento, lo cual era muy frecuente entonces.

Si triste y desolado durante el día era entonces el puerto de Veracruz, por la noche era sencillamente lóbrego porque no había alumbrado público; hasta el cielo encapotado ocultaba aquella noche a la luna y las estrellas. Las calles, mal empedradas y fangosas, estaban desiertas.

Las tropas de guarnición estaban acuarteladas, lo cual era normal entonces en que el reclutamiento era de leva y los soldados nunca salían francos a la calle.

Mier y Terán se instaló en el cuartel del 23º, y linterna en mano, dispuso la salida de patrullas para efectuar las aprehensiones de aquellos que serían ejecutados. Al mismo tiempo se formaba un cuadro con toda la fuerza y se aprestaba el pelotón de fusilamiento frente al paredón de ejecuciones.

A las dos de la mañana comenzó aquello.

Iban llegando al cuartel las patrullas conduciendo a los aprehendidos que inmediatamente eran fusilados. Es interesante conocer en detalle todo lo ocurrido esa noche y los antecedentes de cada uno de los sacrificados, pero nos llevaría más tiempo del previsto para este mensaje.

Nueve fueron los fusilados aquella trágica noche, y se hizo de la manera más cruel y sin haber sido juzgados:

Vicente Capmany y Jaime Hernández marinos; Ramón Albert Hernández, médico; Luis G. Alba, Antonio Ituarte, Lorenzo Portilla y Francisco Cueto, comerciantes; el teniente Caro y García y el subteniente Ruvalcaba.

Algunos de ellos iban descalzos y en ropa interior, tal y como los habían levantado de sus camas los aprehensores. Unos murieron con valentía, y hasta insultaron a su verdugo; uno de ellos, el marino Jaime Hernández, hasta lo abofeteo; otro, sabiendo que Mier y Terán era masón como él, le hizo, inútilmente, el pedimento de auxilio ritual. Otros murieron con gran cobardía.

A ninguno se le permitió siquiera escribir unas líneas a sus gentes. Violentemente y por el propio Mier y Terán, eran arrojados frente al pelotón, que disparaba mal debido a la embriaguez y a la oscuridad. Mier y Terán alumbraba con su linterna a los que iban cayendo para que les dieran el tiro de gracia.

Al licenciado Rafael Zayas Enríquez, juez de distrito en Veracruz, le despertaron algunos vecinos que se dieron cuenta de los fusilamientos, para que interviniera y pidiera que cesara aquella carnicería.

Valientemente acudió al cuartel y se enfrentó con Mier y Terán, logrando salvar del fusilamiento a dos oficiales del 25º batallón, apellidados Loredó y Roselló. Allí mismo el asesino le mostró al juez el telegrama cifrado del general Díaz y le dijo la interpretación que le había dado, declarando que él no hacía sino obedecer órdenes.

Para el amanecer ya había acabado la matanza. Todavía oscura la mañana, dos acémilas, aún medrosas por las descargas de los fusilamientos, fueron sacadas de los macheros del cuartel, y uncidas a un carro en donde se hacinaron los cadáveres para ser conducidos y darles sepultura en una fosa común en un lugar ignorado.

Al rayar el día, las bandas de guerra de los batallones 23º y 25º tocaron diana como de costumbre.

Ocho viudas y treinta y siete huérfanos, así como todos los deudos de los finados, en vano reclamaron los cadáveres. Ni eso lograron.

Este golpe de terror dio indudablemente fuerza al gobierno del general Díaz, cimentándolo de una manera definitiva, pues no hubo levantamiento lerdista, y el mismo general Mariano Escobedo, alma de la oposición, se vio obligado a refugiarse en los Estados Unidos.

Hemos hecho referencia a estos sucesos porque dan idea de lo que fue el porfirismo y así poder apreciar el esfuerzo y el valor que se necesitó para derrocar a aquel tirano, que empezó imponiéndose por el terror y que, en toda su administración, no tuvo más recurso para mantenerse en el poder, que la matanza de ciudadanos, la deportación de regiones mortíferas, la consignación al ejército o la muerte lenta en las tinajas de San Juan de Ulúa o en las mazmorras de la cárcel de Belem.

Como lógica consecuencia de la guerra pasada quedaban en el país bandoleros que asaltaban a la gente pacífica del campo. Había, de hecho, inseguridad, lo que dio origen a la creación de cuerpos de policía rural, y para la formación del pie veterano de esta policía, se echó mano precisamente de los mismos salteadores, de licenciados del ejército de buena conducta y de voluntarios. Eran fuerzas de caballería y el uniforme que usaban era el traje nacional de nuestros charros. Su servicio fundamental era el cuidado del campo, los caminos y destacamentos aislados. Su armamento, carabina Remington y sable.

Catorce fueron los cuerpos rurales organizados al comienzo, y más tarde llegaron hasta dieciocho. Dependían de la Secretaría de Gobernación y estaban al mando de un general del ejército. Cada cuerpo constaba de tres escuadrones y una plana mayor. Tenían amplias facultades para obrar sin necesidad de que las gentes que aprehendieran fueran consignadas a la justicia, pues los rurales podían ejecutarlos en el propio terreno de la aprehensión. Esta policía la integraba gente escogida, brava, y, sobre todo, eran voluntarios, lo

que los hacía ser mejores que las tropas de línea que eran reclutadas por el viejo sistema de levas.

Con estos rurales se dieron completas garantías a la gente del campo y, de paso, fue un magnífico respaldo para el gobierno.

El lema porfiriano era: “Poca política y mucha administración”. Principiaba un régimen de dureza y de tranquilidad, de plenas garantías para los hacendados y empresarios industriales; para ellos especialmente, pues contaban con el apoyo efectivo del gobierno para sojuzgar a los peones de las grandes haciendas, a los mineros y a los obreros de las fábricas. Para los ricos hacendados o industriales, todo; para sus servidores, para los esclavos, nada.

Los beneficios que había otorgado don Benito Juárez a las comunidades indígenas dotándolas de tierras ejidales para su patrimonio y sustento, el general Díaz anuló esos beneficios apoyándose en una Ley de Terrenos Baldíos; enajenó, por sumas irrisorias, entre sus favoritos nacionales, y especialmente extranjeros, grandes extensiones de terreno, creando los inmensos latifundios de los generales Terrazas, de la Torres y Mier y de los particulares. Los Escandón, García Pimentel, Hagembeck, Markasusa, Cobián, Íñigo Noriega, Cussí, y tantos otros que formarían larga lista, se adueñaron del territorio nacional; al trabajador no le quedó otro recurso que el peonaje con jornales siempre inferiores a un peso diario y con la obligación de comprar todo en las tiendas de raya, que eran parte integrante de la propia hacienda. De ese modo los peones adquirían deudas que irían abonando con su trabajo. Deudas que no se saldaban nunca y que eran la única herencia que dejaban a sus hijos, sumisión absoluta al amo o azotes, cárcel o consignación al ejército; para esta misión de castigo estaban las fuerzas rurales o las “acordadas”, que las había numerosas en todos los estados y jefaturas políticas.

El obrero no fue mejor tratado; jamás se expidió una ley que beneficiara en algo al trabajador de las minas o de las fábricas. Proscritas las huelgas, constituían un delito internarlas.

Si el obrero o el minero morían, su viuda y sus hijos quedaban en la miseria. Si se mutilaban en el trabajo, no recibían ninguna compensación. A pedir limosna. Si el minero adquiría la terrible silicosis que le dañaba los pulmones por el polvo en que desenvolvía su trabajo, era desechado por inútil.

Y sobre toda esa miseria, la fuerza del amo, que se ejercía dura y rigurosa por los mayordomos o capataces, que en muchos casos especialmente en las minas, eran extranjeros.

El comercio gozó de privilegios porque estaba en manos de extranjeros que amasaban grandes fortunas; mientras se arruinaban, hasta la quiebra, los comerciantes mexicanos. Ésta es una de las razones del tan escaso espíritu nacional de empresa.

En lo político, toda autoridad era designada por el dictador; todo “venía de arriba”, desde los gobernadores hasta los presidentes municipales. El gobierno del país era amplia red, cuyo centro lo constituía don Porfirio Díaz.

En sus primeros periodos de gobernante, el general Díaz conservó a su lado a todos aquellos sus compañeros militares que le habían ayudado para conseguir el poder. La mayoría de ellos fueron desapareciendo de la escena política, unos por muerte violenta y otros por retiro voluntario. Los que manifestaron el deseo de suceder a don Porfirio fueron: el general Donato Guerra, asesinado en el Rancho de Ávalos, Chihuahua, el día 19 de septiembre de 1876; el general Trinidad García de la Cadena, fusilado el día primero de noviembre de 1885, en Zacatecas, y el general Ramón Corona, asesinado en Guadalajara el 11 de noviembre de 1889. Los otros, como los generales Francisco Naranjo, Jerónimo Treviño, Manuel González, etcétera, se retiraron a la vida privada a disfrutar de sus buenas haciendas. Otros pocos generales quedaron en la vida activa, con puestos en el gabinete presidencial o como gobernadores de estados.

A la mitad de su camino, el porfirismo se renovó vigorizándose con gente de gran preparación y categoría, formándose un partido que se llamó Científico, cuyos componentes fueron muy hábiles para los negocios y para las finanzas. Eran figuras prominentes, entre ellos, Ramón Corral, Rosendo Pineda, Pablo y Miguel Macedo, Fernando Pimentel y Fagoaga, Enrique Creel, José Limantour, Landa y Escandón, y otros.

Del Partido Científico opinó el licenciado Portillo y Rojas, escritor de la época: “Fue una asociación política y comercial de hombres inteligentes, ilustrados y de influjo, sostenida para ayudarse mutuamente en todo género de asuntos lucrativos; una especie de cofradía burocrática; una masonería fuerte y hermética, destinada a la explotación de los negocios por medio del predominio oficial”.



Junto con el Partido Científico se creó un grupo llamado “Círculo de amigos del general Díaz”, menos fuerte que los científicos, pero también con mucho valimiento cerca del dictador pues éstos eran la mayoría realmente de su amistad y confianza.

Se cuenta que en cierta ocasión, en reunión de amigos, uno de ellos, bromeando, le dijo a don Porfirio:

—General, anoche soñé que yo era presidente y que lo sucedía a usted.

Don Porfirio le contestó en serio:

—No ande soñando. Me han dicho que el general Ramón Corona tuvo un sueño parecido la víspera que lo asesinaron. Tenga mucho cuidado.

Tenía el general Díaz una especial preferencia por los extranjeros y los favorecía ampliamente con magníficas concesiones.

A la Compañía Mexicana-Europea de Minas y Terrenos se le vendieron *un millón doscientas mil hectáreas* al irrisorio precio de *trece centavos la hectárea*.

A las Compañías Deslindadoras se les adjudicaron doce millones seiscientos noventa y tres mil seiscientos diez hectáreas.

A la Person and Son Limited se le entregaron concesiones para la exploración y explotación del petróleo, en los estados de Campeche, Tabasco, Chiapas, San Luis Potosí, Tamaulipas y Veracruz. Fue el más escandaloso monopolio.

Íñigo Noriega, español, se hizo millonario con las franquicias que siempre le otorgó el general Díaz, su amigo.

Millonarios fueron: el español Domingo Aguirre, dueño casi de Nayarit; Hagenbreck, alemán dueño casi de Querétaro; los italianos Cussí, los Markasusa y los Cobián, de Michoacán; Murrieta e Ypiña, en San Luis Potosí; Prieto, en Monterrey; Solana, en Tlaxcala; Bermejillo, en Guanajuato, y otros.

Estos extranjeros, los científicos y los generales compañeros de don Porfirio eran los dueños de la mayor parte del territorio nacional.

Alguien preguntó:

—¿El general Luis Terrazas es de Chihuahua?

Y le dijeron :

—No. Chihuahua es del general Terrazas.

CON EL PORFIRIATO, EL CLERO VOLVIÓ POR SUS FUEROS solapadamente. Las leyes de Reforma dejaron de ser estrictas y hubo tolerancia

completa. Por medio de interpósitas personas formáronse sociedades para la adquisición y administración de bienes raíces del clero. Se ha calculado que los bienes del clero en el periodo del general Díaz llegaba a la fabulosa suma de ochocientos millones de pesos, ide aquellos pesos! Hay datos fidedignos que comprueban lo expuesto.

El general Díaz fue un autócrata en la más amplia acepción del vocablo. Fue más que un rey, supuesto que los reyes suelen ser constitucionales y son, en sus naciones, solamente un poder conciliador y representativo, pero sujeto a un Parlamento. Aquí, con don Porfirio Díaz, sólo había un poder único, el suyo.

Treinta años duró el gobierno de la dictadura, y fue durante la última década de esa dictadura, cuando comenzó a despertar el pueblo de su embotamiento.

Primero fueron rebeldías medrosas, un tanto tímidas y puramente de jóvenes literatos que ya leían a Vargas Vila, Marx, Tolstoi, Víctor Hugo y Zola. En seguida fue cierta prensa independiente la que inició el despertar cívico. *El Diario del Hogar*, *El Hijo del Ahuizote* y *Redención* fueron los periódicos que más se destacaron criticando a la dictadura. *El Hijo del Ahuizote* y *Redención*, fueron los periódicos que más se destacaron criticando a la dictadura. *El Hijo del Ahuizote* con caricaturas sangrientas y *Redención* con la saña que le imprimían los hermanos Flores Magón. Los periodistas eran perseguidos, encarcelados y las imprentas en que se editaban las publicaciones destruidas. No obstante, los periódicos, con miles de trabajos, seguían circulando y quienes los hacían —don Filomeno Mata, Juan Sarabia, Ricardo y Enrique Flores Magón, Fernando Celada, Paulina Martínez y otros— seguían entrando en las mazmorras de la cárcel de Belém, y si lograban salir, continuaban luchando. Los hermanos Flores Magón, que eran los más tenaces, se fueron a los Estados Unidos y desde allí mandaban su periódico *Redención* a quienes suponían sus amigos. Era ya la de ellos una incitación franca a la subversión, y por propaganda directa lograban que se efectuaran levantamientos (año de 1906) en Acayucan, estado de Veracruz, en las Vacas y en Viezca de Coahuila; levantamientos pequeños que fueron sofocados sangrientamente apenas acabados de brotar.

Las condiciones de vida y de trabajo del minero mexicano eran lamentables, un poco más o menos como eran en tiempos de la Colonia. Entonces eran capataces españoles y ahora eran norteamericanos. En cuatro siglos, la desventurada situación de esos trabajadores

poco había mejorado. La misma inseguridad en su peligroso trabajo y el mismo desamparado a las víctimas de los frecuentes accidentes.

Los obreros del mineral de Cananea, Sonora, pensaron que había llegado el momento de luchar por su mejoría, y así, en el mes de enero de 1906, organizaron una sociedad con el nombre de “Unión Liberal Humanidad”, de aspecto mutualista, pero con el objeto de perseguir fines sindicales, ya que estaban prohibidas las agrupaciones de este carácter.

Alma de aquella naciente agrupación fueron los obreros Manuel M. Diéguez, Esteban Baca Calderón (más tarde generales de nuestro ejército), Lázaro Gutiérrez de Lara y Francisco M. Ibarra. Todos ellos trabajaban en diversas dependencias de la “Cananea Consolidated Copper Company”. Se reunían con frecuencia en su club y desde él comenzaron a estudiar los problemas de sus compañeros de trabajo y a tratar de crear una consciencia de clase.

Cuando consideraron que estaban maduros, hicieron justas peticiones a la empresa: destitución de un capataz arbitrario, sueldo mínimo de cinco pesos, jornada de ocho horas; setenta y cinco por ciento de empleados mexicanos, trato humanitario y derecho de ascenso. Decretaron la huelga. La compañía rehusó las justas peticiones. Hubo manifestación de obreros. Dos empleados americanos los recibieron con una manguera y con ella empararon de agua a los manifestantes, a la bandera nacional y al estandarte de la asociación que portaban. Hubo insultos. Los americanos contestaron con disparos de carabina. Hubo muertos y heridos entre los manifestantes. La cosa se puso tensa y los americanos, temiendo una acometida de los mineros, pidieron auxilio al gobernador del estado, un señor Rafael Izábal, quien al día siguiente llegó a Cananea acompañado de un fuerte contingente de tropas norteamericanas que tuvo el cinismo de solicitar en el lado americano para asesinar a obreros mexicanos. Doscientos setenta y cinco eran los soldados llegados de Arizona al mando del coronel Rining.

Al darse cuenta de aquello, el pueblo de Cananea, en masa, indignado, impidió que los soldados americanos descendieran de sus carros, obligándolos a permanecer inactivos.

Una nueva manifestación efectuaron los huelguistas, y esta vez no sólo contra la compañía sino también contra el gobernador Izábal. Más descargas de fusilería de los americanos de la empresa y más muertos y heridos entre los obreros.

Por varios días se mantuvo la huelga y la empresa trató de acceder a las peticiones, pero entonces fue el gobierno el que se opuso a todo arreglo, y así lo manifestó el gerente Green a los huelguistas: que por orden del presidente Díaz no se les aumentarían los sueldos ni un solo centavo.

Fueron aprehendidos y estuvieron a punto de ser fusilados los iniciadores de aquel movimiento, Manuel M. Diéguez, Esteban B. Calderón y Francisco M. Ibarra, acusados de asesinos e incendiarios. Hubieran sido fusilados de no haber intervenido don Ramón Corral, vicepresidente de la República y sonoreense, quien temió el escándalo que ese hecho ocasionaría.

Fueron conducidos presos a las tenebrosas “tinajas” de San Juan de Ulúa, condenados a quince años de prisión. De allí salieron libres cuando triunfó la revolución maderista.

La huelga de Cananea fue el primer paso de los trabajadores mexicanos por conquistar sus derechos.

Al año siguiente, el día 7 de enero de 1907, tuvo lugar un nuevo intento de protesta proletario en la fábrica de hilados y tejidos de Río Blanco, en el estado de Veracruz. Los propietarios de esta fábrica eran franceses.

Los obreros textiles, a semejanza de los de Cananea, crearon una asociación que se denominó “Sociedad Mutualista de Ahorros”, y más tarde esa agrupación cambió su nombre por el de “Gran Círculo de Obreros Libres”, para agrupar dentro de ella no sólo a los obreros de Río Blanco, sino también a sus compañeros de las fábricas de Puebla. Formularon protestas de mejoramiento a los empresarios de las fábricas, que no fueron oídas y provocaron que los jefes, temiendo un avance sindical peligroso para sus intereses, formularan un reglamento drástico con la amenaza de expulsar al obrero que no se sujetara a él. Se promueve una huelga, y los obreros, inocentemente, proponen que sea el presidente de la República quien funja como árbitro en aquel conflicto. El laudo del general Díaz, como era de esperarse, fue contrario a los obreros, lo que dejaba a éstos a la voluntad de los empresarios. Los obreros acordaron no someterse al laudo y, en consecuencia, no regresar a sus labores. Las autoridades cantonales de Orizaba tenían órdenes de que se reanudaran los trabajos, pero los obreros no cedían, deambulaban en grupos frente a la fábrica. Habría hambre y unas mujeres trataron de que en la tienda de raya, que siempre las había provisto, les dieran algo para

comer. Los dependientes, que eran extranjeros, se mofaron de ellas. Hubo insultos; un obrero les reclamó y fue muerto por un disparo de pistola.

Allí nació la tragedia. La multitud, enardecida y ansiosa de venganza, avanzó hacia la tienda; los dependientes trataron de cerrar las puertas. Se enardecieron los hambrientos: forzaron la entrada y saquearon la tienda, incendiándola seguidamente.

Después de la tienda de raya, fueron saqueadas igualmente las casas de empeño de los españoles y, allí, la turba pudo proveerse de algunas armas.

La actitud de los obreros de Río Blanco cundió de inmediato a los de las fábricas de Nogales y Santa Rosa, quienes hicieron causa común con los primeros quemando las tiendas de raya después de saquearlas. Juntos ya todos se dirigieron hacia Orizaba con ánimo de libertar a los obreros presos; pero se les interpuso el general Rosalino Martínez, jefe de las armas en Orizaba, quien sabedor de los acontecimientos con una fracción del 12º batallón les puso una emboscada a los obreros en una de las curvas del camino y, al pasar éstos, abrió el fuego sobre ellos. Más de doscientos obreros, hombres y mujeres, perdieron la vida en este primer choque.

Se dispersaron los obreros y sobre ellos fue implacable la persecución.

La orden de don Porfirio, fielmente interpretada por Rosalino Martínez, era someter por el hierro y el fuego a los descontentos. Se les estrechó en un círculo de muerte, pues muchos habían huido hacia los cercanos cerros. Se concentraron tropas: el 13º batallón procedente de Puebla, 17º de Veracruz, el 24º que estaba en Orizaba lo mismo que el 12º batallón, el 9º Cuerpo de Rurales y todas las fuerzas del Estado. Cerca de cuatro mil hombres arrojados como hambrienta jauría contra obreros indefensos. La carnicería fue atroz. No menos de cuatrocientos obreros, entre los que se encontraban muchas mujeres y niños, fueron asesinados por los soldados de Rosalino Martínez.

Tres días duraron “las operaciones” contra los obreros dispersos. Los que no murieron por las descargas, fueron apresados y de ellos escogieron a unas decenas para ser fusilados en las puertas mismas de las incendiadas tiendas de raya, para “ejemplo”. Los que quedaron con vida fueron desterrados hasta Quintana Roo.

Volvía el orden a imperar en las fábricas de los franceses.

La sangre derramada por la tiranía no fue en vano. El pueblo despertaba de su largo letargo.

El origen de nuestra gran Revolución, de la actual, fue pues la dictadura del general Porfirio Díaz que se transformó, en sus treinta años de duración, en despótica y tiránica. Se hacía patente el deseo de la mayoría de los mexicanos de efectuar un cambio gubernamental, de abolir un sistema caduco de un solo hombre en el mando, de que hubiera elecciones efectivas y de que se abolieran para siempre las continuadas reelecciones.

Probablemente el gobierno del general Díaz fue necesario en un principio para poner orden en un Estado que requería una mano fuerte para lograrlo, pero cuando el remedio se perpetúa, tiende a formar parte inherente del organismo enfermo, y en éste se sobrepone y se rebela lo que le queda de vitalidad para conseguir su salud. La tiranía conduce siempre a la guerra.

“Sufragio efectivo y no reelección” fue la bandera que enarboló Madero al enfrentarse a la sexta reelección del general Díaz.

Francisco I. Madero, un hombre bueno, un soñador, fue el iniciador del gran movimiento cívico; con él estaba el sentir íntimo, profundo de la mayoría del pueblo mexicano. Fue una lucha temeraria en la que pelearon gentes mal armadas y sin ninguna experiencia bélica contra un ejército profesional y bien armado y con buenos mandos. Lucha desigual en la que lógicamente había de imponerse la fuerza de las armas; pero la fuerza de las armas de un ejército no llegará jamás a imponerse a las profundas convicciones de todo un pueblo. “Si un ejército lucha contra un pueblo, el ejército será vencido”.

El viejo dictador, patriota y mexicano al fin, así lo hubo de comprender, y deseando evitar un gran derramamiento de sangre entre hermanos —de los que lo sostenían por obligación, por deber de soldados, que eran los menos, y los que deseaban su caída, que eran los más—, optó por dimitir, exiliándose el día 25 de mayo de 1911.

La Revolución triunfó en principio; pero aún habría de correr mucha sangre y tener altas y bajas para llegar a lo que fue.

La Revolución, política en su iniciación, llevaba en sí un sentimiento profundamente social. No se trataba sólo de cambiar de hombres en el gobierno, sino de buscar y conseguir un mejoramiento positivo para las clases proletarias. Meta ésta que, después de tantos años de lucha, se ha conseguido.

“¡Viva Madero!” y “¡Abajo Porfirio Díaz!” fueron los primeros gritos de lucha, por considerar que esos dos hombres simbolizaban a pobres y ricos, a verdugos y víctimas, a poderosos contra indefensos. En realidad no eran los hombres, sino la miseria y la pobreza lo que impulsaba a la lucha a los desheredados, y siempre fueron más los pobres que los ricos.

La Revolución Mexicana ha sido, en verdad, una de las grandes transformaciones sociales, económicas y políticas del presente siglo. La primera, porque fue antes de la rusa. Fue destructora y sangrienta en un principio; profundamente constructiva después.

La economía agraria semifeudal se transformó y se preparó el camino para la revolución industrial que se ha venido realizando.

Los latifundios fueron fraccionados y distribuidos entre los campesinos mediante el sistema ejidal; se cimentó la fuerza de las organizaciones sindicales; se redujo la participación de las inversiones extranjeras y el dominio de éstas sobre la economía nacional, y se ha ampliado considerablemente la educación pública.

Este México de hoy es totalmente diferente al de ayer. Vamos adelante y continuaremos adelante. Nuestra Revolución, política en sus principios, es medularmente social.

A grandes rasgos hemos tratado de describir los orígenes de la Revolución Mexicana, de la que ha surgido nuestro ejército.

TE HE CONTADO BREVEMENTE EL POR QUÉ DE ESTA REVOLUCIÓN en las filas de cuyo ejército actúas. Es necesario saber en dónde se está para conducirse conscientemente, porque debes saber de todas las luchas nuestras que para conseguir el progreso de la patria, luchas que se llevaron a cabo en un gran movimiento militar pleno de enseñanzas y experiencias bélicas. Porque la Revolución se hizo a golpes, y es así como se alcanzan los jalones ascendentes en la marcha continua hacia el progreso.

Más debes de saberlo tú, porque estás en las filas de un ejército que es el supremo representativo de la Revolución Mexicana; en un ejército que no es como los otros que ha habido anteriormente; sino que es y representa al pueblo mismo de México. A un ejército que no es una casta de “gorilas”, sino la representación del país y forma parte de él; que es la fuerza del pueblo para la defensa del suelo patrio contra un enemigo extranjero, y que es, especialmente, el sostén de

las instituciones democráticas gubernamentales: “para sostenerlas y no para suplantarlas”.

Tú estás en un ejército que nació del pueblo libre, que levantado en armas, derrotó a otro ejército que sostenía a un usurpador.

A ti, joven sano que has nacido y vives en un México remozado, te es necesario conocer el pasado de este México y el por qué del gran movimiento del pueblo que hizo la Revolución de donde nació el ejército actual y del cual eres oficial y conductor de hombres.

Los militares de todos los países y de todos los tiempos han sido y somos sumamente ceremoniosos. Hay reglas y costumbres precisas que se ejecutan invariablemente con todo cuidado. Las cumplimos con agrado siendo subalternos, y después, cuando se tiene autoridad para ello, se exige a los inferiores que también las cumplan. La milicia es una especie de religión, cuyo culto final es servir bien a la patria. Para que la finalidad de la carrera militar se desarrolle a la perfección, exige la práctica constante, que llega a constituir un hábito, de los detalles, al parecer, superfluos, pero se orienta, en conjunto, hacia la meta de cumplir con el deber por encima de todo y a pesar de todo. Nuestras ordenanzas antiguas fueron muy sabias en este aspecto. Los ordenamientos militares siempre han sido duros, porque es y ha sido preciso que reine la disciplina en los ejércitos. Sólo un ejército disciplinado obtendrá la victoria. No deben descuidarse los detalles en la vida militar.

El ejército tiene por misión fundamental, y final, combatir, y a prepararse para tal fin están encaminadas todas sus actividades; pero ligada íntimamente con esta finalidad está la necesidad de defenderse o de cuidarse de las embestidas o de las acechanzas de los que pudieran ser sus enemigos. No se combate a lo loco, embistiendo de frente, sino que el empuje del ejército obedece siempre a planes preconcebidos o que se organizan en el terreno de la acción, en vista de las maniobras de los adversarios. El ejército debe estar preparado siempre para combatir y listo para repeler cualquier agresión. Nunca debe ser sorprendido.

La antigua ordenanza tenía un precepto que estaba escrito en los muros de todos los cuarteles: “Todo servicio de armas o económico, en paz y en guerra, se hará con igual puntualidad y espero que frente al enemigo”.



JOVEN COMPAÑERO

Toma de los viejos el consejo, es decir, el resultado de su experiencia. Ellos batallaron como tú tendrás que batallar, y los que no cayeron en la raya pueden decir lo que más conviene. Escúchalos.

De lo que se lee y de lo que se vive, se forma un libro que perdura en la mente y que es enseñanza siempre presente.

Dicen que “nadie adquiere experiencia en cabeza ajena”. Algo de cierto hay un ella; pero también es muy cierto que somos el resultado de los que nos han precedido y que nos dejaron un legado que hay que cuidar.

La vida animal, material, comienza en uno y acaba en uno; pero hay una vida más alta que está por encima del hombre: la patria, que es la vida de la tierra en que nacimos y en la que habremos de morir, si no en ella, sí por ella.

En seguida encontrarás unos consejos, unos refranes y unas máximas. Conceptos altos o vulgares, pero todos son verdades absolutas.

*La devoción a la patria es la primera de las virtudes.*

*Ninguno ama a su patria porque es grande, sino porque es suya.*

*Debemos tener el valor de nuestras opiniones y la inflexibilidad de nuestros deberes.*

*Si ha de hacerse la guerra. Hágase con fuerzas para que pronto llegue la paz.*

*La guerra, para que sea honrosa, ha de ser defensiva.*

*Los fantasmas dan más miedo de lejos que de cerca.*

*Cuando se te presenten muchos caminos, sigue siempre el más recto, que al mismo tiempo es el más corto y seguro; la experiencia y tu verdad, te lo indicarán.*

*La única historia digna de atención es la de los pueblos libres.*

*Nunca huyendo, huye de la muerte el cobarde.*

*Quien vive temeroso nunca será libre.*

*Si te “huelen” el miedo, estás perdido.*

*Para saber mandar es preciso saber obedecer.*

*Para uno que madruga, otro que no se acuesta.*

*Si no puedes morder, no enseñes los dientes.*

*No sirvas a quien sirvió, ni mandes a quien mandó.*

*Cuando seas yunque, resiste; cuando seas mazo, golpea.*

*Aunque veas pleito ganado, vete con cuidado.*

*Si te ensillas, masca el freno.*

*Quien va con hambre a la mesa y cansado a la cama, no necesita manjares selectos ni colchón de plumas.*

*El temor y la esperanza nacen juntos y mueren juntos.*

*A nadie le falta Dios cargando bastimentos.*

*Antes de que te ensillen, ensilla tú.*

*Bajo la desconfianza, vive la seguridad.*

*De Cristo a Cristo, el más apolillado se raja. Es decir, pierde el menos preparado. Procura no ser, pues, el peor.*

*Donde no hay voluntad, no hay fuerza.*

*El hablar de todos bien y darles buenas respuestas, mucho vale y poco cuesta.*

*El que manda no se equivoca. Y si se equivoca, vuelve a mandar.*

*Cuenta tus penas a quien las puede remediar. A los demás ¿para qué?*

*Cuando no hay blanditas, hay que entrarle a las duras.*

*Como te ven, te tratan.*

*El que no arriesga, no gana.*

*Caballo de mucha crín y hombre de poco bigote... ¡matalote!*

*Arriba ya del caballo, hay que aguantar los reparos.*

*Aunque te chille el cochino, no le aflojes el mecate.*

*No es defecto correr cuando no se iguala la pelea.*

*Por la madre y por la patria, contra todo y contra todos.*

*No desempeñes comisión que no te haya sido señalada ni servicio para el que no te nombren.*

*Cuida tu arma más que a tu hijo.*

*Cuida tus cartuchos y aprovéchalos bien.*

*Contra tus nervios. Conserva tu salud.*

*Mantente sereno durante el fuego. Apunta bien.*

*Sé prudente, seguro y decidido. Avanza con decisión y firmeza. Aprovecha el terreno.*

*No malgastes las municiones; así harás mayor daño al enemigo y te protegerás mejor a ti mismo.*

*Es temerario, mas sin embargo sublime, quien desprecia su seguridad personal y sólo se cuida de atacar al enemigo.*

*Es valeroso quien subordina su propia seguridad a la posibilidad de causar el mayor daño al enemigo.*

*Es humano errar; no te disculpes. Hay disculpas que son peores que la culpa.*

*Las disculpas son denigrantes. Trata de pedir perdón en caso de caer en falta, mas no te disculpes.*

*A veces es buena la dureza cuando no da resultado la bondad.*

*La tolerancia fuera de lugar es un grave error, a veces conduce a la falta de respeto.*

*La fuerza bruta no debe ser motivo de reyertas ni de provocación.*

*Evítate la enemistad de los hombres, pues ellos son de dos clases: unos, juicios —cuidate de su astucia—, y otros, insensatos —ten cuidado de su ignorancia.*

*No hay enemigo pequeño, y no te descuides de ninguno fuere como fuere: pues si triunfas frente a enemigo chico, serás ridiculizado, y si caes derrotado, no tienes perdón.*

*Si la vida se te presenta dura, muéstrale labios sonrientes y espina dorsal flexible. No te hagas el duro si no quieres volverte astillas; ni blando si no quieres que te expriman.*

*Más vale errar perdonando que castigando.*

*Con la confesión espontánea se borran los errores. La súplica es un castigo superior al castigo mismo.*

*El que manda más es el que debe servir mejor*

*La autoridad en una democracia es una delegación del pueblo, no para oprimir a éste, sino para ampararlo.*

*El ejército en una democracia es una delegación del pueblo, no para oprimir a éste, sino para ampararlo.*

*El ejército es una democracia; no tiene otro fuero que el de ocupar el primer lugar en defensa de las instituciones y de la patria.*

*No se concibe un soldado sin lealtad.*

*La verdad, la ley y las buenas costumbres deben ser normas de tu conducta.*

*No vivirás con desorden ni con vicios. La buena conducta no solamente es una virtud sino el mejor negocio.*

*El honor y el buen nombre son cualidades del verdadero soldado. El uniforme no es un alarde sino un escudo de garantía para la sociedad.*

*Debes ser valiente con las armas en la mano; pero más valiente aún para defenderte de las debilidades y de las pasiones.*

*Los grados militares no se conquistan para envanecerse sino para servir mejor.*

*Es prudente quien intenta perjudicar al enemigo garantizando su propia seguridad.*

*Es vil quien sólo se preocupa en salvar el “pellejo”. Nunca, pues, seas vil; sé alguna vez prudente, siempre valeroso y, en ocasiones, temerario.*

*Las mayores pérdidas del combate se reciben siempre en la retirada o en la fuga. En esos momentos el enemigo se hace temerario porque ya no teme.*

*Conquistada una posición, no la abandones por ningún motivo, salvo que así te lo ordenaren tus superiores.*

*Las posibilidades de salir vivo de la lucha son mayores permaneciendo valerosamente donde te ha conducido el azar del combate, o la orden de tus superiores, que buscando protección en posiciones atrasadas.*

*El repliegue siempre te será fatal, a menos que esté ordenado y regulado por tus superiores.*

*Apenas conquistada una posición, tu primer pensamiento debe ser organizar la defensa para poder resistir mejor los contrataques que pueda efectuar el enemigo para arrojarte de ella; piensa que tu tenacidad y arrojo en defenderla y el trabajo que te tomas en hacerla cada vez más fuerte, protegerán mejor tu vida y la de tus compañeros. Sólo así ahorrarás la efusión de otra sangre que será necesaria para reconquistar la posición que, por tu negligencia o poco valor, no supiste conservar.*

*Conquistada una posición y organizada la defensa, piensa en seguida en el objetivo siguiente que debes quitar al enemigo.*

*Sólo marchando hacia delante se obtiene la victoria.*

*Nunca se podrá triunfar si estamos pensando en la retirada.*

*Conservar una posición no es vencer. Vencer es acabar del todo con el enemigo.*

*En el combate hay que matar; pensar sólo en Matar, pero también admitir que se puede morir.*

*Con tu fusil empuñado, hallarás el camino de la gloria y podrás entonar el himno de la victoria.*

*Frente al enemigo, sostén a toda costa el buen nombre de tu batallón o regimiento y excede en valentía y ardor a tus compañeros de otras armas. Acuérdate que la emulación es fuente de victoria.*

*Frente al enemigo, sostén a toda costa el buen nombre de tu batallón o regimiento y excede en valentía y ardor a tus compañeros de otras armas. Acuérdate que la emulación es fuente de victoria.*

*Piensa en aquellos que te son queridos y encontrarás en tal pensamiento la fuerza y la tenacidad. Reflexiona que ellos preferirán verte caer como un héroe que verte huir como cobarde.*

*Ten confianza en tus superiores; que su ejemplo siempre te sirva de guía.*

*Mantén tu calma y tu serenidad aun bajo el fuego más violento. Piensa que el enemigo, antes de atacarte, tratará por todos los medios de deprimir tu moral y exaltar tus nervios.*

*Consérvate siempre dueño de ti mismo y ten, como norma inflexible de todos tus actos, el propósito firme e irreductible de no volver jamás la espalda al enemigo.*

*Cuida tu cuerpo siguiendo las reglas higiénicas dadas por tus superiores, pues tu mayor anhelo debe ser no abandonar el puesto de honor en la línea de batalla por otra causa distinta a una gloriosa herida.*

*Ten el mayor cuidado con tu equipo, porque está arreglado para proporcionarte lo más indispensable para protegerte de los rigores de la intemperie, para combatir y para vivir. Si lo pierdes o lo descuidas lo lamentarás.*

*Recuerda que las leves faltas disciplinarias en tiempo de paz, frente al enemigo o cerca de él, se convierten en crímenes que pueden costar la vida.*

*Te digo todo esto no porque dude de tu disciplina, sino porque es bueno que sepas que frente al enemigo están los intereses sagrados de la patria.*

CAMARADA:

Tú elegiste esta carrera, y has hecho bien. Tendrás sin duda penalidades y sinsabores; pero en el fondo de tu corazón, cuando seas viejo, tendrás la satisfacción mayor que pueda tener un hombre: haber servido a la patria de una manera directa y desinteresada. Al hacer un balance de tu vida te deberán a ti, serás un acreedor pequeño, pero acreedor al fin. Habrás contribuido al bien de todos, que también será el bien tuyo y de los tuyos. Podrás ser olvidado, no recompensado; pero recuerda que no fuiste a hacer un negocio ni a buscar un bienestar. No te llevaron de “leva” como a tus abuelos los “Juanes” del Ejército Mexicano de los años pasados. Regaste el suelo de la patria con tu sangre y tu sudor; encallecieron tus manos empuñando un fusil; tus hombros, tu espalda soportaron un arma o un equipo; tus pies se endurecieron o sangraron recorriendo los amplios caminos, los campos o los cerros de tu tierra, de esta tierra mexicana que es entrañablemente tuya. Fuiste adonde te llevaron; tu

cuerpo supo de los rigores de la intemperie: del frío, del calor, de la lluvia. Convivió tu cuerpo con el duro suelo y pudiste contemplar, extasiado, el cielo azul de México.

Tus mejores amigos, tus hermanos, fueron tus compañeros de filas. Ésa fue tu familia; allí estuvieron tus afectos más caros, los más sinceros.

Piensa que aun cuando nada te den, tú lo mereces todo, porque también das, o has dado, todo lo que pudieras dar. No pienses nunca con melancolía; sé alegre y mira las cosas todas por el lado mejor. La tristeza es una enfermedad y el soldado no debe estar enfermo. Ríe, canta; siente la alegría de vivir, de vivir intensamente, con toda tu fuerza, para bienestar tuyo y para servir mejor. Sirve mejor quien sirve más. Es dichoso quien tiene que dar y da, y tú das tu entusiasmo, tu salud, tu fuerza, y hasta la vida, a favor de los demás. México es tuyo, siéntelo como cosa íntimamente tuya y dale todo, como se da a una madre, como se da a un hijo, sin esperar nada de ellos, por obligación; a la madre, porque todo se lo debemos; al hijo, porque nació por nosotros, porque somos responsables de él. ¡Qué feliz es quien puede dar y da!

Camarada soldado: lee y medita estas líneas que te he escrito con todo cariño. Encontrarás cosas que vale la pena grabar en la mente.

La disciplina de que te he hablado y que es base de todo ejército, no es la férrea y despótica, de la que hasta se ha abusado; debe entenderse como cosa perfectamente útil y necesaria, sin la cual no puede haber organismo.

El soldado de ahora dista mucho del de antaño, tu equipo es mejor, tu haber es mayor y tus obligaciones son las mismas; pero ahora más conscientemente sabidas y valoradas. Tienes una responsabilidad que tú solo has contraído. Nadie te trajo al cuartel a la fuerza; conscientemente veniste a servir y sabías, en todo su valor, lo que esto suponía. Tienes una responsabilidad que has contraído y eres hombre, ¡quién lo puede dudar!, y debes cumplir con esa obligación con gusto y con entusiasmo.

Joven militar del México de hoy: ¡Salud!

Un viejo compañero tuyo te saluda y te desea todo bien.



En México, D. F., a 31 de junio de 1967.



*Los de abajo*\*  
Mariano Azuela

PRIMERA PARTE

I

—Te digo que no es un animal... Oye cómo ladra el Palomo... Debe ser algún cristiano.

La mujer fijaba sus pupilas en la oscuridad de la sierra.

—¿Y que fueran siendo federales? —repuso un hombre que, en cucullas, yantaba en un rincón una cazuela en la diestra y tres tortillas en taco en la otra mano.

La mujer no le contestó; sus sentidos estaban puestos fuera de la casuca.

Se oyó un ruido de pezuñas en el pedregal cercano y el Palomo ladró con más rabia.

—Sería bueno que, por sí o por no, te escondieras, Demetrio.

El hombre, sin alterarse, acabó de comer; se acercó un cántaro y, levantándolo a dos manos, bebió agua a borbotones. Luego se puso en pie.

—Tu rifle está debajo del petate —pronunció ella en voz muy baja.

El cuartito se alumbraba por una mecha de sebo. En un rincón descansaban un yugo, un arado, un otate y otros aperos de labranza. Del techo pendían cuerdas sosteniendo un viejo molde de adobes, que servía de cama, y sobre mantas y desteñidas hilachas dormía un niño.

\* AZUELA, Mariano, *Los de abajo*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Fondo de Cultura Económica, 2012.



Demetrio ciñó la cartuchera a su cintura y levantó el fusil. Alto, robusto, de faz bermeja, sin pelo de barba, vestía camisa y calzón de manta, ancho sombrero de soyate y huaraches.

Salió paso a paso, desapareciendo en la oscuridad impenetrable de la noche.

El Palomo, enfurecido, había saltado la cerca del corral.

De pronto se oyó un disparo, el perro lanzó un gemido sordo y no ladró más.

Unos hombres a caballo llegaron vociferando y maldiciendo. Dos se apearon y otro quedó cuidando las bestias.

—Mujeres... algo de cenar... Blanquillos, leche, frijoles, lo que tengan, que venimos muertos de hambre.

—¡Maldita sierra! ¡Sólo el diablo no se perdería!

—Se perdería, mi sargento, si viniera de borracho como tú...

Uno llevaba galones en los hombros, el otro cintas rojas en las mangas.

—¿En dónde estamos, vieja?... ¿Y ese chamaco?... ¡Vieja, queremos cenar, y que sea pronto! ¿Sales o te hacemos salir?

—¡Hombres malvados, me han matado a mi perro!... ¿Qué les debía ni qué les comía mi pobrecito Palomo?

La mujer entró llevando a rastras al perro, muy blanco y muy gordo, con los ojos claros ya y el cuerpo suelto.

—¡Mira nomás qué chapetes, sargento!... Mi alma, no te enojés; yo te juro volverte tu casa un palomar, pero ¡por Dios!...

No me mires airada...

No más enojos...

Mírame cariñosa,

luz de mis ojos.

Acabó cantando el oficial con voz aguardentosa.

—Señora, ¿cómo se llama este ranchito?

—Limón —contestó hosca la mujer, ya soplando las brasas del fogón y arrimando la leña.

—¿Conque aquí es Limón?... ¡La tierra del famoso Demetrio Macías!... ¿Lo oye, mi teniente? Estamos en Limón.

—¿En Limón?... Bueno para mí... ¡plin!... Ya sabes, sargento, si he de irme al infierno, nunca mejor que ahora... que voy en buen

caballo. ¡Mira nomás qué cachetitos de morena!... ¡Un perón para morderlo!...

—Usted ha de conocer al bandido ese, señora... Yo estuve junto con él en la Penitenciaría de Escobedo.

—Sargento, tráeme una botella de tequila; he decidido pasar la noche en amable compañía con esta morenita. ¿El coronel?... ¿Qué me hablas tú del coronel a estas horas?... ¡Que vaya mucho a...! Y si se enoja, pa mí... ¡plin!... Anda, sargento; dile al cabo que desensille y eche de cenar. Yo aquí me quedo... Oye, chatita, deja a mi sargento que fría los blanquillos y caliente las gordas; tú ven acá conmigo. Mira, esta carterita apretada de billetes es sólo para ti. Es mi gusto. ¡Figúrate! Ando un poco borrachito por eso, y por eso también hablo un poco ronco... ¡Como que en Guadalajara dejé la mitad de la campanilla y por el camino vengo escupiendo la otra mitad...! ¿Y qué le hace...? Es mi gusto. Sargento, mi botella de tequila. Chata, estás muy lejos; arrímate a echar un trago... ¿Cómo que no?... ¿Le tienes miedo a tu... marido... o lo que sea?... Si está metido en algún agujero dile que salga... Pa mí ¡plin!... Te aseguro que las ratas no me estorban.

Una silueta blanca llenó de pronto la boca oscura de la puerta.

—¡Demetrio Macías! —clamó el sargento despavorido, dando unos pasos atrás.

El teniente se puso de pie y enmudeció, quedóse frío e inmóvil como una estatua.

—¡Mátalos! —exclamó la mujer con la garganta seca.

—¡Ah, dispense amigo!... Yo no sabía... Pero yo respeto a los valientes de veras.

Demetrio se quedó mirándolos y una sonrisa insolente y despreciativa plegó sus líneas.

—Y no sólo los respeto, sino que también los quiero... Aquí tiene la mano de un amigo... Está bueno, Demetrio Macías; usted me desaira... Es porque no me conoce, es porque me ve en este perro y maldito oficio... ¡Qué quiere, amigo!... ¡Es uno pobre, tiene familia numerosa que mantener! Sargento, vámonos; yo respeto siempre la casa de un valiente, de un hombre de veras.

Luego que desaparecieron, la mujer abrazó estrechamente a Demetrio.

—¡Madre mía de Jalpa! ¡Qué susto!... ¡Creí que a ti te habían tirado el balazo!

—Vete luego a la casa de mi padre —dijo Demetrio.

Ella quiso detenerlo; suplicó, lloró; pero él, apartándola dulcemente, repuso sombrío:

—Me late que van a venir todos juntos.

—¿Por qué no los mataste?

—¡Seguro que no les tocaba todavía!

Salieron juntos, ella con el niño en los brazos.

Ya a la puerta se apartaron en opuesta dirección.

La luna poblaba de sombras vagas la montaña.

En cada risco y en cada chaparro, Demetrio seguía mirando la silueta dolorida de una mujer, con su niño en los brazos.

Cuando después de muchas horas de ascenso volvió los ojos, en el fondo del cañón, cerca del río, se levantaban grandes llamaradas.

Su casa ardía...

## II

Todo era sombra todavía cuando Demetrio Macías comenzó a bajar al fondo del barranco. El angosto talud de una escarpa era vereda entre el peñascal veteados de enormes resquebrajaduras y la vertiente de centenares de metros, cortada como de un solo tajo.

Descendiendo con agilidad y rapidez, pensaba:

“Seguramente ahora sí van a dar con nuestro rastro los federales, y se nos vienen encima como perros. La fortuna es que no saben veredas, entradas ni salidas. Sólo que alguno de Moyahua anduviera con ellos de guía, porque los del Limón, Santa Rosa y demás ranchitos de la sierra son gente segura y nunca nos entregarían... En Moyahua está el cacique que me trae corriendo por los cerros, y éste tendría mucho gusto en verme colgado de un poste del telégrafo y con tamaña lengua de fuera ...”.

Y llegó al fondo del barranco cuando comenzaba a clarear el alba. Se tiró entre las piedras y se quedó dormido.

El río se arrastraba cantando en diminutas cascadas, los pajarillos piaban escondidos en los pitahayos y las chicharras monorrítmicas llenaban de misterio la soledad de la montaña.

Demetrio despertó sobresaltado, vadeó el río y tomó la vertiente opuesta del cañón. Como hormiga arriera ascendió la crestería, cris-

padas las manos en las peñas y ramazones, crispadas las plantas sobre las guijas de la vereda.

Cuando escaló la cumbre, el sol bañaba la altiplanicie en un lago de oro. Hacia la barranca se veían rocas enormes rebanadas; prominencias erizadas como fantásticas cabezas africanas; los pitahayos como dedos anquilosados de coloso; árboles tendidos hacia el fondo del abismo. Y en la aridez de las peñas y de las ramas secas albeaban las frescas rosas de San Juan como una blanca ofrenda al astro que comenzaba a deslizar sus hilos de oro de roca en roca.

Demetrio se detuvo en la cumbre: echó su diestra hacia atrás, tiró del cuerno que pendía a su espalda, lo llevó a sus labios gruesos, y por tres veces, inflando los carrillos, sopló en él. Tres silbidos contestaron la señal, más allá de la crestería frontera.

En la lejanía, de entre un cónico hacinamiento de cañas y paja podrida, salieron, unos tras otros, muchos hombres de pechos y piernas desnudas, oscuros y repulidos como viejos bronce.

Vinieron presurosos al encuentro de Demetrio.

—¡Me quemaron mi casa! —respondió a las miradas interrogadoras.

Hubo imprecaciones, amenazas, insolencias.

Demetrio los dejó desahogar; luego sacó de su camisa una botella, bebió un tanto, limpióla con el dorso de su mano y la pasó a su inmediato. La botella, en una vuelta de boca en boca, se quedó vacía. Los hombres se relamieron.

—Si Dios nos da licencia —dijo Demetrio—, mañana o esta misma noche les hemos de mirar la cara otra vez a los federales. ¿Qué dicen, muchachos, los dejamos conocer estas veredas?

Los hombres semidesnudos saltaron, dando grandes alaridos de alegría. Y luego redoblaron las injurias, las maldiciones y las amenazas.

—No sabemos cuántos serán ellos —observó Demetrio, escudriñando los semblantes—. Julián Medina, en Hostotipaquillo, con media docena de pelados y con cuchillos afilados en el metate, les hizo frente a todos los cuicos y federales del pueblo, y se los echó.

—¿Qué, tendrán algo los de Medina que a nosotros nos falte? —dijo uno de barba y cejas espesas y muy negras, de mirada dulzona, hombre macizo y robusto.

—Yo sólo les sé decir —agregó— que dejo de llamarme Anastasio Montañés si mañana no soy dueño de un máuser, cartuchera,

pantalones y zapatos. ¡De veras!... Mira, Codorniz, ¿voy que no me lo crees? Yo traigo media docena de plomos adentro de mi cuerpo... Ai que diga mi compadre Demetrio si no es cierto... Pero a mí me dan tanto miedo las balas, como una bolita de caramelo. ¿A que no me lo crees?

—¡Que viva Anastasio Montañés! —gritó el Manteca.

—No —repuso aquél—; que viva Demetrio Macías, que es nuestro jefe, y que vivan Dios y el cielo y María Santísima.

—¡Viva Demetrio Macías! —gritaron todos.

Encendieron lumbre con zacate y leños secos, y sobre los carbones encendidos tendieron trozos de carne fresca. Se rodearon en torno de las llamas, sentados en cuclillas, olfateando con apetito la carne que se retorció y crepitaba en las brasas.

Cerca de ellos estaba, en montón, la piel dorada de una res, sobre la tierra húmeda de sangre. De un cordel, entre dos huizaches, pendía la carne hecha cecina, oreándose al sol y al aire.

—Bueno —dijo Demetrio—; ya ven que, aparte de mi treinta-treinta, no contamos más que con veinte armas. Si son pocos, les damos hasta no dejar uno; si son muchos, aunque sea un buen susto les hemos de sacar.

Aflojó el ceñidor de su cintura y desató un nudo, ofreciendo del contenido a sus compañeros.

—¡Sal! —exclamaron con alborozo, tomando cada uno con la punta de los dedos algunos granos.

Comieron con avidez, y cuando quedaron satisfechos, se tiraron de barriga al sol y cantaron canciones monótonas y tristes, lanzando gritos estridentes después de cada estrofa.

### III

Entre las malezas de la sierra durmieron los veinticinco hombres de Demetrio Macías, hasta que la señal del cuerno los hizo despertar. Pancracio la daba de lo alto de un risco de la montaña.

—Ora sí, muchachos; pónganse changos —dijo Anastasio Montañés, reconociendo los muelles de su rifle.

Pero transcurrió una hora sin que se oyera más que el canto de las cigarras en el herbezal y el croar de las ranas en los baches.

Cuando los albores de la luna se esfumaron en la faja débilmente rosada de la aurora, se destacó la primera silueta de un soldado en el filo más alto de la vereda. Y tras él aparecieron otros, y otros diez, y otros cien; pero todos en breve se perdían en las sombras. Asomaron los fulgores del sol, y hasta entonces pudo verse el despeñadero cubierto de gente: hombres diminutos en caballos de miniatura.

—¡Mírenlos qué bonitos! —exclamó Pancracio—. ¡Anden, muchachos; vamos a jugar con ellos!

Aquellas figuritas movedizas ora se perdían en la espesura del chaparral, ora negreaban más abajo sobre el ocre de las peñas.

Distintamente se oían las voces de jefes y soldados.

Demetrio hizo una señal; crujieron los muelles y los resortes de los fusiles.

—¡Ora! —ordenó con voz apagada.

Veintiún hombres dispararon a un tiempo y otros tantos federales cayeron de sus caballos. Los demás, sorprendidos, permanecían inmóviles, como bajorrelieves de las peñas.

Una nueva descarga y otros veintiún hombres rodaron de roca en roca, con el cráneo abierto.

—¡Salgan, bandidos!... ¡Muertos de hambre!

—¡Mueran los ladrones nixtamaleros!...

—¡Mueran los comevacas!...

Los federales gritaban a los enemigos, que ocultos, quietos y callados, se contentaban con seguir haciendo gala de una puntería que ya los había hecho famosos.

—¡Mira, Pancracio! —dijo el Meco, un individuo que sólo en los ojos y en los dientes tenía algo de blanco—; ¡ésta es para el que va a pasar detrás de aquel pitayo!... ¡Hijo de...! ¡Toma!... ¡En la pura calabaza! ¿Viste?... Ora pal que viene en el caballo tordillo... ¡Abajo, pelón!

—Yo voy a darle una bañada al que va orita por el filo de la vereda... Si no llegas al río, mocho infeliz, no quedas lejos... ¿Qué tal?... ¿Lo viste?...

—¡Hombre, Anastasio, no seas malo!... Empréstame tu carabina... ¡Ándale, un tiro nomás!...

El Manteca, la Codorniz y los demás que no tenían armas las solicitaban; pedían como una gracia suprema que les dejaran hacer un tiro siquiera.

—¡Asómense si son tan hombres!

—Saquen la cabeza... ¡hilachos piojosos!

De montaña a montaña los gritos se oían tan claros como de una acera a la del frente.

La Codorniz surgió de improviso, en cueros, con los calzones tendidos en actitud de torear a los federales.

Entonces comenzó la lluvia de proyectiles sobre la gente de Demetrio.

—¡Huy! ¡Huy! Parece que me echaron un panal de moscos en la cabeza —dijo Anastasio Montañés, ya tendido entre las rocas y sin atreverse a levantar los ojos.

—¡Codorniz, hijo de un...! ¡Ora adonde les dije! —rugió Demetrio.

Y, arrastrándose, tomaron nuevas posiciones.

Los federales comenzaron a gritar su triunfo y hacían cesar el fuego, cuando una nueva granizada de balas los desconcertó.

—¡Ya llegaron más! —clamaban los soldados.

Y presa de pánico, muchos volvieron grupas resueltamente, otros abandonaron las caballerías y se encaramaron, buscando refugio entre las peñas. Fue preciso que los jefes hicieran fuego sobre los fugitivos para restablecer el orden.

—¡A los de abajo!... ¡A los de abajo! —exclamó Demetrio, tendiendo su treinta-treinta hacia el hilo cristalino del río.

Un federal cayó en las mismas aguas, e indefectiblemente siguieron cayendo uno a uno a cada nuevo disparo. Pero sólo él tiraba hacia el río, y por cada uno de los que mataba, ascendían intactos diez o veinte a la otra vertiente.

—¡A los de abajo!... ¡A los de abajo! —siguió gritando, encolezado.

Los compañeros se prestaban ahora sus armas y haciendo blancos cruzaban sendas apuestas.

—Mi cinturón de cuero si no le pego en la cabeza al del caballo prieto. Préstame tu rifle, Meco...

—Veinte tiros de máuser y media vara de chorizo por que me dejes tumbar al de la potranca mora... Bueno... ¡Ahora!... ¿Viste qué salto dio?... ¡Como venado!...

—¡No corran, mochos!... Vengan a conocer a su padre Demetrio Macías...

Ahora de éstos partían las injurias. Gritaba Pancraccio, alargando su cara lampiña, inmutable como piedra, y gritaba el Manteca, con-

trayendo las cuerdas de su cuello y estirando las líneas de su rostro de ojos torvos de asesino.

Demetrio siguió tirando y advirtiendo del grave peligro a los otros, pero éstos no repararon en su voz desesperada sino hasta que sintieron el chicoteo de las balas por uno de los flancos.

—¡Ya me quemaron! —gritó Demetrio, y rechinó los dientes—. ¡Hijos de...!

Y con prontitud se dejó resbalar hacia un barranco.

#### IV

Faltaron dos: Serapio, el charamusquero, y Antonio, el que tocaba los platillos en la Banda de Juchipila.

—A ver si se nos juntan más adelante —dijo Demetrio.

Volvían desazonados. Sólo Anastasio Montañés conservaba la expresión dulzona de sus ojos adormilados y su rostro barbado, y Pancracio la inmutabilidad repulsiva de su duro perfil de prognato.

Los federales habían regresado y Demetrio recuperaba todos sus caballos, escondidos en la sierra.

De pronto, la Codorniz, que marchaba adelante, dio un grito: acababa de ver a los compañeros perdidos, pendientes de los brazos de un mezquite.

Eran ellos Serapio y Antonio. Los reconocieron y Anastasio Montañés rezó entre dientes:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

—Amén —rumorearon los demás, con la cabeza inclinada y el sombrero sobre el pecho.

Y apresurados tomaron el cañón de Juchipila, rumbo al norte, sin descansar hasta ya muy entrada la noche. La Codorniz no se apartaba un instante de Anastasio. Las siluetas de los ahorcados, con el cuello flácido, los brazos pendientes, rígidas las piernas, suavemente mecidos por el viento, no se borraban de su memoria.

Otro día Demetrio se quejó mucho de la herida. Ya no pudo montar su caballo. Fue preciso conducirlo desde allí en una camilla improvisada con ramas de robles y haces de yerbas.

—Sigue desangrándose mucho, compadre Demetrio —dijo Anastasio Montañés.



Y de un tirón arrancóse una manga de la camisa y la anudó fuertemente al muslo, arriba del balazo.

—Bueno —dijo Venancio—; eso le para la sangre y le quita la dolencia.

Venancio era barbero; en su pueblo sacaba muelas y ponía cáusticos y sanguijuelas. Gozaba de cierto ascendiente porque había leído *El judío errante* y *El sol de mayo*. Le llamaban el *Dotor*, y él, muy pagado de su sabiduría, era hombre de pocas palabras.

Turnándose de cuatro en cuatro, condujeron la camilla por mesetas calvas y pedregosas y por cuevas empinadísimas.

Al mediodía, cuando la calina sofocaba y se obnubilaba la vista, con el canto incesante de las cigarras se oía el quejido acompasado y monocorde del herido.

En cada jacalito escondido entre las rocas abruptas, se detenían y descansaban.

—¡Gracias a Dios! ¡Un alma compasiva y una gorda topeteada de chile y frijoles nunca faltan! —decía Anastasio Montañés, eructando.

Y los serranos, después de estrecharles fuertemente las manos encallecidas, exclamaban:

—¡Dios los bendiga! ¡Dios los ayude y los lleve por buen camino!... Ahora van ustedes; mañana correremos también nosotros, huyendo de la leva, perseguidos por estos condenados del gobierno, que nos han declarado guerra a muerte a todos los pobres; que nos roban nuestros puercos, nuestras gallinas y hasta el maicito que tenemos para comer; que quemán nuestras casas y se llevan nuestras mujeres, y que, por fin, donde dan con uno, allí lo acaban como si fuera perro del mal.

Cuando atardeció en llamaradas que tiñeron el cielo en vivísimos colores, pardearon unas casucas en una explanada, entre las montañas azules. Demetrio hizo que lo llevaran allí.

Eran unos cuantos pobrísimos jacales de zacate, diseminados a la orilla del río, entre pequeñas sementeras de maíz y frijol recién nacidos.

Pusieron la camilla en el suelo y Demetrio, con débil voz, pidió un trago de agua.

En las bocas oscuras de las chozas se aglomeraron chomites incoloros, pechos huesudos, cabezas desgrednadas y, detrás, ojos brillantes y carrillos frescos.

Un chico gordinflón, de piel morena y reluciente, se acercó a ver al hombre de la camilla; luego una vieja, y después todos los demás vinieron a hacerle ruedo.

Una moza muy amable trajo una jícara de agua azul. Demetrio cogió la vasija entre sus manos trémulas y bebió con avidez.

—¿No quiere más?

Alzó los ojos: la muchacha era de rostro muy vulgar, pero en su voz había mucha dulzura.

Se limpió con el dorso del puño el sudor que perlaba su frente, y volviéndose de un lado, pronunció con fatiga:

—¡Dios se lo pague!

Y comenzó a tiritar con tal fuerza, que sacudía las yerbas y los pies de la camilla. La fiebre lo aletargó.

—Está haciendo sereno y eso es malo pa la calentura —dijo señá Remigia, una vieja enchomitada, descalza y con una garra de manta al pecho a modo de camisa.

Y los invitó a que metieran a Demetrio en su jacal.

Pancracio, Anastasio Montañés y la Codorniz se echaron a los pies de la camilla como perros fieles, pendientes de la voluntad del jefe.

Los demás se dispersaron en busca de comida.

Señá Remigia ofreció lo que tuvo: chile y tortillas.

—Afigúrense... Tenía güevos, gallinas y hasta una chiva parida; pero estos malditos federales me limpiaron.

Luego, puestas las manos en bocina, se acercó al oído de Anastasio y le dijo:

—¡Afigúrense!... ¡Cargaron hasta con la muchachilla de señá Nieves!...

## V

La Codorniz, sobresaltado, abrió los ojos y se incorporó.

—¿Montañés, oíste...? ¡Un balazo...! Montañés... Despierta...

Le dio fuertes empujones, hasta conseguir que se removiera y dejara de roncar.

—¡Con un...! ¡Ya estás moliendo!... Te digo que los muertos no se aparecen... —balbució Anastasio despertando a medias.

—¡Un balazo, Montañés...!

—Te duermes, Codorniz, o te meto una trompada...

—No, Anastasio; te digo que no es pesadilla... Ya no me he vuelto a acordar de los ahorcados. Es de veras un balazo; lo oí clarito...

—¿Dices que un balazo...? A ver, saca mi máuser...

Anastasio Montañés se restregó los ojos, estiró los brazos y las piernas con mucha flojera, y se puso en pie.

Salieron del jacal. El cielo estaba cuajado de estrellas y la luna ascendía como una fina hoz. De las casucas salió rumor confuso de mujeres asustadas y se oyó el ruido de armas de los hombres que dormían afuera y despertaban también.

—¡Estúpido!... ¡Me has destrozado un pie!

La voz se oyó clara y distinta en las inmediaciones.

—¿Quién vive?...

El grito resonó de peña en peña, por crestones y hondonadas, hasta perderse en la lejanía y en el silencio de la noche.

—¿Quién vive? —repetió con voz más fuerte Anastasio, haciendo ya correr el cerrojo de su máuser.

—¡Demetrio Macías! —respondieron cerca.

—¡Es Pancracio! —dijo la Codorniz regocijado. Y ya sin zozobras dejó reposar en tierra la culata de su fusil.

Pancracio conducía a un mozalbeta cubierto de polvo, desde el fieltro americano hasta los toscos zapatones. Llevaba una mancha de sangre fresca en su pantalón, cerca de un pie.

—¿Quién es este curro? —preguntó Anastasio.

—Yo estoy de centinela, oí ruido entre las yerbas y grité: “¿Quién vive?” “Carranzo”, me respondió este vale... “¿Carranzo...? No conozco yo a ese gallo...”. Y toma tu Carranzo: le metí un plomazo en una pata...

Sonriendo, Pancracio volvió su cara lampiña en solicitud de aplausos.

Entonces habló el desconocido.

—¿Quién es aquí el jefe?

Anastasio levantó la cabeza con altivez, enfrentándosele.

El tono del mozo bajó un tanto.

—Pues yo también soy revolucionario. Los federales me cogieron de leva y entré a filas; pero en el combate de anteayer conseguí desertarme, y he venido, caminando a pie, en busca de ustedes.

—¡Ah, es federal!... —interrumpieron muchos, mirándolo con pasmo.

—¡Ah, es mocho! —dijo Anastasio Montañés—. ¿Y por qué no le metiste el plomo mejor en la mera chapa?

—¡Quién sabe qué mitote trai! ¡Quesque quiere hablar con Demetrio, que tiene que icirle quién sabe cuánto!... Pero eso no le hace; pa todo hay tiempo como no arrebatan —respondió Pancracio preparando su fusil.

—Pero ¿qué clase de brutos son ustedes? —profirió el desconocido.

Y no pudo decir más, porque un revés de Anastasio lo volteó con la cara bañada en sangre.

—¡Fusilen a ese mocho!...

—¡Hórquenlo!...

—¡Quémenlo... es federal!...

Exaltados, gritaban, aullaban preparando ya sus fusiles.

—¡Chist..., chist..., cállense!... Parece que Demetrio habla —dijo Anastasio, sosegándolos.

En efecto, Demetrio quiso informarse de lo que ocurría e hizo que le llevaran al prisionero.

—¡Una infamia, mi jefe; mire usted..., mire usted! —pronunció Luis Cervantes, mostrando las manchas de sangre en su pantalón y su boca y su nariz abotagadas.

—Por eso, pues, ¿quién jijo de un... es usted? —interrogó Demetrio.

—Me llamo Luis Cervantes, soy estudiante de medicina y periodista. Por haber dicho algo en favor de los revolucionarios, me persiguieron, me atraparon y fui a dar a un cuartel...

La relación que de su aventura siguió detallando en tono declamatorio causó gran hilaridad a Pancracio y al Manteca.

—Yo he procurado hacerme entender, convencerlos de que soy un verdadero correligionario...

—¿Corre... qué? —inquirió Demetrio, tendiendo una oreja.

—Correligionario, mi jefe..., es decir, que persigo los mismos ideales y defiendo la misma causa que ustedes defienden.

Demetrio sonrió:

—¿Pos cuál causa defendemos nosotros?...

Luis Cervantes, desconcertado, no encontró qué contestar.

—¡Mi qué cara pone!... ¿Pa qué son tantos brincos?... ¿Lo tronamos ya, Demetrio? —preguntó Pancracio, ansioso.

Demetrio llevó su mano al mechón de pelo que le cubría una oreja, se rascó largo rato, meditando; luego, no encontrando la solución, dijo:

—Sálganse... que ya me está doliendo otra vez... Anastasio, apaga la mecha. Encierren a ése en el corral y me lo cuidan Pancracio y Manteca. Mañana veremos.

## VI

Luis Cervantes no aprendía aún a discernir la forma precisa de los objetos a la vaga tonalidad de las noches estrelladas, y buscando el mejor sitio para descansar, dio con sus huesos quebrantados sobre un montón de estiércol húmedo, al pie de la masa difusa de un huizache. Más por agotamiento que por resignación, se tendió cuan largo era y cerró los ojos resueltamente, dispuesto a dormir hasta que sus feroces vigilantes le despertaran o el sol de la mañana le quemara las orejas. Algo como un vago calor a su lado, luego un respirar rudo y fatigoso, le hicieron estremecerse; abrió los brazos en torno y su mano trémula dio con los pelos rígidos de un cerdo, que, incomodado seguramente por la vecindad, gruñó.

Inútiles fueron ya todos sus esfuerzos para atraer el sueño; no por el dolor del miembro lesionado, ni por el de sus carnes magulladas, sino por la instantánea y precisa representación de su fracaso.

Sí; él no había sabido apreciar a su debido tiempo la distancia que hay de manejar el escalpele, fulminar latrofaciosos desde las columnas de un diario provinciano, a venir a buscarlos con el fusil en las manos a sus propias guaridas. Sospechó su equivocación, ya dado de alta como subteniente de caballería, al rendir la primera jornada. Brutal jornada de catorce leguas, que lo dejaba con las caderas y las rodillas de una pieza, cual si todos sus huesos se hubieran soldado en uno. Acabó de comprender ocho días después, al primer encuentro con los rebeldes. Juraría, la mano puesta sobre un Santo Cristo, que cuando los soldados se echaron los máuseres a la cara, alguien con voz estentórea había clamado a sus espaldas: “¡Sálvese el que pueda!”. Ello tan claro así, que su mismo brioso y noble corcel, avezado a los combates, había vuelto grupas y de estampida no había querido detenerse sino a distancia donde ni el rumor de las balas se escuchaba. Y era cabalmente a la puesta del sol, cuando la montaña comenzaba

a poblarse de sombras vagarosas e inquietantes, cuando las tinieblas ascendían a toda prisa de la hondonada. ¿Qué cosa más lógica podría ocurrírsele si no la de buscar abrigo entre las rocas, darles reposo al cuerpo y al espíritu y procurarse el sueño? Pero la lógica del soldado es la lógica del absurdo. Así, por ejemplo, a la mañana siguiente su coronel lo despierta a broncos puntapiés y le saca de su escondite con la cara gruesa a mojicones. Más todavía: aquello determina la hilaridad de los oficiales a tal punto que, llorando de risa, imploran a una voz el perdón para el fugitivo. Y el coronel, en vez de fusilarlo, le larga un recio puntapié en las posaderas y le envía a la impedimenta como ayudante de cocina.

La injuria gravísima habría de dar sus frutos venenosos. Luis Cervantes cambia de chaqueta desde luego, aunque sólo *in mente* por el instante. Los dolores y las miserias de los desheredados alcanzan a conmoverlo; su causa es la causa sublime del pueblo subyugado que clama justicia, sólo justicia. Intima con el humilde soldado y, ¡qué más!, una acémila muerta de fatiga en una tormentosa jornada le hace derramar lágrimas de compasión.

Luis Cervantes, pues, se hizo acreedor a la confianza de la tropa. Hubo soldados que le hicieron confianzas temerarias. Uno, muy serio, y que se distinguía por su temperancia y retraimiento, le dijo: “Yo soy carpintero; tenía mi madre, una viejita clavada en su silla por el reumatismo desde hacía diez años. A medianoche me sacaron de mi casa tres gendarmes; amanecí en el cuartel y anochece a doce leguas de mi pueblo... Hace un mes pasé por allí con la tropa... ¡Mi madre estaba ya debajo de la tierra!... No tenía más consuelo en esta vida... Ahora no le hago falta a nadie. Pero, por mi Dios que está en los cielos, estos cartuchos que aquí me cargan no han de ser para los enemigos... Y si se me hace el milagro (mi Madre Santísima de Guadalupe me lo ha de conceder), si me le junto a Villa..., juro por la sagrada alma de mi madre que me la han de pagar estos federales”.

Otro, joven, muy inteligente, pero charlatán hasta por los codos, dipsómano y fumador de marihuana, lo llamó aparte y, mirándolo a la cara fijamente con sus ojos vagos y vidriosos, le sopló al oído: “Compadre..., aquéllos..., los de allá del otro lado..., ¿comprendes?..., aquéllos cabalgan lo más granado de las caballerizas del Norte y del ‘interior’, las guarniciones de sus caballos pesan de pura plata... Nosotros, ¡pst!..., en sardinas buenas para alzar cubos de noria...

¿Comprendes, compadre? Aquéllos reciben relucientes pesos fuertes; nosotros, billetes de celuloide de la fábrica del asesino... Dije...”.

Y así todos, hasta un sargento segundo contó ingenuamente: “Yo soy voluntario, pero me he tirado una plancha. Lo que en tiempos de paz no se hace en toda una vida de trabajar como una mula, hoy se puede hacer en unos cuantos meses de correr la sierra con un fusil a la espalda. Pero no con éstos, ‘mano’..., no con éstos...”.

Y Luis Cervantes, que compartía ya con la tropa aquel odio solapado, implacable y mortal a las clases, oficiales y a todos los superiores, sintió que de sus ojos caía hasta la última telaraña y vio claro el resultado final de la lucha.

¡Mas he aquí que hoy, al llegar apenas con sus correligionarios, en vez de recibirle con los brazos abiertos, lo encapillan en una zahúrda!

Fue de día: los gallos cantaron en los jacales; las gallinas, trepadas en las ramas del huizache del corral, se removieron, abrían las alas y esponjaban las plumas, y en un solo salto se ponían en el suelo.

Contempló a sus centinelas tirados en el estiércol y roncando. En su imaginación revivieron las fisonomías de los dos hombres de la víspera. Uno, Pancraccio, agüerado, pecoso, su cara lampiña y su barba saltona, la frente roma y oblicua, untadas las orejas al cráneo y todo de un aspecto bestial. Y el otro, el Manteca, una piltrafa humana: ojos escondidos, mirada torva, cabellos muy lacios cayéndole a la nuca, sobre la frente y las orejas; sus labios de escrofuloso entreabiertos eternamente.

Y sintió una vez más que su carne se achinaba.

## VII

Adormilado aún, Demetrio paseó la mano sobre los crespos mechones que cubrían su frente húmeda, apartados hacia una oreja, y abrió los ojos.

Distinta oyó la voz femenina y melodiosa que en sueños había escuchado ya, y se volvió a la puerta.

Era de día: los rayos del sol dardeaban entre los popotes del jacal. La misma moza que la víspera le había ofrecido un apastito de agua deliciosamente fría (sus sueños de toda la noche), ahora, igual de dulce y cariñosa, entraba con una olla de leche desparramándose de espuma.

—Es de cabra, pero está regüena... Ándele, nomás aprébelas...

Agradecido, sonrió Demetrio, se incorporó y, tomando la vasija de barro, comenzó a dar pequeños sorbos, sin quitar los ojos de la muchacha.

Ella, inquieta, bajó los suyos.

—¿Cómo te llamas?

—Camila.

—Me cuadra el nombre, pero más la tonadita...

Camila se cubrió de rubor, y como él intentara asirla por un puño, asustada, tomó la vasija vacía y se escapó más que de prisa.

—No, compadre Demetrio —observó gravemente Anastasio Montañés—; hay que amansarlas primero... ¡Hum, pa las lepras que me han dejado en el cuerpo las mujeres!... Yo tengo mucha experiencia en eso...

—Me siento bien, compadre —dijo Demetrio haciéndose el sordo—; parece que me dieron fríos; sudé mucho y amanecí muy refrescado. Lo que me está fregando todavía es la maldita herida. Llame a Venancio para que me cure.

—¿Y qué hacemos, pues, con el curro que agarré anoche? —preguntó Pancracio.

—¡Cabal, hombre!... ¡No me había vuelto a acordar!...

Demetrio, como siempre, pensó y vaciló mucho antes de tomar una decisión.

—A ver, Codorniz, ven acá. Mira, pregunta por una capilla que hay como a tres leguas de aquí. Anda y róble la sotana al cura.

—Pero ¿qué va a hacer, compadre? —preguntó Anastasio pasmado.

—Si este curro viene a asesinarme, es muy fácil sacarle la verdad. Yo le digo que lo voy a fusilar. La Codorniz se viste de padre y lo confiesa. Si tiene pecado, lo trueno: si no, lo dejo libre.

—¡Hum, cuánto requisito!... Yo lo quemaba y ya —exclamó Pancracio despectivo.

Por la noche regresó la Codorniz con la sotana del cura. Demetrio hizo que le llevaran al prisionero.

Luis Cervantes, sin dormir ni comer en dos días, entraba con el rostro demacrado y ojeroso, los labios descoloridos y secos.

Habló con lentitud y torpeza.

—Hagan de mí lo que quieran... Seguramente que me equivoqué con ustedes...

Hubo un prolongado silencio. Después:



—Creí que ustedes aceptarían con gusto al que viene a ofrecerles ayuda, pobre ayuda la mía, pero que sólo a ustedes mismos beneficia... ¿Yo qué me gano con que la revolución triunfe o no?

Poco a poco iba animándose y la languidez de su mirada desaparecía por instantes.

—La revolución beneficia al pobre, al ignorante, al que toda su vida ha sido esclavo, a los infelices que ni siquiera saben que si lo son es porque el rico convierte en oro las lágrimas, el sudor y la sangre de los pobres...

—¡Bah!... ¿Y eso es como a modo de qué?... ¡Cuando ni a mí me cuadran los sermones! —interrumpió Pancracio.

—Yo he querido pelear por la causa santa de los desventurados... Pero ustedes no me entienden..., ustedes me rechazan... ¡Hagan conmigo, pues, lo que gusten!

—Por lo pronto nomás te pongo esta reata en el gznate... ¡Mi qué rechonchito y qué blanco lo tienes!

—Sí, ya sé a lo que viene usted —repuso Demetrio con desabrimiento, rascándose la cabeza—. Lo voy a fusilar, ¿eh?...

Luego, volviéndose a Anastasio:

—Llévenselo... y si quiere confesarse, tráiganle un padre...

Anastasio, impasible como siempre, tomó con suavidad el brazo de Cervantes.

—Véngase pa acá, curro...

Cuando después de algunos minutos vino la Codorniz, ensotana-do, todos rieron a echar las tripas.

—¡Hum, este curro es repicolargo! —exclamó—. Hasta se me figura que se rió de mí cuando comencé a hacerle preguntas.

—Pero ¿no cantó nada?

—No dijo más que lo de anoche...

—Me late que no viene a eso que usted teme, compadre —notó Anastasio.

—Bueno, pues denle de comer y ténganlo a una vista.

## VIII

Luis Cervantes, otro día, apenas pudo levantarse. Arrastrando el miembro lesionado, vagó de casa en casa buscando un poco de alco-

hol, agua hervida y pedazos de ropa usada. Camila, con su amabilidad incansable, se lo proporcionó todo.

Luego que comenzó a lavarse, ella se sentó a su lado, a ver curar la herida, con curiosidad de serrana.

—Oiga, ¿y quién lo insinó a curar?... ¿Y pa qué jirvió la agua?... ¿Y los trapos, pa qué los coció?... ¡Mire, mire, cuánta curiosidá pa todo!... ¿Y eso que se echó en las manos?... ¡Pior!... ¿Aguardiente de veras?... ¡Ande, pos si yo creiba que el aguardiente nomás pal cólico era güeno!... ¡Ah!... ¿De moo que es que usté iba a ser dotor?... ¡Ja, ja, ja!... ¡Cosa de morirse uno de risa!... ¿Y por qué no le regüelve mejor agua fría?... ¡Mi qué cuentos!... ¡Quesque animales en la agua sin jervir!... ¡Fuchi!... ¡Pos cuando ni yo miro nada!...

Camila siguió interrogándole, y con tanta familiaridad, que de buenas a primeras comenzó a tutearlo.

Retraído a su propio pensamiento, Luis Cervantes no la escuchaba más.

“¿En dónde están esos hombres admirablemente armados y montados que reciben sus haberes en puros pesos duros de los que Villa está acuñando en Chihuahua? ¡Bah! Una veintena de encuerados y piojosos, habiendo quien cabalgara en una yegua decrepita, matura de la cruz a la cola. ¿Sería verdad lo que la prensa del gobierno y él mismo habían asegurado, que los llamados revolucionarios no eran sino bandidos agrupados ahora con un magnífico pretexto para saciar su sed de oro y de sangre? ¿Sería, pues, todo mentira lo que de ellos contaban los simpatizadores de la revolución? Pero si los periódicos gritaban todavía en todos los tonos triunfos y más triunfos de la Federación, un pagador recién llegado de Guadalajara había dejado escapar la especie de que los parientes y favoritos de Huerta abandonaban la capital rumbo a los puertos, por más que éste seguía aúlla que aúlla: ‘Haré la paz cueste lo que cueste’. Por tanto, revolucionarios, bandidos o como quisiera llamárseles, ellos iban a derrocar al gobierno; el mañana les pertenecía; había que estar, pues, con ellos, sólo con ellos”.

—No, lo que es ahora no me he equivocado —se dijo para sí, casi en voz alta.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Camila—; pos si yo creiba ya que los ratones te habían comido la lengua.

Luis Cervantes plegó las cejas y miró con aire hostil aquella especie de mono enchomitado, de tez bronceada, dientes de marfil, pies anchos y chatos.

—¿Oye, curro, y tú has de saber contar cuentos?

Luis hizo un gesto de aspereza y se alejó sin contestarle.

Ella, embelesada, le siguió con los ojos hasta que su silueta desapareció por la vereda del arroyo.

Tan abstraída así, que se estremeció vivamente a la voz de su vecina, la tuerta María Antonia, que, fisgoneando desde su jacal, le gritó:

—¡Epa, tú!... dale los polvos de amor... A ver si ansina cai...

—¡Pior!... Ésa será usted...

—¡Si yo quijiera!... Pero, ifuche!, les tengo asco a los curros...

## IX

—Señá Remigia, emprésteme unos blanquillos, mi gallina amaneció echada. Allí tengo unos señores que quieren almorzar.

Por el cambio de la viva luz del sol a la penumbra del jacalucho, más turbia todavía por la densa humareda que se alzaba del fogón, los ojos de la vecina se ensancharon. Pero al cabo de breves segundos comenzó a percibir distintamente el contorno de los objetos y la camilla del herido en un rincón, tocando por su cabecera el cobertizo tiznado y brillante.

Se acurrucó en cuclillas al lado de señá Remigia y, echando miradas furtivas adonde reposaba Demetrio, preguntó en voz baja:

—¿Cómo va el hombre?... ¿Aliviado?... ¡Qué güeno!... ¡Mire, y tan muchacho!... Pero en toavía está retedescolorido... ¡Ah!... ¿De moo es que no le cierra el balazo?... Oiga, señá Remigia, ¿no quiere que le hagamos alguna lucha?

Señá Remigia, desnuda arriba de la cintura, tiende sus brazos tendinosos y enjutos sobre la mano del metate y pasa y repasa su nixtamal.

—Pos quién sabe si no les cuadre —responde sin interrumpir la ruda tarea y casi sofocada—; ellos train su dotor y por eso...

—Señá Remigia —entra otra vecina doblando su flaco espinazo para franquear la puerta—, ¿no tiene unas hojitas de laurel que me dé pa hacerle un cocimiento a María Antonia?... Amaneció con el cólico...

Y como, a la verdad, sólo lleva pretexto para curiosear y chismosrear, vuelve los ojos hacia el rincón donde está el enfermo y con un guiño inquiere por su salud.

Señá Remigia baja los ojos para indicar que Demetrio está durmiendo...

—Ande, pos si aquí está usted también, señá Pachita..., no la había visto...

—Güenos días le dé Dios, ña Fortunata... ¿Cómo amanecieron?

—Pos María Antonia con su “superior”... y, como siempre, con el cólico...

En cuclillas, pónese cuadril a cuadril con señá Pachita.

—No tengo hojas de laurel, mi alma —responde señá Remigia suspendiendo un instante la molienda; aparta de su rostro goteante algunos cabellos que caen sobre sus ojos y hunde luego las dos manos en un apaste, sacando un gran puñado de maíz cocido que chorrea una agua amarillenta y turbia—. Yo no tengo; pero vaya con señá Dolores: a ella no le faltan nunca yerbitas.

—Ña Dolores dende anoche se jue pa la cofradía. A sigún razón vinieron por ella pa que jue a sacar de su cuidado a la muchachilla de tía Matías.

—iAnde, señá Pachita, no me lo diga!...

Las tres viejas forman animado corro y, hablando en voz muy baja, se ponen a chismosrear con vivísima animación.

—iCierito como haber Dios en los cielos!...

—iAh, pos si yo jui la primera que lo dije: “Marcelina está gorda y está gorda!”. Pero naiden me lo quería creer...

—Pos pobre criatura... ¡Y pior si va resultando con que es de su tío Nazario!...

—iDios la favorezca!...

—iNo, qué tío Nazario ni qué ojo de hacha!... ¡Mal ajo pa los federales condenados!...

—iBah, pos aistá otra enfelizada más!...

El barullo de las comadres acabó por despertar a Demetrio.

Asilenciáronse un momento, y a poco dijo señá Pachita, sacando del seno un palomo tierno que abría el pico casi sofocado ya:

—Pos la mera verdá, yo le traiba al señor estas sustancias..., pero sigún razón está en manos de médico...

—Eso no le hace, señá Pachita...; es cosa que va por juea...

—Señor, dispense la parvedá...; aquí le traigo este presente —dijo la vejarruca acercándose a Demetrio—. Pa las morragias de sangre no hay como estas sustancias...

Demetrio aprobó vivamente. Ya le habían puesto en el estómago unas piezas de pan mojado en aguardiente, y aunque cuando se las despegaron le vaporizó mucho el ombligo, sentía que aún le quedaba mucho calor encerrado.

—Ande, usté que sabe bien, señá Remigia —exclamaron las vecinas.

De un oate desensartó señá Remigia una larga y encorvada cuchilla que servía para apear tunas; tomó el pichón en una sola mano y, volviéndolo por el vientre, con habilidad de cirujano lo partió por la mitad de un solo tajo.

—¡En el nombre de Jesús, María y José! —dijo señá Remigia echando una bendición. Luego, con rapidez, aplicó calientes y chorreando los dos pedazos del palomo sobre el abdomen de Demetrio.

—Ya verá cómo va a sentir mucho consuelo...

Obedeciendo las instrucciones de señá Remigia, Demetrio se inmovilizó encogiéndose sobre un costado.

Entonces señá Fortunata contó su cuita. Ella le tenía muy buena voluntad a los señores de la revolución. Hacía tres meses que los federales le robaron su única hija, y eso la tenía inconsolable y fuera de sí.

Al principio de la relación, la Codorniz y Anastasio Montañés, atejonados al pie de la camilla, levantaban la cabeza y, entreabierta la boca, escuchaban el relato; pero en tantas minucias se metió señá Fortunata, que a la mitad la Codorniz se aburrió y salió a rascarse al sol, y cuando terminaba solemnemente: “Espero de Dios y María Santísima que ustedes no han de dejar vivo a uno de estos federales del infierno”. Demetrio, vuelta la cara a la pared, sintiendo mucho consuelo con las sustancias en el estómago, repasaba un itinerario para internarse en Durango, y Anastasio Montañés roncaba como un trombón.

## X

—¿Por qué no llama al curro pa que lo cure, compadre Demetrio?  
—dijo Anastasio Montañés al jefe, que a diario sufría grandes calos-

fríos y calenturas—. Si viera, él se cura solo y anda ya tan aliviado que ni cojea siquiera.

Pero Venancio, que tenía dispuestos los botes de manteca y las planchuelas de hilas mugrientas, protestó:

—Si alguien le pone mano, yo no respondo de los resultados.

—Oye, compa, ¡pero qué doctor ni qué naa eres tú!... ¿Voy que ya hasta se te olvidó por qué viniste a dar aquí? —dijo la Codorniz.

—Sí, ya me acuerdo, Codorniz, de que andas con nosotros porque te robaste un reloj y unos anillos de brillantes —repuso muy exaltado Venancio.

La Codorniz lanzó una carcajada.

—¡Siquiera!... Pior que tú corriste de tu pueblo porque envenenaste a tu novia.

—¡Mientes!...

—Sí; le diste cantáridas pa...

Los gritos de protesta de Venancio se ahogaron entre las carcajadas estrepitosas de los demás.

Demetrio, avinagrado el semblante, les hizo callar; luego comenzó a quejarse, y dijo:

—A ver, traigan, pues, al estudiante.

Vino Luis Cervantes, descubrió la pierna, examinó detenidamente la herida y meneó la cabeza. La ligadura de manta se hundía en un surco de piel; la pierna, abotagada, parecía reventar. A cada movimiento, Demetrio ahogaba un gemido. Luis Cervantes cortó la ligadura, lavó abundantemente la herida, cubrió el muslo con grandes lienzos húmedos y lo vendó.

Demetrio pudo dormir toda la tarde y toda la noche. Otro día despertó muy contento.

—Tiene la mano muy liviana el curro —dijo.

Venancio, pronto, observó:

—Está bueno; pero hay que saber que los curros son como la humedad, por dondequiera se filtran. Por los curros se ha perdido el fruto de las revoluciones.

Y como Demetrio creía a ojo cerrado en la ciencia del barbero, otro día, a la hora que Luis Cervantes lo fue a curar, le dijo:

—Oiga, hágalo bien pa que cuando me deje bueno y sano se largue ya a su casa o adonde le dé su gana.

Luis Cervantes, discreto, no respondió una palabra.

Pasó una semana, quince días; los federales no daban señales de vida. Por otra parte, el frijol y el maíz abundaban en los ranchos inmediatos; la gente tal odio tenía a los federales, que de buen grado proporcionaban auxilio a los rebeldes. Los de Demetrio, pues, esperaron sin impaciencia el completo restablecimiento de su jefe.

Durante muchos días, Luis Cervantes continuó mustio y silencioso.

—¡Qué se me hace que usted está enamorado, curro! —le dijo Demetrio, bromista, un día después de la curación y comenzando a encariñarse con él.

Poco a poco fue tomando interés por sus comodidades. Le preguntó si los soldados le daban su ración de carne y leche. Luis Cervantes tuvo que decir que se alimentaba sólo con lo que las buenas viejas del rancho querían darle y que la gente le seguía mirando como a un desconocido o a un intruso.

—Todos son buenos muchachos, curro —repuso Demetrio—; todo está en saberles el modo. Desde mañana no le faltará nada. Ya verá.

En efecto, esa misma tarde las cosas comenzaron a cambiar. Tirados en el pedregal, mirando las nubes crepusculares como gigantes cuajarones de sangre, escuchaban algunos de los hombres de Macías la relación que hacía Venancio de amenos episodios de *El judío errante*. Muchos, arrullados por la meliflua voz del barbero, comenzaron a roncar; pero Luis Cervantes, muy atento, luego que acabó su plática con extraños comentarios anticlericales, le dijo enfático:

—¡Admirable! ¡Tiene usted un bellissimo talento!

—No lo tengo malo —repuso Venancio convencido—; pero mis padres murieron y yo no pude hacer carrera.

—Es lo de menos. Al triunfo de nuestra causa, usted obtendrá fácilmente un título. Dos o tres semanas de concurrir a los hospitales, una buena recomendación de nuestro jefe Macías..., y usted, doctor... ¡Tiene tal facilidad, que todo sería un juego!

Desde esa noche, Venancio se distinguió de los demás dejando de llamarle curro. Luisito por aquí y Luisito por allí.

XI

—Oye, curro, yo quería icirte una cosa... —dijo Camila una mañana, a la hora que Luis Cervantes iba por agua hervida al jacal para curar su pie.

La muchacha andaba inquieta de días atrás, y sus melindres y reticencias habían acabado por fastidiar al mozo, que, suspendiendo de pronto su tarea, se puso en pie y, mirándola cara a cara, le respondió:

—Bueno... ¿Qué cosa quieres decirme?

Camila sintió entonces la lengua hecha un trapo y nada pudo pronunciar; su rostro se encendió como un madroño, alzó los hombros y encogió la cabeza hasta tocarse el desnudo pecho. Después, sin moverse y fijando, con obstinación de idiota, sus ojos en la herida, pronunció con debilísima voz:

—¡Mira qué bonito viene encarnando ya!... Parece botón de rosa de Castilla.

Luis Cervantes plegó el ceño con enojo manifiesto y se puso de nuevo a curarse sin hacer más caso de ella.

Cuando terminó, Camila había desaparecido.

Durante tres días no resultó la muchacha en parte alguna. Señá Agapita, su madre, era la que acudía al llamado de Luis Cervantes y era la que le hervía el agua y los lienzos. Él buen cuidado tuvo de no preguntar más. Pero a los tres días ahí estaba de nuevo Camila con más rodeos y melindres que antes.

Luis Cervantes, distraído, con su indiferencia envalentonó a Camila, que habló al fin:

—Oye, curro... Yo quería icirte una cosa... Oye, curro; yo quiero que me repases *La Adelita*... pa... ¿A que no me adivinas pa qué?... Pos pa cantarla mucho, mucho, cuando ustedes se vayan, cuando ya no estés tú aquí..., cuando andes ya tan lejos, lejos..., que ni más te acuerdes de mí...

Sus palabras hacían en Luis Cervantes el efecto de una punta de acero resbalando por las paredes de una redoma.

Ella no lo advertía, y prosiguió tan ingenua como antes:

—¡Anda, curro, ni te cuento!... Si vieras qué malo es el viejo que los manda a ustedes... Ai tienes nomás lo que me sucedió con él... Ya sabes que no quiere el tal Demetrio que naiden le haga la comida más que mi mamá y que naiden se la lleve más que yo... Güeno; pos l'otro día entré con el champurrao, y ¿qué te parece que hizo el viejo



e porra? Pos que me pepena de la mano y me la agarra juerte, juerte; luego comienza a pellizcarme las corvas... ¡Ah, pero qué pliegue tan güeno le he echao!... “¡Epa, pior!... ¡Estése quieto!... ¡Pior, viejo malcriado!... ¡Suélteme..., suélteme, viejo sinvergüenza!” Y que me doy el reculón y me le zafó, y que ai voy pa juera a toa carrera... ¿Qué te parece nomás, curro?

Jamás había visto reír con tanto regocijo Camila a Luis Cervantes.

—Pero ¿de veras es cierto todo lo que me estás contando?

Profundamente desconcertada, Camila no podía responderle. Él volvió a reír estrepitosamente y a repetir su pregunta. Y ella, sintiendo la inquietud y la zozobra más grandes, le respondió con voz quebrantada:

—Sí, es cierto... Y eso es lo que yo te quería icir... ¿Qué no te ha dao coraje por eso, curro?

Una vez más Camila contempló con embeleso el fresco y radioso rostro de Luis Cervantes, aquellos ojos glaucos de tierna expresión, sus carrillos frescos y rosados como los de un muñeco de porcelana, la tersura de una piel blanca y delicada que asomaba abajo del cuello, y más arriba de las mangas de una tosca camiseta de lana, el rubio tierno de sus cabellos, rizados ligeramente.

—Pero ¿qué diablos estás esperando, pues, boba? Si el jefe te quiere, ¿tú qué más pretendes?...

Camila sintió que de su pecho algo se levantaba, algo que llegaba hasta su garganta y en su garganta se anudaba. Apretó fuertemente sus párpados para exprimir sus ojos rasos; luego limpió con el dorso de su mano la humedad de los carrillos y, como hacía tres días, con la ligereza del cervatillo, escapó.

## XII

La herida de Demetrio había cicatrizado ya. Comenzaban a discutir los proyectos para acercarse al Norte, donde se decía que los revolucionarios habían triunfado en toda línea de los federales. Un acontecimiento vino a precipitar las cosas. Una vez Luis Cervantes, sentado en un picacho de la sierra, al fresco de la tarde, la mirada perdida a lo lejos, soñando, mataba el fastidio. Al pie del angosto crestón, alagartados entre los jarales y a orillas del río, Pancracio y el Manteca jugaban baraja. Anastasio Montañés, que veía el juego con

indiferencia, volvió de pronto su rostro de negra barba y dulces ojos hacia Luis Cervantes y le dijo:

—¿Por qué está triste, curro? ¿Qué piensa tanto? Venga, arrímese a platicar...

Luis Cervantes no se movió; pero Anastasio fue a sentarse amistosamente a su lado.

—A usted le falta la bulla de su tierra. Bien se echa de ver que es de zapato pintado y moñito en la camisa... Mire, curro: ai donde me ve aquí, todo mugriento y desgarrado, no soy lo que parezco... ¿A que no me lo cree?... Yo no tengo necesidad; soy dueño de diez yuntas de bueyes... ¡De veras!... Ai que lo diga mi compadre Demetrio... Tengo mis diez fanegas de siembra... ¿A que no me lo cree?... Mire, curro; a mí me cuadra mucho hacer repelar a los federales, y por eso me tienen mala voluntad. La última vez, hace ocho meses ya (los mismos que tengo de andar aquí), le metí un navajazo a un capitancito faceto (Dios me guarde), aquí, merito del ombligo... Pero, de veras, yo no tengo necesidad... Ando aquí por eso... y por darle la mano a mi compadre Demetrio.

—¡Moza de mi vida! —gritó el Manteca entusiasmado con un albur. Sobre la sota de espadas puso una moneda de veinte centavos de plata.

—¡Cómo cree que a mí nadita que me cuadra el juego, curro!... ¿Quiere usted apostar?... ¡Ándele, mire; esta viborita de cuero suena todavía! —dijo Anastasio sacudiendo el cinturón y haciendo oír el choque de los pesos duros.

En éstas corrió Pancracio la baraja, vino la sota y se armó un altercado. Jácara, gritos, luego injurias. Pancracio enfrentaba su rostro de piedra ante el del Manteca, que lo veía con ojos de culebra, convulso como un epiléptico. De un momento a otro llegaban a las manos. A falta de insolencias suficientemente incisivas, acudían a nombrar padres y madres en el bordado más rico de indecencias.

Pero nada ocurrió; luego que se agotaron los insultos, suspendióse el juego, se echaron tranquilamente un brazo a la espalda y paso a paso se alejaron en busca de un trago de aguardiente.

—Tampoco a mí me gusta pelear con la lengua. Eso es feo, ¿verdad, curro?... De veras, mire, a mí nadien me ha mentao a mi familia... Me gusta darme mi lugar. Por eso me verá que nunca ando chacoteando... Oiga, curro —prosiguió Anastasio, cambiando el acento de su voz, poniéndose una mano sobre la frente y de pie—,

¿qué polvareda se levanta allá, detrás de aquel cerrito? ¡Caramba! ¡A poco son los mochos!... ¡Y uno tan desprevenido!... Véngase, curro; vamos a darles parte a los muchachos.

Fue motivo de gran regocijo:

—¡Vamos a toparlos! —dijo Pancracio el primero.

—Sí, vamos a toparlos. ¡Qué pueden traer que no lleven!...

Pero el enemigo se redujo a un hatajo de burros y dos arrieros.

—Párenlos. Son arribeños y han de traer algunas novedades — dijo Demetrio.

Y las tuvieron de sensación. Los federales tenían fortificados los cerros de El Grillo y La Bufa de Zacatecas. Decíase que era el último reducto de Huerta, y todo el mundo auguraba la caída de la plaza. Las familias salían con precipitación rumbo al Sur; los trenes iban colmados de gente; faltaban carruajes y carretones, y por los caminos reales, muchos, sobrecogidos de pánico, marchaban a pie y con sus equipajes auestas. Pánfilo Natera reunía su gente en Fresnillo, y a los federales “ya les venían muy anchos los pantalones”.

—La caída de Zacatecas es el *Requiescat in pace* de Huerta —aseguró Luis Cervantes con extraordinaria vehemencia—. Necesitamos llegar antes del ataque a juntarnos con el general Natera.

Y reparando en el extrañamiento que sus palabras causaban en los semblantes de Demetrio y sus compañeros, se dio cuenta de que aún era un don nadie allí.

Pero otro día, cuando la gente salió en busca de buenas bestias para emprender de nuevo la marcha, Demetrio llamó a Luis Cervantes y le dijo:

—¿De veras quiere irse con nosotros, curro?... Usted es de otra madera, y la verdad, no entiendo cómo pueda gustarle esta vida. ¿Qué cree que uno anda aquí por su puro gusto?... Cierto, ¿a qué negarlo?, a uno le cuadra el ruido; pero no sólo es eso... Siéntese, curro, siéntese, para contarle. ¿Sabe por qué me levanté?... Mire, antes de la revolución tenía yo hasta mi tierra volteada para sembrar, y si no hubiera sido por el choque con don Mónico, el cacique de Moyahua, a estas horas andaría yo con mucha priesa, preparando la yunta para las siembras... Pancracio, apéate dos botellas de cerveza, una para mí y otra para el curro... Por la señal de la Santa Cruz... ¿Ya no hace daño, verdad?...

XIII

—Yo soy de Limón, allí, muy cerca de Moyahua, del puro cañón de Juchipila. Tenía mi casa, mis vacas y un pedazo de tierra para sembrar; es decir, que nada me faltaba. Pues, señor, nosotros los rancheros tenemos la costumbre de bajar al lugar cada ocho días. Oye uno su misa, oye el sermón, luego va a la plaza, compra sus cebollas, sus jitomates y todas las encomiendas. Después entra uno con los amigos a la tienda de Primitivo López a hacer las once. Se toma la copita; a veces es uno condescendiente y se deja cargar la mano, y se le sube el trago, y le da mucho gusto, y ríe uno, grita y canta, si le da su mucha gana. Todo está bueno, porque no se ofende a nadie. Pero que comienzan a meterse con usted; que el policía pasa y pasa, arrima la oreja a la puerta; que al comisario o a los auxiliares se les ocurre quitarle a usted su gusto... ¡Claro, hombre, usted no tiene la sangre de horchata, usted lleva el alma en el cuerpo, a usted le da coraje, y se levanta y les dice su justo precio! Si entendieron, santo y bueno; a uno lo dejan en paz, y en eso paró todo. Pero hay veces que quieren hablar ronco y golpeado... y uno es lebroncito de por sí... y no le cuadra que nadie le pele los ojos... Y, sí señor; sale la daga, sale la pistola... ¡Y luego vamos a correr la sierra hasta que se les olvida el difuntito!

“Bueno. ¿Qué pasó con don Mónico? ¡Faceto! Muchísimo menos que con los otros. ¡Ni siquiera vio correr el gallo!... Una escupida en las barbas por entrometido, y pare usted de contar... Pues con eso ha habido para que me eche encima a la Federación. Usted ha de saber del chisme ése de México, donde mataron al señor Madero y a otro, a un tal Félix o Felipe Díaz, ¡qué sé yo!... Bueno: pues el dicho don Mónico fue en persona a Zacatecas a traer escolta para que me agarraran. Que diz que yo era maderista y que me iba a levantar. Pero como no faltan amigos, hubo quien me lo avisara a tiempo, y cuando los federales vinieron a Limón, yo ya me había pelado. Después vino mi compadre Anastasio, que hizo una muerte, y luego Pancracio, la Codorniz y muchos amigos y conocidos. Después se nos han ido juntando más, y ya ve: hacemos la lucha como podemos”.

—Mi jefe —dijo Luis Cervantes después de algunos minutos de silencio y meditación—, usted sabe ya que aquí cerca, en Juchipila, tenemos gente de Natera; nos conviene ir a juntarnos con ellos antes de que tomen Zacatecas. Nos presentamos con el general...

—No tengo genio para eso... A mí no me cuadra rendirle a nadie.

—Pero usted, sólo con unos cuantos hombres por acá, no dejará de pasar por un cabecilla sin importancia. La revolución gana indefectiblemente; luego que se acabe le dicen, como les dijo Madero a los que le ayudaron: “Amigos, muchas gracias; ahora vuélvanse a sus casas...”.

—No quiero yo otra cosa, sino que me dejen en paz para volver a mi casa.

—Allá voy... No he terminado: “Ustedes, que me levantaron hasta la presidencia de la República, arriesgando su vida, con peligro inminente de dejar viudas y huérfanos en la miseria, ahora que he conseguido mi objeto, váyanse a coger el azadón y la pala, a medio vivir, siempre con hambre y sin vestir, como estaban antes, mientras que nosotros, los de arriba, hacemos unos cuantos millones de pesos”.

Demetrio meneó la cabeza y sonriendo se rascó:

—¡Luisito ha dicho una verdad como un templo! —exclamó con entusiasmo el barbero Venancio.

—Como decía —prosiguió Luis Cervantes—, se acaba la revolución, y se acabó todo. ¡Lástima de tanta vida segada, de tantas viudas y huérfanos, de tanta sangre vertida! Todo, ¿para qué? Para que unos cuantos bribones se enriquezcan y todo quede igual o peor que antes. Usted es desprendido, y dice: “Yo no ambiciono más que volver a mi tierra”. Pero ¿es de justicia privar a su mujer y a sus hijos de la fortuna que la Divina Providencia le pone ahora en sus manos? ¿Será justo abandonar a la patria en estos momentos solemnes en que va a necesitar de toda la abnegación de sus hijos, los humildes, para que la salven, para que no la dejen caer de nuevo en manos de sus eternos detentadores y verdugos, los caciques?... ¡No hay que olvidarse de lo más sagrado que existe en el mundo para el hombre: la familia y la patria!...

Macías sonrió y sus ojos brillaron.

—¿Qué, será bueno ir con Natera, curro?

—No sólo bueno —pronunció insinuante Venancio—, sino indispensable, Demetrio.

—Mi jefe —continuó Cervantes—, usted me ha simpatizado desde que lo conocí, y lo quiero cada vez más, porque sé todo lo que vale. Permítame que sea enteramente franco. Usted no comprende todavía su verdadera, su alta y nobilísima misión. Usted, hombre

modesto y sin ambiciones, no quiere ver el importantísimo papel que le toca en esta revolución. Mentira que usted ande por aquí por don Mónico, el cacique; usted se ha levantado contra el caciquismo que asola toda la nación. Somos elementos de un gran movimiento social que tiene que concluir por el engrandecimiento de nuestra patria. Somos instrumentos del destino para la reivindicación de los sagrados derechos del pueblo. No peleamos por derrocar a un asesino miserable, sino contra la tiranía misma. Eso es lo que se llama luchar por principios, tener ideales. Por ellos luchan Villa, Natera, Carranza; por ellos estamos luchando nosotros.

—Sí, sí; cabalmente lo que yo he pensado —dijo Venancio entusiasmadísimo.

—Pancracio, apéate otras dos cervezas...

#### XIV

—Si vieras qué bien explica las cosas el curro, compadre Anastasio —dijo Demetrio, preocupado por lo que esa mañana había podido sacar en claro de las palabras de Luis Cervantes.

—Ya lo estuve oyendo —respondió Anastasio—. La verdad, es gente que, como sabe leer y escribir, entiende bien las cosas. Pero lo que a mí no se me alcanza, compadre, es eso de que usted vaya a presentarse con el señor Natera con tan poquitos que semos.

—¡Hum, es lo de menos! Desde hoy vamos a hacerlo ya de otro modo. He oído decir que Crispín Robles llega a todos los pueblos sacando cuantas armas y caballos encuentra; echa fuera de la cárcel a los presos, y en dos por tres tiene gente de sobra. Ya verá. La verdad, compadre Anastasio, hemos tonteado mucho. Parece a manera de mentira que este curro haya venido a enseñarnos la cartilla.

—¡Lo que es eso de saber leer y escribir!...

Los dos suspiraron con tristeza.

Luis Cervantes y muchos otros entraron a informarse de la fecha de salida.

—Mañana mismo nos vamos —dijo Demetrio sin vacilación.

Luego la Codorniz propuso traer música del pueblito inmediato y despedirse con un baile. Y su idea fue acogida con frenesí.

—Pos nos iremos —exclamó Pancracio y dio un aullido—; pero lo que es yo ya no me voy solo... Tengo mi amor y me lo llevo.

Demetrio dijo que él de muy buena gana se llevaría también a una mozuela que traía entre ojos, pero que deseaba mucho que ninguno de ellos dejara recuerdos negros, como los federales.

—No hay que esperar mucho; a la vuelta se arregla todo —pronunció en voz baja Luis Cervantes.

—¡Cómo! —dijo Demetrio—. ¿Pues no dicen que usted y Camila...?

—No es cierto, mi jefe; ella lo quiere a usted... pero le tiene miedo...

—¿De veras, curro?

—Sí; pero me parece muy acertado lo que usted dice: no hay que dejar malas impresiones... Cuando regresemos en triunfo, todo será diferente; hasta se lo agradecerán.

—¡Ah, curro!... ¡Es usted muy lanza! —contestó Demetrio, sonriendo y palmeándole la espalda.

Al declinar la tarde, como de costumbre, Camila bajaba por agua al río. Por la misma vereda y a su encuentro venía Luis Cervantes.

Camila sintió que el corazón se le quería salir.

Quizá sin reparar en ella, Luis Cervantes, bruscamente, desapareció en un recodo de peñascos.

A esa hora, como todos los días, la penumbra apagaba en un tono mate las rocas calcinadas, los ramajes quemados por el sol y los musgos resecos. Soplaban un viento tibio en débil rumor, meciendo las hojas lanceoladas de la tierna milpa. Todo era igual; pero en las piedras, en las ramas secas, en el aire embalsamado y en la hojarasca, Camila encontraba ahora algo muy extraño: como si todas aquellas cosas tuvieran mucha tristeza.

Dobló una peña gigantesca y carcomida, y dio bruscamente con Luis Cervantes, encaramado en una roca, las piernas pendientes y descubierta la cabeza.

—Oye, curro, ven a decirme adiós siquiera.

Luis Cervantes fue bastante dócil. Bajó y vino a ella.

—¡Orgullosa!... ¿Tan mal te serví que hasta el habla me niegas?...

—¿Por qué me dices eso, Camila? Tú has sido muy buena conmigo... mejor que una amiga; me has cuidado como una hermana. Yo me voy muy agradecido de ti y siempre lo recordaré.

—¡Mentiroso! —dijo Camila transfigurada de alegría—. ¿Y si yo no te he hablado?

—Yo iba a darte las gracias esta noche en el baile.

—¿Cuál baile?... Si hay baile, no iré yo...

—¿Por qué no irás?

—Porque no puedo ver al viejo ese... al Demetrio.

—¡Qué tonta!... Mira, él te quiere mucho; no pierdas esta ocasión que no volverás a encontrar en toda tu vida. Tonta, Demetrio va a llegar a general, va a ser muy rico... Muchos caballos, muchas alhajas, vestidos muy lujosos, casas elegantes y mucho dinero para gastar... ¡Imagínate lo que serías al lado de él!

Para que no le viera los ojos, Camila los levantó hacia el azul del cielo. Una hoja seca se desprendió de las alturas del tajo y, balanceándose en el aire lentamente, cayó como mariposita muerta a sus pies. Se inclinó y la tomó en sus dedos. Luego, sin mirarlo a la cara, susurró:

—¡Ay, curro... si vieras qué feo siento que tú me digas eso!... Si yo a ti es al que quiero... pero a ti nomás... Vete, curro; vete, que no sé por qué me da tanta vergüenza... ¡Vete, vete!...

Y tiró la hoja desmenuzada entre sus dedos angustiosos y se cubrió la cara con la punta de su delantal.

Cuando abrió de nuevo los ojos, Luis Cervantes había desaparecido.

Ella siguió la vereda del arroyo. El agua parecía espolvoreada de finísimo carmín; en sus ondas se removían un cielo de colores y los picachos mitad luz y mitad sombra. Miríadas de insectos luminosos parpadeaban en un remanso. Y en el fondo de guijas lavadas se reprodujo con su blusa amarilla de cintas verdes, sus enaguas blancas sin almidonar, lamida la cabeza y estiradas las cejas y la frente; tal como se había ataviado para gustar a Luis.

Y rompió a llorar.

Entre los jarales las ranas cantaban la implacable melancolía de la hora.

Meciéndose en una rama seca, una torcaz lloró también.

## XV

En el baile hubo mucha alegría y se bebió muy buen mezcal.

—Extraño a Camila —pronunció en voz alta Demetrio.

Y todo el mundo buscó con los ojos a Camila.



—Está mala, tiene jaqueca —respondió con aspereza señá Agapita, amoscada por las miradas de malicia que todos tenían puestas en ella.

Ya al acabarse el fandango, Demetrio, bamboleándose un poco, dio las gracias a los buenos vecinos que tan bien los habían acogido y prometió que al triunfo de la revolución a todos los tendría presentes, que “en la cama y en la cárcel se conoce a los amigos”.

—Dios los tenga de su santa mano —dijo una vieja.

—Dios los bendiga y los lleve por buen camino —dijeron otras.

Y María Antonia, muy borracha:

—¡Que güelvan pronto... pero re pronto!...

Otro día María Antonia, que aunque cacariza y con una nube en un ojo tenía muy mala fama, tan mala que se aseguraba que no había varón que no la hubiese conocido entre los jarales del río, le gritó así a Camila:

—¡Epa, tú!... ¿Qué es eso?... ¿Qué haces en el rincón con el rebozo liado a la cabeza?... ¡Huy!... ¿Llorando?... ¡Mira qué ojos! ¡Ya pareces hechicera! ¡Vaya... no te apures!... No hay dolor que al alma llegue, que a los tres días no se acabe.

Señá Agapita juntó las cejas, y quién sabe qué gruñó para sus adentros.

En verdad, las comadres estaban desazonadas por la partida de la gente, y los mismos hombres, no obstante díceres y chismes un tanto ofensivos, lamentaban que no hubiera ya quien surtiera el rancho de carneros y terneras para comer carne a diario. ¡Tan a gusto que se pasa uno la vida comiendo y bebiendo, durmiendo a pierna tirante a la sombra de las peñas, mientras que las nubes se hacen y deshacen en el cielo!

—¡Mírenlos otra vez! Allá van —gritó María Antonia—; parecen juguetes de rinconera.

A lo lejos, allá donde la breña y el chaparral comenzaban a fundirse en un solo plano aterciopelado y azuloso, se perfilaron en la claridad zafirina del cielo y sobre el filo de una cima los hombres de Macías en sus escuetos jamelgos. Una ráfaga de aire cálido llevó hasta los jacales los acentos vagos y entrecortados de *La Adelita*.

Camila, que a la voz de María Antonia había salido a verlos por última vez, no pudo contenerse, y regresó ahogándose en sollozos.

María Antonia lanzó una carcajada y se alejó.

“A mi hija le han hecho mal de ojo”, rumoreó seña Agapita, perpleja.

Meditó mucho tiempo, y cuando lo hubo reflexionado bien, tomó una decisión: de una estaca clavada en un poste del jacal, entre el Divino Rostro y la Virgen de Jalpa, descolgó un barzón de cuero crudo que servía a su marido para uncir la yunta y, doblándolo, propinó a Camila una soberbia golpiza para sacarle todo el daño.

En su caballo zaino, Demetrio se sentía rejuvenecido; sus ojos recuperaban su brillo metálico peculiar, y en sus mejillas cobrizas de indígena de pura raza corría de nuevo la sangre roja y caliente.

Todos ensanchaban sus pulmones como para respirar los horizontes dilatados, la inmensidad del cielo, el azul de las montañas y el aire fresco, embalsamado de los aromas de la sierra. Y hacían galopar sus caballos, como si en aquel correr desenfrenado pretendieran posesionarse de toda la tierra. ¿Quién se acordaba ya del severo comandante de la policía, del gendarme gruñón y del cacique enfatuado? ¿Quién del mísero jacal, donde se vive como esclavo, siempre bajo la vigilancia del amo o del hosco y sañudo mayordomo, con la obligación imprescindible de estar de pie antes de salir el sol, con la pala y la canasta, o la mancera y el otate, para ganarse la olla de atole y el plato de frijoles del día?

Cantaban, reían y ululaban, ebrios de sol, de aire y de vida.

El Meco, haciendo cabriolas, mostraba su blanca dentadura, bromeaba y hacía payasadas.

—Oye, Pancracio —preguntó muy serio—; en carta que me pone mi mujer me notifica que izque ya tenemos otro hijo. ¿Cómo es eso? ¡Yo no la veo dende tiempos del señor Madero!

—No, no es nada... ¡La dejaste enhuevada!

Todos ríen estrepitosamente. Sólo el Meco, con mucha gravedad e indiferencia, canta en horrible falsete:

Yo le daba un centavo  
y ella me dijo que no...  
Yo le daba medio  
y no lo quiso agarrar.  
Tanto me estuvo rogando  
hasta que me sacó un rial.  
¡Ay, qué mujeres ingratas,  
no saben considerar!

La algarabía cesó cuando el sol los fue aturdiendo.

Todo el día caminaron por el cañón, subiendo y bajando cerros redondos, rapados y sucios como cabezas tiñosas, cerros que se sucedían interminablemente.

Al atardecer, en la lejanía, en medio de un lomerío azul, se esfumaron unas torrecillas acanteradas; luego la carretera polvorienta en blancos remolinos y los postes grises del telégrafo.

Avanzaron hacia el camino real y, a lo lejos, descubrieron el bulto de un hombre en cuclillas, a la vera. Llegaron hasta allí. Era un viejo haraposo y mal encarado. Con una navaja sin filo remendaba trabajosamente un guarache. Cerca de él pacía un borrico cargado de yerba.

Demetrio interrogó:

—¿Qué haces aquí, abuelito?

—Voy al pueblo a llevar alfalfa para mi vaca.

—¿Cuántos son los federales?

—Sí..., unos cuantos; creo que no llegan a la docena.

El viejo soltó la lengua. Dijo que había rumores muy graves: que Obregón estaba ya sitiando a Guadalajara; Carrera Torres, dueño de San Luis Potosí, y Pánfilo Natera, en Fresnillo.

—Bueno —habló Demetrio—, puedes irte a tu pueblo; pero cuidado con ir a decir a nadie una palabra de lo que has visto, porque te truena. Daría contigo aunque te escondieras en el centro de la tierra.

—¿Qué dicen, muchachos? —interrogó Demetrio cuando el viejo se había alejado.

—¡A darles!... ¡A no dejar un mocho vivo! —exclamaron todos a una.

Contaron los cartuchos y las granadas de mano que el Tecolote había fabricado con fragmentos de tubo de hierro y perillas de latón.

—Son pocos —observó Anastasio—; pero los vamos a cambiar por carabinas.

Y, ansiosos, se apresuraban a seguir delante, hincando las espuelas en los ijares enjutados de sus agotadas recuas.

La voz imperiosa de Demetrio los detuvo.

Acamparon a la falda de una loma, protegidos por espeso huizachal. Sin desensillar, cada uno fue buscando una piedra para cabecera.

XVI

A medianoche, Demetrio Macías dio la orden de marcha.

El pueblo distaba una o dos leguas, y había que dar un albazo a los federales.

El cielo estaba nublado, brillaban una que otra estrella y, de vez en vez, en el parpadeo rojizo de un relámpago, se iluminaba vivamente la lejanía.

Luis Cervantes preguntó a Demetrio si no sería conveniente, para el mejor éxito del ataque, tomar un guía o cuando menos procurarse los datos topográficos del pueblo y la situación precisa del cuartel.

—No, curro —respondió Demetrio sonriendo y con un gesto desdeñoso—; nosotros caemos cuando ellos menos se lo esperen, y ya. Así lo hemos hecho muchas veces. ¿Ha visto cómo sacan la cabeza las ardillas por la boca del tusero cuando uno se los llena de agua? Pues igual de aturdidos van a salir estos mochitos infelices luego que oigan los primeros disparos. No salen más que a servirnos de blanco.

—¿Y si el viejo que ayer nos informó nos hubiera mentido? ¿Si en vez de veinte hombres resultaran cincuenta? ¿Si fuese un espía apostado por los federales?

—¡Este curro ya tuvo miedo! —dijo Anastasio Montañés.

—¡Como que no es igual poner cataplasmas y lavativas a manejar un fusil! —observó Pancracio.

—¡Hum! —repuso el Meco—. ¡Es ya mucha plática...! ¡Pa una docena de ratas aturdidas!

—No va a ser hora cuando nuestras madres sepan si parieron hombres o qué —agregó el Manteca.

Cuando llegaron a orillas del pueblito, Venancio se adelantó y llamó a la puerta de una choza.

—¿Dónde está el cuartel? —interrogó al hombre que salió, descalzo y con una garra de jorongo abrigando su pecho desnudo.

—El cuartel está abajito de la plaza, amo —contestó.

Mas como nadie sabía dónde era abajito de la plaza, Venancio lo obligó a que caminara a la cabeza de la columna y les enseñara el camino.

Temblando de espanto el pobre diablo, exclamó que era una barbaridad lo que hacían con él.

—Soy un pobre jornalero, señor; tengo mujer y muchos hijos chiquitos.

—¿Y los que yo tengo serán perros? —repuso Demetrio.

Luego ordenó:

—Mucho silencio, y uno a uno por la tierra suelta a media calle.

Dominando el caserío, se alzaba la ancha cúpula cuadrangular de la iglesia.

—Miren, señores, al frente de la iglesia está la plaza, caminan nomás otro tantito pa abajo, y allí mero queda el cuartel.

Luego se arrodilló, pidiendo que ya le dejaran regresar; pero Pancracio, sin responderle, le dio un culatazo sobre el pecho y lo hizo seguir delante.

—¿Cuántos soldados están aquí? —inquirió Luis Cervantes.

—Amo, no quiero mentirle a su mercé; pero la verdá, la mera verdá, que son un titipuchal...

Luis Cervantes se volvió hacia Demetrio que fingía no haber escuchado.

De pronto desembocaron en una plazoleta. Una estruendosa descarga de fusilería los ensordeció. Estremeciéndose, el caballo zaino de Demetrio vaciló sobre las piernas, dobló las rodillas y cayó pataleando. El Tecolote lanzó un grito agudo y rodó del caballo, que fue a dar a media plaza, desbocado.

Una nueva descarga, y el hombre guía abrió los brazos y cayó de espaldas, sin exhalar una queja.

Anastasio Montañés levantó rápidamente a Demetrio y se lo puso en ancas. Los demás habían retrocedido ya y se amparaban en las paredes de las casas.

—Señores, señores —habló un hombre del pueblo, sacando la cabeza de un zaguán grande—, lléguenles por la espalda de la capilla... allí están todos. Devuélvanse por esta misma calle, tuerzan sobre su mano zurda, luego darán con un callejoncito, y sigan otra vez adelante a caer en la mera espalda de la capilla.

En ese momento comenzaron a recibir una nutrida lluvia de tiros de pistola. Venían de las azoteas cercanas.

—¡Hum —dijo el hombre—, ésas no son arañas que pican!... Son los curros... Métense aquí mientras se van... Ésos le tienen miedo hasta a su sombra.

—¿Qué tantos son los mochos? —preguntó Demetrio.

—No estaban aquí más que doce; pero anoche traiban mucho miedo y por telégrafo llamaron a los de delantito. ¡Quién sabe los que serán!... Pero no le hace que sean muchos. Los más han de ser

de leva, y todo es que uno haga por voltearse y dejan a los jefes solos. A mi hermano le tocó la leva condenada y aquí lo train. Yo me voy con ustedes, le hago una señal y verán cómo todos se vienen de este lado. Y acabamos nomás con los puros oficiales. Si el señor quisiera darme una armita...

—Rifle no queda, hermano; pero esto de algo te ha de servir —dijo Anastasio Montañés tendiéndole al hombre dos granadas de mano.

El jefe de los federales era un joven de pelo rubio y bigotes retorcidos, muy presuntuoso. Mientras no supo a ciencia cierta el número de los asaltantes, se había mantenido callado y prudente en extremo; pero ahora que los acababan de rechazar con tal éxito que no les habían dado tiempo para contestar un tiro siquiera, hacía gala de valor y temeridad inauditos. Cuando todos los soldados apenas se atrevían a asomar sus cabezas detrás de los pretilos del pórtico, él, a la pálida claridad del amanecer, destacaba airosamente su esbelta silueta y su capa dragona, que el aire hinchaba de vez en vez.

—¡Ah, me acuerdo del cuartelazo!...

Como su vida militar se reducía a la aventura en que se vio envuelto como alumno de la Escuela de Aspirantes al verificarse la traición al presidente Madero, siempre que un motivo propicio se presentaba, traía a colación la hazaña de la Ciudadela.

—Teniente Campos —ordenó enfático—, baje usted con diez hombres a chicotearme a esos bandidos que se esconden... ¡Canallas!... ¡Sólo son bravos para comer vacas y robar gallinas!

En la puertecilla del caracol apareció un paisano. Llevaba el aviso de que los asaltantes estaban en un corral, donde era facilísimo cogerlos inmediatamente.

Eso informaban los vecinos prominentes del pueblo, apostados en las azoteas y listos para no dejar escapar al enemigo.

—Yo mismo voy a acabar con ellos —dijo con impetuosidad el oficial. Pero pronto cambió de opinión. De la puerta misma del caracol retrocedió:

—Es posible que esperen refuerzos, y no será prudente que yo desaparezca mi puesto. Teniente Campos, va usted y me los coge vivos a todos, para fusilarlos hoy mismo al mediodía, a la hora que la gente esté saliendo de la misa mayor. ¡Ya verán los bandidos qué ejemplares sé poner!... Pero si no es posible, teniente Campos, acabe con todos. No me deje uno solo vivo. ¿Me ha entendido?

Y, satisfecho, comenzó a dar vueltas, meditando la redacción del parte oficial que rendiría: “Señor ministro de la Guerra, general don Aureliano Blanquet.—México.—Hónrome, mi general, en poner en el superior conocimiento de usted que en la madrugada del día... una partida de quinientos hombres al mando del cabecilla H... osó atacar esta plaza. Con la violencia que el caso demandaba, me fortifiqué en las alturas de la población. El ataque comenzó al amanecer, durando más de dos horas un nutrido fuego. No obstante la superioridad numérica del enemigo, logré castigarlo severamente, infligiéndole completa derrota. El número de muertos fue el de veinte y mayor el de heridos, a juzgar por las huellas de sangre que dejaron en su precipitada fuga. En nuestras filas tuvimos la fortuna de no contar una sola baja. —Me honro en felicitar a usted, señor ministro, por el triunfo de las armas del gobierno. ¡Viva el señor general don Victoriano Huerta! ¡Viva México!”

“Y luego —siguió pensando— mi ascenso seguro a ‘mayor’”. Y se apretó las manos con regocijo, en el mismo momento en que un estallido lo dejó con los oídos zumbando.

## XVII

—¿De modo es que si por este corral pudiéramos atravesar saldríamos derecho al callejón? —preguntó Demetrio.

—Sí; sólo que del corral sigue una casa, luego otro corral y una tienda más adelante —respondió el paisano.

Demetrio, pensativo, se rascó la cabeza. Pero su decisión fue pronta.

—¿Puedes conseguir un barretón, una pica, algo así como para agujerear la pared?

—Sí, hay de todo...; pero...

—¿Pero qué?... ¿En dónde están?

—Cabal que ai están los avíos; pero todas esas casas son del patrón, y...

Demetrio, sin acabar de escucharlo, se encaminó hacia el cuarto señalado como depósito de la herramienta.

Todo fue obra de breves minutos.

Luego que estuvieron en el callejón, uno tras otro, arrimados a las paredes, corrieron hasta ponerse detrás del templo.

Había que saltar primero una tapia, en seguida el muro posterior de la capilla.

“Obra de Dios”, pensó Demetrio. Y fue el primero que la escaló.

Cual monos, siguieron tras él los otros, llegando arriba con las manos estriadas de tierra y de sangre. El resto fue más fácil: escalones ahuecados en la mampostería les permitieron salvar con ligereza el muro de la capilla; luego la cúpula misma los ocultaba de la vista de los soldados.

—Párense tantito —dijo el paisano—; voy a ver dónde anda mi hermano. Yo les hago la señal..., después sobre las clases, ¿eh?

Sólo que no había en aquel momento quien reparara ya en él.

Demetrio contempló un instante el negrear de los capotes a lo largo del pretil, en todo el frente y por los lados, en las torres apretadas de gente, tras la baranda de hierro.

Se sonrió con satisfacción, y volviendo la cara a los suyos, exclamó:

—¡Ora!...

Veinte bombas estallaron a un tiempo en medio de los federales, que, llenos de espanto, se irguieron con los ojos desmesuradamente abiertos. Mas antes de que pudieran darse cuenta cabal del trance, otras veinte bombas reventaban con fragor, dejando un reguero de muertos y heridos.

—¡Tovía no!... ¡Tovía no!... Tovía no veo a mi hermano... —imploraba angustiado el paisano.

En vano un viejo sargento increpa a los soldados y los injuria, con la esperanza de una reorganización salvadora. Aquello no es más que una correría de ratas dentro de la trampa. Unos van a tomar la puertecilla de la escalera y allí caen acribillados a tiros por Demetrio; otros se echan a los pies de aquella veintena de espectros de cabeza y pechos oscuros como de hierro, de largos calzones blancos desgarrados, que les bajan hasta los guaraches. En el campanario algunos luchan por salir de entre los muertos que han caído sobre ellos.

—¡Mi jefe! —exclama Luis Cervantes alarmadísimo—. ¡Se acabaron las bombas y los rifles están en el corral! ¡Qué barbaridad!...

Demetrio sonríe, saca un puñal de larga hoja reluciente. Instantáneamente brillan los aceros en las manos de sus veinte soldados; unos largos y puntiagudos, otros anchos como la palma de la mano, y muchos pesados como marrazos.



—¡El espía! —clama en son de triunfo Luis Cervantes—. ¡No se los dije!

—¡No me mates, padrecito! —implora el viejo sargento a los pies de Demetrio, que tiene su mano armada en alto.

El viejo levanta su cara indígena llena de arrugas y sin una cana. Demetrio reconoce al que la víspera los engañó.

En un gesto de pavor, Luis Cervantes vuelve bruscamente el rostro. La lámina de acero tropieza con las costillas, que hacen *crac, crac*, y el viejo cae de espaldas con los brazos abiertos y los ojos espantados.

—¡A mi hermano, no!... ¡No lo maten, es mi hermano! —grita loco de terror el paisano que ve a Pancracio arrojar sobre un federal.

Es tarde. Pancracio, de un tajo, le ha rebanado el cuello, y como de una fuente borbotan dos chorros escarlata.

—¡Mueran los juanes!... ¡Mueran los mochos!...

Se distinguen en la carnicería Pancracio y el Manteca, rematando a los heridos. Montañés deja caer su mano, rendido ya; en su semblante persiste su mirada dulzona, en su impasible rostro brillan la ingenuidad del niño y la amoralidad del chacal.

—Acá queda uno vivo —grita la Codorniz.

Pancracio corre hacia él. Es el capitancito rubio de bigote borgoñón, blanco como la cera, que, arrimado a un rincón cerca de la entrada al caracol, se ha detenido por falta de fuerzas para descender.

Pancracio lo lleva a empellones al pretil. Un rodillazo en las caderas y algo como un saco de piedras que cae de veinte metros de altura sobre el atrio de la iglesia.

—¡Qué bruto eres! —exclama la Codorniz—, si la malicio, no te digo nada. ¡Tan buenos zapatos que le iba yo a avanzar!

Los hombres, inclinados ahora, se dedican a desnudar a los que traen mejores ropas. Y con los despojos se visten, y bromean y ríen muy divertidos.

Demetrio, echando a un lado los largos mechones que le han caído sobre la frente, cubriéndole los ojos, empapados en sudor, dice:

—¡Ahora a los curros!

XVIII

Demetrio llegó con cien hombres a Fresnillo el mismo día que Pánfilo Natera iniciaba el avance de sus fuerzas sobre la plaza de Zacatecas.

El jefe zacatecano lo acogió cordialmente.

—¡Ya sé quién es usted y qué gente trae! ¡Ya tengo noticia de la cuereada que han dado a los federales desde Tepic hasta Durango!

Natera estrechó efusivamente la mano de Macías, en tanto que Luis Cervantes peroraba:

—Con hombres como mi general Natera y mi coronel Macías, nuestra patria se verá llena de gloria.

Demetrio entendió la intención de aquellas palabras cuando oyó repetidas veces a Natera llamarle “mi coronel”.

Hubo vino y cervezas. Demetrio chocó muchas veces su vaso con el de Natera. Luis Cervantes brindó “por el triunfo de nuestra causa, que es el triunfo sublime de la justicia; porque pronto veamos realizados los ideales de redención de este nuestro pueblo sufrido y noble, y sean ahora los mismos hombres que han regado con su propia sangre la tierra los que cosechen los frutos que legítimamente les pertenecen”.

Natera volvió un instante su cara adusta hacia el parlanchín, y dándole luego la espalda, se puso a platicar con Demetrio.

Poco a poco, uno de los oficiales de Natera se había acercado fijándose con insistencia en Luis Cervantes. Era joven, de semblante abierto y cordial.

—¿Luis Cervantes?...

—¿El señor Solís?

—Desde que entraron ustedes creí conocerlo... Y, ¡vamos!, ahora lo veo y aún me parece mentira.

—Y no lo es...

—¿De modo que...? Pero vamos a tomar una copa; venga usted...

—¡Bah! —prosiguió Solís ofreciendo asiento a Luis Cervantes—. ¿Pues desde cuándo se ha vuelto usted revolucionario?

—Dos meses corridos.

—¡Ah, con razón habla todavía con ese entusiasmo y esa fe con que todos venimos aquí al principio!

—¿Usted los ha perdido ya?

—Mire, compañero, no le extrañen confidencias de buenas a primeras. Da tanta gana de hablar con gente de sentido común, por acá, que cuando uno suele encontrarla se le quiere con esa misma ansiedad con que se quiere un jarro de agua fría después de caminar con la boca seca horas y más horas bajo los rayos del sol... Pero, francamente, necesito ante todo que usted me explique... No comprendo cómo el corresponsal de *El País* en tiempos de Madero, el que escribía furibundos artículos en *El Regional*, el que usaba con tanta prodigalidad del epíteto de bandidos para nosotros, milite en nuestras propias filas ahora.

—¡La verdad de la verdad, me han convencido! —repuso enfático Cervantes.

—¿Convencido?...

Solís dejó escapar un suspiro; llenó los vasos y bebieron.

—¿Se ha cansado, pues, de la revolución? —preguntó Luis Cervantes esquivo.

—¿Cansado?... Tengo veinticinco años y, usted lo ve, me sobra salud... ¿Desilusionado? Puede ser.

—Debe tener sus razones...

—“Yo pensé una florida pradera al remate de un camino... Y me encontré un pantano”. Amigo mío: hay hechos y hay hombres que no son sino pura hiel... Y esa hiel va cayendo gota a gota en el alma, y todo lo amarga, todo lo envenena. Entusiasmo, esperanzas, ideales, alegrías..., inada! Luego no le queda más: o se convierte usted en un bandido igual a ellos, o desaparece de la escena, escondiéndose tras las murallas de un egoísmo impenetrable y feroz.

A Luis Cervantes le torturaba la conversación; era para él un sacrificio oír frases tan fuera de lugar y tiempo. Para eximirse, pues, de tomar parte activa en ella, invitó a Solís a que menudamente refiriera los hechos que le habían conducido a tal estado de desencanto.

—¿Hechos?... Insignificancias, naderías: gestos inadvertidos para los más; la vida instantánea de una línea que se contrae, de unos ojos que brillan, de unos labios que se pliegan; el significado fugaz de una frase que se pierde. Pero hechos, gestos y expresiones que, agrupados en su lógica y natural expresión, constituyen e integran una mueca pavorosa y grotesca a la vez de una raza... ¡De una raza irredenta!... —Apuró un nuevo vaso de vino, hizo una larga pausa y prosiguió—: Me preguntará que por qué sigo entonces en la revolu-

ción. La revolución es el huracán, y el hombre que se entrega a ella no es ya el hombre, es la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval...

Interrumpió a Solís la presencia de Demetrio Macías, que se acercó.

—Nos vamos, curro...

Alberto Solís, con fácil palabra y acento de sinceridad profunda, lo felicitó efusivamente por sus hechos de armas, por sus aventuras, que lo habían hecho famoso, siendo conocidas hasta por los mismos hombres de la poderosa División del Norte.

Y Demetrio, encantado, oía el relato de sus hazañas, compuestas y aderezadas de tal suerte, que él mismo no las conociera. Por lo demás, aquello tan bien sonaba a sus oídos, que acabó por contarlas más tarde en el mismo tono y aun por creer que así habíanse realizado.

—¡Qué hombre tan simpático es el general Natera! —observó Luis Cervantes cuando regresaba al mesón—. En cambio, el capitancillo Solís... ¡qué lata!...

Demetrio Macías, sin escucharlo, muy contento, le oprimió un brazo y le dijo en voz baja:

—Ya soy coronel de veras, curro... Y usted, mi secretario...

Los hombres de Macías también hicieron muchas amistades nuevas esa noche, y “por el gusto de habernos conocido”, se bebió hartos mezcal y aguardiente. Como no todo el mundo congenia y a veces el alcohol es mal consejero, naturalmente hubo sus diferencias; pero todo se arregló en buena forma y fuera de la cantina, de la fonda o del lupanar, sin molestar a los amigos.

A la mañana siguiente amanecieron algunos muertos: una vieja prostituta con un balazo en el ombligo y dos reclutas del coronel Macías con el cráneo agujereado. Anastasio Montañés le dio cuenta a su jefe, y éste, alzando los hombros, dijo:

—¡Psch!... Pos que los entierren...

## XIX

—Allí vienen ya los gorrudos —clamaron con azoro los vecinos de Fresnillo cuando supieron que el asalto de los revolucionarios a la plaza de Zacatecas había sido un fracaso.

Volvía la turba desenfrenada de hombres quemados, mugrientos y casi desnudos, cubierta la cabeza con sombreros de palma de alta copa cónica y de inmensa falda que les ocultaba medio rostro.

Les llamaban “los gorrudos”. Y los gorrudos regresaban tan alegremente como habían marchado días antes a los combates, saqueando cada pueblo, cada hacienda, cada ranchería y hasta el jacal más miserable que encontraban a su paso.

—¿Quién me merca esta maquinaria? —pregonaba uno, enrojecido y fatigado de llevar la carga de su “avance”.

Era una máquina de escribir nueva, que a todos atrajo con los deslumbrantes reflejos del niquelado.

La “Oliver”, en una sola mañana, había tenido cinco propietarios, comenzando por valer diez pesos, depreciándose uno o dos a cada cambio de dueño. La verdad era que pesaba demasiado y nadie podía soportarla más de media hora.

—Doy peseta por ella —ofreció la Codorniz.

—Es tuya —respondió el dueño dándosela prontamente y con temores ostensibles de que aquél se arrepintiera.

La Codorniz, por veinticinco centavos, tuvo el gusto de tomarla en sus manos y de arrojarla luego contra las piedras, donde se rompió ruidosamente.

Fue como una señal: todos los que llevaban objetos pesados o molestos comenzaron a deshacerse de ellos, estrellándolos contra las rocas. Volaron los aparatos de cristal y porcelana; gruesos espejos, candelabros de latón, finas estatuillas, tibores y todo lo redundante del “avance” de la jornada quedó hecho añicos por el camino.

Demetrio, que no participaba de aquella alegría, ajena del todo al resultado de las operaciones militares, llamó aparte a Montañés y a Pancracio y les dijo:

—A éstos les falta nervio. No es tan trabajoso tomar una plaza. Miren, primero se abre uno así..., luego se va juntando, se va juntando..., hasta que izas!... ¡Y ya!

Y, en un gesto amplio, abría sus brazos nervudos y fuertes; luego los aproximaba poco a poco, acompañando el gesto a la palabra, hasta estrecharlos contra su pecho.

Anastasio y Pancracio encontraban tan sencilla y tan clara la explicación, que contestaron convencidos:

—¡Ésa es la mera verdad!... ¡A éstos les falta ñervo!...

La gente de Demetrio se alojó en un corral.

—¿Se acuerda de Camila, compadre Anastasio? —exclamó suspirando Demetrio, tirado boca arriba en el estiércol, donde todos, acostados ya, bostezaban de sueño.

—¿Quién es esa Camila, compadre?

—La que me hacía de comer allá, en el ranchito...

Anastasio hizo un gesto que quería decir: “Esas cosas de mujeres no me interesan a mí”.

—No se me olvida —prosiguió Demetrio hablando y con el cigarro en la boca—. Iba yo muy retemalo. Acababa de beberme un jarro de agua azul muy fresquecita. “¿No quiere más?”, me preguntó la prietilla... Bueno, pos me quedé rendido del calenturón, y too fue estar viendo una jícara de agua azul y oír la vocecita: “¿No quiere más?”... Pero una voz, compadre, que me sonaba en las orejas como organillo de plata... Pancraccio, tú ¿qué dices? ¿Nos vamos al ranchito?

—Mire, compadre Demetrio, ¿a que no me lo cree? Yo tengo mucha experiencia en eso de las viejas... ¡Las mujeres!... Pa un rato... ¡Y mí qué rato!... ¡Pa las lepras y rasguños con que me han marcao el pellejo! ¡Mal ajo pa ellas! Son el enemigo malo. De veras, compadre, ¿voy que no me lo cree?... Por eso verá que ni... Pero yo tengo mucha experiencia en eso.

—¿Qué día vamos al ranchito, Pancraccio? —insistió Demetrio, echando una bocanada de humo gris.

—Usté nomás dice... Ya sabe que allí dejé a mi amor...

—Tuyo... y no —pronunció la Codorniz amodorrado.

—Tuya... y mía también. Güeno es que seas compadecido y nos la vayas a traír de veras —rumoreó el Manteca.

—Hombre, sí, Pancraccio; traite a la tuerta María Antonia, que por acá hace mucho frío —gritó a lo lejos el Meco.

Y muchos prorrumpieron en carcajadas, mientras el Manteca y Pancraccio iniciaban su torneo de insolencias y obscenidades.

## XX

—¡Que viene Villa!

La noticia se propagó con la velocidad del relámpago.

—¡Ah, Villa!... La palabra mágica. El gran hombre que se esboza; el guerrero invicto que ejerce a distancia ya su gran fascinación de boa.

—¡Nuestro Napoleón mexicano! —exclama Luis Cervantes.

—Sí, “el Aguila azteca, que ha clavado su pico de acero sobre la cabeza de la víbora Victoriano Huerta”... Así dije en un discurso en Ciudad Juárez —habló en tono un tanto irónico Alberto Solís, el ayudante de Natera.

Los dos, sentados en el mostrador de una cantina, apuraban sendos vasos de cerveza.

Y los gorrudos de bufandas al cuello, de gruesos zapatones de vaqueta y encallecidas manos de vaquero, comiendo y bebiendo sin cesar, sólo hablaban de Villa y sus tropas.

Los de Natera hacían abrir tamaña boca de admiración a los de Macías.

¡Oh, Villa!... ¡Los combates de Ciudad Juárez, Tierra Blanca, Chihuahua, Torreón!

Pero los hechos vistos y vividos no valían nada. Había que oír la narración de sus proezas portentosas, donde, a renglón seguido de un acto de sorprendente magnanimidad, venía la hazaña más bestial. Villa es el indomable señor de la sierra, la eterna víctima de todos los gobiernos, que lo persiguen como una fiera; Villa es la reencarnación de la vieja leyenda; el bandido-providencia, que pasa por el mundo con la antorcha luminosa de un ideal: irobar a los ricos para hacer ricos a los pobres! Y los pobres le forjan una leyenda que el tiempo se encargará de embellecer para que viva de generación en generación.

—Pero sí sé decirle, amigo Montañés —dijo uno de los de Natera—, que si usted le cae bien a mi general Villa, le regala una hacienda; pero si le choca..., inomás lo manda fusilar!...

¡Ah, las tropas de Villa! Puros hombres nortños, muy bien puestos, de sombrero tejano, traje de kaki nuevecito y calzado de los Estados Unidos de a cuatro dólares.

Y cuando esto decían los hombres de Natera, se miraban entre sí desconsolados, dándose cuenta cabal de sus sombrerozcos de soyate podridos por el sol y la humedad y de las garras de calzones y camisas que medio cubrían sus cuerpos sucios y empiojados.

—Porque ahí no hay hambre... Traen sus carros apretados de bueyes, carneros, vacas. Furgones de ropa; trenes enteros de parque y armamentos, y comestibles para que reviente el que quiera.

Luego se hablaba de los aeroplanos de Villa.

—¡Ah, los airoplanos! Abajo, así de cerquita, no sabe usted qué son; parecen canoas, parecen chalupas; pero que comienzan a subir,

amigo, y es un ruidazo que lo aturde. Luego algo como un automóvil que va muy recio. Y haga usted de cuenta un pájaro grande, muy grande, que parece de repente que ni se bulle siquiera. Y aquí va lo mero bueno: adentro de ese pájaro, un gringo lleva miles de granadas. ¡Afigúrese lo que será eso! Llega la hora de pelear, y como quien les riega maíz a las gallinas, allí van puños y puños de plomo pa'l enemigo... Y aquello se vuelve un camposanto: muertos por aquí, muertos por allí, y imuertos por todas partes!

Y como Anastasio Montañés preguntara a su interlocutor si la gente de Natera había peleado ya junto con la de Villa, se vino a cuenta de que todo lo que con tanto entusiasmo estaban platicando sólo de oídas lo sabían, pues que nadie de ellos le había visto jamás la cara a Villa.

—¡Hum..., pos se me hace que de hombre a hombre todos semos iguales!... Lo que es pa mí naiden es más hombre que otro. Pa peliar, lo que uno necesita es nomás tantita vergüenza. ¡Yo, qué soldado ni qué nada había de ser! Pero, oiga, ai donde me mira tan desgarrao... ¿Voy que no me lo cree? Pero, de veras, yo no tengo necesidad...

—¡Tengo mis diez yuntas de bueyes!... ¿A que no me lo cree? —dijo la Codorniz a espaldas de Anastasio, remedándolo y dando grandes risotadas.

## XXI

El atronar de la fusilería aminoró y fue alejándose. Luis Cervantes se animó a sacar la cabeza de su escondrijo, en medio de los escombros de unas fortificaciones, en lo más alto del cerro.

Apenas se daba cuenta de cómo había llegado hasta allí. No supo cuándo desaparecieron Demetrio y sus hombres de su lado. Se encontró solo de pronto, y luego, arrebatado por una avalancha de infantería, lo derribaron de la montura, y cuando, todo pisoteado, se enderezó, uno de a caballo lo puso a grupas. Pero, a poco, caballo y montados dieron en tierra, y él sin saber de su fusil, ni del revólver, ni de nada, se encontró en medio de la blanca humareda y del silbar de los proyectiles. Y aquel hoyanco y aquellos pedazos de adobes amontonados se le habían ofrecido como abrigo segurísimo.

—¡Compañero!...

—¡Compañero!...



—Me tiró el caballo; se me echaron encima; me han creído muerto y me despojaron de mis armas... ¿Qué podía yo hacer? —explicó apenado Luis Cervantes.

—A mí nadie me tiró... Estoy aquí por precaución..., ¿sabe?...

El tono festivo de Alberto Solís ruborizó a Luis Cervantes.

—¡Caramba! —exclamó aquél—. ¡Qué machito es su jefe! ¡Qué temeridad y qué serenidad! No sólo a mí, sino a muchos bien quemados nos dejó con tamaña boca abierta.

Luis Cervantes, confuso, no sabía qué decir.

—¡Ah! ¿No estaba usted allí? ¡Bravo! ¡Buscó lugar seguro a muy buena hora!... Mire, compañero; venga para explicarle. Vamos allí, detrás de aquel picacho. Note que de aquella laderita, al pie del cerro, no hay más vía accesible que lo que tenemos delante; a la derecha la vertiente está cortada a plomo y toda maniobra es imposible por ese lado; punto menos por la izquierda: el ascenso es tan peligroso, que dar un solo paso en falso es rodar y hacerse añicos por las vivas aristas de las rocas. Pues bien; una parte de la brigada Moya nos tendimos en la ladera, pecho a tierra, resueltos a avanzar sobre la primera trinchera de los federales. Los proyectiles pasaban zumbando sobre nuestras cabezas; el combate era ya general; hubo un momento en que dejaron de foguearnos. Nos supusimos que se les atacaba vigorosamente por la espalda. Entonces nosotros nos arrojamos sobre la trinchera. ¡Ah, compañero, fíjese!... De media ladera abajo es un verdadero tapiz de cadáveres.

Las ametralladoras lo hicieron todo; nos barrieron materialmente; unos cuantos pudimos escapar. Los generales estaban lívidos y vacilaban en ordenar una nueva carga con el refuerzo inmediato que nos vino. Entonces fue cuando Demetrio Macías, sin esperar ni pedir órdenes a nadie, gritó:

—¡Arriba, muchachos!...

—¡Qué bárbaro! —clamé asombrado.

“Los jefes, sorprendidos, no chistaron. El caballo de Macías, cual si en vez de peñascos hubiese tenido garras de águila, trepó sobre estos peñascos. ‘¡Arriba, arriba!’, gritaron sus hombres, siguiendo tras él, como venados, sobre las rocas, hombres y bestias hechos uno. Sólo un muchacho perdió pisada y rodó al abismo; los demás aparecieron en brevísimos instantes en la cumbre, derribando trincheras y acuchillando soldados. Demetrio lazaba las ametralladoras, tirando de ellas cual si fuesen toros bravos. Aquello no podía durar.

La desigualdad numérica los habría aniquilado en menos tiempo del que gastaron en llegar allí. Pero nosotros nos aprovechamos del momentáneo desconcierto, y con rapidez vertiginosa nos echamos sobre las posiciones y los arrojamos de ellas con la mayor facilidad. ¡Ah, qué bonito soldado es su jefe!”.

De lo alto del cerro se veía un costado de la Bufa, con su crestón, como testa empenachada de altivo rey azteca. La vertiente, de seiscientos metros, estaba cubierta de muertos, con los cabellos enmarañados, manchadas las ropas de tierra y de sangre, y en aquel hacinamiento de cadáveres calientes, mujeres haraposas iban y venían como famélicos coyotes esculcando y despojando.

En medio de la humareda blanca de la fusilería y los negros borbotones de los edificios incendiados, refulgían al claro sol casas de grandes puertas y múltiples ventanas, todas cerradas; calles en amontonamiento, sobrepuestas y revueltas en vericuetos pintorescos, trepando a los cerros circunvecinos. Y sobre el caserío risueño se alzaba una alquería de esbeltas columnas y las torres y cúpulas de las iglesias.

—¡Qué hermosa es la revolución, aun en su misma barbarie! —pronunció Solís conmovido. Luego, en voz baja y con vaga melancolía:

—Lástima que lo que falta no sea igual. Hay que esperar un poco. A que no haya combatientes, a que no se oigan más disparos que los de las turbas entregadas a las delicias del saqueo; a que resplandezca diáfana, como una gota de agua, la psicología de nuestra raza, condensada en dos palabras: irobar, matar!... ¡Qué chasco, amigo mío, si los que venimos a ofrecer todo nuestro entusiasmo, nuestra misma vida por derribar a un miserable asesino, resultásemos los obreros de un enorme pedestal donde pudieran levantarse cien o doscientos mil monstruos de la misma especie!... ¡Pueblo sin ideales, pueblo de tiranos!... ¡Lástima de sangre!

Muchos federales fugitivos subían huyendo de soldados de grandes sombreros de palma y anchos calzones blancos.

Pasó silbando una bala.

Alberto Solís, que, cruzados los brazos, permanecía absorto después de sus últimas palabras, tuvo un sobresalto repentino y dijo:

—Compañero, maldito lo que me simpatizan estos mosquitos zumbadores. ¿Quiere que nos alejemos un poco de aquí?

Fue la sonrisa de Luis Cervantes tan despectiva, que Solís, amoscado, se sentó tranquilamente en una peña.

Su sonrisa volvió a vagar siguiendo las espirales de humo de los rifles y la polvareda de cada casa derribada y cada techo que se hundía. Y creyó haber descubierto un símbolo de la revolución en aquellas nubes de humo y en aquellas nubes de polvo que fraternalmente ascendían, se abrazaban, se confundían y se borraban en la nada.

—¡Ah —clamó de pronto—, ahora sí!...

Y su mano tendida señaló la estación de los ferrocarriles. Los trenes resoplando furiosos, arrojando espesas columnas de humo, los carros colmados de gente que escapaba a todo vapor.

Sintió un golpecito seco en el vientre, y como si las piernas se le hubiesen vuelto de trapo, resbaló de la piedra. Luego le zumbaron los oídos... Después, oscuridad y silencio eternos...

## SEGUNDA PARTE

### I

Al champaña que ebulle en burbujas donde se descompone la luz de los candiles, Demetrio Macías prefiere el límpido tequila de Jalisco.

Hombres manchados de tierra, de humo y de sudor, de barbas crespas y alborotadas cabelleras, cubiertos de andrajos mugrientos, se agrupan en torno de las mesas de un restaurante.

—Yo maté dos coroneles —clama con voz ríspida y gutural un sujeto pequeño y gordo, de sombrero galoneado, cotona de gamuza y mascada solferina al cuello—. ¡No podían correr de tan tripones: se tropezaban con las piedras, y para subir al cerro, se ponían como jitomates y echaban tamaña lengua!... “No corran tanto, mochitos —les grité—; párense, no me gustan las gallinas asustadas... ¡Párense, pelones, que no les voy a hacer nada!... ¡Están dados!?”. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!... La comieron los muy... ¡Paf, paf! ¡Uno para cada uno... y de veras descansaron!

—A mí se me jue uno de los meros copetones —habló un soldado de rostro renegrido, sentado en un ángulo del salón, entre el muro y el mostrador, con las piernas alargadas y el fusil entre ellas—. ¡Ah, cómo traiba oro el condenado! Nomás le hacían visos los galones en las charreteras y en la mantilla. ¿Y yo?... ¡El muy burro lo dejé pasar! Sacó el paño y me hizo la contraseña, y yo me quedé nomás abrien-

do la boca. ¡Pero apenas me dio campo de hacerme de la esquina, cuando aistá a bala y bala!... Lo dejé que acabara un cargador... ¡Ora voy yo!... ¡Madre mía de Jalpa, que no le jierre a este jijo de... la mala palabra! ¡Nada, nomás dio el estampido!... ¡Traiba muy buen cuaco! Me pasó por los ojos como un relámpago... Otro probe que venía por la misma calle me la pagó... ¡Qué maroma lo he hecho dar!

Se arrebatan las palabras de la boca, y mientras ellos refieren con mucho calor sus aventuras, mujeres de tez aceitunada, ojos blanquecinos y dientes de marfil, con revólveres a la cintura, cananas apretadas de tiros cruzados sobre el pecho, grandes sombreros de palma a la cabeza, van y vienen como perros callejeros entre los grupos.

Una muchacha de carrillos teñidos de carmín, de cuello y brazos muy trigueños y de burdísimo continente, da un salto y se pone sobre el mostrador de la cantina, cerca de la mesa de Demetrio.

Éste vuelve la cara hacia ella y choca con unos ojos lascivos, bajo una frente pequeña y entre dos bandos de pelo hirsuto.

La puerta se abre de par en par y, boquiabiertos y deslumbrados, uno tras otro, penetran Anastasio Montañés, Pancracio, la Codorniz y el Meco.

Anastasio da un grito de sorpresa y se adelanta a saludar al charro pequeño y gordo, de sombrero galoneado y mascada solferina.

Son viejos amigos que ahora se reconocen. Y se abrazan tan fuerte que la cara se les pone negra.

—Compadre Demetrio, tengo el gusto de presentarle al güero Margarito... ¡Un amigo de veras!... ¡Ah, cómo quiero yo a este güero! Ya lo conocerá, compadre... ¡Es reteacabao!... ¿Te acuerdas, güero, de la penitenciaría de Escobedo, allá en Jalisco?... ¡Un año juntos!

Demetrio, que permanecía silencioso y huraño en medio de la alharaca general, sin quitarse el puro de entre los labios rumoreó tendiéndole la mano:

—Servidor...

—¿Usted se llama, pues, Demetrio Macías? —preguntó intempestivamente la muchacha que sobre el mostrador estaba meneando las piernas y tocaba con sus zapatos de vaqueta la espalda de Demetrio.

—A la orden —le contestó éste, volviendo apenas la cara.

Ella, indiferente, siguió moviendo las piernas descubiertas, haciendo ostentación de sus medias azules.

—¡Eh, Pintada!... ¿Tú por acá?... Anda, baja, ven a tomar una copa —le dijo el güero Margarito.

La muchacha aceptó en seguida la invitación y con mucho desparpajo se abrió lugar, sentándose enfrente de Demetrio.

—¿Conque usted es el famoso Demetrio Macías que tanto se lució en Zacatecas? —preguntó la Pintada.

Demetrio inclinó la cabeza asintiendo, en tanto que el güero Margarito lanzaba una alegre carcajada y decía:

—¡Diablo de Pintada tan lista!... ¡Ya quieres estrenar general!...

Demetrio, sin comprender, levantó los ojos hacia ella; se miraron cara a cara como dos perros desconocidos que se olfatean con desconfianza. Demetrio no pudo sostener la mirada furiosamente provocativa de la muchacha y bajó los ojos.

Oficiales de Natera, desde sus sitios, comenzaron a bromear a la Pintada con dicharachos obscenos.

Pero ella, sin inmutarse, dijo:

—Mi general Natera le va a dar a usted su aguilita... ¡Ándele, chóquela!...

Y tendió su mano hacia Demetrio y lo estrechó con fuerza varonil.

Demetrio, envanecido por las felicitaciones que comenzaron a lloverle, mandó que sirvieran champaña.

—No, yo no quiero vino ahora, ando malo —dijo el güero Margarito al mesero—; tráeme sólo agua con hielo.

—Yo quiero de cenar con tal de que no sea chile ni frijol, lo que jaiga —pidió Pancracio.

Siguieron entrando oficiales y poco a poco se llenó el restaurante. Menudearon las estrellas y las barras en sombreros de todas formas y matices; grandes pañuelos de seda al cuello, anillos de gruesos brillantes y pesadas leopoldinas de oro.

—Oye, mozo —gritó el güero Margarito—, te he pedido agua con hielo... Entiende que no te pido limosna... Mira este fajo de billetes: te compro a ti y... a la más vieja de tu casa, ¿entiendes?... No me importa saber si se acabó, ni por qué se acabó... Tú sabrás de dónde me la traes... ¡Mira que soy muy corajudo!... Te digo que no quiero explicaciones, sino agua con hielo... ¿Me la traes o no me la traes?... ¿Ah, no?... Pues toma...

El mesero cae al golpe de una sonora bofetada.

—Así soy yo, mi general Macías; mire cómo ya no me queda pelo de barba en la cara. ¿Sabe por qué? Pues porque soy muy corajudo, y cuando no tengo en quién descansar, me arranco los pelos hasta que

me baja el coraje. ¡Palabra de honor, mi general; si no lo hiciera así, me moriría del puro berrinche!

—Es muy malo eso de comerse uno solo sus corajes —afirma, muy serio, uno de sombrero de petate como cobertizo de jacal—. Yo, en Torreón, maté a una vieja que no quiso venderme un plato de enchiladas. Estaban de pleito. No cumplí mi antojo, pero siquiera descansé.

—Yo maté a un tendajonero en el Parral porque me metió en un cambio dos billetes de Huerta —dijo otro de estrellita, mostrando, en sus dedos negros y callosos, piedras de luces refulgentes.

—Yo, en Chihuahua, maté a un tío porque me lo topaba siempre en la misma mesa y a la misma hora, cuando yo iba a almorzar... ¡Me chocaba mucho!... ¡Qué quieren ustedes!...

—¡Hum!... Yo maté...

El tema es inagotable.

A la madrugada, cuando el restaurante está lleno de alegría y de escupitajos, cuando con las hembras norteñas de caras oscuras y cenicientas se revuelven jovencitas pintarrajeadas de los suburbios de la ciudad, Demetrio saca su repetición de oro incrustado de piedras y pide la hora a Anastasio Montañés.

Anastasio ve la carátula, luego saca la cabeza por una ventanilla y, mirando al cielo estrellado, dice:

—Ya van muy colgadas las cabrillas, compadre; no dilata en amanecer.

Fuera del restaurante no cesan los gritos, las carcajadas y las canciones de los ebrios. Pasan soldados a caballo desbocado, azotando las aceras. Por todos los rumbos de la ciudad se oyen disparos de fusiles y pistolas.

Y por en medio de la calle caminan, rumbo al hotel, Demetrio y la Pintada, abrazados y dando tumbos.

## II

—¡Qué brutos! —exclamó la Pintada riendo a carcajadas—. ¿Pos de dónde son ustedes? Si eso de que los soldados vayan a parar a los mesones es cosa que ya no se usa. ¿De dónde vienen? Llega uno a cualquier parte y no tiene más que escoger la casa que le cuadre y ésa agarra sin pedirle licencia a naiden. Entonces ¿pa quién jue la

revolución? ¿Pa los catrines? Si ahora nosotros vamos a ser los meros catrines... A ver, Pancraccio, presta acá tu marrazo... ¡Ricos... tales!... Todo lo han de guardar debajo de siete llaves.

Hundió la punta de acero en la hendidura de un cajón y, haciendo palanca con el mango rompió la chapa y levantó astillada la cubierta del escritorio.

Las manos de Anastasio Montañés, de Pancraccio y de la Pintada se hundieron en el montón de cartas, estampas, fotografías y papeles desparramados por la alfombra.

Pancraccio manifestó su enojo de no encontrar algo que le complaciera, lanzando al aire con la punta del guarache un retrato encuadrado, cuyo cristal se estrelló en el candelabro del centro.

Sacaron las manos vacías de entre los papeles, profiriendo insolencias.

Pero la Pintada, incansable, siguió descerrajando cajón por cajón, hasta no dejar hueco sin escudriñar.

No advirtieron el rodar silencioso de una pequeña caja forrada de terciopelo gris, que fue a parar a los pies de Luis Cervantes.

Éste, que veía todo con aire de profunda indiferencia, mientras Demetrio, despatarrado sobre la alfombra, parecía dormir, atraído con la punta del pie la cajita, se inclinó, rascóse un tobillo y con ligereza la levantó.

Se quedó deslumbrado: dos diamantes de aguas purísimas en una montadura de filigrana. Con prontitud la ocultó en el bolsillo.

Cuando Demetrio despertó, Luis Cervantes le dijo:

—Mi general, vea usted qué diabluras han hecho los muchachos. ¿No sería conveniente evitarles esto?

—No, curro... ¡Pobres!... Es el único gusto que les queda después de ponerle la barriga a las balas.

—Sí, mi general, pero siquiera que no lo hagan aquí... Mire usted, eso nos desprestigia, y lo que es peor, desprestigia nuestra causa...

Demetrio clavó sus ojos de aguilucho en Luis Cervantes. Se golpeó los dientes con las uñas de dos dedos y dijo:

—No se ponga colorado... ¡Mire, a mí no me cuente!... Ya sabemos que lo tuyo, tuyo, y lo mío, mío. A usted le tocó la cajita, bueno; a mí el reloj de repetición.

Y ya los dos en muy buena armonía, se mostraron sus “avances”.

La Pintada y sus compañeros, entretanto, registraban el resto de la casa.

La Codorniz entró en la sala con una chiquilla de doce años, ya marcada con manchas cobrizas en la frente y en los brazos. Sorprendidos los dos, se mantuvieron atónitos, contemplando los montones de libros sobre la alfombra, mesas y sillas, los espejos descolgados con sus vidrios rotos, grandes marcos de estampas y retratos destrozados, muebles y bibelots hechos pedazos. Con ojos ávidos, la Codorniz buscaba su presa, suspendiendo la respiración.

Afuera, en un ángulo del patio y entre el humo sofocante, el Manteca cocía elotes, atizando las brasas con libros y papeles que alzaban vivas llamaradas.

—¡Ah —gritó de pronto la Codorniz—, mira lo que me jallé!... ¡Qué sudaderos pa mi yegua!...

Y de un tirón arrancó una cortina de peluche, que se vino al suelo con todo y galería sobre el copete finamente tallado de un sillón.

—¡Mira, tú... cuánta vieja encuerada! —clamó la chiquilla de la Codorniz, divertidísima con las láminas de un lujoso ejemplar de la Divina Comedia—. Ésta me cuadra y me la llevo.

Y comenzó a arrancar los grabados que más llamaban su atención. Demetrio se incorporó y tomó asiento al lado de Luis Cervantes. Pidió cerveza, alargó una botella a su secretario, y de un solo trago apuró la suya. Luego, amodorrado, entrecerró los ojos y volvió a dormir.

—Oiga —habló un hombre a Pancracio en el zaguán—, ¿a qué hora se le puede hablar al general?

—No se le puede hablar a ninguna; amaneció crudo —respondió Pancracio—. ¿Qué quiere?

—Que me venda uno de esos libros que están quemando.

—Yo mesmo se los puedo vender.

—¿A cómo los da?

Pancracio, perplejo, frunció las cejas:

—Pos los que tengan monitos, a cinco centavos, y los otros... se los doy de pilón si me merca todos.

El interesado volvió por los libros con una canasta pizcadora.

—¡Demetrio, hombre, Demetrio, despierta ya —gritó la Pintada—, ya no duermas como puerco gordo! ¡Mira quién está aquí!... ¡El güero Margarito! ¡No sabes tú todo lo que vale este güero!

—Yo lo aprecio a usted mucho, mi general Macías, y vengo a decirle que tengo mucha voluntad y me gustan mucho sus modales. Así es que, si no lo tiene a mal, yo me paso a su brigada.



—¿Qué grado tiene? —inquirió Demetrio.

—Capitán primero, mi general.

—Véngase, pues... Aquí lo hago mayor.

El güero Margarito era un hombrecillo redondo, de bigotes retorcidos, ojos azules muy malignos que se le perdían entre los carrillos y la frente cuando se reía. Exmesero del Delmónico de Chihuahua, ostentaba ahora tres barras de latón amarillo, insignias de su grado en la División del Norte.

El güero colmó de elogios a Demetrio y a sus hombres, y con esto bastó para que una caja de cervezas se vaciara en un santiamén.

La Pintada apareció de pronto en medio de la sala, luciendo un espléndido traje de seda de riquísimos encajes.

—¡Nomás las medias se te olvidaron! —exclamó el güero Margarito desternillándose de risa.

La muchacha de la Codorniz prorrumpió también en carcajadas.

Pero a la Pintada nada se le dio; hizo una mueca de indiferencia, se tiró en la alfombra y con los propios pies hizo saltar las zapatillas de raso blanco, moviendo muy a gusto los dedos desnudos, entumecidos por la opresión del calzado, y dijo:

—¡Epa, tú, Pancracio!... Anda a traerme unas medias azules de mis “avances”.

La sala se iba llenando de nuevos amigos y viejos compañeros de campaña. Demetrio, animándose, comenzaba a referir menudamente algunos de sus más notables hechos de armas.

—Pero ¿qué ruido es ése? —preguntó sorprendido por el afinar de cuerdas y latones en el patio de la casa.

—Mi general —dijo solemnemente Luis Cervantes—, es un banquete que le ofrecemos sus viejos amigos y compañeros para celebrar el hecho de armas de Zacatecas y el merecido ascenso de usted a general.

### III

—Le presento a usted, mi general Macías, a mi futura —pronunció enfático Luis Cervantes, haciendo entrar al comedor a una muchacha de rara belleza.

Todos se volvieron hacia ella, que abría sus grandes ojos azules con azoro.

Tendría apenas catorce años; su piel era fresca y suave como un pétalo de rosa; sus cabellos rubios, y la expresión de sus ojos con algo de maligna curiosidad y mucho de vago temor infantil.

Luis Cervantes reparó en que Demetrio clavaba su mirada de ave de rapiña en ella y se sintió satisfecho.

Se le abrió sitio entre el güero Margarito y Luis Cervantes, enfrente de Demetrio.

Entre los cristales, porcelanas y búcaros de flores, abundaban las botellas de tequila.

El Meco entró sudoroso y renegando, con una caja de cervezas a cuestas.

—Ustedes no conocen todavía a este güero —dijo la Pintada reparando en que él no quitaba los ojos de la novia de Luis Cervantes—. Tiene mucha sal, y en el mundo no he visto gente más acabada que él.

Le lanzó una mirada lúbrica y añadió:

—¡Por eso no lo puedo ver ni pintado!

Rompió la orquesta una rumbosa marcha taurina. Los soldados bramaron de alegría.

—¡Qué menudo, mi general!... Le juro que en mi vida he comido otro más bien guisado —dijo el güero Margarito, e hizo reminiscencias del Delmónico de Chihuahua.

—¿Le gusta de veras, güero? —repuso Demetrio—. Pos que le sirvan hasta que llene.

—Ése es mi mero gusto —confirmó Anastasio Montañés—, y eso es lo bonito; de que a mí me cuadra un guiso, como, como, hasta que lo eructo.

Siguió un ruido de bocazas y grandes tragantadas. Se bebió copiosamente.

Al final, Luis Cervantes tomó una copa de champaña y se puso de pie:

—Señor general...

—¡Hum! —interrumpió la Pintada—. Ora va de discurso, y eso es cosa que a mí me aburre mucho. Voy mejor al corral, al cabo ya no hay qué comer.

Luis Cervantes ofreció el escudo de paño negro con una aguilita de latón amarillo, en un brindis que nadie entendió, pero que todos aplaudieron con estrépito.

Demetrio tomó en sus manos la insignia de su nuevo grado y, muy encendido, la mirada brillante, relucientes los dientes, dijo con mucha ingenuidad:

—¿Y qué voy a hacer ahora yo con este zopilote?

—Compadre —pronunció trémulo y en pie Anastasio Montañés—, yo no tengo que decirle...

Transcurrieron minutos enteros; las malditas palabras no querían acudir al llamado del compadre Anastasio. Su cara enrojecida perlaba el sudor en su frente, costrosa de mugre. Por fin se resolvió a terminar su brindis:

—Pos yo no tengo que decirle... sino que ya sabe que soy su compadre...

Y como todos habían aplaudido a Luis Cervantes, el propio Anastasio, al acabar, dio la señal, palmoteando con mucha gravedad.

Pero todo estuvo bien y su torpeza sirvió de estímulo. Brindaron el Manteca y la Codorniz.

Llegaba su turno al Meco, cuando se presentó la Pintada dando fuertes voces de júbilo. Chasqueando la lengua, pretendía meter al comedor una bellísima yegua de un negro azabache.

—¡Mi “avance”! ¡Mi “avance”! —clamaba palmoteando el cuello enarcado del soberbio animal.

La yegua se resistía a franquear la puerta; pero un tirón del cabestro y un latigazo en el anca la hicieron entrar con brío y estrépito.

Los soldados, embebecidos, contemplaban con mal reprimida envidia la rica presa.

—¡Yo no sé qué carga esta diabla de Pintada que siempre nos gana los mejores “avances”! —clamó el güero Margarito—. Así la verán desde que se nos juntó en Tierra Blanca.

—Epa, tú, Pancracio, anda a traerme un tercio de alfalfa pa mi yegua —ordenó secamente la Pintada.

Luego tendió la sogá a un soldado.

Una vez más llenaron los vasos y las copas. Algunos comenzaban a doblar el cuello y a entrecerrar los ojos; la mayoría gritaba jubilosa.

Y entre ellos la muchacha de Luis Cervantes, que había tirado todo el vino en un pañuelo, tornaba de una parte a la otra sus grandes ojos azules, llenos de azoro.

—Muchachos —gritó de pie el güero Margarito, dominando con su voz aguda y gutural el vocerío—, estoy cansado de vivir y me

han dado ganas ahora de matarme. La Pintada ya me hartó... y este querubincito del cielo no arrienda siquiera a verme...

Luis Cervantes notó que las últimas palabras iban dirigidas a su novia, y con gran sorpresa vino a cuentas de que el pie que sentía entre los de la muchacha no era de Demetrio, sino del güero Margarito.

Y la indignación hirvió en su pecho.

—¡Fíjense, muchachos —prosiguió el güero con el revólver en lo alto—; me voy a pegar un tiro en la merita frente!

Y apuntó al gran espejo del fondo, donde se veía de cuerpo entero.

—¡No te buigas, Pintada!...

El espejo se estrelló en largos y puntiagudos fragmentos. La bala había pasado rozando los cabellos de la Pintada, que ni pestañeó siquiera.

#### IV

Al atardecer despertó Luis Cervantes, se restregó los ojos y se incorporó. Se encontraba en el suelo duro, entre los tiestos del huerto. Cerca de él respiraban ruidosamente, muy dormidos, Anastasio Montañés, Pancrancio y la Codorniz.

Sintió los labios hinchados y la nariz dura y seca; se miró sangre en las manos y en la camisa, e instantáneamente hizo memoria de lo ocurrido. Pronto se puso de pie y se encaminó hacia una recámara; empujó la puerta repetidas veces, sin conseguir abrirla. Mantúvose indeciso algunos instantes.

Porque todo era cierto; estaba seguro de no haber soñado. De la mesa del comedor se había levantado con su compañera, la condujo a la recámara; pero antes de cerrar la puerta, Demetrio, tambaleándose de borracho, se precipitó tras ellos. Luego la Pintada siguió a Demetrio, y comenzaron a forcejear. Demetrio, con los ojos encendidos como una brasa y hebras cristalinas en los burdos labios, buscaba con avidez a la muchacha. La Pintada, a fuertes empujones, lo hacía retroceder.

—¡Pero tú qué!... ¿Tú qué?... —ululaba Demetrio irritado.

La Pintada metió la pierna entre las de él, hizo palanca y Demetrio cayó de largo, fuera del cuarto.

Se levantó furioso.

—¡Auxilio!... ¡Auxilio!... ¡Que me mata!...

La Pintada cogía vigorosamente la muñeca de Demetrio y desviaba el cañón de su pistola.

La bala se incrustó en los ladrillos. La Pintada seguía berreando. Anastasio Montañés llegó detrás de Demetrio y lo desarmó.

Éste, como toro a media plaza, volvió sus ojos extraviados. Le rodeaban Luis Cervantes, Anastasio, el Manteca y otros muchos.

—¡Infelices!... ¡Me han desarmado!... ¡Como si pa ustedes se necesitaran armas!

Y abriendo los brazos, en brevísimos instantes volteó de narices sobre el enladrillado al que alcanzó.

¿Y después? Luis Cervantes no recordaba más. Seguramente que allí se habían quedado bien aporreados y dormidos. Seguramente que su novia, por miedo a tanto bruto, había tomado la sabia providencia de encerrarse.

“Tal vez esa recámara comunique con la sala y por ella pueda entrar”, pensó.

A sus pasos despertó la Pintada, que dormía cerca de Demetrio, sobre la alfombra y al pie de un confidente colmado de alfalfa y maíz donde la yegua negra cenaba.

—¿Qué busca? —preguntó la muchacha—. ¡Ah, sí; ya sé lo que quiere!... ¡Sinvergüenza!... Mire, encerré a su novia porque ya no podía aguantar a este condenado de Demetrio. Coja la llave, allí está sobre la mesa.

En vano Luis Cervantes buscó por todos los escondrijos de la casa.

—A ver, curro, cuénteme cómo estuvo eso de esa muchacha.

Luis Cervantes, muy nervioso, seguía buscando la llave.

—No coma ansia, hombre, allá se la voy a dar. Pero cuénteme... A mí me divierten mucho estas cosas. Esa currita es igual a usted... No es pata rajada como nosotros.

—No tengo qué contar... Es mi novia y ya.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Su novia y... no! Mire, curro, adonde usted va yo ya vengo. Tengo el colmillo duro. A esa pobre la sacaron de su casa entre el Manteca y el Meco; eso ya lo sabía...; pero usted les ha de haber dado por ella... algunas mancuernillas chapeadas... alguna estampita milagrosa del Señor de la Villita... ¿Miento, curro?... ¡Que los hay, los hay!... ¡El trabajo es dar con ellos!... ¿Verdad?

La Pintada se levantó a darle la llave; pero tampoco la encontró y se sorprendió mucho.

Estuvo largo rato pensativa.

De repente salió a toda carrera hacia la puerta de la recámara, aplicó un ojo a la cerradura y allí se mantuvo inmóvil hasta que su vista se hizo a la oscuridad del cuarto. De pronto, y sin quitar los ojos, murmuró:

—¡Ah, güero... jijo de un...! ¡Asómese nomás, curro!

Y se alejó, lanzando una sonora carcajada.

—¡Si le digo que en mi vida he visto hombre más acabado que éste!

Otro día por la mañana, la Pintada espío el momento en que el güero salía de la recámara a darle de almorzar a su caballo.

—¡Criatura de Dios!...¡Anda, vete a tu casa!...¡Estos hombres son capaces de matarte!...¡Anda, corre!...

Y sobre la chiquilla de grandes ojos azules y semblante de virgen, que sólo vestía camison y medias, echó la frazada piojosa del Mante-ca; la cogió de la mano y la puso en la calle.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó—. Ahora sí... ¡Cómo quiero yo a este güero!

## V

Como los potros que relinchan y retozan a los primeros truenos de mayo, así van por la sierra los hombres de Demetrio.

—¡A Moyahua, muchachos!

—A la tierra de Demetrio Macías.

—¡A la tierra de don Mónico el cacique!

El paisaje se aclara, el sol asoma en una faja escarlata sobre la diafanidad del cielo.

Vanse destacando las cordilleras como monstruos alagartados, de angulosa vertebradura; cerros que parecen testas de colosales ídolos aztecas, caras de gigantes, muecas pavorosas y grotescas, que ora hacen sonreír, ora dejan un vago terror, algo como presentimiento de misterio.

A la cabeza de la tropa va Demetrio Macías con su Estado Mayor: el coronel Anastasio Montañés, el teniente coronel Pancracio y los mayores Luis Cervantes y el güero Margarito.

Siguen en segunda fila la Pintada y Venancio, que la galantea con muchas finezas, recitándole poéticamente versos desesperados de Antonio Plaza.

Cuando los rayos del sol bordearon los pretiles del caserío, de cuatro en fondo y tocando los clarines, comenzaron a entrar a Moyahua.

Cantaban los gallos a ensordecer, ladraban con alarma los perros; pero la gente no dio señales de vida en parte alguna.

La Pintada azuzó su yegua negra y de un salto se puso codo a codo con Demetrio. Muy ufana, lucía vestido de seda y grandes arracadas de oro; el azul pálido del talle acentuaba el tinte aceitunado de su rostro y las manchas cobrizas de la avería. Perniabierta, su falda se remangaba hasta la rodilla y se veían sus medias deslavadas y con muchos agujeros. Llevaba revólver al pecho y una cartuchera cruzada sobre la cabeza de la silla.

Demetrio también vestía de gala: sombrero galoneado, pantalón de gamuza con botonadura de plata y chamarra bordada de hilo de oro.

Comenzó a oírse el abrir forzado de las puertas. Los soldados, diseminados ya por el pueblo, recogían armas y monturas por todo el vecindario.

—Nosotros vamos a hacer la mañana a casa de don Mónico —pronunció con gravedad Demetrio, apeándose y tendiendo las riendas de su caballo a un soldado—. Vamos a almorzar con don Mónico... un amigo que me quiere mucho...

Su Estado Mayor sonríe con risa siniestra.

Y, arrastrando ruidosamente las espuelas por las banquetas, se encaminaron hacia un caserón pretencioso, que no podía ser sino albergue de cacique.

—Está cerrada a piedra y cal —dijo Anastasio Montañés empujando con toda su fuerza la puerta.

—Pero yo sé abrir —repuso Pancracio abocando prontamente su fusil al pestillo.

—No, no —dijo Demetrio—; toca primero.

Tres golpes con la culata del rifle, otros tres y nadie responde. Pancracio se insolenta y no se atiene a más órdenes. Dispara, salta la chapa y se abre la puerta.

Vense extremos de faldas, piernas de niños, todos en dispersión hacia el interior de la casa.

—¡Quiero vino!... ¡Aquí, vino!... —pide Demetrio con voz imperiosa, dando fuertes golpes sobre la mesa.

—Siéntense, compañeros.

Una señora asoma, luego otra y otra, y entre las faldas negras aparecen cabezas de niños asustados. Una de las mujeres, temblando, se encamina hacia un aparador, sacando copas y botellas y sirve vino.

—¿Qué armas tienen? —inquire Demetrio con aspereza.

—¿Armas?... —contesta la señora, la lengua hecha trapo—. ¿Pero qué armas quieren ustedes que tengan unas señoras solas y decentes?

—¡Ah, solas!... ¿Y don Mónico?...

—No está aquí, señores... Nosotras sólo rentamos la casa... Al señor don Mónico nomás de nombre lo conocemos.

Demetrio manda que se practique un cateo.

—No, señores, por favor... Nosotras mismas vamos a traerles lo que tenemos; pero, por el amor de Dios, no nos falten al respeto. ¡Somos niñas solas y decentes!

—¿Y los chamacos? —inquire Pancraccio brutalmente—. ¿Nacieron de la tierra?

Las señoras desaparecen con precipitación y vuelven momentos después con una escopeta astillada, cubierta de polvo y de telarañas, y una pistola de muelles enmohecidas y descompuestas.

Demetrio se sonríe:

—Bueno, a ver el dinero...

—¿Dinero?... Pero ¿qué dinero quieren ustedes que tengan unas pobres niñas solas?

Y vuelven sus ojos suplicatorios hacia el más cercano de los soldados; pero luego los aprietan con horror: ¡han visto al sayón que está crucificando a Nuestro Señor Jesucristo en el vía crucis de la parroquia!... ¡Han visto a Pancraccio!...

Demetrio ordena el cateo.

A un tiempo se precipitan otra vez las señoras, y al instante vuelven con una cartera apollada, con unos cuantos billetes de los de la emisión de Huerta.

Demetrio sonríe, y ya sin más consideración, hace entrar a su gente.

Como perros hambrientos que han olfateado su presa, la turba penetra, atropellando a las señoras, que pretenden defender la entrada con sus propios cuerpos. Unas caen desvanecidas, otras huyen; los chicos dan gritos.



Pancracio se dispone a romper la cerradura de un gran ropero, cuando las puertas se abren y de dentro salta un hombre con un fusil en las manos.

—¡Don Mónico! —exclaman sorprendidos.

—¡Hombre, Demetrio!... ¡No me haga nada!... ¡No me perjudique!... ¡Soy su amigo, don Demetrio!...

Demetrio Macías se ríe socarronamente y le pregunta si a los amigos se les recibe con el fusil en las manos.

Don Mónico, confuso, aturdido, se echa a sus pies, le abraza las rodillas, le besa los pies:

—¡Mi mujer!... ¡Mis hijos!... ¡Amigo don Demetrio!...

Demetrio, con mano trémula, vuelve el revólver a la cintura.

Una silueta dolorida ha pasado por su memoria. Una mujer con su hijo en los brazos, atravesando por las rocas de la sierra a medianoche y a la luz de la luna... Una casa ardiendo...

—¡Vámonos!... ¡Afuera todos! —clama sombríamente.

Su Estado Mayor obedece; don Mónico y las señoras le besan las manos y lloran de agradecimiento.

En la calle la turba está esperando alegre y dicharachera el permiso del general para saquear la casa del cacique.

—Yo sé muy bien dónde tienen escondido el dinero, pero no lo digo —pronuncia un muchacho con un cesto bajo el brazo.

—¡Hum, yo ya sé! —repite una vieja que lleva un costal de raspa para recoger “lo que Dios le quiera dar”—. Está en un altito; allí hay muchos triques y entre los triques una petaquilla con dibujos de concha... ¡Allí mero está lo güeno!...

—No es cierto —dice un hombre—; no son tan tarugos para dejar así la plata. A mi modo de ver, la tienen enterrada en el pozo en un tanate de cuero.

Y el gentío se remueve, unos con sogas para hacer sus fardos, otros con bateas; las mujeres extienden sus delantales o el extremo de sus rebozos, calculando lo que les puede caber. Todos, dando las gracias a Su Divina Majestad, esperan su buena parte de saqueo.

Cuando Demetrio anuncia que no permitirá nada y ordena que todos se retiren, con gesto desconsolado la gente del pueblo lo obedece y se disemina luego; pero entre la soldadesca hay un sordo rumor de desaprobación y nadie se mueve de su sitio.

Demetrio, irritado, repite que se vayan.

Un mozalbete de los últimos reclutados, con algún aguardiente en la cabeza, se ríe y avanza sin zozobra hacia la puerta.

Pero antes de que pueda franquear el umbral, un disparo instantáneo lo hace caer como los toros heridos por la puntilla.

Demetrio, con la pistola humeante en las manos, inmutable, espera que los soldados se retiren.

—Que se le pegue fuego a la casa —ordenó a Luis Cervantes cuando llegan al cuartel.

Y Luis Cervantes, con rara solicitud, sin transmitir la orden, se encargó de ejecutarla personalmente.

Cuando dos horas después la plazuela se ennegrecía de humo y de la casa de don Mónico se alzaban enormes lenguas de fuego, nadie comprendió el extraño proceder del general.

## VI

Se habían alojado en una casona sombría, propiedad del mismo cacique de Moyahua.

Sus predecesores en aquella finca habían dejado ya su rastro vigoroso en el patio, convertido en estercolero; en los muros, desconchados hasta mostrar grandes manchones de adobe crudo; en los pisos, demolidos por las pesuñas de las bestias; en el huerto, hecho un reguero de hojas marchitas y ramajes secos. Se tropezaba, desde el entrar, con pies de muebles, fondos y respaldos de sillas, todo sucio de tierra y bazofia.

A las diez de la noche, Luis Cervantes bostezó muy aburrido y dijo adiós al güero Margarito y a la Pintada, que bebían sin descanso en una banca de la plaza.

Se encaminó al cuartel. El único cuarto amueblado era la sala. Entró, y Demetrio, que estaba tendido en el suelo, los ojos claros y mirando al techo, dejó de contar las vigas y volvió la cara.

—¿Es usted, curro?... ¿Qué trae?... Ande, entre, siéntese.

Luis Cervantes fue primero a despabilar la vela, tiró luego de un sillón sin respaldo y cuyo asiento de mimbres había sido sustituido con un áspero cotense. Chirriaron las patas de la silla y la yegua prieta de la Pintada bufó, se removió en la sombra, describiendo con su anca redonda y tersa una gallarda curva.

Luis Cervantes se hundió en el asiento y dijo:

—Mi general, vengo a darle cuenta de la comisión... Aquí tiene...

—¡Hombre, curro... si yo no quería eso!... Moyahua casi es mi tierra... ¡Dirán que por eso anda uno aquí!... —respondió Demetrio mirando el saco apretado de monedas que Luis le tendía.

Éste dejó el asiento para venir a ponerse en cuclillas al lado de Demetrio. Tendió un sarape en el suelo y sobre él vació el talego de hidalgos relucientes como ascuas de oro.

—En primer lugar, mi general, esto lo sabemos sólo usted y yo... Y por otra parte, ya sabe que al buen sol hay que abrirle la ventana... Hoy nos está dando de cara; pero ¿mañana?... Hay que ver siempre adelante. Una bala, el reparo de un caballo, hasta un ridículo resfrío... ¡y una viuda y unos huérfanos en la miseria!... ¿El gobierno? ¡Ja, ja, ja!... Vaya usted con Carranza, con Villa o con cualquier otro de los jefes principales y hábleles de su familia... Si le responden con un puntapié... donde usted ya sabe, diga que le fue de perlas... Y hacen bien, mi general; nosotros no nos hemos levantado en armas para que un tal Carranza o un tal Villa lleguen a presidentes de la República; nosotros peleamos en defensa de los sagrados derechos del pueblo, pisoteados por el vil cacique... Y así como ni Villa, ni Carranza, ni ningún otro han de venir a pedir nuestro consentimiento para pagarse los servicios que le están prestando a la patria, tampoco nosotros tenemos necesidad de pedirle licencia a nadie.

Demetrio se medio incorporó, tomó una botella cerca de su cabecera, empinó y luego, hinchando los carrillos, lanzó una bocanada a lo lejos.

—¡Qué pico largo es usted, curro!

Luis sintió un vértigo. La cerveza regada parecía avivar la fermentación del basurero donde reposaban: un tapiz de cáscaras de naranjas y plátanos, carnosas cortezas de sandía, hebrosos núcleos de mangos y bagazos de caña, todo revuelto con hojas enchiladas de tamales y todo húmedo de deyecciones.

Los dedos callosos de Demetrio iban y venían sobre las brillantes monedas a cuenta y cuenta.

Repuesto ya, Luis Cervantes sacó un botecito de fosfatina Fallières y volcó dijes, anillos, pendientes y otras muchas alhajas de valor.

—Mire, mi general; si, como parece, esta bola va a seguir, si la revolución no se acaba, nosotros tenemos ya lo suficiente para irnos a brillarla una temporada fuera del país —Demetrio meneó la cabeza

negativamente—. ¿No haría usted eso?... Pues ¿a qué nos quedaríamos ya?... ¿Qué causa defenderíamos ahora?

—Eso es cosa que yo no puedo explicar, curro; pero siento que no es cosa de hombres...

—Escoja, mi general —dijo Luis Cervantes mostrando las joyas puestas en fila.

—Déjelo todo para usted... De veras, curro... ¡Si viera que no le tengo amor al dinero!... ¿Quiere que le diga la verdad? Pues yo, con que no me falte el trago y con traer una chamaquita que me cuadre, soy el hombre más feliz del mundo.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Qué mi general!... Bueno, ¿y por qué se aguanta a esa sierpe de la Pintada?

—Hombre, curro, me tiene harto; pero así soy. No me animo a decírselo... No tengo valor para despacharla a... Yo soy así, ése es mi genio. Mire, de que me cuadra una mujer, soy tan boca de palo, que si ella no comienza..., yo no me animo a nada —y suspiró—. Ahí está Camila, la del ranchito... La muchacha es fea; pero si viera cómo me llena el ojo...

—El día que usted quiera, nos la vamos a traer, mi general.

Demetrio guiñó los ojos con malicia.

—Le juro que se la hago buena, mi general...

—¿De veras, curro?... Mire, si me hace esa valedura, pa usted es el reló con todo y leopoldina de oro, ya que le cuadra tanto.

Los ojos de Luis Cervantes resplandecieron. Tomó el bote de fosfatina, ya bien lleno, se puso en pie y, sonriendo, dijo:

—Hasta mañana, mi general... Que pase buena noche.

## VII

—¿Yo qué sé? Lo mismo que ustedes saben. Me dijo el general: “Codorniz, ensilla tu caballo y mi yegua mora. Vas con el curro a una comisión”. Bueno, así fue: salimos de aquí a mediodía y, ya anocheciendo, llegamos al ranchito. Nos dio posada la tuerta María Antonia... Que cómo estás tanto, Pancracio... En la madrugada me despertó el curro: “Codorniz, Codorniz, ensilla las bestias. Me dejas mi caballo y te vuelves con la yegua del general otra vez para Moyahua. Dentro de un rato te alcanzo”. Y ya estaba el sol alto cuando llegó con Camila en la silla. La apeó y la montamos en la yegua mora.

—Bueno, y ella, ¿qué cara venía poniendo? —preguntó uno.

—¡Hum, pos no le paraba la boca de tan contenta!...

—¿Y el curro?

—Callado como siempre; igual a como es él.

—Yo creo —opinó con mucha gravedad Venancio— que si Camila amaneció en la cama de Demetrio, sólo fue por una equivocación. Bebimos mucho... ¡Acuérdense!... Se nos subieron los espíritus alcohólicos a la cabeza y todos perdimos el sentido.

—¡Qué espíritus alcohólicos ni qué!... Fue cosa convenida entre el curro y el general.

—¡Claro! Pa mí el tal curro no es más que un...

—A mí no me gusta hablar de los amigos en ausencia —dijo el güero Margarito—; pero sí sé decirles que de dos novias que le he conocido, una ha sido para... mí y la otra para el general...

Y prorrumpieron en carcajadas.

Luego que la Pintada se dio cuenta cabal de lo sucedido, fue muy cariñosa a consolar a Camila.

—¡Pobrecita de ti, pláticame cómo estuvo eso!

Camila tenía los ojos hinchados de llorar.

—¡Me mintió, me mintió!... Fue al rancho y me dijo: “Camila, vengo nomás por ti. ¿Te sales conmigo?”. ¡Hum, dígame si yo no tendría ganas de salirme con él! De quererlo, lo quero y lo requero... ¡Míreme tan encanijada sólo por estar pensando en él! Amanece y ni ganas del metate... Me llama mi mama al almuerzo, y la gorda se me hace trapo en la boca... ¡Y aquella pinción!... ¡Y aquella pinción!...

Y comenzó a llorar otra vez, y para que no se oyeran sus sollozos se tapaba la boca y la nariz con un extremo del rebozo.

—Mira, yo te voy a sacar de esta apuración. No seas tonta, ya no llores. Ya no pienses en el curro... ¿Sabes lo que es ese curro?... ¡Palabra!... ¡Te digo que nomás para eso lo trae el general!... ¡Qué tonta!... Bueno, ¿quieres volver a tu casa?

—¡La Virgen de Jalpa me ampare!... ¡Me mataría mi mama a palos!

—No te hace nada. Vamos haciendo una cosa. La tropa tiene que salir de un momento a otro; cuando Demetrio te diga que te prevengas para irnos, tú le respondes que tienes muchas dolencias de cuerpo, y que estás como si te hubieran dado de palos, y te estiras y bostezas muy seguido. Luego te tientas la frente y dices: “Estoy ardiendo en calentura”. Entonces yo le digo a Demetrio que nos deje a las dos, que yo me quedo a curarte y que luego que estés buena

nos vamos a alcanzarlo. Y lo que hacemos es que yo te pongo en tu casa buena y sana.

## VIII

Ya el sol se había puesto y el caserío se envolvía en la tristeza gris de sus calles viejas y en el silencio de terror de sus moradores, recogidos a muy buena hora, cuando Luis Cervantes llegó a la tienda de Primitivo López a interrumpir una juerga que prometía grandes sucesos. Demetrio se emborrachaba allí con sus viejos camaradas. El mostrador no podía contener más gente. Demetrio, la Pintada y el güero Margarito habían dejado afuera sus caballos; pero los demás oficiales se habían metido brutalmente con todo y cabalgaduras. Los sombreros galoneados de cóncavas y colosales faldas se encontraban en vaivén constante; caracoleaban las ancas de las bestias, que sin cesar removían sus finas cabezas de ojazos negros, narices palpitantes y orejas pequeñas. Y en la infernal alharaca de los borrachos se oía el resoplar de los caballos, su rudo golpe de pesuñas en el pavimento y, de vez en vez, un relincho breve y nervioso.

Cuando Luis Cervantes llegó, se comentaba un suceso banal. Un paisano, con un agujerito negruzco y sanguinolento en la frente, estaba tendido boca arriba en medio de la carretera. Las opiniones, divididas al principio, ahora se unificaban bajo una justísima reflexión del güero Margarito. Aquel pobre diablo que yacía bien muerto era el sacristán de la iglesia. Pero, ¡tonto!... la culpa había sido suya... ¿Pues a quién se le ocurre, señor, vestir pantalón, chaqueta y gorrita? ¡Pancracio no puede ver un catrín enfrente de él!

Ocho músicos “de viento”, las caras rojas y redondas como soles, desorbitados los ojos, echando los bofes por los latones desde la madrugada, suspenden su faena al mandato de Cervantes.

—Mi general —dijo éste abriéndose paso entre los montados—, acaba de llegar un propio de urgencia. Le ordenan a usted que salga inmediatamente a perseguir a los orozquistas.

Los semblantes, ensombrecidos un momento, brillaron de alegría.

—¡A Jalisco, muchachos! —gritó el güero Margarito dando un golpe seco sobre el mostrador.

—¡Aprevénganse, tapatías de mi alma, que allá voy! —gritó la Codorniz arriscándose el sombrero.

Todo fue regocijo y entusiasmo. Los amigos de Demetrio, en la excitación de la borrachera, le ofrecieron incorporarse a sus filas. Demetrio no podía hablar de gusto. “¡Ah, ir a batir a los orozquistas!... ¡Habérselas al fin con hombres de veras!... ¡Dejar de matar federales como se matan liebres o guajolotes!”.

—Si yo pudiera coger vivo a Pascual Orozco —dijo el güero Margarito—, le arrancaba la planta de los pies y lo hacía caminar veinticuatro horas por la sierra...

—¿Qué, ése fue el que mató al señor Madero? —preguntó el Meco.

—No —repuso el güero con solemnidad—; pero a mí me dio una cachetada cuando fui mesero del Delmónico en Chihuahua.

—Para Camila, la yegua mora —ordenó Demetrio a Pancracio, que estaba ya ensillando.

—Camila no se puede ir —dijo la Pintada con prontitud.

—¿Quién te pide a ti tu parecer? —repuso Demetrio con aspereza.

—¿Verdá, Camila, que amaneciste con mucha dolencia de cuerpo y te sientes acalenturada ahora?

—Pos yo..., pos yo..., lo que diga don Demetrio...

—¡Ah, qué guaje!... Di que no, di que no... —pronunció a su oído la Pintada con gran inquietud.

—Pos es que ya le voy cobrando voluntá..., ¿lo cree?... —contestó Camila también muy quedo.

La Pintada se puso negra y se le inflamaron los carrillos; pero no dijo nada y se alejó a montar la yegua que le estaba ensillando el güero Margarito.

## IX

El torbellino del polvo, prolongado a buen trecho a lo largo de la carretera, rompióse bruscamente en masas difusas y violentas, y se destacaban pechos hinchados, crines revueltas, narices trémulas, ojos ovoides, impetuosos, patas abiertas y como encogidas al impulso de la carrera. Los hombres, de rostro de bronce y dientes de marfil, ojos flameantes, blandían los rifles o los cruzaban sobre las cabezas de las monturas.

Cerrando la retaguardia, y al paso, venían Demetrio y Camila; ella trémula aún, con los labios blancos y secos; él, malhumorado por lo insulso de la hazaña. Ni tales orozquistas, ni tal combate. Unos cuantos federales dispersos, un pobre diablo de cura con un centenar de ilusos, todos reunidos bajo la vetusta bandera de “Religión y Fueros”. El cura se quedaba allí bamboleándose, pendiente de un mezquite, y en el campo, un reguero de muertos que ostentaban en el pecho un escudito de bayeta roja y un letrero: “¡Detente! ¡El Sagrado Corazón de Jesús está conmigo!”.

—La verdá es que yo ya me pagué hasta de más mis sueldos atrasados —dijo la Codorniz mostrando los relojes y anillos de oro que se había extraído de la casa cural.

—Así siquiera pelea uno con gusto —exclamó el Manteca entreverando insolencias entre cada frase—. ¡Ya sabe uno por qué arriesga el cuero!

Y cogía fuertemente con la misma mano que empuñaba las riendas un reluciente resplandor que le había arrancado al Divino Preso de la iglesia.

Cuando la Codorniz, muy perito en la materia, examinó codiciosamente el “avance” del Manteca, lanzó una carcajada solemne:

—¡Tu resplandor es de hoja de lata!...

—¿Por qué vienes cargando con esa roña? —preguntó Pancrancio al güero Margarito, que llegaba de los últimos con un prisionero.

—¿Saben por qué? Porque nunca he visto bien a bien la cara que pone un prójimo cuando se le aprieta una reata en el pescuezo.

El prisionero, muy gordo, respiraba fatigado; su rostro estaba encendido, sus ojos inyectados y su frente goteaba. Lo traían atado de las muñecas y a pie.

—Anastasio, préstame tu reata; mi cabestro se revienta con este gallo... Pero, ahora que lo pienso mejor, no... Amigo federal, te voy a matar de una vez; vienes penando mucho. Mira, los mezquites están muy lejos todavía y por aquí no hay telégrafo siquiera para colgarte de algún poste.

Y el güero Margarito sacó su pistola, puso el cañón sobre la tetilla izquierda del prisionero y paulatinamente echó el gatillo atrás.

El federal palideció como cadáver, su cara se afiló y sus ojos vidriosos se quebraron. Su pecho palpitaba tumultuosamente y todo su cuerpo se sacudía como por un gran calosfrío.



—El güero Margarito mantuvo así su pistola durante segundos eternos. Y sus ojos brillaron de un modo extraño, y su cara regordeta, de inflados carrillos, se encendía en una sensación de suprema voluptuosidad.

—¡No, amigo federal! —dijo lentamente retirando el arma y volviéndola a su funda—, no te quiero matar todavía... Vas a seguir como mi asistente... ¡Ya verás si soy hombre de mal corazón!

Y guiñó malignamente sus ojos a sus inmediatos.

El prisionero había embrutecido; sólo hacía movimientos de deglución; su boca y su garganta estaban secas.

Camila, que se había quedado atrás, picó el ijar de su yegua y alcanzó a Demetrio:

—¡Ah, qué malo es el hombre ese Margarito!... ¡Si viera lo que viene haciendo con un preso!

Y refirió lo que acababa de presenciar.

Demetrio contrajo las cejas, pero nada contestó.

La Pintada llamó a Camila a distancia.

—Oye, tú, ¿qué chismes le traís a Demetrio?... El güero Margarito es mi mero amor... ¡Pa que te lo sepas!... Y ya sabes... Lo que haiga con él, hay conmigo. ¡Ya te lo aviso!...

Y Camila, muy asustada, fue a reunirse con Demetrio.

## X

La tropa acampó en una planicie, cerca de tres casitas alineadas que, solitarias, recortaban sus blancos muros sobre la faja púrpura del horizonte. Demetrio y Camila fueron hacia ellas.

Dentro del corral, un hombre en camisa y calzón blanco, de pie, chupaba con avidez un gran cigarro de hoja; cerca de él, sentado sobre una losa, otro desgranaba maíz, frotando mazorcas entre sus dos manos, mientras que una de sus piernas, seca y retorcida, remataba en algo como pezuña de chivo, se sacudía a cada instante para espantar a las gallinas.

—Date prisa, Pifanio —dijo el que estaba parado—; ya se metió el sol y todavía no bajas al agua a las bestias.

Un caballo relinchó fuera y los dos hombres alzaron la cabeza azorados.

Demetrio y Camila asomaban tras la barda del corral.

—Nomás quiero alojamiento para mí y para mi mujer —les dijo Demetrio tranquilizándolos.

Y como les explicara que él era el jefe de un cuerpo de ejército que iba a pernoctar en las cercanías, el hombre que estaba en pie, y que era el amo, con mucha solicitud los hizo entrar. Y corrió por un apaste de agua y una escoba, pronto a barrer y regar el mejor rincón de la troje para alojar decentemente a tan honorables huéspedes.

—Anda, Pifanio; desensilla los caballos de los señores.

El hombre que desgranaba se puso trabajosamente en pie. Vestía unas garras de camisa y chaleco, una piltrafa de pantalón, abierto en dos alas, cuyos extremos, levantados, pendían de la cintura.

Anduvo, y su paso marcó un compás grotesco.

—Pero ¿puedes tú trabajar, amigo? —le preguntó Demetrio sin dejarlo quitar las monturas.

—¡Pobre —gritó el amo desde el interior de la troje—, le falta la fuerza!... ¡Pero viera qué bien desquita el salario!... ¡Trabaja dende que Dios amanece!... ¡Qué ha que se metió el sol..., y mírelo, no para todavía!

Demetrio salió con Camila a dar una vuelta por el campamento. La planicie, de dorados barbechos, rapada hasta de arbustos, se dilataba inmensa en su desolación. Parecían un verdadero milagro los tres grandes fresnos enfrente de las casitas, sus cimas verdinegras, redondas y ondulosas, su follaje rico, que descendía hasta besar el suelo.

—¡Yo no sé qué siento por acá que me da tanta tristeza! —dijo Demetrio.

—Sí —contestó Camila—; lo mismo a mí.

A orillas de un arroyuelo, Pifanio estaba tirando rudamente de la soga de un bimbalete. Una olla enorme se volcaba sobre un montón de hierba fresca, y a las postreras luces de la tarde cintilaba el chorro de cristal desparramándose en la pila. Allí bebían ruidosamente una vaca flaca, un caballo matado y un burro.

Demetrio reconoció al peón cojitranco y le preguntó:

—¿Cuánto ganas diario, amigo?

—Diez y seis centavos, patrón...

Era un hombrecillo rubio, escrofuloso, de pelo lacio y ojos zarcos. Echó pestes del patrón, del rancho y de la perra suerte.

—Desquitas bien el sueldo, hijo —le interrumpió Demetrio con mansedumbre—. A reniega y reniega, pero a trabaja y trabaja.

Y volviéndose a Camila.

—Siempre hay otros más pencos que nosotros los de la sierra, ¿verdad?

—Sí —contestó Camila.

Y siguieron caminando.

El valle se perdió en la sombra y las estrellas se escondieron.

Demetrio estrechó a Camila amorosamente por la cintura, y quién sabe qué palabras susurró a su oído.

—Sí —contestó ella débilmente.

Porque ya le iba cobrando “voluntá”.

Demetrio durmió mal, y muy temprano se echó fuera de la casa.

“A mí me va a suceder algo”, pensó.

Era un amanecer silencioso y de discreta alegría. Un tordo piaba tímidamente en el fresno; los animales removían las basuras del rastrojo en el corral; gruñía el cerdo su somnolencia. Asomó el tinte anaranjado del sol, y la última estrellita se apagó.

Demetrio, paso a paso, iba al campamento.

Pensaba en su yunta: dos bueyes prietos, nuevecitos, de dos años de trabajo apenas, en sus dos fanegas de labor bien abonadas. La fisonomía de su joven esposa se reprodujo fielmente en su memoria: aquellas líneas dulces y de infinita mansedumbre para el marido, de indomables energías y altivez para el extraño. Pero cuando pretendió reconstruir la imagen de su hijo, fueron vanos todos sus esfuerzos: lo había olvidado.

Llegó al campamento. Tendidos entre los surcos, dormían los soldados, y revueltos con ellos, los caballos echados, caída la cabeza y cerrados los ojos.

—Están muy estragadas las remudas, compadre Anastasio; es bueno que nos quedemos a descansar un día siquiera.

—¡Ay, compadre Demetrio!... ¡Qué ganas ya de la sierra! Si viera..., ¿a que no me lo cree?... pero naditita que me jallo por acá... ¡Una tristeza y una murria!... ¡Quién sabe qué le hará a uno falta!...

—¿Cuántas horas se hacen de aquí a Limón?

—No es cosa de horas: son tres jornadas muy bien hechas, compadre Demetrio.

—¡Si viera!... ¡Tengo ganas de ver a mi mujer!

No tardó mucho la Pintada en ir a buscar a Camila:

—¡Újule, újule!... Sólo por eso que ya Demetrio te va a largar. A mí, a mí mero me lo dijo... Va a traer a su mujer de veras... Y es muy bonita, muy blanca... ¡Unos chapetes!... Pero si tú no te quieres ir, pue que hasta te ocupen: tienen una criatura y tú la puedes cargar...

Cuando Demetrio regresó, Camila, llorando, se lo dijo todo.

—No le hagas caso a esa loca... Son mentiras, son mentiras...

Y como Demetrio no fue a Limón ni se volvió a acordar de su mujer, Camila estuvo muy contenta y la Pintada se volvió un alacrán.

## XI

Antes de la madrugada salieron rumbo a Tepatitlán. Diseminados por el camino real y por los barbechos, sus siluetas ondulaban vagamente al paso monótono y acompasado de las caballerías, esfumándose en el tono perla de la luna en menguante, que bañaba todo el valle.

Se oía lejanísimo ladrar de perros.

—Hoy a mediodía llegamos a Tepatitlán, mañana a Cuquío, y luego..., a la sierra —dijo Demetrio.

—¿No sería bueno, mi general —observó a su oído Luis Cervantes—, llegar primero a Aguascalientes?

—¿Qué vamos a hacer allá?

—Se nos están agotando los fondos...

—¡Cómo!... ¿Cuarenta mil pesos en ocho días?

—Sólo en esta semana hemos reclutado cerca de quinientos hombres, y en anticipos y gratificaciones se nos ha ido todo —repuso muy bajo Luis Cervantes.

—No; vamos derecho a la sierra... Ya veremos...

—¡Sí, a la sierra! —clamaron muchos.

—¡A la sierra!... ¡A la sierra!... No hay como la sierra.

La planicie seguía oprimiendo sus pechos; hablaron de la sierra con entusiasmo y delirio, y pensaron en ella como en la deseada amante a quien se ha dejado de ver por mucho tiempo.

Clareó el día. Después, una polvareda de tierra roja se levantó hacia el oriente, en una inmensa cortina de púrpura incendiada.

Luis Cervantes templó la brida de su caballo y esperó a la Codorniz.

—¿En qué quedamos, pues, Codorniz?

—Ya le dije, curro: doscientos por el puro reló...

—No, yo te compro a bulto: relojes, anillos y todas las alhajas. ¿Cuánto?

La Codorniz vaciló, se puso descolorido; luego dijo con ímpetu:

—Deque dos mil papeles por todo.

Pero Luis Cervantes se dejó traicionar; sus ojos brillaron con tan manifiesta codicia, que la Codorniz volvió sobre sus pasos y exclamó pronto:

—No, mentiras, no vendo nada... El puro reló, y eso porque ya debo los doscientos pesos a Pancraccio, que anoche me ganó otra vez.

Luis Cervantes sacó cuatro flamantes billetes de “dos caritas” y los puso en manos de la Codorniz.

—De veras —le dijo—, me intereso al lotecito... Nadie te dará más de lo que yo te dé.

Cuando comenzó a sentirse el sol, el Manteca gritó de pronto:

—Güero Margarito, ya tu asistente quiere pelar gallo. Dice que ya no puede andar.

El prisionero se había dejado caer, exhausto, en medio del camino.

—¡Calla! —clamó el güero Margarito retrocediendo—. ¿Conque ya te cansaste, simpático? ¡Pobrecito de ti! Voy a comprar un nicho de cristal para guardarte en una rinconera de mi casa, como Niño Dios. Pero es necesario llegar primero al pueblo, y para esto te voy a ayudar.

Y sacó el sable y descargó sobre el infeliz repetidos golpes.

—A ver la reata, Pancraccio —dijo luego, brillantes y extraños los ojos.

Pero como la Codorniz le hiciera notar que ya el federal no movía ni pie ni mano, dio una gran carcajada y dijo:

—¡Qué bruto soy!... ¡Ahora que lo tenía enseñado a no comer!...

—Ahora sí, ya llegamos a Guadalajara chiquita —dijo Venancio descubriendo el caserío risueño de Tepatitlán, suavemente recostado en una colina.

Entraron regocijados; a las ventanas asomaban rostros sonrosados y bellos ojos negros.

Las escuelas quedaron convertidas en cuarteles. Demetrio se alojó en la sacristía de una capilla abandonada.

Después los soldados se desperdigaron, como siempre, en busca de “avances”, so pretexto de recoger armas y caballos.

Por la tarde, algunos de los de la escolta de Demetrio estaban tumbados en el atrio de la iglesia rascándose la barriga. Venancio, con mucha gravedad, pecho y espaldas desnudos, espulgaba su camisa.

Un hombre se acercó a la barda, pidiendo la venia de hablar al jefe. Los soldados levantaron la cabeza, pero ninguno le respondió.

—Soy viudo, señores; tengo nueve criaturas y no vivo más que de mi trabajo... ¡No sean ingratos con los pobres!...

—Por mujer no te apures, tío —dijo el Meco, que con un cabo de vela se embadurnaba los pies—; aí traímos a la Pintada, y te la pasamos al costo.

El hombre sonrió amargamente.

—Nomás que tiene una maña —observó Pancraccio, boca arriba y mirando el azul del cielo—: apenas mira un hombre, y luego luego se prepara.

Rieron a carcajadas; pero Venancio, muy grave, indicó la puerta de la sacristía al paisano.

Éste, tímidamente, entró y expuso a Demetrio su queja. Los soldados acababan de “limpiarlo”. Ni un grano de maíz le habían dejado.

—Pos pa qué se dejan —le respondió Demetrio con indolencia.

Luego el hombre insistió con lamentos y lloriqueos, y Luis Cervantes se dispuso a echarlo fuera insolentemente. Pero Camila intervino:

—¡Ande, don Demetrio, no sea usted también mal alma; déle una orden pa que le devuelvan su maíz!...

Luis Cervantes tuvo que obedecer; escribió unos renglones, y Demetrio, al calce, puso un garabato.

—¡Dios se lo pague, niña!... Dios se lo ha de dar de su santísima gloria... Diez fanegas de maíz, apenas pa comer este año —clamó el hombre, llorando de agradecimiento. Y tomó el papel y a todos les besó las manos.

## XII

Iban llegando ya a Cuquío, cuando Anastasio Montañés se acercó a Demetrio y le dijo:

—Ande, compadre, ni le he contado... ¡Qué travieso es de veras el güero Margarito! ¿Sabe lo que hizo ayer con ese hombre que vino a darle la queja de que le habíamos sacado su maíz para nuestros caballos? Bueno, pos con la orden que usted le dio fue al cuartel. “Sí, amigo, le dijo el güero; entra para acá; es muy justo devolverte lo tuyo. Entra, entra... ¿Cuántas fanegas te robamos?... ¿Diez? ¿Pero estás seguro de que no son más que diez?... Sí, eso es; como quince, poco más o menos... ¿No serían veinte?... Acuérdate bien... Eres muy pobre, tienes muchos hijos que mantener. Sí, es lo que digo, como veinte; ésas deben haber sido... Pasa por acá; no te voy a dar quince, ni veinte. Tú nomás vas contando... Una, dos, tres... Y luego que ya no quieras, me dices: ya”. Y saca el sable y le ha dado una cintareada que lo hizo pedir misericordia.

La Pintada se caía de risa.

Y Camila, sin poderse contener, dijo:

—¡Viejo condenado, tan mala entraña!... ¡Con razón no lo puedo ver!

Instantáneamente se demudó el rostro de la Pintada.

—¿Y a ti te da tos por eso?

Camila tuvo miedo y adelantó su yegua.

La Pintada disparó la suya y rapidísima, al pasar atropellando a Camila, la cogió de la cabeza y le deshizo la trenza.

Al empellón, la yegua de Camila se encabritó y la muchacha abandonó las riendas por quitarse los cabellos de la cara; vaciló, perdió el equilibrio y cayó en un pedregal, rompiéndose la frente.

Desmorecida de risa, la Pintada, con mucha habilidad, galopó a detener la yegua desbocada.

—¡Ándale, curro, ya te cayó trabajo! —dijo Pancraccio luego que vio a Camila en la misma silla de Demetrio, con la cara mojada de sangre.

Luis Cervantes, presuntuoso, acudió con sus materiales de curación; pero Camila, dejando de sollozar, se limpió los ojos y dijo con voz apagada:

—¿De usted?... ¡Aunque me estuviera muriendo! ¡Ni agua!...

En Cuquío recibió Demetrio un propio.

—Otra vez a Tepatitlán, mi general —dijo Luis Cervantes pasando rápidamente sus ojos por el oficio—. Tendrá que dejar allí la gente, y usted a Lagos, a tomar el tren de Aguascalientes.

Hubo protestas calurosas; algunos serranos juraron que ellos no seguirían ya en la columna, entre gruñidos, quejas y rezongos.

Camila lloró toda la noche, y otro día, por la mañana, dijo a Demetrio que ya le diera licencia de volverse a su casa.

—¡Si le falta voluntad!... —contestó Demetrio hosco.

—No es eso, don Demetrio; voluntad se la tengo y mucha..., pero ya lo ha estado viendo... ¡Esa mujer!...

—No se apure, hoy mismo la despacho a... Ya lo tengo bien pensado.

Camila dejó de llorar.

Todos estaban ensillando ya. Demetrio se acercó a la Pintada y le dijo en voz muy baja:

—Tú ya no te vas con nosotros.

—¿Qué dices? —inquirió ella sin comprender.

—Que te quedas aquí o te largas adonde te dé la gana, pero no con nosotros.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó ella con asombro—. ¿Es decir, que tú me corres? ¡Ja, ja, ja!... ¡Pues que... tal serás tú si te andas creyendo de los chismes de ésa...!

Y la Pintada insultó a Camila, a Demetrio, a Luis Cervantes y a cuantos le vinieron a las mientes, con tal energía y novedad, que la tropa oyó injurias e insolencias que no había sospechado siquiera.

Demetrio esperó largo rato con paciencia; pero como ella no diera trazas de acabar, con mucha calma dijo a un soldado:

—Echa fuera esa borracha.

—¡Güero Margarito! ¡Güero de mi vida! ¡Ven a defenderme de éstos...! ¡Anda, güerito de mi corazón!... ¡Ven a enseñarles que tú eres hombre de veras y ellos no son más que unos hijos de...!

Y gesticulaba, pateaba y daba de gritos.

El güero Margarito apareció. Acababa de levantarse; sus ojos azules se perdían bajo unos párpados hinchados y su voz estaba ronca. Se informó del sucedido y, acercándose a la Pintada, le dijo con mucha gravedad:

—Sí, me parece muy bien que ya te largues mucho a la... ¡A todos nos tienes hartos!

El rostro de la Pintada se granitificó. Quiso hablar, pero sus músculos estaban rígidos.

Los soldados reían divertidísimos; Camila, muy asustada, contenía la respiración.



La Pintada paseó sus ojos en torno. Y todo fue en un abrir y cerrar de ojos; se inclinó, sacó una hoja aguda y brillante de entre la media y la pierna y se lanzó sobre Camila.

Un grito estridente y un cuerpo que se desploma arrojando sangre a borbotones.

—Mátenga —gritó Demetrio fuera de sí.

Dos soldados se arrojaron sobre la Pintada que, esgrimiendo el puñal, no les permitió tocarla.

—¡Ustedes no, infelices!... Mátame tú, Demetrio —se adelantó, entregó su arma, irguió el pecho y dejó caer los brazos.

Demetrio puso en alto el puñal tinto en sangre; pero sus ojos se nublaron, vaciló, dio un paso atrás.

Luego, con voz apagada y ronca, gritó:

—¡Lárgate!... ¡Pero luego!...

Nadie se atrevió a detenerla.

Se alejó muda y sombría, paso a paso.

Y el silencio y la estupefacción lo rompió la voz aguda y gutural del güero Margarito:

—¡Ah, qué bueno!... ¡Hasta que se me despegó esta chinche!...

### XIII

En la medianía del cuerpo  
una daga me metió,  
sin saber por qué  
ni por qué sé yo...  
El sí lo sabía,  
pero yo no...  
Y de aquella herida mortal  
mucha sangre me salió,  
sin saber por qué  
ni por qué sé yo...  
El sí lo sabía,  
pero yo no...

Caída la cabeza, las manos cruzadas sobre la montura, Demetrio tarareaba con melancólico acento la tonadilla obsesionante.

Luego callaba; largos minutos se mantenía en silencio y pesaroso.

—Ya verá cómo llegando a Lagos le quito esa murria, mi general. Allí hay muchachas bonitas para darnos gusto —dijo el güero Margarito.

—Ahora sólo tengo ganas de ponerme una borrachera —contestó Demetrio.

Y se alejó otra vez de ellos, espoleando su caballo, como si quisiera abandonarse todo a su tristeza.

Después de muchas horas de caminar, hizo venir a Luis Cervantes:

—¿Oiga, curro, ahora que lo estoy pensando, yo qué pitos voy a tocar a Aguascalientes?

—A dar su voto, mi general, para presidente provisional de la República.

—¿Presidente provisional?... Pos entonces, ¿qué... tal es, pues, Carranza?... La verdad, yo no entiendo estas políticas...

Llegaron a Lagos. El güero apostó a que esa noche haría reír a Demetrio a carcajadas.

Arrastrando las espuelas, las chivarras caídas abajo de la cintura, entró Demetrio a El Cosmopolita, con Luis Cervantes, el güero Margarito y sus asistentes.

—¿Por qué corren, curros?... ¡No sabemos comer gente! —exclamó el güero.

Los paisanos, sorprendidos en el mismo momento de escapar, se detuvieron; unos, con disimulo, regresaron a sus mesas a seguir bebiendo y charlando, y otros, vacilantes, se adelantaron a ofrecer sus respetos a los jefes.

—¡Mi general!... ¡Mucho gusto!... ¡Señor mayor!...

—¡Eso es!... Así me gustan los amigos, finos y decentes —dijo el güero Margarito.

—Vamos, muchachos —agregó sacando su pistola jovialmente—; ahí les va un buscapiés para que lo toreen.

Una bala rebotó en el cemento, pasando entre las patas de las mesas y las piernas de los señoritos, que saltaron asustados como dama a quien se le ha metido un ratón bajo la falda.

Pálidos, sonríen para festejar debidamente al señor mayor. Demetrio despliega apenas sus labios, mientras que el acompañamiento lanza carcajadas a pierna tendida.

—Güero —observa la Codorniz—, a ese que va saliendo le prendió la avispa; mira cómo cojea.

El güero, sin parar mientes ni volver siquiera la cara hacia el herido, afirma con entusiasmo que a treinta pasos de distancia y al descubrir le pega a un cartucho de tequila.

—A ver, amigo, párese —dice al mozo de la cantina. Luego, de la mano lo lleva a la cabecera del patio del hotel y le pone un cartucho lleno de tequila en la cabeza.

El pobre diablo resiste, quiere huir, espantado, pero el güero prepara su pistola y apunta.

—¡A tu lugar... tasajo! O de veras te meto una calentita.

El güero se vuelve a la pared opuesta, levanta su arma y hace puntería.

El cartucho se estrella en pedazos, bañando de tequila la cara del muchacho, descolorido como un muerto.

—¡Ahora va de veras! —clama, corriendo a la cantina por un nuevo cartucho, que vuelve a colocar sobre la cabeza del mancebo.

Torna a su sitio, da una vuelta vertiginosa sobre los pies, y al descubrir, dispara.

Sólo que ahora se ha llevado una oreja en vez del cartucho.

Y apretándose el estómago de tanto reír, dice al muchacho:

—Toma, chico, esos billetes. ¡Es cualquier cosa! Eso se quita con tantita árnica y aguardiente...

Después de beber mucho alcohol y cerveza, habla Demetrio:

—Pague, güero... Ya me voy...

—No traigo ya nada, mi general; pero no hay cuidado por eso... ¿Qué tanto se te debe, amigo?

—Ciento ochenta pesos, mi jefe —responde amablemente el cantinero.

El güero salta prontamente el mostrador, y en dos manotadas derriba todos los frascos, botellas y cristalería.

—Ai le pasas la cuenta a tu padre Villa, ¿sabes?

—Oiga, amigo, ¿dónde queda el barrio de las muchachas? —pregunta tambaleándose de borracho, a un sujeto pequeño, correctamente vestido, que está cerrando la puerta de una sastrería.

El interpelado se baja de la banqueta atentamente para dejar libre el paso. El güero se detiene y lo mira con impertinencia y curiosidad:

—Oiga, amigo, ¡qué chiquito y qué bonito es usted!... ¿Cómo que no?... ¿Entonces yo soy mentiroso?... Bueno, así me gusta... ¿Usted sabe bailar los enanos?... ¿Qué no sabe?... ¡Resabe!... ¡Yo

lo conocí a usted en un circo! ¡Le juro que sí sabe y muy rebién!... ¡Ahora lo verá!...

El güero saca su pistola y comienza a disparar hacia los pies del sastre, que, muy gordo y muy pequeño, a cada tiro da un saltito.

—¿Ya ve cómo sí sabe bailar los enanos?

Y echando los brazos a espaldas de sus amigos, se hace conducir hacia el arrabal de gente alegre, marcando su paso a balazos en los focos de las esquinas, en las puertas y en las casas del poblado. Demetrio lo deja y regresa al hotel, tarareando entre los dientes:

En la medianía del cuerpo  
una daga me metió,  
sin saber por qué  
ni por qué sé yo...

#### XIV

Humo de cigarro, olor penetrante de ropas sudadas, emanaciones alcohólicas y el respirar de una multitud; hacinamiento peor que el de un carro de cerdos. Predominaban los de sombrero tejano, toquilla de galón y vestidos de kaki.

—Caballeros, un señor decente me ha robado mi petaca en la estación de Silao... Los ahorros de toda mi vida de trabajo. No tengo para darle de comer a mi niño.

La voz era aguda, chillona y plañidera; pero se extinguía a corta distancia en el vocerío que llenaba el carro.

—¿Qué dice esa vieja? —preguntó el güero Margarito entrando en busca de un asiento.

—Que una petaca... que un niño decente... —respondió Pancracio, que ya había encontrado las rodillas de unos paisanos para sentarse.

Demetrio y los demás se abrían paso a fuerza de codos. Y como los que soportaban a Pancracio prefirieran abandonar los asientos y seguir de pie, Demetrio y Luis Cervantes los aprovecharon gustosos.

Una señora que venía parada desde Irapuato con un niño en brazos sufrió un desmayo. Un paisano se aprontó a tomar en sus manos a la criatura. El resto no se dio por entendido: las hembras de tropa ocupaban dos o tres asientos cada una con maletas, perros, gatos y

cotorras. Al contrario, los de sombrero tejano rieron mucho de la robustez de muslos y laxitud de pechos de la desmayada.

—Caballeros, un señor decente me ha robado mi petaca en la estación de Silao... Los ahorros de toda mi vida de trabajo... No tengo ahora ni para darle de comer a mi niño...

La vieja habla de prisa y automáticamente suspira y solloza. Sus ojos, muy vivos, se vuelven de todos lados. Y aquí recoge un billete, y más allá otro. Le llueven en abundancia. Acaba una colecta y adelanta unos cuantos asientos:

—Caballeros, un señor decente me ha robado mi petaca en la estación de Silao...

El efecto de sus palabras es seguro e inmediato.

—¡Un señor decente! ¡Un señor decente que se roba una petaca! ¡Eso es incalificable! Eso despierta un sentimiento de indignación general. ¡Oh, es lástima que ese señor decente no esté a la mano para que lo fusilen siquiera cada uno de los generales que van allí!

—Porque a mí no hay cosa que me dé tanto coraje como un curro ratero —dice uno, reventando de dignidad.

—¡Robar a una pobre señora!

—¡Robar a una infeliz mujer que no puede defenderse!

Y todos manifiestan el enternecimiento de su corazón de palabras y de obra: una insolencia para el ladrón y un bilimbique de cinco pesos para la víctima.

—Yo, la verdad les digo, no creo que sea malo matar, porque cuando uno mata lo hace siempre con coraje; ¿pero robar?... —clama el güero Margarito.

Todos parecen asentir ante tan graves razones; pero, tras breve silencio y momentos de reflexión, un coronel aventura su parecer:

—La verdad es que todo tiene sus “asigunes”. ¿Para qué es más que la verdad? La purita verdad es que yo he robao... y si digo que todos los que venemos aquí hemos hecho lo mismo, se me afigura que no echo mentiras...

—¡Hum, pa las máquinas de coser que yo me robé en México! —exclamó con ánimo un mayor—. Junté más de quinientos pesos, con ser que vendí hasta a cincuenta centavos máquina.

—Yo me robé en Zacatecas unos caballos tan finos, que dije acá para mí: “Lo que es de este hecho ya te armaste, Pascual Mata; no te vuelves a apurar por nada en los días que de vida te quedan” —dijo

un capitán desmolado y ya blanco de canas—. Lo malo fue que mis caballos le cuadraron a mi general Limón y él me los robó a mí.

—¡Bueno! ¡A qué negarlo, pues! Yo también he robado —asintió el güero Margarito—; pero aquí están mis compañeros que digan cuánto he hecho de capital. Eso sí, mi gusto es gastarlo todo con las amistades. Para mí es más contento ponerme una papalina con todos los amigos que mandarles un centavo a las viejas de mi casa...

El tema del “yo robé”, aunque parece inagotable, se va extinguiendo cuando en cada banca aparecen tendidos de naipes, que atraen a jefes y oficiales como la luz a los mosquitos.

Las peripecias del juego pronto lo absorben todo y caldean el ambiente más y más; se respira el cuartel, la cárcel, el lupanar y hasta la zahúrda.

Y dominando el barullo general, se escucha, allá en el otro carro: —Caballeros, un señor decente me ha robado mi petaca...

Las calles de Aguascalientes se habían convertido en basureros. La gente de kaki se removía, como las abejas a la boca de una colmena, en las puertas de los restaurantes, fonduchos y mesones, en las mesas de comistrajos y puestos al aire libre, donde al lado de una batea de chicharrones rancios se alzaba un montón de quesos mugrientos.

El olor de las frituras abrió el apetito de Demetrio y sus acompañantes. Penetraron a fuerza de empellones a una fonda, y una vieja desgredada y asquerosa les sirvió en platos de barro huesos de cerdos nadando en un caldillo claro de chile y tres tortillas correosas y quemadas. Pagaron dos pesos por cada uno, y al salir Pancracio aseguró que tenía más hambre que antes de haber entrado.

—Ahora sí —dijo Demetrio—: vamos a tomar consejo de mi general Natera.

Y siguieron una calle hacia la casa que ocupaba el jefe norteño.

Un revuelto y agitado grupo de gentes les detuvo el paso en una bocacalle. Un hombre que se perdía entre la multitud clamaba en sonsonete y con acento uncioso algo que parecía un rezo. Se acercaron hasta descubrirlo. El hombre, de camisa y calzón blanco, repetía: “Todos los buenos católicos que recen con devoción esta oración a Cristo Crucificado se verán libres de tempestades, de pestes, de guerras y de hambres...”.

—Éste sí que la acertó —dijo Demetrio sonriendo.

El hombre agitaba en alto un puñado de impresos y decía:

—Cincuenta centavos la oración a Cristo Crucificado, cincuenta centavos...

Luego desaparecía un instante para levantarse de nuevo con un colmillo de víbora, una estrella de mar, un esqueleto de pescado. Y con el mismo acento rezadero, ponderaba las propiedades medicinales y raras virtudes de cada cosa.

La Codorniz, que no le tenía fe a Venancio, pidió al vendedor que le extrajera una muela; el güero Margarito compró un núcleo negro de cierto fruto que tiene la propiedad de librar a su poseedor tan bien del rayo como de cualquier “malhora”, y Anastasio Montañés una oración a Cristo Crucificado, que cuidadosamente dobló y con gran piedad guardó en el pecho.

—¡Cierto como hay Dios, compañero; sigue la bola! ¡Ahora Villa contra Carranza! —dijo Natera.

Y Demetrio, sin responderle, con los ojos muy abiertos, pedía más explicaciones.

—Es decir —insistió Natera—, que la Convención desconoce a Carranza como primer jefe y va a elegir un presidente provisional de la República... ¿Entiende, compañero?

Demetrio inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Qué dice de eso, compañero? —interrogó Natera. Demetrio se alzó de hombros.

—Se trata, a lo que parece, de seguir peleando. Bueno, pos a darle; ya sabe, mi general, que por mi lado no hay portillo.

—Bien, ¿y de parte de quién se va a poner?

Demetrio, muy perplejo, se llevó las manos a los cabellos y se rascó breves instantes.

—Mire, a mí no me haga preguntas, que no soy escuelante... La aguilita que traigo en el sombrero usted me la dio... Bueno, pos ya sabe que nomás me dice: “Demetrio, haces esto y esto... ¡y se acabó el cuento!”.

### TERCERA PARTE

#### I

“El Paso, Tex., mayo 16 de 1915.

Muy estimado Venancio:

Hasta ahora puedo contestar su grata de enero del corriente año debido a que mis atenciones profesionales absorben todo mi tiempo. Me recibí en diciembre pasado, como usted lo sabe. Lamento la suerte de Pancracio y del Manteca; pero no me extraña que después de una partida de naipes se hayan apuñalado. ¡Lástima: eran unos valientes! Siento en el alma no poder comunicarme con el güero Margarito para hacerle presente mi felicitación más calurosa, pues el acto más noble y más hermoso de su vida fue ése... ¡el de suicidarse!

Me parece difícil, amigo Venancio, que pueda usted obtener el título de médico que ambiciona tanto aquí en los Estados Unidos, por más que haya reunido suficiente oro y plata para comprarlo. Yo le tengo estimación, Venancio, y creo que es muy digno de mejor suerte. Ahora bien, me ocurre una idea que podría favorecer nuestros mutuos intereses y las ambiciones justas que usted tiene por cambiar de posición social. Si usted y yo nos asociáramos, podríamos hacer un negocio muy bonito. Ciertamente que por el momento yo no tengo fondos de reserva, porque todo lo he agotado en mis estudios y en mi recepción; pero cuento con algo que vale mucho más que el dinero: mi conocimiento perfecto de esta plaza, de sus necesidades y de los negocios seguros que pueden emprenderse. Podríamos establecer un restaurante netamente mexicano, apareciendo usted como el propietario y repartiéndonos las utilidades a fin de cada mes. Además, algo relativo a lo que tanto nos interesa: su cambio de esfera social. Yo me acuerdo que usted toca bastante bien la guitarra, y creo fácil, por medio de mis recomendaciones y de los conocimientos musicales de usted, conseguirle el ser admitido como miembro de la Salvation Army, sociedad respetabilísima que le daría a usted mucho carácter.

No vacile, querido Venancio; véngase con los fondos y podemos hacernos ricos en muy poco tiempo. Sírvase dar mis recuerdos afectuosos al general, a Anastasio y demás amigos.

Su amigo que lo aprecia, *Luis Cervantes*".

Venancio acabó de leer la carta por centésima vez, y, suspirando, repitió su comentario:

—¡Este curro de veras que la supo hacer!

—Porque lo que yo no podré hacerme entrar en la cabeza —observó Anastasio Montañés— es eso de que tengamos que seguir peleando... ¿Pos no acabamos ya con la Federación?



Ni el general ni Venancio contestaron; pero aquellas palabras siguieron golpeando en sus rudos cerebros como un martillo sobre el yunque.

Ascendían la cuesta, al tranco largo de sus mulas, pensativos y cabizbajos. Anastasio, inquieto y terco, fue con la misma observación a otros grupos de soldados, que reían de su candidez. Porque si uno trae un fusil en las manos y las cartucheras llenas de tiros, seguramente que es para pelear. ¿Contra quién? ¿En favor de quiénes? ¡Eso nunca le ha importado a nadie!

La polvareda ondulosa e interminable se prolongaba por las opuestas direcciones de la vereda, en un hormiguero de sombreros de palma, viejos kakis mugrientos, frazadas musgas y el negrear movedizo de las caballerías.

La gente ardía de sed. Ni un charco, ni un pozo, ni un arroyo con agua por todo el camino. Un vaho de fuego se alzaba de los blancos eriales de una cañada, palpitaba sobre las crespas cabezas de los huizaches y las glaucas pencas de los nopales. Y como una mofa, las flores de los cactus se abrían frescas, carnosas y encendidas las unas, aceradas y diáfanas las otras.

Tropezaron al mediodía con una choza prendida a los riscos de la sierra; luego, con tres casucas regadas sobre las márgenes de un río de arena calcinada; pero todo estaba silencioso y abandonado. A la proximidad de la tropa, las gentes se escurrían a ocultarse en las barrancas.

Demetrio se indignó:

—A cuantos descubran escondidos o huyendo, cójanlos y me los traen —ordenó a sus soldados con voz desafinada.

—¡Cómo!... ¿Qué dice? —exclamó Valderrama sorprendido—. ¿A los serranos? ¿A estos valerosos que no han imitado a las gallinas que ahora anidan en Zacatecas y Aguascalientes? ¿A los hermanos nuestros que desafían la tempestades adheridas a sus rocas como la madrepeña? ¡Protesto!... ¡Protesto!...

Hincó las espuelas en los ijares de su mísero rocín y fue a alcanzar al general.

—Los serranos —le dijo con énfasis y solemnidad— son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos... *Os ex osibus meis et caro de carne mea...* Los serranos están hechos de nuestra madera... De esta madera firme con la que se fabrican los héroes...

Y con una confianza tan intempestiva como valiente, dio un golpe con su puño cerrado sobre el pecho del general, que sonrió con benevolencia.

¿Valderrama, vagabundo, loco y un poco poeta, sabía lo que decía?

Cuando los soldados llegaron a una ranchería y se arremolinaron con desesperación en torno de casas y jacales vacíos, sin encontrar una tortilla dura, ni un chile podrido, ni unos granos de sal para ponerle a la tan aborrecida carne fresca de res, ellos, los hermanos pacíficos, desde sus escondites, impasibles los unos con la impasibilidad pétrea de los ídolos aztecas, más humanos los otros, con una sórdida sonrisa en sus labios untados y ayunos de barba, veían cómo aquellos hombres feroces, que un mes antes hicieran retemblar de espanto sus míseros y apartados solares, ahora salían de sus chozas, donde las hornillas estaban apagadas y las tinajas secas, abatidos, con la cabeza caída y humillados como perros a quienes se arroja de su propia casa a puntapiés.

Pero el general no dio contraorden y unos soldados le llevaron a cuatro fugitivos bien trincados.

## II

—¿Por qué se esconden ustedes? —interrogó Demetrio a los prisioneros.

—No nos escondemos, mi jefe; seguimos nuestra vereda.

—¿Adónde?

—A nuestra tierra... Nombre de Dios, Durango.

—¿Es éste el camino de Durango?

—Por los caminos no puede transitar gente pacífica ahora. Usted lo sabe, mi jefe.

—Ustedes no son pacíficos; ustedes son desertores. ¿De dónde vienen? —prosiguió Demetrio observándolos con ojo penetrante.

Los prisioneros se turbaron, mirándose perplejos sin encontrar pronta respuesta.

—¡Son carranclanes! —notó uno de los soldados.

Aquello devolvió instantáneamente la entereza a los prisioneros. No existía más para ellos el terrible enigma que desde el principio se les había formulado con aquella tropa desconocida.

—¿Carrancistas nosotros? —contestó uno de ellos con altivez—. ¡Mejor puercos!...

—La verdad, sí, somos desertores —dijo otro—; nos le cortamos a mi general Villa de este lado de Celaya, después de la cuereada que nos dieron.

—¿Derrotado el general Villa?... ¡Ja, ja, ja!...

Los soldados rieron a carcajadas.

Pero a Demetrio se le contrajo la frente como si algo muy negro hubiera pasado por sus ojos.

—¡No nace todavía el hijo de la... que tenga que derrotar a mi general Villa! —clamó con insolencia un veterano de cara cobriza con una cicatriz de la frente a la barba.

Sin inmutarse, uno de los desertores se quedó mirándolo fijamente, y dijo:

—Yo lo conozco a usted. Cuando tomamos Torreón, usted andaba con mi general Urbina. En Zacatecas venía ya con Natera y allí se juntó con los de Jalisco... ¿Miento?

El efecto fue brusco y definitivo. Los prisioneros pudieron entonces dar una detallada relación de la tremenda derrota de Villa en Celaya.

Se les escuchó en un silencio de estupefacción.

Antes de reanudar la marcha se encendieron lumbres donde asar carne de toro. Anastasio Montañés, que buscaba leños entre los huizaches, descubrió a lo lejos y entre las rocas la cabeza tusada del caballuco de Valderrama.

—¡Vente ya, loco, que al fin no hubo pozole!... —comenzó a gritar.

Porque Valderrama, poeta romántico, siempre que de fusilar se hablaba, sabía perderse lejos y durante todo el día.

Valderrama oyó la voz de Anastasio y debió haberse convencido de que los prisioneros habían quedado en libertad, porque momentos después estaba cerca de Venancio y de Demetrio.

—¿Ya sabe usted las nuevas? —le dijo Venancio con mucha gravedad.

—No sé nada.

—¡Muy serias! ¡Un desastre! Villa derrotado en Celaya por Obregón. Carranza triunfando por todas partes. ¡Nosotros arruinados!

El gesto de Valderrama fue desdeñoso y solemne como de emperador:

—¿Villa?... ¿Obregón?... ¿Carranza?... ¡X... Y... Z...! ¿Qué se me da a mí?... ¡Amo la revolución como amo al volcán que irrumpe! ¡Al volcán porque es volcán; a la revolución porque es revolución!... Pero las piedras que quedan arriba o abajo, después del cataclismo, ¿qué me importan a mí?...

Y como al brillo del sol de mediodía reluciera sobre su frente el reflejo de una blanca botella de tequila, volvió grupas y con el alma henchida de regocijo se lanzó hacia el portador de tamaña maravilla.

—Le tengo volentá a ese loco —dijo Demetrio sonriendo—, porque a veces dice unas cosas que lo ponen a uno a pensar.

Se reanudó la marcha, y la desazón se tradujo en un silencio lúgubre. La otra catástrofe venía realizándose callada, pero indefectiblemente. Villa derrotado era un dios caído. Y los dioses caídos ni son dioses ni son nada.

Cuando la Codorniz habló, sus palabras fueron fiel trasunto del sentir común:

—¡Pos ora sí, muchachos... cada araña por su hebra!...

### III

Aquel pueblecillo, al igual que congregaciones, haciendas y rancharías, se había vaciado en Zacatecas y Aguascalientes.

Por tanto, el hallazgo de un barril de tequila por uno de los oficiales fue acontecimiento de la magnitud del milagro. Se guardó profunda reserva, se hizo mucho misterio para que la tropa saliera otro día, a la madrugada, al mando de Anastasio Montañés y de Venancio; y cuando Demetrio despertó al son de la música, su Estado Mayor, ahora integrado en su mayor parte por jóvenes exfederales, le dio la noticia del descubrimiento, y la Codorniz, interpretando los pensamientos de sus colegas, dijo axiomáticamente:

—Los tiempos son malos y hay que aprovechar, porque “si hay días que nada el pato, hay días que ni agua bebe”.

La música de cuerda tocó todo el día y se le hicieron honores solemnes al barril; pero Demetrio estuvo muy triste, “sin saber por qué, ni por qué sé yo”, repitiendo entre dientes y a cada instante su estribillo.

Por la tarde hubo peleas de gallos. Demetrio y sus principales jefes se sentaron bajo el cobertizo del portalillo municipal, frente a una plazuela inmensa, poblada de yerbas, un quiosco vetusto y podrido, y las casas de adobe solitarias.

—¡Valderrama! —llamó Demetrio, apartando con fastidio los ojos de la pista—. Venga a cantarme *El enterrador*.

Pero Valderrama no le oyó, porque en vez de atender a la pelea monologaba extravagante, mirando ponerse el sol tras de los cerros, diciendo con voz enfática y solemne gesto:

—“¡Señor, Señor, bueno es que nos estemos aquí!... Levantaré tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.”

—¡Valderrama! —volvió a gritar Demetrio—. Cántame *El enterrador*.

—Loco, te habla mi general —lo llamó más cerca uno de los oficiales.

Y Valderrama, con su eterna sonrisa de complacencia en los labios, acudió entonces y pidió a los músicos una guitarra.

—¡Silencio! —gritaron los jugadores.

Valderrama dejó de afinar. La Codorniz y el Meco soltaban ya en la arena un par de gallos amarrados de largas y afiladísimas navajas. Uno era retinto, con hermosos reflejos de obsidiana; el otro, giro, de plumas como escamas de cobre irisado a fuego.

La huelga fue brevísima y de una ferocidad casi humana. Como movidos por un resorte, los gallos se lanzaron al encuentro. Sus cuellos crespos y encorvados, los ojos como corales, erectas las crestas, crispadas las patas, un instante se mantuvieron sin tocar el suelo siquiera, confundidos sus plumajes, picos y garras en uno solo; el retinto se desprendió y fue lanzado patas arriba más allá de la raya. Sus ojos de cinabrio se apagaron, cerráronse lentamente sus párpados coriáceos, y sus plumas esponjadas se estremecieron convulsas en un charco de sangre.

Valderrama, que no había reprimido un gesto de violenta indignación, comenzó a templar. Con los primeros acentos graves se disipó su cólera. Brillaron sus ojos como esos ojos donde resplandece el brillo de la locura. Vagando su mirada por la plazoleta, por el ruinoso quiosco, por el viejo caserío, con la sierra al fondo y el cielo incendiado como lecho, comenzó a cantar.

Supo darle tanta alma a su voz y tanta expresión a las cuerdas de su vihuela, que, al terminar, Demetrio había vuelto la cara para que no le vieran los ojos.

Pero Valderrama se echó en sus brazos, lo estrechó fuertemente y, con aquella confianza súbita que a todo el mundo sabía tener en un momento dado, le dijo al oído:

—¡Cómaselas!... ¡Esas lágrimas son muy bellas!

Demetrio pidió la botella y se la tendió a Valderrama.

Valderramaapuró con avidez la mitad, casi de un sorbo; luego se volvió a los concurrentes y, tomando una actitud dramática y su entonación declamatoria, exclamó con los ojos rasos:

—¡Y de ahí cómo los grandes placeres de la revolución se resolvían en una lágrima!...

Después siguió hablando loco, pero loco del todo, con las yerbas empolvadas, con el quiosco podrido, con las casas grises, con el cerro altivo y con el cielo inconmensurable.

#### IV

Asomó Juchipila a lo lejos, blanca y bañada de sol, en medio del frondaje, al pie de un cerro elevado y soberbio, plegado como turbante.

Algunos soldados, mirando las torrecillas de Juchipila, suspiraron con tristeza. Su marcha por los cañones era ahora la marcha de un ciego sin lazarillo; se sentía ya la amargura del éxodo.

—¿Ese pueblo es Juchipila? —preguntó Valderrama.

Valderrama, en el primer periodo de la primera borrachera del día, había venido contando las cruces diseminadas por caminos y veredas, en las escarpaduras de las rocas, en los vericuetos de los arroyos, en las márgenes del río. Cruces de madera negra recién barnizada, cruces forjadas con dos leños, cruces de piedras en montón, cruces pintadas con cal en las paredes derruidas, humildísimas cruces trazadas con carbón sobre el canto de las peñas. El rastro de sangre de los primeros revolucionarios de 1910, asesinados por el gobierno.

Ya a la vista de Juchipila, Valderrama echa pie a tierra, se inclina, dobla la rodilla y gravemente besa el suelo.

Los soldados pasan sin detenerse. Unos ríen del loco y otros le dicen alguna cuchufleta.

Valderrama, sin oír a nadie, reza su oración solemnemente:

—¡Juchipila, cuna de la revolución de 1910, tierra bendita, tierra regada con sangre de mártires, con sangre de soñadores... de los únicos buenos!...

—Porque no tuvieron tiempo de ser malos —completa la frase brutalmente un oficial exfederal que va pasando.

Valderrama se interrumpe, reflexiona, frunce el ceño, lanza una sonora carcajada que resuena por las peñas, monta y corre tras el oficial a pedirle un trago de tequila.

Soldados mancos, cojos, reumáticos y tosigosos dicen mal de Demetrio. Advenedizos de banqueta causan alta con barras de latón en el sombrero, antes de saber siquiera cómo se coge un fusil, mientras que el veterano fogueado en cien combates, inútil ya para el trabajo, el veterano que comenzó de soldado raso, soldado raso es todavía.

Y los pocos jefes que quedan, camaradas viejos de Macías, se indignan también porque se cubren las bajas del Estado Mayor con señoritines de capital, perfumados y peripuestos.

—Pero lo peor de todo —dice Venancio— es que nos estamos llenando de exfederales.

El mismo Anastasio, que de ordinario encuentra muy bien hecho todo lo que su compadre Demetrio hace, ahora, en causa común con los descontentos, exclama:

—Miren, compañeros, yo soy muy claridoso... y yo le digo a mi compadre que si vamos a tener aquí a los federales siempre, malamente andamos... ¡De veras! ¿A que no me lo creen?... Pero yo no tengo pelos en la lengua, y por vida de la madre que me parió, que se lo digo a mi compadre Demetrio.

Y se lo dijo. Demetrio lo escuchó con mucha benevolencia, y luego que acabó de hablar, le contestó:

—Compadre, es cierto lo que usted dice. Malamente andamos: los soldados hablan mal de las clases, las clases de los oficiales y los oficiales de nosotros... Y nosotros estamos ya pa despachar a Villa y a Carranza a la... a que se diviertan solos... Pero se me figura que nos está sucediendo lo que a aquel peón de Tepatitlán. ¿Se acuerda, compadre? No paraba de rezongar de su patrón, pero no paraba de trabajar tampoco. Y así estamos nosotros: a reniega y reniega y a mátenos y mátenos... Pero eso no hay que decirlo, compadre...

—¿Por qué, compadre Demetrio?...

—Por yo no sé... Porque no... ¿ya me entiende? Lo que ha de hacer es dármele ánimo a la gente. He recibido órdenes de regresar a detener una partida que viene por Cuquíó. Dentro de muy poquitos días tenemos que darnos un encontronazo con los carranclanes, y es bueno pegarles ahora hasta por debajo de la lengua.

Valderrama, el vagabundo de los caminos reales, que se incorporó a la tropa un día, sin que nadie supiera a punto fijo cuándo ni en dónde, pescó algo de las palabras de Demetrio, y como no hay loco que coma lumbre, ese mismo día desapareció como había llegado.

## V

Entraron a las calles de Juchipila cuando las campanas de la iglesia repicaban alegres, ruidosas, y con aquel su timbre peculiar que hacía palpitar de emoción a toda la gente de los cañones.

—Se me figura, compadre, que estamos allá en aquellos tiempos cuando apenas iba comenzando la revolución, cuando llegábamos a un pueblito y nos repicaban mucho, y salía la gente a encontrarnos con músicas, con banderas, y nos echaban muchos vivas y hasta cohetes nos tiraban —dijo Anastasio Montañés.

—Ahora ya no nos quieren —repuso Demetrio.

—¡Sí, como vamos ya de “rota batida”! —observó la Codorniz.

—No es por eso... A los otros tampoco los pueden ver ni en estampa.

—Pero ¿cómo nos han de querer, compadre?

Y no dijeron más.

Desembocaban en una plaza, frente a la iglesia octogonal, burda y maciza, reminiscencia de tiempos coloniales.

La plaza debía haber sido jardín, a juzgar por sus naranjos escuetos y roñosos, entreverados entre restos de bancas de hierro y madera.

Volvió a escucharse el sonoro y regocijante repique. Luego, con melancólica solemnidad, se escaparon del interior del templo las voces melifluas de un coro femenino. A los acordes de un guitarrón, las doncellas del pueblo cantaban los Misterios.

—¿Qué fiesta tienen ahora, señora? —preguntó Venancio a una vejarruca que a todo correr se encaminaba hacia la iglesia.



—¡Sagrado Corazón de Jesús! —repuso la beata medio ahogándose.

Se acordaron de que hacía un año ya de la toma de Zacatecas. Y todos se pusieron más tristes todavía.

Igual a los otros pueblos que venían recorriendo desde Tepic, pasando por Jalisco, Aguascalientes y Zacatecas, Juchipila era una ruina. La huella negra de los incendios se veía en las casas destechadas, en los pretilos ardidos. Casas cerradas; y una que otra tienda que permanecía abierta era como por sarcasmo, para mostrar sus desnudos armazones, que recordaban los blancos esqueletos de los caballos diseminados por todos los caminos. La mueca pavorosa del hambre estaba ya en las caras terrosas de la gente, en llama luminosa de sus ojos que, cuando se detenían sobre un soldado, quemaban con el fuego de la maldición.

Los soldados recorren en vano las calles en busca de comida y se muerden la lengua ardiendo de rabia. Un solo fonducho está abierto y en seguida se aprieta. No hay frijoles, no hay tortillas: puro chile picado y sal corriente. En vano los jefes muestran sus bolsillos reventando de billetes o quieren ponerse amenazadores.

—¡Papeles, sí!... ¡Eso nos han traído ustedes!... ¡Pos eso coman!... —dice la fondera, una viejota insolente, con una enorme cicatriz en la cara, quien cuenta que “ya durmió en el petate del muerto para no morirse de un susto”.

Y en la tristeza y desolación del pueblo, mientras cantan las mujeres en el templo, los pajarillos no cesan de piar en las arboledas, ni el canto de las currucas deja de oírse en las ramas secas de los naranjos.

## VI

La mujer de Demetrio Macías, loca de alegría, salió a encontrarlo por la vereda de la sierra, llevando de la mano al niño.

¡Casi dos años de ausencia!

Se abrazaron y permanecieron mudos; ella embargada por los sollozos y las lágrimas.

Demetrio, pasmado, veía a su mujer envejecida, como si diez o veinte años hubieran transcurrido ya. Luego miró al niño, que clavaba en él sus ojos con azoro. Y su corazón dio un vuelco cuando reparó en la reproducción de las mismas líneas de acero de su rostro

y en el brillo flamante de sus ojos. Y quiso atraerlo y abrazarlo; pero el chiquillo, muy asustado, se refugió en el regazo de la madre.

—¡Es tu padre, hijo!... ¡Es tu padre!...

El muchacho metía la cabeza entre los pliegues de la falda y se mantenía huraño.

Demetrio, que había dado su caballo al asistente, caminaba a pie y poco a poco con su mujer y su hijo por la abrupta vereda de la sierra.

—¡Ora sí, bendito sea Dios que ya veniste!... ¡Ya nunca nos dejarás! ¿Verdad? ¿Verdad que ya te vas a quedar con nosotros?...

La faz de Demetrio se ensombreció.

Y los dos estuvieron silenciosos, angustiados.

Una nube negra se levantaba tras la sierra, y se oyó un trueno sordo. Demetrio ahogó un suspiro. Los recuerdos afluían a su memoria como una colmena.

La lluvia comenzó a caer en gruesas gotas y tuvieron que refugiarse en una rocallosa covacha.

El aguacero se desató con estruendo y sacudió las blancas flores de San Juan, manojos de estrellas prendidos en los árboles, en las peñas, entre la maleza, en los pitahayos y en toda la serranía.

Abajo, en el fondo del cañón y a través de la gasa de la lluvia, se miraban las palmas rectas y cimbradoras; lentamente se mecían sus cabezas angulosas y al soplo del viento se desplegaban en abanicos. Y todo era serranía: ondulaciones de cerros que suceden a cerros, más cerros circundados de montañas y éstas encerradas en una muralla de sierra de cumbres tan altas que su azul se perdía en el zafir.

—¡Demetrio, por Dios!... ¡Ya no te vayas!... ¡El corazón me avisa que ahora te va a suceder algo!...

Y se deja sacudir de nuevo por el llanto.

El niño, asustado, llora a gritos, y ella tiene que refrenar su tremenda pena para contentarlo.

La lluvia va cesando; una golondrina de plateado vientre y alas angulosas cruza oblicuamente los hilos de cristal, de repente iluminados por el sol vespertino.

—¿Por qué pelean ya, Demetrio?

Demetrio, las cejas muy juntas, toma distraído una piedrecita y la arroja al fondo del cañón. Se mantiene pensativo viendo el desfíladero, y dice:

—Mira esa piedra cómo ya no se para...

## VII

Fue una verdadera mañana de nupcias. Había llovido la víspera toda la noche y el cielo amanecía entoldado de blancas nubes. Por la cima de la sierra trotaban potrillos brutos de crines alzadas y colas tensas, gallardos con la gallardía de los picachos que levantan su cabeza hasta besar las nubes.

Los soldados caminan por el abrupto peñascal contagiado de la alegría de la mañana. Nadie piensa en la artera bala que puede estarlo esperando más adelante. La gran alegría de la partida estriba cabalmente en lo imprevisto. Y por eso los soldados cantan, ríen y charlan locamente. En su alma rebulle el alma de las viejas tribus nómadas. Nada importa saber adónde van y de dónde vienen; lo necesario es caminar, caminar siempre, no estacionarse jamás; ser dueños del valle, de las planicies, de la sierra y de todo lo que la vista abarca.

Árboles, cactus y helechos, todo aparece acabado de lavar. Las rocas, que muestran su ocre como el orín las viejas armaduras, vierten gruesas gotas de agua transparente.

Los hombres de Macías hacen silencio un momento. Parece que han escuchado un ruido conocido: el estallar lejano de un cohete; pero pasan algunos minutos y nada se vuelve a oír.

—En esta misma sierra —dice Demetrio—, yo, sólo con veinte hombres, les hice más de quinientas bajas a los federales.

Y cuando Demetrio comienza a referir aquel famoso hecho de armas, la gente se da cuenta del grave peligro que va corriendo. ¿Conque si el enemigo, en vez de estar a dos días de camino todavía, les fuera resultando escondido entre las malezas de aquel formidable barranco, por cuyo fondo se han aventurado? Pero ¿quién sería capaz de revelar su miedo? ¿Cuándo los hombres de Demetrio dijeron: “Por aquí no caminamos”?

Y cuando comienza un tiroteo lejano, donde va la vanguardia, ni siquiera se sorprenden ya. Los reclutas vuelven grupas en desenfundada fuga buscando la salida del cañón.

Una maldición se escapa de la garganta seca de Demetrio:

—¡Fuego!... ¡Fuego sobre los que corran!... ¡A quitarles las alturas! —ruge después como una fiera.

Pero el enemigo, escondido a millaradas, desgrana sus ametralladoras, y los hombres de Demetrio caen como espigas cortadas por la hoz.

Demetrio derrama lágrimas de rabia y de dolor cuando Anastasio resbala lentamente de su caballo, sin exhalar una queja, y se queda tendido, inmóvil. Venancio cae a su lado, con el pecho horriblemente abierto por la ametralladora, y el Meco se desbarranca y rueda al fondo del abismo. De repente Demetrio se encuentra solo. Las balas zumban en sus oídos como una granizada. Desmonta, arrástrase por las rocas hasta encontrar un parapeto, coloca una piedra que le defienda la cabeza y, pecho a tierra, comienza a disparar.

El enemigo se disemina, persiguiendo a los raros fugitivos que quedan ocultos entre los chaparros.

Demetrio apunta y no yerra un solo tiro... ¡Paf!... ¡Paf!... ¡Paf!...

Su puntería famosa lo llena de regocijo; donde pone el ojo pone la bala. Se acaba un cargador y mete otro nuevo. Y apunta...

El humo de la fusilería no acaba de extinguirse. Las cigarras entonan su canto imperturbable y misterioso; las palomas cantan con dulzura en las rinconadas de las rocas; ramonean apaciblemente las vacas.

La sierra está de gala; sobre sus cúspides inaccesibles cae la niebla albísima como un crespón de nieve sobre la cabeza de una novia.

Y al pie de una resquebrajadura enorme y suntuosa como pórtico de vieja catedral, Demetrio Macías, con los ojos fijos para siempre, sigue apuntando con el cañón de su fusil...



*Los caciques\**  
Mariano Azuela

PRIMERA PARTE

I

“Don Ignacio”, murmuró alguien a las puertas de la iglesia.

“Don Ignacio”, repitieron centenares de bocas, y la gente se apretó más todavía para abrirle paso al recién llegado. Volviéronse las cabezas, los ojos lo buscaron con avidez; pero él, adusto, inflexible, avanzó por en medio de la nave, pendiente sólo del túmulo que se alzaba allá en el fondo, todo sedas, flecos, borlas, abalorios y niquelados, y la negra caja en remate, ostentando en grandes y brillantes letras las iniciales de don Juan José del Llano, fundador de la respetable casa Del Llano e Hijos, S. en C.

A medida que se acercaba al catafalco, la muchedumbre aglomerada le obstruía más y más el paso y sólo a brincos y empellones pudo llegar a las barandillas, a los velones amarillos y a la fila donde los dolientes, postrados en tierra, oraban en silencio.

Sacó su pañuelo, lo tendió cuidadosamente sobre la alfombra polvosa y raída, se hincó resoplando, sudoroso y anhelante: “¡Qué calor!”.

Don Bernabé, el hermano mayor, se volvió un momento; una frente cetrina y dos ojos como brasas entreabrieron un chal negro; una dama elegante saludó con gesto desolado; todo el mundo se

\* AZUELA, Mariano, *Los caciques*, en “La novela de la revolución mexicana”, México, La Razón, 1931.

daba cuenta de la presencia de don Ignacio del Llano, el más *representativo* de la ucesión. Sólo el padre Jeremías, hermano menor, a la izquierda del oficiante, sacando apenas su esmirriada cabeza de armadillo entre tiesuras ornamentales, permanecía estático, la mirada en lo alto del ábside, fija en el resplandor sobredorado de la Santísima Trinidad.

—Gracias, don Juan —dijo don Ignacio cogiendo la vela de cera que le ofreció un sujeto mugriento, zanquilargo y corcovado.

El don Juan esbozó una sonrisa de estolidez, agradecido porque le decían “gracias”, dio un paso atrás y, con una brazada de velas, desapareció repartiéndolas a diestra y siniestra.

—Deja que te lo guarde, Nachito —dijo una dama con tierno acento y mirada devoradora. Y un brazo enjuto y descolorido recogió el sombrero de don Ignacio.

—Gracias —respondió él, enternecido.

—Nacho, me voy..., son las nueve... ¡Muchísimo siento!... Pero tú ya sabes... Dejé a Doloritas sola en el despacho... ¡Te acompaño en tu pesar!... ¡Ya sabes!... Al fin condiscípulos.

—Gracias —responde don Ignacio a un sujeto, grasa de los pies a la cabeza, y se deja impregnar su mano por los dedos rezumantes del condiscípulo tendejonero.

—Don Ignacio... el segundo cirio del lado derecho... la llama va llegando al moño... ¡Podría incendiarse!...

Don Ignacio levanta la rodilla y arrastra la otra, alcanza a un monaguillo, le tira del sobrepelliz y le advierte el peligro. Imperturbable se vuelve:

—Gracias.

Prosigue la misa y cada cual busca pretexto para hacerse presente a don Ignacio y patentizar sus respetos y adhesiones a la gran casa Del Llano e Hijos, S. en C. Y don Ignacio no se cansa de dar las gracias hasta que, por fin, los padres cogidos de las caudas, uno tras otro, dan las tres vueltas de ritual en torno del difunto para ahuyentarlo al diablo.

La ceremonia termina. Seis garrudos peones levantan en hombros la flamante caja. Todo el mundo a la calle.

El día es espléndido, torrentes de sol inundan el caserío y los dorados cerros circunvecinos. La multitud se dispersa desordenadamente. Sólo los negros sacos y largos levitones siguen a don Juan José del Llano hasta su última morada.

II

—¿Cómo?... ¿He oído bien? ¿El maíz a cinco cincuenta? Eso es una broma. Si usted mismo, Villeguitas, lo está vendiendo a cinco treinta.

Lara Rojas estiró su cuello bovino cual si la aplanchada pechera le estorbara; miró de hito en hito la cara angelicalmente estúpida de don Juan Viñas; se llevó las manos a la boca para ahogar una carcajada; luego dijo:

—Don Juanito, el maíz que usted compre dentro de ocho días a seis pesos yo lo pago a doce.

Don Juan Viñas se aprestó a fijar puntos de apuesta; pero Villeguitas, un sujeto pequeño, rechoncho y coloradote, les cortó bruscamente la palabra:

—¡Chist!... ¡chist!... Señores, más respeto.

Y tiró de un brazo de Lara Rojas, adelantándose al cortejo.

—Esas cosas jamás se dicen, Lara Rojas. Así no hará usted nunca nada.

—Pero ¿cómo habría de creer que don Juan Viñas, un hombre que ha hecho su fortuna vendiendo arroz y garbanzos, no supiera de estas cosas? —repuso el mozalbete.

E iba a prorrumpir en una de sus estruendosas carcajadas cuando se percató de la cercanía del ataúd, de las compungidas caras de los acompañantes y, como por ensalmo, su risa tornóse en suspiro profundo, ingenuo y cordial.

Don Bernabé del Llano volvió su cabeza gris, fijó su mirada de pollino cansado en Lara Rojas, y éste sintió la honda satisfacción de haber sabido suspirar en momento tan oportuno. Su cuello de ternera se alargó, sus ojos se aborregaron y poco faltó para que se hubiesen derramado sus lágrimas.

El cortejo se había detenido; los cargadores, rendidos ya, cedían su puesto a los de remuda. El sol ardiente de las once hacia levantar los sombreros al aire; las calvas se cubrían disimuladamente; contraíanse caras malhumoradas, y muchos daban ostensibles muestras de aburrimiento.

Dos borricos flacos que talaban los zacatitos yertos de un barbecho alzaron la cabeza, miraron desdeñosamente el cortejo, y después de torcer el rabo y menear las orejas, volvieron a repelar el surco.



El acompañamiento se puso de nuevo en marcha. Entre los últimos iban don Juan Viñas y Rodríguez, dependiente de La Continental.

—Digo que es imposible —insistió aquél—; Villegas no puede comprar a cinco cincuenta, puesto que él mismo lo ha hecho bajar en el mercado a cinco treinta.

—Pero si éste es el abecé del negocio, don Juanito. Comprenda usted: Villegas inunda el mercado con maíz a cinco treinta; pues bien, cuanto vendedor se presenta en esta plaza no encuentra quien le pague al precio corriente, si no es el mismo Villeguitas, porque él paga a cinco cincuenta.

—Ahí está cabalmente lo que no comprendo.

—Tan claro como el sol que nos derrite.

—Villegas vende mil hectolitros a cinco treinta y compra diez mil a cinco cincuenta.

—Bien ¿y...?

Rodríguez sacó su pañuelo y se limpió la frente empapada.

—¿Pues qué? Que cuando ha hecho el acaparamiento de la semilla, espera un poquito nomás y, a su tiempo, la lanza al mercado, fijándole el precio que le dé su gana.

Don Juan abrió muy grandes los ojos.

—¡Pero si esto es el catecismo, don Juanito!

—Hombre, amigo Rodríguez, será lo que usted quiera; pero a mí... francamente... no me parece muy limpio el negocio... ¿Cómo se lo explicaría?... Pues, ¡vamos!, que una casa honrada, como la de los señores del Llano...

—¿De esos tíos?...

—Sí, señor; una casa honorable como la Del Llano e Hijos no hace estos negocios.

Rodríguez alzó los ojos para admirar una vez más aquel rarísimo ejemplar de abarrotero; vaciló entre reír o suspirar. Un ronco gemido y una insolencia le hicieron volver el rostro. El gerente de La Carolina había dado un traspie, lastimándose horriblemente un callo.

Torcían las últimas callejuelas de la población, para entrar en un camino real bordeado de nopales y cercas de piedra. Se veía ya el blanco paredón del cementerio, reverberante de sol; el borde ático del frontispicio, sin un adorno, sin una moldura, sin desperfecto alguno. Todo blanco, como establo acabado de encalar.

El último en arrojar su puñado de tierra sobre la fosa de don Juan José fue Viñas y, al despedirse compungidamente de los hermanos del Llano, don Ignacio lo retuvo amablemente.

Regresaron juntos del panteón.

—¡Se van los buenos! —suspiró don Juan.

Nadie le respondió. Pero como le constreñía la necesidad de hacer el elogio del finado, comenzó su panegírico.

—Por fin, ¿las escrituras se tiraron ya? —interrumpióle rudamente don Ignacio.

Desconcertado, vaciló un instante; pero luego, tímidamente, dijo:

—Todo está hecho tal como usted me lo aconsejó. No sabe, señor don Ignacio, la infinita gratitud...

—¿Y los ladrilleros? ¿Y la cal?

—Seis toneladas para comenzar... La ladrillera quema hoy la primera hornada; los albañiles acabaron de nivelar el terreno. Ahora, naturalmente, nadie trabajó; todos estuvimos en la misa de cuerpo presente... Yo repartí la cera... Era nuestra obligación... No podré pagar a ustedes nunca...

Como el gesto de don Ignacio era hostil a todo halago, don Juan acabó por hablar lisa y llanamente de negocios.

En cada bocacalle eran interrumpidos por los acompañantes, que desertaban del grupo principal y se despedían de don Ignacio...

—¿Cree usted, señor don Ignacio —dijo Viñas al retirarse a su vez—, que todavía por la noche tengo corazonadas?

—Sin motivo —replicó fríamente don Ignacio—; le he demostrado con números lo seguro del negocio.

—Mi gratitud será eterna para ustedes los señores del Llano, para su difunto padre...

Y se llevó el pañuelo a los ojos, a sus cándidos ojos, de donde brotaron lagrimones diáfanos.

### III

—¿No fue al entierro, don Timoteo?

—A la misa, Mariquita... ¡Como Ignacio fue condiscípulo!... No; ahora como si ni me conocieran... ¡Yo del pueblo, ellos caciques!... Pero ya se les caerá el rey de las orejas...

—¿Y qué dice de la revolución, don Timoteo?

—Ahí viene ella, hija; aquí está ya... Hemos ganado...

—Pero dizque son gentes muy malas Timoteo, que roban y matan.

Don Timoteo se levanta de un sillón de vaqueta cruda, se quita la cachucha de casimir; su mano grasienta pasa sobre su cráneo de jitomate. Habla pausado, y su mirada se pierde a lo largo de la calle polvosa donde comienzan a cintilar los incandescentes. Una franjita de sol se va de los pretilos; nubes de borra se revuelven en el cielo de topacio.

—¡Asesinos y ladrones llaman los señores de la casa donde estás sirviendo, Mariquita, a los revolucionarios! Así los llaman los caciques. Con razón, Mariquita; si esta revolución es para los caciques cosa de vida o muerte. Has de saber que así como a los frailes se les llegó su día con don Benito Juárez, a los caciques les ha llegado el suyo con Francisco I. Madero... Y antes que se me olvide, Mariquita, dile a los señores que tengo panelas de Comanja.

—¿Y quiénes son, pues, los caciques don Timoteo?

—¡Lo oíste, Doloritas; Mariquita no sabe quiénes son los caciques! Lo que yo predico a cada instante y momento; la desgracia nacional está en la ignorancia de nuestras masas... Los caciques, Mariquita, son... son la gente más mala que hay en el mundo..., son unos hombres muy malos..., son... unos malvados; pero no, no sé decírtelo bien; mejor voy a darte unos números de *El País* para que puedas formarte una idea de esos bribones; Doloritas, dame la colección del periódico.

—No se moleste, don Timoteo; mal sé deletrear y me faltaría paciencia para eso. Pero de esa gente ¿no hay por acá en nuestras tierras, verdad?

—¡Preciosa sangre...! ¿Qué es lo que estás diciendo, Mariquita? ¡Pues si tú misma vives entre los caciques, les sirves a los caciques, si tus amos son caciques!

—¡Hum! Pues entonces son puras ponderaciones las de sus papeles, don Timoteo; ini se los crea! Para mí nadie tan bueno como el niño Casianito. ¿Adivine quién me dio estas botas?

—A ver, Mariquita; déjame ver...

—¡Timoteo! —grita desde la trastienda Doloritas, y viene a despachar las tres libras de arroz a Mariquita.

Cuando la muchacha se ha marchado, don Timoteo acaricia los brazos redondos de su mujer y le da palmaditas en las posaderas.

—Se necesita hacer la siembra para recoger la cosecha, Doloritas. ¡La ignorancia de las masas es la desgracia nacional! Quien no lucha contra la ignorancia es un criminal. Por la ignorancia de las masas llevamos cinco lustros de soportar la bota del dictador Porfirio Díaz.

—A mí no me salgas con tus discursos, Timoteo. ¿Qué tiene que ver todo eso con las botas de Mariquita, viejo chiflado?

—¡Caracoles!... ¡Pellizas muy fuerte, Doloritas!... Soy viejo; haces bien en acordármelo, y porque soy viejo no quiero morirme sin haber hecho antes la siembra de mis doctrinas.... El hombre muere, Doloritas; la idea vive... ¡La idea es imperecedera, eterna!...

—Eterna sólo nuestra alma y es de la que debemos de cuidar. Entre por su chaqueta, viejo raboverde, y vámonos al rosario a Capuchinas.

—¡Pero si hoy es el día de club, Doloritas!

Doloritas misma pone la chaqueta a don Timoteo, le coge por un brazo, cierra La Bandera Mexicana y, sin decir una palabra más, lo hace marchar a su lado.

—Hay que pagar los pecados de nuestros padres y los nuestros propios. Haces bien, Doloritas; obedeces a tu educación, a tu instrucción: a la educación e instrucción que nosotros los mexicanos hemos dado a la mujer. Más cuidado hemos tenido del perro y del gato que de ustedes.

La pareja entra en el templo; sus pasos resuenan en la lobreguez fría de las bóvedas. Se adivina el púlpito; un padre masculla aburridamente el rosario y una docena de entapaladas le contesta con rumor monótono y desfalleciente. En el altar, a la incierta luz de una lámpara de aceite, se esfuman las vestiduras moradas de Nuestro Padre Jesús del Calvario. Don Timoteo asocia ideas: “Cristo, redentor del mundo; Hidalgo, redentor de la raza; Juárez, redentor de las conciencias; Madero, redentor de los pobres, de los humildes...”.

Don Timoteo tiritita de emoción. ¡Qué tema para un discurso en el club! “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nos el tu reino...” gangorea el sacerdote.

Presas de frenético fervor, don Timoteo se echa de bruces y precipitadamente reza: “Venga a nos el tu reino, el reino de los hombres justos y honrados, y la caída de los canallas Científicos... el reino de

los hombres de buena voluntad, el reino de los mansos de corazón, de los que tenemos hambre y sed de justicia, como dijo don Justo Sierra...”.

Y de súbito se pone en pie, dejando con un palmo de narices a Doloritas y a Nuestro Padre Jesús del Calvario.

En el club, don Timoteo estuvo muy feliz: comparó a Cristo con Juárez y con Madero, repitiendo a cada instante lo de “el respeto al derecho ajeno es la paz” y “dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César”. Y, por final, aseguró, bajo su palabra de honor, que jamás había tenido la religión más defensor que don Benito Juárez, y que los sacerdotes estaban obligados a levantarle un monumento.

Los miembros más connotados del club se miraron perplejos. El vicepresidente, que era el segundo trombón de banda municipal, ahuecando mucho la voz, dijo:

—Lo que es este don Timoteo *las puede*.

Pero el *maistro* Crispín, que vendía periódicos y no tenía educación, rompió el encanto.

—¡Qué memoria tiene, don Timoteo: aprendió de cuerito a cuerito el editorial de *El Diario del Hogar*!

—¡Hombre, Crispín, de veras! —exclamó don Timoteo, dándose una palmada en la frente y ahuyentando los zancudos—. Efectivamente, lo que dije viene en el número de hoy; pero palabra que no me acordaba ya de eso y creí que la idea me nació de la cabeza, ahora que estuve rezando el rosario en Capuchinas. Pero, de todos modos, lo que es la idea del monumento a Juárez es mía y puritito mía.

Y descargado de un enorme peso, don Timoteo regresó a Capuchinas a terminar sus oraciones, que dijo con mucha devoción, al mismo tiempo que calculó el negocio de cincuenta latas de manteca que había embarcado esa tarde para Torreón.

#### IV

Por la noche, de regreso de la ladrillera, don Juan Viñas se encaminó al domicilio de los señores del Llano. A su paso por La Bandera Mexicana se detuvo.

—Don Timoteo, vamos a darles el pésame a los del Llano.

—Don Juanito..., no me había ocurrido eso...

—Pero, hombre, ¡los señores del Llano!... ¿Quién no les debe favores a los señores del Llano?

Don Timoteo alzó los hombros:

—¡Ps!... Tanto como favores, no... Pero vamos, Ignacio al fin fue discípulo... Sólo que como uno es pobre, don Juanito, da vergüenza.

Don Juan lo tomó de un brazo e hizo que lo acompañara.

Ya a las puertas de la casa reparó en sus zapatones manchados de cal y de lodo, en el tosco vestido que a cada movimiento despedía una nube de polvo; pero limpiándose el calzado con los propios tobillos, sacudiendo fuertemente el cuello y las pesadas alas del saco y los delanteros del pantalón, se sintió nuevo.

De pronto, encandilado, no conoció a los enlutados que poblaban el corredor y cuyos rostros se esfumaban en la luz de las lámparas amortiguadas; pero acercándose a uno de ellos, le dijo:

—Dígame... ¿los señores?

—¡Hombre, don Juan!... ¿Los señores?... Sígame por aquí.

—¡Ah, es usted, Lara Rojas!

Lara Rojas tomó de la mano a don Juan y de sopetón lo puso en medio de la sala, ocupada por las señoras. Desconcertado, con las manos en los bolsillos y agarrotada la lengua, se quedó don Juan sin saber qué hacer ni qué decir.

Lara Rojas salió, apretándose las narices para no soltar la carcajada.

A la vez que escurrido y lleno de vergüenza salía don Juan de la sala, don Ignacio, don Bernabé y el padre Jeremías, abrían el escritorio, para despedir al señor cura. Los que, “por ser de confianza”, permanecían en el patio, acudieron pronto a saludar a don Ignacio. Éste acogió más cordialmente a Viñas, le echó un brazo a la espalda y juntos entraron en el escritorio.

Lara Rojas se mordió los labios. Don Timoteo, que se había convertido en relieve de una columna del corredor, se escurrió a la calle, filosofando sobre la vanidad y la insolencia del caciquismo.

—¿Has notado, Villegas —dijo Lara Rojas ya fuera de la casa—, cuánta intimidad se gasta ya ese zafio de don Juan con el señor don Ignacio?... ¿A qué le huele esto?

Villegas movió sus pequeños ojos inquietos, aspiró fuertemente su puro de perilla y alzó los hombros por toda contestación.

—Pues la cosa es clara y ningún misterio encierra —dijo el contador del Banco Nacional—. Don Juan Viñas, asociado a los señores del Llano, va a construir una gran Vecindad Modelo.

—¿Don Juan Viñas? —inquirió despectivamente Lara Rojas.

—Don Juan Viñas, joven, tiene cuarenta mil pesos en pura pasta... Este mismo don Juan Viñas que hace veinte años nos llegó de pantalonera de gamuza, zapatones bayos y recio sombrero de palma, armando un zangarro con unas cuantas docenas de adobes, un montón de paja y algunos tercios de carrizo y que surtió luego un tendejón con algunas botellas desiguales, llenas de agua teñida; este don Juan Viñas que, hoy por hoy, ocupa la mejor casa y es número uno en abarrotos.

Rodríguez, que siempre hacia filosofía, tomó la palabra con febril acento:

—¿Comprenden ustedes, señores, cuántas privaciones, desvelos y miserias significan esos cuarenta mil pesos?

—No le pido al cielo una fortuna así —dijo Lara Rojas con gran desdén.

—Una fortuna de cuarenta mil pesos conquistada en veinte años de ruda labor, joven, debe o puede ser la fortuna de un hombre honrado. Digo, hasta donde al comerciante le es posible ser honrado. Porque, amigos míos, ustedes no me van a convencer de que pueda ser honrado el que, viniendo al mundo sin la tira de manta que le defienda el ombligo siquiera, sea dueño de medio millón de pesos, por ejemplo, en cualquier tiempo de su vida.

—No sé adónde va eso —respondió picado Villeguitas. Tiró el puro con enfado y siguió—: Si se refiere a los señores del Llano, le contesto que me honro con su amistad y que me distinguen con su confianza... Y que cualquiera de ellos puede enseñar honradez al que quiera aprenderla, porque la honorabilidad de una casa, amigo, está asegurada en su caja fuerte y no en la lengua del primer advenedizo.

—¡Bravo, bien por Villeguitas! ¡Qué tal sofocón! —rumoreó Lara Rojas a su vecino.

Pero luego que todos acabaron de reír, Rodríguez habló otra vez:

—Caballeros, el oráculo de ustedes es el yanqui; ustedes no saben ni tienen por qué saber otra definición de la palabra negocio que la que el yanqui les ha enseñado. Bien; puesto que vamos sólo pasando el rato, yo, que no sólo he sido como ustedes ratón de cajas

fuertes o despachos, les voy a enseñar otra definición de la palabra negocio, no la inventada por los desvalijadores, sino la de los desvalijados. Y no se rían, que la cosa puede resultar de un día al otro más seria de lo que parece.

Habían llegado a una esquina, donde deberían separarse.

—Una palabra no más, señores.

La faz enjuta de Rodríguez adquirió un aire de extraña fiereza; sus ojos miopes chispearon tras los gruesos cristales de las gafas; sus labios y las líneas de su rostro se agitaron en leves estremecimientos.

“¡Ése acaba loco!”, pensó Lara Rojas.

—¡Cuidado, señores, si no es interesante tal definición! “El negocio es *nuestro trabajo* hecho dinero en el bolsillo de ellos”. Eso dicen ya varios millones de seres humanos que por momentos se están dando cuenta de lo que son... Dije. Buenas noches, caballeros.

## V

Lara Rojas, frente a un escritorio de cortina, de escribía direcciones y amontonaba sobres que después iba llenando con las circulares de la nueva razón social Del Llano Hnos., S. en C.

Hacia nueve días del fallecimiento de don Juan José, y de él no quedaban ya más recuerdos que los triángulos negros esquinados en los membretes y, en los dinteles, moños de listón que el aire y el polvo habían convertido en pingajos incoloros.

Una entapalada de humilde aspecto entró, mirando a todos lados. A indicación de Lara Rojas, tomó asiento, después de preguntar por don Ignacio del Llano.

Su mirada recorrió cuanto pudo abarcar: las puertas de la casa, abiertas ya de par en par; los pisos encerados de nuevo; aromosos y flamantes los archiveros, mesas y sillones. Lanzó un profundo suspiro y, mirando al cielo, se puso a meditar.

Media hora transcurrió sin que se oyera más que la crepitación de la ágil pluma de Lara Rojas y, de tarde en tarde, el carraspeo de la vejarruca. Un charro de pantalón de dril, chaqueta y sombrero grises, entró preguntando, también, por don Ignacio. Tomó asiento.

La viejecilla, ansiosa de conversar, dijo:

—¡Qué pesar tan grande para estos señores!

Y suspiró otra vez.



Pero Lara Rojas ni siquiera levantó la cabeza, y el charro, con su sombrero en las rodillas, siguió mirando la Torre Eiffel en uno de los muros.

Villeguitas llegó muy apresurado, con el sombrero a media cabeza y el chaleco abierto.

—Hola, hola, don Boni; me tomó la delantera. Vengo de buscarlo. Señores, buenos días.

El charro se levantó a saludarlo.

—Aquí viene ya don Ignacio. Por supuesto que se trajo las escrituras, don Boni.

—¡Escrituras!... No hablemos nada de eso...

—Hombre, don Boni; sin las escrituras no hay negocio... No se puede hipotecar.

El charro hizo un gesto de sorpresa y de disgusto.

—¿Cómo hipotecar?...

—Sí, don Boni; es preciso... Pero no se sulfure, todo se arreglará... Don Ignacio tiene su caja abierta para usted; pero *business* es *business*...

La correcta figura de don Ignacio, rigurosamente enlutado, apareció, a la vez que la viejecilla y Lara Rojas se pusieron atentamente en pie. Saludó y sin detenerse tomó un brazo de Villeguitas y otro del charro y entraron en el despacho los tres.

—¡Qué señores estos del rancho, tan tontos! Todo lo quisieran arreglar bajo su palabra de honor... Hacen muy bien los señores del Llano en ser tan exigentes.

La entapalada no se detuvo ya. Interrogó a Lara Rojas sobre su carácter en la casa del Llano, el sueldo de que disfrutaba, sus gastos mensuales, la salud propia y de sus parientes. Cuando se hubo cerciorado de que el joven empleado era dueño de la confianza de sus jefes y no menos que el secretario de don Ignacio, no tuvo empacho en hacer confidencias: “Estoy vieja y llena de achaques; un día con otro, Dios Nuestro Señor se acuerda de mí, de que la pelona me agarre desprevenida, arreglaré mi memoria, donando a Nuestra Santa Madre Iglesia los tres tlacons que tengo. Ya hablé con el padre Jeremías del Llano; ya quedamos en que el camino más seguro es escriturararlo todo a favor de alguna persona acomodada y de buena moralidad; sobre todo que tenga temor de Dios. ¿Quién puede igualar en esto al señor don Ignacio del Llano? Así, pues, los dineritos escapan de caer, sea en manos del gobierno, sea en las de

unos parientes que están en ansia de que yo estaque la zalea; ¿no le parece a usted que hago bien? No soy la primera por cierto —usted lo sabe mejor—; así lo han hecho las muy reverendas madres sor Inés y sor Catalina de Jesús, poco más que millonarias; mi comadrita doña Ruperta Torrecillas; don Nicomedes de la Peña, y tantos y tantos más”.

Cortó la confidencia la entrada de Rodríguez, el de La Continental.

—¿Está don Ignacio, Lara Rojas?... ¿Sí? Bueno; le esperaré.

Sacó un periódico y, acercándose a la vidriera de la ventana, se puso a leer.

—¿Y usted qué es, maderista o porfirista? —preguntó Lara Rojas.

—Pues, hombre..., maderista... Cuando menos por el momento.

—Toda la plebe es maderista, pero lo mejor es eso de “maderista por el momento”. Las ideas fijas..., los principios inquebrantables.

—Mire, Lara Rojas; el maderismo es ahora la revolución, y toda revolución, indefectiblemente, lleva consigo una inspiración de justicia, la aspiración de justicia que todo hombre de corazón lleva en la cabeza. Supongamos que el maderismo triunfa, que el maderismo se suicida convirtiéndose en gobierno, pues el gobierno no es más que la injusticia reglamentada que todo bribón lleva en el alma... ¿Es ilógico ser hoy maderista y mañana antimaderista?

—¡Cuánto disparate!... ¡Hasta anarquismo!...

—No se le queme la boca, Lara Rojas. ¿Quiere un poquito de agua que le refresque los labios?

La puerta del despacho se abrió y de bracería con el charro salió Villeguitas.

—Hasta luego... Ravachol...

Rodríguez miró de reojo a Villeguitas, luego al charro y contestó:

—Adiós... ¡San Camilo!...

Y se adelantó a ganar la puerta, a punto que una voz fresca y femenina le detuvo.

Esperanza Viñas llegaba, inquiriendo por don Juan.

—Nunca viene antes de las doce —le contestó Lara Rojas en tono brusco y sin dejar de escribir.

Esperanza, ruborizada, intentó salir luego; pero Rodríguez se adelantó a tenderle la mano, viendo que la vejarruca se había colado dentro del despacho.

—Viene usted muy guapa, Esperanza.

—Y usted se ha vuelto muy galante, Rodríguez —respondió ella con zalamería.

—Galante, ciertamente, si se me compara, sobre todo, con algunos tíos que tienen menos educación que un chimpancé.

Esperanza vio al sesgo a Lara Rojas, y sus dos ojos pequeños, vivarachos e intensamente expresivos, dieron las gracias a Rodríguez.

—Hasta luego; me voy, me voy... Los caleros están esperando desde hace dos horas a papá y yo no lo puedo encontrar.

—Que los caleros esperen... Vamos a ver, ¿para quién se ha trajeado así?

Esperanza echó un vistazo a su falda gris de invierno, muy ajustada a su cuerpecito bien formado, y luciendo sus dientes blancos y menudos, contestó:

—Pues para usted, hombre, para usted...

—O para Ricardito de Lara, por ejemplo.

Esperanza plegó con monería su hociquito de rorro en un gesto despectivo y Rodríguez, sonriendo, se caló las gafas e hincó sus ojos de aguilucho incitándola a que hablara.

—¡Bah, el pelmazo de Ricardito de Lara! ¡Con su cara de cirio pascual y sus cabellos de jilote!

Luego, muy ruborizada, se mordió los labios:

—Dispense, señor Lara Rojas; no me acordaba de que Ricardito es su sobrino. La culpa es de este diantre de Rodríguez que tiene gusto especial en hacer a una hablar de más. Son puras bromas, señor Lara Rojas; no se enoje usted.

Esperanza encogió los hombros y se apretó la nariz. Rodríguez rió a carcajadas, pero Lara Rojas parecía no percatarse de nada, arrebatado por su fiebre de trabajo.

—Bueno, Rodríguez —dijo Esperanza poniéndose muy seria y llamándole a distancia de Lara Rojas—; ¿qué le va a usted con que yo tenga novio o no le tenga, con que sea éste o el de más allá, que no pierda ocasión de preguntármelo como si le interesara mucho?

—Es muy sencillo de explicar: ahora le hablo de usted y todavía ayer le hablaba de tú. Claro que si yo, después de haberla traído en mis brazos tamañita así, de haberla ayudado a desatar la lengua, a saborear golosinas, fui su mentor con las muñecas, bien puedo aspirar a seguir siéndolo con... sus muñecos.

—Pues sepa mi mentor, entonces, que no tengo novio ni quiero tenerlo, porque el que me gusta para marido tiene un pero..., ¡un pero del tamaño de la parroquia!

—¡Anda, Esperanza, cuenta!

—Sí; figúrese que es viejo, feo y, lo que es peor todavía, ¡pobre!

—¡Caracoles, Esperanza, me asustas!... ¿No son alusiones personales?

Esperanza prorrumpió en una risa fresca y sonora, y escapó. Al agitarse sus ropas, quedó el perfume del agua y del jabón.

—Hola, Rodríguez; ¿aún hace usted sus bellas conquistas? —habló con insidia Lara Rojas—. La verdad es que su amiguita es bellísima.

—Esperanza es fea, amigo Lara Rojas; pero tiene algo que a otras les falta: cerebro y corazón.

—¡Qué fea, hombre! Un tipo muy distinguido..., ejemplar auténtico de la heroica raza de Cuauhtémoc. ¡Lástima que por eso mismo los afeites le resulten como una pistola a un Santo Cristo!

—Qué basán es usted, Lara Rojas.

Se abrió la puerta. Don Ignacio salió, departiendo muy amablemente con la viejecilla, y Rodríguez fue a su encuentro, con un cartapacio. De pie, don Ignacio firmó algunos documentos y se los devolvió.

—¿Ha venido don Juan Viñas, Lara Rojas?... Dígale usted, cuando llegue, que he ido a esperarlo a su obra.

Rodríguez sólo se detuvo el tiempo preciso para arreglar de nuevo sus papeles mientras que Lara Rojas seguía escribiendo direcciones sin descanso.

\*

—Le han tomado la delantera —dijo Rodríguez a don Juan Viñas, con quien tropezó a media cuadra del despacho de don Ignacio—. ¿Ve aquel coche? Pues es el de él. Va a esperarlo a esa famosa obra que está usted construyendo.

Don Juan levantó las manos al cielo, afligidísimo.

—¡Pero cómo no me lo anunció!... Yo habría venido a esperarlo antes de que abrieran su despacho. ¡Qué pena! ¡Qué mortificación!...

—No es para tanto, don Juanito; se pierden sólo unos segundos. Tomamos el tranvía que va a salir. Yo voy a recoger unas firmas por ese rumbo. Lo acompaño y lo dejo en sus propios terrenos.

—¡Válgame Dios, qué pena que llegue el señor Ignacio y no me encuentre!

Resignado, don Juan tuvo que tomar el tren, que se acercaba.

—¿Y qué tal? —interrogó Rodríguez—. ¿Marcha eso?

Don Juan no le contestó, su atención iba puesta en el vehículo; parecíale extraordinariamente lento, interminables las paradas en cada esquina. Su desazón e impaciencia contraían aquella su cara bonachona, cercada de negra barba, de ojos dulzones, como estampa de Divino Rostro.

—¿Pero de veras, don Juanito, es empresa de chispa? —insistió Rodríguez.

—Sólo dos personas en el mundo, Rodríguez, ponen en duda el éxito de este negocio, y dos personas..., ¡ja..., ja..., ja...!, que no tienen cara para decir “esta boca es mía”... Usted y mi mujer. Pero mi mujer está disculpada; al fin y al cabo, las mujeres qué saben de negocios; pero usted, Rodríguez, usted que ha echado canas en el comercio, ¿venirme a mí con ésas? ¿Se acuerda de lo que me dijo hace diez años, cuando pretendí cambiarme de El León de Oro a La Sultana? “Don Juanito, La Sultana le viene floja; allí no va a sacar ni para la renta”. Mi mujer fue exactamente de la misma opinión. La fortuna mía ha sido no hacer caso de mi mujer ni de usted para estos asuntos, y a eso debo el haber hecho el capitalito que tengo. ¿Digo mentira, Rodríguez?

—Es cierto —contestó el dependiente de La Continental, humillado.

Luego siguió hablando consigo mismo, la mirada vaga y como ausente: “Debo de ser un financiero detestable. Tengo veinticinco años de servir, yo que odio la servidumbre. En veinticinco años, he criticado con saña sangrienta cada proyecto de mis patrones; he reído con hondo placer de la estupidez de mis jefes y sus congéneres. Y he aquí que, mientras ellos siguen enriqueciéndose más y más, sólo de canas me he enriquecido yo. Seguramente que esta mi lógica de que tanto me envanezco no es sino el colmo de lo ilógico...”.

—¡Ah, qué Rodríguez! —clamó don Juan—; ¡ha perdido el tiempo en leer libros y papeles que a nada conducen, que no dejan nada!

Rodríguez oyó la voz de don Juan, lejana, sorda, como iba escuchando el rodar del tren.

“Todo se reduce, pues, a que mi mundo interior no concuerda con el mundo real o, lo que es lo mismo, a que soy un inadaptado, un fracasado... ¡Y sin embargo!...”.

El tranvía se detuvo y don Juan Viñas, como loco, se echó a correr por la tierra suelta, en dirección del carruaje de don Ignacio, que acababa de descubrir en las inmediaciones de su obra. En su entusiasmo, se olvidó de despedirse de Rodríguez.

Éste lo veía correr en medio de una nube de polvo. Y sonriendo repitió entre dientes: “¡Y, sin embargo!”.

## VI

Al pasar por La Sultana, don Juan se detuvo estupefacto. Veía en las rendijas de las puertas los filetillos rojos e indecisos de una luz interior. Llamó con desasosiego.

—¿Eres tú, Juan? —hablaron dentro—. Allá voy, allá voy.

—¡Qué susto me has dado, mujer! ¿Pero qué haces a estas horas aquí?... ¡Las once y media!

—Como tardabas en volver, vine a recoger la venta.

Elena echó los aldabones de la puerta y tornó a envolver pilas de centavos en cuarterones de papel.

Apagadas las bombillas eléctricas, sólo una débil lámpara de aceite, cerca del contador, poblaba de penumbras el alongado despacho. Don Juan recorrió minuciosamente las cerraduras, puerta por puerta.

—¡Anda —clamó de pronto—, si Esperanza tampoco se ha acostado!

Un instante se detuvo a contemplar a su hija que, en un extremo, arrellanada en un sillón, torcido el busto, los brazos sobre el mostrador y la frente sobre las manos, dormía apaciblemente.

De puntillas regresó junto a su mujer.

—¡Qué guajolote, Juan!... ¡Un caldo de alabar a Dios! —dijo Elena chupándose los labios.

—¿Y el pulque? —interrogó don Juan, dándose una palmada en la frente.

—¡Ah!, ya sabía que habrías de olvidarlo...; has tenido tanto quehacer... Pero yo lo he encargado a La Xóchitl y del más tiernito.

—Bien hecho, Elena; el chamaco no prueba de otro. No se quejará ahora de que sólo a papá se le festeja con pulque y guajolote en su cumpleaños. Le habría traído hasta música, pero estamos de luto... ¡Los señores del Llano!... Tú sabes. Pícaro muchacho; me ha dejado con tamaña boca con su relación de los virreyes. ¡Qué sabía yo de virreyes! En mi tiempo no se enseñaba eso. Silabario, catecismo del padre Ripalda, Fleury y la cuarterola. ¡Eso sí, qué bien nos enseñaba la cuarterola tío *Chonito*! Él no sabría con qué mano se persignaba; pero en eso de la cuarterola no tenía cuate.

—¡Ah, pudiéramos mandar a Juanito al colegio el año que viene!

—dijo suspirando Elena.

—Bien sabes que ahora es imposible.

—El año pasado era fácil, tan fácil que lo dábamos por hecho.

—El año pasado no pensaba siquiera en la empresa que ahora; tú lo sabes.

Elena suspiró otra vez, pero no replicó.

—Es cosa de esperar sólo dos años —agregó don Juan, afligido por la pena de su mujer—; dentro de dos años comienzan los beneficios... ¡Qué utilidades!... Ya verás, Elena; nuestros rendimientos van a doblarse sin más trabajo que estar extendiendo recibos y recibos. La obra está comenzada; dentro de un año, es decir, en noviembre y diciembre del entrante, se concluye; en cuatro más las fincas estarán secas y habitables, y luego..., rentas y rentas...

—Y réditos y réditos —hizo eco Elena.

Don Juan dio un salto:

—¿Pero es que tú no me quieres entender o que yo no puedo explicarme?

Paseó sus dedos gruesos, encallecidos, por la revuelta cabellera y frunciendo el entrecejo, muy preocupado, dijo:

—Mira, Elena; por ejemplo...

Extendió sobre el mostrador una hoja de papel de estraza y comenzó a echar líneas y cifras.

—De A a B, las fachadas Oriente; de B a C, las Norte... Estas rayas son las divisiones... Fíjate: cada casita tiene su sala, recámara, patio y he aquí su excusado y baño. Atiende: veinte casitas por cada costado, ochenta por manzana... ¿Cuánto puede ganar cada una, Elena?

Como su mujer no le contestara, entretenida en alinear montoncitos de dinero en la caja fuerte, don Juan optó por responderse:

—Diez pesos; clarísimo. Sin disputa alguna, casa por diez pesos mensuales, en esas condiciones, es regalada. Y bien, ¿qué obrero que gane un peso diario no puede destinar diez pesos mensuales a una buena casa? Ochenta casitas, pues, a diez pesos al mes, ¿qué tantos nos dan?

—Ochocientos pesos, papacito —clamó de súbito Esperanza, alborozada y de pie—. ¡Qué gusto! Entonces si voy a comprarme mis zapatillas de tacones altos, altos; unas medias caladas como las que trae Teresa del Llano... ¡Pobre y tan fea!... ¿Se las vio en misa, mamá? Primorosas; se ve el tejido muy fino como tela de araña y luego un color de rosa bajito, muy bajito... ¡Ah, y también un traje “hecho”, no como éste...! Parezco criada...

Levantó un poco su falda de percal y con gesto compungido se vio las botas descosidas, con los botones descabezados y las suelas torcidas.

Don Juan la atrajo y la besó en la frente.

—Mañana vas a La Carolina, pides el calzado que más te guste y escoges una falda.

Esperanza, pasmada, abrió los ojos y apretó las manos, llena de regocijo.

—¡Ay, qué Juan! —exclamó Elena desaprobando el despilfarro.

—A ver, papá, enséñame los proyectos —dijo Esperanza apresuradamente, como si temiera que una discusión inoportuna echara por tierra los ofrecimientos de don Juan.

Tornó éste a desplegar sus papelotes y, con mayores ánimos, repitió las explicaciones. Y vuelta a tirar líneas y a echar números, sumas, restas, multiplicaciones. Y que tantas hornadas de ladrillo y tantas toneladas de cal y que la mano de obra...

Puso los papeles sobre la falda de Elena, que había acabado de contar el dinero y escuchaba distraídamente, descansando su cara delgada y medio marchita ya sobre una mano larguirucha, magullada por el mucho trabajar.

—Cuarenta mil pesos —continuó vivamente excitado don Juan—, cuarenta mil pesos, centavo más, centavo menos, es el costo total de la obra. Pues bien, veinte mil los tengo depositados en el banco hace cinco años, veinte mil están en papeles seguros... ¿A qué vienen, pues, tus repulgos?



—Lo que yo digo es que, si ahora no somos ricos, nada nos falta tampoco.

—Mamacita —dijo Esperanza impaciente—, ¿nos harían daño dos o tres pesos más, por ejemplo, en tu diario?

—Todo santo y muy bueno, ya lo dije; pero Juan va a coger un negocio que no conoce.

—Cuando mi papá puso su tendejón, con catorce pesos de capital, no sabía vender ni caramelos. Tú me lo has contado.

Encantado de la respuesta, don Juan volvió a besar a la muchacha.

Elena inclinó la cabeza, pero sin acritud.

—¡Dios Nuestro Señor tenga en su santo descanso el alma del señor don Juan José del Llano! —exclamó fúnebre don Juan—. A él se lo deberé todo. A ti no te he contado, Esperanza, cómo pasó esto. Pues ya verás: un día fui a dejar un depósito al banco; don Juan José, que charlaba adentro con el gerente, disimuladamente se acercó y me dijo: “Espéreme, don Juan; por ahí nos vamos juntos”. Yo me quedé admirado, pues aunque don Juan José y yo nos conocíamos, nunca se había cruzado palabra alguna entre los dos. Buenos días y se acabó. Bien; salimos a la calle y me habló así: “Pero, hombre, don Juan Viñas, usted todo un comerciante, ¿se resuelve a tener veinte mil pesos depositados con la miseria del cuatro por ciento anual? ¡Eso no es ser comerciante! Vaya por allá a su casa: Ignacio, mi hijo, le dará cualquier bonito negocio”. ¡Dios lo tenga en su santo reino!

—Amén —bostezaron las señoras. Y los tres, silenciosamente, se retiraron a sus aposentos.

## VII

La entrada de Rodríguez produjo un tumulto. Poco faltó para que la chiquillería que retozaba en el patio no lo hubiera derribado. Los gritos descomunales de Juanito y sus colegas hicieron salir a don Juan de la trastienda con un cucharón colmado de piloncillo:

—¿Qué es?... ¿Qué pasa?...

Elena y Esperanza, arrebuajadas en sus rebozos para no coger un aire frío, salían también de la cocina, empapadas de sudor y llenas de alarma.

—¡Ah, ya sé! —exclamó Esperanza, brillantes los ojos de alegría—. Es Rodríguez con la cuelga de Juanito.

—¡Niños, basta, por Dios, dejen a ese hombre! —seguía gritando don Juan risa y risa.

—¡Viva Rodríguez!

—¡Viva Rodríguez!

Y Rodríguez casi desaparecía entre cabezas, piernas, brazos y cuerpecillos que por asalto le trepaban por delante, por la espalda, por los costados y hasta los hombros mismos, y lo desvalijaban sin piedad.

Rojo, caliente y medio sofocado, pero radiante de alegría, logró escapar luego que la turba se tiró de barriga a juntar piñones, cacahuates, nueces y avellanas; todo el botín ganado.

Cuando, a las dos, todo el mundo estaba ya en la mesa, dijo Rodríguez:

—¿Por qué no viene Elenita a comer con nosotros?

—Está dándole de comer a Perico; —respondió Esperanza—. Cuando se le llega la hora, nadie aguanta su cólera. Elena se había retirado, en efecto, a su recámara. Desbordando ancha silla de tule con sus amplias caderas de múltipara, abría su camisa a un gandul de tres meses que se arrojaba voraz sobre el blanco y redondo pecho hasta dejarlo acerado y flácido. A sus oídos llegaba la garrullería incesante de los chicuelos, las sonoras carcajadas de don Juan, los gritos de taladro de Juanito y la grave voz de Rodríguez.

La fiesta acabó con merienda al atardecer, en el campo. Un carro apretado de muchachos, los amigos de Juanito y los dependientes de La Sultana.

La gente de más respeto seguía detrás, unos a caballo y otros en burro.

—¡Mucho juicio! —recomendó don Juan—. ¿Qué dirán los señores del Llano si saben que yo, Juan Viñas, y mi familia, andamos de verbena, cuando a ellos les aflige su pesar?

—Descuide, don Juanito —observó el de La Vencedora—; los señores del Llano no saben con seguridad ni cómo se llama...

—Ni que madre lo pa... riente —agregó don Matías, el prestamista.

Pero como tan mal hablado era éste como envidioso el otro, don Juanito no se dio por entendido y siguió adelante, muy grave y pensativo. Juanito, a horcajadas sobre una de las varas del carretón,

gritaba a taladrar los oídos, azotando las ancas de las mulas hasta hacerlas galopar. Esperanza bromeó con los dependientes de La Sultana y pronto reinó la más familiar alegría.

—¿Qué es eso, Rodríguez?... ¡Cuando todos hablamos, reímos y gritamos, usted pone cara de Santo Varón...!

—Para una Esperanza —le respondió Rodríguez al oído— un Ricardito.

Esperanza se ruborizó sin saber por qué. ¿Rodríguez estaba en verdad celoso de Ricardito de Lara?

Pero Rodríguez, que venía sentado en la tabla trasera del carro, las piernas al aire, siguió mirando, mudo e indiferente, el cielo luminoso. Aspiraba el aire puro del campo, la frescura de la arboleda a los lados del camino, el aroma de las yedras abiertas y la flor de los huizaches.

El carretón se detuvo a inmediaciones de un bosquecillo; se aparearon muchachos y muchachas con la olla de tamales. A la sombra de un hemicírculo de frondosos fresnos se tendieron las gentes de mayor respeto; los jóvenes se desperdigaron luego en busca de *maravillas* para formar *gallos*.

—¡Cuidado, don Juanito, que ahí, entre esas matas, ha saltado don Ignacio del Llano! —gritó don Matías, pasando su mano con rapidez por los ojos abismados de don Juan—. ¿Qué piensa tanto?

—Hemos venido a tirar una cana al aire: desarruge ya ese entrecejo y que venga la cerveza —dijo don Tanilo.

—A don Juanito se le ha clavado en la mollera su “Vecindad Modelo” y, mientras no la vea acabada, nadie le sacará esa espina... Salud, señores... ¡Está superior!

—Bien, don Juanito, ¿y es verdad que es un negocio fabuloso?

Don Juan, sonriendo feliz y envanecido, habló entonces con gravedad. Todos le hicieron rueda.

Tartajoso, expuso su pensamiento como Dios le dio a entender. ¿Que cuál es su lema en el trabajo? “¡Ayúdame, que yo te ayudaré!” ¿Cuál su secreto para hacer dinero?... ¡Pst... pst!... Sencilísimo: paciencia y tenacidad. Se ahorra un centavo, porque con un centavo se completa la pila de a veinticinco; se cuida la peseta, porque con cuatro pesetas está hecho un peso, y ese peso sirve para completar el primer billetito de a cien. Éste se cuida como la niña de sus ojos para llegar a convertirlo en uno de a mil... Y así sucesiva-

mente. Paciencia, tenacidad y honradez. Ése es todo el secreto de las gentes ricas.

—¿De modo que usted cree, don Juanito, que los millonarios han hecho su caudal trabajando?

—¡Hombre, qué pregunta!..., Seguramente... Y si ellos no, sí sus padres, sus ascendientes —repuso con firmeza de roca.

—Tiene razón don Juan —habló Rodríguez, que hasta ese momento se había tenido callado y muy curioso del giro que iba tomando la conversación—; tiene razón don Juan, y don Matías, con su pregunta insidiosa, también la tiene. Cuestión de palabras. Don Juanito llama trabajo honrado a vender arroz y garbanzo y don Matías llama robo el apoderarse del fruto del sudor de los gañanes, los bienes de menores indefensos, el haber de viudas incautas, ancianos inermes; el quitarle la camisa al prójimo con la ayuda de las autoridades civiles o eclesiásticas. Pero todo se reduce a palabras. Unos trabajan vendiendo garbanzo bien picado, revuelto con el de la última cosecha, y así salen de sus *mulas*; le quitan cien gramos al kilo, rellenan la morcilla de huesos molidos, etc., etc.... Los primeros no se andan por las ramas: de un solo golpe desvalijan a la docena de cándidos que Dios pone al alcance de su mano, y los otros, poco a poquito, se van comiendo a los suyos. Quiero decir que su trabajo, tanto de unos como de otros, difiere en cantidad..., no en calidad. ¿No es cierto, don Matías?

Don Juan permaneció un instante intrigado, indeciso y sin comprender. Pero luego que vio reír a don Matías a pierna tendida, barruntó el sentido de las frases de Rodríguez, y se puso en pie, frenético:

—¡Rodríguez, miente usted, miente usted!... Si no lo conociera de bromista como es, no se lo perdonaría nunca. ¡Miente, miente!... Le gusta picarme la cresta; eso es todo. Señores, yo les juro por la sagrada memoria de mis padres (que Dios tenga en los cielos) que jamás he robado un centavo a nadie...

Trascendían sus palabras tal candorosidad y tanta buena fe, que nadie se atrevió a replicar.

Entonces don Juan se creyó vencedor por la fuerza de su verbo y habló sin ton ni son. Pero si sus pensamientos eran confusos y embrollados, sus ojos decían la inocencia perfecta de su alma, y su cara fresca, sin una arruga donde esconder un solo secreto, afirmaba su bondad inquebrantable.

—Si la fe hace milagros, don Juanito, la voluntad los hace más grandes. Usted está rico y se hará más rico. Usted lo merece —dijo Rodríguez profundamente conmovido.

—Señores, vamos a desentumir las piernas.

Al regreso reinaron la misma cordialidad y alegría. Rodríguez y Esperanza prefirieron seguir a pie tras el carro, para mejor contemplar el paisaje.

El sol se ponía. Rodríguez, distraído, comenzó a tutear a Esperanza, como cuando era una chiquilla.

—¡Mira qué tarde!... Los hilos del telégrafo parecen festones ondulantes de luz. Las casas de adobe se han vestido de púrpura impalpable. ¡Qué triste es esa sombra que descende de lejos y va inundando presurosa los campos!... Y este cielo cubierto de plumosos cárdenos... ¡Qué triste el frío del atardecer!...

Esperanza ahogó un suspiro. Tras algunos minutos de silencio, Rodríguez volvió a hablar:

—¡Tardes de otoño!... ¡Yo soy una tarde de otoño!...

Y Esperanza se sintió, de improviso, contagiada de la profunda tristeza de Rodríguez; pero no sabiendo qué decir, suspiró otra vez.

## VIII

—Hay que repartir la limosna entre los pobres, Ignacio —dijo Teresa, rompiendo el silencio sepulcral que reinaba hacía largos minutos—. Fue su última voluntad —balbucó, llevándose el pañuelo a los ojos y evitando que las lágrimas abrieran surcos en su cara confitada.

El padre Jeremías volvió su rostro mortecino hacia Teresa; don Bernabé se llevó el puro a los labios, sin alzar los ojos, y don Ignacio, derecho e impassible, continuó con su mirada de esfinge perdida en la media luz de nácar que un globo de alabastro difundía por los ámbitos del comedor.

Armonizaban con aquellas cuatro graves siluetas un gran cristal remendado, en el fondo del comedor; la talla barroca de los aparadores, en las cabeceras, y todo el decorado rezumando pujos de nobleza y austeridad.

Cuando un criado puso la sopera sobre la mesa, habló don Ignacio:

—¿En qué forma habrá de repartirse esa limosna?

—En dinero —contestó pronto Teresa—; lo he pensado bien: una boleta del señor cura o la recomendación de alguna persona cristiana y la conciencia bastará para socorrer a quien la presente.

—Los pobres de profesión, es decir, los que menos necesitan, serán los beneficiados —observó con desmayada voz el padre Jeremías, acercándose al platillo de sopa vaporizante.

—Pues entonces —replicó Teresa arreglándose la servilleta y metiendo bien las sortijas en sus dedos pequeños y achatados— se podría dar una mensualidad al hospital o a cualquiera otra casa de beneficencia. Se me ha ocurrido también.

—Los donativos a las instituciones piadosas —dijo entonces don Bernabé— pasan por tantas manos antes de llegar a su destino que es más que problemático el beneficio efectivo.

—Y lo que acabo de decir —añadió el padre Jeremías dejando ver una llanita luminosa en el fondo de sus ojos habitualmente inexpresivos—: se beneficiarán en todo caso los pobres de solemnidad, mientras que los otros, los verdaderos pobres, los que por vergüenza de sus miserias sufren todos los horrores de la miseria, esos no alcanzarán nada.

—Ciertísimo —afirmó Teresa con calor—; las viudas de familias decentes venidas a menos; los huérfanos que, en vez de una mano protectora, encuentran abiertas las puertas de los vicios...

Don Bernabé miraba de soslayo el semblante enigmático de don Ignacio, esperando su parecer.

—Dice el proverbio: “Lo que tu mano derecha dé, que tu mano izquierda lo ignore” —dijo don Ignacio—: así es que no interesa tanto la persona cuanto la forma en que debe hacerse el donativo.

—Pues yo optaría por escoger diez viudas pobres, pero decentes, para que ellas recibieran el socorro en proporción a su necesidad —dijo pronta Teresa.

—Bien, ¿y recibirán el donativo en una sola emisión o en pequeñas partidas periódicas?

—En una sola, naturalmente —contestó Teresa—. ¿Quién habría de estar soportando el constante espectáculo de rostros desconsolados a las puertas de la casa?

E irguió su busto lleno y arrogante, arreglándose con la punta de sus dedos cetrinos los postizos del peinado.

—La razón principal no sería ésa —corrigió enérgicamente don Bernabé—. Principio inquebrantable ha sido en nuestra familia el no contraer, nunca ni por motivo alguno, compromiso grande ni chico, obligaciones propias ni ajenas.

Todos asintieron respetuosamente. Se habían olvidado de uno de sus dogmas.

—Entonces hay que hacerlo en una sola emisión —dijo don Ignacio—. Pues bien, hacer el donativo en una emisión es igual a tirar este dinero al arroyo. Supongamos, Teresa, que vas a disponer de mil pesos desde luego para dar principio a la obra. ¿Qué harías?

—Pues sin vacilación comenzaría por María Alamillo, la viuda de aquel viejo escribiente de nuestra casa, que murió tísico el año pasado. Están en la miseria más espantosa; ayer vino ella a darme el pésame con su hija la mayor, una jovencita de quince años. Son ocho por todos y cuatro de ellos están en cama, enfermos de paludismo. Han hecho milagros con la ropa vieja que les di el año pasado. María está muy delgada y como un pan de cera; comienza ya a toser.

—Bien. Pues si María Alamillo, hoy sin un centavo, recibe lo suficiente para comer una semana, lo primero que hace es correr al mercado a abastecerse de fruta, dulces, golosinas, muñecas para los chicos, y mañana mismo María Alamillo tose y retuerce las manos de ver a sus hijos febricitantes, sin remedios y sin pan. Y si recibe lo suficiente para comer un mes, hace un festín y convida a sus amistades, y si tiene para comer un año, inventa un viaje a Sonora, por ejemplo, donde es posible tenga algún desconocido pariente a quien reconocer —dijo don Ignacio.

—Como si lo estuviéramos viendo —asintió al punto Teresa, conmovida hasta las lágrimas.

—Y a la mañana siguiente —concluye don Ignacio— María Alamillo, en la miseria más cruel, tose como tosió hoy y sigue apretándose las manos como las está torciendo en estos momentos al ver a sus hijos morir de hambre.

El portero anunció al dependiente Villegas. Don Ignacio se llevó la servilleta a los labios y salió hasta la puerta del zaguán. Hizo entrar a Villegas y en el corredor hablaron en voz baja.

—Es Villegas —dijo don Bernabé—; ha de venir a avisar el resultado de la proposición que Ignacio hizo para formar una Junta de Caridad.

—¿Qué objeto se proponen con eso? —preguntó Teresa.

El padre Jeremías explicó que la carestía de víveres, ocasionada por la pérdida de cosechas durante dos años consecutivos, había determinado a última hora un alza considerable en los artículos de primera necesidad, a tal punto que a los jornaleros que ganaban treinta y siete centavos diarios no les alcanzaba, con el sueldo, ni para comer maíz y frijoles.

—¿Y qué? —exclamó Teresa sorprendida—. De que los pobres no tienen maíz ni frijol comen nopales y... ¡tan contentos!

—Es la verdad —dijo el padre Jeremías—; pero es el pretexto para hacer alharaca. Yo no sé quién ha despertado tantas ambiciones en la plebe, que nadie quiere conformarse ya con la suerte que Dios le ha dado.

—¿Quién ha de ser? —exclamó tonante don Bernabé, relampagueando sus ojos, temblorosos los bigotes grises y encerados—. ¿Quién ha de ser sí no el bandido ese de Madero, que promete a los pobres hacerlos ricos?... ¡Naturalmente, con el dinero de los ricos! Una propaganda de bandolerismo se levanta por todas partes. Puesto que la tierra Dios no la hizo para éste ni para el otro, sino para todos, pues vamos todos a repartírnosla.

—¡El comunismo! —dijo lúgubre el padre Jeremías.

—Sea lo que fuere, lo cierto es que la carestía es un hecho, que el bandolerismo se está desarrollando de una manera muy alarmante. Es preciso, pues, que mientras el gobierno nos manda fuerzas para sofocar cualquier intentona de pillaje, tengamos pacífica a nuestra gente, haciendo bajar el maíz lo más que sea posible.

Don Ignacio regresó con mayor vivacidad en sus miradas y su gesto más animoso. Pero todo fue cuestión de breves instantes. Su cara de esfinge volvió a ocultar herméticamente su pensamiento. ¿Noticias buenas? ¿Malas noticias? Sólo podía asegurarse que las había. Pero ni la descocada Teresa se permitió la más leve inquisición; todos se doblegaban ante la severísima disciplina de la casa, donde la discreción absoluta era uno de sus lemas.

Tras un prolongado silencio habló, al fin, don Ignacio:

—Puede ser que se presente ocasión de cumplir los deseos de nuestro padre de una manera mejor que cuantas se nos han ocurrido hasta ahora... Quizá no sea muy tarde...; tal vez mañana mismo, en la Junta de Caridad.



Dieron las diez. Solemnemente se pusieron en pie. El padre Jeremías dio gracias a Dios por todos los beneficios recibidos durante el día; luego se saludaron todos y se retiraron a sus habitaciones.

## IX

El acuerdo de la Junta de Caridad fue breve, pero “de los que deben grabarse con letras de oro en los gloriosos anales de nuestra historia”, que dijo Lara Rojas en su discurso. Y cuando don Ignacio se levantó para hablar, se oía el vuelo de una mosca. Su palabra fue seca, cortada, aguda y vibrante como de metal:

—Pongo a disposición del Ayuntamiento cinco mil hectolitros de maíz para que se realicen a la mitad del precio corriente en plaza. Me permito indicar las medidas previsoras siguientes: prohíbase la venta de maíz a precio mayor de tres pesos el hectolitro; segunda, conmítese con multa de cien a quinientos pesos a los infractores.

—¡El gran timo! —susurró Rodríguez al oído de su vecino, don Juan Viñas—. ¡El timo de la caridad!

Un voto aclamatorio aprobó la proposición y un aplauso estruendoso estalló bajo las bóvedas de la sala del Ayuntamiento.

Lara Rojas, entonces, se puso en pie:

—Señores, en nombre del muy ilustre Ayuntamiento a quien tengo el alto honor de representar; en nombre del pueblo soberano de esta población, quiero dar las gracias al insigne benefactor..., al gran benefactor...; mejor diré a nuestro gran benefactor...

Lara Rojas tosió, carraspeó, desalojó nariz, dando tiempo a que vinieran a su memoria las palabras siguientes de su peroración:

—Sombras beneméritas de don Juan Pablo del Llano, de don Lucas del Llano y de don Juan José del Llano... que reposáis bajo las bóvedas de este agosto recinto...

Y tendió su diestra hacia unos bustos bizcos y narigudos, de patillas blancas y cuellos descomunales, que adornaban los muros del salón, entre Miguel Hidalgo y Costilla, Benito Juárez y don Porfirio.

—La proverbial filantropía de los señores del Llano..., jamás el pueblo atribulado acudió a ellos en vano... Señores, doy las gracias al señor don Ignacio y a su muy apreciable familia por tantos favores.

Un tic le hizo plegar frente, nariz y boca, y descendió de la plataforma.

Don Ignacio volvió a hablar:

—Es de la más estricta justicia advertir a ustedes que nada tienen que agradecernos ni a mí ni a mis hermanos. En el testamento de mi padre hay una cláusula..., un legado para los pobres, por valor de quince mil pesos. Yo, como albacea debidamente autorizado, hago la distribución en esa forma.

La asamblea no pudo contenerse. De nuevo atronaron los aplausos.

—¿Cuántos meses vamos a comer maíz picado, don Juanito? —preguntó Rodríguez, ya fuera, socarronamente, a don Juan Viñas.

Pero don Juan le había perdido ya la voluntad y, sin responderle, hizo la señal de la cruz con su mano oculta en un bolsillo.

Durante cuatro meses el maíz se vendió a tres pesos. Maíz picado, agusanado, casi hecho tamo. A los cuatro meses, y de un salto, subió a seis pesos.

Don Ignacio rindió cuentas, entonces, a sus hermanos. A horas calladas de la noche, se reunieron en el escritorio. Don Ignacio abrió libros y Teresa hizo apuntes.

—Mi compra a García Rocha, de Tepatitlán: quinientos hectolitros de maíz a dos setenta y cinco... Fletes, acarreo, embarque y comisiones... ¿Total?

—Catorce mil novecientos noventa y cinco pesos —contestó al punto Teresa.

—Mi venta al Ayuntamiento, del mismo maíz, a García Rojas, a tres pesos hectolitro...

—Quince mil pesos... Diferencia, cinco pesos.

—Bien; la ganancia que debíamos haber obtenido en este negocio asciende justamente a quince mil pesos, puesto que se ha vendido a la mitad del precio corriente en plaza. Quince mil pesos, pues, repartidos entre los pobres, cumpliendo la última voluntad del testador. Ven ustedes cómo se ha obedecido al pie de la letra su mandato; se ha hecho un servicio general y equitativo y todo sin sacar un solo centavo de la caja... Pero hay más todavía. Escribe, Teresa: cinco mil hectolitros comprados durante la realización del maíz del Ayuntamiento a tres pesos hectolitro.

—Pero ¿dónde han encontrado maíz a ese precio? —preguntó Teresa, pasmada.

—La ley no permitió que nadie vendiera a mayor precio. Nuestros agentes Villeguitas y Lara Rojas se encargaron de comprar, por cuenta de la casa, todas las entradas que hubo en esos cuatro meses... Bien; adelante. Escribe: cinco mil hectolitros de maíz comprados a tres pesos, quince mil pesos. La misma cantidad que hoy se pone a la venta a seis pesos, precio de plaza... Como ustedes están viendo tendremos una ganancia efectiva de quince mil pesos.

—Pero es que falta liquidar a los pobres esos cinco pesos de diferencia a su favor —exclamó Teresa, que era en extremo escrupulosa.

—Efectivamente —contestó don Ignacio, cerrando los libros y dejando caer la cortina del escritorio—, que esos cinco pesos los diga de misas el padre Jeremías, por el descanso del alma de nuestro padre.

## SEGUNDA PARTE

### I

Porfirio López, panadero de profesión y presidente del Club 20 de Noviembre de 1910, por darse mayor importancia, tosió y se retorció media docena de púas que llevaba sobre los labios gruesos y duros, a los que debía su sobrenombre *el Puerco*, y dijo:

—Se abre la sesión: tiene la palabra mi compadre don Timoteo.

El tendejonero, muy emocionado, ascendió las gradas de la plataforma y dio las sensacionales noticias de la prensa del día: “El llorón de Icamole se ha fugado, cobarde como una mujerzuela, en el Ipiranga. Nuestro gran libertador, el señor don Francisco I. Madero, viene ya del norte, rumbo a la capital de la República. Urge la designación de personas gratas al pueblo para constituir nuestras autoridades. Urge el programa para que el pueblo vaya a la estación del ferrocarril a saludar a su Redentor”.

Don Timoteo bajó, sudando gruesas gotas de satisfacción.

Se procedió, desde luego, a nombrar comisiones. El Rata se encarga de los globos aerostáticos; Pedrito, un sujeto cara de chimpancé, tizne de los pies a la cabeza, de la pólvora; el Puerco, de las farolas y los hachones.

Siguió la colecta de fondos.

Don Timoteo observó que se les estaba olvidando lo principal: el orador.

—El señor Lara Rojas, que dice los discursos en el Ayuntamiento —dijo el que tocaba el trombón.

Pero Crispín, el vendedor de periódicos, se levantó hecho un Sinaí:

—¿Va a ser ésta una fiesta del pueblo o de los caciques?

Don Timoteo contestó que, puesto que la revolución ya había triunfado, no había que ser cruel con los pobrecitos vencidos, y añadió: “Todos somos hijos de Dios” y que el precepto más grande del decálogo era aquel de “amaos los unos a los otros”.

Con todo, la opinión de Crispín fue aclamada por unanimidad.

Se suspendió un momento la sesión porque, de puntillas, se había colado entre ellos un señor “decente”. De un papirotazo el Puerco despabiló la vela que tenía enfrente, sobre rústica mesa de pino.

—Es el señor Rodríguez; es maderista, es de los nuestros —la voz recorrió de oído a oído toda la sala y cesó la zozobra.

—Pues yo propongo —dijo alguno— que el orador sea Felícitos Gallardo.

La idea fue acogida con aplausos. Felícitos Gallardo era socio del club, orador del pueblo desde hacía cinco lustros. Ningún supremo mandatario civil o eclesiástico, ninguna esclarecida personalidad en el mundo de las letras, de las artes o de las ciencias, había pasado por la población sin haber escuchado la cavernosa y solemne palabra de Felícitos.

Justamente lo que hizo observar Rodríguez en voz baja a su vecino de asiento. “¿No es ese señor el que entona himnos al Sagrado Corazón de Jesús en la fiesta escolar del señor cura, el mismo que hace un mes recibió de rodillas a Su Señoría Ilustrísima, entonando piadosa jaculatoria y mereciendo el honor de ocupar un asiento al lado del alto dignatario de la Iglesia?”.

Al punto, Crispín, que lo oyó todo, repitió sus palabras en voz alta.

Se levantó un rumor de protesta. “¿Y eso qué tiene qué ver? Aquí todos semos católicos. ¿Es envidia o caridad?”.

Don Timoteo, con rara perspicacia, propuso que en votación secreta decidiera la asamblea.

—Felícitos Gallardo, por unanimidad —exclamó después de algunos minutos, retorciéndose las púas.

Crispín propuso entonces que si el señor Rodríguez quería también tomar la palabra, podría hacerlo luego que Felícitos Gallardo hubiera dicho su discurso.

Rodríguez no chistó.

—Entonces vamos a otra cosa —dijo el Puerco—. ¿Qué les parece esto? ¿La alocución ha de ser en prosa o en verso?

El presidente de la mesa optaba, personalmente, por la prosa. ¡Claro!, el verso es cosa que se eleva muy alto, mientras que la prosa de Felícitos es tan clara y tan bonita como un padrenuestro.

Crispín replicó que Felícitos no tendría que dirigirse al pueblo, sino al señor Madero y a su ilustre acompañamiento.

Las opiniones se dividían cuando llegó Felícitos. Prorrumpieron en vivas y aplausos y cesó la discusión.

Rodríguez aprovechó el momento para escapar sin ser advertido.

—El verso, es claro —dijo dogmático Felícitos Gallardo—; el verso es lo adecuado, mejor dicho, lo único. Ustedes deben saber que aquí vamos a celebrar una epopeya.

—¡Una epopeya, en efecto! —clamaron a una Crispín y don Timoteo.

Y como Pedrito, el cohetero, se acercara a preguntarles tímidamente si esa doña Pompella era la esposa del señor Madero, todos rieron a grandes carcajadas y se terminó la sesión, citándose para el día siguiente a elegir candidatos al Ayuntamiento del pueblo.

## II

—¿Qué rumor es éste, Lara Rojas? —preguntó desde su despacho don Ignacio del Llano.

El joven dependiente salió a la puerta. Una multitud se agitaba a distancia; sobre la masa movediza de camisas blancas, jorongos y sombreros de soyate, ondeaba una bandera tricolor. En la algarada se adivinaban vivas y muertas.

—¡Ah, ya caigo! —exclamó festivo Lara Rojas—. ¿Sabe usted, señor? Son los electores del Ayuntamiento... La remoción de autoridades que viene haciendo la gente de Madero... ¡Ja..., ja..., ja...!

—Sí, ya entiendo —contestó secamente don Ignacio. E hizo que Lara Rojas, que ya se encaminaba a su despacho, volviera a su pupitre, a trabajar.

—¿No sería bueno cerrar, mientras pasan? —interrogó tímidamente Lara Rojas.

—Si tiene miedo, puede marcharse —respondió don Ignacio.

La plebe llenó la calle. “¡Viva Madero! ¡Mueran los caciques! ¡Mueran los ladrones del pueblo!”.

Don Timoteo corría de una parte a otra gritando en vano: “Moderación, moderación, señores. Todo que sean vivas, pero nada de mueras”. Una piedra estrelló los cristales de la oficina de los señores del Llano, y Lara Rojas, azorado, metió la cabeza entre los casilleros de su escritorio.

Más encendido que nunca entró precipitadamente Villeguitas y, sin saludar a Lara Rojas, se dirigió al privado de don Ignacio. Poco después, cuando la turba se había alejado, llegó con las quijadas caídas don Bernabé del Llano.

El vocerío siguió creciendo. Cada vez más cerca, cada vez más estruendoso. Comenzóse a oír claramente “¡Mueran los caciques! ¡Viva la libertad del pueblo!”.

—¡Esto es inicuo, espantoso!... Ignacio, es necesario que hagamos uso de nuestras relaciones y de nuestras influencias... La pelusa ha ganado las elecciones y aquí están ya los resultados... ¡Mira no más qué falta de respeto!...

Con el padre Jeremías, que entraba de bracero con el señor cura, se encontraron ya reunidos los señores del Llano.

—¡Es inaudito! —prosiguió don Bernabé—. ¿Adónde vamos a parar, si esto sigue así?

—Al abismo vamos —se atrevió por fin Villeguitas, que no había despegado sus labios de puro secos de miedo—. ¡La paralización de los negocios, la muerte del comercio, de la industria, de la agricultura!

—¡La ruina del país!

—¡El desquiciamiento social!... ¡Sin respeto ya a la sociedad, ni a las familias, ni a la religión! —exclamó el padre Jeremías, tembloroso todavía.

—Es abominable lo que está pasando, señor cura —agregó don Bernabé estirándose los bigotes duros de goma. Es absurdo esto de que nosotros, la parte sana y honesta, quedemos a merced de los haraganes, de la plebe... ¿Qué juzga usted?

El señor cura miró a los que le rodeaban y habló con mansa sonrisa:

—No repruebo en absoluto esta revolución, porque podría devolvernos muchos de nuestros derechos perdidos; pero la Iglesia y Dios Nuestro Señor serían más honrados si al frente de este

movimiento no estuviera ese pobre hombre de Madero que, no sólo lleva la lepra del librepensamiento, sino también la de masón, espiritista... ¡Qué sé yo cuántas cosas más!

Todo el mundo, horrorizado, se tapó las orejas.

Entonces hizo irrupción don Juan Viñas.

—¡Señores, ha triunfado la plebe, ha triunfado la plebe!

—¿Y quiénes son los agraciados? —inquirió, irónico, el señor cura.

—Presidente del Ayuntamiento, don Timoteo, el de La Bandera Mexicana; munícipes, Casimiro Bocado, Amado Borrego, Toribio de la Vaca...

—¡Ya..., ya...; con lo que basta! —clamó regocijado Lara Rojas—. El pueblo se ha dado ya su atracada; ya sació su hambre y sed de justicia. Casimiro Bocado, tortas y tostadas, quesadillas de sesos de puerco; Amado Borrego, se rasura, riza y corta el pelo; Fulano de Vaca, segundo trombón de la banda municipal...

—¡El triunfo de la hilacha! —comentó, frenético, Villeguitas.

Prorrumpieron en carcajadas y se despidieron.

### III

Al salir de La Continental, Rodríguez iba a visitar a Esperanza. Cuando Elena estaba cansada de zurcir medias, de remendar ropa o de planchar, salían a orillas de la población. Elena se fatigaba pronto y se detenía a reposar al pie del primer árbol que encontraba. Juanito, como potro en mayo, retozaba por el llano, y cuando se rendía de correr, regresaba a escuchar con mucha atención la charla de Esperanza y de Rodríguez, quienes caminaban paso a paso al azar.

—Pero ¿qué, de veras, te divierte Rodríguez, Esperanza? —le preguntó Elena un día, con extrañeza.

—Muchas de sus conversaciones me dejan en ayunas; pocas se las entiendo bien a bien; pero eso es cabalmente lo curioso: que me divierte tanto que no siento correr el tiempo.

Elena estaba intranquila; había observado que Rodríguez se volvía más pulcro; a diario se afeitaba; sus cuellos parecían de porcelana; sus trajes le caían muy derechos y muy limpios.

—¿Qué te platicó ahora tanto Rodríguez, Esperanza? —le preguntó otra vez Elena.

—¡Oh, mamá, cómo te voy a explicar! Mira, comenzó a hacerme notar los cambiantes del crepúsculo, que una nube parecía un cuajarón de sangre —¡y de veras!—, que el horizonte era un lago de topacio. ¿Conoces los topacios, mamá? La piedra que trae en el cuello Teresa del Llano es un topacio. Que la luz era una llovizna de oro... ¡y qué sé yo! Lo chistoso es que acaba con unas distancias... Que quién sabe qué del alma universal, primero; después, que la revolución va a ser un fracaso, porque el pueblo no está apto para la..., ¿qué?... ¿para la qué, mamacita?... Quiere dar a entender que la gente pobre no puede gobernarse sola.

Una tarde vagaban a orillas del pueblo. Mientras Elena se llevaba el pañuelo a la nariz, al atravesar un arroyo pestilente, Rodríguez se extasiaba en la soledad y el silencio del barrio arruinado. De entre las piedras de una cerca salió de pronto, casi arrastrándose, un gato viejo que maullaba lastimero. Demudado, Rodríguez corrió a coger el animal decrepito, erizo y macilento, lo llevó a sus brazos y, sin decirles adiós siquiera, partió con él a su casa.

Elena no sabía qué pensar, pero Esperanza rió mucho.

—¿No sabías que tiene esa manía? Su casa está llena de perros y gatos. Dice Juanito que uno de sus perros está tan gordo que le arrastra la barriga, que tiene el pelo negro y tan suave como terciopelo. Los quiere más que si fueran sus hijos.

—¡Es un loco! —dijo Elena. Y no volvió a preocuparse más por él.

#### IV

Elena preguntó a don Juan si se sentía enfermo, pues el portavian-das le había sido devuelto de la obra, sin abrir siquiera.

—¡Qué enfermo...! ¡Ja, ja, ja!... Si esta mañana he tenido mi hora de burro. Verás: cuando llegué a la obra no hallaba mi campo; me metí entre los canteros y el polvo me apretó las narices, el ruido de los escoplos y martillos me dio escalofríos. ¡Bah, los dejé! Fui con los albañiles, subí una escalera y en los andamios no pude rectificar unas medidas porque sentí que los puntales se hundían conmigo y que la cabeza me daba vueltas... ¡Un vértigo!... Me bajé, pues. El corazón me hacía pum, pum, pum... ¿Qué más? Pasé cerca de un peón que hacía la perra batiendo mezcla desde hacía una hora, sin menear las manos siquiera, y no supe cómo reprenderlo. ¡Mi hora



de burro!... Bueno; pues es el caso que esta mañana, al sacar la raya, vi que apenas se ajustaba. ¡Caramba!, con doble número de gente desde hace dos meses... El dinero sale a chorros. Si los manantiales se agotan a dale y dale, cuánto y más una caja fuerte. Pero, señor..., la obra caminaba, es cierto... ¡Pero uno qué quisiera!... No se aventaja media vara en ocho días... Me animé de una vez y doblé la gente... Bueno; pues cuando vi que ya no había dinero para este sábado, me quedé frío y comencé a sudar... ¡Maldita memoria, mal-haya de ella!... Ni quién se acordara de los señores del Llano y que con ellos cabalmente he contado para acabar esta obra. Acuérdomme de repente y, ¡claro!, todo se arregló... ¡Mi hora de burro, mi hora de burro!... Mira... Y Viñas sacó de la cartera diez billetes de banco de mil pesos cada uno.

—Por supuesto que nada debo; tengo letras seguras por más; pero tú sabes, ellos me han ofrecido, me han rogado... Hasta des-aire habría sido el no ocuparlos.

—¿Y la fianza? —interrogó con timidez Elena, después de breve silencio.

—¿Pero qué fianza va a necesitar de mí don Ignacio del Llano, mujer?... No sabes la confianza... Si entre don Ignacio y yo...

Y muy colorado comenzó a tartajear y a turbarse notablemente.

—Es decir, fianza precisamente no... Vamos a firmar tú y yo un papelucho... Como dice justamente don Ignacio: todo hombre honrado lleva siempre sus papeles en regla y nunca lo coge la muerte desprevenido... Eso, pero no porque entre él y yo se necesite...

—¡Una hipoteca! —dice Elena, con la garganta hecha un nudo.

—Una hipoteca, sí —afirmó don Juan.

Y como no sabía mentir, descansó; pero su corazón, lo mismo que en la mañana, volvió a hacer pum, pum, pum.

## V

—La idea es grandiosa y fácil de realizar, contando, como contamos, con el patrocinio del Señor San José y de Nuestra Amantísima Madre de Guadalupe... ¿Otra copita, señores?... La Reina Celestial le tiene prometido a su pueblo predilecto, *predilectus Domini*, no abandonarlo jamás al poder del Espíritu de las Tinieblas —afirmó el padre Jeremías, con rara verbosidad.

—De acuerdo, padre —replicó el gerente del Banco Nacional, rojo como cresta de gallo—; pero a nosotros nos está severamente prohibido. Por lo demás ustedes saben que el partido cuenta con el apoyo moral y el voto efectivo del personal de la casa... Salud...

—Salud... Los peones de mis haciendas tienen órdenes estrictas de obedecer cuanta disposición emane de nuestro Gran Partido Católico Nacional.

—Igual ofrecimiento puedo hacer de los operarios de mis fábricas de hilados y tejidos.

—Mi gente está a las órdenes de ustedes.

—La mía también.

Bebiendo copita tras copita, la veintena de asistentes a la junta protestó su fidelidad al partido naciente.

El padre Jeremías habló otra vez:

—Siento en el alma, señores, que no se acepte mi invitación en la forma que he propuesto, y sólo por cobardía personal, por falta absoluta de valor civil... A la de usted, señor cura... Salud, caballeros...

—¡Está inconveniente, padre! —le dijo al oído don Bernabé del Llano.

—Salud, señores... Digo y repito: Su Señoría Ilustrísima habría visto con beneplácito el que toda la parte sana de esta sociedad hubiera formado personalmente, personalmente entiéndanlo ustedes, la Junta Directiva de este Centro Local. Ustedes ofrecen su apoyo casi como se ofrece un puñal para asesinar a alguien. No, señores; defendemos una causa justa, una causa noble; no necesitamos ponernos máscara para esto...

Don Ignacio tosió tan fuerte que el padre Jeremías tuvo necesidad de moderar sus ímpetus. Y el señor cura, que hasta entonces habíase mantenido quieto a los desahogos aldehídicos del padre Jeremías, por consideración a sus hermanos, tomó la palabra:

—Los señores tienen razones que hay que respetar. A nosotros debe satisfácernos el ofrecimiento tan espontáneo que nos acaban de hacer.

—A ustedes mismos, señores eclesiásticos —dijo el gerente del Banco—, por razón de su sagrado ministerio, les está prohibido tomar parte de una manera ostensible en los trabajos del partido. ¿Y qué? ¿Son por eso menos pingües los frutos que su silenciosa labor va a cosechar?

El señor cura sonrió y apuró con fruición el resto de su copita. Entretanto, don Bernabé había logrado, sin llamar la atención, atraer al padre Jeremías a un asiento, entre don Ignacio y él mismo. Alargaba su mano otra vez el padre Jeremías hacia una botella sin descorchar, y don Bernabé, tirándole de la sotana, le dijo imperiosamente al oído:

—Ya no tome.

—Pues repito, señores —dijo el padre Jeremías, terco como un mulo—, que lo siento de verdad... Otra copita, señores... No le hagamos el desaire a este martel.

Don Ignacio y don Bernabé, a su pesar, estaban lívidos.

El padre Jeremías dejó su asiento para venir junto a su amigo el de La Carolina. Se sentó a su lado y le recitó al oído con gran calor: “¡Sustentadme con frascos de vino, corroboradme con manzanas, que estoy enfermo de amor!”.

Y el dueño de La Carolina le aseguró que tenía unas amiguitas muy “faines” y que bien podrían ir a visitarlas en seguida.

Se siguieron tomando copitas y se habló mucho de anarquía, libertinaje e impiedad; de las chispeantes caricaturas con que la prensa se llenaba, aludiendo a la ridícula figura moral y física del presidente *Pinguica*.

—¡Oh, hay que disculpar al señor Madero de que no atienda debidamente la cosa pública!... ¡Tiene tanto que hacer con los espíritus chocarreros!

—¡Ja..., ja..., ja...! ¡Qué oportuno es usted, señor cura!... ¡Ja..., ja..., ja...! ¡Ja...!

Todos rieron hasta caérseles las babas.

—El triunfo será presto el de los buenos —clamó el padre Jeremías, ya con la capa española y el sombrero en las manos. Se despidió y, del brazo del dueño de La Carolina, salió a la calle, encendiéndose los carrillos y trémula la voz, recitando otra vez: “Sustentadme con frascos de vino...”.

## VI

Un día Rodríguez paseaba con Esperanza y Juanito por las márgenes del río cubiertas ya de césped. Acababa de llover y sobre su cabeza descubierta caían gotas de las cabelleras del saucedal. De

pronto, se detuvo como si alguien lo hubiera interrogado, y dirigiéndose a Esperanza, pero con aire ausente, dijo:

—¡Sí, Madero va a caer; el gobierno de Madero se derrumba y con él se extingue el falso prestigio de nuestro México!...

Luego, abriendo mucho más sus ojos de loco y con calor creciente, agregó:

—La revolución de Madero ha sido un fracaso. Los países gobernados por bandidos necesitan revoluciones realizadas por bandidos. ¡Es triste, pero inconcuso! Hay que leer esta prensa de la oposición de hoy para conocer en cueros a los intelectuales y políticos, trasantos fieles de las clases cultas y acomodadas. ¡Qué asco de gente! Huelen a fango, porque en él nacieron, lo respiran, se nutren de él y en él procrean. Ora en el periódico, ora en la tribuna, antójanseme sapos escapados de sus charcas levantando sus cabezas repugnantes y sus ojos miopes a un sol que los ciega. Cuando se sienten bañados de luz son dichosos; su actitud es la del que pide aplausos. Y no se dan cuenta, siquiera, de que entonces son más monstruosos que cuando permanecen asomando no más sus narices en su lodo de abyectos natos.

—¿Y los caciques? —interrumpió Juanito.

—¿Los caciques?... Pues, hombre, si aquéllos son los sapos, éstos, a quienes negaré —imitando a un Papa— el derecho de tener alma, son sencillamente el lodo en que aquéllos se revuelcan.

—¡Mueran los caciques! —gritó Juanito fingiendo gran coraje. Tendió el resorte de su honda y comenzó a descalabrar caciques en cada penca de nopal que se encontraba.

## VII

Un día don Timoteo, presidente del M. I. A., tomó dos determinaciones: nombrar secretario de la corporación a Felicitos Gallardo y comprarse un sombrero de bolita. Para lo primero, le bastó poner su nombre y su firma; pero lo segundo dio lugar a tanteos y vacilaciones y hasta a un reparo un poco grosero de Doloritas. “Te cae el sombrero nuevo como una pedrada en el estómago”. Pero cuando don Timoteo se resolvió a relegar a un clavo de la trastienda el venerable sombrero ancho con que dos generaciones lo hubieran conocido, su problema quedó resuelto. Se dispuso a salir a la calle y

se volvió a acordar de la opinión de Doloritas. Recapacitó y dijo: “A los míos y a mis amigos les cae mal mi sombrero a la moda; ¿cómo les caerá a los caciques el que yo, Timoteo Oliva, vaya a sentarme en donde sólo las nobles asentaderas de sus antepasados han descansado? ¡Claro! Como dijo el otro: ‘El mundo marcha’ y quién sabe qué más, o lo que es lo mismo, estamos en tiempo del progreso y de ‘la revolución es la revolución’”.

Y se lavó la cara y se afeitó y puso sobre su cabeza de jitomate el pequeño sombrero de bola, un poco ladeado, y se marchó al Ayuntamiento, procurando imitar la gravedad de alguno de los señores del Llano, por ejemplo.

Y cabalmente por la misma acera apareció don Ignacio y con don Ignacio un problema para don Timoteo, presidente del M. I. A. ¿Le cedería la banqueta? Él, don Timoteo, sí se la cedería, y se la cedería sólo por darle una lección: para que aprendiera que el pueblo tiene más educación que los caciques. Pero él, presidente del M. I. A.; él, representante del pueblo libre y soberano, le cedería... ¡Frijoles! Aunque, bien pensado, allí, en la calle, don Timoteo no pasaba de ser don Timoteo y, por lo mismo, podría cederle la banqueta. Otra cosa sería si, por ejemplo, estuvieran en la sala de sesiones... ¡Vamos!... Pero ni en la calle se la cedería; el cacique podría tomarlo como un acto de respeto, de miedo, de humillación... No; no sería ciertamente Timoteo Oliva el que diera al pueblo, su representado, semejante afrenta.

“¿Don Ignacio me ha dado un empujón poniéndome abajo de la banqueta? Parece que sí. Bien; ¿lo ha hecho distraídamente o ha sido el suyo un acto premeditado y doloso?”, se preguntó un poco desconcertado de la brusca acometida de don Ignacio, que, sin verlo, había pasado de largo.

La respuesta se la dieron las cínicas carcajadas de Lara Rojas, Villeguitas y algunos dependientes de La Continental, que en las oficinas del frente se estaban dando cuenta del caso.

Don Timoteo se abstuvo de decir una sola palabra en el Ayuntamiento, por decoro personal y por el del pueblo, que lo había elegido. Pero al siguiente domingo el Puerco lo sorprendió muy temprano con un número de *El Pueblo*, semanario local.

“Hemos sido testigos presenciales de la falta brutal que un estúpido cacique cometió con la persona de nuestra primera autoridad...”.

Un párrafo virulento donde se atacaba a los caciques y abiertamente se incitaba al pueblo para que hiciese respetar a sus autoridades por todos los medios, fuesen los que fuesen.

—Pues es muy justo ir a darle las gracias al señor redactor —dijo don Timoteo, muy mortificado.

—Es lo que yo no quisiera, compadre —replicó el Puerco—; el redactor de *El Pueblo* está injuriando a los señores y eso no nos conviene, porque pueden pensar que nosotros semos los del papel. Ya estamos mal con ellos y con esto nos pondremos pior. Los señores son los señores y ellos tienen su lugar aparte.

—Comprendo lo que me quieres dar a entender con eso, compadre; pero al que le duele, le duele.

—Pos malamente seguiremos si nos ponemos de puntas con ellos. Yo estaría mejor porque ya les fuéramos buscando la cara.

—Pues búscaselas tú, compadre, porque yo voy a darle las gracias al redactor de *El Pueblo*.

Y don Timoteo cogió su sombrero de bola y se lo puso con mucha monería. Salió pensando: “Mi compadre no entiende la causa sagrada de los pueblos, no sabe el significado de la palabra democracia... Mi compadre no es liberal... Aunque, por otra parte, tiene razón; los señores son los señores y tienen su lugar aparte”.

Resultó que el redactor de *El Pueblo* era Rodríguez, el de La Continental, lo que no dejó de contrariar a don Timoteo.

Cuando salió de la imprenta, se dijo: “Es raro este señor Rodríguez; le di las gracias y hasta lo convidé para que se encargue del discurso oficial del 16 de septiembre, y ni siquiera me ha dicho: ‘Siéntese, don Timoteo; vamos platicando un rato’. A pesar de eso le quise decir cuáles son mis doctrinas, y poco ha faltado para que se riera de mí, en mi propia cara, y me dijera: ‘Don Timoteo, es usted un animal...’ No; no es ése el hombre que el pueblo necesita... Orgulloso, infatuado, soberbio... ¡Educado por caciques, al fin!”.

## VIII

La discusión se agrió, porque Juanito pretendía la presidencia de la mesa y el Cuate le argüía que no se podía ser orador y presidente al mismo tiempo. Pero como Juanito estaba en su casa y había repar-

tido cacahuates, manzanillas y pepitorias, obtuvo por aclamación la presidencia.

Juanito, pues, agitó un cascabel y dijo:

—Tiene la palabra el orador.

Luego hizo que uno de los muchachos fuera a ocupar su lugar en la mesa, mientras que él, solemnemente, se encaminaba a la tribuna, una barrica vacía.

Las sillas de tule del comedor formaban un hemicírculo; en el fondo estaba el altar de la patria, adornado con pañuelos colorados y una escopeta vieja de don Juan; en el centro la mesa de amasar, cubierta con un tapete vetusto de la sala.

El público aplaudió mucho; luego se hizo silencio:

“Señores, celebramos el centenario de Miguel Hidalgo y Costilla. Nació en el rancho de San Vicente, perteneciente a la hacienda de Corralejo, jurisdicción de Pénjamo, siendo sus padres don Cristóbal Hidalgo y doña Ana María Gallaga... ¡Que viva!... ¡Y que viva también el ilustre Morelos y vivan los héroes de la patria! ¡Y que muera el Cuate y mueran los caciques!”

—¡Mueran los caciques! —repitieron los muchachos.

Luego, entre gritos, aplausos, vivas y muertas, salió Juanito de la barrica y se la dejó a otro orador.

Cuando se acabó la ceremonia, don Juan, que por ser día de fiesta no estaba en la obra, llamó aparte a Juanito:

—¿Quién te ha enseñado a decir todos esos disparates? ¿Quién es tu *señorita* de sexto?

—¡Hum, papá; si todo eso viene en la Historia de Pérez Verdía!... ¿Nunca ha leído usted la historia de México?... ¿La señorita de sexto?... Sí, también dice lo del libro; pero a ella no le creemos nada. Fíjese: el año pasado decía que Madero era un bandido, un latrofacioso; hoy le llama immaculado patriota y nuestro Gran Presidente... Igualito a lo que decía antes de don Porfirio... ¡La creíamos y... no!...

—¿Y eso de mueran los caciques?

—¡Ah, eso no viene en el libro ni es cosa de la escuela, pero también es cierto! No piense que nomás la plebe lo cree. Hasta dígame a Rodríguez que le platique algo de los caciques... Esperanza, ven; cuéntale a mi papá todo lo que dice Rodríguez de los caciques... ¡Ah, muy malos! Todo el dinero que tienen es el puro trabajo que les roban a los pobres. ¿Verdad, Esperanza? Sí, Hidalgo fue ene-

migo de los caciques y Juárez también y Madero también... Pero mejor pregúnteselo a Rodríguez; él sabe todo eso muy bien.

Don Juan estuvo muy preocupado ese día; pero al siguiente volvió de la calle ya contento y con una resolución:

—No quiero, Elena —dijo recalcando sus palabras—, que ese tal Rodríguez ponga más sus pies en esta casa.

Elena, perpleja, no encontró qué replicar.

—Ya me había sospechado yo la clase de pajarraco cochino que es. Pero no sabía que escribe papeles y dice discursos para la plebe. Ayer habló en el teatro, insultando a los señores... ¡A los señores, Elena; imagínate!... Lo van a despedir de La Continental. Todo lo he sabido en el mismo despacho de los señores del Llano. Ya verás tú si vendré bien aconsejado. No quiero que se vuelva a parar aquí; ¿me entendiste? Y si a ti te falta valor, dímelo; mañana lo esperaré y, aunque haya sido mi amigo, le diré tres frescas.

—Sí; espéralo tú mejor.

En la habitación contigua, Esperanza escuchó la conversación y, a la mañana siguiente, hizo llegar a Rodríguez un recadito: “Le suplico que no venga, por razones que no le puedo dar por carta. Ya hablaré con usted”.

## IX

También entre los miembros del M. I. A. hubo su altercadillo a la salida del teatro, donde Rodríguez había pronunciado un discurso y fulminado a los caciques.

—¡Malamente vamos!... ¡Mal ajo pa mi compadre don Timoteo y pa l' hora en que le dio envitar a ese tal Rodríguez! —dijo el Puerco con su voz apazguatada—. ¿Lo oyó, Felicitos? Ha dicho que la propiedad es un robo, que la religión es un mito.

—¡Socialismo! —exclamó Felicitos Gallardo, escamado por los aplausos cosechados por Rodríguez.

—Nos están agriando la conserva —observó Casimiro Bocadillo.

—Nos echan la odiosidad de los señores —agregó el Puerco, desolado.

—¡Dicen que es anarquista!...

—¡Y que no cree en la pureza de María!...

—¡Qué va, hombre!... ¡Ni en Dios siquiera!...



—Pues lo que yo digo —repuso Crispín— es que, pésele a quien le pese, el señor Rodríguez dijo purititas verdades...

—No, Crispín; fíjate en el significado de las palabras... No es nomás hablar... Mira que, si nos echamos la enemistá de los señores, a ti te mandan a la penitenciaría, a mi compadre don Timoteo le dejarán los entriegos y a mí con mi harina y mi manteca...

—Pues para mí... ¡plim!... Porque, como dice el periódico, no soy de los que piensan con el estómago.

—Yo propongo —concluyó gravemente don Timoteo— que se publique en la prensa que el M. I. A. de 1912 no se hace responsable de las doctrinas del señor Rodríguez. Porque aquí no es cuestión de enemistades, ni de estómagos, ni de nada de eso: es cosa de que no son nuestras doctrinas las de él, y se acabó el cuento.

Excepto con Crispín, que quebró ese día con el M. I. A., la idea fue aprobada.

## X

Rodríguez leyó la esquelita de Esperanza, y se nubló su frente. Luego, pensativo y apesadumbrado, se encaminó a La Continental.

Hubo un susurro entre los dependientes; pero a los rumores de voces entrecortadas sucedió en breve un silencio muy elocuente. Rodríguez entró sin saludar, como acostumbraba hacerlo de que iba de mal humor. Tomó la carta que lo estaba esperando en su bufete y la abrió. Los dependientes pusieron las caras muy largas. Rodríguez leyó, sin que se hubiese contraído una sola línea de su rostro. Con toda calma encendió un puro, lo puso en sus labios; tranquilamente tomó su sombrero y su bastón y se dirigió a la caja.

El dependiente leyó la carta, inclinó la cabeza, y después de hojear un libro, puso en manos de Rodríguez un fajita de billetes, diciéndole en voz baja:

—Lo siento, compañero.

Rodríguez contó y registró su dinero, y salió como había entrado:

“Quinientos ochenta y siete pesos, ahorro en quince años de trabajo. Es decir, poco más o menos lo suficiente para no morir de hambre en algunos meses de cesantía... ¡Bueno; ahora importa encontrar a Esperanza...! Pero ¿para qué?...”

Un chico pasó repartiendo papeles, Rodríguez tomó uno, distraídamente. Se sentó en una banca a la sombra de un tronco en el jardín.

A los primeros renglones, su cara se plegó en una sonrisa dolorosa.

“El M. I. A. de 1912 no se hace solidario de las ideas irrespetuosas que para la sociedad, para la religión y para la patria ha expresado en su discurso del 16 de septiembre el señor Rodríguez”.

“¡Pobrecillos! —se dijo—. Además de ser tan ruines, tan intrigantes y tan malévolos como los de arriba, son un poco más imbéciles!”.

Y muy triste se entregó a uno de sus interminables soliloquios.

—¡Rodríguez, Rodríguez!...

—¡Ah, Esperanza, es usted!... Cabalmente en usted pensaba y la estaba buscando.

—¿Ahí sentado?... Oiga, ¿recibió mi recadito?

—Sí, ha sido día de mi santo; primero su papá me expulsa de su casa...

—Pero ¿quién se lo ha dicho?

—Usted me lo está diciendo con su semblante en este mismo momento.

—No, Rodríguez; es que... mire...

—Luego me expulsan de La Continental y por último la pantomima... El M. I. A. me lanza a su vez un anatema...

Y como Esperanza, afligidísima, intentara dar explicaciones, él, con toda calma, la contuvo:

—¡Tonta!, ¡no se apure usted! Este golpe no me viene de su papá ni el otro de mis jefes de La Continental. Aquí anda una mano maestra y no es otra que la de los señores del Llano... ¡Ah, los del Llano!... Yo no le guardo rencor alguno al pobre de don Juanito. Dígale, Esperanza, que se cuide de los señores del Llano...; que me crea. En cuanto a mí, ya me lo quitaron todo: mi destino, mi porvenir y... a usted, que es lo que más siento.

Esperanza se puso como una amapola. Rodríguez, hondamente conmovido, le tomó una mano y la oprimió entre las suyas.

—¿Y ahora cómo vamos a hacer, Rodríguez?...

—¿Qué?...

—Para... Pues sí; para vernos.

Rodríguez sonrió de la ingenuidad de Eperanza; luego dijo:

—¿Y para qué?... Conserva un buen recuerdo de este viejo que tanto te ha querido siempre, desde pequeña... No tenemos para qué vernos. Yo necesitaba hablarte, para saber quién me echaba de tu casa. Ahora lo sé y eso me basta.

—De modo que...

—Que sí nos volveremos a ver, el día que como ahora nos toque la vez de encontrarnos.

—Bueno... Entonces, adiós...

Y Eperanza se alejó pensando desolada: “No me quiere”. Y no vio que cuando él dijo adiós tenía rasos los ojos.

## XI

Al atardecer, Rodríguez salía a diario de su casa. Siempre se le encontraba vagando por los barrios más apartados, descubierta la cabeza y levantada como para aspirar a plenos pulmones el aire del campo inmediato, con los ojos vagos, sin reparar en nada ni en nadie.

Un día, Crispin, el vendedor de periódicos, lo encontró y le dijo:

—Señor Rodríguez, la perdimos para siempre. Don Timoteo y los compañeros se voltearon de parte de los caciques. Van a elegir un cacique para diputado esta noche. Pero si usted va y habla... los reventamos. Yo me llevo a los del barrio de las Maravillas...

Rodríguez, a quien la política seguía fascinando con fuerza irresistible, prometió estar puntual en el teatro donde, esa noche, habría de verificarse una junta preparatoria para la elección de un diputado al Congreso del estado.

Los miembros del Club 20 de Noviembre de 1910 formaban el quórum. El candidato recomendado al club por el mismo gobierno era un tipo de bigotes alacranados, muy derecho e infatuado, con ínfulas de aristócrata. En la tribuna estuvo displicente y, después de escupir por un colmillo, dijo con desabrimiento:

—Ustedes no deben preocuparse por la política alta. La política no está al alcance de ustedes. Voy a ponerles una comparación que puedan comprender: los jocoques se hacen de un día para otro. Pero los políticos no son como los jocoques: no se hacen de un día para otro. ¿Quieren dar candidato de entre ustedes mismos? Sólo harían reír a todo el mundo; se pondrían en ridículo. Conténtense

con elegir su Ayuntamiento, que es lo que les toca a los pueblos. Los diputados debemos ser hombres de una pieza, hechos ya a la lucha política, por la palabra, por la prensa. Yo soy literato, periodista... Traigo cartas de recomendación de altas personalidades de la prensa y de personajes encumbrados en el gobierno. Que eso les baste. Denme, pues, su voto para llenar la fórmula y con eso habrán cumplido con su deber de ciudadanos honrados.

Y tan hinchado como subiera, bajó de la tribuna.

Don Timoteo volvió los ojos a los asistentes. ¿Habría algún osado que replicara una palabra al señor que venía de México, que era periodista, literato y quién sabe cuántas cosas más? El Puerco estiró los belfos y se inclinó hasta los ladrillos en señal de asentimiento.

Fue entonces cuando Rodríguez, que ocupaba una luneta, se puso en pie:

—El señor candidato del gobierno nos ha dado una alta lección de civismo y nos ha traído la buena nueva de que nosotros, los provincianos, somos unos perfectos imbéciles. Pero nosotros queremos que el señor candidato del gobierno no se vaya sin saber que, además de eso, somos agradecidos y queremos, por lo mismo, enviarle recuerdos a... ¡la familia...!

Las risas escaparon intempestivas y el candidato, que había vuelto desdeñosamente uno de sus costados al orador frunciendo olímpicamente las cejas, dio media vuelta y fulminó con sus ojos al osado.

Rodríguez, sin inmutarse, prosiguió:

—Digo, señor candidato, literato, periodista, etc., que queremos que les diga a sus colegas que nosotros, los bárbaros de provincia, nos hemos tomado la licencia de formarnos una opinión de ellos; que la vergüenza más ignominiosa que la revolución de 1910 ha desnudado es una intelectualidad abyecta que arrastra su panza por el cieno, lamiendo eternamente las botas de todo el que ocupa un lugar alto. Sabemos que hay dos clases de siervos en México: los proletarios y los intelectuales; pero mientras los proletarios derraman su sangre a torrentes para dejar de ser siervos, los intelectuales empapan la prensa con su baba asquerosa de rufianes; que los pobres ignorantes arrancan nuestro grito de admiración, mientras que los sabios nos hacen llevar el pañuelo a la nariz...

Rodríguez escupió con asco, en tanto que un aplauso atronador estalló por todas partes.

Loco de ira, el candidato se precipitó de nuevo a la tribuna. Sus bigotazos retorcidos parecían presa de un ataque de epilepsia; sus ojos quemaban:

—Señores...

Ni una palabra más se le oyó. Gritos de salvajes, silbidos de vaqueros, siseos y voces siempre en creciente.

Cuando el diputado, al fin, pudo hacer oír su voz, el salón se había quedado solo.

## XII

Por la noche don Juan regresaba del trabajo con los cabellos blancos de tierra.

—¿La obra muy avanzada ya, papacito? ¿Qué día me lleva a ver su Vecindad Modelo? —le dijo Esperanza una noche, a la hora de cenar.

—¡Oh, sí... Como aventajada, sí... Muy aventajada!...

Pero su voz era trémula y su mirada inquieta. Luego, tímido como perro castigado, volvió sus ojos a Elena.

Ella permanecía serena, inmutable.

Rehuía don Juan el encontrarse solo con su mujer. A últimas fechas venía a casa el tiempo estricto para comer y dormir. Elena jamás le interrogaba, ni aludía a sus negocios, pero precisamente en su mutismo don Juan había acabado por encontrar su tormento principal.

—¿En dónde están Juanito y Esperanza? —dijo exaltado don Juan—; la música se desbarata en la serenata y ustedes aquí metidos, niños, como si fueran viejos de sesenta años. ¡Vamos, pronto, a la serenata a pasear un rato! Dejen en casa solos a los viejos.

Don Juan habló a Elena como los criminales que no pueden soportar más tiempo la ocultación de una falta. ¡Oh, la obra estaba paralizada ya!... Es cierto, se había avanzado hasta lo imposible; las fachadas terminadas... ¡Caramba!, qué airosas y esbeltas las fachaditas de aquel risueño caserío de obreros..., pero... ¡Oh si Elena las hubiese querido ver! Cada casita con su puerta y dos ventanas, luego otra casita con su puerta y sus dos ventanas y luego otra, y otra, y otra, hasta ajustar veinte por un lado, veinte por cada uno de los cuatro costados... Pero... Un primor de casitas; simétricas, todas

iguales, parejitas todas; monas como de nacimiento..., pero... Sí; pues sí... Los fondos habían escaseado otra vez; más bien dicho, se hablan agotado..., es decir... ¡Pero qué primorosas se iban a ver ya pintadas de azul claro con sus grandes tableros apizarrados y sus frisos de ocre!... ¡Lástima...! ¡Qué diablo!... Poco era lo que faltaba ya...

Don Juan hacía silencios. El mutismo pétreo de Elena lo exaltaba al frenesí. Necesitaba seguir hablando para ahogar con su propia voz aquel maldito silencio.

—¡Qué diablo!... En realidad, no falta ya más que la madera..., puertas, ventanas, algunos techos también... ¡Casi todos!... ¿Pero qué? Un carro de viguetas de hierro, dos de tablones y vigas de bayarín... En realidad, el verdadero costo quedaba en la mano de obra... Con otros diez mil pesos, Elena..., ¡al otro lado!...

Y acabó desfallecido, empapado de sudor.

—¿Qué dices, mujer? ¡Habla, por Dios!...

Don Juan fijaba en ella su mirada, suplicante y angustiada.

—Ya no pidas prestado —le respondió dulcemente—; con la tienda tenemos para vivir.

—¡Cómo!... ¿Y esos cincuenta mil pesos se van a quedar allí enterrados? —gritó don Juan, ya de pie, ebrio de desesperación.

Elena enmudeció otra vez.

### XIII

Un día don Juan estuvo tan abatido que, al comer, dejó los platillos apenas comenzados. Los del Llano se le habían negado. A ruegos y súplicas hubieron de poner en sus manos un fajo de papeles mugrientos: mil pesos, no más...

Horas enteras permanece solo y abstraído. Intenta explicarse qué es eso que le ocurre. Reflexiona, buscando alguna luz que ilumine su tardo entendimiento. Hasta cierto punto, los señores del Llano tienen razón: la inseguridad comercial es muy grande; el gobierno de Madero se derrumba, todo el mundo lo ve y todo el mundo abraza serios temores por sus intereses personales. Se cree que el cambio mejorará la situación financiera, pero no hay quien arriesgue un centavo. Bueno; todo se explica entonces. Pero ¿por qué lo han recibido tan fríamente los señores? ¿Por qué el padre Jeremías no lo

ha saludado siquiera? ¿Por qué don Ignacio lo ha desconocido en el primer momento?

Don Juan hace minucioso examen de conciencia. En su corazón no pesan pecados mortales, ¡bah!, ni veniales siquiera. He aquí, por ejemplo, que hoy se ha desayunado como se desayunaba hace veinte años, cuando andaba en camisa y calzón blanco, un jarro de atole caliente y una cazuela de frijoles fritos con chile verde. ¿La leche? Ni para remedio: su estómago no la quiere. Así, pues, si algunos placeres le ha proporcionado su riqueza, son tan exiguos que vale la pena recordarlos. Por ejemplo, concurrir a luneta en vez de palco segundo o, lo que es igual, cincuenta centavos de aumento por cabeza, cuatro o cinco veces al año. Se da un comelitón anual. Por riguroso turno les toca a él, a Elena, a Esperanza y a Juanito. Pero el gasto no es tan crecido como pudiera imaginarse. Elena se encarga de conseguir prestada hasta la olla para cocer el guajolote, y él, desde tres meses antes, está espiondo una ocasión de comprar el animal, casi en la mitad de lo que valen en el mercado.

Él no tiene opiniones, o mejor dicho, sus opiniones son las de los señores que saben, como don Ignacio del Llano. Como todo el mundo, va a misa los domingos y fiestas de guardar; cada año, por la cuaresma, cumple con la Iglesia; cuando hay ejercicios espirituales para señores decentes, lo primero que hace es buscar en la lista el nombre de los señores del Llano, y si los encuentra no vacila en tomar su número. Cuando alguna comisión le pide que suscriba con su firma cualquier ocurno, manifestación, etc., de índole política, social o religiosa, no se preocupa por leer el documento; busca las firmas al calce, y si no resulta la de alguno de los del Llano, pide que le traigan el papel cuando hayan recogido las que siempre han de servirle de guía. Es de los primeros en visitar a las nuevas autoridades; no falta jamás a los banquetes de agasajo a distinguidos mandatarios, gobernadores e ilustrísimas, y aunque siempre le toca ocupar modestos sitios, no se ofende, pues no es vanidad lo que allí le lleva, sino el sano deseo de hacer todo lo que los señores decentes hacen. Su vida doméstica es intachable. Hace trabajar a su mujer más que un borrico, pero la quiere entrañablemente. A Esperanza la quiere también tanto, que le ha comprado un piano Rosenkranz, de cuarta o quinta mano, y a Juanito le da los domingos sus diez centavos para el cine. Pero, ¡iquiá!, Esperanza desquita

el piano zurciendo y planchando, y Juanito paga el cine cobrando cuentas perdidas.

Don Juan no se acusa, pues, de pecado formal alguno, y sus ojos tristes caen sobre aquel fajito de billetes, sin saber qué va a hacer con ellos.

#### XIV

“Rodríguez venía a casa porque yo servía de eco a su voz. Encontró en mí quien le permitiera hablar en voz alta y escucharse a sí mismo, sin interrupciones”, pensó Esperanza, después de esperar tres meses que Rodríguez procurara siquiera ocasión de encontrarla, de hablarle, de escribirle, de verla. Y llegó a creer que se acostumbraba, al fin, a la ausencia del viejo amigo y que, poco a poco, acabaría por olvidarlo. Pero una noche, al regresar con don Juan de la obra, habiendo tomado un tranvía, sintió un vuelco en el pecho al reconocer a la persona que se había puesto en pie para cederle su asiento. Esperanza le dio las gracias y hasta le tendió la mano. Pretendió entablar conversación con él; pero Rodríguez, muy altivo y sin dignarse volver siquiera su rostro hacia don Juan, se alejó al extremo opuesto del tren.

Descendieron, y ella, al pasar cerca de Rodríguez, le metió un pedazo de papel entre los dedos.

“Mañana, a la misma hora... Vendré sólo con Juanito”.

Rodríguez estuvo puntual.

—Estoy sentidísima con usted —fue el saludo de Esperanza.

Instaló a Juanito en un asiento delantero y ella vino a sentarse al lado de Rodríguez.

—¡Es muy ingrato con la gente que lo quiere!

—Pero...

—Nada de pero... Me va a decir que mi papá, que mi mamá y que esto y que lo otro... ¿Qué?... Si a mí no me importa eso, ¿por qué a usted le había de importar?

Rodríguez le advirtió que algunos pasajeros inmediatos se percataban de sus palabras, y entonces ella, valientemente, le propuso una cita en algún sitio donde pudieran hablar con toda libertad, al día siguiente.



Luego callaron. Pero Esperanza no podía mantener sofrenado su espíritu inquieto:

—Creí que usted, como lo pretende, era de esos raros, de esos que nada saben fingir, que no mienten nunca...

—Es cierto...

—Usted me fingió cariño, ¿y qué? Puras mentiras. ¡Aprecia más a cualquiera de sus gatos horribles que a mí!...

—¡Esperanza! —saltó indignado seriamente Rodríguez...

Esperanza tuvo mucho regocijo, pero luego que él habló se quedó desolada.

—¡Quien me hable con desprecio de cualquiera de mis animalitos me ofende, me desprecia a mí mismo!

Y como Rodríguez no hubiera comprendido ni remotamente el efecto de sus palabras en Esperanza, siguió hablando y señaló el sitio y la hora para la entrevista del día siguiente. “Mañana, en la Alameda, a las cinco en punto”.

Y se despidió tan contento que no reparó en la mirada de infinita tristeza de Esperanza.

Otro día, muy peripuesto, daba vueltas, impaciente de la hora. Puesto que Esperanza desmoronaba con su palabra el dique que él mismo se había forjado para no acercarse demasiado a ella, no tenía ya por qué disfrazar el verdadero sentimiento hasta entonces contenido. “Nada significa mis cuarenta años, mi situación de empleadillo cesante, mi fama de demagogo, mi docena de gatos y mi perro prieto... ¡Pues entonces, Esperanza, sábelo: te amo, te idolatro!...”.

A las cinco, Esperanza zurcía ropa vieja. Oyó las campanadas, una a una, y se repitió otra vez “¿para qué?”. Ese “¿para qué?” clavado en su corazón desde el amanecer de ese día. ¿Para qué? Con esas palabras le había contestado Rodríguez hacia seis meses, cuando ella, angustiada, con la ingenuidad de su alma inocente, le habla preguntado dónde podrían verse y hablarse, puesto que ya no sería posible en su propia casa. “¿Para qué?”, respondió él entonces. Y ella, ¡qué tonta!, hasta ahora venía a comprender la crueldad de tal respuesta.

Dieron las seis y Esperanza seguía pensando en Rodríguez: “Sí, sí me quiere; él nunca ha mentido, pero no me quiere como yo hubiera querido”.

Y sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo.

XV

Por fin cayó el gobierno de Madero.

Como Lara Rojas y Villeguitas eran *decentes*, tuvieron que emborracharse para poder gritar con toda la boca “¡Viva el general don Victoriano Huerta!” por las calles, acompañados de una docena de boleros a diez centavos cada uno; todos con banderitas de papel de china tricolor. Pero si en público, a pesar del vino, se sintieron algo cohibidos, no fue así en la trastienda de La Carolina, donde se celebró la fausta nueva del asesinato de Madero con una cena. Reinó gran animación, hubo mucha cordialidad, mucho alcohol y mucho discurso.

—Felicitémonos de haber encontrado la mano de hierro que necesita la nación. Ahora tenemos gobierno de verdad, gobierno de gente decente y honrada —dijo don Ignacio del Llano condensando las ideas que inútilmente habían querido expresar en media hora de peroración Lara Rojas y Villeguitas.

—Lástima que se haya manchado con sangre inocente tan bonita causa —exclamó algún cándido.

Su voz se ahogó en una protesta unánime. ¡Oh, si algo había, por cierto, que levantara enormemente el prestigio del gobierno triunfante, era aquel acto insigne de justicia nacional!

—¡Pero siempre es eso feo...! ¡Crimen al fin! —insistió el infeliz, compadecido.

—Está usted en un error juzgando como un crimen la ejecución de Madero —intervino el padre Jeremías—. El mismo regicidio está aprobado por la Iglesia, como puedo demostrarlo. Los sapientísimos padres de la Compañía de Jesús han sostenido brillantemente esa tesis... Pero, ¡qué digo!, todos ustedes, como perfectos católicos cultos, conocen la primorosa obrita del padre Sarda y Salvani. Se puede lastimar, herir, matar, todo lo que uno quiera, si eso redundará en nuestro propio bien, y *ad majorem Dei gloriam*.

—Lo que sí sé decir a ustedes, señores —habló otro tonto desazonado—, es que a la plebe le ha caído la noticia como bomba de dinamita. Yo vi la cara que ponían los pelados a la hora de la manifestación..., y la verdad yo aconsejaría que no estuviésemos tan descansados y contentos.

Fue el toque de alarma. El entusiasmo aminoró hasta extinguirse. Los semblantes se nublaron. Otro aseguró que en el tendejón de don Timoteo se celebraban juntas secretas.

—Mi cocinera ha visto, noche a noche, entrar a muchos embizados después de las nueve a La Bandera Mexicana.

Se discutió qué podía significar aquello. Era altamente sospechoso en gentes que ya habían dado a conocer sus ambiciones políticas. Incuestionablemente, el objeto de sus reuniones era prepararse, reunir armas, parque, provisiones de guerra. ¡Un depósito semejante en manos de los bandidos, y ellos, los señores decentes, sin defensa alguna, en manos de la infame Porra! Podrían dar el golpe justamente ahora que los hombres de orden descansaban confiadamente en las seguridades que les otorgara un verdadero gobierno. ¿Qué cosa más sencilla para la Porra que asaltarlos a medianoche, agarrotarlos, robarlos, violar doncellas, semidoncellas y aun desdoncelladas, y luego asesinarlos a todos juntos?

Se abrió la puerta. Desquijarados y temblando volvieron sus ojos. No era nada: el mancebo que venía con más botellas.

—Necesitamos, con urgencia, fuerzas para la defensa de la plaza.

—Vamos formando un cuerpo de Defensa Social, como en otras partes lo están haciendo.

—Es preferible tropa del Estado.

—Y menos peligrosa para nosotros.

—Y más barato...

—Yo creo —dijo don Ignacio reposadamente— que basta hacer venir un agente de la secreta que descubra ese complot, que los aprehenda, que los encartuche...

—¡Que los truenen..., si se puede!...

—¡Admirable!... ¡Perfectamente bien dicho!

—Mañana mismo lo pedimos.

—Eso nunca es pronto. Esta misma noche podrían apergollarnos, a quererlo. No tenemos más que a la policía municipal de nuestra parte... Pero éstos le tienen miedo a su sombra...

—Yo me comprometo a facilitar la tarea de la policía secreta —dijo Lara Rojas—, yo puedo obtener una lista completa de los comprometidos en el complot. Hay un sujeto, entre ellos mismos, que me dirá cuanto necesito yo saber. Me lo ha ofrecido.

—¡Ah! ¡El Puerco me hizo igual ofrecimiento!

—Y a mí lo mismo.

—Pero, señores, estamos echando en el olvido al principal —dijo Lara Rojas.

—¡Rodríguez: sí, Rodríguez...!

—¡Ah, pero ése es pollo de cuenta, con el que urge poner un ejemplo hasta para la moralidad del pueblo! ¡Es impío, masón, protestante, ateo y anarquista! —sollozó el padre Jeremías.

Luego, como en el juramento de los puñales de Hugonotes, todos alzaron sus manos de comerciantes al cielo.

## XVI

Lara Rojas entró radiante, con unos papeles en la mano, al despacho de don Ignacio.

—Aquí traigo las pruebas fehacientes.

El polizone se caló las gafas, tendió su mano para tomarlos; pero Lara Rojas, excitadísimo, leía él mismo: “Febrero 20, 1913. Los Topos hacen hoy una manifestación pública de regocijo por la caída del gobierno de Madero. Hoy justamente, en los momentos en que llega la noticia del asesinato del presidente de la República. Hoy, que ha caído inerte y para siempre, los grajos se disputan un buen lugar en el coro de estultos bribones que saben graznar y estercolar sobre un cadáver”.

—Son insultos personales, ¿no le parece? —dijo Villeguitas al policía.

—Y eso no es nada: oigan ustedes lo que sigue: “Febrero 27. Un herrero medio borracho me encontró en la calle y dijo: ‘Mi jefe, nos han matado al señor Madero... ¡Qué borrón para México!... ¡Qué traidores somos!..., ¡qué traidores somos!’ Parecía deleitarse en repetir la última frase con voz sorda y quebrada, y nublados los ojos. Esto me satisface: México se lavará de esta mancha. ¡Ciertamente, se la lavará!...”.

—Deme usted esos papeles. Eso último es bastante —exclamó solemnemente el policía—. ¿Cómo dicen ustedes que se apellida?... Sí, Rodríguez... Bien.

—Pero ¿no sería conveniente aprehender a ese herrero también?... ¡Un cómplice! —observó Lara Rojas.

—¿Cree usted, pues, entonces, que con eso sea bastante?

El policía no dio su opinión, pero todos sintieron claro que sus más íntimos deseos estaban a punto de realizarse.

## XVII

Dos golpecitos secos en la puerta del despacho de don Juan Viñas lo hicieron dar un salto.

—¡Qué susto me ha dado, Lara Rojas! Es raro, pero son tres veces que me sucede esto ya. Cualquiera ruido me hace levantar y parece que el corazón se me va a salir.

Lara Rojas ocupó una silla de tule y, mirando desdeñosamente el cuarto enjalbegado y cacarizo, el cromo de la Guadalupeana por todo adorno en una cabecera, dijo:

—Vengo a apuntarlo para el banquete que se le dará mañana al agente de Seguridad que vino de México.

Don Juan plegó la frente.

—Se trata de darle un golpe mortal a la Porra —explicó Lara Rojas.

Don Juan lo miró otra vez, incomprensivo:

—Bien; pero a mí... qué... Yo no soy de la policía...

—Esto no es política: sencillamente una defensa propia.

—Es que no veo claro, Lara Rojas...

—La razón es evidente. Un banquete que la buena sociedad dará a un individuo que vino nada menos que a defenderla.

—¿Los señores del Llano toman parte en esto, Lara Rojas?

—¡Casi nada!... Son ellos los organizadores.

—¡Ah, hombre —clamó jubiloso don Juan dándole palmaditas en los hombros—, pues si eso me hubiera dicho desde un principio! Si los señores del Llano andan aquí, no hay por qué tomarme parecer.

Y metiendo los dedos en un bolsillo de su chaleco, agregó:

—Ande, diga cuánto me toca de cuota.

—Veinte pesos, don Juanito.

—Bueno, hombre, muy bueno... Aquí los tiene. Conque vamos a ver, Lara Rojas, platíqueme ahora bien a qué viene ese policía de México.

En la cámara contigua Esperanza, que cosía en la máquina, suspendió su traqueteo y oyó toda la conversación.

XVIII

“Escápese, lo van a aprehender”, leyó Rodríguez en un pedazo de papel arrugado que un muchacho le dio al entrar a su casa. No traía firma, pero la letra era muy conocida. Rodríguez besó el papel.

Primero fue el abandono total de sus fuerzas. Después vino una reacción: lucha y fiebre. “O el sacrificio inútil de mi vida o la revolución”.

Eran ya las diez. Llovía; la calle estaba oscura y desierta. En la esquina brilló el ojo verdoso de una linterna, pero en el acto mismo se extinguió. Rodríguez vaciló entre regresar a su casa o proseguir el camino que se había trazado. Se detuvo inmóvil, ojos y oídos alertas.

En las bocacalles, los hilos de la lluvia cristalizaban en franjas estrechas, a la luz de los focos.

Escuchó el rumor de pasos lejanos. No supo si debía de sacar su revólver u ocultarse en el marco del zaguán, y tampoco se movió.

Un muchacho vestido de manto, encogido de frío, con los brazos apretados sobre el pecho, atravesó la calle; después un perro empapado se escurrió al trote.

Se decidió a seguir adelante. Tomó una calle en dirección a las orillas de la ciudad; avanzó dos cuadras y se detuvo, temeroso de gentes que pudieran haberse ocultado entre las masas oscuras de un jardín. Al frente se alzaba la mole gris de un templo con una sola torre.

A lo lejos se distinguía una lucecilla roja, quizá una casucha perdida en las tinieblas.

Nada. Todo silencio. En el cielo, metido en negros nublazones, se abrió de pronto un claro de luz sideral.

Rodríguez pudo al fin respirar y emprendió la marcha con resolución. Al doblar la esquina, una mano pesada cayó sobre su cuello y un gendarme le puso en la frente el ojo verdoso de su linterna y el cañón brillante de su pistola.

XIX

—¡Aquí es!... ¡Aquí es! —dijo Lara Rojas al polizonte y, de puntillas, se acercaron a la casa y pegaron sus oídos a la ventanilla.

—Los tenemos cogidos —exclamó alborozado y oprimiendo sus manos hondamente satisfecho.

Uno a uno, fueron entrando a la casa de don Timoteo, a espaldas de La Bandera Mexicana, Felícitos Gallardo, Crispín el vendedor de periódicos, Casimiro Bocadillo y otros cinco o seis.

—¡El complot descubierto! —clamaba Lara Rojas a cada instante, agitado y sudoroso, preguntando al policía si ya era tiempo de echarles encima a los gendarmes.

—Voy a escuchar —pronunció éste, muy entonado, y se acercó de nuevo a la ventanilla.

Era una sala pequeña. No había más luz que la del farol de la calle, que escurría una franjita roja por las hojas altas de la ventana entreabierta. Don Timoteo permanecía arrellanado en su equipal, en la penumbra. Cada cual había preguntado por su salud. El respondió que estaba aliviado; pero su respiración de asmático se oía por todo el cuarto y la tos lo sofocaba por instantes.

Más de un cuarto de hora estuvieron cabizbajos y callados. Don Timoteo hizo un esfuerzo y balbuceó, sollozando:

—¡Qué dicen nomás!... ¡Nos han matado a nuestro padre!...

Y todos se pusieron a llorar.

Afuera soplabla el aire frío de febrero. Una murga preludiaba las *Mañanitas de Madero*.

### TERCERA PARTE

#### I

Oscurecía. A lo lejos se perdieron los últimos peones. En la soledad y el silencio, don Juan contempló un instante más el andamiaje entretejido de viguetas y tablones, los muros de ladrillo frescos todavía, el ruedo calizo y mojado, resto único del último pilón de mezcla. Las bocas de las puertas y ventanas se abrían mitad sombra y mitad luz, destechadas las casas todavía. Don Juan vio breves instantes su obra, con el corazón oprimido, sintiendo que allí se quedaba algo de sí mismo. Tuvo un momento, entonces, de impetuosa clarividencia. Con el puño cerrado amenazó a la ciudad que, bañada en vaga claridad, se extendía allí a su diestra. Pero la ciudad, calmada y silenciosa, contestó su maldición con el rumor de voces

lejanísimas, risas de niños, el rebuzno de un borrico, los clarines de un cuartel, el canto perdido de un gallo ronco...

Al día siguiente amaneció tras el mostrador de La Sultana con Esperanza y Juanito. A los dependientes les había dado las gracias: la casa no podía sostener más ningún empleo.

El primer día, los marchantes apenas repararon en la presencia de don Juan en La Sultana. La nota sensacional era, en el momento, las aprehensiones de la víspera: don Timoteo, Casimiro, Felicitos, Crispín y otra docena de los miembros del Club 20 de Noviembre de 1910 habían desaparecido de sus casas. Decían que los habían sacado *en cuerda*, que los habían fusilado. Alguien aseguraba haber oído una descarga en la madrugada, otro que había visto la patrulla de soldados a caballo y los presos en medio de las filas.

Al atardecer, un carbonero que bajó de la sierra aseguró haber visto a los presos: los llevaban a pie y atados de las muñecas.

—¿Iba Rodríguez, el que fue dependiente de La Continental? —preguntó Esperanza con desenfado.

—No conozco a ese señor, niña...

Don Juan la miró, perplejo.

Más noche, uno de los albañiles que trabajaban en la Vecindad Modelo entró a comprar una vela.

—Amo don Juanito —dijo—, ¿ya otra vez su mercé en la tienda? ¿Cuándo, pues, vamos a terminar esa obra? ¡Bonita obra, lo que sea; lástima que cueste tanta plata!... ¿No sabe el amo que anoche *tronaron* a un pobre cristiano a espaldas del camposanto? Yo por allá vivo; sentí un tropelío al amanecer y me levanté a la curiosidad. Se miraban los puros bultos, no pude conocer a nadie. A uno de ellos lo cortaron y, ¡toma!, lo quemaron... ¡Pobrecito! Hasta la sepultura le tenían ya prevenida. Luego, luego se fueron. Ya clara la mañana fui a ver de cerca... ¡Dios lo haya perdonado!... Todavía está la tierra suelta. Le puse dos leñitos en cruz y recé un padrenuestro.

A Esperanza, que se había puesto tan pálida desde el principio, se le traslucían los oídos; le cogió un temblor de piernas que le fue preciso tenerse del sotabanco para no caer.



## II

Cuando comenzó a olvidarse el acontecimiento, los marchantes de La Sultana saludaron a Viñas con igual pregunta: “¿Y su Vecindad Modelo, don Juanito?”. No había insidia ni mala intención alguna; pero fue un asedio sin tregua toda la semana. Don Juan no tuvo valor para afrontarlo y se retiró a la trastienda. Al cabo, Esperanza y Juanito conocían bien el despacho. Pero a la trastienda siguieron llegando las preguntas torturadoras: “¿Y don Juanito, niños? ¿Otra vez en su Vecindad Modelo?”. Entonces huyó al rincón más sórdido de la casa. Nadie se atrevió a hacerle observación ninguna. Su pesar su imponía solo. Pasaron semanas, un mes, tres meses, hasta el día en que llegó la primera libranza vencida.

Don Juan despertó entonces de su sopor. Pidió ropa limpia, se afeitó y se peinó.

Elena le hizo notar que estaba muy pálido. Esperanza dijo que, no obstante que comía tan mal, sus carrillos y sus párpados estaban gruesos. Pero una gordura que no parecía buena; de color acerado; los carrillos le colgaban de puro flojos y los párpados de hinchados.

—Es por el encierro —opinó Juanito—: le hace mucha falta el aire libre, papá.

—Se está haciendo anémico —agregó Esperanza—. Sería bueno llamar el médico para que le recete hierro. A una amiguita mía le ha probado muy bien.

Sólo Elena callaba, como siempre.

Don Juan fue primero a visitar a Lara Rojas, que acababa de abrir un despacho por su propia cuenta.

—Le traigo el gran negocio —dijo don Juan revistiéndose de valor y pretendiendo recuperar su viejo aire jovial y franco.

Lara Rojas apenas levantó los ojos de sus papeles.

—¡Ah, hombre, don Juanito, usted por acá!... Ya sé qué negocio... Dispéñeme que no lo atienda; tengo un quehacer bárbaro. Por lo demás no quiero hacerlo perder su tiempo. Ese negocio es de los señores del Llano... Usted sabe que lo que soy y lo que valgo se lo debo a ellos.

Don Juan asintió. Lara Rojas tenía sobradísima razón. Ante todo, hay que ser agradecido. Un hombre que no sabe ser agradecido no es un hombre honrado. ¡Caramba! Lara Rojas sería hasta grosero, pero era agradecido.

—Lara Rojas..., acá esa mano... ¡Éstos son los hombres!...

Y se la estrechó muy conmovido. Entonces fue a ver a Villeguitas. Pero Villeguitas se encontraba en las mismas condiciones que Lara Rojas. Villeguitas tenía razón en negarse también. Pues ahora vamos con los de La Carolina.

El jefe de la casa le dijo:

—Llevamos excelentes relaciones con los señores del Llano, amigo don Juanito; no nos conviene ponernos mal con ellos y el negocio de usted les pertenece por derecho... Si en alguna otra cosa podemos servirle...

Lo peor del caso fue que así le siguieron contestando en las demás casas que visitó. Todo el mundo llevaba excelentes relaciones con los señores del Llano y a nadie le convenía ponerse mal con ellos.

—Oye, Elena, explícame esto —dijo, de regreso, a su mujer—; ¿por qué diantre todos aquellos a quienes propongo el traspaso de mi negocio me van saliendo con que ese negocio por derecho les pertenece a los señores del Llano?

Elena quiso hablar claro: decir que aquellos comerciantes tan finos, tan fraternales, tan agradecidos, tan honorables, eran de la misma categoría que cualquier horda de bandidos de camino real. Pero prefirió consolarlo con su resignación habitual:

—Es que a ellos les debes el dinero. Véndeles el negocio a ellos mismos. Ha de ser igual.

—Yo tenía mi resentimiento con los señores por el desastre que me hicieron la última vez..., pero si tú crees...

### III

Llegó desfallecido en un coche de sitio, derecho a su cama, con los ojos apagados, el duro testuz humillado, como toro herido de muerte.

Juanito quiso correr por un médico, pero don Juan lo detuvo con un movimiento lento de la cabeza. ¡De nada le servirían los médicos! Pidió que lo dejaran solo con Elena.

—¡Arruinados! —balbuceó ahogándose.

¿Los del Llano? Lo habían desconocido. Cuando habló de su negocio, don Ignacio se rió: “¿En qué país vive, don Juan? Están

cerradas nuestras sucursales en Monterrey, en Chihuahua y en todas partes. Los bandidos amagan Torreón; el cambio amaneció a treinta”.

¡Qué diantre! La casa quería bien a don Juan, pero las circunstancias económicas eran adversas a cualquier operación:

—Lo que podemos hacer por usted es tomarle los bienes por la droga. Todo, se entiende... La casa le hace a usted un favor..., un favor que para un comerciante honrado significa mucho. ¿Entiende usted? Lo salvamos de lo principal, de la vergüenza de... una quiebra...

Don Juan sintió entonces que le entraba un frío penetrante en sus huesos, un frío tan raro que no le dejaba menear pie ni mano. Quiso contestar y no pudo: sus quijadas estaban caídas, inertes.

Don Ignacio lo dejó allí, de pie, para ir a atender a unos clientes que acababan de llegar.

A duras penas, don Juan se había arrastrado hacia la puerta del despacho; esperó el primer coche y se hizo conducir a su casa.

#### IV

Un mes justo, más tarde, empleados de la casa Del Llano Hnos., S. en C., de flamante uniforme, fueron a tomar posesión de La Sultana. Por la mañana de la mercancía, por la tarde del mobiliario de la casa habitación. Esperanza, viendo salir su piano, apenas podía creer en la magnitud del desastre.

Cuando sólo quedaron algunos jergones deshilachados, inservibles, los dejaron en paz. Entonces Elena se irguió más derecha, más fuerte, más segura que nunca:

—No te apures, Juan; tenemos ahora lo que teníamos hace veinte años... Miento, tenemos más, mira...

Y atrajo hacia su pecho las cabezas de Esperanza y de Juanito y las juntó besándolas con su llanto.

—Si entonces fuimos felices, ¿por qué no habríamos de serlo ahora? ¡A trabajar! ¡Todos a trabajar!

Don Juan levantó un poco su pantalón para mostrar sus piernas abotagadas; llevó una mano de Elena a su pecho, donde el corazón

sacudíase como cansado badajo; una escasa lágrima brilló en sus pestañas y, muy quedo, pronunció:

—¡Ya es tarde!

V

—¡Dulce nombre de Dios! ¿Usted, don Juanito, en este estado? —exclamó Crispín contemplándolo a la luz de un farol de la calle.

Don Juan Viñas, apoyado en un brazo de Esperanza, caminaba deteniéndose a cada paso para respirar. A cada instante se levantaban su barba muy negra y muy crecida y sus párpados hinchados.

Tuvo que hablar. Iban a su nuevo domicilio. ¡No había ya ni para la renta de la casa! Hasta la calle de El Alacrán, a quince cuadras de distancia cuando menos. ¡Ps!... No se podía pagar sino una renta miserable. Esperanza ganaba ocho pesos al mes y Juanito cuatro... ¿Él? ¡Ya lo estaba viendo!

—¡Bandidos, eso es lo que saben hacer! —clamó Crispín enfurecido—. ¿Y por qué se cambian ya tan noche?

—¡Oh!... No es uno de palo; ¡al fin da vergüenza!...

Dos lagrimones rodaron por el rostro nazareno de don Juan.

—No diga, papá... Mire usted, señor: mi papá ha dado en verlo todo negro, negro. Es cierto, estamos pobres; el menaje de casa se reduce a las maletas que aquí llevamos. Pero yo le digo a mi papá que más pobre comenzó él. Y la verdad es que, si no hubiésemos tenido mala suerte en el último negocio, pues... Pero usted lo ve: Juanito y yo apenas vamos a comenzar a trabajar... ¿Verdad que no tiene razón en mortificarse así? ¡Por eso se ha puesto tan enfermo!

—¡La mala suerte!... ¡Malhaya para los bandidos caciques!... Yo bien sé todo lo que le ha pasado a don Juanito.

Crispín lanzó una insolencia y un escupitajo.

Don Juan levantó sus ojos aborregados y los fijó un instante en Crispín, como un duro reproche.

—No me diga a mí más... Esos bandidos lo han arruinado, don Juanito. Bandidos y muy bandidos. Yo lo digo, aunque me vuelvan a llevar amarrado a la penitenciaría.

—No diga usted nada. ¡Es la voluntad de Dios! Nadie se oponga a los designios de la Divina Providencia... ¡Bendita sea su Santa Mano!

Y como Crispín observara que Elena y Juanito se habían detenido y dejaban en el suelo los fardos para descansar, se dirigió a ellos.

—Con permiso, niña... Dígame el número de la casa y denme la llave.

Tomó los bultos, se los echó a la espalda y partió.

—¿Quién es este hombre, papacito?

—Es de los del Ayuntamiento maderista de hace dos años... Uno de los de la Porra —respondió don Juan haciendo un gesto de resignación y repugnancia.

—Yo creo que es un buen hombre.

Pero don Juan no pudo replicar; sus piernas se doblaron y Esperanza tuvo que sostenerlo y sentarlo al borde de la banquetta.

Elena, con el chico en un brazo y Juanito a la zaga, acudieron en su auxilio. Lentamente sonaron las diez en las torres de una iglesia.

Esperaron a que don Juan descansara. En el silencio de la calle no se escuchaba más que su respiración anhelante y trabajosa. Dieron el cuarto; don Juan dijo que no tenía alientos todavía. A la media, parecía haber descansado; mas respiraba tan a gusto que a todos les dio lástima moverlo. A las once, don Juan mismo se puso en pie; pero a los primeros pasos sintió que algo se le subía otra vez al pecho, a la garganta, algo que no lo dejaba respirar, ni hablar siquiera. Pensó que iba a morir, pero sólo gimió:

—Otro ratito... Otro ratito...

Y se volvió a sentar.

Ahí los encontró Crispín, ya de regreso.

—Me lo esperaba... ¡Qué iba a poder caminar por su propio pie!... Y menos llegar a su casa; viven hasta el quinto infierno... Vamos, don Juanito, arriba...

En vano resistió don Juan, Crispín lo tomó en sus brazos vigorosos y se lo puso en la espalda.

—Don Juanito está gordo, pero de puro aire; pesaban más las maletas.

Cuando llegaron por fin a la pocilga, Crispín se limpió el sudor con un paño enorme de grandes flores coloradas y dijo:

—¡Mal ajo pa esos condenados caciques!... Si no hubiera infierno, Dios debía de hacer uno para meterlos a ellos nomás... Ayer llegué de la penitenciaría. Me llevaron amarrado, me tuvieron preso cuatro meses... ¡Bandidos desgraciados!... Sólo porque les canté su precio, porque les dije que su dinero lo han hecho robando viudas,

huérfanos y puros indefensos. ¡Ladrones de levita! Se asustan de Villa y de Zapata. Que vengan Villa y Zapata a tomar lecciones de ellos... Al señor Rodríguez; porque tuvo el valor de decirles quiénes son y lo que valen, lo *tronaron* detrás del camposanto... ¡Bandidos!... ¡Asesinos!...

Esperanza se resbaló, desvanecida, en un jergón. Nadie se dio cuenta.

“Sea por Dios, sea por el amor de Dios...” “Dios te salve, María, llena eres de gracia...” rezó entre dientes don Juan y se santiguó y repasó las cuentas de su rosario; pero Crispín no cesó de hablar hasta que dejó descansado su corazón.

Cuando alegre y satisfecho se alejó, don Juan dijo a sus hijos:

—No crean lo que este hombre dice; todo es mentira, calumnia... ¡Así son estas gentes de la Porra!

Esperanza no volvía aún de su desmayo. Juanito, de pie, inmóvil, sombrío, quién sabe qué tenía en los ojos que, a pesar de su edad, daba miedo. Elena sentía un nudo en la garganta.

Parecía que alguien había gemido. Pero no; fue el aire que pasó empujando levemente la puerta.

## VI

—Hoy nos toca salida, Juanito —dijo Esperanza cuando regresaban a La Carolina después de comer—; quiero que me lleves al campo; tengo necesidad de aire libre.

Y a las cuatro de la tarde, muy inquieta y muy preocupada, se llevó a Juanito a orillas de la ciudad. Después de algunos rodeos y vacilaciones llegaron al Panteón Municipal. Ya a la puerta, Esperanza, muy encendida, mirando perpleja a todos lados, como si temiera que alguien la observara, dijo:

—¿No te has cansado, Juanito? Siéntate; yo quiero vagar un rato.

Y paso a paso se escurrió por espaldas del panteón, buscó una cruz de leños sobre los surcos, casi borrados. La encontró, desabrochó su corpiño, sacó un manojito de flores y las puso, llorando, sobre los leños retorcidos.

Cuando volvió junto a Juanito, sus ojos ardían y, para que no se los viera, los levantó al cielo. Parecía abstraída en ver correr las

nubes en el cielo de colores revueltos, en mirar el caserío lejano esfumado en la humareda azulosa de las chimeneas.

Juanito lo había comprendido todo y respetaba su pena.

Una sombra cubrió de improviso el campo; una inmensa parvada de pájaros prietos pasó zumbando sobre sus cabezas.

—¡Así han de negrear los que vienen, Esperanza!... La revolución nos va llegando...

—Sí, tiene que ganar... ¡Qué gusto! ¡Qué gusto!

—¡Qué gusto! —repitió Juanito. Y dio un taconazo sobre las piedras.

Y volvieron a callar.

## VII

Esa cuaresma había sido muy mala para La Carolina, tienda de abarrotes. Su vecindad con la nueva casa en construcción Del Llano Hnos., S. en Comandita, la mantenía constantemente en una atmósfera de pesada tierra y los clientes se alejaban en busca de otro almacén.

El día en que Esperanza y Juanito fueron recibidos —casi por caridad había dicho el jefe— no tuvieron más ocupación que sacudir sin cesar el mostrador y los aparadores de la tierra que el aire loco de marzo hacía llegar en bocanadas incesantes de la finca en construcción. Algunos dependientes hablaban normando, otros estornudaban y todos echaban pestes de los albañiles. Pero como hasta el mal humor acaba por aburrir, un día el dependiente mayor, cruzado de brazos por la falta de quehacer, charló con los demás:

—Esta finca de los del Llano va a ser la primera de la ciudad; se han presupuestado doscientos cincuenta mil pesos; pero ya llevan más de trescientos mil; valdrá medio millón... Parece que los señores del Llano están atestados de “pasta” y, por miedo a la revolución, han preferido invertirla en obras. Vean ustedes: la fachada es de cantera de Guanajuato, un verde jaspeado primoroso. Es un verdadero mosaico. Las puertas y ventanas son de trabajo a mano que cuesta un dineral. ¡Se ve que el dinero sobra! En la principal hay una alegoría de El Comercio y sólo el Mercurio de un tallista italiano vale más de mil pesos. En el piso bajo van a quedar las habi-

taciones de la familia, a espaldas los almacenes. ¡Y qué almacenes!... ¡Nos revientan!

Depósitos de hierro, cobre, latón, maderas finas y corrientes; vinos franceses, españoles y del país; maíz, frijol y cereales; en fin, todo a la americana.

¡Nos parten! En la planta alta las oficinas, despachos y habitaciones para los empleados. Pisos de mosaico, y algunas piezas, como el despacho privado de don Ignacio, estucadas. Yo he visto el proyecto... ¡Nos partieron!...

Todos los dependientes escuchaban con la boca abierta. Juanito y Esperanza se alejaron, después, a sacudir la tierra que seguía entrando sin cesar.

A la mañana siguiente, Esperanza y Juanito, aguardando que dieran las siete para entrar a La Carolina, se detuvieron a contemplar la famosa construcción de los del Llano. Una multitud de hombres se regaban como hormigas por el andamiaje de madera, en los pretiles de canterías labradas, en las columnas trucas de la fachada, sobre la armazón de acero de las bóvedas, como una colosal tela de araña. Hombres empolvados de cal, remangados los calzones hasta la raíz de sus cobrizos muslos, subían y bajaban por las escaleras provisionales; otros, sentaban ladrillos en las paredes y tabiques. Las grúas crujían, en el aire se balanceaban grandes bloques de cantera.

Embebecidos contemplaron la obra hasta que dieron las siete. Ninguno dijo nada.

## VIII

Elena fue sorprendida por una visita.

—Soy la presidenta de la Conferencia de San Vicente de Paúl; sé que tiene usted un enfermo grave. Vengo a traerle los auxilios. ¿Qué doctor lo receta?... ¡Ah! ¿Ninguno? Bueno; vendrá el nuestro.

El arrabal entra en movimiento. Las comadres, que saben que va a venir Su Divina Majestad, se dan la mano.

Al oscurecer, se ve a lo lejos la silueta gris del médico con su parasol de holanda, plegado a guisa de bastón. Las mujeres que departen en las puertas se levantan con sus chamagosos a cuestras. Unas corren por papel, otras por la tinta, la silla de tulle, mientras que las demás, sofocando el cuartillo donde se muere don Juanito,



arreglan la mesa para el altar, con un crucifijo de latón amarillo, dos velas de cera y muchas flores.

En la calle, los foquillos se encienden de repente en una luz rojiza y débil, de dos en dos cuadras distantes. Del suelo se levanta el olor cálido de la tierra mojada, de los pétalos de rosa de Castilla y malva *bonquets*, regados para la Estufa de Nuestro Amo.

El médico se acerca. En el ir y venir de las mujeres, el aire unta las mantas y los chomites a sus piernas escamosas, pechos lasos y vientres obesos y colgantes. Muchachos desnudos, tostados por el sol, se levantan de los montículos de estiércol, con los cabellos llenos de bazofia seca. Viva la mirada, murmuran “es el doctor” y vuelven a perderse en la tierra. Los perros enderezan las orejas y gruñen sordamente al señor médico.

En la casa del enfermo hay una cortinilla vieja y arrugada, señal de que se espera a Nuestro Amo.

\*

Don Juan, que desde hacía dos meses no podía dormir sino apoyando su cabeza en el pecho sobre un montón de almohadas, esa noche pudo acostarse muy bien. Aunque apenas podía hablar, aseguró que se sentía muy aliviado, gracias a Dios. Pidió que se apagara la vela y que todos se acostaran. Tenía ya muchas ganas de dormir, una noche siquiera, a gusto.

Elena asintió. Pero cuando oyó las respiraciones pausadas y profundas de Esperanza y Juanito, con extraordinaria zozobra se levantó, encendió la vela y de puntillas, para no despertarlo, se acercó a la cama de don Juan.

Don Juan se había extinguido como una llamita silenciosa.

Todos se levantaron.

La vela de sebo se acabó a las dos de la mañana; pero como hacía muy bonita luna, una ráfaga bañó el cuerpo durante muchos minutos.

IX

—Parece que estamos en septiembre y no en abril —observó uno de los contertulios de La Carolina, asomándose a la calle y poniendo su mano tendida afuera.

El chorro crepitante de la canal hacía inadvertido el chispeo de la lluvia incesante. De cada puerta de la tienda se deslizaba una franja luminosa sobre el charco bituminoso, en medio de la calle, que agitada por el chorro de la canal se abría con estrías de luz.

—La de malas —exclamó el jefe de la casa—; con la maldita fábrica de los del Llano se perdió un dineral. La fábrica se acabó, pero se nos ha venido el temporal de lluvias con cuatro meses de anticipación, las familias han emigrado y ¡el demonio!...

—Buena suerte la de estos amigos del Llano —dijo otro—. ¿Saben ustedes en lo que vino a resultarles la quiebra de Olivares de San Luis Potosí? Bueno, pues se los llevaban con cien mil pesos; pero como don Ignacio anduvo listo, les tomó la mercancía importada y resulta que, con el tipo de cambio actual, la está vendiendo en pura plata y a las mismas casas de México con un ciento cincuenta por ciento, es decir, que se gana más de cien mil pesos, si logra realizar toda su mercancía.

El jefe se mordió los labios, sin contestar.

Hacía media hora que no entraba un solo cliente. Los dependientes, callados, de codos en el mostrador, oían el rumor monótono de la lluvia y las apagadas y lentas campanadas de las ocho.

Esperanza se acercó al gato barcino que estaba echado sobre el mostrador y acarició su pelo suave. El animal se desperezó, enarcó su lomo y enderezó sus manos duras, alzó un instante la cabeza, haciendo lucir intensamente las esmeraldas de sus ojos; luego, metiéndola entre los hombros, aplanando su cuerpo muy angosto hacia el cuello y muy ancho hacia las nalgas, volvió a acurrucarse.

Un suspiro profundo se ahogó en la garganta de Esperanza.

—Pero ¿qué me dicen ustedes del negocio que acaba de hacer con la Vecindad Modelo? —volvió a hablar uno de los contertulios.

El jefe le picó con el codo, señalándole con el gesto a Juanito y Esperanza.

—Sí, sí; ya sé —prosiguió bajando la voz—. Pues han vendido en cien mil pesos esa obra. ¿Saben ustedes qué tanto les cuesta? Diez mil pesos, diez mil pesos, y me alargo mucho... De la pura

mercancía embargada a La Sultana salió sobrando para terminar la fábrica... ¡Tiburones!... ¡Don Juanito no sabía siquiera lo que tenía en La Sultana!

—Y pensar de que estos muchachos se quedaron en la ruina...

—*Business es business* —disculpó secamente el patrón a su colega.

Como a los moribundos, a Esperanza y a Juanito se les habían aguzado extremadamente los oídos.

Empapado, chorreando agua hasta por los talones, entró precipitadamente Villeguitas:

—Señores, no tienen más novedad sino la de que los bandidos están ya a cinco leguas de distancia. Los señores del Llano arreglan sus equipajes para salir luego en un tren especial. Yo me quedo al frente de la casa. Arriesgo el todo por el todo.

Se miraron entre sí: estaban descoloridos, sin gota de sangre en la cara, y las piernas les temblaban.

El jefe ordenó a los dependientes que se marcharan.

La lluvia apretó más fuerte. Juanito se alzó las solapas de su saco de dril; Esperanza recogió por delante su falda de percal negro, se envolvió la cabeza en su chal, y los dos, con las manos apretadas sobre el pecho, echaron a correr hacia su casa por calles oscuras y desiertas bajo la lluvia penetrante.

—¡Empapados, hijitos de mi alma! —exclamó Elena.

—No te apures, mamá; danos de cenar y a dormir luego —dijo Esperanza tiritando.

Elena dobló su cabeza con angustia; tuvo que decir que no había qué cenar. La mesada se había agotado desde al mediodía; nada habían querido prestar en el montepío sobre las prendas que llevara.

—No llores, mamacita; mañana pido una quincena adelantada —dijo Esperanza—. ¿Por qué no nos lo dijiste antes?

—Yo ni hambre tengo —afirmó Juanito, sombrío.

—Ni yo —repitió Esperanza.

Luego extendieron sus ropas sobre un desvencijado canapé, se envolvieron en colchonetas deshilachadas y durmieron muy bien hasta otro día.

\*

Juanito y Esperanza salieron a escape de La Carolina, que bruscamente cerró sus puertas. Pero apenas pudieron avanzar unos cuantos pasos. Las gentes corrían y se atropellaban. “¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí!”. Las puertas se cerraban con estruendo y las calles se quedaban solas. Se oyó, primero, un disparo lejano; luego, otro más cerca, agudo, reperkusivo, algo como el estallar de un cohete; después, los disparos se oían diseminados y por todas partes. Torciendo una calle, apareció al galope un grueso grupo de montados, con los fusiles a la cara. Esperanza y Juanito se replegaron al marco de un zaguán.

Las pezuñas sacaban chispas de los empedrados; las balas pasaban silbando.

Luego, no fue un grupo, sino la calle llena de caballería. Hombres de rostros quemados y terrosos, de miradas de fiera, con grandes sombreros de soyate, tapizados de santos.

Pasaban cerca de Esperanza y de Juanito disparando al aire y sin reparar en ellos.

Después, con un grupo de soldados, llegó una avalancha de gente del pueblo. Millares de manos alzadas señalaban las puertas de La Carolina. Un soldado abocó su máuser al pestillo; estalló la chapa y, entre gritos y alaridos de regocijo, se abrieron las puertas. La gente se precipitó dentro y comenzó el saqueo. Salieron cajas de vino, pilones de azúcar, tercios de maíz, sacos de frijol, montones de queso y grandes latas.

Juanito lo veía todo. Esperanza apretaba mucho los ojos como si esperara de un instante a otro la bala que se le había de incrustar en el corazón.

De pronto, Juanito dio un salto:

—Esperanza, no te muevas; espérame aquí.

Espantada, ella abrió los ojos sin comprender. Juanito corrió y en medio de la turba entró también a La Carolina. Unos cuantos segundos después aparecía, arrastrando a duras penas un bote de petróleo.

—Esperanza, ven; ayúdame...

Pero la muchacha, abismada, no movía ni pie ni mano.

—¡Ayúdame!... ¡Mira..., mira!...

Desesperado, Juanito le enseñaba con los ojos el gran edificio frente a Esperanza.

Esperanza comprendió y corrió a ayudarlo.

Primero, con el filo de una piedra, intentaron horadar el bote; pero la hoja resistía y sólo consiguieron abollarla. Juanito se tiraba los cabellos de impaciencia.

Forcejeó de nuevo, y tampoco. Volvió los ojos de un lado a otro.

—Toma —dijo Esperanza sacando un grueso alfiler del peinado.

Juanito hizo un agujero, luego otro. Rociaron la puerta realzada y recién barnizada. La madera ardió muy bien. Cuando hubo un buen boquete echaron el bote de petróleo adentro y tras el bote un tizón.

Se escuchó un estallido, luego comenzó a salir humo negro por puertas y ventanas; las llamas asomaron, lamiendo los pretiles; después, por el último piso, ascendían espirales de humo hasta las nubes. La casa Del Llano Hermanos, S. en C. ardía muy bien.

Esperanza y Juanito no oían el restallar de los máuseres, ni el ronco estampido de los 30-30, ni el galopar de las caballerías. Alelados, veían levantarse las llamas hasta el cielo cárdeno, y estaban cogidos de la mano, cogidos estrechamente, y sus corazones latían aprisa, aprisa...

*Campamento* \*  
Gregorio López y Fuentes

PRIMERA PARTE

**¡Señora, véndame algo que comer!**

I

La puerta de golpe, límite entre las ranchería y los porteros, gime, como es su costumbre, al ser abierta. Los habitantes de la primera casa se asoman a ver quién es el viajero. Un hombre, de vestido terroso y con el pecho cruzado por dos carrilleras, tiene por el cabestro su caballo, en tanto que atranca con una piedra el golpeador de la puerta para que ésta no vuelva a cerrarse.

El hombre monta en su caballo y sigue por el camino, como si fuera de paso, por entre las casas pajizas de la ranchería. De no ser por las dos carrilleras, las mujeres ya le hubieran llamado la atención sobre por qué deja abierta la tranca, con peligro de que se salgan las vacas. Han pasado tres minutos y por la misma puerta asoman dos jinetes, uno al lado del otro. Hablan y ponen atención en las casas que quizá por primera vez se presentan ante sus ojos. Siguen de paso, también.

Una voz femenina grita su inútil noticia:

—¡Son soldados!

Las demás mujeres comienzan a cerrar sus puertas, espantadas. Y principia el apretado desfile de la tropa. Caballos negros, en cuyo

\* LÓPEZ Y FUENTES, Gregorio, *Campamento*, México, Espasa-Calpe, 1931.

pelaje, el sudor, al secarse con el viento de la tarde, ha dejado vetas con aspecto de mugre. Caballos blancos y ahora de color café con leche, a causa del polvo. Caballos de todos colores. Hombres de indumentarias diversas, desde el traje militar hasta el vestido charro. Sombreros enormes, como hongos de una vegetación lujuriosa. Sombreros tejanos de color claro. Armas de todas marcas y de todos los calibres, sin faltar la escopeta conejera, atravesada en la cabeza de la silla. Todos los tipos imaginables: el jovencito rubio, el hombre maduro, de grandes bigotes negros, y hasta uno que otro anciano animoso.

En ocasiones son grupos compactos, que apenas pueden pasar por la puerta de golpe, sin atropellarse, y que ya en el camino real se esparcen un poco. Una polvadera denuncia muy adelante el avance de la vanguardia. Las tropas siguen pasando. Las puertas que se cerraron en un principio, se abren para calmar la curiosidad. Los muchachos van hasta la orilla del camino.

Una viuda joven, que cuantas veces se hablaba de revolucionarios repetía negras historias de atropellos, se ha atrevido a salir para mirar, también, la columna que pasa. Le han contado de robos, de muertes. Pero lo que más espantaba era esa versión de que ninguna mujer se escapa de ser..., cuando un pueblo cae en manos de los revolucionarios. ¡Y tenía tal miedo!

Sigue mirando el paso de la columna. Confiesa a una vecina que los revolucionarios no tienen traza de ser tan malos como se los han pintado. Si son como todos, aunque un poco flacos y requemados por la lucha. Ha tomado confianza, y cuando un soldado bigotudo y mal encarado pasa muy cerca de ella, hasta tiene el valor de mirarle fijamente a los ojos. Decepcionada, tilda a todos de poco hombres y cierra bruscamente su puerta.

Entre la polvadera levantada por el desorganizado desfile de las caballerías, no se puede afirmar si son cuatro o diez mil hombres. Son muchos, y eso lo dicen cuantos lugareños ven pasar la tropa. En cuanto al general en jefe, nadie puede jactarse de haberlo visto pasar, confundido con todos. Son los muchachos los que llevan a sus casas la noticia de que el general se ha apeado en lo que fue residencia del terrateniente, huído a la ciudad desde los comienzos de la revolución.

La columna se detiene un momento. Un jinete regresa y comunica una orden. Los soldados se dispersan en busca de un aloja-

miento, aunque sin arrojar de su casa a los vecinos. Se acomodan en los portales, en los jaladizos, en las huertas, al pie de los tecorrales,<sup>1</sup> en todas partes.

Algunos jefes se han posesionado de catres de lona. Se instalan en los patios, a la intemperie. Cada alojamiento de esos denuncia la transitoria residencia de un coronel o de un general. Los asistentes van y vienen, ocupados de desensillar y dar agua a los caballos. Otros soldados, más cuidadosos de sí mismos que de sus cabalgaduras, van por las casas en demanda de unos huevos, de un pedazo de carne o cuando menos de unas tortillas con chile.

—¡Señora, véndame algo que comer!

Suena un tiro. Una gallina da un grito y alza polvo al intentar levantarse hacia las ramas de un árbol cercano. Tiene quebrada una de las alas. Un soldado la alcanza y la remata a culatazos.

—¡Mis gallinas, señor! ¿Por qué mata mis gallinas?

—No grite, señora. Le he matado una gallina, porque me gusta comer gallinas cuando la gente no quiere vender ni siquiera unos frijoles agrios. Pero no se apene, señora: mi general paga hasta la risa...

El soldado se cuelga la carabina en un hombro y se marcha arrancando puñados de plumas a su presa. En la única venta del lugar hay jaleo. Una veintena de hombres armados se apiñan y quieren ganar entrada, a pesar de que adentro no cabe uno más. De pronto los de adentro empujan hacia fuera. Asoma a la puerta una mujer obesa y chaparra, inconfundiblemente de pelo en pecho. Algunos de los soldados mastican a los carrillos. Otros se pasan de mano en mano una botella.

—¿Quién paga? ¿Quién paga? ¿Usted, general?

—¡Ya me ascendió esta vieja! Señora, soy simplemente capitán.

—¡Pues usted pague! ¡Usted fue quien se comió las enchiladas!

—Contribuya con algo, señora. Aunque sea con unas enchiladas, contribuya con algo. Nosotros andamos arriesgando el pellejo, mientras que ustedes...

—¿Y quién se lo manda? ¿Acaso yo?

De este apretado hormigear de tropa, cien hombres han encontrado algo que llevarse a la boca. Muchos, acampados también dentro de la ranchería, ni siquiera hacen intento de buscar, al ver que los más listos salen con las manos vacías de cuantas casas inva-

---

<sup>1</sup> Cerca de piedra.



den. Los que están acampados fuera del caserío, éstos, ni siquiera se enteran de la situación. Y en este hormiguar de hombres, en este ir y venir, se cruzan generales sin un soldado a sus órdenes; coroneles que mandan quinientos hombres de sus confianza; divisionarios, sin más tropa que dos asistentes; simplemente soldados con facha de generales.

Entre la tropa se mueve la caballada, libre ya de monturas. Es conducida hacia la tranca de golpe, para que vaya a pastar durante la noche en los potreros de la hacienda. Un oficial llega a dar órdenes a un grupo de soldados, uniformes en el vestir. Son los Cuerudos. Inconfundiblemente duchos en los trabajos de ganadería, y por ahora enrolados en las filas de la revolución.

Cinco de ellos van al pie de un tecorral, donde tienen amontadas sillas y carabinas. Toman sus reatas, y de entre la revuelta caballada sacan sus animales. Violentamente botan sillas y se pierden por entre huizachales y cornizuelares, abriendo mangana. Tras ellos se dispersa la caballada, que ramonea, desde luego, los pastos nuevos.

En la ranchería sigue el trasegar inútil por cocinas y despensas misérrimas. Los lugareños son vistos con indiferencia. Apenas si se les toma en cuenta, pues la tropa es mayoría aplastante y ellos ni siquiera acuden a la protesta.

Las mujeres son las más resueltas.

Una mujer joven y robusta sale de su casa dando alaridos:

—¡General, este hombre se lleva la cena de mis hijos! ¡Es lo único que había salvado! ¡Esto es una infamia! Ordénele usted...

—Yo no soy general señora.

—¡Entonces, usted! ¡Usted sí es general!

—¿Qué, tengo cara de general? ¡Lástima que sólo tenga la facha!

Y la mujer va de un lado a otro, hacia todos los que pasan cerca de quien se come la cena de sus niños. Un sargento la detiene. Le hace un cariño en un cachete. Ella retrocede, indignada. Regresa llorando a su casa. El sargento le dice:

—¡Lástima que estás preñada! Si no lo estuvieras, te llevaría para que cuidaras de mí: ¡traigo de mano una potrancia *mondinga*<sup>2</sup> como para una novia!

Más al centro de la ranchería se oyen palabras gruesas y varios soldados corren en diversos rumbos. Es que corretean una marrana

<sup>2</sup> De paso menudo.

de grandes orejas y hocico achatado. Al deslizarse el animal por entre la multitud, varios soldados se echan de bruces, con intento de asegurarla por una pata. La puerca se escapa con ligereza, aunque con señales seguras de que ya está aturdida de tanto verse acorralada. Los que la tienen más cerca piden a gritos una reata. Como la reata no llega, un oficial echa mano a la pistola y dispara.

El oficial ha disparado sobre la misma multitud que se mueve en un segundo término, entre la presa y las paredes de las casas más o menos distantes. La multitud se abre como dos olas a un golpe de viento. La maniobra resulta inútil, como todos los movimientos ejecutados cuando ya se ha producido un disparo y pasado la bala. Afortunadamente, ninguna persona resulta herida. El proyectil cumplió el mandato fielmente. La marrana ara la tierra con el hocico y va a echarse, roncando, junto al maderamen de la casa vecina. Es recogida violentamente y llevada a un sitio apropiado para destazarla.

Inmediatamente llega un ayudante del general en jefe a decir que se castigará severamente a quien provoque un hecho igual, y que ya se han tomado las precauciones necesarias para que pueda cenar la tropa. Apenas han transcurrido unos minutos y dos Cuerudos asoman por la tranca de golpe. Uno de ellos trae en la punta de la reata un novillo blanco, de grandes manchas amarillas. El otro, cada vez que el novillo se para, resuelto a no pasar, le arrima el caballo. Si no obedece la res, le quiebra la cola. Y si resiste aún, entonces le pica debajo del rabo con una rama seca, de que se ha provisto. El animal sale disparado, se da un tirón y vuelve a plantarse. Los otros tres Cuerudos no han sido menos afortunados. De ellos llegan tres reses atadas a las puntas de sus reatas, mientras el tercero les sirve de arreador. Una de las reses es enviada a los que acampan delante de la ranchería, en el camino. La segunda es atada al tronco de un ciruelo, junto a una casa. La tercera es enviada a los de retaguardia.

Ésa va a ser la cena. Ya no la carne sin sal, tomada durante tanto tiempo en los montes, cuando en pequeñas guerrillas los componentes de la columna andaban a salto de mata. Ya no la carne asada tal y como la cortaban de la res muerta. Ahora ya es la carne con algunos adornos: un pedazo de lomo bien dorado al fuego envuelto en una tortilla olorosa a maíz nuevo, con su buena sal y algunos trozos de chile verde.

Cuando algunos hombres ya ejecutan ese juego malabarista, que parece tan peligroso, de frotar rápidamente dos hojas aceradas para darles más filo, y se disponen a matar la res atada al tronco del ciruelo, sola, sin que nadie la arree, llega a la tranca una hermosa vaca, de ojos confiados y ubre hinchada, rumiando tranquilamente los pastos recogidos de los potreros.

Se organiza una batida entre los más cercanos a la puerta. Rodean al manso animal, ni siquiera intenta huir. Un soldado casi le pone con la mano el lazo en los cuernos, se deja conducir. Le ponen un pial<sup>3</sup> en las dos patas y tres o cuatro hombres se cuelgan del lazo. Azota el suelo. Maniatada, le hunden el cuchillo. Salta la sangre y la víctima se queja.

Al mismo tiempo que un soldado llega con un cazo, pedido en un lugar cercano, para recibir la sangre que emana a chorros resoplantes, un hombre de la ranchería se acerca a todo correr

—¡No maten, señores! ¡Deja un becerrillo y se va a morir! ¡Está parida!

—A buena hora llega usted con su tontera. Aunque no quisiéramos matarla, en atención al becerrito, ya no la salva ni Dios padre. Pero no se apure: inosotros pagamos todo!

Un oficial que la hace de mirón se arrodilla en el polvo y comienza a jalear las tetas de la vaca moribunda. La leche salta en hilillos blancos como los chorros de un surtidor minúsculo. Acaso intencionalmente, después de succionar la ubre y habilitar la teta que está bien hinchada, el oficialillo la aprieta bruscamente empuñándola hacia determinada dirección. El chorro de leche da como un escupitajo en el ojo de otro oficial que ha estado mirando cómo despellejan la vaca.

El ofendido aún no termina de limpiarse el ojo con un pañuelo sucio y hecho bola que ha extraído de una bolsa de su guayabera, y suelta el primer insulto:

—¡Esas bromas guárdatelas para la más vieja de tu casa!

Al mismo tiempo echa mano de la pistola. No la saca del todo. Sigue diciendo:

—¿Qué espera? ¿Por qué no le atora?

—¡Hombre, no vamos a reñir por semejante tontería!

---

<sup>3</sup> Lazada.

—¿Tontería? La tuya porque yo estoy en lo dicho: ¡no es tontería, es... cobardía!

Ante la última palabra el retado parece reaccionar y decidirse por el encuentro. Se mientan la madre los dos. Mientras uno de ellos permanece con una mano puesta en la cacha de la pistola, el otro no da señales de ponerse en actitud.

—No conviene que riñamos... el que se mueve, se muere. A otro lo manda fusilar el general. Ya sabes que estando en campaña no admite riñas.

—¡Cuánta prudencia! Pero hay que advertir que en el primer tiroteo, si no me cuido, me quedaré entre los muertos. Dirán que me mató el enemigo. Pero si se fijan los que me levanten, verán que el balazo lo tengo en la nuca, por detrás, porque ésa es tu especialidad... por eso quiero arreglar esto de una vez. Aquí disculpas, amistad, pero en la primera coyuntura, a tomar venganza. No será el primer caso que se te conozca. ¡Veremos quién madruga!

Con los que acudieron a presenciar la riña y los que ya esperaban que las reses fueran desolladas para cortar sus pedazos de carne, el grupo es numerosísimo. El más resuelto de los contendientes se abre paso a codazos y va a acostarse en su poncho atigrado, al pie de una cerca de piedra, donde la hierba-dulce es como una alfombra olorosa. Los espectadores han resultado defraudados. Unos se retiran comentando. Los demás consagran toda su atención a los hombres de los cuchillos. Están como los zopilotes cuando rodean una vaca muerta, sin poder dar comienzo al festín, porque el quebranta huesos, en calidad de líder, se despacha primero.

Las ramas del ciruelo han sido cortadas a golpe de machete y convertidas en escarpías. De ellas van colgando dos piezas de carne: piernas completas, costillares veteados de grasa blanca y amarillenta. Intestinos apestosos a estiércol. Los soldados piden sus pedazos de carne. Los asistentes piden para ellos y para sus jefes inmediatos, a quienes sirven.

—Mi coronel dice que le mande un pedazo de lomo.

—Dígale que ya no hay. ¡La vaca no era todo lomo!

—Bueno, pues entonces métase su carne por donde usted sabe.

Y los que no son complacidos en un lugar, van al otro. Por fin se deciden por lo primero que se les pone a mano. Nadie piensa en otra cosa que en asegurar un pedazo de carne, ajenos a la gran naturaleza que les rodea. De lado a lado del camino, en los lindes, dis-

tantes del valle, las altas selvas de apretados follajes. En pleno valle, dominándose desde la ranchería, en río de blanquesinas chorreras. Monte adentro, los coros vespérales de las chachalacas. Y por sobre las montañas distantes, la tarde, donde los celajes parecen haber servido para enjugar las sangre de las reses muertas en el campamento.

Las sombras comienzan a avanzar en línea cerrada desde los montes hacia la ranchería. En los herbazales comienzan a chillar los primeros grillos. Por todas partes comienzan a brillar las fogatas. Un jacal abandonado es destruido a pedazos para ser lumbre con sus maderas. Los soldados que no hallan materiales de combustión en la ranchería, se internan por los ribetes del monte en busca de ramas secas. Regresan rascándose y sacudiéndose las ropas, enterados de que las garrapatas no los dejarán dormir.

Dicen los mas conocedores de la región:

—No preocuparse. Tienen una boca tan pequeñita las pobrecitas.

—Pero lo que molesta.

—Media botella de aguardiente untado por dentro y por fuera y, así pueden picar todas las garrapatas habidas y por haber, se duerme como un bendito.

En derredor de cada hoguera hay un grupo de soldados y oficiales. Hasta generales hay junto a la lumbre, en espera de la cena, que, por cierto, será comida y almuerzo al mismo tiempo. Unos activan el fuego bajo los cazos en que hierven los pedazos de carne. Otros sostienen trozos de pulpa salada, espetados en varas verdes y puntiagudas. Los más listos y que se aventuraron por campos de labor, asan elotes tiernos en las brazas. A distancia se denuncian los elotes, por su olor.

Los jefes no se han olvidado de la tropa. Cuando la carne comienza a chirriar y a retorcerse en el fuego, algunos soldados van por todos los grupos y reparten cuatro tortillas por cabeza. Es el tributo de las rancherías cercanas, gestionado a toda prisa por el juez de la congregación, única autoridad civil en el lugar.

Junto a una de las fogatas más cercanas a la puerta de golpe y, por lo tanto, más a la orilla del camino, varios soldados y oficiales comen a dos carrillos. Uno de los hombres, alto y patiabierito, después de dar el último bocado se limpia los dedos grasientos en los zapatos bayos, disque para lustrarlos. Cuando se endereza se queda oyendo. Más allá de la tranca en plena oscuridad, suenan voces.

Podía ocurrírsele que la gente por llegar trae el consentimiento de la avanzada de retaguardia, pues no se han escuchado detonaciones para creer en un desventurado encuentro. No ha quedado enemigo atrás. Sin embargo, avisa a sus compañeros, recoge su arma y corta cartucho.

—¡Quién vive!

## II

—Vaya usted y desarme y arreste a ese bruto que hizo fuego.

Pasa un rato. El emisario regresa:

—Aquí están sus armas.

—¿Y él?

—Fue por demás arrestarlo. Está muerto. Es el hombre de la ruleta...

El momento no es para comentar el fin del conocido personaje. Todos saben, también, cómo era su valor. Pocos, sin embargo, toleraban su amistad, porque era tan peligroso como un perro fiel, pero propenso a la rabia.

Era superviviente de las primeras andanzas del jefe. Refranero y gran narrador de episodios. Pero a esas cualidades iba unida la inconveniencia del peligro. Quien lo rehuía se echaba encima un lance provocado por el calificativo de cobarde. Según él, todo hombre, para serlo, necesitaba jugarse la vida en todo momento. Entraba a tiroteos con la pierna cruzada sobre la cabeza de la silla o bien a un claro para bailar un zapateado que era sólo una provocación al enemigo.

En los últimos días eran cinco sus inseparables. Acerca de ellos solía decir, incluyéndose, que en la columna los valientes no pasaban de media docena. Era su manera de calificar la que lo hacía reducir el número de los hombres de valor. Para él un valor consciente era un valor condicional. El hombre completo, decía, debe brindarse todo y en todas las circunstancias. En ocasiones ha variado el número de los hombres de tal manera de ser. Han sido ocho, diez; han bajado hasta a dos. Hace un momento eran media docena. Ahora son cinco únicamente.

Reunidos los seis valientes, en cuanto hallaban una mesa y unas copas, surgía el pasatiempo favorito: la ruleta de la muerte. El ini-

ciador portaba una pistola de cilindro, pavonada de negro, siempre suave de llamador y siempre harta de tiros. Cada tanda de copas equivalía a un albur en que los seis amigos se jugaban la vida. Pagaba el señalado por la suerte.

Hombres con amplios antecedentes de corazón bien puesto, al retirarse o rehuir tan temeraria diversión, tuvieron que altercar con él varias veces. Donde estaban reunidos los seis amigos, no podía estar quien no se resolviera a morir y a morir de manera inútil.

—¡No se vaya! Únicamente los guajolotes se mueren en la víspera...

—No soy suicida.

—O lo que es lo mismo, tiene miedo.

—Puedo demostrar lo contrario.

—Siéntese, pues.

Sentados en rueda, frente a sus copas, de la misma forma que otros se juegan el vino por medio del cubilete, así los seis amigos se jugaban el vino y la vida a cada vuelta de la ruleta. Consistía en el girar de la pistola amartillada, puesta en el centro de la mesa. El arma, suave de muelles, era la constante amenaza. Aquel a quien señalaba la punta del cañón cuando la ruleta terminaba de girar, ese tenía que pagar las copas. Naturalmente que, en ocasiones, un choque del cañón contra la superficie de la mesa provocaba el disparo, y no pocos habían quedado ya, después de una vuelta de ruleta, con la frente apoyada sobre la mesa, como los jugadores que, después de perder el último centavo, se quedan dormidos sobre el tapete, arrullados por las fichas que no son suyas.

Los seis ruleteros cayeron al anochecer en una vuelta de aguardiente y, temerosos de que otros fueran a agotar la existencia del precioso artículo, se pusieron a jugarse la vida. Así estaban seguros de que cuantos asomaran las narices, a no ser que el vicio pudiera más que el apego a vivir, darían media vuelta.

Dicen que hoy los seis amigos habían bebido más que de costumbre, y que la pistola, a pesar de lo mucho que girara con el martillo alzado, no había hecho ni un fagonazo. También dicen que el iniciador del juego había tenido mucha suerte: ni una sola vez pagó las copas.

—Sirva las otras, señora.

—Voy —decía la mujer desde el interior de las habitaciones— ¡pero alcen esa pistola!

Con toda clase de precauciones, la casera espiaba si la pistola había dejado de girar. Hasta estar convencida, iba a servir las nuevas copas y corría para adentro. De pronto, una detonación. El jefe de los ruleteros se fue yendo de lado hasta darse un cabezazo en el suelo. Como la bala se le metió en el corazón, ni al perder pagó las copas.

## **Los federales rendidos**

### **III**

La oscuridad ya es bastante para que no se pueda distinguir a doscientos metros la gente que se acerca. Hay necesidad de que los recién llegados pasen el pie de las fogatas para que se les aprecien algunos detalles. Se echa de ver que no son tropas de la revolución. La uniformidad de su indumentaria, aunque estropeada, así lo revela. Son infantería con mochila, con armas iguales y hasta con mujeres.

Bien pronto corre la versión exacta. Es más o menos una centena de tropas federales en pésimas condiciones. Después de pedir y obtener su rendición, llegan a engrosar la columna. El efecto de la noticia no puede ser mejor en el ánimo de los revolucionarios. No precisamente porque tengan mucho el contingente, sino porque la actitud asumida por los federales es un síntoma favorable. Bien se ve que la organización de los federales ha sido distinta a la de los grupos revolucionarios. La presencia de las mujeres y de los niños denota que han pertenecido a uno de esos pesados convoyes militares de la federación que marchan lentamente, con todas las precauciones, y que buscan los encuentros decisivos, donde entra en acción la artillería y todo obedece a un plan perfectamente madurado. Sólo así puede concebirse que cada soldado lleve su soldadera, que cada soldadera lleve uno o varios muchachos y que éstos lleven perros y hasta pericos.

Las columnas revolucionarias, sobre todo en sus comienzos, no toleran las impedimentas. Tienen que ser volantes y ágiles. De ellos les queda el sello, aun cuando, cobradas fuerzas y audacia, varias guerrillas formen todo un ejército.

Los recién llegados se forman en mitad del camino, como espectros borrosos, en medio de la oscuridad. A trechos los doran los resplandores de las fogatas. El jefe va acompañado de un revo-



lucionario a hablar con el general. Pasada media hora los federales reciben orden de acampar donde puedan. Forman un grupo aparte. No parecen dispuestos a entrar en trato con los acampados desde antes en el lugar. Son muy contados, de uno y de otro lado, los que buscan conversación.

En una de las fogatas más cercanas un oficial revolucionario discurrese acerca de las inconveniencias que tiene la impedimenta en tratándose de columnas volantes.

—Especialmente las mujeres —dice— son un estorbo tremendo. No resisten las jornadas fuertes. Se enferman fácilmente de insolación. Y en los trances difíciles orillan a la tropa a los más grandes sacrificios.

—No quiero desmentirlo, mi capitán —contesta un sargento—; pero serví en las líneas federales. ¡Si viera usted cuanto ánimo le dan a uno las viejas! ¡Si viera usted cómo atienden a los heridos! Yo caí herido de un plomazo en la mera cabeza. Si no ha sido por unas soldaderas me quedo en manos del enemigo. Ellas me llevaron arrastrando hasta los carros cuando el enemigo ya entraba por la otra garita.

Un soldado de casco caído sobre los ojos, con chaquetín de gbardina, pantalón de montar y tubos, llega hasta la fogata. Se sienta lentamente en cuclillas. Pone al fuego un pedazo de cacharro, en que bien pronto comienzan a chillar algunas piltrafas de gordura.

El oficial sigue diciendo:

—Estamos de acuerdo, mi sargento: en las columnas pesadas son tolerables. Pero en las columnas ligeras las viejas son un engorro.

El soldado que ha puesto al fuego su pedazo de cacharro levanta la cara e insolentemente le dice al capitán:

—Quiere decirme, capitancillo de chocolate, ¿cuándo yo les he pedido frías<sup>4</sup> a ustedes?

—¡Atiza!

Todos sueltan la carcajada. Lo que han tomado por un soldado es nada menos que una muchacha hombruna que se unió hace quince días en un pueblecillo diez jornadas atrás. Ha soportado las caminatas a caballo. A nadie ha pedido servicio alguno. Pero su fealdad y su carácter hosco no le han acarreado simpatía alguna entre la tropa, además de que, las pocas simpatías interesadas que

---

<sup>4</sup> Pedir favor.

ha inspirado, ella se ha encargado de matarlas. Sin embargo, dicen que un soldado es su amor.

Sin duda ha contestado en forma tan brusca al capitán porque creyó aludía a ella. El oficial está amoscado ante la insolente contestación. ¡De ser un hombre! Mientras se retuerce los mostachos negrísimos, se queda mirando la grasa que ya se licúa al fuego. Pregunta:

—Bueno, si eres tan brava como dices y resistes lo mismo que nosotros, ¿quieres decirme en qué vas a emplear ese unto? Se me hace que te escaldaste y vas a ponerte manteca por allá...

—Y si así fuera, ¿qué le importa?

La mujer retira con enojo su pedazo de cacharro. Como se quema los dedos, lo toma con unas hojas que encuentra a mano. Se va rumbo a otra fogata. Tiene andar de compás. Sus pasos son perfectos cuartos de círculo. Lleva las piernas estiradas y abiertas.

Ríen todos, de buena gana. La alcanza la cuchufleta:

—¡Te has rozado las verijas!

Se vuelve bruscamente. Al pálido resplandor de la fogata que aún la alcanza, se la ve ponerse índice y cordial a los lados de la nariz. Ejecuta un movimiento de arriba abajo. Está furiosa.

Del grupo de los federales rendidos se desprende un hombre. Lentamente se acerca a la hoguera más próxima. Mediante un “con permiso”, se agacha sobre la lumbre y toma un tizón. El brazo muestra un humilde cintajo de subteniente. Enhiesto otra vez, acerca el tizón a un cigarro torcido de hoja de maíz, tan grande que su fabricante le ha echado una amarra en la mitad para que no se le deshaga. Arroja el leño sobre el fogón, el cual desprende chispas violentas. Da las gracias, y cuando ha girado sobre los talones para retirarse, una mano se le posa sin brusquedad en un hombro.

Durante un segundo se miran los dos hombres a la cara. El del cigarro de hoja, que tiene el marrazo en el cinto, mira retador al otro. En los labios del segundo hay una sonrisilla entre amigable y burlona.

—¿No me conoces?

—No tengo el gusto... No recuerdo...

—¡Tu mayor, hombre! ¡Tu mayor! ¡Qué memoria! Vdn por acá...

Lo lleva casi a la fuerza. Se sientan los dos un unas piedras bajadas del tecorral.

—¿No recuerdas que cuando la defensa de la toma de agua, hace seis meses, yo estaba con cincuenta hombres defendiendo el lugar? ¿No te mandé a decir al general que necesitaba refuerzo o no respondía de lo que sucediera? ¿No recuerdas que cuando llegó el refuerzo quitado del otro extremo de la estación unos habían muerto y otros habíamos caído prisioneros?

—¡Me habré vuelto loco!

El subteniente se rasca el cuero cabelludo, y apretándose después la barbilla en actitud meditativa, hace esfuerzos por diafanizar sus recuerdos.

—¿Es decir, que no recuerdas de tu mayor?

—Sí, recuerdo de él. Pero mi mayor se quedó enterrado en la zanja, en compañía de treinta muchachos, a un lado de la estación. Lo recogimos de la toma de agua. Tenía un balazo en medio de los ojos. La sangre le cubría la cara. Cuando recuperamos el lugar, él estaba sentado en el suelo, recargado en la mampostería, con la cabeza inclinada a la derecha. Sobre el calicanto estaba un brochazo de sesos. Como si lo estuviera viendo...

—Ya caigo. Para ustedes yo quedé muerto en la toma de agua. No había pensado semejante cosa.

El mayor se pone triste y luego se ríe en las barbas de su antes subordinado. El subteniente parece más perdido que nunca en mitad de sus dudas. De pronto se le queda mirando a la frente. Le mira en medio de los dos ojos, en el mismo sitio donde penetró la bala que dio muerte al mayor. Debe creer que está hablando con un muerto.

—No te afanes. Comprendo que quieres averiguar cómo puedo vivir todavía. Si te dejo el trabajo de averiguarlo, es decir, de saber cómo salí de la zanja, de entre los muchachos enterrados en montón, acabarías por volverte loco.

—Es verdad mayor.

—Tú no puedes saber que, aunque andaba de aquel lado, tenía algún cariño a la revolución. Mi padre murió perseguido por algunos hombres pudientes del antiguo régimen. Para pagar a mi madre el precio de la vida de su esposo, a mí me pensionó el gobierno. Estudié la milicia. De teniente salí a filas. Logré llegar a mayor. Entonces nos conocimos. Cuando el tiroteo disputándonos la toma de agua, yo tuve la idea de pasarme a este lado. Hubiera sido una traición a ustedes. De no haberme visto precisado, de no haber tenido que decidirme entre vivir o morir, tal vez no lo hiciera

todavía. ¿Recuerdas que te mandé ante el general a pedir parque y más hombres, aunque necesitaba más de lo primero? A los diez minutos que tú saliste arrastrándote por la hierba, los atacantes ya iban a lanzarse al asalto. La única ametralladora que nos quedaba útil se encasquilló. El que la manejaba, al intentar desencasquillarla, fue herido. Quedábamos veinte, únicos. Pensé en dejar la posición. Pensé en pelear hasta morir. Pensé en rendirme. Ninguno de los tres caminos me gustó. Ya no deseaba seguir de aquel lado. Sacrificarnos resultaba inútil. Y, de rendirme, bien sabía que me fusilarían, porque entonces no perdonaban a nadie que fuera oficial o jefe. Se me ocurrió entonces una idea maravillosa. Un cabo —tal vez recuerdes de él: de mi estatura y hasta de mi color— acababa de caer con un balazo en medio de los dos ojos. Hacía fuego por una claraboya y, al estar apuntando a un rebelde que se arrastraba entre los yerbazales, recibió un balazo en la pura chapa. Tenía un balazo como ustedes creyeron vérmelo a mí. A toda prisa puse en práctica mi idea: cambié ropas y gorra con el cadáver del cabo. Lo coloqué en el mismo sitio para no despertar sospechas: junto al charco de sangre y al pie del lugar donde los sesos dejaron una embadurnada en la pared. Cuando nos rendimos yo lo hice como elemento sin ninguna significación. Entre los vencedores se habló mucho de que en el encuentro había muerto un mayor.

—Parece cosa de cuento, y lo creo porque lo estoy viendo. Lástima que todos los demás se murieron ya, si no iría corriendo a decirselo. ¡Encontrarlo vivo y coleando, después de haberle echado el último puño de tierra, en la zanja, cerca de la estación! Era de los que pusieron encima. En el hombro se le veía una estrella. Mayor...

—¡Que pifia! Y de eso parece que hace muchos años. Pero, al mal tiempo, buena cara. Lo digo por ti. Parece haberte entristecido saber que no fui yo quien enterraron en la zanja.

—¡De ninguna manera, mi mayor!

—Bueno, pues fúmate un cigarro de los míos. Con mi aparición te eché a perder el tuyo. Y dime, ¿tú que has hecho? ¿Por dónde te has andado? ¿Y con quiénes?

—Pues yo, mayor...

—Ya soy coronel. Y sin haber hecho valer mi antiguo grado. Sólo que no se me concede mando de tropa. Han sabido algo de mí.

—Pues yo, mi coronel, sigo siendo subteniente. No ha habido quien me ascienda. Ocho días después de la toma de agua murió

mi general. Había dicho que iba a pedir para mi las insignias de teniente.

—Supe que murió peleando, valientemente.

—Peleando por salvar el pellejo. Iba huyendo y se desbarrancó hecho bola con el caballo. Después dijeron que había sido en una persecución. Les faltó decir que en la persecución el general iba adelante, atrás el enemigo... Después nos pusieron a las órdenes del brigadier... Fue por tan pocos días, que no recuerdo el nombre. El brigadier...

—No hacen falta nombres. Los nombres, al menos en la revolución, no hacen falta para nada. Sería lo mismo que intentar poner nombre a las olas de un río y somos algo así como un río muy caudaloso. Comenzaron unos cuantos, allá muy lejos: hilitos de agua. Caminaron y se les unieron otros hilitos de agua. Desertor de aquellos que me tomaron prisionero, fui como una gota de agua. Después fueron arroyos los que se incorporaron. Por último, fueron ríos también los afluentes. En cada jornada se nos han unido uno o dos. Tú y tus compañeros se nos unieron hoy, aunque la confluencia de hoy fue de distinto olor. ¿Para qué son los nombres? No importa el nombre del general. No importa el nombre del soldado. Somos la masa que no necesita nombres ni para la hora de paga, ni para la hora de la comida, vaya que ni para la hora de la muerte. Quedamos tirados para que se nos sepulse de misericordia o para que nos coman los zopilotes. Yo he cambiado de nombre y de chaqueta y no por eso me quieres menos...

#### IV

—Esto no me está gustando... ¡Como si necesitáramos de guajes para nadar! Todos los que han servido del otro lado se están rindiendo y en nuestras filas les conceden ascensos y hasta los ponen por encima de quienes hemos trabajado por la revolución desde antes de sus comienzos.

—Nacerías con la carabina en la mano...

—Nací como todos, pero he servido a la revolución desde antes que usted. Sépase que yo fui agitador cuando en todo el país no había un hombre levantado en armas. Yo edité en mi pueblo un periódico libertario en el cual dije sus verdades a más de cuatro y

orienté a los que no tenían alma de esclavos, hacia la democracia. En una fiesta patriótica, cuando había terminado el programa oficial y el jefe político iba a retirarse ya, subí a la tribuna y les dije que era necesaria una revolución. Tuve el valor de proclamarlo cuando mencionar la revolución equivalía a declararse presidiario. Así les grité a todos mis paisanos: “¡Eh, hatajo de carneros! ¡Un perro abre los ojos a los ocho días de nacido, y ustedes, en tantos años, no han podido abrirlos!”. Así se los dije desde la tribuna. Cuando acabé de hablar ya estaban dos gendarmes junto a mí. En medio de una rechifla general me llevaron a la cárcel. Al día siguiente supe que me habían destruido el taller donde hacía mi periódico libertario. Me hicieron trabajar en los caminos, me hicieron barrer las calles y hasta que me creyeron arrepentido de mi audacia me dejaron en libertad.

—Éste cree que está en la tribuna de su pueblo...

—Ya es mi manera de hablar así, compañero. Soy hombre de oratoria y basta que se me suba un poco la sangre a la cabeza para que se me enclarine la palabra, si se me permite la expresión.

—Permitida. Y cuanto quieras muchacho.

—Pues bien, mientras que a los fieles se nos posterga y se nos orilla, a los enemigos que se chaquetean a buena hora les dan los puestos mejores, les conceden ascensos, y hasta esos mismos que hemos visto correr nos miran con desprecio.

—¡Qué quieres! Unos nacen con estrella y otros nacen estrellados.

—Es verdad, amigo mío. Y conste que al salir a la defensa de los federales que se han rendido lo hago de una manera condicional. Yo soy uno de ellos. Usted se queja de que los jefes aceptan y favorecen a los federales que se rinden y yo me quejo de los distingos que se hacen con los federales que ingresamos a las filas de la revolución. Usted habrá visto a coroneles que ya son generales, a capitanes que ya son coroneles. Pues yo, general de división en el otro lado, simpatizador de la revolución, me pasé con un considerable contingente de soldados y pertrechos y, a pesar de ello, aquí me ve sin más que cinco soldados y el águila de mi gorra.

—¿Le tendrán desconfianza?

—¡Quién va a saberlo! Sigo aquí porque, al fin, ¿adónde he de ir? Pero resulta ridículo que un divisionario tenga a su mando cinco hombres, y eso cuando ellos quieren obedecer. ¿Y usted qué grado tiene?

—Soy capitán desde que entré a filas. Es verdad que de un salto me planté en la capitania, pero también es verdad que de la capitania no he pasado. Y conste que mi mala suerte comenzó desde el día. El jefe, que ya se quedó panza al sol en una emboscada, nos formó a todos los que nos presentamos cuando se levantó en armas. Según la facha de cada quien, fue diciendo, al mismo tiempo que señalaba con el dedo: “Tú eres coronel. Tú eres mayor. Tú eres teniente coronel”. Nada de soldados. Al llegar a mí, talvez porque mi figura no le pareció muy guerrera, aunque estaba al tanto de mi labor agitadora, me dijo señalándome con el dedo: “Tú eres teniente. No —agregó—, tú serás capitán”. Y sigo siéndolo, quién sabe hasta cuándo.

—¿Es decir, que eres capitán de dedo?

—Y tú, coronel de chiripa.

—Nada de eso; yo comencé de soldado raso y gané mis insignias a fuerza de puño.

—Y de barba.

—Tengo la franqueza de sacar la cara por los federales que se han rendido.

—Naturalmente, la cabra busca al monte...

—¿Lo dices porque fui rural? No es una vergüenza. Nos tocó en suerte haber quedado de la otra orilla, pero rectificamos a tiempo nuestra conducta y creo que hemos peleado al menos como ustedes.

—Pues yo, en la primera oportunidad, safo el hombro.

—¿Y qué hará la revolución sin usted, capitán de dedo?

—¡Lo que hacía sin usted, chaquetero! ¡Triunfar!

## **¡Enemigo al frente!**

V

Suena un tiro inesperado y lejano. Ha sonado a la derecha del campamento, monte adentro, por el rumbo donde irrumpe una vereda que en tiempos de lluvia debe ser el cauce de un arroyo, al fondo de una cañada. Por esa vereda fueron a cubrir un puesto avanzado unos cincuenta hombres.

Un tiro no es para alarmar a nadie. Pero pasa un momento y una corneta deja oír su voz quejumbrosa. Es una corneta de caballería que toca “Enemigo al frente”. Entonces, sí; todo el campamento se

levanta en un solo ímpetu. Hasta los federales rendidos, obedeciendo a la costumbre, sin que nadie se los ordene, ya toman sus armas, hacen sonar los cerrojos y cortan cartucho.

Por lo visto, el buen concepto del coronel ex ederal hacia su antes subordinado, el subteniente, desaparece de manera brusca. Sin duda ha pensado rápidamente que la rendición de los federales obedece a un amplio plan de ataque; que se han rendido para combatir dentro de los revolucionarios, en momento oportuno, en combinación con los que llegan.

El coronel saca su revólver y se lo pone en el pecho al subteniente. Así lo hace retroceder hasta donde está el grupo de federales rendidos. Ordena a gritos que los revolucionarios más cercanos y que aún no van a tomar posiciones se tiren pecho a tierra, vuelta la cara hacia los rendidos.

—¡Disparar sobre ellos en cuanto den señales de querer participar en el encuentro!

El subteniente permanece de pie, inmóvil. Los que ha habían empuñado sus armas las dejan en el suelo y se disponen a ser testigos inactivos de un tiroteo. Las fogatas han quedado abandonadas. Por todas partes se oye el ruido de las armas. Es otro hormiguar de hombres que se arremolinan, pero en un movimiento bien distinto al que podía observarse cuando husmeaban algo que comer. Los corrales de piedra, cercanos a la desembocadura de la cañada, se ven coronados de cabezas que espían. Entre la hierba otros muchos soldados se han alagartijado, igualmente en acecho. Las rugosidades del terreno están cubiertas de hombres pecho a tierra. Se espera ver llegar, retrocediendo, a los de la avanzada.

Reina el silencio que precede siempre a una acción de armas, cuando no ha tenido lugar la sorpresa. De pronto, un grito destemplado se deja oír en una gran extensión. Es un sargento borracho que, después de ser despertado a patadas, ha logrado entender lo que sucede. Por lo visto, se ha propuesto salirle al encuentro al enemigo. Lleva por única arma una cuarta para caballo, bien apretada en una mano. Da traspies. Grita:

—¡No se molesten, compañeros! ¡A estos federalitos muertos de hambre los aplaco sin necesidad de ayuda, a latigazos! Amárrmelo a todos ellos por las cuatro patas y verán cómo los jineteo.

Avanza vociferando hasta el último tecorral. En el momento que grita rumbo al monte: “¡Aquí está el padre de más de cua-



tro!”), un capitán sale de su posición y a punta de sable hace que el borracho se tire pecho a tierra. Además le impone silencio. El borracho suplica:

—¡Ya está, papacito! ¿No ves que estoy borracho?

El tiempo pasa sin que alguien sepa lo que sucede. Del puesto avanzado no llega ninguna noticia. Hay el temor de que todos los de la avanzada hayan caído en manos del enemigo, sin que se haya disparado más de un tiro. Algunos creen en una falsa alarma. Dos hombres que están detrás de un mismo árbol, con las armas listas para hacer fuego, en vista de que no sucede nada, entablan conversación:

—Una vez —dice uno de ellos— estaba yo de avanzada, allá en los comienzos del mitote. Se nos había dado instrucción de que hiciéramos fuego sobre todo aquel que no contestara al segundo “¿Quién vive?”. Era una noche de todos los diantres. Nosotros estábamos en una lomita del camino, donde habíamos hecho durante el día unas trincheras de piedra, con claraboyas. Como a la media noche, cuando no se veía ni la palma de la mano, oímos un tropel, yo les grité: “¿Quién vive?”. Nada. Les dimos el segundo grito... Y nada. Les mandamos, entonces, una descarga cerrada. Se oyó camino abajo un tropel. Fuimos a ver, explorando, y hallamos dos vacas muertas. Ni siquiera pudimos probarlas, porque una hora después la cosa fue de verdad. Entonces, aunque no contestaron las vacas al segundo “¿Quién vive?”, no hicimos fuego. Cuando quisimos defendernos, el enemigo ya estaba sobre nosotros. Lo de las vacas había sido una treta. Yo salí huyendo por el monte. Dos compañeros que habían bebido más de la cuenta fueron colgados de la rama de un encino. Es claro que los huidos no nos presentamos al jefe. Nos hubiera mandado tronar. Porque, debido a nosotros, le dieron una tunda esa noche que salió en calzoncillos, montado en un caballo en pelo, sin sombrero, huyendo...

—¡Callarse el hocico!

Gracias al silencio se oye cuando un jinete parte de la casa en que está alojado el general en jefe. Las fogatas ya no alumbran, por ello, únicamente se oye el galopar por el camino. Más allá de la tranca de golpe se oyen las pisadas del caballo y el ruido de las espuelas, esfumándose poco a poco. Es algún ayudante que lleva instrucciones a la avanzada de la retaguardia. A favor de un golpe de viento, por el otro extremo de la ranchería se escucha galopar otro

caballo. Debe ser otro ayudante, que lleva órdenes a la vanguardia. Un tercer jinete, como arrojado por la oscuridad del monte, hace brusca irrupción por la vereda de la cañada. Sin decir palabra a alguien, pasa por entre las fogatas a medio apagar. Va en derechura al alojamiento del general. Poco después regresa. Se sabe que no habrá tiroteo. Los que llegan son elementos a las órdenes de un revolucionario que viene a incorporarse. Suena el nombre de un cabecilla famoso por los hechos.

Sin embargo, los que se han apostado en los lugares más cercanos a la desembocadura de la vereda, reciben órdenes de no moverse. El emisario hace otro viaje hasta el alojamiento del general. Regresa otra vez al monte. Ha transcurrido media hora y los que vienen a incorporarse hacen su entrada a la ranhería, en sordo tropel. El campamento entra otra vez en movimiento. Las fogatas vuelven a animarse. El campamento se ilumina a trechos.

Los federales rendidos no intentan infringir la orden recibida. En un estrecho espacio de terreno continúan arrebañados, como las reses permanecen en una rinconada cuando miran apostados a sus vigilantes. Algunos indios yaquis, rendidos también, permanecen enhiestos, con los brazos cruzados sobre el pecho, inmóviles. Parecen estatuas no terminadas. A sus pies, las mujeres arrullan a sus hijos y miran todo con indiferencia heroica. No hubo combate, pero, de haberlo, no cambiarían de actitud. ¿Para qué inmutarse? ¿Para qué eludir el peligro? Su creencia es la de que quienes mueren así van a dar al sitio cómodo de divinidad donde los valientes son atendidos como dioses. Los otros, que no creen en un paraíso del valor, se confían a una fatalista selección de orden superior. Dicen que las balas son disparadas por los hombres, pero repartidas por Dios.

Los federales rendidos han demostrado la sinceridad de su rendición y su lealtad a la nueva causa. Con los fusiles tirados por el suelo en cuanto se les ordenó estarse inactivos, sin pretender buscar siquiera una arruga del terreno donde refugiarse, demostraron no tener ninguna reserva intencional, que la suspicacia del coronel rebelde y exmayor federal concibió repentinamente.

—Hombre, perdóname por esa falta de confianza que tuve para ustedes y especialmente para contigo... ¡Haberte puesto la pistola en el pecho! Pero tú disculparás mi desconfianza: acaban de ren-

dirse, nos llega una amenaza de ataque, estamos en un lugar nada estratégico... Bien sabes que bajo la desconfianza vive la seguridad.

El subteniente no contesta una sola palabra. Desde que el coronel llegó a dar sus excusas, el subteniente se cuadra militarmente. Mientras su jefe hable, él permanece erguido, más que en una revista de cuartel. Con la boca apretada, con los ojos fijos en una fogata lejana, con el brazo derecho convertido en escuadra, tocando apenas la visera con la punta de los dedos, con la mano izquierda bien pegada al muslo, el subteniente se destaca entre sus gentes como un poste.

Entre soldaderas y soldados caídos en el suelo, al subteniente no se le mira de las rodillas para abajo. Parece metido en un fangal moreno. Aunque el regreso del coronel es una invitación a salir del apretado grupo para continuar la plática, el subalterno parece resuelto a no ceder. Bien sabe el coronel lo que su antiguo compañero quiere decirle con su actitud: “Andas aquí, pero perteneces a otra clase. No podrás dejar de ser lo que siempre has sido. Tus atenciones para conmigo son interesadas, pero nunca las del compañero. Pedirás, sin duda, el mando de los muchachos; suplicarás que no se nos disemine en toda la columna, como es costumbre. Lo pedirás para tener gente a tu mando, sin pensar en la desconfianza de que nos has dado muestras...”.

Todo debe entenderlo el coronel. Se toma la molestia de andar entre los que duermen o fingen dormir. Va hasta a tomar por el brazo al subteniente para obligarlo a salir y a bajar la mano con que ha estado cuadrándose. Lo conduce hasta el sitio donde estuvieron charlando después de haberse encontrado. Le ofrece otro cigarro. Vuelve a insistir acerca de su conducta.

—¡Perdóname! Ya sabes que bajo la desconfianza...

—...vive la seguridad. ¿Pero qué peligro puede correr la columna? En ochenta leguas a la redonda no hay fuerzas suficientes para atacarla.

—Tal vez tengas razón. Yo no sé si por el rumbo hay o no hay fuerzas suficientes para atacarnos. Pero imagínate que las tropas que atacaremos pasado mañana —y te voy a fiar un secreto para que veas que les tengo confianza— hubieran sabido de nuestros movimientos y nos salieran al paso de acuerdo con ustedes, de acuerdo contigo, que eres el jefe, o mejor dicho, que has sido el jefe, aunque de manera irregular.

VI

De una casa en construcción, unos soldados han tomado tablas sin pulir. Las han puesto en hilera y, acostados en ellas, parecen cadáveres en angostas camillas.

—¡Cuántos miramientos para los rendidos!

—Sería cobarde tratarlos mal o no respetar lo convenido. Una cosa es el que cae prisionero con las armas en la mano y otra cosa el que se entrega con todos los requisitos de estos casos.

—Pues yo me rendí con todas las de la ley y miren lo que me hicieron.

Se sienta en su tabla y se abre la camisa por el pecho. La luz no es suficiente para ver lo que enseña, pero él explica:

—¡Miren! ¡Miren! ¡Me fusilaron! Así respetan ellos su palabra. Aquí cinco balazos. ¡Y también el de gracia! ¿Quién no me ha visto esta estrella un poco más debajo de la sien? ¡Si ha sido unos centímetros más arriba, no se los estaría contando!

—¿Y por eso vamos a fusilar también a los que se rinden?

—Si me los dejaran, yo quebraría uno por uno, y entonces... ¡a la mano! Cuando comprendí que no me moría, juré cobrarme siete vidas por cada balazo. ¡Todavía me deben algunas!

—Pero ya has dicho que a los demás les respetaron la vida...

—¿Y eso, a mí qué? Para *darme agua*<sup>5</sup> inventaron que yo tenía antecedentes, que yo era un bandolero. Y, suponiendo que lo hubiera sido, ¿eran ellos la autoridad que debía juzgarme? De haberlo sabido, no me rindo. Me sacaron en la madrugada. Yo protesté, pero no valieron mis protestas. A la orilla de una barranca quisieron vendarme los ojos. No dejé que me vendaran. Cinco me hicieron fuego, y no supe más. Debieron rodarme, porque cuando volví al conocimiento estaba en el fondo de la barranca, con seis tiros en el cuerpo. Me arrastré por el monte. Fui a dar a la casa de unos indígenas. Ellos me cuidaron hasta sanar.

El hombre de las siete vidas se entera de que sus oyentes duermen o fingen dormir para que se calle. Rezongando, vuelve a tenderse en su tabla, que parece una camilla.

---

<sup>5</sup> Matarlo.

**El fin de una columna**

## VII

—Hace setenta y dos días, a unas ocho jornadas de aquí, sierra de por medio, dejamos la terminal del ferrocarril. Éramos ochocientos hombres al mando de un general. Entre los jefes había tres coroneles y cuatro tenientes coroneles. Era una columna organizada con los restos de las otras. Traíamos cinco ametralladoras y un cañón de tiro rápido. Ya habíamos peleado y sufrido mucho, más de lo que usted peleó y sufrió, coronel; pero quiso el cuartel general que viniéramos a este rumbo a combatir los rebeldes... eran los días de lluvia. Los jefes creyeron que a la primera jornada los revolucionarios nos saldrían al paso y que en un encuentro iba a quedar arreglado todo, para rendir un parte a la superioridad felicitando al gobierno por el triunfo de los leales. Caminos que parecen veredas de tejones. Horas y más horas de andar sin ver una casa a la orilla del camino. Y, de hallarla, ¿para qué? Los habitantes se habían marchado a los montes. Los fogones estaban fríos. Ni a quien pedir un jarro de agua. Había llovido y los caminos estaban fangosos y deslavados a trechos. A la mitad de la primera jornada a pie hubo necesidad de abandonar el cañón. El general ordenó, por medio de un correo, que el cañón fuera mandado recoger. Las mulas cargadas se hundían en los fangales hasta la mitad de canilla, sin poder orillarse como nosotros, que, en algunos tramos, caminábamos a corta tierra. Algunas de las mujeres habían colocado sus escuintles en la grupa de las acémilas. En un mismo paso difícil, donde las canteras, cubiertas de fango, eran verdaderas trampas de lobo, dos mulas se quebraron las patas. Una de ellas llevaba en ancas un muchacho cambujo y simpático. En cuanto el hueso tronó al quebrarse y la mula dio la maroma, el muchacho fue lanzado violentamente hacia delante. La cabecita se estrelló contra la cantera bruta en que el camino fue abierto. La madre se echó al lodazal para recoger a su hijo, bañado en sangre y lodo. Todavía lo recogió con vida. Pero bien pronto puso los ojos en blanco y abrió las manos. Alguien pegó un balazo a cada una de las mulas, para rematarlas. Nadie se preocupó de la carga. La madre, con el cadáver medio envuelto en un rebozo, todavía caminó un trecho. Otras mujeres la obligaron a internarse unos metros en el campo, mientras la tropa seguía pasando. El padre de la criatura se unió al grupo de las mujeres. Con

unos marrazos se pusieron a abrir una pequeña sepultura, en un sitio de tierra blanda, tan difícil de hallarse en aquellos peñascales ingratos, donde sólo prenden las biznagas. A toda prisa hicieron el agujero, temerosos de quedarse muy atrás de la columna. El cadáver fue envuelto en un capote de soldado, el de su padre. Fue puesto en el fondo. Antes de que le echaran la primera tierra, la madre hurgó por entre los pliegues de aquella mortaja militar. Sacó una mano del niño y, empinándose mucho, se la besó repetidas veces. La madre volvió a colocar la mano de su hijo, lo tapó bien, como si tuviera frío, y comenzaron a echar la tierra, empujándola con las manos, en forma de pala. Apretaron la tierra a golpe de piedra. Pusieron encima una laja. En esa lápida, una mujer dibujó una cruz con un guijarro puntiagudo. Eso nos contaron que habían hecho, al darnos alcance. La madre se limpiaba las lágrimas con una punta del rebozo. El soldado parecía ajeno a cuanto acababa de hacer.

Bien se ve que el coronel sigue escuchando el relato, contra su voluntad. De buena gana le diría al subalterno que vaya a contar semejantes paparruchadas a su abuela. ¡Vaya un sentimental! Pero, sin duda porque ha cometido una inconsecuencia al subteniente, hace de tripas corazón, para oírlo hasta el final. Finge que le presta atención, pero se ve que está pensando en otras cosas. Arriba brillan las estrellas. El subteniente cuenta lo sucedido en la segunda jornada.

Ya en el corazón de la sierra, donde los pinares tiemblan de frío, envueltos en neblinas, la columna seguía avanzando lentamente. Las patas de los caballos de los oficiales y los pies de la infantería seguían batiendo lodo. Una hondonada. Una cuesta al frente. Peñascales a los lados. Arriba la neblina. La vanguardia iba a media pendiente cuando sonó un tiro. Inmediatamente sonó otro tiro. Y por último, una descarga cerrada. Ni siquiera se veía al enemigo. Fuego de frente. Fuego de derecha y de izquierda. Reinó el más completo desorden. Algunos quisieron retroceder, pero cayeron hechos bola en la estrechez del camino. Los jefes se derrumbaron de sus caballos, en busca de una roca donde parapetarse. La voz del general logró hacerse oír: “¡Fuego sobre los que corran!”.

En pésimas condiciones se organizó la defensa. Veinte minutos después de iniciado el tiroteo pudieron funcionar dos ametralladoras, que acallaron, desde luego, a los que disparaban ocultos en los pinares de la derecha. Los que disparaban de enfrente y de la izquierda, continuaban haciendo “blancos”.

Dentro de los pinares sonadas risotadas, que más bien parecían aullidos.

Hora y media más duro el tiroteo. Favorecidos por el fuego de las ametralladoras, los expedicionarios pudieron dominar las alturas. La tarde, bajo una lluvia menuda y constante, de esas que llaman *chipi-chipi*, fue empleada en levantar el campo. Mal enterrados quedaron en las zanjas labradas por los arroyos más de ochenta hombres, entre ellos un coronel y dos tenientes coroneles.

Al siguiente día, el ayudante del general tuvo la indiscreción de contar cómo se había informado a la superioridad. En la comunicación no se decía una palabra de la emboscada. Se informó simplemente de un reñidísimo combate, que había costado la vida a unos cuantos leales. Y, en cambio, se había dado tal derrota a los rebeldes, que éstos se dispersaron completamente.

El comentario de rigor era el siguiente: “Dispersada esta partida, la más importante, es de asegurarse que ya no podrá reunirse y, por tanto, en breve tiempo se podrá extinguir todo brote rebelde, mediante pequeñas columnas volantes”. Ingenuidad. Era como creer que las palomas, desbandadas por el gavilán, no pueden reunirse otra vez, en atención a que el campo es muy vasto.

Ocho días después, algunas jornadas adelante, un mercillero<sup>6</sup> trajo la respuesta a la anterior comunicación. Decía la superioridad, que felicitaba al general, a los jefes, a los oficiales y a la tropa y que, en vista de los resultados de la brillante campaña, se continuara hasta pacificar completamente la comarca.

Para entonces, antes de llegar a la población donde el general pensaba establecer su centro de operaciones, la columna ya había caído en otras dos emboscadas, con resultados tan brillantes como el primero. Cuando llegaron al lugar que iba a ser el cuartel general, lugar defendido por unos cien voluntarios, más temerosos de sus enemigos personales que adictos a la federación, el general hizo saber que ya pedía a la superioridad el ascenso para quienes mejor se habían portado.

La sociedad de la población, en cuanto llegó la columna, procedió a organizar los acostumbrados agasajos. Hubo repiques durante toda la tarde. Esa misma noche se dio un baile en la casa del presidente municipal, baile en que el general, con muy poco tacto

<sup>6</sup> Mercero, comerciante de mercería.

político, dio la primera señal de la discordia. Dijo que los voluntarios no habían hecho nada tendiente a exterminar las partidas que merodeaban por las cercanías. Pero que, afortunadamente para la población y para la tranquilidad de todo el rumbo, ya estaba él al frente de las operaciones.

Y se retorció gallardamente los mostachos antes de alzar su copa. Apenas bebieron todos, la orquesta, integrada por jóvenes de la población, arremetió belicosamente con una marcha. El general se amarchantó, desde luego, con una de las señoritas, por desgracia la novia del jefe de los voluntarios.

A la media noche, cuando ya se había bebido lo suficiente y el general ya no soltaba ni por un momento a la que escogiera desde un principio como su pareja, el jefe de los voluntarios, un joven moreno y flacucho, creyó de su deber contestar al general. Le hizo ver que la población había sido atacada tres veces y otras tantas veces rechazado el enemigo. Refirió que los voluntarios jamás habían recibido ayuda alguna: ni en dinero, ni en armas, ni en parque. Y terminó diciendo, irónico, que si nada habían hecho él y sus compañeros, afortunadamente ya estaba en el pueblo tan prestigiado militar, y que, por tanto, ya podían dormir tranquilos todos.

El general se giró de los bigotes y dio el brazo a la muchacha.

De la media noche en adelante, el general tuvo que salir varias veces del baile para recibir los informes de sus tropas avanzadas. A eso de las tres de la madrugada, habiendo salido otra vez, ya no regresó al salón. Poco después se supo que los rebeldes se habían acercado, al parecer, sin más objeto que llevarse los caballos de la oficialidad y las acémilas de la impedimenta, empotrados esa noche en las goteras del pueblo.

El general no tenía pruebas suficientes para acusar al jefe de los voluntarios. Sin embargo, expresó en alta voz que los lugareños tenían algo que ver con el robo de las caballerías. La situación se hizo tirante entre tropas de línea e irregulares. A éstos se les exigía cada vez mayores sacrificios. Por fin, una mañana el general se desayunó con la novedad de que los voluntarios se habían escapado durante la noche. Se habían llevado sus caballos, sus armas y hasta sus familias. Aprovecharon una salida no vigilada y ni siquiera prevista por el general y los suyos.

Los quince días siguientes se caracterizaron por el constante asedio a la población. Los federales eran tiroteados desde los cerros



cercanos. No eran libres ni de ir por agua al manantial situado en las afueras. Eran los voluntarios, convertidos en enemigos, quienes la habían emprendido con sus antiguos aliados. En represalias, el general exigió préstamos a los que se quedaron. Mandó colgar unos tres o cuatro parientes de los sublevaos, decidido a que le confesaran dónde tenían ocultas unas carabinas, de las cuales le habían dado pitazo. Con el pretexto de una expedición, salió el general con unos cuatrocientos hombres, dejando un mayor encargado del destacamento. Todos vieron en la salida del general una vergonzosa escapatoria. Para nada se necesitaba incursionar, pues de quererse y contarse con elementos. Los rebeldes podían ser batidos en las pestañas mismas de la población.

La guarnición quedó reducida a unos cien hombres. Y desde entonces empeoró el estado de cosas. No entraba al mercado ningún artículo de boca ni de ningún otro género. Las existencias en tiendas y pequeños cajones se agotaron. La situación para los federales tocaba los límites del sarcasmo. Una noche en que el mayor, jefe de la guarnición, se entregaba al amor con una lugareña en una casa de los arrabales, fue capturado. No se volvió a saber de él. Esa misma noche murió un capitán, a consecuencia de una herida mal cerrada. Como no quedara grado superior al del subteniente, fue reconocido como jefe de la tropa.

Durante ocho días más se esperó la vuelta del general, sin que se tomara providencia alguna. Por fin se tuvieron noticias. Un soldado herido, que sólo regresó para morir, apesando en vida, contó que el general y sus tropas habían sido aniquilados al intentar dirigirse rumbo a la altiplanicie.

Después de largas incertidumbres, el subteniente se resolvió a hacer algo para remediar la situación. Necesitaba órdenes, temeroso de caer en responsabilidad, para salir de la población en busca de un núcleo fuerte, al cual unirse. El padre del niño estrellado contra una de las rocas del camino en la primera jornada por la sierra, se prestó a desempeñar una arriesgada comisión. Tenía que echarse seis jornadas para llegar al primer lugar donde hay telégrafo y transmitir a la superioridad el linforme de la situación, a fin de saber a qué atenerse.

Disfrazado de chacharero ambulante, con el informe del subteniente bien oculto en una doble copa del sombrero de palma, salió antes del amanecer. Se había comprometido a regresar. Ya no

regresó jamás. Un segundo enviado, que salió cuando se detuvo el convencimiento de que el primero ya no regresaría, fue más ducho o corrió con más suerte. Trajo la respuesta de la superioridad: “Sosténgase en su posición o, de lo contrario, se le exigirán responsabilidades. Salen fuerzas en su auxilio”.

Cuando el subteniente leyó la comunicación, sin cuidarse de que no lo oyeran los soldados, se acordó de la madre de todos sus jefes, y al no tener a mano con quien desfogar su cólera, se empinó una botella de aguardiente hasta mirarle el fondo.

Los tres días siguientes se caracterizaron por la audacia de los rebeldes. En una arremetida llegaron hasta el parquecito de la población. Los federales se hicieron fuertes en la torre y en el edificio de la escuela. Cuando los revolucionarios se retiraron, dolidos de la situación de las familias, los vecinos más prominentes pidieron hablar con el jefe del destacamento.

El subteniente escuchó el verdadero resumen de la situación. Le pidieron que, en atención a las mujeres y a los niños, abandonara en lugar. El hambre comenzaba a sentirse en forma intolerable. Y le aconsejaron hiciera lo que para él ya era un imperativo hacer. El soldado que tenía más parque, después del último tiroteo, llevaba en la carrillera tres cartuchos.

Los vecinos consiguieron las facilidades pedidas por el jefe de la guarnición. Obtuvieron un salvoconducto del que fuera jefe de los voluntarios. Se entró en tratados de rendición con el jefe, a cuya columna los federales han venido a incorporarse. Entonces operaba seis jornadas atrás. El emisario fue y regresó. La respuesta daba instrucciones de marcha. El destacamento salió por el camino real, sin ser molestado.

—Ya verá, coronel, si estamos en condiciones para hacer lo que usted nos considera capaces de hacer, si podremos hacer veces de cuña dentro de una columna enemiga cuando quien más parque trae, trae tres cartuchos. Muchos de los muchachos vienen enfermos de disentería, por haberse alimentado varios días únicamente con frutas. Otros tienen calenturas tercianas.

—Para las tercianas —dice el coronel levantándose— no hay como el aguardiente con limón y sal.

—Y puñados de tierra...

Bosteza el coronel. Da unas palmaditas en un hombro a su ex-subalterno. A manera de amable despedida le dice:

—Ya hablaremos. Ustedes me gustan, porque son como yo: disciplinados. Mientras que éstos...

Y se va a acostar en la cama que su asistente, única tropa de mando, le ha preparado con las caronas del caballo.

## VIII

—Ese gallo quiere su maicito.

—Ni lo disimula. Quiere el mando de los rendidos, y ha venido sólo a ver si puede. Mañana le hablará al jefe.

—¡Y entonces a robar!

—¿Y quién no?

—¡Una mayoría! Para muestra basta un botón. El general en jefe no se ha echado a la bolsa un solo centavo. Tiene mucho dinero y muchas propiedades para tomar lo ajeno.

—Tú lo has dicho: se ha metido a la danza sólo para defender lo suyo. ¡Cualquiera va a tomarle cuartilla!

—¿Y quién de sus lugartenientes puede jactarse de tener manos libres?

—¡Por lo mismo! Si él no tiene para qué robar, ¿cómo va a permitir que roben los demás?

—Usted ha dicho una verdad tan grande como una montaña. No hay honrados ni hay sinvergüenzas; lo que hay son circunstancias. Y voy a decirles cómo divido a los jefes. En primer lugar, los verdaderamente honrados o que viven en circunstancias de honradez, porque los hay, aunque el trabajo es dar con ellos. Esos jefes de mi primera clasificación han sido pobres. Son los verdaderos revolucionarios, pendientes de lo que ellos consideran norma de conducta para un buen revolucionario. Sin esos prejuicios, dejarían de ser honrados. Sólo por eso no se echan un centavo a la bolsa. Estos jefes pueden subdividirse: unos, que tienen las suficientes energías para que cuantos los acompañen sean tan honrados como ellos. Desde el jefe hasta el último soldado, nadie roba. Por lo regular, esos grupos no aumentan; pero, en cambio, son muy queridos por los pueblos. Los otros, sin la energía de los anteriores, aunque no roban personalmente, no pueden impedir que sus hombres echen el gato a retozar y, naturalmente, cargan con culpas ajenas. Casi todos esos jefes acaban por hacerse a un lado. Los jefes que gustan

de las manos libres, también pueden subdividirse: unos, que todo lo quieren para ellos. Ésos son capaces de colgar a quien roba una gallina; pero también son capaces de echarse al bolsillo todo el país, siempre con el pretexto de que lo quieren para salvarlo. Otros, más igualitarios, toman para sí y dejan que los demás también tomen. En sus columnas jamás se habla de sueldo. Desde que se engancha un hombre, se le dice “manos libres”, y él ya sabe que quien tiene más saliva come más pinole...

—¡Qué bien te conoces!

### **La muerte del guía**

#### **IX**

El cabecilla y sus hombres, unos ochenta jinetes, han escogido para dormir una hondonada, cubierta de pasto natural, fuera de la rancharía. El terreno debió ser hace poco tiempo un campo de labranza. En el centro de la hondonada hay una casucha con un jaladizo. En la empalizada abundan los gorgojos. El jacal parece recargarse hacia delante en un guayabo. Por atrás, un papayo parece protegerlo con el paraguas de sus hojas.

El cabecilla ordena llamar a la puerta de la casucha. Un soldado golpea con la culata de la carabina. Como no abren, el cabecilla ordena sea echada abajo la puerta. Rechina la madera, y aparece un hombre de camisa y calzón. Pregunta qué desean sus mercedes. El cabecilla dice que necesita la casucha para dormir. Una vela parpadea como un ojo triste, en un rincón, plantada en el agujero de un tronco de plátano. La mujer recoge a toda prisa unos hilachos. Con una cobija envuelve al muchacho, que duerme en el camastro de carrizo. Carga también con algunos cacharros. Toman el rumbo del monte, resignados.

De horcón a horcón son tendidas unas reatas para colgar en ellas las monturas. Los caballos se revuelcan en los sitios de tierra floja y comienzan a ramonear en las cercanías. El cabecilla toma posesión de la casucha abandonada por sus dueños. Tira sombrero y chamarra sobre el camastro. Observa desde la puerta la maniobra de los soldados, que ya conducen la caballada a los potreros. Sale al corredorcito, oreado por las brisas del nordeste. Fuma un tabaco y se pasea con la arrogancia de un general en jefe.

Tal vez el cabecilla no tiene ni una vaga noción de lo que es en estos momentos el campo en que se encuentra. Ignora, sin duda, que, camino adelante y camino atrás, bien hay cuatro kilómetros convertido en vivac. Por esa ignorancia es que debe sentirse tan importante personaje en el campamento.

Un oficial saca de la casucha un banco de tres patas, con asiento de cuero crudo, y lo coloca junto a la puerta, para que se siente el cabecilla. Llama respetuosamente al cabecilla: “mi general”.

Nuevas fogatas brillan en medio de la noche. La hondonada y la casucha se iluminan. A falta de otra cena, los soldados calientan tortillas y hacen café de piloncillo. El cabecilla ha agotado su tabaco y atiende la invitación de un su coronel, que le ha estado instando a cenar. El servil le tiene cecina asada y tortillas calientes. Sentado en su banco de tres patas, un poco distante del fogón, el cabecilla fanfarronea de lo lindo. Dice que ya tendrá la oportunidad de probar quién es. Sus muchachos —agrega— son más briosos que los más pintados.

—¡Dichosos ojos! —grita alguien desde la oscuridad, dorada por la hoguera—. ¡General, usted ha venido a acampar en mitad de los potreros!

—¿Quién es?...

La pregunta la hace el cabecilla con un marcado zumbido de indiferencia.

—Pues yo, general. He venido a buscarlo en cuanto supe que usted era. En buena alarma nos metió con su llegada a estas horas. Ya creíamos que se trataba de rajarnos el pellejo.

—¡Ah, si eres tú! ¡Venga un abrazo! ¿Con que otra vez metido en la danza? Al dejarme me dijiste que ibas a cuidar los niños. Bien dicen: el perro que ha comido..., cuando no la come, la huele.

—Sí, general. Cuando uno le ha montado a la burra, no queda más recurso que talonearle. Yo creí poder dedicarme a trabajar, pendiente de mi madre, viejecita y enferma, y de mi hermana única, abandonadas desde que yo me enfilé a sus órdenes.

—Pues yo no te corrí. Tú te quisiste ir y yo no iba a detenerte. A la fuerza, ni la comida es buena. ¿Y qué pasó?

—¡Qué había de pasar! Cuando llegué, mi madre ya tenía tres días de enterrada. Todavía estaba deshecha la cama en que ella agonizó tan poco a poco, esperándome. Mi hermanita ya se había echado por la calle de en medio. Es muy joven y hermosa. Estando

sin quien la cuidara, no faltó quien la inquietara. Y se perdió. Sin embargo, quise quedarme a trabajar en mi pueblo, a vivir con mis conocidos, al lado de mis parientes. ¡Pero fue una cansera! ¡Me entró una tristeza! Extrañaba la carabina, los compañeros y esta vida, que es la verdadera vida. Para colmo de males, no dejaban de mortificarme, todo porque había andado en la revolución. Entonces mi general no era lo que es ahora, un señor general, con radio de acción en muchas leguas a la redonda. Entonces andaba a salto de mata. En mi pueblo dominaban los gobiernistas, precisamente aquellos que están acampados junto a aquellas luminarias. Pero entonces eran muchos, bien parqueados y bien comidos. ¡Ahora parecen unos fantasmas los pobres!

—¿Y tanto te mortificaron, que te largaste?

—Naturalmente. Me escapé una noche y fui a darme de alta con mi general. Otra vez a la revolución. ¿Y usted qué se ha hecho?

—¡Darles a los federales hasta por debajo de la lengua! ¡Metido en mi sierra, que tú ya conoces, no hubo un guapo que me sacara de mis comederos! ¡Y eso que me cargaron más gente que pelos tengo en la cabeza! ¡Ya sabes cómo soy yo! Y algo debo valer, cuando el general en jefe, a quien no conozco en lo personal, pues hará quince días que nos cruzamos la primera comunicación, me suplica incorporarme a la columna para ir a darles en la parte más sensible a esos mil federalitos que se han reconcentrado adelante.

El énfasis no impide al cabecilla distinguir en la sombra a un ser profundamente triste o al menos abatido. Es un hombre sentado en tierra. Completamente solo. Sin buscar ni recibir fraternidad de nadie. Tiene la cabeza inclinada sobre el pecho. Tiene el sombrero caído sobre los ojos, como si le molestara el resplandor de la hoguera. La indumentaria de manta da al individuo el aspecto de un trapo tirado al suelo. De vez en cuando tose. Es un indio.

Con acento paternal, el cabecilla se dirige al indio. Le dice se acerque a la hoguera a tomar un jarro de café y a calentar sus tortillas. Es necesario que le hablen por segunda vez para que se dé cuenta de que a él se dirigen. Tan poco esperanzado estaba de que lo hicieran. El indio da las gracias en su lengua. Recoge los huachos colocados a un lado. Se levanta con lentitud. Al acercarse a la hoguera de señales de no poder andar o de andar con dificultad. Renguea. Sin embargo, el rostro parece impasible.

—¿Qué le pasa al compadre? —pregunta al cabecilla su visitante.

—Es que el loco de mi asistente le vino echando el caballo encima por el camino. Es el guía que tomé ayer para que me condujera por las veredas, porque de querer salir a ustedes por el camino real, no hubiera llegado en cuatro días. Él conoce todas las veredas. Y, por cierto, que lo hizo bien. Nos venimos derecho a salirles precisamente aquí. ¡Y qué resistencia de muchacho! Desde ayer hemos caminado a trote largo. ¡Él, como si nada! Siempre delante de los caballos. Mi asistente, que es una calamidad, por divertirse, apenas el compadre se quedaba un poco, le metía el caballo. Como está bien herrado... Parece que le reventó los talones. ¡Son tan resistentes los pobrecitos! Por eso no puede andar. Sin embargo, ya ves, aquí está. Tose un poco, ¡quién sabe por qué! Tal vez bebió agua muy fría en algún manantial, estando él muy caliente de tanto caminar.

El indio, sentado ya junto a la hoguera, no da trazas para servirse un jarro de café o para calentar sus tortillas. Debió acercarse sólo por obedecer. Los ojos negrísimos le brillan al reproducir el fuego cercano. Los pómulos, muy salientes, le dan un aspecto de flacura extrema. Al toser se le pueden admirar unos dientes tan perfectos como los de un animal montaraz.

—¡Son tan sufridos estos hermanos nuestros!

Así comenta el general la conducta del indio. Lo mira con estudiado cariño. Lo invita nuevamente a tomar algo. El indio, al dar las gracias, vuelve a toser.

El cabecilla toma como punto de partida la situación de la raza indígena para hablar de la ideología de la revolución. El guía, el indio, molido de fatiga y de sol, tose más pertinazmente. De pronto, al mismo tiempo que hace intento de pararse, con la tos arroja por la boca un violento chorro de sangre. La sangre chilla al contacto de los tizones. El segundo vómito ya no alcanza al fuego. Inclinado, la sangre le baña los pies. Ya es un desbordarse constante por boca y nariz. En un estertor el indio se echa de espaldas. Alguien le alumbró el rostro con un cerillo. Parece haberse vaciado completamente. Su color recuerda el de la cera, no purificada completamente.

En el aire hay un olor acre. Es la sangre quemada. Un oficial echa pestes contra el muerto.

—¡Qué ocurrencia la de este compadre! ¿No podía haberse pechado sin desgraciarnos la lumbre?

—¡No renegar! —dice solemnemente el cabecilla—. Estamos haciendo la revolución para bien de los indios, de los humildes.

Oríllenlo junto a la empalizada, para que mañana lo entierren los indígenas holgazanes que viven aquí. Siquiera que se encarguen de eso, mientras nosotros vamos a batirnos...

—¿Quién es el jefe de las tropas acantonadas en este lugar?

—¡Yo mero!

Ha hecho la pregunta un oficial espigado y joven. De cara a la lumbre, se le puede observar que cuando habla frunce imperativo el labio superior. En cuanto escucha la respuesta, agrega:

—¡El general en jefe lo llama a su alojamiento!

Da media vuelta, sin agregar media palabra. Ya va por el llano el oficial. El cabecilla aún no puede salir de su asombro:

—¡Pero ha visto qué modales los de este *chícharo*!<sup>7</sup> ¡Hablarme así, como si fuéramos iguales! ¡Vaya, si estará creyendo que hemos comido en el mismo pesebre!

## X

El agitador se ha enterado de la muerte del guía. Pocas veces se le ha visto tan furioso. Cuando alguien comenzó a contar cómo murió el indio, el agitador hizo el siguiente comentario: “Se le reventaron los pulmones, racialmente debilitados por tantos siglos de sufrimientos: la pésima alimentación, los hogares insalubres, el látigo del encomendero y luego del hacendado, la carga...”.

Cuando oye decir que al guía se le hizo trotar más de un día y que un bárbaro le reventó los talones a fuerza de pisadas de caballo, su indignación no reconoce límites. Se para de un salto y, fajándose el cinto, dice que va a vengar la muerte del guía. Su puño se alza amenazador como un martillo a punto de ser descargado sobre una cabeza.

—¡Yo digo que no va!

Son los que deseaban comprometerlo a cumplir su palabra.

—Sí va. Yo conozco a este muchacho. Es capaz de todo.

Son otros, que también desean comprometerlo, pero valiéndose de diversa táctica. Los primeros quieren comprometerlo, poniendo en duda su valor. Los segundos quieren comprometerlo, poniendo en él toda la fe.

---

<sup>7</sup> Despectivo aplicado a los ciudadanos.



El agitador, que ya camina resueltamente rumbo al sitio donde piensa vengar a una víctima de la crueldad, al oír las últimas opiniones acerca de él, se ha detenido bruscamente. Se hace el silencio entre quienes ya se consideran defraudados.

—Basta que ustedes quieran azuzarme —cosa que no necesito—, para que no vaya. ¡Estoy, cuando menos, un palmo por encima de ciertas mentalidades!

Se sienta donde estaba antes. Después de una pausa, durante la cual parece haber hecho un gran esfuerzo para no zaherir a sus compañeros, comienza a hablar llanamente, sin ademanes siquiera:

—La revolución se está haciendo con sangre de indio...

—¿Lo dices porque tú andas en ella?

—Lo digo por ese indio que acaba de morir despanzurrado por la fatiga y por la brutalidad. Lo digo por los millares de indios que han quedado en los caminos, aplastados por el peso de las impedimentas, como bestias de carga.

Va ganando en entonación y en amplitud de ademán.

—Lo digo porque todos los beneficios que pregona la revolución no parecen comprender al indígena, que sigue siendo el mulo de la llamada gente de razón. Llegamos a una parte donde escasean los forrajes y lo primero que se nos ocurre es obligar al indio a traernos en sus lomos la pastura. Necesitamos correos que crucen los peligros de un campo enemigo, y ahí está el indio, quien muchas veces no regresa, porque lo sorprenden en una emboscada. ¡Queremos guías, y echamos mano de los indios! ¡Hay que atacar, y echamos por delante a los indios!

—El muchacho tiene razón

—Sí, compañeros; tengo la razón, y aunque no lo parezca, en vista de que soy indio, porque a ellos, ni eso se les concede: tener razón. ¿Se pregonan ideas avanzadas? Pues ponerlas en práctica sobre la marcha. ¿O vamos a esperar el triunfo para decirle al indio que se trata de reivindicarlo? ¡De una vez tratarlos como a iguales, o dejar el arma a un lado del camino, y que las cosas sigan en el mismo estado!

—El muchacho tiene razón.

—Ya lo dije dos veces, compañero. Sírvase no interrumpirme...

—El muchacho tiene la razón; pero... que nos deje dormir.

—¡Sí, que se calle!

—¡Duerman, pues, marranos!

## **¡Silencio!**

### XI

La casa principal de la ranchería, lo que fue la residencia del amo, es lo único que da la idea de estabilidad en todo el caserío. Los jacaes, con sus casquetes pajizos, invitan al tizón incendiario. El portalito, donde la peonada, en otros tiempos, recibía las órdenes para los trabajos, está iluminado por unos quinqués de petróleo, suspendidos de las vigas. De los extremos del portal parten dos enrejados de otate, y forman un ángulo, que no se cierra en su vértice: es la entrada al patio. Esta defensa debe ser para que los animales no se acerquen hasta el portal.

En la entrada, un hombrachón se pasea, con la carabina al hombro. Cuando se fastidia de dar vueltas, se para a un lado. Simula una enorme cariátide, tallada en piedra bruta. Es de tan elevada estatura y de complexión tan robusta, que en sus manos se achica la carabina.

Cuando se acerca algún oficial conocido para el centinela, éste le deja el paso libre. En estos casos se planta en uno de los lados y presenta el arma. Después, cuando el oficial ha pasado, el centinela afloja la pierna izquierda y, como si esperara una orden, hasta pasado un momento rompe la marcha.

Si el que llega es un desconocido, aun cuando ostente una insignia de alta graduación, el centinela grita o, mejor dicho, ruge:

—¡Cabo de cuarto!

Es el oficial apostado en el corredor, a la puerta de la pieza donde se ha instalado el banco de armas, el que va hasta la entrada para dejar libre el paso o para decir que va a dar aviso al general. Por la ventana se ve que en la sala hay movimiento de sombreros texanos. También puede verse el ir y venir de las personas que entran y salen. Algunos hombres penetran a la pieza contigua, donde el general recibe lo mismo a sus más queridos lugartenientes que a los simples oficiales que llegan a rendirle para de las novedades.

El cabecilla que llegó hace un rato con sus tropas, acude al llamado del jefe. Altaneramente va a pasar junto al centinela. El hombrachón atraviesa la carabina en la puerta. El cabecilla empuja la punta del cañón para abrirse paso. Pero el arma, apretada en las manos del soldado, no cede ni en milímetro.

—¡Cabo de cuarto!

Es el oficial apostado en el corredor, a la puerta de la pieza donde se ha instalado el banco de armas, el que va hasta la entrada para dejar libre el paso o para decir que va a dar aviso al general. Por la ventana se ve que en la sala hay movimiento de sombreros texanos. También puede verse el ir y venir de las personas que entran y salen. Algunos hombres penetran a la pieza contigua, donde el general recibe lo mismo a sus más queridos lugartenientes que a los simples oficiales que llegan a rendirle parte de las novedades.

El cabecilla que llegó hace un rato con sus tropas, acude al llamado del jefe. Altaneramente va a pasar junto al centinela. El hombrachón atraviesa la carabina en la puerta. El cabecilla empuja la punta del cañón para abrirse paso. Pero el arma, apretada en las manos del soldado, no cede ni un milímetro.

—¡Cabo de cuarto!

Es el mismo oficial que al hablar frunce imperativo el labio superior.

—¡Puede pasar!

Con un quihúbole, el cabecilla saluda a los que se hallan en la sala. Busca con la mirada al general en jefe, fiándose a su perspicacia. Como en este momento se abre la puerta de la pieza contigua, comprende que entre los presentes no se halla quien lo ha mandado llamar.

—¡Diga usted al general que ya estoy aquí!

—Ya lo anuncié. Tome asiento.

De mala manera responde a la indicación de que ya ha sido anunciado. En un rincón de la salita hay una silla libre. El cabecilla no acepta sentarse. Comienza a dar vueltas de un extremo a otro de la pieza. Parece lucir de intento el pistolón que le pende a la cintura, por debajo de la guayabera. A cada dos pasos se da un golpe en la bota con el foete<sup>8</sup> que esgrime.

Hay cuchicheos. Un grupo de oficiales sale al corredor para comentar la presencia del adusto personaje.

—¡Hasta que bajó del cerro!

—No sabe en qué trampa ha venido a meterse...

—Es muy explicable. Este individuo tiene todo el instinto de los animales. ¿No han visto cómo los caballos se disparan solos cuando el enemigo ya va a emprender la retirada? Ellos saben mejor que

---

<sup>8</sup> Fusta.

nosotros cuándo se está a punto de perder y cuándo se está a punto de ganar. Este animal del monte ha olfateado el triunfo y ahora sí se presenta para reclamar su tajada. En cambio, cuando la cosa era difícil, se estuvo metido en los matorrales, sin salir al claro, entregado a lo que ustedes ya saben.

—Sí, a robar a los pacíficos. A matar a todos los que estorbaban sus planes. Este hombre no se deja ahorcar por doscientos mil pesos. ¿Y saben lo que era antes del movimiento primero? Un caballerango del jefe político.

—Pase usted...

—Soy el general...

—Entonces, pase usted, general.

El general en jefe tiene esparcidos varios papeles sobre lo que fue mesa del comedor: cartas, comunicaciones y un mapa. Los ríos están marcados con líneas azules. Los pueblos con un circulito. Las rancherías con un punto. Ni una sola línea de ferrocarril. Al penetrar el cabecilla, el general firma unos papeles. Hasta que ha terminado levanta la cabeza. Está en mangas de camisa. Tiene la corbata deshecha. La chamarra pende en el respaldo del asiento. Entre las dos hebillas de la carrillera repleta de tiros, bordadas en plata, se destacan dos iniciales.

El cabecilla se cuadra torpemente. No está acostumbrado a cuadrarse ante nadie. En su región no hay más jefe que él. Después tiende la mano fríamente.

—A sus órdenes, general. Recibí su recado y aquí estoy para lo que pueda servirle.

—¡Cuánto gusto!

Le indica la silla frontera a la suya. El cabecilla toma asiento. Mientras el general abre una caja de puros casi agotada, reina el silencio. Le ofrece un tabaco. El cabecilla se busca los cerillos. Acostumbrado como está a que su ayudante le sirva al pensamiento, no se los encuentra, es decir, no los lleva. El general raspa lentamente un fósforo y le ofrece la lumbre. El visitante observa con mirada del animal montaraz a su jefe. Parece lleno de suspicacias y desconfianzas. El otro, en cambio, parece absolutamente confiado, tranquilo.

El general da una larga fumada. Lanza hacia el techo el humo, para lo cual apoya la nuca en el respaldo de la silla. Se pone de codos en la mesa. Se aprieta la barba entre dedo grueso y dedo índice. Parece sopesar lo que va a decir.

—Me alegro mucho, general, de que haya venido. La situación de usted es muy insegura y mis deseos más fervientes son de que se sincere. Desde hace mucho tiempo, en el cuartel general se han recibido quejas contra usted. Es hasta hoy cuando puedo hablarle en forma efectiva de estas cosas. Las comunicaciones, según parece, no han sido recibidas.

—¡Calumnias, mi general!

—Vamos por partes. Se le acusa a usted de haber dado muerte, por venganza, a todos los varones de una familia enemiga de la suya. Y, según dicen, las mujeres de esta familia no se han librado de los atropellos.

—¡Eran enemigos de la causa!

—Pero no estaban sobre las armas. Vivían entregados a sus trabajos. ¿No es verdad?

—Pero eran enemigos...

—¿Y las mujeres?

—De eso no sé.

—Bueno.

Ese “bueno” tiene una acepción mucho más amplia de la que usualmente se le da a la palabra.

—Se le acusa a usted, general, de haber requisado todos los animales caballares y vacunos que había en las fincas de su jurisdicción. ¿Quiere decirme en qué ha empleado el dinero producido por la venta de los animales?

—En pagar a mis muchachos.

—Tengo informes de que nunca han estado a sueldo.

—Es mentira.

—Bueno...

La palabra “bueno” es cada vez más zumbona.

—También se le acusa de haber quemado pueblos indefensos, ajenos a la lucha y después de saquearlos.

—Necesidades de la campaña, general.

—¿Quiere decirme qué campaña?

—¡General, usted duda de mí!

—Yo no. Son sus acusadores... ¡Bueno!

El cabecilla suda la gota gorda, más que cuando a pleno sol, por los arenales ingratos de las cañadas resacas, su asistente reventaba con las patas de caballo los calcañales del guía.

—¿Quiere usted decirme qué hechos de armas ha tenido?

El cabecilla no contesta. El general ya no repite el “bueno”. Hay otro silencio durante el cual el que interroga mira hacia el techo. Deja escapar el humo en pequeñas espiras.

—No quiero causarle ningún daño —dice, por fin— en vista de que se presentó a mi llamado. Podría lanzármese el cargo de haber obrado con dolo. Pero tampoco quiero cargar con el lastre de los demás.

—¿Quiere usted decir que abandone la columna? No veo, entonces, la razón del llamado. Haré ver a la nación que se me calumnia. ¡Lanzaré un manifiesto!

—Quien tiene cola de zacate no debe jugar con lumbre, general.

—Usted me ofende. ¡Hoy mismo salgo con mis tropas!

—Mañana saldrá usted, pero... sin sus tropas.

—Mis muchachos no aceptarán.

—Veremos.

El cabecilla sale a grandes zancadas. Varios oficiales del Estado Mayor han oído todo, puerta de por medio. Ya va por el patrio y el oficial de gesto imperativo silba alegremente aquella canción cuya letra dice:

Ya se cayó el arbolito en que dormía el pavo real...

Las fogatas ya se han achaparrado por falta de combustible. Algunas de ellas son ya montones de cenizas donde brillan las brasas. La mayor parte de los soldados ya están en sus camastros hechos con los sudaderos de los caballos. El cabecilla da mil rodeos para no pasar por sobre los soldados dormidos. Al pasar cerca de los corrales de la orilla se pone una mano en la nariz y blasfema contra quienes se hallan en cuclillas pujando como los caballos cuando se les aprieta mucho el cincho.

Hay un cielo maravilloso. Por el Este se denuncia pálidamente el advenimiento de la luna menguante. Todavía sobre el campamento se oye el zumbir de las conversaciones: grupos que discuten. El soldado que canta y corea el organillo en que otro soldado sopla tendido boca arriba. El oficial que narra hazañas de los más afamados guerrilleros. El sargento que grita a la pureta de una casa porque la familia no le permite quedarse dentro y jura no estar borracho, lo que es la prueba de lo contrario. Un corrillo en plena discusión por

una jugada de baraja: uno que no quiere pagar y otro que exige la moneda, todo sobre el sarape rojo y a la luz de una vela de sebo.

El zumbar de colmena es quebrado de pronto por el alarido de una corneta. El toque de "silencio" comienza a rebotar de cerro en cerro hasta perderse muy lejos. En los intervalos se puede oír claramente cómo el eco se va alejando. Toque profundo que impone silencio. Toque largo y terminado en punto. Tiene mucho de onomatopeya imaginativa: el bregar del día, el latir febricitante de las sienes, el cerrarse de los ojos, la reconciliación con la almohada, el sueño.

La corneta deja flotando en el viento el vértice de su orden. La luna asoma a los pies de la vertiente. El cabecilla llega a la casucha de zacate, junto a la cual sus hombres duermen ya. La luna da en la cara del indio muerto. Está con los brazos tendidos a lo largo del cuerpo. Los pies, reventados a fuerza de pisotones, forman un ángulo de noventa grados. El guía tiene a un lado todos sus bienes terrenales: sus huaraches, el sombrero y el morral.

Quince horas de correr por los pedregales, sobre la arena caliente, bajo el sol hecho una brasa. Siempre delante de los caballos, olfateando las veredas como las reses que, huidas de la vacada, buscan el retorno. Con los pies reventados por las patas de un caballo andador y bien herrado. Casi sin el tiempo suficiente para empinarse en un arroyo y beber agua a lengüetazos, como los perros. Con los pulmones hechos polvo en una carrera brutal. Y todo para quedar abandonado, pues quién va tomarse el trabajo de avisar al rancho de la serranía donde la india y sus hijos tal vez auscultan la boca del monte esperando verlo regresar.

—¡Tanto correr para nuestro propio mal!

Así exclama el cabecilla al penetrar en la casucha, donde lo esperan sus oficiales más adictos, entre ellos un hermano. Y al hablar así piensa en el indio muerto. También él se considera muerto, hecho polvo, por la manera como lo trató y lo despidió el general. Arroja su sombrero sobre el camastro de carrizos y comienza a decir en voz alta:

—¡Soy un animal! ¡Sí, muchachos; soy una bestia! ¿Quién me obligaba a venir? ¿Una orden? ¡Ya saben ustedes por dónde me pasaba las órdenes!

Sus cuatro hombres los miran con curiosidad y enojo. Ya suponen lo que ha sucedido. No necesitan formular pregunta alguna

porque el cabecilla conserva la traza de quien va a desembucharlo todo. El hombre se enjuga el sudor de la frente con un gran pañuelo rojo. Va a sentarse par contar lo sucedido, pero al dirigirse a la puerta dice:

—Vamos al fresco.

En un planadita vecina y libre, toda ella alfombrada de pasto natural, el cabecilla se tira boca abajo, con la barba apoyada en los puños cerrados. Sus cuatro hombres lo imitan. Tirados así parecen una enorme estrella de mar caída en el campo. Las cabezas casi juntas en el centro. Los pies señalan cinco puntos distintos. El cabecilla comienza a contar lo sucedido.

—Todos mis afanes están perdidos. ¡De nada me sirve haber... hecho lo que he hecho!

Con semejantes oyentes el cabecilla tiene que hacer unos puntos suspensivos y decir “haber hecho lo que he hecho”. Iba a sostener lo que sostuvo ante el general, es decir, que ha luchado, pero no puede sostener lo mismo ante quienes conocen sus obras.

—¡Este bandido quiere quitarme el mando de mis tropas!

—¡Yo me largo!

—Yo también.

Los cuatro están de acuerdo en no seguir en la columna si a su jefe le quitan el mando. El cabecilla baja la voz y dice:

—Encárguense ustedes de sondear el ánimo de los demás. Díganles hoy mismo lo que sucede, y quienes estén dispuestos a seguirme, que se pelen esta noche. Ya formados mañana, cuando se les pregunte si quieren o no quieren seguir en la columna, se les va a hacer más de cuesta arriba dar un paso al frente. Y, de hacerlo, cuando menos los desarman.

La estrella de mar se divide en pedazos. Uno de ellos queda tirado sobre el pasto. Con los ojos perdidos en el inmenso azul, el cabecilla, acorde con sus pensamientos, hinca los dedos en el pasto, arranca puñados y los arroja a lo alto.

Lejos se oye sonar el río. De vez en cuando, del lado de los potreros, relincha un caballo.



## XII

El rondín camina paso a paso por uno de los callejones. No hay prisa alguna para violentar la marcha. Los cinco hombres fuman y platican cosas ya sabidas, en tanto que los caballos, con las riendas sueltas, van trasegando una que otra hierba crecida al pie de los corrales.

Completa calma en todo el campamento. Un bulto que se desliza al final del callejón.

—¡Alto!

El bulto, apenas tocado por la luna, se detiene en seco.

—¿Quién es usted?

—Soy la viuda.

—¿Y qué hace? ¿Anda buscando el alma del difunto?

—¡Ay, señor! Voy a ver a mi comadre. Está muy mala. A lo mejor me necesita para que le haga un remedio.

—Mucho cuidado, señora. Quédese con su comadre o regrese pronto a su casa, porque si la sienten pasar los soldados, la detienen un rato a mirar las estrellas.

—¿Y para qué han de quererme, señor?

—Para eso, para que mire las estrellas...

—¿Pero yo?

—Ellos calificarán. Además, dicen que con escopeta cargada, hasta a un zopilote se le tira.

La mujer sigue su camino, riéndose. Su risa es una risa menuda, maliciosa, una risa que parece decir: “¿Y a mí me quieren espantar con eso?”.

El jefe del rondín comenta:

—¡A otro perro con ese hueso! Ella busca lo que busca.

El rondín se pierde a la vuelta de una huerta. La mujer desaparece también. Al pasar junto a un corredor donde duerme la tropa, un soldado orillero se sienta en su sarape. Cuando la viuda ya ha pasado, va a alcanzarla. La toma por los hombros, la vuelve hacia la luna para mirarle mejor la cara. Tal vez la juventud de la mujer o la necesidad del soldado, o las dos cosas juntas, hacen que él le pregunte con voz ya temblorosa:

—¿Pero qué andas haciendo, chula?

—Voy a ver a mi comadre...

—¡Deja a la comadre y vente conmigo!

La mujer no opone resistencia, pero el soldado casi la arrastra hasta su camastro. La luna alumbra completamente el lugar. Una docena de hombres ya están sentados también en sus sarapes o de pie, junto al sitio donde se halla la mujer.

—¡Tenemos carne, compañero!

La mujer continúa con su misma risita de cuando los del rondín le advirtieron el peligro. Parece que le hace gracia el verse objeto de tantas atenciones. En el corredor, donde hace unos momentos reinaba la paz y no se oía más que la orquesta de los ronquidos, hay verdadero jaleo. Es una mujer incansable hasta para reírse.

Alguien da el aviso:

—¡El rondín!

Todos se derrumban como tumbados por un fuerte viento. Se hacen los dormidos. La mujer deja de reír. El rondín pasa a veinte metros. Van fumando y hablando de cosas ya sabidas. Otra vez un silencio completo. Cuando el rondín vuelve a perderse de vista, los que fingían dormir se levantan. Son todos los del acantonamiento en el corredor. Se agrupan otra vez junto a la mujer, como a la llegada se agruparon en derredor de las reses muertas. La mujer contesta a las preguntas:

—¿Eres soldadera de los federales?

—No, yo soy de aquí.

—¿Y tu marido?

—Se murió hace tiempo. Y es por eso que no me quieren en la ranchería. ¿Yo qué culpa tengo de que los hombres me codicien? Soy viuda y me persiguen. Las demás mujeres no me pueden ver. Yo digo que es por envidia, pero ellas dicen que son celos.

—Te llevaremos, preciosa. Serás la mujer de todos nosotros.

De los acantonamientos cercanos llegan otros soldados atraídos por el mitote. La mujer se ríe más que antes, al oír que se la llevarán. Y otra vez el aviso:

—¡El rondín!

Ya nadie se derrumba y finge dormir como en la primera vez.

## De alta

## XIII

Van por el camino dos hombres cogidos del brazo. Antes de llegar al campamento de los federales rendidos, tuercen a la derecha. Se detienen en una casa de corto tinglado, cuyas paredes resultan más blancas a la luz de la luna. Uno de los hombres busca algo en el marco de la puerta. Tira de un cordón disimulado y se oye adentro el caer de una tranca. El que ha tirado del cordón entra primero. Enciende una vela en la mesa lustrada por el uso, frente a las imágenes sagradas del altarcito. En la pieza contigua se oye una voz de mujer.

—...

—Sí, madre, yo soy.

—¿Con quién vienes? Oigo que no estás solo.

—Ven. Ten presentaré un amigo de quien te he hablado muchas veces.

Una viejecita de aspecto adorable se presenta envuelta en su rebozo. El hijo, mientras coloca otra vez la tranca, hace la presentación.

—Mi mejor compañero en la escuela, de quien tanto te he hablado. ¿No recuerdas? Estuvimos juntos, en la misma banca, con el mismo maestro, en la escuela del pueblo. Ya sabes de quién se trata.

La viejecita estrecha la mano que se le tiende.

—Sí, ya sé quién es usted. Mi hijo siempre habla de usted... Por eso cuando rezo a todos los santos, no lo olvido. Ya sabíamos que andaba en la revolución y, hace un momento que esperaba a mi hijo, para no dormirme antes de su llegada, me puse a rezar: rezaba por él, por usted y por cuantos corren peligros. Lástima que no está mi esposo: anda de viaje con las mulas. Llevó un cargamento de piloncillo y cueros al puerto. ¡Quién sabe si no le haya sucedido una desgracia! ¡Es tan peligroso viajar en estos tiempos! El hubiera tenido mucho gusto de conocer a usted. Su padre, que Dios tenga en su santa gloria, fue muy amigo de mi esposo. ¿Usted no conoció a mi hijo mayor?

—Sí, recuerdo de él.

—De no haber muerto, ya estaría como usted, hecho un hombre y un soldado de todo a todo. El pobrecito se quedó quien sabe dónde. Quiso meterse a la revuelta. A pesar de mis consejos, se fue y ya nunca regresó. En ocasiones me hago la ilusión de que anda

muy lejos y que por eso no tenemos noticia de él. Es únicamente un consuelo. Un disperso me dijo que lo vio morir. ¡Si supiera dónde quedó!

La viejecita suspira y llora. El amigo de su hijo parece mortificado por haber provocado con su presencia tales manifestaciones de dolor materno. Se levanta de la silla, recoge su sombrero y parece decidido a marcharse. Su amigo lo detiene, lo obliga a sentarse y va a colgar el sombrero de una cornamenta de venado que en la pared hace veces de percha.

—¿Madre, no habrá algo de cenar? Éste ya se iba a acostar sin probar bocado.

—¿Por qué no vinieron antes, muchachos? Tenía una canasta con huevos y se los llevaron todos los soldados. Con decirles que hasta le quitaron los huevos a una gallina culeca, y para más, se llevaron también la gallina. Tenía también un manojo de tazajo y se lo llevaron. Pero van a ver. No les caerá mal una taza de café negro, bien cargado y bien caliente, con unos plátanos fritos. Mira, baja una mano de plátanos largos que está en el tapanco. Por allá no se asomó ninguno.

Mientras sopla el fogón limitado por tres piedras cacarizas, la viejecita charla acerca de lo que a ella interesa. De las respuestas espera obtener una noción exacta de los sufrimientos que pasará su hijo, de vivir todavía.

—Buenos trabajos habrá pasado usted. ¡Acostarse sin probar alimento! Y eso que han matado algunas reses.

—De comer esa carne, hervida o asada, que me tiene ya hasta aquí —dice tocándose el cuello— a no cenar, prefiero lo segundo.

—¡Y en cuántos peligros se habrá visto usted: los combates! ¡Cuántas veces lo habrán herido!

—Ni una sola vez, señora.

Sobre el comal chilla bien pronto la manteca donde van a freírse los plátanos hechos tajadas. La olla del café, puesta a un lado del fuego, manda al olfato aviso de su actividad. Un olor agradable llena la casa y, sin duda, va a inquietar a los soldados más cercanos, sin que sepan de dónde procede semejante delicia.

Mientras la anciana busca la loza en un armario, los dos amigos platican.

—¿Y tú de qué te ocupas?

—Yo cuido los trabajos en tanto que mi padre se va de viaje. Tenemos algunas vacas libres por el campo. Es necesario darles sus vueltas, porque, a lo mejor, paren y los zopilotes les quitan las crías. Atiendo también las labores. Por ahora las matas están filoteando, y si no se cuidan se las acaban los puercos dañeros de los vecinos. Si no los saca uno con los perros, no dejan ni para el gasto. También tenemos un plantío de caña. Dentro de algunos días debe comenzar la molienda. El inconveniente es que nos robaron la yunta de bueyes y no sabemos cómo trabajar el trapiche. ¿Y tú, dime, andas contento en la tremolina?

—De todo hay. Yo entré con grandes entusiasmos. Los tengo todavía, pero en ocasiones se pierden. Se cometen atropellos, aunque las cosas no pueden ser de otra manera. En cuanto a malpasarse, ya ves, hoy iba a quedarme sin cenar. Si no nos hubiéramos encontrado, a estas horas las grandes estarían comiéndose a las chicas.

El casero baja la voz para que no lo oiga su madre.

—Sin embargo, te envidio. A mí me encanta la carabina. Y no creas que te envidio porque andas en la revuelta, sino porque tú ya pudiste desligarte. ¡Se hace tan difícil desprenderse de la casa! Como tener valor para decirle a mi viejecita: “Ya me voy, cuando se pueda te daré aviso de cómo me va”.

Los dos amigos se quedaron pensativos. Hacen tambor con los nudillos de los dedos en la madera de la mesa. La vela ha echado ya algunas lágrimas grasosas. La viejecita se acerca con el plato copeado de plátanos fritos. El hijo de la anciana dice, ambiguo:

—Ya hablaremos.

La cena no puede ser más campirana. Plátanos brillantes de manteca, bien calientes y bien tajados; tazas humeantes de café negro, del buen café de la huerta que huele tentador.

—Con que usted fue compañero de mi hijo, en la escuela. Muchas veces platica de usted, de las travesuras que hicieron juntos y de los castigos que les impusieron a los dos.

—¡Pobre maestro, cómo lo hacíamos! ¿Recuerdas aquella vez que le escondiste los anteojos? Todo un día no hubo clases, porque él, sin anteojos, era completamente ciego. Todo el día fue de cantar coros.

—¡Y cómo se equivocó el pobre! Decía que todos los hombres son el resultado de la vocación.

—Recuerdo. Decía que tú, con tu presencia para la aritmética, ibas a ser un buen ingeniero.

—Y qué equivocada se dio. Ando midiendo los caminos a lomo de caballo. De ti decía que ibas a ser abogado. ¿Recuerdas cómo te gustaba discutir?

—Yo me reía de él. No ambicionaba otra cosa que mi padre mandara por mí, para venir a montar a caballo y a matar venados con la escopeta.

El revolucionario devora los plátanos fritos. Los labios, apenas sombreados por un bigotillo presuntuoso, le brillan llenos de grasa. Entre bocado y bocado da un trago de café. La viejecita insiste en que su hijo también tome algo. El muchacho accede y participa de la cena patriarcal. Bien pronto retira su plato cuando la anciana aborda un tema enojoso.

—Antes que se me olvide voy a recomendarle que le dé unos consejos a éste. Usted me parece juicioso y hasta un poco mayor de edad: uno o dos años más grande que él.

—Sí, soy mayor que él.

—Pues déle un consejo. Si viera que éste ha dado en morder el freno, como decimos por aquí cuando alguno se encapricha en algo. Quiere casarse. Si eso fuera únicamente, nada tendría de particular. Los hijos varones son para escoger una mujer y casarse, como las hijas son para que las escoja un hombre y se las lleven. Pero su amigo se ha fijado en una muchacha que no le conviene. Sáquele usted de la cabeza semejante idea. Hace apenas un mes, cuando le habló por lo claro a su padre y se convenció de que nosotros no daríamos nuestro consentimiento, nos amenazó con largarse a la revolución. ¿Pero cómo dejarlo casar si ella no le conviene?

El hijo, para no oír semejante conversación, que le disgusta, se va a la pieza contigua, quien sabe a qué. La vieja baja la voz, se acerca a la mesa y explica:

—Figúrese usted que la muchacha es hija de un vecino que hace años estuvo enfermo de gálico. Quedó sin media nariz y con algunos costurones en el pescuezo. Dicen que esa enfermedad no se cura nunca y que se hereda. ¡Cómo vamos a querer que se casen! A lo mejor, ya casados, le brota a ella. Y luego, si los niños, mis nietos, resulta... Buenas lágrimas me ha costado la terquedad de mi hijo. No quiere oír consejos ni atiende reprimendas. La pobre muchacha no es mala y, por cierto, está muy potrancota. La muchacha trabaja

como la mejor. Tiene un cuerpo como para que se relama los labios el más pintado. En una palabra, es un buen partido, pero con esa maldita herencia... Dele a mi muchacho algunos consejos. Se ve que a usted lo quiere y lo tiene como más experimentado. Tal vez lo atienda. Con nosotros siempre hace lo que usted ha visto. En cuanto se habla de esa moledera nos deja con la palabra en la boca y se sale de la casa. Ahora, sólo porque está usted aquí, no se ha largado para afuera.

—Pierda usted cuidado. Le haré ver cuanto usted me ha dicho. Iremos a platicar a solas donde pueda él hablarme con franqueza.

—Eso es, y que Dios se lo pague. A mí ha llegado a decirme cosas que me intranquilizan. Una vez que le hablaba de su hermano, de cómo se nos perdió en la revolución, todo para convencerlo de que no debía largarse, me respondió que se largaría; que si algo le pasa nada tendrá de particular, porque al fin no ha de morir de parto.

Las últimas palabras de la anciana están húmedas de lágrimas contenidas. Ha dicho cuanto quería decir. Absorta en su problema de familia, se queda por un rato sin agregar palabra. El revolucionario, sólo por decir algo, exclama: “¡Qué muchacho!”. Guardan silencio. La anciana, a tiempo que recoge platos y tazas, llama a su hijo para que atienda a la visita. Llega con la traza de quien no ha oído nada. Pide a su amigo una opinión acerca del giro de la revuelta.

—Es cosa hecha.

Ha opinado sin tomarse un segundo de meditación. Continúa:

—El triunfo está muy cerca. Un mes más y estaremos de camino para el centro.

A medida que habla adquiere fuerza de expresión.

—Día a día se han venido uniendo núcleos de revolucionarios que a la larga serán todo un ejército. Puedo decirte que después de la acción que debe tener lugar dentro de dos días podremos avanzar ocho jornadas sin hallar el menor obstáculo. Esa afluencia de gente no quiere decir otra cosa que el triunfo ya se olfatea, como de noche y a distancia se denuncia la flor de *quiebra plato*. Es la misma opinión de todos los soldados, no tan sólo de los oficiales que están más al tanto de los acontecimientos. Si a un asistente se le pregunta si quiere regresar a su casa, suplicaría que se le permita seguir en

la columna. Todos han sufrido y todos quieren saborear el triunfo, tener la emoción de la victoria.

—¿Entonces crees que sea cosa en la bolsa?

—¡Seguro! Como dos y dos son cuatro.

La despedida es larga y pródiga en recomendaciones de parte de la anciana. Ya en la puerta, el revolucionario es detenido, porque la madre de su amigo quiere ponerle en el cuello una medalla bendita. Al colgársela dice con fe:

—No se la quite y saldrá bien de todos los peligros. Esas medallas son muy milagrosas. La última vez que estuve en el pueblo la bendijo el sacerdote y toda una tarde se la dejó al divino preso.

El revolucionario estrecha una vez más la mano de la viejecita. Ella mira al joven de una manera que a las claras está diciendo no se le vaya a olvidar el sermón.

—Ya vengo, madre.

La puerta se cierra. Se oye dentro el golpe de la tranca. El cuadrilongo de luz desaparece. Los dos amigos caminan junto a los corrales, al pie de las casas, entre soldados dormidos y montones de sillas vaqueras. Ni uno ni otro se deciden a abordar el tema. Sopla un vientecillo húmedo por el nordeste, el cual, en contraste con el intenso bochorno, presagia la lluvia.

—Va a llover.

El cielo está completamente azul y la noche es clara. Muy abajo, en el confín, al pie de la vertiente, de vez en cuando parpadea el relámpago. Sombrero en mano a causa del bochorno, a la luz de una luna todavía diagonal, los dos amigos se encaminan al lugar donde el revolucionario ha acantonado. El asistente, harto de carne y cansado, duerme ya. Está completamente vestido. Ni siquiera se ha quitado las carrilleras. Bajo una pierna tiene la carabina.

De pronto, la pregunta. Algo así como el proemio para cumplimiento del encargo.

—¿Es decir, que estás completamente resuelto a casarte?

—Eso cree mi madre y eso te dijo. Ya no estoy resuelto a casarme. Ya pasó la chifladura. A lo que estoy resuelto ahora es a irme con ustedes. Quiero vivir la revolución. Quiero andar. ¡Ser libre!

—¿No será que, decepcionado de no poder casarte, quieres olvidar metiéndote a las armas?

—Como puede ser, bien puede no ser. Deja pensarlo bien.

Toma una actitud meditativa y dice de pronto:



—Mira, allá vive, en aquella casita donde la luna se mete hasta el corredorcito... ¿Sabes? Quiero ir con ustedes porque no puedo casarme con ella, pero si pudiera casarme con ella, sentiría no ir con ustedes.

—Eso se llama querer mamar y querer andar en el potrero.

—Precisamente.

—Pues va a decir tu madre que en lugar de aconsejarte para que no hicieras una tontería, te aconsejé que hicieras dos: abandonarla y correr la misma suerte que tu hermano.

—No seas egoísta. Yo también olfateo el triunfo. Quiero saber qué hay más allá de las sierras. Aunque tú no hubieras venido con la columna, de todos modos yo me hubiera presentado al general, como voluntario. Sé montar, sé manejar una carabina, sé sufrir hambres... ¿Qué más?

Se oye el tropel del rondín. Para no llamar la atención se acuestan y continúan su conversación. Están cara al cielo. Miran la luna, que parece marchar a gran velocidad en sentido contrario a las nubes.

—Tendré que salir con la fresca a perderme entre los de vanguardia, para evitar el encuentro con tu madre. Vendrá a buscarte al ver que no regresas. Me preguntaría por ti... Y no quiero...

—Saldremos los dos. Caballo no falta a quien madruga, dice el dicho. Antes de largarnos iré a la casa de ella.

—¿De tu madre?

—No, hombre, de ella... Le tocaré en su puerta, como acostumbro. Le diré que, como no podemos casarnos en vista de que mis padres no me lo permiten, he preferido largarme a la revolución. Como decirle que me espere sería cometer una bribonada, le diré que la dejo en libertad de casarse con quien quiera. Ella tal vez se ponga a llorar. Dirá por qué no le dejo siquiera la esperanza de aguardarme. Yo no podré decirle la causa, es decir, lo de la enfermedad. Va a decirse, tal vez, que soy un ingrato. Al ver que ya me retiro se me echará al cuello. Como en esos momentos ya se oigan ruidos de puertas que se abren, la dejaré plantada, secándose los ojos con el delantal. Ya montado a caballo, le diré adiós. Lo que más se me dificultará va a ser perder de vista la casa de mis padres, donde queda esperándome mi viejecita. Al sentir que va a faltarme la voluntad, le meteré las espuelas por los ijares al caballo y... echaré a correr.

Para otra vez el rondín. Para que no vayan a imponerles silencio, se callan. Pasan tan lentamente... En espera de que el tropel se pier-

da más allá del primer cercado, el novato se ha quedado dormido. La luz es suficiente para verle los ojos colmados de lágrimas. Se ha despedido anticipadamente.

SEGUNDA PARTE

**Veremos que tan macho eres tú**

XIV

Los pronósticos atmosféricos comienzan a cumplirse. Una nube tan leve como el encaje cubre un octavo de oriente y bien pronto se interpone entre la luna y el campamento. El vientecillo sopla más impregnado de frescura, y sin embargo, el bochorno es intenso. Hay una penumbra de amanecer.

La paz es absoluta. Únicamente de vez en cuando quiebra el silencio el bramar de un becerro. Debe ser el crío de la vaca sacrificada, todavía *achicado* por su dueño y en espera de la madre.

De pronto se oye el ruido de una puerta que se abre, que se cierra y vuelve a abrirse. Salen dos hombres trezados en una lucha. A la escasa claridad no se pueden apreciar detalles. Apenas el movimiento de brazos denota la pelea. Pujan chinchados estrechamente, como si quisieran reventarse en un apretón.

—¡No estaba sola! ¡Ni es lo que usted se pensó! ¡Jijo...!

Y con la última palabra suena un mojiçón. Uno de los hombres es lanzado de espaldas. Se le puede ver levantar las patas. El otro echa a correr por un callejón, entre grupos de soldados dormidos, con dirección al llano.

El caído se levanta a toda prisa. De su brazo derecho salta una luz cárdena. Ha hecho un disparo de pistola sobre el fugitivo. Sin duda no hizo blanco, porque el otro sigue corriendo.

El cabecilla destituido del mando de sus tropas debe mirarlo pasar, pues esa dirección lleva. Su condición de amargado le aconseja sin duda dejarlo marchar. ¿Para qué cerrarle el paso, si dentro de algunas horas algunos de sus hombres también pedirán a la suerte una salida libre?

Acude al rondín a todo correr. El que ha disparado no intenta ocultarse siquiera, mucho menos oponer resistencia. Los del rondín lo hallan todavía en el mismo sitio, cerca de la puerta donde fue la

riña. Aún tiene el revólver en las manos. Escupe para todos lados. Con un cerillo le alumbran la cara. Es un sargento recientemente enrolado y que mereció desde luego esa graduación en vista de sus antecedentes y de su catadura. El moquete le ha desfigurado la boca. La boca más bien parece un hocico. El puño debió abarcarle ambos labios y parte de la nariz, pues le sale sangre de la boca y del poro izquierdo. Es el labio superior, intensamente hinchado, el que le da un aspecto grotesco. Sigue escupiendo salivazos manchados de rojo.

Cerca, en el acantonamiento de los federales rendidos, dicen:

—Aquí hay un herido.

—¡Sí, estoy herido!

En la voz del lesionado no hay urgencias de auxilio. Habla casi serenamente. El rondín se acerca. Los compañeros del federal hacen rueda. Algunos de ellos están a medio vestir. Se encienden cerillos. Con una lámpara sorda es vista la herida. El federal no tiene zapatos. La bala dio en el tobillo del pie izquierdo. Destrozo el tarso y el extremo inferior de la tibia.

El herido hace intento de pararse. El pie se voltea horriblemente hacia fuera. Asoma la tibia quebrada diagonalmente, como se corta la caña para facilitar su entrada en las apretadas mandíbulas del trapiche.

Los mismos compañeros del herido se encargan de colocarlo sobre una cobija, cuyas esquinas toman cuatro de ellos. Lo llevan como en una hamaca a un portalito cercano, donde el jefe del rondín hace levantar a los que duermen. El herido es interrogado y reprendido con dureza. Le han quitado el arma.

Explica lo sucedido: al anochecer vio llegar, procedente del campo, a una indita de semblante arisco y pecho erecto. Vio a qué casa se metía la muchacha y se propuso ir a hacerle una visita en cuanto llegara una hora oportuna. No vio entrar al hombre.

Cuando estuvo dentro de la casa palmó a oscuras la pared, tropezó con la cama, tentó con cuidado, y en lugar de lo buscaba su mano cogió otra cosa. Se sintió tomado por el cuello fuertemente. Era el hombre. Se trenzaron en una lucha. El otro, más fuerte, lo sacó a la fuerza y le puso el puño cerrado en el hocico. Hizo fuego sobre su agresor, y en lugar de darle a él, había dado al federal rendido.

Es llevado en calidad de preso al banco de armas, al cuidado del oficial de guardia.

Al corredorcito donde ha sido instalado el herido llega un hombre con un sarape atigrado en los hombros. Se comprende que ya dormía y que fueron a levantarlo para atender al herido. Le dicen “doctor” los del rondín. Toma una de las velas. Hince una rodilla en tierra. Alza bruscamente el pie lesionado. El federal se desangra horriblemente.

El doctor deja caer el pie y con visible malhumor arroja el sarape. El soldado no se queja; únicamente puja. Otro soldado va, por indicaciones del médico, a traer la petaquilla de las medicinas, de las herramientas quirúrgicas y de las vendas y algodones. Mientras tanto, el médico busca entre las monturas amontonadas cerca un lazo apropiado. A media canilla echa una lazada y tira fuertemente de los extremos. Cuando el lazo se ha hundido en la pantorrilla, remata el nudo. Es para contener la hemorragia.

Al abrir su petaquilla tiene el médico la facha de un ambulante vendedor de chácharas. Un enorme paquete de algodón envuelto en papel azul. Un rollo de vendas más o menos limpias. Un par de pinzas para cabecear venas. Un bisturí de hoja plateada. Unas pinzas tan puntiagudas como el pico de una gallareta. Un cuchillo que lo mismo sirve para operaciones cirujanas, como puede servir para cortar el queso.

Junto al herido no han quedado más que cuatro federales, compañeros suyos. También está presente la mujer del herido. Carga ella un chico, cuya cabecita pende, con los ojos cerrados por el sueño, fuera del rebozo que es como una hamaca en las espaldas de la soldadera. El herido ha dejado de pujar y parece resignado a que hagan de él lo que se les pegue en gana.

El médico, cuando ha sacado su herramienta, comienza por explicar lo que va a hacer y cómo lo va a hacer de acuerdo con la falta de elementos. Pone empeño en demostrar que sabe su oficio y que en otras circunstancias lo haría mejor. Tal parece que está presente un colega suyo quien pudiera criticarlo.

Es encendida otra vela. Dos de los presentes alumbran donde indica el doctor.

—La operación —explica el médico— es de las que no admiten espera. El tobillo está destrozado, como pueden ver ustedes. Con los calores entra con mucha facilidad la gangrena, y si yo no lo curo, ¿quién puede curarlo después? En una sala de operaciones, con elementos suficientes y hasta con otros médicos que me ayudaran,

lo primero que haríamos sería aplicarle la mascarilla del anestésico, porque es tremendo operar cuando el paciente está en el pleno conocimiento de su situación. ¿Pero aquí...?

Dirigiéndose al herido:

—¡Veremos qué tan macho eres tú!

El herido no oye o no quiere responder a semejantes necesidades. El médico toma el cuchillo, y al mismo tiempo que prueba el filo sobre el dedo grueso, a la mera de los carniceros, explica otra vez cómo deberían hacerse las cosas.

—De contar con lo necesario, antes de emplear esta herramienta la herviríamos perfectamente para desinfectarla. Pero no tenemos ni una lámpara de alcohol, ni el alcohol para utilizar la lámpara en caso de que la tuviéramos.

Gracias a la atadura, la lesión ya no chorrea sangre. Mana a gotas. Las cuentas color granate caen en un charco ya coagulado. El pie se hincha a toda prisa, y desde arriba del tobillo hasta las uñas tiene una capa negruzca. La carne abierta tiene apariencias de flor.

Para no inclinarse mucho, el médico alza un poco la pantorrilla del soldado. Ordena que un hombre de los que sostienen las velas pare la suya en una piedra y sostenga con ambas manos la extremidad lesionada. El cirujano marca en el aire, con la punta del cuchillo, una línea recta que, partiendo de la entrada de la bala, pasa por sobre el empeine del pie y remata en el orificio de salida. Va de verdad. Asegura el pie con la mano izquierda. Con la derecha hinca apenas el cuchillo. De pronto, el tajo. Queda separado el tarso, por la parte delantera, del hueso maleolar.

El herido rechina los dientes. No lanza una queja, pero intenta sentarse. Con un ademán, el médico ordena a un curioso sujetar al paciente. El ayudante le pone las manos sobre el pecho al herido. Lo aprieta contra la tierra, de espaldas. Como la articulación está hecha pedazos por la bala expansiva, lo tajado ha logrado que el pie se voltee hacia el calcañal. Pende completamente desfigurado. Las puntas de los dedos tocan el suelo. El tendón posterior blanquea intacto, pues, aunque la sangre que escurre lo mancha a cada emanación, no logra restarle su plateada blancura.

El arma gira inmediatamente por la parte posterior del tobillo. El pie queda desprendido del todo, en la mano izquierda del médico. Tiene calma para contemplarlo por unos segundos. Lo deja caer en al gotera del portalito.

No son lamentos los del lesionado. Son los gruñidos de la fiera aplastada por la trampa. Le arrebató a la mujer el pañuelo con que ha estado secándole el sudor de la frente. Se mete el pañuelo en la boca, y apretándolo fuertemente con los dientes, resopla por la nariz, víctima de las dolencias. Se ha puesto una mordaza para no gritar.

Como aumenta la hemorragia, el doctor dispone que se ponga una atadura más apretada. Mientras el ayudante improvisado ejecuta la operación, el médico mira y remira la herida. Bien claro está diciendo con su actitud que el trabajo no ha terminado, que un nuevo motivo de importancia aplaza todavía el vendaje. Después de observarlo todo, manifiesta su contrariedad restregándose la oreja derecha sobre el hombro del mismo lado, pues no puede hacerlo con las manos manchadas de sangre.

Lo que ha atraído la contrariada atención del médico es nada menos que el descubierto extremo de la tibia. La bala destrozó el hueso. Una vez quitadas las piltrafas de tejido y los coágulos, ha quedado al descubierto una punta filosa, tajada diagonalmente.

—De buena gana —dice— lo dejaría así. Pero yo no soy de los que se ahorran trabajo sin tener en cuenta al enfermo. Otros doctores sin escrúpulos darían por terminada la operación. Yo, no. además de que este hueso, cortado en esta forma, retardaría la curación; la punta sería un obstáculo para adaptar la pieza postiza, hincándose siempre en la carne viva.

Busca en la petaquilla de la herramienta quirúrgica. Por la explicación dada, todos comprenden que el médico busca una sierra apropiada. Entre la herramienta no encuentra tal auxiliar. Un lugareño que por curiosidad se ha acercado a ver la operación, dice que él tiene un serrotito de dientes menudos. Va por el serrote.

Mientras tanto, el médico se ocupa de cabecear los afluentes de sangre. Pone una de las pinzas de presión en la safena externa y otra pinza en la tibial posterior. El dueño del serrote regresa antes de que el doctor haya terminado de cabecear las venas. Se endereza. Examina el instrumento. Es una hoja acerada, de dientes más o menos finos, pero muy estropeados por el trabajo. Una y otra vez pasa el dedo grueso por los dientes del serrote, sin quitar los ojos de la punta visible de la tibia. Se hace cargo, tal vez, del efecto doloroso que va a causar el paso de cada diente por el cuerpo de experimentación forzada.

El lugareño, por si acaso sus explicaciones resultaren útiles al médico, dice que la herramienta ya tiene mucho tiempo ociosa, colgada de un clavo. Como el patrón le arrebató sus vacas, pagándose así una deuda de familia, el serrote ya no le sirve para nada. Antes acostumbraba cortar las puntas de los cuernos a las vacas de ordeña y a los toretes a la hora de caparlos, para eso le servía el serrote.

De repente, el médico indica con un ademán que acerquen las luces. Igualmente ordena que vuelvan a sujetar al herido. Toma con dos dedos la Punta de hueso, como lo hacía el lugareño al despuntar sus reses. Aplica al serrote un movimiento de ir y venir. El herido no lanza queja alguna, pero sus mandíbulas están fuertemente hincadas en el pañuelo. El cuerpo tiene contorsiones de culebra, a la cual se le pisa la cabeza. La hoja produce un chirrido que crispa los nervios. Todos los mirones aprietan los dientes y cierran a medias los ojos. Parece que crepita todo el herido, que crepita la casa y la tierra toda. La pierna tiene un temblor sincronizado con el paso de cada diente del serrote. El soldado deja de bufar y de retorcerse. Al perder el conocimiento ayuda a la operación, pues de hecho él pone el anestésico. El médico no se alarma por la notoria laxitud que se apodera del herido. El serrote sigue pasando rítmicamente sobre el hueso. Los movimientos reflejos ponen en la pierna relampagueos de protesta. Por fin, el médico se queda con dos pulgadas de hueso entre los dedos.

Inmediatamente va a examinar la cara del herido. Con brusquedad levanta uno de los párpados y acerca una vela. No queda contento con su observación y se arrodilla para poner el oído sobre el pectoral izquierdo del paciente.

—No es nada —dice.

Cuando va a continuar la operación, hace que alguien alumbré una mancha negruzca que se ha formado en el suelo, bajo las posaderas del herido.

—¡Este hombre tiene otro balazo!

Lo palpan. Lo encuentran húmedo. Las manos, sin embargo, no resultan manchadas de sangre. El médico dice:

—No es nada.

—Sí, señor —replica uno de los que tentaron—; el herido se ha orinado.

—Por eso digo que no es nada...

Se ve que el médico desea aprovechar estos minutos preciosos, en que aún opera el anestésico de un dolor que, por intenso, ha llegado a la insensibilidad. Pasa algodones por los bordes de la herida. Con las tijeras corta hilachos de tendones y filamentos rojizos. Pone especial cuidado en sacar todas las pequeñas esquiras. A falta de otra cosa, vacía una botella de aguardiente en la carne viva. Con tantos algodones y vendas, la extremidad mutilada tiene aspecto de pisón.

A toda prisa, el médico recoge sus herramientas. Ordena que uno de los soldados le lleve la petaquilla. Dice a la soldadera:

—Si algo pasa, avisarme.

Se echa a los hombros la cobija y se dirige a su acantonamiento. La mujer ha contestado de mala gana. Debe pensar que su hombre está muerto. Tardía, se da cuenta de que el pañuelo, aún metido en la boca del soldado, sale sobrando. Tira de una esquina del pañuelo. Como la boca se ha amoldado a la mordaza, el herido no junta las mandíbulas. La boca abierta le da un aspecto repulsivo. La mujer le cierra la boca con mano temblorosa. Tal acto debe darle una idea exacta de la muerte, y se pone a llorar. Su gimoteo imprime al muchacho que lleva a cuestas un sacudimiento de arrullo.

Los compañeros discurren quitarlo del sitio enfangado de sangre, agua y orina. Lo ponen en un sitio seco. La mujer lo tapa con el capote. Cuando le coloca debajo de la cabeza el rebozo a guisa de almohada, el herido vuelve al conocimiento. Comienza a gritar con todas sus fuerzas. Quien llevó la petaquilla al médico, va a darle cuenta:

—¿Vio usted, doctor, que se aguantó como los hombres? Pues ahora grita como una chiva. Oiga usted, ¡hasta aquí llegan sus berridos!

—¿Y qué?

—¿No se estará muriendo?

—¡No, hombre! Mientras no le entró la calentura, la voluntad se impuso al dolor. Por eso no se quejó ni una sola vez. Ahora debe estar ya con fiebre. La voluntad ha desaparecido. ¿Cómo vamos a evitar que le duela y que grite? No le hemos sacado una nigua. Le hemos cortado un pie, ¡y a cuerno limpio!



## XV

Entenebrecido el cielo y hecha la oscuridad en el campamento, una luz prendida a la falda de una serranía distante parece una estrella que se olvidó de ocultarse.

Será tal vez una familia que huyó de la ranchería. Quizá una casucha de leñadores, oculta en los montes como los nidos de los pájaros. Hasta ignorarán, tal vez, que todo el país es agitado por una revolución. Habrá oído desde sus alturas los tiroteos lejanos y habrán dicho que en los pueblos celebran las fiestas de los santos patronos.

Para ellos, sin duda, no hay inquietudes. Las columnas pasan muy abajo, como los ríos, por los valles. Y ellos están muy arriba, como las serranías, muy altos. ¿Sabrán de la revolución? ¿La ignorarán?

Cuando todo haya pasado, con mucho tiempo de retraso, tal vez oigan el relato de las acciones de armas e inquirirán los detalles de la lucha y los resultados. Entonces acaso sientan el no haber participado en la aventura como en cualquiera otra.

**Batiendo el lodo**

## XVI

Han transcurrido las horas de verdadero silencio. Si se aplica el cronómetro campirano, puede decirse que la luna ha subido tres garrochas. Ya la tapó completamente un afelpado segundo piso de nubes altas, bajo las cuales avanza un negro mundo de agua.

El viento deja de soplar repentinamente. Gotas enormes y dispersas comienzan a caer. Y, de pronto, el chaparrón, verticalmente, a cántaros. Toda la gente, en medio de la oscuridad, se levanta y echa a correr en busca de un refugio. Parece la fuga de negros matorrales, desprendidos de la tierra por obra de encantamiento. Así deben desear huir los montes cuando se acerca el incendio.

Los portales se ven bien pronto apretados de fugitivos. Los que antes dormían a la intemperie, contentos con el fresco de los llanos y de los herbazales, no ambicionan más que un pedazo de tierra bajo techo. Se abren las puertas de algunas casas. En promiscuidad con las familias se instalan los más audaces. Los nativos, ante las

interrupciones, buscan protección en el fuego: las velas encendidas y los fogones atizados son la protección, porque, al menos, a la claridad interior permanecen divididos unos de otros.

A un portal atestado de tropa llega uno de los federales rendidos, acompañado de su mujer. Un relámpago alumbra pasajeraamente todo el panorama. Alguien de los que han ganado un sitio donde tender el camastro se apresura a decir:

—Aquí hay un lugarcito, donde puede acostarse la señora...

—Pues habiendo lugar para ella, hay lugar para los dos: yo voy encima...

A la contestación dada por el exfederal sigue una carcajada de cuantos la oyeron. El aguzado<sup>9</sup> que ofrecía un lugarcito para la mujer, sufre el castigo de su fracaso. Por mera broma o porque el pretexto es magnífico para desalojar un poco el sitio, es echado a empellones. Doblegado y mal envuelto en su cobija, corre bajo la lluvia, que ya hizo lagunas en el patio.

Los cuerudos son los únicos que no buscan refugio en ninguna parte. En cuanto comenzó a llover se calaron sus mangas de hule y pusieron los forros a sus sombreros. Plantados en tierra, con las monturas entre las piernas, a fin de librarlas también de la lluvia, bajo el aguacero y en mitad de la oscuridad, a cada golpe de luz fosforescente son como un enorme grupo de raras figuras, no sin algo de humano, talladas en cantera negra. Sin el auxilio de los relámpagos parecen apretados chaparrales, que reciente chamusquina ennegreciera.

Los que están en los caminos, con mangas o sin ellas, tienen que afrontar la lluvia. Cuando mucho, buscarán un refugio inútil bajo los árboles cercanos.

A ratos, el aguacero se reprime. Se escucha su tamborilear, retirándose, sobre los montes, a merced de los vientos favorables. Pero bien pronto, por el otro lado, se escucha el paso de la avalancha, como en un intento de alcanzar el aguacero anterior. Una hora de llover con aplomo y arrullo, con esa constancia pareja, que en la infancia hace conciliar tanto el sueño, cuando el agua es ritmo sobre la teja sonora o cuando una gotera golpea monótona sobre una lata vieja.

---

<sup>9</sup> Listo.

Un intervalo y otro aguacero. Intermitentemente, los relámpagos se suceden, y muchos de ellos duran varios segundos. A su luz se ve la enorme laguna formada ya en el campo. El suelo, encharcado y herido por las gotas de agua, parece una enorme panza, sembrada de tetas puntiagudas. Algunas de las descargas eléctricas tienen, además del eco, que se va rebotando de monte en monte, el estallido de las ramas y de los árboles enteros que caen. Son otros tantos ecos que repercuten en los cerros. Se tiene la sensación de que todo se humilla bajo la voz imponente de la altura.

En medio de los charcos formados, donde hace una hora dormía tranquila y cansada la tropa, bajo la lluvia, juegan retozones los cerdos de la ranchería, felices de hocear por todas partes. Se les oye gruñir, canturreando felices porque ha llovido. Contrastan las voces roncadas de los berracos y de las madres, con las voces aflautadas de los lechones. De pronto se oye el escándalo producido por una riña. Algo se disputan los cerdos, persiguiéndose.

Por el sitio donde comenzó la disputa, los que presenciaron la operación practicada en el federal herido, caen en la cuenta y sostienen que los cerdos devoran el pie amputado, pues no fue recogido de la gotera. Nadie cree otra cosa, nadie se supone que los animales se han encontrado otra presa, porque la experiencia dice que la reyerta no puede tener más causa que un bocado succulento, pues el cerdo es muy afecto a la carne humana, aun más que el perro. Pero llueve tan fuertemente, que nadie quiere abandonar su refugio para ir a convencerse.

Alguien que pone en dudas las aficiones porcinas tiene que oír el relato siguiente: dizque en los comienzos de la lucha, una plaza apartada y defendida por dos centenares de federales, se vio en la necesidad de atenerse indefinidamente a sus propias fuerzas, en vista de que la llegada de todo auxilio era imposible. Vino el ataque en toda forma y se combatió durante tres días seguidos. Era tan apremiante el asedio por todos los rumbos, que los defensores, durante todo ese tiempo no pudieron desprenderse de sus posiciones. Por cierto que los federales ya no defendían la población, ni a los habitantes, sino a sus propias vidas. Estaban encerrados en un círculo, del cual muy difícilmente podían librarse, y mucho menos si querían emprender la retirada: ya fuera de sus loberas, a campo raso, hubieran sido aplastados por el número.

La acción más intensa fue la primera. Los atacantes lograron penetrar en plena madrugada de oscuridad hasta el centro de la población. Aunque fueron rechazados, antes de retirarse prendieron fuego a las casas de comercio más importantes. Es decir, que en aquella primera acción los defensores perdieron su base de aprovisionamientos: el comercio del lugar.

Desde esa acción no se descansó para nada. Los atacantes pusieron el cerco. Dueños de las zanjas de la irrigación cercana y de los pliegues más favorables del terreno, se tirotearon constantemente con la línea de fuego federal. En las innumerables salidas de los defensores y en las innumerables arremetidas de los atacantes, quedaron numerosos cadáveres en el campo, que fue imposible recoger. Equidistantes de una y de otra líneas, en el desamparo de aquellos escuetos, sin un árbol, sin una maleza, a cuya protección arrastrarse para recoger por la noche a los muertos, cuando alguien lo intentaba, era balaceado inmediatamente.

A pleno sol, y a la vista de los combatientes, los cadáveres, en un principio untados en tierra, con la flojedad que precede a la rigidez, se fueron inflando; y cuando reventaron, comenzó a impregnarse el viento de una fetidez más penetrante que la de un animal en pleno estado de putrefacción. Especialmente cuando soplabla viento en la frescura de la noche, la pestilencia era insoportable.

A la situación apremiante de los sitiados vino a agregarse el hambre. Los mismos animales de la población buscaron en el campo lo que no hallaban dentro. Durante el día, los atacantes y los sitiados ponían interés en tirotear los perros que intentaban devorar los cadáveres. Por las noches sólo se oía las riñas de los perros en la disputa de la mejor carroña.

También los zopilotes eran tiroteados cuando durante el día querían dar comienzo al festín. Por la noche se les oía descender en círculos silbantes y disputarse la carne humana. Era una alharaca producida por el golpear de las alas y por ese grito peculiar de ellos en la riña y en el amor.

Al atardecer del cuarto día no hubo encuentro en ninguno de los frentes. Fue como una tregua. Los sitiadores esperaban el mejor esfuerzo para dar el golpe definitivo. El jefe, posesionado de la población, requisitó los últimos víveres: no alcanzaban ni para los oficiales. Dispuso entonces que fueran sacrificados algunos de los

cochinos de los muchos que merodeaban por las calles, a pesar de lo que dijera y aconsejara el médico de lo que fue un regimiento.

—El fuego mata hasta la rabia.

Tal fue la sentencia del jefe. Al anoecer, cuatro cerdos, más o menos gordos, danzaban hechos pedazos en su propia grasa. Soldados y oficiales se agruparon en derredor de los cazos de la fritanga, y con varas afiladas comenzaron a pescar en la manteca hirviendo trozos de carne maciza, trozos de bofe y chicharrones de aspecto apetitoso.

El mismo doctor, instigado por el hambre y por el ejemplo de todos los demás, se hartó de cochino. Declaró que en todo tiempo, es mejor morir por haber comido que morir por no comer.

Con las manos brillantes de manteca y llevando un rico bocado, los soldados regresaban a sus loberas. Ellos no luchaban entre sí en la disputa de un pedazo de carne; pero en la manera como hincaban el diente y en la avidez de los ojos recordaban aquellas riñas nocturnas de los perros en las afueras de la población, donde por el día había reventado a pleno sol un cadáver.

Pasada media hora en las posiciones federales reinaba un bienestar, apenas comparable con un acantonamiento en los días de paz. Los atacantes parecían dispuestos a dormir. Cansados y hartos, los federales se tendían en sus cobijas fuera de sus loberas, con la cara al cielo y con las manos colocadas beatíficamente sobre los abdómenes satisfechos. Por lo visto les esperaba la mejor de las noches: tranquilidad en la línea y un gran deseo de dormir. Muchos hasta tuvieron humor para canturrear una canción y para gritar a sus enemigos una cuchufleta. Un cielo despejado. Hasta el viento calmado hacía menos ingrata la noche, pues no aportaba, como en otras noches, el tufo de los que se descomponían en el llano.

Pero la quietud duró poco. Fue interrumpida sin toque alguno de corneta y sin necesidad de tiros. A la casa donde se alojaba el doctor del regimiento llegó un oficial a toda prisa. Contra lo que se suponía, halló despierto al doctor.

—¡Dice el jefe que vaya usted, que se encuentra muy grave!

—¡Yo también lo estoy, pero iré!

Ya para salir, agregó:

—Espere usted un momento.

Desabotonándose a toda prisa los pantalones, corrió para la huerta. A su regreso se apretaba el abdomen con ambas manos. Por

su palidez parecía un cadáver dotado de movimiento. En la puerta, además del oficial enviado por el jefe, ya estaba otro hombre.

—¡Me muero, doctor!

Y el doctor, que momentos antes se disponía a salir, cayó en la cama con terribles dolencias de estómago e intestinos. El ayudante del jefe salió convencido de que el médico necesitaba a su vez otro médico. Otros soldados y algunos oficiales llegaban con la boca babeante, con ese aspecto idiotizado de la persona que hace esfuerzos por vomitar. Todos se apretaban la barriga con ambas manos. Algunos, doblándose hacia delante, recargados en las paredes y en las cercas de piedra, se metían los dedos en la boca, hasta tocarse la base del paladar, provocando el vómito. Algunos, más duros de tragaderas, buscaban en los patios plumas de gallina que meterse hasta el esófago.

En los momentos menos desgraciados, es decir, cuando las dolencias no eran tan intensas, el médico decía que con tantas dosis de ipecacuana como plazas contaba la corporación, se comprometía a salvar a todos y salvarse él; pero, desgraciadamente, el botiquín del pueblo no contaba ni con bicarbonato. Estaba reducido a cenizas.

Por todas partes se oía la misma exclamación:

—¡Estoy envenenado!

Y todos pugnaban por arrojar la causa del mal. Muchos habían conseguido vomitar, pero seguían quejándose. El recurso más socorrido fue el de hartarse de agua, hasta quedar bombachos y luego meterse los dedos crispados en la boca. Ni así obtenían alivio. El doctor explicaba que todos se habían envenenado con la carne de cerdo, porque los marranos habían comido carne putrefacta y las toxinas...

En apoyo de lo que decía echaba a correr hacia la huerta, desabotonándose a toda prisa los pantalones. A su regreso volvía a decir a quienes esperaban de él un alivio:

—Tenía razón al decir que no se probara la carne de puerco: han comido cadáver en estado de putrefacción y necesitábamos ser zopilotes para no sufrir las consecuencias. Podemos decir que somos antropófagos, que hemos comido carne humana, que nos hemos comido a nuestros compañeros y también a nuestros enemigos...

Una vez más hizo intento de pararse para salir corriendo como en ocasiones anteriores. No pudo. Se quedó sentado en el borde la cama, con las rodillas muy juntas y con los codos muy apretados al

cuerpo. Ya no explicó más las características de la enfermedad, ni echó más la culpa a quienes se empeñaron en sacrificar los cerdos.

Cuando la madrugada era más oscura, los atacantes dieron el asalto. Nadie contestó el fuego desde las loberas. Ni siquiera se oía un grito. Los atacantes creyeron que los federales se habían marchado, es decir, que se les habían ido de las manos, cuando los creían tan seguros dentro del cerco.

Todos cayeron prisioneros, sin ánimo de alzar una carabina.

## XVII

El aguacero ha pasado. Las zanjas se han convertido en arroyos y en los saltos bruscos suenan las improvisadas caídas. La cañada por donde llegó el cabecilla es un pequeño río en creciente. Pasa por entre la ranchería y se aleja rumbo al monte.

De los tinglados incómodos, a fuerza de aglomeración, van saliendo los soldados en busca de sus chivas, que dejaron a campo raso cuando comenzó el aguacero. En algunos sitios, a la luz de los relámpagos, la tierra aparece tan lavada, que se miran brillar los guijarros. Pero en otros sitios hay enormes charcos y lagunas, donde los sapos y las ranas hace rato comenzaron sus escoletas. Las pisadas en tales sitios producen un ruido desagradable, ese ruido del lodo al dejar escapar al zapato reblandecido y a punto de quedarse ahogado.

Por el rumbo de la sierra parpadea de vez en cuando el relámpago. La tormenta deja caer kilómetros adelante el resto de su lluvia. El viento se ha enfriado al contacto del aguacero, y quienes están con los trapos pegados al cuerpo, siguen inmóviles en sus mismos sitios, porque todo movimiento es una sensación desagradable.

El médico, que está en lugar seco, en su cama, también seca y tibia, oye el ruido de las pisadas en el lodo. Pregunta al más cercano si el herido a quien le amputara la pierna sigue quejándose.

El interpelado pone oídos y, pasado un instante, dice que el herido ya no se queja.

—Eso quiere decir que se le ha quitado la fiebre, porque, de tenerla, seguiría quejándose.

Y da otra vez su explicación acerca de la voluntad y el dolor:

—Como es muy macho, no se quejó durante la operación. Era que controlaba su voluntad, y ésta se impuso al dolor. Pero al en-

trarle la fiebre, como en ese estado se nulifica la voluntad, empezó a gritar de manera vergonzosa, él, ¡un hombre tan completo! Es decir, que si ya no se queja, puede aguantar la dolencia, lo cual equivale a que ya controla su voluntad y, por lo mismo, ya no tiene fiebre. En resumen: la operación fue feliz y el hombre comienza...

—También puede ser que no se queje porque ya se murió...

—Tienes razón. Ésa puede ser otra causa.

El médico se vuelve al otro lado y se dispone a descabezar otro sueño.

### **Tres desertores y un Consejo de Guerra** XVIII

En medio del silencio mojado se oye del lado de la tranca un tropel que llega. Un oído experto puede distinguir las pisadas de los caballos y las pisadas de los hombres, a pesar de que unas como otras chapalean el lodo. El grupo debe proceder de la avanzada de retaguardia. A la luz de un relámpago son vistos instantáneamente.

Son cuatro jinetes y tres hombres de a pie. Los primeros vienen de dos en fondo. Los otros caminan en medio. El opaco tropel se acerca a la casa donde se halla alojado el general en jefe. Durante toda la noche la casa ha estado alumbrada por una lámpara de petróleo colgada del corredor. Varias veces la ha apagado el viento y tantas veces ha sido encendida. La luz guía a la comitiva. Los recién llegados se detienen en el ángulo fronterero del patio. Como para entrar en calor, con las ropas untadas al cuerpo, en la puerta se pasea marcialmente un soldado, que embraza un fusil japonés. Lanza el grito de rigor. Sale un oficial, que cambia unas palabras con quien parece encabezar el grupo.

—Son desertores. No hicieron resistencia cuando les marcamos el alto. Les recogimos las armas. Iban para afuera, sin saber que había avanzada atrás.

—Que entren. Me doy por recibido. Ustedes pueden regresarse.

Los cuatro jinetes, antes de emprender el regreso, cuchichean quién sabe qué. Deben decir que buena falta les hacen una botella de aguardiente y una caja de cigarros. Tal vez, convencidos de la imposibilidad de hallar a estas horas semejantes tesoros, renuncian



a sus ambiciones y se pierden entre la oscuridad por el rumbo donde vinieron.

Bastan las primeras respuestas de los desertores para saber que los tres pertenecen a las tropas del cabecilla, que poco después del anochecer sembró una falsa alarma con su llegada al campamento. Explican con grandes reticencias que al tener noticia de que su jefe ha sido separado del mando, ellos se consideraron exentos de todo compromiso. Otro compañero se arrepintió a la última hora. Dizque cuando la luna fue tapada por las nubes. Ganaron el monte, llevándose sus armas. Como tenían que cruzar una ancha faja de breña para poder llegar al camino, decidieron dejar sus caballos. El aguacero los sorprendió a medio monte. Con grandes dificultades se abrieron paso, caminando siempre al sur. Cuando creyeron haber salido del radio cubierto por las tropas acampadas, torcieron hacia la izquierda. A quemarropa y en medio de la oscuridad, cuando se disponían a ganar el otro lado del camino, una voz les marcó el alto, y ellos oyeron el ruido de las armas cortando cartucho. Se entregaron. Insisten en que se entregaron sin hacer la resistencia.

Decididamente, quienes han sufrido menos molestias con el aguacero son los hombres de la escolta y del Estado Mayor del general. Quienes no alcanzaron cama, tienen al menos un sitio seco y las caronas, también secas, de sus caballos. Además, algunos asientos y algunas mesas están convertidos en camas. Lo que sin duda fue el despacho del administrador es el banco de armas.

Los tres desertores son introducidos a lo que fue sala en tiempos de paz, según lo revelan algunos cromos vulgares colgados de la pared. En un rincón se agrupan los tres prisioneros. Parece que quieren calentarse, pues tiemblan, quizá de frío o de miedo. Tienen las ropas mojadas perfectamente adheridas al cuerpo.

Se comprende que los hombres de la escolta han dormido bien, pues casi todos se levantan para enterarse de lo sucedido. Cada uno de ellos examina de pies a cabeza a los recién llegados. Si hubieran tenido las molestias que todos los demás, ni a suceso más importante prestaran atención.

—Desertores...

Cantan los gallos por segunda vez. Ya no vale la pena acostarse nuevamente. Los desertores sufren con paciencia todas las preguntas.

—Nadie nos aconsejó. De ser el jefe, él se hubiera ido también con nosotros. Queríamos regresar a nuestras casas; tenemos mujer, tenemos hijos.

La timidez de los desertores inspira la idea, que es puesta en práctica inmediatamente. Tres o cuatro oficiales van a hablar en voz baja en el banco de armas. Otros son llamados bajo el pretexto de que la tropa debe conocer lo que se hace con los desertores. Los que duermen son removidos y puestos al tanto de lo que va a hacerse. Uno que duerme sobre una mesa es echado abajo, no sin sufrir una estrepitosa caída. La mesa es colocada en el centro de la pieza. Sobre la mesa son colocados un quinqué y unos papeles. Cinco sillas son colocadas de un lado de la mesa. Del otro lado son colocadas tres sillas. En los extremos hay otros dos asientos.

Cinco oficiales se instalan con gran aplomo y mayor seriedad. En cada cabecera de la mesa se instala un oficial. De cuantos han sido llamados a presenciar el acto, soldados y oficiales que estaban en los portales más cercanos, se toman cinco, y éstos van al banco y se arman. Los mismos van hasta donde están los tres desertores y los conducen a los asientos que se les han designado frente a los que van a ser sus jueces. Los demás presentes forman el público y obedecen al menor mandato. Hay un silencio imponente. Hasta los que se habían quedado acostados se levantan.

—Van a ser sometidos a un Consejo de Guerra, por desertores.

Las palabras del presidente suenan firmes y llenas de amenaza. Los procesados no responden, y el presidente continúa:

—El capitán —dice al mismo tiempo que señala al oficial sentado en el extremo derecho de la mesa— es el fiscal, es decir, quien lleva la voz de la acusación...

Los tres desertores se vuelven en un mismo movimiento hacia el fiscal. El presidente sigue diciendo:

—El mayor es el defensor de ustedes...

Los tres desertores hacen otro movimiento, hacia el otro lado, para mirar a quien los va a defender. El presidente interroga:

—¿Está conforme el señor fiscal con la instalación de este Consejo de Guerra?

—Conforme, señor presidente.

—¿Y el defensor?

—Señor presidente —se levanta gallardo y sereno—: tan sólo deseo saber si, de acuerdo con la graduación de todos y de cada uno

de los miembros de este Consejo de Guerra, pueden ser juzgados estos tres hombres, cuyos grados militares ignoro.

—No hay ningún obstáculo, señor defensor; porque hasta siendo generales estos señores tendrían que responder ante este Consejo, pues en mi mano está habilitar a los señores vocales para que el acto se celebre con la prontitud que ameritan el motivo y las circunstancias... Explicado lo anterior, ¿queda conforme el compañero encargado de la defensa?

—Conforme, señor presidente.

—Así se hará constar en el acta que levantaremos en su oportunidad.

Los tres pobres diablos están con la boca seca ante formalidades tan tremendas. Muy juntas las tres sillas, vistos de lado los tres prisioneros, parecen una sola silla y un solo hombre, fundidos los tres en un mismo temor. No tienen en medio de su situación desesperada más que una remota lucecita de esperanza: el defensor, que parece hombre enérgico a pesar de su juventud.

El presidente comienza por dirigirse, de los tres acusados, al de la izquierda. Es un viejo alto y flaco. Con las ropas pegadas al cuerpo, resulta muy anguloso. Apenas se ha dirigido a él el presidente, se para. La tiemblan las corvas. Las barbas y los cabellos, untados a la frente y a la mandíbula inferior, le dan el aspecto de un perro que ha pasado con grandes sacrificios un río. Viste una blusa de dril y un pantalón pegado y de cachirul. Lleva zapatos de una sola pieza, que debieron ser amarillos.

—¿Sabe usted por qué comparece ante este Consejo de Guerra?

—Sí, señor: dicen que porque iba pa'juera.

—Es una manera de decir que desertaba. Pues bien, se le va a juzgar por desertor. De acuerdo con las circunstancias de la desertión, de acuerdo con los compromisos por usted contraídos y de acuerdo con los motivos que usted tuvo para desertar, va a ser juzgado por este Consejo de Guerra.

—Lo que diga su mercé.

—¿Por qué desertaba?

—Pos verá su mercé... Yo tengo mujer, yo tengo hijos... Son seis escuintles de mayor a menor. El más grande es ansina. El más tiernito, un tepocate,<sup>10</sup> así...

<sup>10</sup> Guijarro ahumado.

El hombre indica con la mano tendida, como si fuera a rendir una protesta, el tamaño del más grande. Baja la mano e indica el tamaño del más pequeño. Deja a la imaginación de cada quien los tamaños de los cuatro intermedios.

—¿Entonces, para qué se comprometió?

—¡Pero si yo no me he comprometido a nada!

—¡Cómo! ¡Dirá usted que no sabía para qué le entregaron una carabina y un caballo! ¿Creyó que lo invitaban a una procesión?

—Verá su mercé. A mí me dijo el general que sólo íbamos a defender el pueblo cuando lo atacara el enemigo. Como nunca fue atacado el pueblo, nunca lo defendimos. Pero de salir a lejas tierras nunca se me dijo. La víspera de la salida apenas se nos advirtió que debíamos jalarle con la fresca. Al enterarme de qué se trata, me dije: “Regresa, perico, a tu estaca”.

—¿Cuánto ha ganado desde que entró a formar parte del destacamento para defender al pueblo?

—¿Dinero? Nada. Me entregaron una carabina y cincuenta cartuchos. ¡Y a holgazanear en el palacio municipal, que era el cuartel!

—¿Y de qué vivía?

—Los pacíficos, los que se habían librado del servicio de las armas, daban a rechinadientes un almud de maíz cada uno a un cuartillo de frijol por cabeza. Los del comercio daban la sal, la manteca y otras sustancias para nosotros, los soldados.

—¿Y ustedes, los soldados, rascándose la barriga y defendiendo el pueblo...?

—¿Y qué hacer? Yo estaba a la fuerza, pues bien que me jalaba el monte, porque yo no soy para estarme mano sobre mano o jugando al conquian<sup>11</sup> todo el santo día.

—¿Cuál es su oficio?

—Hombre de monte, con el favor de Dios.

—¿Y eso qué es?

—Tirador, señor.

—¿Cazador?

—Como su mercé quiera. Precisamente por eso me sonsacaron, porque dicen que donde pongo el ojo pongo la bala; pero sólo son hablaturías. Si mato uno que otro animal es porque le echo a la escopeta un puñado de postas.

<sup>11</sup> Juego de cartas con baraja española.

—¿Y podrías vivir de eso?

—¡Y cómo no! Un día, con la ayuda de mis perros, un venado. Otro día, a la hora del calor, en el aguaje, un jabalí. En las noches oscuras como ésta, allá en los quemados, con la linterna y con la gamitadera,<sup>12</sup> alguna cierva...

—¡Bueno! Dejemos los animales del monte y vamos a lo que nos interesa. ¿No niegas haber querido desertar?

—Si así se llama querer agarrar el camino para la casa donde hay que mantener a la vieja y a los seis escuintles...

—Puede interrogar al señor fiscal.

El fiscal hace algunas preguntas y procura reafirmar que el hombre ha vivido a sueldo, a expensas del pueblo, el cual le pagaba en especie sus haberes de soldado, lo que es una tácita aceptación de responsabilidades.

El defensor, en cambio, interrogaba con otra tendencia bien opuesta: la de patentizar que el hombre no tiene las responsabilidades de un soldado, pues su compromiso no fue más que para defender su pueblo. Por lo tanto, no es un desertor, termina diciendo.

\*

Toca su turno al segundo. Es un hombre de edad madura, pero sin asomo de barba. Apenas el presidente le pone los ojos encima, se levanta de su silla. Los cabellos le caen a la frente como las crines tuzadas de las caballerías. Viste camisa de manta y pantalón que debió robarse, pues le queda a media canilla. Calza huaraches de muchas correas, una de las cuales le separa los dedos grueso y cordial, deformándolos horriblemente.

—¿Por qué desertabas?

—¿Que por qué me iba? ¿Pues por qué había de ser? Supe que a mi compadre le quitaron el mando de la fuerza, y como yo soy amigo suyo...

—¿Es decir, que sólo quiere ser soldado de su compadre?

—Para qué decirle a usted otra cosa. Cuando recibí la carabina, yo le dije a mi compadre que contara conmigo hasta sacar el surco. Bien lo iba a hacer largándome con otros mientras que él se queda

---

<sup>12</sup> Especie de silbato con que se imita el balido del gamo.

como el que chifló en la loma. ¡Además, yo le debo favores a mi compadre! El me sacó de la cárcel, nada menos...

—¿Y por qué estabas en la cárcel?

—Me calumniaron, señor. Decían que yo había matado a un hombre, y aunque no pudieron probarme nada, me encerraron en el chero.<sup>13</sup> Cuando mi compadre se hizo cargo del pueblo, me sacó, me dijo que yo era inocente y me dio la carabina.

—¿Y cómo fue lo del muerto?

—Que el difunto tuvo la ocurrencia de ir a caer a mi terreno, y sólo por eso dijeron que yo lo había matado.

El fiscal resumió su requisitoria en las siguientes palabras:

—Este hombre es doblemente culpable: además de ser un desertor, es un prófugo de la justicia como homicida.

El defensor:

—Si fuera, en verdad, un homicida, no intentaría regresar a su pueblo. Además, él ha saldado su cuenta con el hombre que lo armó.

—Eso es —comenta el desertor—: yo me comprometí con mi compadre únicamente. ¡Y no sean ustedes inhumanos; mi vieja está para caer!

\*

El último, un joven raquítico y desmedrado, es bien distinto a sus compañeros.

—¿Por qué desertaba usted?

—Muy sencillo: todos ustedes son tan acabados, que al verlos me dije: Bueno, ¿y aquí para qué sirvo? Apenas si sé detenerme encima de un caballo y casi no tengo fuerzas para disparar una carabina.

—¿Usted qué era?

—El secretario de mi general.

—¿Y antes?

—Era estudiante. Vine a vacaciones. El general me dijo que si quería ser su secretario, y acepté. ¡Como él ya no es lo que era, yo consideré que ya no era su secretario! Y me hice el juicio de que a ustedes no les sirvo ni para hacer las comunicaciones.

—¿Y tiene familia?

---

<sup>13</sup> Cárcel.

—Sólo mi abuelita, con ochenta años encima. ¿Qué va a ser de ella? Cuando me despedía me dijo que regresara pronto.

—Este hombre —dice el fiscal—, precisamente por no ser un ignorante, es más responsable que los otros.

—¡El ha dicho —replica el defensor— que era únicamente el secretario! ¿Por qué, entonces, vamos a juzgarlo como soldado?

Los tres desertores son enviados a sentarse en el mismo rincón que ocupaban antes. Ya en ese lugar se encuentra otro detenido y que ha hecho de espectador en el Consejo de Guerra. Es el sargento que, por disparar sobre quien le dio un moquete en la boca, hirió en un pie al exfederal que dormía a campo raso. Contrasta la figura insolente del heridor del exfederal con la facha apocada de los tres desertores.

El presidente y los vocales del Consejo hablan en voz baja. Hacen anotaciones y firman en un papel. Para los desertores resulta un mal síntoma que fiscal y defensor platiquen amigablemente, ellos que los creían distanciados por haber defendido intereses contrarios.

El presidente se levanta. Los vocales lo imitan. No queda sentada una sola persona. Los custodios de los reos presentan armas. Los desertores se acercan, obedeciendo una indicación. En medio de un profundo silencio, interrumpido apenas por las pisadas del centinela que se pasea afuera, es dado a conocer el fallo:

—¡Pena de muerte!

El estudiante se pasa una mano por los cabellos húmedos. Los otros dos se quedan inmóviles, idiotizados. Regresan abatidos a sus asientos. Los custodios salen, con excepción de uno, que se queda como centinela de vista. Hasta pasados unos minutos intentan formular una súplica, pero el centinela se los impide con una oportuna inclinación del arma, que les cierra el paso y la boca.

Los oficiales que integraron el Consejo salen fumando. Se les oye reír afuera. Los que pasan por la puerta observan a los desertores, pero como sin darles importancia, casi insolentes. Se antoja pensar que ellos se dicen: “¡Bueno, y qué nos importa que los fusilen!”.

El más abatido es el compadre del cabecilla. Parece a punto de llorar, y para no enseñar los ojos baja la cabeza y finge mirarse los huaraches.

—¡No se ahuite,<sup>14</sup> amigo —le dice el sargento heridor del federal—; aprenda a mí: en cuanto despierte el general yo le hablo como los hombres y arreglo mi asunto! ¡Tenerme aquí sólo por haberle pegado un balazo a un federal!

Un capitán se acerca a los desertores y les ofrece un cigarro. Los demás revolucionarios presentes observan solapadamente. Los cuatro prisioneros aceptan el cigarro, pero son tres los que fuman nerviosos. ¡Si también les ofrecieran un trago de aguardiente!

El capitán platica con indiferencia:

—Yo creo que los fusilarán al amanecer. Aquí a la izquierda, hay una buena pared donde ejecutarlos. El cuadro será de cinco soldados para cada uno de ustedes, mandados por un oficial. A lo mejor me toca a mí. Para ahorrarles sufrimientos llevaré los soldados con las armas listas. Eso de cortar cartucho impone siempre. No les haré sufrir. Será rápidamente: en apuntando apenas, doy la orden de fuego. En cuanto al tiro de gracia, les aseguro que seré rápido: ¡la sien es una parte tan noble!

Los desertores escuchan con tanta atención que no se acuerdan de sus cigarros, pero su atención es azorada. Tienen los ojos plenamente abiertos y la boca reseca. Tras una pausa, el capitán cambia de manera de pensar.

—Se me ocurre que tal vez no se les fusile. Necesitamos ahorrar parque. Desde hace varios días el general ya no ordena fusilamientos. Manda colgar a los sentenciados. La reata sirve para muchas veces, pues no se gasta. Pero no se preocupen: viene con nosotros un colgador muy experto. Verán ustedes cómo hace: echa la reata a la rama de un árbol, le pone la mangana en el pescuezo al prójimo que va a colgar, se amarra corto de la cabeza de la silla, le mete las espuelas al caballo y es un jalón únicamente... La cabeza del ahorcado pega en la rama, y si algo le queda de vida, con el zapatazo en el suelo se acaba todo.

En esa actitud de quien ha recibido un golpe y va sintiendo que se le adentra el dolor, el estudiante se pone la mano abierta en la crisma y cierra los ojos por largo rato, como si ya hubiera sentido el choque de la cabeza contra la rama.

---

<sup>14</sup> Abatirse.



## XIX

—¡Estaba yo tan bien en la ciudad!

El estudiante habla sólo para él, aunque es verdad que los demás no le hacen caso, entregados todos a sus propios pensamientos. En las palabras del que fuera estudiante y secretario del cabecilla hay reproche, hay arrepentimiento. ¿Por qué no haberse quedado en la ciudad?

Debe pensar en su vida estudiantil, en una época feliz a fuerza de irresponsabilidad. Grandes proyectos para el futuro, únicamente proyectos. Un cuarto estrecho, pero con una ventana abierta a los vuelos de la fantasía. En cuanto a necesidades, un pan y un vaso de energía pura.

Debe pensar en la ciudad, la ciudad maldecida por indiferente cuando se tiene hambre, pero también cobijadora por indiferente. ¡Dónde encontrar mejor refugio en las grandes marejadas sociales! En los pueblos, los choques son violentos; los resisten los ricos y los pobres, los fuertes y los débiles; todos pagan su tributo: unos dan sus intereses y otros dan la vida. El estudiante es de los segundos. Por eso debe recordar con nostalgia la ciudad inmensa. En ella las embestidas tienen más de espectaculares que de trágicas. Apenas si el hambre hace afflictivas las situaciones, y hasta sucede que el hambre soluciona los conflictos, porque los visitantes se marchan incapacitados para hallar una solución.

¡La ciudad! Ni se entera cuando la desocupan. Los que llegan apenas si son advertidos en los lugares más céntricos. Puede estarse peleando en uno de los barrios, en tanto que en el resto de la ciudad no pasa nada. Las gentes se divierten con el estallido de las granadas. Desde los balcones más prudentemente cercanos atisban los curiosos. Los combatientes pasan por las calles gritando “vivas” a sus caudillos, alegremente, como en una fiesta de la patria. Después, por las noches, se oye el cañoneo que se va alejando, cada vez más lejos, hasta perderse en la distancia, siempre dentro del mismo país.

Como todos los ocupantes ponen empeño en portarse bien en la ciudad, a fin de no desprestigiar sus respectivas causas, las calles permanecen animadas, los centros de espectáculos no se cierran y quienes pertenecen a una borrosa anonimidad nada tienen que temer. En esos casos, para las mayorías podrán haber escasez en las ciuda-

des, pero nunca las hondas inquietudes, los grandes peligros que se arrostran en las poblaciones pequeñas.

En todo eso debe pensar el estudiante. En la ciudad comentaría con sus camaradas los incidentes chuscos de la situación, reunidos en el pórtico de la escuela, mientras que aquí se encuentra condenado a muerte. ¡Oh, la ciudad!

### **Causas personales**

#### **XX**

No se sabe si amanece o si es la luz de la luna la que alumbra. El viento ha barrido la nubería hacia las sierras. Seis octavos de cielo están más limpios que al anochecer. Únicamente en el rincón del horizonte, sobre las serranías distantes, hay un amontonamiento de nubes negras, de las cuales surge de vez en cuando la luz de los relámpagos.

Casas, árboles e individuos se van perfilando. Quienes se han pasado las horas parados al pie de los tecorrales o de un lugar a otro por no encontrar un sitio seco donde tirarse a dormir las últimas horas de la noche, hace mucho tiempo que rompieron el silencio impuesto por la corneta. Cansados de lamentarse, discuten por la menor cosa, cuentan episodios de la lucha o pretenden convencerse inútilmente acerca de la superioridad o inferioridad de una región comparada con otra.

Dos soldados que no han dejado de hablar y de beber aguardiente discuten porque uno asegura que ya está amaneciendo y otro dice que aún falta mucho para el amanecer. El primero no tiene mayores pruebas que esgrimir, pues únicamente se atiene a su experiencia campirana, después de haber examinado las estrellas. Fuera del portal, sin darse cuenta de que tiene el lodo hasta los tobillos, señala con el brazo tendido el lucero de la mañana y sostiene que ya está amaneciendo.

—¡Estoy cansado de ver amanecer! En cambio, tú eres de los que se levantan tarde y preguntan qué horas son... Oye cómo las gallinas ya comienzan a bajar de sus ramas.

Se oye, en verdad, que los gallos cantan en lo alto de los ciruelos y luego, batiendo las alas, saltan a tierra.

—Pues yo no habré sido gañán, pero sé a qué horas vivo. Para eso me gasté mis pesos en este reloj que es más exacto que tu estrella de la mañana.

—¡Qué cínico es éste! —comentan más adelante—. ¡Decir que ha gastado sus pesos en comprarse un reloj, cuando bien sabemos cómo lo adquirió!

—Como quiera que sea, yo tengo reloj. Si quieren convencerse de que falta mucho para el amanecer, enciendan un cerillo.

Uno que tiene un tabaco encendido se acerca. Junto a la carátula del reloj aviva la brasa. No convencido, arrima la oreja a la carátula.

—¡Está parado, y marca las tres!

—No importa. Falta todavía mucho para que amanezca. Aunque mi reloj esté parado, marca la hora exacta.

Tan borrachos y embrollados están en su tema, que, hasta después de haber amanecido, cada uno de ellos seguirá sosteniendo su dicho. El que ha señalado el lucero de la mañana se pone sentimental y llora al contar cómo desde niño se acostumbrió a levantarse temprano y a conocer la hora por la marcha de las estrellas.

Cuenta que antes del amanecer lo despertaba a diario su padre para llevárselo a jornalear en la hacienda, dos leguas distante de su ranchería. Hiciera frío o estuviera lloviendo, tenían que madrugar, porque la entrada al trabajo era a la salida del sol; su padre caminaba por delante, con el hacha al hombro o con la garrocha de la siembra, según fuera el trabajo. Él, todavía un niño, caminaba atrás con el morral de las tortillas preparadas por la madre. Al terminar el día regresaban por el mismo camino, pero lentamente, cansados.

Al mismo portal llega una docena de hombres envueltos en sus cobijas. Comentan lo que acaba de sucederles. Dormían bajo el jaladizo de zacate y el jaladizo se les cayó encima, agobiado por el peso de la lluvia. Ninguno de ellos resultó lesionado, pero el más obeso de todos se lamenta amargamente de sus sufrimientos. Dice que ninguna necesidad tiene de andar pasando tantos trabajos.

—¿Me supongo que no te metieron a la fuerza?

—Es verdad que no me hicieron entrar a la fuerza, pero sí es verdad que a la fuerza me sacaron. Yo estaba muy contento en la cárcel, purgando una condena. Un día llegaron los revolucionarios y abrieron las puertas de la prisión. Tuvimos que salir y agarrar una carabina...

—Te hubieras quedado en la cárcel, o ya te hubieras regresado a ella.

—Cualquiera iba a decir “yo no voy”. Además, ya no hay cárcel en mi pueblo: le pusieron fuego los otros, cuando entraron.

Y entre bostezos desmañados comienzan las confidencias acerca de las causas que tuvieron todos y cada uno para entrar a la revolución.

—Pues yo no puedo quejarme: ando por mi puro gusto. Un día pasó el general por el rancho... Francamente, yo les tenía voluntad a los revolucionarios, porque los rurales me caiban como pedrada en mala parte. Le dije al jefe que yo quería una carabina y parque, que caballo no me hacía falta. Desde entonces ando en la revolución como el pez en el agua. Aunque ustedes me digan que soy un mentiroso, les aseguro que ya no me hallaría en un solo lugar: lo bonito de las armas es que un día estamos aquí y otro día estamos allá...

—También yo no tengo de qué lamentarme. Si le entré a la revuelta fue por mi puro gusto. Ya se oía el *run-run* de la revolución, y aunque los federales andaban más pajareros<sup>15</sup> que un caballo de falsa, mi compadre y yo nos comprometimos a levantarnos. Les hablamos a otros del rumbo y el día señalado estuvimos todos en el lugar convenido: en un guacimal cerca del río. Desde entonces esto es jalar de aquí para allá y de allá para acá: en ocasiones corriendo y a ratos huyendo...

—¡Así me gustan los hombres! No hay que rajarse, porque mientras más se chilla, más duele... A mí me traían al retorteo<sup>16</sup> los alguaciles del presidente municipal. Me achacaron que yo lazaba de noche y, francamente, ya estaba cansado de huir. Si me agarran, me cuelgan injustamente. Por fin se revolvió el agua por mis comederos y me le presenté al jefe. ¡Ahora quisiera verles las barbas a los que tanto me jorobaron!

—Yo voy a decirles la meritita verdad: ¡le entré a la bola porque me eché uno al plato! Era un amigo del patrón. Le andaba arras-trando el ala a mi mujer, y un día que me encontró con el alma atravesada le pegué un tiro.

—A mí me quitó mi ranchito un pariente del gobernador. Primero quiso comprármelo. Como no se lo vendí, me agarró entre ojos. Primero les pegaron tiros de sal a mis vacas. Después me

<sup>15</sup> Desconfiados.

<sup>16</sup> Retortero.

echaron abajo las cercas. Y, por último, me quemaron la casa. Cuando les enseñé las uñas me alborotaron a los rurales, y mientras yo huía, ellos hicieron allá una escritura falsa y se quedaron con todo. Y como ellos siguen dueños de la tierra, me he metido a la revuelta para ver si recupero lo mío. No quiero más: solamente lo mío...

—Yo estaba muy tranquilo en mi casa. Llegaron los revolucionarios y “¡Venga ese caballo!”. Llegaron los federales, y porque no les había amarrado a los otros, “¡Vengan cien pesos o los colgamos por amigo de los rebeldes!”. ¡Una moledera! Aburrido de ser pacífico, me dije: “¡El hijo de mi madre no es para cargar el tullido!”, y aquí me tienen valedores.

Otra polémica más apasionante ha hecho que quienes oían discutir a los borrachos y contar a los otros las causas de sus ingresos a las armas, les nieguen su atención.

Regionalismo puro. Alguien dice que la columna, comparada con otras que ha visto, es una paparrucha de columna. Lo bueno, dice, es allá donde se cuenta con líneas férreas y los convoyes van y vienen bien metidos de tropa, de caballería y de artillería.

—Aquí todo es a lomo de caballo. Ni manera de cargar con un cañón por estos caminos, que más bien parecen veredas de tejones.

—Pues aquí se ve lo bueno. Es claro que a usted le gustaría ir metido en un carro de ferrocarril, con su vieja y todo; y hacerse el enfermo a la hora de losocolazos... Aquí le trota y le entra como los hombres o se queda parado a medio camino para que no ande metiéndose entre las patas de los caballos.

—¡Si será usted atascado! ¡Yo me he visto en lo más amargoso, y no como usted, escondiéndome detrás de los matorrales! ¡Porque para gente peleadora la de mi tierra!

—¡Pues si usted es la muestra, están torcidos los de su tierra!

Nada tan apasionante. Quienes desprecian a los que son mayoría en la columna, no llegan a cinco, mientras que los otros son cincuenta. Todos niegan, todos afirman, todos discuten y emiten sus opiniones.

—Mire, a mí me tocó ir en una columna de dos mil hombres. Eran diez carros repletos hasta los topes. Iban las tres armas. cuando nos habíamos metido unos cien kilómetros en la zona enemiga, nos volaron cinco puentes a retaguardia. Esa noche nos dimos de hocico, adelante, con otro puente quemado. Sencillamente, la columna quedó incomunicada y con enemigo por todos lados. Lo pri-

mero que intentó el jefe fue rechazar a los que nos cerraban el paso para ver si era posible enhuacalar el puente y continuar la marcha, porque urgía ir a dar refuerzo a un destacamento en peligro. Toda la noche y todo el día siguiente fueron de cañoneo y de funcionar de las ametralladoras. ¡Eso se llama pelear! Porque ustedes sólo han visto tiroteos que no llegan ni a balaceras...

—¿Y cuándo despertó?

—¿Cuándo desperté? Iba con trescientos compañeros, bajo una lluvia como la de hace un rato, en una noche oscura, a corta tierra... Al amanecer estábamos a la espalda de quienes habían volado el puente y nos cerraban el paso. ¡Les dimos tal susto, que nos abandonaron hasta sus cañones!

—Y en esa acción —comenta alguien, con sorna— murieron tantos, que al hacer el recuento había uno más en la columna: una de las soldaderas había parido.

—Usted lo dirá de chía.

—Pues todo eso no es nada, señor de los convoyes con cañones y todo. Nosotros llevamos apenas unas cuantas ametralladoras, pero hemos tenido acciones más peliagudas. Fue allá lejos, en casa de madre grande. Supimos que llegaba una de esas columnas poderosas de que usted habla y en las que ha andado: usted resuella por la herida. ¿Para qué se chaqueteó si es usted de los otros? Bueno, pues supimos de la llegada de la columna. Nosotros seríamos unos quinientos hombres, cuando muchos. Estábamos en un campo petrolero y al jefe se le ocurrió una jugarreta como para poner trampa a los ratones. Se hicieron dos zanjas en forma de ángulo, pero sin que las zanjas se tocaran. Se abrieron las llaves del petróleo crudo. Cuando se llenaron las zanjas, se les echó encima ramaje y tierra, disimulándolas. Es una llanura como la palma de una mano. Cuando el enemigo estuvo en el pueblo de enfrente, unos doscientos muchachos salieron a provocarlo. No se hicieron del rogar los otros: casi toda la caballería se dejó venir, y los nuestros dieron la media vuelta, huyendo. Los perseguidores cayeron en la trampa. Mientras hombres y caballos se debatían en el chapopote, los nuestros prendieron fuego en los extremos de las zanjas y todo fue un asadero. ¡Ésa sí fue cosa de impresionar al más bragado!

Otro oficial quiere contar un episodio más, quién sabe en apoyo de qué bando. Ya en pleno amanecer todos se reconocen las caras amarillentas, demacradas. Se acaba el certamen del valor.

Los que han tenido buen lugar para dormir continúan arrefocilados, gracias al frío mañanero y al aire oloroso a lluvia. Muchos de ellos tienen abrazada la carabina, como a una querida que hubiera podido huir por la noche. Algunos ya tocan a la puerta de las casas en demanda de algo caliente que echarse al estómago.

—¿Quién es ese hijo de su madre que me robó mi chamarra?

La pregunta la hace un soldado que tan sólo en el andar denota su borrachera. Se enfrenta con otro soldado de chamarra y asegura que ése es quien lo ha robado. Como el segundo rechaza el cargo y se pone en valiente, el otro acaba por decirle:

—¡Te la regalo, pues! Y venga un abrazo.

—Mejor dame un trago de aguardiente. Con la mojada se antoja algo que raspe la tragadera.

Beben los dos a boca de botella.

Los arroyos improvisados ya no suenan como a la hora del aguacero. El que pasa por la rancharía ya es un hilillo de agua clara, tan clara el agua que en su fondo se ven brillar las piedras menudas. En las orillas, centenares de soldados se inclinan y atrapan con la boca el agua que les lanza la mano a paletadas. Se lavan la cara y se orinan en la misma corriente.

El río, en cambio, se presenta de lejos bien distinto a como era ayer. Es una ancha franja color de chocolate, sin espuma en las chorreras. De tan crecido, está hasta silencioso.

Los campos aparecen amilanados.

## XXI

Un viejo campesino narra un cuento a unos oficiales que toman café en su casa. El cuento es sugerido por el copioso aguacero de la noche y por los daños que parece haber causado en los sembradíos. El viejo debe contar su cuento cada vez que, después de una sequía, se desata una tormenta.

—Es que una vez se había plantado la seca. Vino abril, pasó mayo, llegó junio, se fue julio, y nada de caer una gota de agua. Ya los labradores estaban desesperados. La primera siembra se había perdido y la segunda del año estaba para perderse: el maíz, que ya piloteaba, se ponía amarillo; el frijol, que apenas había echado flor, se amusgaba... Y el cielo sin una nube. Desde que alumbraba el

día hasta la tarde, era un calor como para sacar la lengua. Hasta los dueños de ganados no sabían qué hacer: los pastales estaban hechos una yesca y las vacas muriéndose de ranilla. No habían servido todas las diligencias conocidas: se había ido a dejar ver ofrendas en los manantiales; los brujos ya habían ido a rezar en el cerro de los vientos; ya todo se había hecho. Vaya, que hasta había sido llamado el cura para bendecir las matas. Y aunque el cura se llevó dos talegas llenas, el cielo siguió hecho una hoguera. Cuando llegó agosto se convino en hacer una procesión por los campos, llevando entre cánticos uno de los santos más milagrosos. Fue una comisión al pueblo, compuesta por los más creyentes y por los más pudientes. Le dijeron al cura: “Señor, a usted le consta que le hemos pedido al cielo, con todas nuestras fuerzas, nos mande la lluvia porque las matas se están perdiendo y durante el año que entramos vamos a morir de hambre. Usted mismo fue al rancho y pidió por nosotros, sin resultado alguno. Queremos que nos permita llevar uno de los santos más milagrosos para que vea en qué condiciones se hallan nuestras siembras por la falta de lluvia, y nos mande siquiera una rociada”. El cura les dijo: “Está bien”, y les dio el Nazareno. Los labradores salieron con el Señor, colocado en unas andas. Entre cánticos y regocijos de confianza lo llevaron por los campos. Todos quisieron que el santo fuera paseado por sus labores. Ya por la tarde, después de la procesión, los campesinos regresaron al pueblo. Apenas entraban al templo, se desató una lluvia que duró toda la noche. El milagro estaba hecho. Pero fue tal el exceso en el pedir y en el dar, que al amanecer no quedaba nada de los sembradíos. Hasta las cercas habían sido barridas por las aguas. Y los labradores fueron otra vez al pueblo. El cura, al verlos, no pudo menos que alegrarse, creyendo que le llevaban ricos presentes. Pero cuál no sería su asombro cuando los campesinos le dijeron: “Señor, ahora queremos que nos preste a la Virgen”. Y el cura preguntó: “¿Y para qué la quieren, hijos míos?”, y los labradores respondieron: “Para llevarla en procesión por nuestros campos”. El cura se sorprendió, pues a él le constaba cómo por la noche había llovido y tronado tierra abajo. Los labradores le explicaron: “Queremos llevar a la Virgen para que vea los destrozos que nos causó su Santísimo Hijo...”.

El viejo campesino se ríe de su propio cuento. Su mujer, una anciana de cabeza blanca, lo mira con gesto de reproche. Tal vez no le dice nada gracias a la presencia de los oficiales; pero puede



darse como seguro que en otras ocasiones, cuando el campesino ha narrado su cuento, ella le ha dicho siempre:

—¡Por Dios, hombre, no digas herejías!

## Cas y potro, que los haga otro

### XXII

La caballada regresa de los potreros panzona y limpia de pelaje. Al arremolinarse, a causa de que los caballos de mayor alzada arremeten contra los matalotes,<sup>17</sup> baten los lodazales. Los más pacíficos se estacionan al pie de las casas, como en espera del maíz con que sus dueños tal vez los engrieron para el trabajo diario. Otros se impacientan aguijoneados por los moscos zancudos, contra los cuales no bastan las patadas al viento y el revuelo de la cola. En lo más apretado de los grupos, algún caballo con reminiscencias de potro corteja a una yegua, no sin manifestar sus celos con los que, más cercanos, le resultan una amenaza: relinchos y tronar de mordidas.

Para aquellos soldados que no todos los caballos son iguales sólo por tener cuatro patas y dos orejas, el trabajo de sacar los suyos de entre la apretura es cosa de tiempo y paciencia. Es martirizante el fangal removido por tantas patas. No pocos, para quienes el paso, la blandura de la boca y otros méritos de charrería son de poca estima, cogen el primer caballo que se pone a mano. Y surgen las reyertas de rigor.

—¡A mi mujer y a mi caballo sólo yo les monto!

—¿Estás seguro?

Los asistentes lazan sus caballos y los de sus jefes. No pocos lazan el suyo, el del jefe y otro que llevarán de mano en la jornada: algún ejemplar fino de patas y de lomo mullido y sin lacra.

Cuando la caballada se ha reducido considerablemente, se ve que con los caballos de la columna están otros que se les han unido en potreros. Es la yeguada de la hacienda, entre la que hay potrancas largas de carona, caballos que poco tiempo atrás aún eran potros, según su facha —hinchado el cuello y reducida el anca—, y potrillos que, en sus momentos de azoro, se meten bajo la panza de las madres y buscan las tetas.

<sup>17</sup> Caballo inútil.

Algunos soldados, dueños de jamelgos tristes y flacos, al ver los caballos lisos de lomo y de cabeza alerta, quieren hacer el cambio, desde luego. Pero apenas se acercan, la yeguada cerril se solivianta. Dan señales de querer emprender la estampida. Un oficial novato propone se dé cuenta al jefe, para ver si se autoriza la fácil adquisición. No falta quien opine en contrario. Dice que es por demás avisar al jefe, pues armas y caballos pertenecen a la revolución.

Uno de los más interesados en adjudicarse un caballo, para hacer desaparecer todo escrúpulo, dice que el dueño, cuya marca aparece en la tabla del pescuezo de los animales, es afecto a lazar en el agua y sin mojar la reata. Da a entender que muchos de los animales del hacendado son mal habidos.

—¡Miren esa yegua, madre tal vez de toda la yeguada, cómo tiene la marca encima de una vieja cicatriz! Si ya tengo el colmillo duro<sup>18</sup> para creer que estos animales fueron bien habidos. El dueño tiene fama en todo el rumbo de ser un cambalachero de marca. Recibe los animales que le traen de tierra arriba y los despacha para la costa. Recibe los animales robados en la costa y los manda vender tierra arriba. Se queda con algunos. Y para que no vayan a mascarle el trigo, les unta solimán en las marcas. Como esa hierba es muy corrosiva, se cae el pedazo de pellejo, y con el pellejo la marca. Después crece la piel, queda una cicatriz, y sobre la cicatriz les pone su fierro.

Un oficial, también muy interesado en uno de los caballos cerreros, se da por convencido de que el hacendado no es el legítimo dueño. Lanza la reata por encima de las ariscas orejas de la yeguada. El caballo más ladino se dispara, encabezando a los suyos. Pretende ganar un callejón, a pesar de quien vigila el sitio. Con las orejas pegadas a la nuca y con el hocico tendido, el bruto parece resuelto a todo. Yeguas y potrillos lo siguen, seguros de ganar el llano y después el monte. Pero el hombre no se amedrenta: agita en revuelos redondos la reata que empuña, endurecida por la lluvia, y le descarga al fugitivo un golpe en las ternillas.

El caballo se raya largo trecho en las patas traseras, vira hacia la derecha, y en lugar de ganar el callejón, se da impulso sobre el tecorral. Sin tocarlo siquiera, cae al otro lado, con la elegancia elástica del gamo. Los demás brutos quieren seguirlo. Unos soldados se

---

<sup>18</sup> Experiencia.

interponen a toda prisa. La yeguada se conforma con relincharle, mientras que el liberado corre ya por la llanura, rítmico el trote y con el rabo en alto.

El caballo huido es demasiado hermoso y valiente para que algunos Cuerudos, jinetes por excelencia, no intenten capturarlo. Todos dan señales de querer participar en la persecución; pero sale únicamente el que tiene ensillado su caballo, por haber ido ya a los potreros al arreo de la caballada.

Por el mismo sitio donde saltó el fugitivo, saltan hechos bola hombre y bruto. Poco más adelante el jinete se inclina sobre el estribo de apearse. A todo correr aprieta el cincho. Ya abre gaza.<sup>19</sup> Echado sobre el cuello tendido del caballo, comienza a describir un tercio de círculo, para ganarle la entrada del monte.

Después de la primera carrera, el cerrero ha vuelto grupas y se ha plantado, resoplando nervioso. Se da cuenta de que el jinete se acerca. Quiere continuar la fuga, pero ya es tarde para ganar la breña. Se decide por una carrera diagonal, llano por delante.

Es el duelo de la velocidad entre el caballo libre y el otro. Parece crepitar la tierra bajo el galope. Tendidos los dos caballos, bracean con la misma agilidad. Por momentos se cree que la distancia entre uno y otro va a ser siempre igual. El jinete descarga dos golpes rápidos con la mangana abierta en las corvas de su montura. Se ve achicarse por segundos la distancia. Cuando lo tiene a tiro, describe con la reata dos violentos círculos en el aire, y para la mangana como una guirnalda perfecta.

—¡Lo bañó hasta el encuentro!<sup>20</sup>

El grito ha partido de entre quienes miran el lance. La mangana abarca al bruto desde medio lomo hasta la mitad del pecho. Situación tremenda, porque en esa forma el tirón es duro y sólo puede resistirlo un caballo experimentado y bajo las piernas de un jinete ducho. Todavía corren un tramo considerable, y el lazador comienza a refrenar. El caballo vencedor se va *sentando* poco a poco. Con el chorrear de la reata, de la cabeza de la silla sale humo.

Todavía se lanza dos veces más el bruto, cara a la libertad, con ímpetu de reventar el lazo; pero otras tantas veces regresa sobre sus pasos, roncando de furia y porque la reata se le ha hincado en

<sup>19</sup> Lazo que se forma con el extremo del cabo, doblando y uniendo, y que sirve para enganchar o ceñir.

<sup>20</sup> Pecho.

lo más delgado del cuello. Convencido de su derrota, sigue al trote el andar del otro caballo, rumbo a la ranchería. Cuando se apea el jinete, los dos caballos resoplan tan fuertemente que se les dilatan las encarnadas ternillas, y a cada golpe de resuello se amilanan las hierbas próximas.

La yegua más vieja, rabicana y de ijares entrepelados, es lazada y conducida con facilidad a un corral. Toda su familia la sigue. Cuando ya han entrado todos, se cierran las trancas. Los seis caballos, brutos, pero aprovechables ya para la silla, van a recibir su primera lección, para lo cual son llevadas al corral las monturas necesarias.

El primero en sufrir la prueba lo es el que iba a fugarse. Con palabras amigables y ademanes pacíficos, un hombre va resbalando una mano por la reata bien tensa. Uno de los extremos está enrollado en la cabeza de la silla y el otro extremo, fuertemente asido al cuello del cerrero. El animal se cuelga, metiendo las patas traseras. Tiene ímpetus de querer alzar las manos y agredir, pero el hombre retrocede con maña. De repente alarga un brazo. La mano derecha se aferra a una oreja y la otra mano lo asegura por el hocico. Hostigado, el animal rebota hacia delante, pero no logra librarse del hombre, que cuelga con un péndulo. Queda, por fin, dominado. Tiembla, impotente. Así le colocan el áspero bozal de cabestro. Le quitan del cuello la mangana. Le echan la silla. Así lo aprietan con todas las fuerzas. E indistintamente, de entre los Cuerudos salta uno a la silla.

Quien ha tenido al caballo con la cabeza humillada, quita la mano izquierda y con ella hace al animal un cariño en la frente, y al mismo tiempo que va a soltar la oreja, le dice:

—¡A ver qué haces con ése!

Inmediatamente el caballo mete la cabeza entre las manos, describe en corcovo, se alza de patas traseras, después se levanta derecho, vuelve a meter la cabeza entre las manos, repite su intento de lanzar el jinete, y en seis corcovos seguidos y uniformes no logra moverlo de su sitio. Le ha fallado su táctica y cambia de sistema: culebrea y de manera brusca ejecuta su corcovo. El jinete se ha empinado mucho sobre el cuello del caballo. Cuando intenta enderezarse, el siguiente respingo lo sorprende en el aire.

Ha caído de nalgas en un lodazal. Los espectadores se ríen. Todavía suenan las risas, y el jinete ya está otra vez en la silla, encolerizado por su caída. Vuelve el caballo a su intento de quitárselo.

Rencoroso, el jinete le deja caer el látigo por el anca, por los ijares y por el encuentro. La mañana es fresca, pero hombre y caballo están bañados de sudor y también de lodo.

Por fin, el bruto se ha quedado plantado en un mismo lugar, temblando, con el hocico blanco de espuma y con el rabo, nervioso, bien metido entre las patas. Al ser azuzado para que siga su danza, echa a andar, primero torpemente. Choca patas y manos. Ya coge un trote de zorra, y a la segunda vuelta casi ha tomado el tranco.

La operación se repite tantas veces como caballos se están amansando. Unos se defienden menos que los otros, pero todos reciben de mala manera su iniciación. Las yeguas y los potrillos son echados hacia la puerta y ganan el llano, relinchando en ocasiones a los que se quedan en el corral.

Los que momentos antes ambicionaban la posesión de estos caballos rechonchos y fuertes, al ver los trabajos y los peligros de amansar un bruto, denotan recelo. Hay necesidad de que se los ensillen y de que les improvisen bozales, porque, como hombres no duchos en esas tareas, creen que los reparos van a repetirse por tiempo indefinido. Uno de los más tímidos casi renuncia a la adquisición de un caballo. Alega que el animal no va a servirle para nada, lo que da lugar a que uno de los amansadores le lance un breve discurso, lleno de símiles vaqueros.

—¡Pero, hombre, si nadie nace sabiendo! La mula nace con sus cosquillas debajo de la cola, y por eso, cuando le ponen la grupera, brinca y patea; después se acostumbra. El toro cree, de joven, que no tiene más oficio que andar enamorando las vacas; cuando lo pegan al yugo, hace sus rabieta y dice: “de aquí no paso”; después se acostumbra. Usted mismo no sabía que iba a ser soldado: dejó el trabajo y con la carabina en la mano ha venido con nosotros; en las primeras veces, estoy seguro, le temblaron las corvas, mientras que ahora, entra como los hombres o ve para qué nació... Así estos animalitos: al principio reparan, se enojan y hasta no quieren comer; pero después cogen el paso, y el que no tranquea, mondinguea...

El timorato no se da por vencido. Ha renunciado al matalote en que llegó ayer, pero de ninguna manera está dispuesto a echarle el alma encima a uno de los caballos, apenas quebrantados por la primera silla.

Al dirigirse al acantonamiento, el cuerudo lleva su caballo por el cabestro. Son el mismo jinete y el mismo caballo que dieran alcance

en el llano al fugitivo. El hombre es viejón y patiabierito. El caballo es alto de cruz, ancho de pecho y hundido de ijares.

—Hagamos un cambalache<sup>21</sup>. Le doy una pistola de coleada.

—¿Cambalache y con ribete<sup>22</sup>? ¿Cuál por cuál?

—El caballo que me toco en el reparto, por éste.

El hombre se detiene en seco.

—¿Por éste? Ni aunque me diera todos los caballos que hay en la columna, y de coleada todas las pistolas. ¡Mejor cambio mi mujer! Ya veo que usted es de los que dicen: “Casa y potro, que los haga otro”.

Echa a andar, después de pronunciada tan definitiva resolución. Llegan juntos a la cerca, al pie de la cual hierve una olla de café. También hay junto al fuego algunas prendas de ropa puestas a secar. El que proponía el cambio parece cortado<sup>23</sup> después de la negativa; pero le ofrecen una taza de café, y la acepta inmediatamente y toma asiento en una piedra que baja del cercado.

Es el momento de tomar el desayuno, dónde y cómo se pueda, y luego ensillar violentamente, porque el momento de la salida no tarda. Hormiguan todo el campo, los callejones y toda la rancharía. Pero las prisas no son para el hombre que prefiere enajenar su mujer antes que enajenar su caballo. Tiene como cosa rara un oyente. Sus camaradas ya conocen cuanto refiere de sus añoranzas vaqueras, y si les cuenta algo, lo oyen con la indiferencia de quien oye llover y no se moja.

—Es tan manso —dice indicando al caballo— como una muchacha dispuesta a dejarse acariciar. De color no es bonito, como usted ve. Y hasta el refrán no lo favorece, pues dicen que “caballo grullo, ni tuyo”... ¡Pero me quiere tanto el condenado! ¡Si será porque yo lo crié! Aunque debía tenerme coraje, porque también yo lo capé... Yo le puse la primera silla y nadie le ha montado más que yo. Verá usted, ¡si me debe la vida! Como la madre estaba obachona<sup>24</sup>, el pobrecito nació moloche<sup>25</sup>. Cuando fui a dar una vuelta por los rastros, a ver si la yegua ya había parido, ella andaba ramoneando entre los matorrales, y a su hijo ya se lo querían comer los zopilo-

<sup>21</sup> Intercambio.

<sup>22</sup> Cosa agregada a la que se cambia.

<sup>23</sup> Apenado.

<sup>24</sup> Obesa y sin ejercicio.

<sup>25</sup> Enclenque.

tes. ¡Dos zóngoros ya le andaban dando vueltas! Si no llego, ise lo echan al pico! Me lo llevé en brazos a la casa y en la casa crió; por eso es tan manso. Después se fue haciendo un señor caballo; imire qué pecho y qué anca! ¿Me vio echarle el lazo al cerrero? ¿Vio cómo se fue sentando solito? Pues eso no es nada: ihe lazado en ladera una yunta de bueyes, les he sentado a éste y los dos animales se han venido de espaldas! ¡Cómo no quererlo, si ha sido mi compañero de trabajo! Cuando me arrastró la bola, quise dejarlo en la casa. ¿Pero dónde más seguro, me dije, que debajo de mis piernas? Si me lo mata una bala fría, he de darme tiempo para hacer un agujero y enterrarlo, porque no quiero que se lo coman zopilotes. Si me matan, no pido más que le toque un amo como yo, que sepa querer su caballo, y no uno de esos brutos que creen que el caballo vive de aire. Ahora, si me veo en un caso apurado y comprendo que llevo la de perder, yo mismo, antes de entregarme o de pegarme un tiro, lo mato a él, para que no vaya a sufrir en otras manos. ¡Y cómo no quererlo, si le debo la vida! Ya me pagó la que le salvé cuando estaba recién nacido. Una vez, regresaba del pueblo al rancho, la tarde de un domingo en que había bebido más de la cuenta, y me caí en los rastros apretados de hierba seca; era por mayo; la sequía estaba plantada como pocas veces; donde caí, me quedé dormido, y éste no me dejó. ¡Quién sabe cómo principió el fuego en el campo! Yo sentí que me movían; era el caballo que, al oír el ruido del fuego, y muy cerca, me despertaba. En medio de mi borrachera oí el zumbido de la lumbre; estaba tan cerca ya, que se sentía hasta el calor. Me enderecé como pude y vi las llamaradas, más altas que los árboles. Mi caballo casi se echó para que yo pudiera montar. Le monté con grandes trabajos, pero le monté. El susto, al darme cuenta mejor de la chamusquina y del peligro, casi me quitó la huarapeta<sup>26</sup>. Agarrado como un colegial a la cabeza de la silla, salí a toda greña por entre los matorrales...

—Señores —interrumpe una mujer de edad al narrador—, ¿no han visto a mi hijo? Tendrá veinte años. Viste un pantalón azul y una blusa a cuadros. Es alto y delgado...

Dada la atención que el hombre presta a la anciana, ésta cuenta la historia de su hijo: el capricho de querer casarse con una muchacha

---

<sup>26</sup> Borrachera.

que no le conviene; su amenaza de irse de la casa; su desaparición, etc.

Como una historia está enlazada a la otra, la anciana cuenta también lo que se refiere al hijo mayor; se fue a la revolución, y ella no ha vuelto a saber de él; un desertor contó que lo habían matado; pero ella no sabe el lugar preciso donde quedara, siquiera para ir a llorarlo...

Al colonche<sup>27</sup> se le humedecen los ojos. Como en eso de historias dolorosas nadie le gana, cuenta otra historia dolorosa: le llevaron los enemigos a su hija, su hija única. Desarmado y solo, no pudo defenderla. De odio y en busca de venganza, él se ha metido a las armas.

### XXIII

No hay grupo al cual no se acerque la anciana.

—Señores, ¿no han visto a mi hijo? Tendrá veinte años; viste una blusa a cuadros y un pantalón azul; es alto y delgado...

Nadie sabe darle un informe. Cuando mucho, obtiene opiniones, que ninguna falta le hacen.

—¿Se metió por su gusto? Pues déjelo, señora, para que se pootree un poco. Ya regresará más blando que una seda.

—Era el único que me quedaba. El otro...

—Sí, señora; si a él le agrada el ruido, ni haga por detenerlo. Tarde o temprano ha de largársele, y tarde o temprano ha de regresar.

—El otro no ha regresado...

—Regresará también. Malo es cuando a uno lo meten por la fuerza. A mí me agarraron de leva y, quieras o no, ¡a filas! Y es claro: como andaba a rechinadientes, a la primera oportunidad me deserté, y sólo por irles a la contra, vine a darme de alta con éstos.

Más adelante:

—Señores, ¿no hay visto a mi hijo?

---

<sup>27</sup> Vaquero.



**¡Un paso al frente!**

## XXIV

Los federales, rendidos, se forman en el mismo terreno donde acamparon. Junto a la línea perfecta en cuanto a colocación, pero deplorable en cuanto a aspecto, siguen sentadas las mujeres que hacen café y amamantan a sus hijos junto a la lumbre.

Unos sesenta o setenta harapos humanos. Caras terrosas, con huellas de pasados sufrimientos. Sin embargo, se sospecha todavía en los ojos el coraje necesario para la lucha. La uniformidad en el vestir está rota: algunos llevan gorros marchitos por la lluvia; otros soldados llevan sombreros de palma. Las guerreras se hermanan pésimamente con algunos pantalones charros. Los que llevan zapatos, tienen torcidos los tacones; los más, calzan huaraches. Las carrilleras están huérfanas de tiros.

La disciplina ha hecho el milagro de que estos hombres, caídos hace unos momentos, con todo el aspecto de estar derrengados o enfermos, se alineen con actitudes marciales: juntos los talones, las puntas de los pies forman un ángulo recto, la mano izquierda pegada a la costura del pantalón; el arma, tal como debe colocarse en la posición de firmes; la cabeza, perfectamente enastada sobre los hombros; las miradas dirigidas horizontalmente, como desafiando otras miradas.

El subteniente, jefe inmediato aún de este resto de regimiento, se pasea, entre triste y resuelto, frente a sus hombres formados. De paso, corrige pequeños detalles: una culata de carabina un poco saliente del alineamiento de los pies, alguna gorra echada demasiado hacia atrás...

Muchos de los revolucionarios, que, por haber ensillado ya, nada tienen que hacer y sólo esperan la orden de la salida para montar, miran a la infantería formada y toman el ejemplo en cuanto a facilidad para formarse, no sin comentar favorablemente o bien en contra.

—¡Qué caras de curtidos y de baleados tienen estos hermanos!

—¡Son puros vagres! ¡Yo los he visto dar las nalgas!

—¡Claro, cuando ya están como éstos, es decir, con dos cartuchos cada uno!... Ni modo que peleen a mordidas.

—El que es perico dondequiera es verde.

—Y el que es como tú... dondequiera pierde.

Llega el jefe del Estado Mayor, jinete en un flor de caña, ensillado con una montura vaquera de gran cabeza y cantinas bordadas en blanco. A su lado llega el coronel exfederal, el mismo que anoche charló con el subteniente. Pasan los dos, en silencio, frente a la pequeña columna. Llegan hasta donde está el subteniente y éste se cuadra con la misma corrección con que lo hiciera meses antes ante el divisionario. Debe pensar que anoche no iba desencaminado cuando el coronel se expresaba encomiásticamente de sus muchachos y tachó de indisciplinados a los revolucionarios: él sospechó que su antiguo jefe deseaba el mando de los rendidos.

El jefe del Estado Mayor se inclina apenas apoyándose en el estribo derecho para decirle que desde este momento su jefe inmediato lo es el coronel. Señala a éste con los dos dedos juntos, en los cuales tienen pinzado el cigarro. El subteniente da un flanco y vuelve a cuadrarse frente al coronel, quien apenas se lleva la mano a la altura del pecho.

Algunos caballejos despreciados por los que se han hecho de nuevas monturas son recogidos por mandato del coronel. Piensa convertir en caballería el grupo de infantes. El jefe del Estado Mayor opina de distinta manera y los caballos son aperados para conducir la escasa impedimenta. Con sarapes y fustes de dos cabezas recogidos en las casas cercanas, unos soldados alistan las acémilas lacradas y tristes de cansancio.

El jefe del Estado Mayor se para en los estribos y, alargándose cuanto más puede, se dirige en voz alta a la pequeña columna:

—¡Firmes!

Les dice que la revolución no quiere ni necesita elementos a la fuerza. Que su condición de rendidos no los obliga a proseguir y, por lo tanto, aquel que quiera dejar las filas no tiene más que dar un paso al frente para que reciba un salvoconducto y una cantidad en efectivo para sus gastos de viaje. Hecha la advertencia, el jefe del Estado Mayor grita con voz más fuerte:

—Un paso al frente... ¡Marchen!

Nadie se mueve. Una sonrisa de satisfacción brilla en la cara del coronel. Sus muchachos permanecen completos. No esperaba otra cosa de gente tan aguerrida y hecha a eso, a las armas, y además, toda ella lejos de su tierra. En su actitud, inmóviles, sordos a las palabras que les prometen libertad de tomar el rumbo que gusten,

los soldados parecen haber echado raíces en la tierra blanda, en el lodazal donde se han formado.

El nuevo jefe llama la atención al superior acerca de las carrilleras, donde los cartuchos escasos recuerdan esos dientes últimos que, salteados, adornan las encías de los viejos. Cada soldado lleva tan escasos cartuchos, que el mejor parqueado no llega a cinco. Dos hombres son enviados con el coronel, y poco tiempo pasa para que regresen con dos cajas cuadradas. Son cartuchos. Se reparten proporcionalmente.

El parque nuevo brilla como el oro en las carrilleras de lona mugrienta. En las caras enflaquecidas de los soldados también brilla el contento al ir metiendo en cada celdilla de las carrilleras los cartuchos de bala brillante y puntiaguda. Diversidad de actitudes: unos siguen metiendo cartuchos a las carrilleras; otros hacen funcionar sus armas, con abrir y meter de cerrojo. Las mismas mujeres parecen menos tristes al ver que sus hombres ya tienen parque. ¡Quién sabe cuánto habrán sufrido en los días en que la pequeña columna temió todo ataque por considerarse propiamente inerme!

El jefe del Estado Mayor, antes de marcharse rumbo al acantonamiento del jefe de la columna, da instrucciones para que la infantería, es decir, los federales rendidos, salgan desde luego para que no se queden atrás durante la jornada. Pero advierte que no debe adelantarse a la vanguardia. Debe ir entre ésta y el grueso de la columna.

El coronel manda romper la formación y hacer los preparativos para la marcha. Es bien poco lo que tienen que hacer los soldados: recoger sus chivas, ayudar a las mujeres con algún bulto de enseres, de ropa. Pasan cinco minutos y ya están listos. El coronel habla en secreto con el subteniente, pero ya sin la cordialidad de la noche: ahora son el jefe que habla al subalterno y el subalterno que hace todos los honores al jefe. Saca el coronel un cigarro y no ofrece otro al subteniente, como lo hiciera por la noche. El movimiento de la mano indica que el coronel ha dado una orden.

A discreción, los exfederales inician la marcha. Pasan por entre la caballada, lista ya. Baten el lodo indiferentemente. Unos llevan la carabina al hombro, como cazadores que se dirigen al campo. Algunas mujeres van al lado de sus hombres, con los muchachos en las espaldas, abatidas. Entre la tropa van, tirados por los lazos, los caballejos tristes que conducen la pobre impedimenta.

Ya un poco distante, en aquel grupo borroso, brilla como única nota alegre el parque nuevo, prendido a las carrilleras renegridas. El coronel sigue a su tropa lentamente. Refrena el caballo, que pide riendas manoteando impaciente sobre el terreno encharcado. Al llegar junto a la casa donde se ha alojado el general en jefe, arroja el cabestro en las manos de su asistente y entra con arrogancia, sin mirar siquiera al centinela que se pasea en la puerta. ¡Ya tiene mando de tropa!

En la transitoria residencia del general en jefe también hay preparativos de marcha. En el patio hay racimos de caballos ya ensillados. Otros, que son los relevos, permanecen en pelo, ya perfectamente cepillados y con las colas hechas un mazo para que no se salpiquen de lodo en el camino. Adentro todo está removido, como después de una mudanza: el general da órdenes en voz baja a los oficiales que llegan, se cuadran y se van. Únicamente permanecen quietos los tres desertores juzgados en Consejo de Guerra. Está con ellos el sargento que hirió al federal, pero sin la misma sombra de tristeza.

Dos de los desertores ven todo con ojos azorados. Deben considerar que cada momento que pasa y cada preparativo de marcha los acercan a su última hora. Los tres ya están bien secos de ropa y, sin embargo, parecen enfermos de frío: tan juntos están en un rincón. El más joven parece el más entero. Está pálido y desencajado, pero sus ojos son tranquilos, pues miran con naturalidad las cosas y los hombres. Los dos de edad más madura parecen los más apesadumbrados. Tienen la boca reseca, y cuando un oficial pasa junto a ellos, quieren hablarle, con actitudes de súplica, pero no se deciden. Sin duda quieren preguntar algo; tal vez quieren preguntar si pueden acercarse al general para demandar el perdón.

El general ordena al jefe de su Estado Mayor vaya a revistar las tropas del cabecilla que por la noche fue despojado del mando. Los tres desertores se reaniman visiblemente. Se miran como queriendo decirse algo, pero siguen mudos y vuelven a caer en su abatimiento indeciso. Deben pensar que sus compañeros y amigos, originarios del mismo rumbo, seguirán unidos, ya sea que continúen en la columna o que regresen al terruño, mientras que a ellos los fusilarán o los colgarán en cuanto el general haya atendido lo más importante entre los preparativos para la marcha. De la poca atención que les presta el general depende que aún vivan...

El jefe del Estado Mayor vuelve a montar en su caballo, que le lleva hasta el pie del corredor un soldado. Pasa arrogante frente a la tropa que lo mira. Parece ajeno a las miradas. Se dirige al mismo sitio donde momentos antes revistó a los federales rendidos, cruza después un chipote del terreno y baja a la hondonada, un tanto llena de fango, pero defendida por el pasto natural. Debe tener suficientes instrucciones o suficiente conocimiento de la situación del cabecilla, porque al llegar ni siquiera le dirige un saludo. Inmediatamente ordena a grandes gritos que los soldados se formen. Para facilitar la maniobra se coloca junto al jacal y les indica con un brazo tendido la dirección en que deben tomar alineamiento, prestándose a ser un punto de referencia.

El cabecilla ve la maniobra desde la puerta de la casucha. Tiene la facha de un capataz de vaqueros que mira desde las trancas del corral cómo se remueve la vacada. Se muerde las guías de los bigotes. Con el foete se aplica fuertes golpes en las botas altas.

Algunos de los soldados acuden a formarse con caballo y todo. Quien está dirigiendo les indica que deben formarse a pie. La línea hace ondulaciones. Al sonar la voz de “¡Firmes!” todo queda como antes.

El jefe del Estado Mayor les hace saber que ya no seguirán bajo las órdenes de su antiguo jefe, en vista de que así lo ha dispuesto la superioridad. Les dice, también, que la revolución no necesita soldados a la fuerza, sino gente voluntaria y que tenga entusiasmo y cariño por la causa. Y que, en atención a lo dicho, todos quedan en libertad de regresar a sus casas o seguir en la columna. Grita:

—Quienes quieran separarse... Un paso al frente... ¡Marchen!

Nadie se mueve. El cabecilla pensará lo mismo que el muchacho que abandonó su casa para ingresar a las filas: que el triunfo ya se olfatea. Hasta su hermano, a pesar de que a él le quitan el mando, sigue inmóvil en su lugar, sin atreverse a dar el paso al frente. Más hicieron los otros, que se escaparon por la noche.

Satisfecho, el jefe del Estado Mayor va de un extremo a otro. Camina al desgaire en la silla de montar, con un pie fuera del estribo. El inquieto caballo pide riendas. El jefe, al pasar frente a la tropa, no parece cuidarse de otra cosa que de las carrilleras y de los morrales del parque. Queda complacido de la dotación. Al regresar, más lentamente todavía, cuenta y señala con la mano a cada soldado. Sin dirigirse a ninguno expresamente, ordena montar e ir a la vanguar-

dia, donde se presentarán al jefe de la misma para incorporación y distribución. Veinticinco hombres.

Camina otro tramo, contando, y ordena montar y diseminarse entre la tropa que espera la salida, dentro de la misma ranchería. A los restantes les dice que deben esperar el paso de la retaguardia para incorporarse. Sin mirar siquiera a quien anoche llegó como jefe de estos hombres, dirige su caballo por el mismo camino que trajo.

La tercera y última parte de la guerrilla, la que tiene instrucciones de esperar la retaguardia para incorporarse, también no se cuida ya de su antiguo jefe. En grupo cerrado, alegremente, los veinticinco o treinta hombres se dirigen a la orilla del camino, como impacientes de emprender la marcha.

Queda solo el cabecilla, parado en la puerta del jacal. Transcurre un momento y va, meditativo, a recoger su caballo del sitio donde lo ató su asistente. Debe pensar que eso es todo lo que queda, su caballo, más fiel que sus hombres. Lo acaricia, triste, en el hocico aterciopelado, y se dirige con él a la puerta del jacal. Lo deja suelto, y el animal no se va. Ni siquiera vuelve la inteligente cabeza hacia el rumbo por donde se han marchado sus compañeros.

Sale el cabecilla con el freno en las manos. El caballo recibe el freno y lo saborea desde luego, indicio recomendable entre chalanos. Cuidadosamente le mete las orejas entre los ojales de las cabezadas. Con delicadeza le asegura la barbada. Todos estos cuidados son porque el cabecilla se siente solo, sin más amigo verdadero que su caballo.

Le arregla cuidadosamente las crines. Va a echarle los sudaderos. ¡Con qué solicitud le pasa al animal la mano sobre el lomo! No necesita más que una carona. Por último, le arroja la silla: a la izquierda el machete de punta corta y empuñadura en forma de cabeza aquilina; por el lado derecho, la reata, enrollada en círculos perfectos; bajo el arzón, la carabina en su funda; en los tientos del enriate trasero, la manga de hule.

Sin prisa suelta el cincho, extiende el látigo y faja el caballo. El animal se recoge y enarca el cuello fino, como si ya fuera a montarle el dueño. Es un moro pata blanca de crines alborotadas.

Una tercera parte de su gente fue a incorporarse a la vanguardia. Otra tercera parte se regó en el grueso de la columna. Los últimos esperan el paso de la retaguardia para incorporarse. El sólo espera

que se marchen todos para tomar su camino, por donde llegó hace horas.

Mientras puede marcharse, pasea sobre el zacate mojado, en las goteras del jacal. Lleva las manos anudadas a la espalda y la vista baja. Así flanquea la casucha. La decepción y la derrota lo han reducido a una sombra de lo que era. Se siente verdaderamente solo, pero... no está solo.

Sus ojos se detienen, de pronto, en algo que ya había olvidado. Frente a él está el indio que le sirvió de guía por las cañadas pedregosas, por los arenales calcinantes, por entre los huizachales ingratos; el mismo a quien le reventaran los pies a pisadas a caballo y los pulmones a fuerza de correr. Ya no tiene huella de sangre. Lavado por el aguacero, está pálido y limpio.

El cabecilla se da cuenta de un fenómeno. Cuando tenía mando de tropa, la muerte del indio le resultó cosa sin importancia, algo así como un incidente tan sólo. Ahora, ya desprovisto de toda autoridad y de toda preponderancia, siente más de cerca la muerte, tiene una concepción nueva: el indio es también un ser humano...

La llegada de un jinete lo arranca de su contemplación. Es un asistente, que ha regresado, y ya sin respeto alguno para quien fue su jefe, desata el caballo moro. Le llama la atención a su antes subordinado y éste le dice con indiferencia que necesita el caballo. Objeta el cabecilla que cómo va a dejarlo a pie. El asistente señala un caballejo flaco y lacrado que por inútil dejó alguien. El caballejo colea a medio llano y tira de patadas a un enjambre de moscas que se le paran en las llagas del lomo.

Todavía pide que le dejen siquiera la silla y la carabina. El asistente no hace caso y se va jalando al moro, el cual trota dócilmente, metido en músculos y haciendo rechinar a cada paso la montura.

Parece que llora el cabecilla y que disimula sus lágrimas mirando el caballejo que le han dejado para regresar a sus comederos. Es el anima un manojo de huesos unidos por el pellejo. Su color es bayo claro y en él se destacan los estragos de las garrapatas. Debe pensar el cabecilla que, una vez idos todos, se conseguirá una silla vieja, quizá un fuste de carga. Arreglará los lomillos de tal modo que las mataduras queden protegidas por recortes y oquedades en la misma carona. Improvisará unos estribos de lazo y, armado de una vara únicamente, se irá rumbo a su casa, más solo que nunca, al pasito...

XXV

El hermano del cabecilla parece ignorante de cuanto a éste le sucede. Mezclado entre el grueso de la columna, va y viene por los callejones, sin que le preocupe para nada si su hermano ya se marchó o si continúa en la casucha. Quizá no quiere ir junto a él para no comprometer su situación y, de intento, ni siquiera se ha despedido. Posiblemente hay un entendimiento entre los dos. Destituidos ambos, serán más despreciados por sus paisanos, entre quienes han sembrado malas voluntades, mientras que, permaneciendo uno de ellos en filas, al otro le queda una fuerza moral, la posibilidad de un regreso victorioso.

No es de creerse en un desamor tan completo para el que ha sido eliminado. Otros hermanos han procedido de distinta manera. Algunos, sin convicciones y sin más móvil que el provecho persona, se han adherido a bandos antagónicos. El vencedor —según acuerdo previo— da la mano al vencido. A esa clase de hermanos no les interesa el triunfo de causa determinada. Triunfe una o la otra, ellos están asegurados. Son jugadores que apuestan a las dos únicas cartas que pueden salir.

Lo que sí tiene la fuerza de un símbolo en una lucha civil es el encuentro de dos hermanos en plena línea de fuego, siempre que haya sido la fatalidad la que los colocó en bandos contrarios.

El hecho es cierto. Se había peleado durante varios días. Los defensores, que no aguardaban refuerzo y que no tenían más esperanza que el fracaso de los atacantes frente a sus posiciones, se habían empeñado en conservar éstas. No estaban, por otra parte, en circunstancias de avanzar y tomar la iniciativa. Los atacantes, que tenían interés en prolongar el sitio para dar lugar, primero, a la llegada de los refuerzos, y luego al agotamiento de los víveres en el lado contrario, aunque habían arrimado mucho sus posiciones, no ponían gran interés en sostener encuentros decisivos o, cuando menos, de relativa importancia.

Las fuerzas que durante el día cubrían la línea eran remplazadas al anoecer. Las que habían estado durante la noche eran remplazadas al rayar el día. Tocó la coincidencia de que en sitios frente a frente quedaran dos hermanos. La distancia era tan corta que se reconocieron.



Un grito y un nombre. Del otro lado la respuesta. Brazos que se levantan como en una rendición. Uno de los hermanos salió al claro. El otro lo imitó. Se fueron acercando. A medio campo, una ladera escueta, se dieron un abrazo. Estaban sin sus armas. hablaron durante unos minutos. Por los ademanes se conocía que hablaban de sus respectivos partidarios.

El caso, por raro, ameritó la expectación de cuantos estaban de lado y lado en un largo tramo. Se les vio darse otro abrazo. A corta distancia se detuvieron y se les vio cambiar algunas palabras traducidas a sus ademanes. Tal vez: “¡Vente con nosotros...!”. Y luego: “¿Y tú, por qué no vienes con nosotros?”.

En el extremo de la línea comenzó el tiroteo, y a tiempo que se generalizaba la acción, los dos hermanos regresaron a sus respectivas posiciones.

### **La serpiente se mueve**

#### **XXVI**

La tropa da tantas señales de impaciencia por la tardanza en la salida como señales de impaciencia dan las gentes pacíficas de la rancharía. Varios oficiales ya han montado y matan el tiempo, de visita por los grupos más compactos. Prefieren permanecer montados a seguir metiendo los pies en el lodo. Se detienen en todos los grupos donde tienen que contestar una cuchufleta o probar la veracidad de algún elogio prodigado al caballo: creen de su obligación mostrar las excelencias del animal.

En algunas de esas demostraciones recogen la rienda, la pulsan al pie de la cabeza de la silla y hacen que el caballo retroceda, naturalmente, sin culebros, primero al paso y luego al trote. Cuando les falta terreno sueltan la rienda y arriman los talones. El caballo sale disparado. Es una demostración de brío y de blandura de boca.

Un oficial, a quien le han dicho que su caballo tiene tijera, se aleja del grupo en que se le ha dirigido semejante ofensa. A regular distancia da media vuelta y corre perpendicularmente a la pared de una casa. Cuatro metros antes de llegar sienta el caballo hasta hacerlo tocar el lodo con las cernejas; lo quiebra sobre la misma pared y el caballo levanta las manos en actitud estatuaría, llenando de lodo

el muro; repite la prueba, pero hacia el otro lado... Con el animal hecho una bola de puro brioso, regresa al grupo y pregunta:

—¿Dónde está la tijera?

El animal se babosea el pecho, y al menor movimiento en las manos del jinete, quiere dispararse. Un oficial que permanece a pie arguye que el caballo será todo lo delicado de boca que se quiera, pero tiene un defecto: ser viejo.

Quiere acercarse para abrirle los belfos y mirarle los dientes, en que se conoce la edad. El jinete, deseoso de vengar a su caballo, cuando el otro quiere tomar entre sus manos el hocico nervioso, suelta de pronto la rienda. El oficial de a pie es arrollado, pues el caballo le pega con el pecho, se lo lleva entre las patas y lo enloda.

Risa general. El jinete se aleja haciendo caracolear al caballo, como un comanche, encascabelado de espuelas.

La impaciencia de los lugareños a causa de que la tropa aún no se marcha se manifiesta en que los hombres no han salido rumbo a sus trabajos, a pesar de que el aguacero debe haber causado grandes daños y será necesario reparar cercas y dar escape a las aguas estancadas en los sembradíos. También las mujeres dan síntomas de impaciencia: algunas salen hasta los pequeños corredores, con la tinaja en las manos. Pero no se deciden a bajar al manantial, porque a las primeras que fueron las abrazaron unos soldados. Los mismos muchachos ya no parecen tan curiosos como anoche, aunque son todavía los menos impacientes.

De cuantos en el casco de la ranchería esperan las órdenes de marcha, los más divertidos son los herradores. Han escogido un amplio tinglado y se dedican a herrar un caballo del general, otros caballos de los oficiales y los suyos. Dos de los herradores, con los mandiles de cuero ajustados a la cintura, despalkan las pezuñas con las curvas cuchillas del oficio, hasta que aparece el cordón: parejo el borde y un apenas cóncavo el casco hacia el candado. Otros herradores, ya ante los cascos despalmados, prueban el herraje hasta hallar la medida apropiada. Clavan y remachan. La escofina pule la parte delantera de la pezuña.

Cuando alguno de los caballos se rebela, es tratado con dureza. Un bozal de tarabilla, aplicado al labio superior, lo hace bueno. Y si tira patadas a cada golpe de martillo, una manea de cuello a extremidad lo deja del todo inofensivo.

También una hermosa potranca color canario, virgen de silla, es sometida al tormento de ponerle zapatos. En cuanto quieren levantarle una mano se encabrita y respinga. Ha dado más trabajo que todos los demás animales. Un coronel que ha permanecido mirando trabajar a los herradores les indica la inutilidad de herrar la potranca: “Está cerrera todavía —les dice—, y tan tierna, que sin duda no resiste una jornada con un hombre en el lomo”.

Uno de los presentes, muchacho de ojos audaces y piernas cascorvas a fuerza de montar, suelta la pata que despalma. Se limpia la frente perlada de sudor, y pregunta extrañado:

—¿Es decir, que usted no sabe? Pues sépase que esta potranca nos ha dado más dinero que el trabajo de mucho tiempo. Y es muy sencillo: ¡cualquiera no se enamora de ella, si es tan linda la resabiosa! ¿Usted no daría veinte pesos por ella?

—Corriendo...

—Pues así cualquiera otro. Y voy a explicarle el juego. Yo, por ejemplo, llego a un lugar. A quien veo con trazas de tener dinero, le digo que le vendo la potranca, porque, al fin de cuentas, no me sirve para nada. Le confieso que me la he avanzado, pero, eso sí, muy lejos, y, por lo tanto, él no corre ningún peligro en la compra, pues ¿quién va a venir a reclamársela? Como usted ve —le agregó—, no tiene fierro alguno: ¡limpia de orejas a cola! Todo lo que dé el comprador es bueno; hasta cinco pesos. El pobre pacífico cree haber hecho una buena compra, y cuando se dispone a esconderla, llega alguno de éstos y recoge la potranca, sin que el otro pueda quejarse, porque ha comprado chueco. Con decirle que la hemos vendido cien veces. De tanto andar se ha despiado un poco y se merece sus zapatos.

—Me gusta el secreto...

Ha llegado la hora de la salida. Ranchería adelante comienza a notarse el movimiento de la serpiente que se despereza. Por todas partes se ve a los soldados meter un pie en el estribo y echar la piedad sobre las monturas. Enfundar de carabinas: unas, colgadas de la teja de la silla; otras, a lo largo de la carona, bajo la pierna derecha.

Entre la extrema posterior de vanguardia y la delantera del grueso de la columna ha quedado un espacio libre. Comienza el avance. Todos toman felices el camino, deseosos de salir del batidero de lodo en que se ha convertido la ranchería.

Media ranchería se ha descongestionado. En la casa donde se alojó el general hay últimos preparativos de salida. Un soldado tiene por la brida, junto al corredor, el caballo del jefe. Sale éste de su improvisado despacho a tiempo que se ciñe la pistola. Tiene gesto de aburrimiento. Uno de los oficiales que integraron el Consejo de Guerra se le acerca y le habla en voz baja, pero por los ademanes se conoce que le dice de los cuatro individuos que en un rincón se han cuadrado entre timoratos y respetuosos. El general los examina de pies a cabeza, por un instante.

—Que les den una cinchiza a los cuatro. Este —dice, señalando al que hirió involuntariamente al federal rendido— que se incorpore después. Y estos tres —los desertores— que se larguen para donde quieran. ¡No admito gente a la fuerza!

Ya en el patio, a tiempo de montar, se le acercan al general seis hombres. Lucen su mejor ropa, como si vinieran a una fiesta. Desean ingresar a la columna. Dicen que no necesitan más que el consentimiento, pues a dos pasos tienen sus caballos ensillados y sus armas. Son aceptados incondicionalmente.

El oficial que recibió la última orden del jefe llama a su asistente. Es un hombrachón que retiene afuera dos caballos por la brida. Le pone en las manos la espada y le dice imperativo:

—¡Sóbales el lomo a estos valedores!

En el orden en que están los cuatro, el más cercano es el estudiante y secretario del cabecilla. Obediente a un ademán del oficial, da un paso hacia el centro de la pieza. Sin más preparativos, el hombre de la espada descarga el primer golpe. El flagelado no da la menor señal de dolor, a pesar de que en tres o cuatro ocasiones la punta de la espada ha rematado en sitios no defendidos ni por el pantalón ni por la blusa y ha hecho brotar la sangre. El muchacho cierra apenas los ojos, y a cada descarga apenas hace un leve movimiento como para dar un paso. Veinte cintarazos.

Ha terminado el suplicio del primero. Éste va, con aspecto indiferente, a estacionarse en el corredor.

La hoja ha adquirido la curvatura de la espalda que azotó. El soldado le pone un pie encima, contra el suelo, y tira por el puño, enderezándola. El oficial, impaciente, le indica:

—Continúa con éste, para que tenga tiempo de incorporarse.

Es el heridor del federal rendido. La víctima no se mueve en su sitio, a pesar de que su ajusticiador le dice enérgicamente en el cen-

tro de la pieza: “¡Acá!”. No se decide a dar un paso al frente. Como si le doliera por anticipado la flagelación, se papala las posaderas. En su cara hay súplica y cólera a la vez. Se necesita que el oficial vaya y le dé un empujón para que tome su lugar. Ya en el centro, se revuelve inmediatamente y se enconge para que no le peguen. El soldado recibe órdenes de golpear, aun cuando el otro presente la cara. La espada abarca, flexible, todo el hombro izquierdo y parte de la espalda. Al ver que llega el segundo golpe, retrocede. El flagelador tiene que dar un largo paso para no errar. Dan una vuelta completa, siguiendo las paredes. Cuando termina el castigo, uno de los hombres se acaricia el trasero, la cintura, los hombros. El otro vuelve a la operación de enderezar la hoja.

Molido, con gestos de dolencia y blasfemando, el segundo de los castigados sale al corredor, donde el primero sigue como indiferente a todo, en actitud de “firmes”. Lo mira con odio, envidioso de su resistencia. Por malsana curiosidad vuelve la cara al oír otros golpes en el interior. Sin pestañear, sin mover siquiera un dedo para defenderse, otro de los desertores recibe su lluvia de espadazos.

Se aleja con la seguridad de que el tercero de los desertores se conducirá en la misma forma que sus compañeros. Mientras va en busca de su caballo para incorporarse sin pérdida de tiempo, medita en cómo aquellos tres individuos pueden soportar la azotaina sin el menor indicio de dolor, en tanto que él hizo el ridículo al presentar las manos como una mujer que pide misericordia.

No acierta con la causa; es decir, que la golphiza resultó cosa dura para él porque tenía la seguridad de arreglar su situación fácilmente con el general; y no así los otros, para quienes los espadazos resultaron cosa liviana, porque se consideraban ya perdidos, según el resultado de un Consejo de Guerra, aunque de farsa.

Por el camino sigue desfilando la columna. La ranchería casi se ha descongestionado completamente. Ya en muchos lugares sólo queda el lodazal recién trillado. En los corredores de las casas, desde donde ven el desfile los vecinos, no quedan más que huellas de fogatas, la basura y montones de estiércol humeante que rascan y alborotan las gallinas.

Pasan y pasan. Todos distintos y todos iguales. Parece que la columna toda se mueve al compás de un mismo trote de caballo. Unos van de lado en la silla de montar. Otros echados hacia atrás.

No pocos, empinados sobre los cuellos de sus caballos. Caracolean. Van al tranco, chapaleando el lodo.

El lugarejo ya da una idea de lo que es en su vida normal. Las casuchas parecen más separadas que durante la noche cuando la tropa llenaba sus callejones. El lodo removido, la basura dispersa, causan la impresión de que el aguacero fue acompañado de fuertes ventarrones y fue sacudido el caserío.

Tal vez los zapilotes han olfateado la carne muerta, porque en la cúspide de cada techo pajizo hay dos o tres. Tienen las alas abiertas en cruz, tendidas a secar a los rayos del sol.

Ya se oye el tropel de la retaguardia.

## XXVII

A todos y cada uno de los soldados que pasan, una mujer que camina por la mitad del trilladero enfangado, les dice:

—Ustedes prometieron llevarme... ¿No tienes un caballo libre?

Es la viuda que durante la noche recibió tantos agasajos. Indecisa entre quedarse o aceptar la invitación, dejó marchar el grueso de la columna, y cree que sus amigos son los de la retaguardia.

—¿Y para qué puedes servirnos?

La pregunta es contestada por un oficial.

—Para espantar al enemigo.

—Usted no lo creará, pero voy a contarle: éramos unos cuantos, y con nosotros iban cinco mujeres en calidad de estorbos. Sin suficientes elementos para atacar un pueblo donde podíamos hacernos de armas y dinero, mandamos pedir la plaza. En la comunicación decíamos que, además de alojamiento para quinientos hombres, necesitábamos sitio para instalar cinco ametralladoras. El jefe del destacamento se tragó la píldora y tomamos la plaza. Cuando se dio cuenta de que lo habíamos espantado con el petate del muerto, ya no había remedio: estábamos adentro. Preguntó por las ametralladoras y le mostramos las cinco mujeres. Desde entonces les llamó así: ametralladoras.

La viuda se mete en el lodo, empeñada en seguir la columna. Lleva en una mano un lío de ropa.

—¿No es usted quien me dijo que me llevaría?



## *¡Vámonos con Pancho Villa!* \*

Rafael F. Muñoz

*Los sucesos referidos aquí son ciertos, uno por uno.  
El autor atribuye todos a un mismo grupo de hombres  
para hacer una novela de audacia, heroísmo,  
altivez, sacrificio, crueldad y sangre,  
alrededor de la figura imponente de Francisco Villa.*

### El puente

—Por más águila que se puso el capitán Medina toda la noche, desde que oscureció y tocaron retreta —dijo el telegrafista, engullendo al tiempo mismo un boludo trozo de carne cocida—, no pudo vislumbrar ningún movimiento sospechoso. Se pasó en claro la velada, recorrió muchas veces el puente de lado a lado, bajó al pedregal, ocultándose por mucho rato en algún sitio donde pudiera observar al centinela, y al amanecer, cuando oyó el disparo, sacó el cuete y corrió hacia donde creía que pudiera haber partido la bala, pero no encontró a nadie.

—Y el centinela, ¿muerto?

—Como los anteriores, con un agujero de treinta-treinta en la cabezota. Y con éste van catorce en dos semanas bien contaditas.

—Ni uno más ni uno menos —asintió el encargado del tanque del agua, entre mordisco y mordisco al elote tierno.

\* MUÑOZ, Rafael F., *¡Vámonos con Pancho Villa!*, Madrid, Espasa-Calpe, 1931.



—Pobrecitos de ellos, que ni culpa tuvieron de lo que pasa —. Acercándose con otros platillos del desayuno, terció en la plática la Tía Lola, una viejecilla que en su jacal de tabas y lámina oxidada servía de diario las comidas al telegrafista, al mecánico guardián de la bomba, que subía el agua al tanque del ferrocarril, y al capitán Medina, jefe de la escolta federal. Resguardaba ésta el cercano puente de doscientos metros de largo que parecía acercar, al brazo de sus arcos de acero, las márgenes áridas del río; abajo bullían las aguas, morenas y turbulentas, como el pueblo.

Telegrafista y mecánico desayunaban, sorprendidos de que no hubiera sido descubierto el audaz rebelde que día tras día, cuando las estrellas comenzaban a desleírse en la mañana, disparaba su carabina infalible desde algún punto oculto del pedregal, a la orilla del río, y con un solo tiro dejaba muerto al centinela apostado a la entrada del puente; después, ni un ruido, ni una sombra que se deslizara entre las sombras: sólo el rumor de las aguas y la silueta de los árboles, desprendiéndose del amanecer.

Aquel puente era considerado por la jefatura militar como de gran importancia estratégica, porque al mismo tiempo separaba y unía la zona dominada por los rebeldes de la que ocupaba el gobierno; era el punto más delicado de la comunicación ferroviaria entre la revolución arrolladora y las tropas que se organizaban para combatirla. Un fuerte destacamento lo protegía para evitar que los enemigos lograran dinamitarlo, como ya una vez lo habían intentado sin éxito.

Al norte del río, la pradera calva y polvorienta; al sur, el tanque de agua para las locomotoras, una pequeña estación en la que no había otro empleado que el telegrafista, doce o quince tiendas de campaña para la tropa, el jacal de tablas y el llano inmenso.

Era la Tía Lola una mujer que parecía tan vieja como el frío, de cabeza cana que cubría con un pañuelo anudado a la nuca. Su piel, oscura y arrugada como corteza de pino, se abría para que relucieran dos ojillos entre grises y azules, que se animaban cada vez que veía a Miguel Ángel, un muchacho que había recogido años antes sin saber de dónde llegaba, y a quien todos llamaban *Miguel Diablo*, por lo revoltoso que había sido siempre; era fuerte y ágil, gran nadador, buen jinete y certero en el tiro con pistola y carabina; para ayudar a la vieja retorció el cuello y desplumaba las gallinas destinadas a la olla, destazaba cabritos, robaba elotes y recogía los huevos

tan frescos que al presentarlos decía que en sus propias manos los habían puesto las gallinas.

—Catorce Pelones, que están alineados ahí nomás enfrente, a dos metros del riel.

—Ni son Pelones, sino soldados, ni caerá otro más: el de anoche fue el último.

Todos volvieron la cara hacia la entrada, conociendo la voz artificialmente ronca del capitán Medina, quien de pie en el umbral se retorció los bigotes a la alemana, que mal cuadraban a su cara de indígena. Vestía un grueso capote azul plomo, sobre el que llevaba su fornitura y sus armas: la pistola reglamentaria y el largo sable recto.

—Será el último —añadió—, porque ya sé quién es el bandido.

—¿Qué quiere almorzar, capitán?

—Todavía nada, vieja. ¿Dónde está ese *Miguel Diablo*?

—Ahí detrás, en el corral; me está partiendo tantita leña.

Por el boquete de una puerta sin hojas entraba ruido de golpes acompasados del hacha sobre los troncos. Arqueando su fusta, el capitán atravesó el cuartito hacia el corral, encontrando al muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, ante una trinchera de leña; con el pie acomodaba los troncos sobre un madero rebajado a la mitad, levantaba el hacha suavemente y descargaba golpe tras golpe hasta dividir el tronco en ocho o diez trozos triangulares. A pesar de estar de espaldas a la puerta, Miguel Ángel pareció darse cuenta de la presencia de un extraño; suspendió su trabajo sin volver la cara, sacó el pañuelo, y mientras fingía limpiarse de la frente un sudor que no había, dirigió una mirada rápida al montón de leña, bajo el que asomaba, como un reptil atisbando, la culata de su carabina, que había tratado de ocultar.

—¡Muchacho!

—Buenos días le dé Dios...

—Óyeme: tú sabes que cada noche me asesinan al centinela del puente de un solo disparo.

—Unos muertos he visto, otros no.

Volvió a partir leña con movimientos rítmicos; el corral era tan pequeño que el vuelo del hacha lo dividía en dos; los trozos cortados iban amontonándose con precisión sobre la culata de la carabina y pronto no se vio sino el reflejo amarillo de la contera de latón, como una mirada furtiva acechando entre los leños.

—¿Dónde te metiste tú anoche?

—Hubo un baile en San Pablo...

—¿Y a qué hora volviste?

—Hace un ratito, serían las siete, porque salí del pueblo cuando ya estaba clareando.

Tornó a cortar ramas de mezquite, sin precipitarse, partiendo de cada golpe un palo en dos mitades y arrojándolas al montón.

—¿Dónde está tu carabina?

—Ya le dije el otro día que la había vendido... a Rodrigo Perea, y hasta le enseñé las platas que me dio por ella.

Dos golpes más de hacha, cuatro leños a la pila, y el brillo del latón se apagó, como una llama.

—¡Te estoy hablando, majadero! ¡Déjate de partir leña y mírame a la cara!

Azotó su fusta sobre la espalda turbia y musculosa del muchacho, dejando marcada en la piel una cinta lívida que por segundos se fue tornando escarlata. Miguel arrojó el hacha, indiferente al latigazo, y se irguió sonriendo y apretando la barba contra el cuello, en gesto insolente.

—Búsquela si quiere, capitán, y quítesela a Rodrigo Perea, si puede.

—Sí, perro desgraciado; Perea se fue a juntar con los rebeldes armado con tu carabina, que le vendiste sabiendo para qué la quería...

Empalideció de cólera, los músculos de los brazos se le pusieron tensos, y fustigó al muchacho en la cara y el torso, mientras la viejilla, abrazada a sus piernas, gimoteaba.

—Capitán, capitán... Yo respondo de Miguel... No ha hecho nada..., le juro que no ha hecho nada malo...

—Ya lo veremos mañana: llegarán del sur trenes militares, y le formaremos Consejo de Guerra. Esta noche lo vamos a tener vigilado con centinelas de vista, a ver si hay quien tumba al centinela del puente. ¡Métete tu blusa, muchacho, y sígueme!

Miguel Ángel, sin responder, fue lentamente hacia el cerco de piedras del corral, donde estaba tendida su blusa de mezclilla azul, metió un brazo en su manga, muy despacio, luego el otro, y repentinamente, de un ágil brinco traspasó el cercado, corrió por el pedregal, se tiró de cabeza al río y nadó aguas abajo, a brazada larga. Sin hacer blanco, el capitán descargó varias veces su pistola desde la cerca; todos vieron cómo Miguel Ángel llegó a la orilla opuesta, se sacudió, alegre como un perro, y echó a correr entre los mezquites.

Todo el día lo estuvieron buscando los soldados, con las carabinas tendidas, como si husmearan, y con órdenes de dispararle en cuanto lo vieran; pero ni una detonación resonó en las horas. La blanca llanura siguió silenciosa y desierta bajo el cielo gris del otoño.

\*

En la estación, el capitán Medina, de codos sobre la mesa del telegrafista, contemplaba a éste traducir el traqueteo de un aparato receptor; con los audífonos sujetos por una cinta de resorte, el empleado trazaba en papel letra tras letra, formando las palabras que Medina leía de revés.

—Tres militares, capitán.

—Sígale, sígale...

—Aquí hay algo para usted: “Capitán Medina, jefe del destacamento en Puente. Avíseme si podemos pasar inmediatamente hacia el norte, porque los rebeldes están atacando la capital del estado, que no podrá sostenerse sino el día de mañana. El jefe de la división...”.

—Conteste lo siguiente: “Ciudadano jefe de la división: Hónrome en participar a usted que hemos podido sostenernos en Puente, después de varios reñidos combates con los rebeldes, que nos han costado catorce bajas. Los trenes militares podrán pasar inmediatamente. Respetuosamente, el jefe del destacamento, capitán Medina...”.

—El... jefe... del... destacamento... capitán... Medina... —repetía el operador, transmitiendo.

Luego, los aparatos dejaron de traquetear, el telegrafista dejó los audífonos sobre su mesa y con el capitán salió de la estación. En la tarde fría, el viento se arrastraba por la llanura, murmurando confusos presagios.

—Ahora lo van a ver esos desarrapados —gritaba el capitán agitando en el aire su diestra enguantada—. Se acercan diez mil hombres, y seguramente que se traen *El Niño*, que es el cañón más grande del ejército. Verá usted cómo viene en una plataforma en la punta del primer tren. Y en dos semanas, la insurrección estará dominada...

Se acercaban al puente caminando a pasos irregulares sobre los durmientes de madera. Los soldados, envueltos en sus amplios capotes, ocultaban cara y carabina al viento, y para calentarse, golpeaban el suelo con los pies, como si estuvieran bailando una monótona danza interminable.

Había un centinela a la entrada del puente, envuelto en el azul plumizo del abrigo militar y dejando asomar el largo cañón de su fusil con la bayoneta.

Al otro lado del río, el desierto, cruzado por las rectas larguísimas de los rieles que parecían converger en la lejana montaña, mantenía su calma, en la que a veces se escondía una actividad febril de los revolucionarios, ansiosos de cortar la línea férrea y dejar a la capital del estado aislada y atendida a su escasa guarnición.

Las guerrillas nunca se habían atrevido a llegar hasta el río y sólo de vez en cuando una flecha de polvo que se elevaba en el horizonte acusaba el galope de sus caballos; entonces sonaba el clarín, los soldados cruzaban el río, se metían en sus atrincheramientos, y esperaban inútilmente, porque los revolucionarios, sintiéndose débiles, se volvían al misterio de la llanura, a pesar de sus deseos de apoderarse del puente o destruirlo.

—Ahora lo lograrán menos que nunca —gritaba Medina, fanfarrón y afecto a alzar la voz—, dentro de dos horas estará la columna aquí y nos iremos a pegarles a esos tales hasta debajo de la lengua. Ya tengo ganas de matar unos cuantos...

Una explosión tremenda le cortó la palabra a ras de labio, arrojando a todos los hombres al suelo: en el centro del férreo costillar del puente, donde estaba una gruesa pilastra en que descansaban dos de los más grandes arcos, se levantaba una columna de humo que parecía una bandera artificial ondeando sobre el fondo nublado del cielo; toda la tierra había vibrado al detonar la dinamita, y por el aire volaron rajuelas de cantera, astillas de durmientes y hierros retorcidos, para caer como una granizada sobre las turbias aguas rápidas del río. Pasado el momento de sorpresa, Medina, el telegrafista y dos docenas de soldados corrieron por el puente, todavía tembloroso y lleno de ruidos; el humo, disipándose con lentitud, fue dejando ver la magnitud del desastre: los dos arcos centrales, faltos de apoyo al reventar la pilastra, se habían recostado en el lecho del río, como cortados por una hacha gigante, y dejando vacío un tramo de veinte a veinticinco metros. Las aguas seguían corriendo

precipitadamente, como más libres, como más alegres, llevándose en la cresta de sus olas trozos de durmientes destrozados.

—¡Mire, capitán Medina, mire!

Los soldados apuntaban con sus rifles río abajo e hicieron unos cuantos disparos; las balas tocaban el agua y se levantaban para caer más adelante, pero todas se perdieron en el fondo. En una curva que hacía el río a más de medio kilómetro del puente, salió del agua Miguel Ángel, agitando su diestra en el aire en burlón además de despedida, y desapareció en las primeras sombras de la noche.

A los lejos resonaron los silbidos de una locomotora que se aproximaba.

\*

Frente a la estación se detuvo un tren militar, formado por una plataforma en la que un cañón de larga nariz parecía ir rasgando el viento; detrás, dos carros de madera pintados de rojo, con el parque de la pieza, la locomotora y varios vagones extraños cuadrículados unos de blanco y negro y decorados otros con manchas fantásticas en colores de contraste. Luego fueron llegando otros trenes, y más y más, tocándose el cabús de uno con la locomotora de otro.

En su jacal, la vieja había quedado tirada en el suelo contraída como un pájaro que duerme, desmayada y sangrienta; Medina la había cintareado hasta cansarse, haciéndola pagar la audacia de *Miguel Diablo*.

Y a la mañana siguiente, ante una división de diez mil hombres formados en batalla, el capitán Medina, jefe del destacamento en Puente, fue fusilado a la orilla del río, por sentencia de un Consejo de Guerra que lo condenó a muerte.

\*

Cuando la columna pudo pasar hacia el norte, dos semanas después, la nieve cubría la extensa llanura, y en la capital del estado, los rebeldes, que se habían apoderado de ella, se fortificaban, reunían elementos de guerra, dinero, uniformes, armas y crecían en número diariamente. “Semos millones”, decían los de última hora.

Y los soldados federales no pudieron vencer; ya no era tiempo de dominar una revolución creciente por segundos, arrolladora,

y que había sido secundada en muchas otras partes, al saberse los primeros triunfos del movimiento.

Tres meses más tarde, al acercarse la primavera, los trenes militares regresaron de norte a sur, pasando lentamente sobre los huacales de durmientes con que fueron sustituidos provisionalmente los dos arcos de acero truncados por la dinamita. La artillería no regresó, pues había quedado abandonada al enemigo, y los trenes parecían ir desparramando lamentos de herido. El tren del jefe de la división pasó el primero y a toda máquina. De la brillante columna volvían de tres a cuatro mil hombres, vencidos por la revolución y por el invierno.

Los trenes de las tropas en derrota se perdieron en las curvas que trazaba hacia el sur la paralela interminable, y una noche los primeros convoyes revolucionarios pasaron el río.

La vieja había ido por agua al tinaco y se detuvo en el andén de la estación, cuando uno de aquellos trenes pasó frente a ella a vuelta de rueda, suspendiendo su marcha un momento después para llenar el tanque de la locomotora.

La Tía Lola vio pasar un carro de pasajeros, iluminado espléndidamente, derrochando luz por sus anchas ventanas abiertas; dentro, frente a largas mesas cubiertas de botellas, hombres vestidos de amarillo y tocados con finos sombreros de anchas alas bebían y charlaban alegres entre la humareda de sus cigarros; en el extremo de una de las mesas, Miguel Ángel, de pie, hablaba trazando con sus brazos rápidos ademanes.

Era el mismo, pero vestido ahora con traje caro, sombrero texano echado hacia atrás, y una mascada roja envolviéndole el cuello como una llamarada. Algo muy interesante debía estar refiriendo, porque la atención de todos se había concentrado en él y con frecuencia le interrumpían los gritos de “bravo” y los aplausos.

La anciana permaneció atónita, con su balde de agua oscilando al extremo del brazo flacucho, hasta que el tren reanudó su marcha, iluminando la tierra con grandes cuadros de luz, y perdiéndose pronto en la sombra.

Se encaminó hacia su jacal, arrastrando en el polvo los pies cansados; el telegrafista y el mecánico terminaban su cena, comentando por tercera vez en el día los sucesos que estaban desarrollándose.

—Y a propósito, Tía Lola, ¿qué habrá sido de *Miguel Diablo*?

—Pues... sólo Dios sabe si se habrá muerto... —contestó la vieja recogiendo los trastes, sin la menor alteración de su voz cansada.

Muy remoto, al Sur, el silbato de la locomotora que se alejaba lanzó su despedida.

## Becerrillo

“¡Vámonos con Pancho Villa!”, había dicho a Miguel Ángel un ranchero de San Pablo, llamado Tiburcio Maya, en quien muchos hombres del rumbo habían encontrado ciertas dotes de cabecilla, y lo declararon su guía en un intento de unirse a la revolución. “¿Pancho Villa?”. “Sí, él es el jefe: muy atrevido y muy valiente, entró de los Estados Unidos en marzo con ocho hombres, y ahora tiene más de mil, bien armados y bien montados...”. Tiburcio le explicó cómo habían sido derrotados los soldados del gobierno en varios encuentros, le dijo por qué era que peleaban los revolucionarios, y lo aconsejó que dinamitara el puente.

Cuando Miguel Ángel surgió de las aguas del río, aún trémulas por el estallido, cinco hombres montados lo esperaban, teniéndole preparado un caballo con silla. Y dejando atrás el humo de la explosión, que manchaba la tarde, se fueron en busca de Francisco Villa, hasta encontrarlo: treinta y cuatro años de edad, cien kilos de peso, cuerpo musculoso, como una estatua. Su mirada parece desnudar las almas: sin interrogar, averigua y comprende. Es cruel hasta la brutalidad, dominante hasta la posesión absoluta. Su personalidad es como la proa de un barco, divide el oleaje de las pasiones: o se le odia, o se le entrega la voluntad, para no recobrarla nunca.

Ante él se presentaron expresándole su deseo de unirse a la revolución. ¿Por qué? Por la intuición vaga de que iban a luchar por una causa que les favorecía. Ellos mismos no sabían a punto cierto qué quería la revolución, pero cada cual tenía sus motivos de queja y sus deseos de una situación mejor. Sus odios, sus deseos de venganza, sus anhelos de mejoramiento económico, todo creían poderlo satisfacer. “¡La revolución!”. La sonoridad del grito arrastra a los espíritus rebeldes. Y los hombres acostumbrados a la vida armada del campo, donde a tiros se defiende una milpa contra los ladrones de elotes, a tiros se disputa un caballo salvaje si más de un jinete lo persigue, a tiros se vive y a tiros se muere, esos rancheros fueron de



una vez a disputarse en la revolución, no una mazorca o un potro, sino un derecho a la vida más alto. Ellos no habían sido peones nunca, y no iban como éstos a la revolución, con el solo deseo de un pedazo de tierra que llamar propio. “Entonces, los ayudaremos...”. ¡A tiros!

—Bueno, pues, dense por juntados. ¿Saben leer?

—Seguro que sí.

—Entonces, comienzan de tenientes...

—Conformes.

—¿De dónde vienen?

—De San Pablo.

—¿Qué tan hombres son?

—Este Máximo, cuanto toma, anda por ahí gritando: “¡Y de que bebo vino, parece que bebo leones!”. Nos dicen los “Leones”.

—Arreglados, pues, que son los Leones. A ver si como rugen, muerden. ¿Cómo se llaman?

—Tiburcio Maya, a la orden.

—Máximo Perea.

—Rodrigo Perea.

—Melitón Botello.

—Martín Espinosa.

—¿Y usted, muchachito?

—Miguel Ángel del Toro...

—¿Del Toro? Estás muy muchacho para ese apellido... Te diremos “Becerrillo...”.

Desde entonces se disputaban el honor de ir por delante de la irregular caballería villista en los encuentros con los federales o los auxiliares de éstos, los Colorados de Pascual Orozco. Muchas veces fueron de espías hasta las ciudades dominadas por el enemigo, silenciaron centinelas, atravesaron trincheras, regresando con detalladas noticias y con los quepis de sus víctimas ensartados en la punta de los sombreros de palma.

Estuvieron en el combate de San Andrés, donde Pancho Villa capturó once trenes de ferrocarril a los federales, y fueron ellos quienes, hacha en mano, le ayudaron a rajar leña para incendiar una alcantarilla de ferrocarril, cuando vieron avanzar los trenes en que se acercaba el refuerzo del enemigo. Se batieron frente a Chihuahua, en Tierra Blanca, en Ojinaga... y quién sabe cuántas veces más.

\*

Miguel Ángel tenía un cinturón con cartuchera y una funda para pistolas bordados, que eran la admiración de algunos y envidia de otros revolucionarios de la División del Norte, porque el bordado no era tan sólo una greca de hebras de pita blanca o de oro, como las de los demás villistas, sino que con gruesos hilos de seda en colores tenía la cartuchera realzados un tren de ferrocarril con su locomotora que arrojaba el humo de azules anillos, rosas de pesados pétalos, herraduras entrelazadas, tréboles de cuatro hojas para asegurar la buena suerte... También, venados de intrincada cornamenta, un río plateado y un barquito de vela con bandera tricolor en el mástil, peces dorados, conejos de largas orejas verticales, casitas de tejado rojo... En la funda de la enorme Colt, un rancho, montado en su penco de redondas ancas prietas, galopaba tras un novillo, echándole un lazo de plata que le revoloteaba sobre los cuernos, como una mariposa. Y todo eso, en medio de una ancha orla de hojas de laurel. Miguel Ángel lo exhibía, orgulloso, dando la vuelta lentamente sobre los talones y levantando los codos a la altura del hombro, para que los admiradores pudieran apreciar todos los detalles del bordado sorprendente.

—¿Cuánto quieres por tu juego? —decían a Becerrillo algunos oficiales, sacando de los bolsillos panzudos rollos de billetes.

—Ni aunque me lo pesaran en oro...

—Entonces, algún día te lo quitaremos a la mala...

—Pruébenlo... ¿Cuándo lo intentan?

Pasó el tiempo, y la División del Norte, crecida a quince mil hombres, poderosa, hasta entonces incontenida, avanzó hacia Torreón. Una noche, cuando los Leones descansaban en la casa grande, un rancho algodonero, después de veinte horas de galopar tras los rurales enemigos, unos rebeldes de la tropa se pusieron de acuerdo para quitar a Miguel Ángel su cartuchera y su funda, pero el muchacho tenía el sueño ligero, se levantó rápido, comenzó a distribuir trompadas, y con el auxilio de Tiburcio y los otros descalabró a los fracasados rateros, los echó al campo, y volvió a tenderse sobre su cobija, a dormir con la cartuchera apretada en la barriga.

\*

Fueron llegando más trenes villistas, y los hombres que en ellos venían apretujados se echaron a tierra. Largas columnas amarillas se arrastraron entre el polvo y bajo el sol de los últimos días de marzo, y fueron tomando sus posiciones alrededor de las colinas en que se habían afortunado los soldados federales. Breves tiroteos bulleron antes de tiempo por el rumbo de Sacramento; se retiraron hacia Torreón los rurales que formaban las avanzadas, y para preparar el asalto de Gómez Palacio, el general Ángeles mandó colocar una batería de setenta y cinco en un zanjón seco, para que en el momento oportuno abriera el fuego, flanqueando las posiciones de los defensores. El rumor de lejanos combates se había aplacado, como si el bochorno del día lo hubiera adormecido, cuando un grupo de cinco rurales, al parecer ignorante de la proximidad de los villistas, avanzó explorando por los campos de algodón que las caballerías habían pisoteado, y trotaba en dirección al canal, donde estaban los cañones levantando las narices al viento cálido del mediodía.

La situación era crítica, porque si los rurales llegaban hasta la zanja, se daban cuenta de la presencia de la artillería, y si se les balaceaba, los oficiales federales, que desde los lejanos fortines seguían con sus telémetros los movimientos de la exploración, comprenderían que algo se tramaba tras los bordes pelones de la acequia. Entonces, Becerrillo subió al galope de su caballo la empinada pared del zanjón, y desde arriba, a diez o quince metros, se puso a insultar a los enemigos:

—¿Qué quieren aquí? Éste no es lugar para mulas..., déense la media vuelta o voy a colearlos...

Y los cinco montados, después de un momento de incertidumbre, volvieron grupas y se retiraron a la carrera, sin haber descubierto la existencia de la artillería.

\*

Al día siguiente comenzó la batalla. Desde el alba, cuando las dianas entusiastas de los revolucionarios comenzaron a agitar el aire con su fanfarria, la artillería, emplazada en el llano, frente a Estación Vergel, inició sus disparos sobre los cerros de piedra blanca, destruyendo las débiles trincheras de los defensores. Era un día de fines de marzo, cuando comenzaban a crecer las matas de algodón en los geométricos sembrados que rodeaban las ciudades polvorientas de

La Laguna; hacía calor, y los hombres de las columnas atacantes fueron dotados de cantimploras dobles, llenas de agua con sotol, que daba fresco. El sudor y el polvo ponían en los combatientes una máscara lívida. Desde los cerros que defendían las ciudades, las ametralladoras del gobierno comenzaron a segar matas y hombres.

A mediodía, por los lados de la vía del ferrocarril, donde había camino mejor que en los sembrados y por sobre los bordes, avanzó la caballería villista en grupos de hombres vestidos de amarillo, que llevaban prestas sus cortas carabinas; y fue en ese momento cuando los cañones colocados la víspera en el canal seco, abrieron el fuego contra los nidos de las ametralladoras y, al acallarlas, la caballería avanzó al galope hacia Gómez Palacio, levantando una columna de polvo, espesa y altísima, que flotó sobre el campo de batalla como espuma sucia. Los asaltantes avanzaban gritando y disparando sus armas al aire, sin encontrar enemigo al frente, y poco después penetraron al galope por las calles desiertas, deteniéndose en las esquinas, atisbando, recelosos del fácil éxito que habían obtenido y con temor de una sorpresa.

Al desembocar los primeros hombres de la columna atacante en una plazoleta que parecía abandonada, los seis Leones de San Pablo, que iban a la vanguardia, hicieron caracolear sus caballos con rápidos movimientos de rienda, y cuando lanzaban largos alaridos de triunfo, sonó una descarga uniforme: tras unas trincheras de tierra abiertas en las calles, varios cañones-revólveres de tiro rápido, de esos pequeñitos que mandan la muerte encerrada en granadas de cuatro centímetros, funcionaron rápidamente con disparos ladinos, temblores de plata, que parecían gritos desafinados de mujer.

Simultáneamente, con los sables desenvainados, aparecieron a todo galope los dragones del general Reyna. Los villistas tuvieron un momento de desconcierto; ya no tronaba su artillería, por temor a arrojar granadas dentro de las propias filas, y sintiéndose sin apoyo ante un enemigo que venía sobre ellos lleno de coraje, con una nube de reflejos desprendiéndose de la ola de sables que los jinetes federales hacían girar sobre sus cabezas, los revolucionarios dispararon sus carabinas, vaciaron sus pistolas y se volvieron a toda carrera por donde habían llegado.

En la tarde caliente, brillante de sol que reverberaba en los claros de la tierra sembrada, hora en que el viento se había detenido sobre las montañas para que pasara la tempestad que los hombres produ-

cían con sus armas, sus caballos, sus gritos, sus carreras; cuando los altos y verdes ramajes de los tilos y de los fresnos, inmovilizados al faltarles el soplo que los mecía, caían destrozados por la metralla, sobre el camino sediento o el fondo seco de los canales, y las aves salían espantadas de entre las frondas chillando, elevándose en el azul clarísimo y volviendo a revolotear sobre las ramas derribadas, en busca de sus nidos; en la tarde que comenzaba a declinar, despedida por el rumor del mar bravío de los disparos, un pequeño grupo permanecía inmóvil en el fondo de una acequia: hombres a pie, silenciosos, sombríos, y caballos sudorosos cubiertos de polvo, que resoplaban escarbando con sus cascos en el suelo flojo.

En medio de todos, sentado en el suelo y recargando la espalda en el talud, con la cabeza echada hacia atrás y apretándose la cara con su diestra, manchada de sangre, tan roja como el paliacate con que intentaba detenerla, Becerrillo, herido por un disparo de cañón, recorría con la vista las caras coléricas, violentas, espantosas, de los otros cinco villistas. Le había alcanzado una de las granadas que les lanzó la artillería ligera desde las trincheras de la plazoleta, hiriéndolo en la punta de la mandíbula inferior, que le arrancó como si fuera cortada con la cuchilla de una guillotina; de la lengua, no quedaba sino una papilla esponjosa rellenoando la bóveda del paladar.

El muchacho se desangraba continuamente, y una herida horrible, que no tenía remedio, iba a llevárselo en cuanto se le acabara la sangre. Los Leones no entendían nada de cirugía, no sabían qué hacer para contenerle la hemorragia, y atónitos veían cómo los ojos de Becerrillo los recorrían lentamente pidiéndoles la muerte, una muerte rápida que se anticipara a la que de todos modos habría de venir en medio de la terrible agonía del que comprende su fin sin desearlo.

Los cinco espectadores mudos cambiaron unas miradas; habría que matarlo para que no sufriera más. Pero ¿quién de ellos? Las miradas de cuatro convergieron hacia Tiburcio, el mayor de todos. Nadie le dijo una palabra, pero el viejo comprendió, y también Miguel Ángel. Aquél se acercó lentamente al herido, y poniéndole una mano en el hombro, sollozó:

—Becerrillo...

Miguel Ángel le dirigió una mirada, una intensa mirada de tristeza, de gratitud, de despedida, y luego, bajando la diestra, que intentaba sin resultados contener la hemorragia, se desdobló su

cinturón bordado, cargado de cartuchos impacientes por estallar, pesado con la pistola que apenas pudo él colocar de nuevo en su funda después de hacerla escupir todo el plomo que tenía dentro. Y con su mano empapada en sangre que manchaba los bordados primorosos, se la tendió a Tiburcio, haciéndole ademán de que la conservara; un rugido espantoso salió de su boca mutilada, esparciendo cuajarones de sangre.

El viejo comenzó a derramar pesadas lágrimas que le caían sobre su desordenado bigote gris.

A lo lejos, el ruido de las ametralladoras decrecía, se hacía intermitente, y sobre el canal pasaban de cuando en cuando algunas granadas de cañón, agitando el aire con la cauda de sus ronquidos. Comenzó a soplar el viento desbordándose de la lejana serranía oscura, tras la que el sol se escondía lanzando en rojo sus últimas miradas; se agitaron las copas de los álamos, los tilos y los fresnos que se mecían al borde del zanjón, y en el azul celeste, inmaculado y sereno, las garzas pasaron muy alto volando en línea de tiradores. Llegaron fatigados y lentos, casi arrastrándose, lejanos silbidos de locomotora, y a poco rato comenzó a desprenderse en Oriente, horizonte arriba, el luto estrellado de la noche.

### **Dinamita en la noche**

Cuando amaneció, un corto tren había dejado ya, a muchos kilómetros atrás, la extensa línea de combate de La Laguna, y avanzaba con rapidez hacia el norte, por los campos yermos del Bolsón de Mapimí. La locomotora arrastraba tan sólo un carro de caja, y ligera, corría resoplando acompasadamente contra el viento que le dispersaba en segundos su negra cabellera de humo y chispas alegres. Por la velocidad que llevaba, el tren iba balanceándose bruscamente sobre los rieles desnivelados y las ruedas producían un chirrido continuo y desesperante, al que respondía el rin... ran... rin... ran... de las paredes del carro, flojas y secas, y la trepidación de las láminas de cinc del techo, que ya comenzaba a calentarse con los rayos del sol. Al paso del convoy, los durmientes chillaban como niños que fueran quejándose.

En el vagón, los cinco villistas estaban sentados en cuclillas, con las piernas cruzadas, alrededor de un cajón largo y angosto,

pintado de negro, que parecía estuche para un violín del tamaño de un hombre. El viejo de bigote gris fumaba su grueso cigarro de hoja, prensándolo cuidadosamente entre el índice y el pulgar, y los otros cuatro desgranaban sus miradas errabundas por el llano inmenso. Un rayo de sol lamía en silencio el extremo de la caja negra y, a veces, el soplo del viento metía un golpe de humo por la puerta abierta. Tosía el viejo, y los demás interrumpían la visión del páramo para restregarse, con el dorso de la mano, los párpados hinchados y rojos.

—¿A qué hora llegaremos, Tiburcio? —preguntó uno de aquellos hombres, el que tenía cercenado, a la altura del hombro, el brazo izquierdo.

—Lueguito te digo, Espinosa —contestó el viejo entre dos chupadas de macuche— nomás diviso los picachos, y ya sé que falta una hora.

Volvieron a quedar en silencio. Los Leones de San Pablo, que habían obtenido un permiso de dos días para sepultar el cadáver de Becerrillo, dejaban a la División del Norte batiéndose encarnizadamente en todo el frente de La Laguna: Aguirre Benavides y Raúl Madero, con su Brigada Zaragoza, y después también el viejo Rosalío Hernández, con sus seiscientos hombres, peleaban en huerta por huerta, en casa por casa, la posesión de Sacramento, mientras Maclovio Herrera tomaba Ciudad Lerdo con asaltos de caballería, casi siempre flanqueados por el fuego enemigo del Cerro de la Pila; los duranguenses llegaban a pedir más municiones por haber agotado las suyas en la batalla, y el propio Pancho Villa había necesitado entrar a la carga con sus Dorados, a todo galope, para evitar la derrota de los atacantes de Gómez Palacio.

Se quedaron atrás los quince trenes tendidos en las vías múltiples de Bermejillo; y la locomotora arrastrando su carro de caja, echaba a retaguardia los kilómetros, como quien arroja un puño de tierra sobre el lomo. “¡A toda máquina, porque hay que volver mañana mismo!”. Yermo... Ceballos... Sáenz... Rellano..., desierto, desierto. Las estaciones estaban todas incendiadas, los ranchos lejanos abandonados; la guerra ha pasado por allí y no ha quedado nadie para recordarla. La vía férrea, sin balastre, se movía como un cuero de víbora, y al paso del tren el polvo se levantaba como arrastrado por un torbellino.

Toma de agua en Jiménez, donde unos cuantos revolucionarios heridos reposan con las piernas extendidas, en el pórtico de la estación, preguntando cómo va la batalla. No se mueve ni una locomotora, que todas han rodado hacia el sur, ni un hombre, pues todos los útiles se han ido a la guerra. Traquetea el telégrafo y desde el fondo de su rincón ahumado, el telegrafista, de lápiz sobre la oreja, dice, masticando un trozo de chicle en su boca abierta:

—Vía libre...

El tren avanza entre la larga pared de la casa de talleres y una fila de álamos cubiertos de polvo. Luego la llanura, y un espejismo de montañas que, alargándose, emigran hacia el sur. Tierras que se han quedado barbechadas y en las que nadie ha puesto semilla; corrales vacíos, con tierra pisoteada y majada fresca entre sus cuatro estacadas de mezquite espinoso. Chozas de un durmiente de alto y láminas oxidadas por techo; y afuera botes vacíos, rescoldos de algún vivac, osamentas de animales perdidos por la sequía, perros fantasmas... Ni un alma. La guerra, la guerra...

A veces, junto a alguna alcantarilla, rieles contorsionados por las llamas, pilas de durmientes, algún carro volcado con las ruedas al aire, y cerca, un montón de piedras con una crucecita de brazos torcidos, desiguales, que parece el esqueleto de un abandonado espantapájaros.

Por fin, el puente. Ahora hay un campamento muy extenso, de los trabajadores que están arreglando la obra de la dinamita; a mitad del río, copioso de deshielos, se levanta nuevamente sobre el rápido oleaje la pilastra que había sido destruida, y que, al desaparecer, había desgajado el enorme puente de hierro. Grandes lotes de cantera se balancean en la punta de las grúas, listos para terminar la columna con una última capa de piedra.

Allí querían los Leones dejar el cadáver de Becerrillo, en el vientre del pilar que él mismo había derribado deteniendo así a diez mil soldados enemigos. Una de las grúas dejó al lado el cubo de piedra y tomó suavemente la caja larga pintada de negro, que llevó por los aires en un preciso vuelo hasta colocarla en el centro del círculo de roca.

Tiburcio y el manco Espinosa, los dos Perea y el gordo Botello, avanzaron por el puente improvisado sobre maderos, y se colocaron frente a la pilastra, a ver bajar el ataúd. Y cada uno desbordó sus odios, diciendo los motivos porque había ido a la guerra: el antiguo



vaquero, los campesinos, el ferrocarrilero y el agricultor que vio su pobre vinata arder por órdenes de un odiado cacique.

—Becerrillo, acabaremos con los jefes políticos...

—Lucharemos hasta tener nuestras tierras.

—No trabajaremos más para los amos.

—Vengaremos a don Abraham.

—Y tiraremos al pelón Victoriano, que me mandó cortar el brazo...

Luego, la grúa colocó un témpano de cantera, cerrando la urna en que había quedado el ataúd y los cinco hombres volvieron a su carro. Los últimos ventarrones de marzo se agitaron esparciendo soplos helados de los altos picos de la sierra, y los Leones cerraron las puertas. La locomotora salió de un triángulo con la trompa hacia el sur, soplando chispas por su nariz vertical y caliente, y las ruedas fueron volteando para recoger los kilómetros que habían echado hacia atrás.

\*

Un gran duelo de artillería sostuvieron durante mañana y tarde, las baterías federales del Cerro de la Pila y las villistas colocadas al sur de la estación El Vergel. Los federales habían construido cinco pequeños fortines artillados y largas líneas de trincheras protegidas con alambre espinoso, en La Pila, que es un cerro de grandes trozos de cantera blanca, con escasa vegetación que apenas se levanta hasta las rodillas de los hombres. Todo el día los villistas estuvieron cañoneándolo, y de lejos, con los telémetros, veían grandes boquetes abiertos por las granadas en los muros de cemento de los fortines. Llegó una escolta al cuartel general, anunciando que los duranguenses se proponían entrar esa noche, costara lo que costara, a Ciudad Lerdo; y partieron las órdenes para un asalto sobre La Pila, que debería comenzar a las ocho y cuarenta y cinco de la noche. Se aprestaron las columnas, encadenando la caballada y avanzando los infantes protegidos por las primeras sombras de la noche. Llegaron de Chihuahua dos trenes de parque que se repartió, así como bombas de dinamita recién fabricadas.

Avanzaron los cinco Leones al frente de uno de los grupos de la Brigada Villa; Espinosa, que era manco, llevaba únicamente su largo morral de lona suspendido en el cuello, y pesado de bombas

de dinamita; los demás llevaban también sus 30-30 y sus grandes pistolas.

En la noche, las columnas villistas fueron reptando; se oían a lo lejos rumores de batalla, porque a la orilla del río, los rebeldes estaban asaltando Ciudad Lerdo, y los defensores, desde el cerro de Calabazas, desplegaban el abanico luminoso de sus faros, y rociaban de muerte las zonas de ataque con los botes de metralla de su artillería. También las luces y disparos de los cinco fortines de La Pila convergían hacia Lerdo, y aprovechando esta circunstancia, la Brigada Villa adelantó rápidamente, sin disparar, sin ruido de cornetas, para iniciar el fuego lo más cerca posible de las trincheras federales.

Repentinamente, el cerro se coronó de lucecillas y desbordó un oleaje de ruidos que inundaron sus laderas. Se distinguieron los toques de clarín sobre el zumbido incesante de las balas. Por un cierto golpe de luz del faro del centro, desviado momentáneamente del campo de batalla en la orilla del río, los federales se dieron cuenta del avance de la otra columna, y comenzó el fuego de los cañones de tiro rápido, las ametralladoras, y la fusilería desigual e ineficaz. Todo el cerro se había iluminado como si en él se celebrara una feria abundante de cohetes y de músicas; sobre la llanura estallaban las granadas, como estrellas que caen, y hacia esa fiesta de luz y de muerte avanzaron los villistas, disparando sus armas y con su gran estrépito de alaridos y voces violentas. Un verdadero torrente llegó hasta los flancos del cerro: dos mil cuatrocientos hombres a pecho descubierto, contra quinientos afortunados, dispuestos unos y otros a batirse hasta la muerte.

Los villistas, llegando a una distancia de metros, comenzaron a disparar sus armas y a arrojar sus bombas de dinamita, que produciendo un estallido corto y grave, se enterraban levantando columnas de polvo y trozos de cantera. Los cañones habían dejado de roncar y todo el combate iba resolviéndose a fuego de ametralladora, a disparos de fusiles, a violencias de dinamita. La resaca asaltante continuaba: se deshacía una ola abatida por el fuego enemigo en los primeros pasos de la pendiente, y venía otra, pasando sobre los cuerpos a toda carrera, para destrozarse y quedar inmóvil unos cuantos metros más adelante. Así, una onda y otra onda llegaron hasta las trincheras y las ocuparon. Los soldados fueron a refugiarse en los cinco fortines; y a través de las aspilleras iluminadas de blanca claridad, sacaban las puntas de sus fusiles para disparar; algunos de

ellos, dispuestos ya al combate cuerpo a cuerpo, habían ajustado al máuser la larga bayoneta relampagueante. Daban vueltas las luces de los faros, iluminando las caras trágicas de los asaltantes, los cuerpos destrozados, las armas esparcidas, las trincheras violadas. Y en la penumbra quedaba el oleaje interminable, que seguía subiendo...

De lejos, el cerro parecía arder..., semejaba un volcán ebrio que arrojara escupitajos de fuego. Las grandes masas de hombres avanzaban en la oscuridad, hacia los cinco fortines, de los que partían, sin parpadear nunca, las amarillas miradas de los faros.

Dos fortines cayeron, y en ellos fue a instalarse y reposar un momento un centenar de asaltantes fatigados, sudorosos y manchados de lodo sangriento. El golpe de las olas se detuvo un momento después de la media noche.

Hasta entonces, cuando los primeros asaltantes estaban ya fatigados, comenzó el ataque del ala izquierda: Aguirre, Benavides y don Rosalío Hernández habían llegado con tres horas de retraso.

En la cuesta del cerro, entre los alambrados de las trincheras y rodeando los fortines, doscientos muertos y quinientos heridos afirmaban que la pelea había sido dura. Frente a un fortín, el dedo de luz de un faro señaló por un instante el cuerpo de un hombre que, caído de espaldas, tenía el pecho atravesado por una bayoneta, y el fusil en alto se balanceaba lentamente como un abanico: era Rodrigo Perea, que, habiendo llegado iracundo y violento hasta el mismo muro del fortín, metió las manos por una aspillera cogió el fusil de uno de los defensores, pretendiendo arrancárselo; él y su enemigo forcejearon largo rato, y al quitarlo Perea de un violento tirón, se ensartó la bayoneta en mitad del pecho; cayó de espaldas, arrojando un chorro de sangre y una mirada perpendicular a las estrellas. Ésa fue su venganza por don Abraham, el hombre bueno a quien asesinó la soldadesca.

Cerca de un tercer fortín no conquistado aún, entre dos rocas que hacían un ángulo obtuso, el manco Espinosa, a quien Victoriano Huerta había mandado cortar un brazo, estaba sentado en el suelo. El fuego de una ametralladora que le disparó casi a tres metros de distancia, le había clareado ambas piernas. Fumaba un largo puro, en cuyo fuego encendía las mechas de las bombas, y con su brazo único las tiraba a rebotar en los muros del fortín rebosante de disparos, precediendo a cada una de ellas con un fuerte grito que atravesaba la sombra:

—¡Saludos al Chacal!

Explotó una bomba destrozando los bordos de una aspillera.

—¡Mueran los changos!

Otra detonación de dinamita ensanchó el boquete.

—¡Vendidos! ¡Muertos de hambre!

La violencia de una tercera granada de mano levantó una lluvia de piedras.

—¡Tengan, por los Leones de San Pablo!

La bomba subió botando por el techo de lámina del fortín y destrozó el remate, adornado con un banderín rojo y blanco. En esos momentos el asalto había cesado, y los villistas se guarecían tras los reductos conquistados, esperando la llegada de los retardados refuerzos. Sólo Espinosa, con su puro apretado entre los dientes, seguía arrojando dinamita; del fortín no se habían dado cuenta de dónde partían aquellas bombas certeras, hasta que un oficial, provisto de una lámpara eléctrica, sacando el brazo por una aspillera, comenzó a buscar.

—¡Ahí les va por Rodrigo Perea!

La bomba detonó al pie del muro, cuarteándolo y conmoviendo todo el fortín. De pronto, el rayo de luz de la linterna iluminó entre dos piedras a un medio hombre, contorsionado y sangriento, con los sudorosos cabellos pegados a la frente, manco, con las piernas torcidas hacia afuera, que con el puro en la boca y el costal de bombas colgado al cuello, encendía en la punta de su tabaco la mecha gris de una granda enorme, más grande que el puño.

—¡A él... fuego!...

—¡Por Becerrillo!...

Simultáneamente resonaron una explosión tremenda en el interior del fortín y una última descarga de fusilería. Espinosa no se movió, recargado en el ángulo de las rocas. Poco a poco, el puro se fue apagando en las quijadas apretadas para siempre.

## **Parlamento**

Inesperadamente, en todas las posiciones revolucionarias se suspendió el fuego. La larga línea de trincheras paralelas al río Nazas, los bordos de los canales donde se protegían las infanterías, y los

crestones del cerro de La Pila, ocupados ya por la artillería villista, quedaron en silencio.

Era el quinto día de combates y los defensores habían retrocedido hasta su última línea, ante la presión incesante y el fuego certero: “Me quito el sombrero ante la defensa del general Velasco”, había dicho Pancho Villa, jefe de la División del Norte, a los corresponsales de guerra cuando volvió todavía polvoroso, limpiándose el sudor de la cara con su enorme paliacate rojo, del asalto nocturno al cerro de La Pila. Con sangre de trescientos valientes, los constitucionalistas, enloquecidos, poseídos de esa fiebre de cañón que pone ante los ojos una pantalla roja, calienta la sangre e hincha las venas, habían trazado en la cuesta del cerro el poema de su gran victoria, anunciando haber adquirido la supremacía en la lucha por el dominio de La Laguna.

¿Por qué suspendían el fuego los atacantes, simultáneamente en toda la línea? Las trompetas federales fueron desenvolviendo desde los cerros a las trincheras una larga cadena de toques: “¡Alto el fuego!”. Y los soldados, abrumados por el sol de mediodía, detenido sobre sus cabezas, tuvieron tiempo para encender un cigarro y calmar su sed con humo. En unos cuantos instantes, las riberas del Nazas, que por cinco días fueron la tronera por donde escapaban todos los ruidos del infierno, quedaron en un silencio de campos sembrados y de montañas vírgenes, calma de desierto y de cementerio.

Por el camino de Gómez Palacio, a la orilla del río, apareció un grupo de seis jinetes con bandera blanca, que fue avanzando primero al paso, mientras se veía su señal de parlamento, y después al trote, hasta llegar al cauce del río, seco y pedregoso. El silencio de las carabinas federales pareció darles permiso de que avanzaran, ratificado por la curiosidad expectante de los cañones pintados de azul plomo; los parlamentarios caminaron por un sendero trazado con rodadas de carro, por donde quizá pasó horas antes la artillería federal en retirada, y se acercaron a la falda del cerro de Calabazas, del que salió un toque de clarín como una flecha vibrante.

—“¡Alto!”.

El grupo de constitucionalistas se detuvo y un hombre viejo, de desordenado bigote blanco, echó pie a tierra y se adelantó unos pasos a recibir a un oficial, quien, con pistola en mano, surgió de las trincheras, atravesó en complicado zigzag el laberinto de las cer-

cas de alambre espinoso, y al llegar a quince o veinte metros de los enviados enemigos, dio un grito:

—¿Qué quieren?

—Venimos con una comisión.

—¿Para quién?

—P' al general Velasco.

—¿Traen armas?

—Ninguna.

—Avancen de uno en uno...

Se adelantó el viejo tirando de su caballo; sus largas espuelas levantaban el polvo en volutas, como humo de cigarro, y tintineaban las hebillas de las mitazas. No traía la cruz de cartucheras colgando de sus hombros cuadrados, y la camisola manchada de sudor se doblaba en un gran pliegue sobre las caderas, libres del peso de la pistola.

—Tiénteme, si quiere.

El oficial, sin dejar la pistola, palpó la cintura del viejo, inspeccionó la montura del caballo, vio vacía la funda del rifle y flácidas las cantinas.

—¡Otro!

Pasaron los seis ante el oficial, y luego, en hilera, llegaron hasta las trincheras, atravesaron la línea de tiradores entre un murmullo de protesta, y ante el jefe del sector, un coronel lívido con la cabeza envuelta en una venda sucia, ratificaron su propósito de informar al jefe de la defensa de los deseos de quienes los enviaban.

Dejaron sus caballos, se quitaron las espuelas que colgaron de la cintura, y en medio de una escolta se internaron en la ciudad sitiada, atravesando el patio de la estación entre los trenes militares ocupados por las soldaderas, avenidas desiertas, plazoletas abandonadas, y llegaron frente al hotel San Carlos, donde la División del Norte tenía su cuartel general.

En el vestíbulo, improvisado en oficina, se detuvieron frente a un hombre de edad madura, vestido de caqui color plomo, sin una insignia en las mangas, los hombros, ni las vueltas del cuello de su guerrera. Solamente la gorra de paño azul, en cuyo frente el águila aleteaba entre dos estrellas de plata, y con una doble fila de laurel bordada en oro en toda la franja, señalaba al divisionario José Refugio Velasco. Era pequeño, de bigote entrecano, con anteojos de filo de oro que, sobre su nariz curva, daban extraños reflejos a la

mirada vivaz, de felino. Cruzado de brazos, con los talones unidos en posición de firmes, preguntó:

—¿Qué quieren?

—Somos parlamentarios. Nos manda mi general Orestes Pereyra a decirle que anoche ha tenido una buena peleada con el general Villa, que ya está cansado de que a sus tropas las metan por donde está más feo, mientras que los villistas de Chihuahua están quesque de refresco, en los trenes.

El más viejo de los rebeldes era quien hablaba, dando vueltas en sus manos costrudas a su sombrero de fieltro. Los otros cinco, dirigiendo miradas de desconfianza a la aglomeración de jefes y soldados, se habían quedado en línea un paso atrás. Velasco juntó las cejas, sonriendo incrédulo; inclinó la cabeza hacia adelante, tanto, que la mirada pasaba rozando la visera charolada del kepis.

Poco a poco, el emisario, que había comenzado titubeando, cobró aplomo.

—Los heridos villistas se los llevan pa Chihuahua; a los nuestros los dejan tirados en los campamentos. El parque es para ellos y nos mandan a un asalto con cuarenta cartuchos. Si llega un tren de comida, primero se llena la panza la División del Norte y nosotros estamos desde hace días a pinole y agua sucia.

—Eso han comido toda la vida... —interrumpió un joven oficial con insignias de Estado Mayor.

Velasco le impuso silencio con un ademán, y el rebelde viejo, aparentando no haber oído, siguió hablando:

—Se juntaron todos los jefes de Durango y acordaron decirle a usted que están dispuestos a separarse del general Villa si se les admite en Torreón y se les dan alimentos para todas las tropas. Están listos para defender la posición que se les señale.

—¿Quiénes son esos jefes de Durango y cuánta gente traen?

El enviado recitó una lista aprendida de memoria:

—Brigada Contreras, mil ochocientos hombres; Brigada Arrieta, mil quinientos hombres; Brigada Pereyra, mil doscientos hombres...

Sin variar su sonrisa, Velasco fue haciendo una suma mental.

—Gente de Zacatecas que viene con nosotros, mil setecientos hombres...

—Total, seis mil doscientos...

—Unos cuantos menos, que no podrían venir, pues están tirados panza arriba allí por Lerdo y frente a La Pila.

—Está bien; espérenme un momento.

—Queremos la respuesta luego luego.

—La tendrán...

El divisionario federal se retiró a un rincón del vestíbulo, seguido de un grupo de oficiales, y todos estuvieron cuchicheando largo rato. El rumor de las voces se confundió con el silbido de las aletas de los ventiladores, girando velozmente. Llegaban frente al hotel patrullas de caballería conduciendo prisioneros capturados en las afueras, entraban y salían ayudantes, sonaban timbres de los teléfonos que decían las novedades del frente de batalla, y por la avenida, desierta de peatones, corrían a toda velocidad los automóviles improvisados en ambulancias, con las banderolas de la Cruz Roja ondeando al viento.

Los seis emisarios se habían acercado al muro y, en posición de descanso, recargados, fumaban largos cigarros de hoja de maíz. Al primer golpe de vista, se podía dividir a los rebeldes en dos grupos: uno, de tres laguneros, chicos de cuerpo, enjutos, de rostros sumamente oscuros, tostados por el sol y angulosos, de largas orejas como asas de jarro doblegadas por el peso de los sombreros enormes, vestidos de mezclilla y una faja blanca del calzón asomando bajo los pantalones azules; miradas oblicuas, recelosas, narices anchas, aplastadas y sensuales. Y el otro grupo, de tres norteños altos, anchos de hombros, color moreno rojizo, ojos claros, pies calzados con teguas sin tacón, y las mitazas, de grandes hebillas niqueladas, hasta medio muslo, blusones de caqui y unos paliacates rojos amarrados al cuello; su par de espuelas colgadas de la cintura, y la cuarta de tiras de cuero crudo, tejidas en trenza, sujeta a la muñeca derecha.

De estos tres, uno era el viejo Tiburcio Maya, otro Máximo Perea y el tercero, de un vientre enorme que abultaba la camisola en pronunciada curva hacia el frente, Botello. Los últimos tres Leones de San Pablo.

El grupo de los militares federales se agitó y del centro salió el general Velasco, con su misma actitud de brazos cruzados y su mirada penetrante de roedor, traspasando los delgados cristales de filo de oro. Su sonrisa incrédula se había contraído, héchose burlo-



na, y con los dientes apretados fue dejando caer las palabras de su respuesta.

—La División del Nazas admite la rendición de los rebeldes disgustados con el jefe Francisco Villa, pero les previene que habrán de ser tratados como prisioneros de guerra; deberán ir llegando a nuestras posiciones en grupos de cien, que serán inmediatamente desarmados; no se les encomendará la defensa de ninguna posición; los jefes quedarán presos en este cuartel general y, terminando el sitio de la ciudad, quedarán libres bajo observación. Posteriormente, los rendidos pasarán a cubrir las bajas de los cuerpos de línea.

—Parece que es usted muy desconfiado.

—Parece, pero no soy tanto. Me obligan a poner estas condiciones las circunstancias en que se encuentra la defensa de Torreón: ante un enemigo superior en número, una defección o traición en cualquier punto de la línea de fuego sería de desastrosas consecuencias. Estamos obligados hasta adoptar una actitud enérgica con los habitantes de la ciudad... ¿Conocen ustedes este aviso de la Jefatura de Armas?

Velasco alargó a Tiburcio un papel impreso y el rebelde fue leyendo trabajosamente en voz alta:

En el remoto caso de un ataque de la fuerzas rebeldes a esta plaza, no se permitirán grupos de más de tres personas en las calles, ni que por ningún pretexto ocupe nadie las azoteas. Los infractores de estas disposiciones serán duramente castigados.

Si de alguna de las casas de esta ciudad se dispara un solo tiro, esa casa será derribada con los habitantes que en ella se encuentren.

Dado en Torreón, a 21 de marzo de 1914.—El jefe de las Armas, general Agustín Valdés.

—Esto lo denomino tener mucho miedo... —terminó Tiburcio entre dientes y doblando el impreso.

—Ahora bien —continuó Velasco—; para el caso de que se trate de un ardid de mala ley, tres de ustedes irán a llevar la respuesta al cabecilla Pereyra, a quien me resisto a dar el título de general. Se le ponen veinticuatro horas para responder; mientras tanto, se reanuda el fuego contra cualquier grupo de alzados que sea visible después del regreso de tres de los parlamentarios al sitio de donde

partieron. Los otros tres quedarán presos, y en caso de no recibirse la rendición ofrecida, se les castigará con toda energía.

—Esto es una traición. Somos embajadores y no podemos ser agarrados presos...

—No admito que alguien califique mis actos. Tengo derecho a castigar una maniobra artera.

—Puede ser que los tres que vayan no vuelvan porque no convengan las condiciones de usted y no porque se trate de un plan traicionero.

—Basta. Escoja usted mismo quiénes van y quiénes se quedan aquí.

El viejo arrojó al suelo su cigarro y lo aplastó con la punta del pie. Su voz se hizo sorda, expresión de cólera contenida por la comprometida situación en que se encontraba.

—Nuestra prisión hará que nadie se rinda. Sabrán que no podemos dejar de ser tratados como perros por ustedes... Después de todo, los Pelones son siempre iguales.

—Le prohíbo a usted que continúe alegando. Señale los tres que se van y los tres que se quedan.

—Me quedo yo solo. Yo respondo...

—He dicho tres.

—Soy el único responsable de esta comisión.

—¡Tres!

Perea avanzó un paso.

—Toribio, yo también me quedo.

El panzón Botello, sudando copiosamente, se puso del otro lado; subió el antebrazo sobre el hombro del viejo, y sin dejar de chupar su cigarro de hoja, lanzó su adhesión, como un escupitajo.

—Ya'staría de Dios... Los tres nos quedamos...

—Son prisioneros de guerra.

—Está bueno; pero fíjese que nos ha agarrado a la mala. Peleano como los hombres, no hubiéramos caído prisioneros nunca en la vida...

Los tres laguneros salieron rápidamente. A poco rato, el silencio se quebró en mil pedazos a los disparos de los fusiles y el tableteo de las ametralladoras. Todos sintieron un estremecimiento: la batalla había comenzado de nuevo. Y en rincón de la bodega, vigilados por centinelas de vista, los tres prisioneros se habían tendido a descansar

sobre unos costales vacíos y parecían dormir. Con la suavidad del aleteo de una avispa, Botello habló:

—Oye, viejo, debíamos haber dejado aquí a los prietos...

—No era justo. Nosotros tres sí sabíamos que esto era una tan-teada.

### Así eran ellos

Durmieron pesadamente, reparando el insomnio de cinco noches, en la bodega del hotel, desordenadamente ocupada con latas de aceites, barriles, cajas de vinos y sacos con semillas, recargados en las paredes como borrachos panzones que no pueden tenerse en pie. Era un sótano que recibía luz y aire por un ventanillo abierto a dos metros de alto sobre el piso, que daba a ras de la calle. Los centinelas de vista fueron retirados al anochecido y los parlamentarios villistas se acomodaron en los rincones, formándose camastros con paja y sacos vacíos.

Por la claraboya se volcaron durante la noche todos los ruidos de fuera: el acompasado chirriar de los zapatonos de los centinelas, raspando el cemento del embanquetado; los gritos de “¡Quién vive!”, sordos, monótonos, cansados; precipitaciones de automóviles, que llegaban resoplando y cantando con sus bocinas como si estuvieran alegres de haber vuelto con vida de la línea de fuego, transportando oficiales, vomitando heridos entre estertores y partiendo luego, pesados de cajas de parque, por las calles oscuras y desiertas. De lejos llegaban silbidos de locomotoras, agudos, estridentes, y el ruido de oleaje de los disparos batiendo las trincheras.

El gordo Botello se despertó el primero. Abrió en un bostezo la boca cuadrada como el ventanillo de la celda, estiró los brazos y se sobó la espalda dolorida. Subióse en un cajón vacío, apretando su vientre redondo contra el muro; pegó los carrillos a los barrotes verticales de la claraboya, y viendo las piernas de un centinela, rígidas, junto a la culata del fusil apoyada en el suelo, gritó:

—¡Epa..., chango! ¿Qué hay de nuevo por ahí ajuera?

—¡Caaaabo de cuarto! Asoma un prisionero.

—¿Qué quiere?

—Quiero saber cuándo se largan ustedes de aquí, para poder salir de este agujero...

—Saldrán dentro de poco sin necesidad de que nos vayamos.

—¡Coma alfalfa!

Arrojó un escupitajo a través de las rejas y se bajó, porque el cajón comenzaba a crujir, vencido por los ciento diez kilos, y como sus compañeros seguían durmiendo, los movió con el pie.

—Viejo, ¿ya ves cómo no cuajó el plan ranchero? Siguen los catorrazos allá ajuera y se me hace que la vamos a pasar muy torcida...

Tiburcio se sentó sobre su camastro, despezándose.

—Hasta ahorita no la vamos pasando tan peor.

—Pero ya verás cómo al mediodía, que no regresen los prietos, nos van a dar agua... Yo no sé cómo diablos se te ocurrió que nos quedáramos. No me cuadra esto de morir ansina, como perro, sin poderme defender ni echar a naiden pa delante a que me vaya enseñando el camino... Con cinco o seis changos que me echara al plato pa que se jugaran de vanguardia, palabra que me iba tranquilo...

—No es matar soldados el objeto de esta guerra, Botello. Eso es solamente una necesidad de la lucha. Son los jefes, como Huerta, a quienes debemos odiar, y no a los soldados.

—Ésas son burradas. Los soldados son los que mataron a tantos de nosotros, sin fijarse en que debían odiar nomás a Pancho Villa.

—El que se mete a esto debe estar decidido a morir.

—Pero no ansina... ¡Peleando, con la carabina en la mano, echando muchos reatazos! Ésa es muerte de hombres. Tiburcio, tú sabes que yo no me he rajado nunca, pero sí te digo que esto de venirnos a meter en el hocico de Velasco pa que nos acogote fue una señora tontería.

—Fue una orden, una comisión honrosa.

—No debían habernos mandado a nosotros, sino a esos licenciados que vienen con el general. Y ora que me acuerdo, tú debías haberle dicho al viejo Velasco que se quedaban aquí los tres laguneros, y ya nosotros andaríamos echando bala... Eres un guaje y tienes la culpa de que nos vayan a tronar a los tres en cuanto pase el mediodía.

Botello se había puesto colérico, agitaba los brazos, y amenazando con su diestra la cara de Tiburcio, le gritaba. El tercer prisionero, Máximo Perea, se había colocado a espaldas de Botello para sujetarlo en cuanto se pusiera más pesado, y el cabecilla de bigote canoso, sin levantarse del camastro, seguía hablando con voz monótona, inmovible:

—No seas tonto; si le digo a Velasco que nos mande a nosotros tres y dejamos aquí a los prietos, entonces se emperra en que era una tanteada y nos deja encerrados a todos. El modo de convencerlo de que yo estaba seguro de la sinceridad de la oferta era quedándose a responder yo solo. Si le digo “yo me voy”, nos aprieta el pescuezo a la media docena. Yo iba a escoger a dos de ellos para que se quedaran conmigo y ustedes pudieran salvarse, pero primero Máximo y luego tú se me juntaron.

—¿Pos cómo íbamos a dejarte aquí solo?

Tiburcio se puso en pie y sonriendo se adelantó hacia su ventrudo compañero, le palmoteó en el hombro y hablóle cariñosamente:

—Eres violento, gordo, pero eres todo corazón. Ya estaría de Dios si hemos de morirnos hoy los tres juntos. Y si no hubiéramos venido, a lo mejor nos hubieran matado anoche.

Se encogió de hombros en movimiento de infinito desprecio a la vida. ¡Tantos que había visto caer, valientes a toda prueba, hombres y muchachos, y hasta mujeres y niños! Benito Artalejo, los Portillos, Márquez... ¡Y los compañeros del poblacho natal, los otros tres de San Pablo...!

—Se acabaron los Leones, Tiburcio.

—Se están acabando, pero no deben morirse así como estás tú ahorita, doliéndose de la mala suerte.

—No te quejarás de mí —dijo Máximo, pasándole el brazo por la espalda.

—Ni de mí, ¡qué diablos! Después de todo, dice bien la canción que traen los de Sonora:

Una pasión me domina,  
y es la que me hizo venir...

Los tres comenzaron a cantar, cuando fueron interrumpidos por un portazo; la bodega quedó abierta y penetró un joven oficial, casi un niño, rubio y de ojos azules; la gorra de franja le quedaba enorme, metiéndosele hasta el cogote, y el cuello de la guerrera ancho. Debía ser uno de los cadetes de las escuelas militares, llevados precipitadamente a las poblaciones que amagaban los revolucionarios. Embrazaba la espada y el barboquejo de la gorra le levantaba la punta de las narices. Con voz de niño, a ratos desafinada, dio la orden:

—¡Prisioneros! Vais a ser ahorcados por orden de un Consejo de Guerra... Yo soy el encargado de cumplir la sentencia.

Botello explotó en una carcajada. Necesitó apretarse el vientre con las dos manos para que no se le desplomara. Sus risotadas hacían estremecer el bodegón, como si dentro estuvieran disparando una pieza de artillería.

—¿Usted nos va a colgar, señorita? Le va a ser difícil levantarme del suelo, si usted solita jala del mecate... Y luego no vaya a desmayarse, porque nos vamos a ver peor que Judas.

Salieron los tres prisioneros de la bodega en medio de una veintena de soldados alineados en doble fila y con los fusiles terciados. Pasaron por el vestíbulo del hotel, donde estaba el jefe de la División del Nazas, recibiendo informes y dando órdenes, y cuando les vio, levantaron la diestra en señal de despedida.

—No te durará mucho el gusto...

Salió el grupo, marchando por calles abandonadas, sobre las que, de cuando en cuando, muy arriba de las azoteas, silbaba alguna bala perdida. Oíanse estallidos como de dinamita, y a lo lejos, el fragor de la artillería y los fusiles en plena batalla.

—A la toma de agua.

Espada al brazo, marchando al estilo alemán, con las piernas rectas, el oficialito se colocó al frente de la escolta y dirigió la marcha. Los villistas prisioneros volvieron a pasar el camino por donde habían llegado, porque las órdenes del general en jefe eran que se les ahorcara frente al sitio en que se presentaron, ocultando bajo la bandera blanca la perfidia de una traicionera oferta de rendición. Conforme se acercaban a la línea de fuego, crecía el ruido del combate; los federales habían quedado reducidos a su última línea de trincheras, recargándose casi en los muros de las primeras casas de la ciudad. Y las bombas de la artillería rebelde pasaban con su cauda de ronquidos sobre las líneas e iban a estallar en las casas, aterrorizando a los no combatientes. En una casucha de gente pobre cayó una granada, en los momentos en que la familia tomaba el desayuno, y todos quedaron destrozados. Comenzaron a caer en la ancha calle por donde avanzaba el grupo, pero el oficial seguía imperturbable, marchando a pasó de ganso. Pasaron sobre las vías del ferrocarril, hicieron una amplia curva en las faldas de un cerro coronado de fusiles tronantes, y dejaron atrás los alambrados.

—Permítame, mi teniente —aventuró el sargento—; vamos a quedar bajo el fuego del enemigo.

—No importa. Tengo órdenes de que la ejecución sea lo más cerca posible del sitio en que los prisioneros se presentaron, para que la vean quienes los enviaron.

—Nos van a caer...

—¿Tiene miedo?

Esta pregunta, en los labios finos del muchacho, desconcertó a todos, que le creían un valor de acuerdo con su aspecto. El mismo Botello, descubriéndose, hizo una caravana ridícula, tratando de inclinarse hasta tocar el suelo con el sombrero, pero su vientre le impidió llegar a ponerse en ángulo recto.

—Iremos hasta donde usted nos lleve, señorita...

—Será usted el primero en sufrir la muerte.

—Tanto honor me confunde...

Llegaron a un macizo de sabinos situado a la orilla del río. Las balas habían podado los árboles y el suelo estaba cubierto de hojas y ramas arrancadas. Desde allí eran visibles las líneas de los enemigos, de donde partía un fuego incesante. Los soldados, nerviosos, pusieron sus armas en el suelo y prepararon las cuerdas para la ejecución; uno de ellos trepó como chango a la copa de un sabino y puso la sogá en la mejor horqueta que encontró en el ramaje, dejando colgada la lazada abierta, pero muy alta para el cuello de un hombre.

—Bájala tantito, pero de prisa. Ya nos vieron y parece que nos están balaceando.

El soldado no contestó; se había quedado horcajadado sobre la rama, con las piernas y brazos colgando. Gotas de un líquido oscuro y caliente se estrellaron en la tierra blanca. Cayeron algunas ramas arrancadas por las balas y la sogá seguía balanceándose; con una carabina la jalaban y metieron la cabeza de Botello en la lazada.

Cuatro soldados comenzaron a tirar del extremo, y repentinamente el villista se levantó del suelo, crujió la rama y se vino abajo con carga. El hombre quedó con las rodillas en tierra y los brazos en alto prendidos de la sogá, y la cara abotargada, los ojos desorbitados y la boca abierta, morado, los cabellos pegados a la frente con un sudor frío.

—Otro que suba a poner la reata, inmediatamente.

No quitaron a Botello la lazada.

Entonces, mientras un segundo soldado trepaba por el tronco del sabino, estalló en lo alto una granada. Los balines llovieron sobre la ladera, a pocos metros del grupo.

—Tiburcio, nos están cañoneando.

El cabecilla se quedó por un momento perplejo. ¡Cómo podía ser que los mismos villistas los estuvieran cañoneando! Un segundo estallido, más cercano y más bajo, confirmó la versión de Máximo Perea.

Con la cara aún amoratada, Botello gritó:

—¡Que nos dejen tranquilos, Tiburcio!

El viejo comenzó a exaltarse. Era espantoso que sus mismos compañeros fueran a cazarlos. Se adelantó unos pasos hacia la lejana línea villista, moviendo los brazos en ancho círculo, y con el sombrero en una mano. Gritaba, como si fueran a oírle en medio del fragor de la batalla.

—¡No tiren! ¡Ustedes no tiren! ¡No queremos que nos maten nuestros propios cañones!

Iba y venía por la orilla del río, haciendo extrañas señales para que suspendieran el fuego. Se le ocurrió sacar un pañuelo, pero era colorado. Gritaba como un loco, poniéndose las manos a los lados de la boca, y su cara enrojecía con el esfuerzo del alarido.

—¡No tiren! ¡No queremos que sean ustedes quienes nos maten!

Se quitó la camisola de caqui, empapada en sudor, y empapado el torso, agitó la tela al viento desatado, como la pelea.

Otra granada pasó roncando sordamente, yendo a estallar al contacto de las rocas de la ladera. Y por el cauce del río, una columna de caballería, a todo galope, avanzó hacia los sabinos.

—¡No tiren! ¡Nooo tiiireen...!

La voz de Tiburcio se perdía en la tormenta de los disparos. El teniente, aparentando no darse cuenta de que se les cañoneaba y con una sangre fría que sorprendió a todos, tomó a Botello de un brazo, conminándolo a que se pusiera en pie, y dio órdenes para izarlo de nuevo.

Un sordo temblor se fue aproximando y luego se oyó una detonación espantosa. El sabino fue arrancado de cuajo por la fuerza de la bomba, y todos los hombres, soldados y prisioneros, fueron derribados por la presión del aire. Varios se levantaron mientras se disipaba el polvo; Botello quedó herido por un casco que le había cortado la mejilla como navaja de rasurar; dos o tres soldados, des-



trozados, y el oficial, con la guerrera desgarrada, sin gorra, libres al viento sus cabellos, quedó de rodillas, con los brazos abiertos en cruz y su cara lívida volteando hacia el cielo.

Instantes después, la caballería villista pasó por allí como una tormenta. Los dragones atravesaron con sus sables a los soldados, aplastaron al oficial con las patas de los caballos y pasaron de frente, a contener sus animales jadeantes en la primera ondulación de la falda del cerro. Tiburcio y Perea fueron a levantar a Botello, que se quitaba del pescuezo la cuerda que estuvo a punto de estrangularlo.

Y un muchachón de estrella de plata brillando en mitad del sombrero texano, acercándose a caballo al grupo de los tres prisioneros libertados, les habló alegre y satisfecho de haber llegado hasta ellos un minuto antes que la muerte:

—Vimos que los iban a colgar y echamos carrera... Me alegro de haber llegado a tiempo para salvarlos.

Tiburcio le miró con una profunda mirada. Su boca tenía un gesto duro de desprecio, la voz temblaba de cólera y el puño se elevó amenazante:

—Debías haberte quedado donde estabas, baboso, y seguir comiendo zacate... Nosotros preferimos que nos hubieran ahorcado, y no deberle la vida a nadie...

### **El círculo de la muerte**

Las tropas de Pancho Villa ocuparon Torreón, abandonado por el general Velasco, y mientras unas brigadas de la División del Norte partían hacia el combate de San Pedro de las Colonias, los oficiales de la Brigada Villa, entre los que se encontraban Tiburcio y sus compañeros, se dedicaron a descansar y a divertirse, olvidándose de los trágicos días de la lucha.

En un cuarto de lujo en el mismo hotel donde estuvieron prisioneros, agobiados por el bochorno de abril, Tiburcio dormitaba y Botello roncaba en todos los tonos, como si su barriga enorme fuera una gaita. A media tarde, agitado y sudoroso, llegó Máximo Perea, despertando inmediatamente a sus camaradas y hablándoles con palabras que se le atropellaban al salirle de la boca.

—¡Epa, Tiburcio! ¿Ya supistes d'eso del círculo de la muerte?

—Ni jota.

—¿Y tú, tripón?

—Menos.

—Pos ahí verán lo que es bueno... —se sentó a la orilla de la cama en que el viejo había dormido la siesta, puso el sombrero en el suelo, y se limpió el sudor de la frente con la manga de la camisola—. A poquito de que volvimos de Ojinaga, después de pegarle a Mercado y a Pascual Orozco, una noche, en aquel restaurante de Chihuahua que le denominaban Delmónico, se juntaron a cenar un montón de muchachos: estaban Encarnación Martínez, Uribe, Luis Salazar y quién sabe qué otros, ya muy pasados de copas, cuando uno, al que le decían *el Tísico*, porque tenía la cara amarilla como una calandria y estaba siempre tosiendo, se fijó quesque eran trece los que estaban cenando, y se puso muy triste, diciendo que aquello era de mala suerte, y que uno de los que estaban ahí tenía que morirse antes de que pasara mucho tiempo; lo tiraron a loco y siguieron emborrachándose, pero el Tísico no quiso ya beber y quesque se iba a levantar de la mesa, pero Encarnación no lo dejó y agarrándolo de un brazo lo volvió a sentar. “Aquí naiden se raja —dijo—, y si alguno ha de morirse, pues luego es tarde”. Todos creyeron que le iba a meter un plomazo, pero dijo: “Tanta culpa tiene él como nosotros de ser trece, ansina que vamos a ver quién es el de la mala suerte...”.

Tiburcio y el panzón Botello se habían incorporado a medias en sus camas y seguían con interés el relato de su compañero, que ese día había estado comiendo con otros oficiales de la división. Perea se quitó la cartuchera de la pistola, la colgó a la cabecera de su catre, y siguió hablando:

—¿Qué creen que hizo? Pos llamó al criado que les daba la cena y le dijo: “Ponte listo p’apagar la luz cuando yo te diga”, y quesque saca la pistola y la amartilla; naiden se movió, y Encarnación les dijo: “El que tenga más miedo va a ser el que reciba el plomazo”. Le hizo una seña al criado para que apagara, y a oscuras aventó la pistola p’arriba y vóytelas que al caer sobre la mesa se sale el tiro... “Ora sí, prende la luz”, dijo Encarnación, y entonces vieron quién era el que tenía la mala suerte...

—El Tísico.

—Seguro que sí. La pistola se había quedado en la mesa, muy lejos de la mano de Encarnación, y apuntando pa donde estaba el muchacho con un agujero debajo de las narices... Nomás se recargó

en la silla y volteó para todos lados. “Ya ven —dijo Encarnación— aquí no es cuestión de suerte, sino que el que tiene más miedo es el que pela gallo. Y para ver quiénes son los miedosos, de hoy en adelante, cada semana nos juntamos trece y echamos una pistola p’arriba... Los gallinas se pelarán y nos iremos quedando nomás los hombres”.

—Eso es una babosada —dijo Tiburcio—; las balas no escogen a nadie. Yo le apunto a uno y aunque sea muy valiente, le rajo la maceta...

—Pero ahí no apuntan a ninguno... La pistola solita se voltea para donde está el que se amieda...

—¿Y si en lugar de aventar la pistola p’arriba, le apuntan a uno en lo oscuro? —Botello desconfiaba.

—Eso no, porque el que la tira la tiene agarrada del cañón cuando apagan la luz, y se oye bien cuando cai a la mesa o al suelo.

—Yo no me fiaba mucho de esa gente...

—Bueno, Máximo, ¿y a qué viene eso?

—Pos ora verás, Tiburcio: quesque tienen que ser siempre trece los que se junten; cenan muy bien, se emborrachan, y cuando ya están todos bien gises, es cuando avientan la pistola p’arriba. Si uno se pela, pos al otro sábado llevan algún amigo que se las dé de hombre. Ya verás: la última borrachera la hicieron en Jiménez, en la casa de aquella vieja que está frente a la estación; hubo un muerto, y entonces todos dijeron que no se hacía otra hasta que entráramos en Torreón, quesque porque se estaba desperdiciando gente que podía hacer falta. Ora que estamos aquí se quiere hacer otra junta, pero resulta que en un ataque murieron Benito y *el Oso* Estrada, y no son más que diez los que quedan en la bolita.

—Faltan tres...

—Cabales. Y orita que comimos con Encarnación me dijo que era bueno calarnos, a ver si de deveras éramos lionses o qué clase de gatos peludos, que, al fin, qué más nos daba, ya que apenas el domingo nos escapamos de que nos colgaran.

—Yo no voy... Soy muy panzón y es más fácil que un tiro me toque a mí que a dos flacos...

—Pos mira, Botello, y tú, Tiburcio: ya se hizo el cuento grande, y a toditos les dijeron que éramos nosotros tres los que íbamos a entrar hoy en la noche a su mentado círculo de la muerte, y la verdá

que si no vamos, nos van a ver caras de rajones. Si ustedes no van, yo sí, porque ya di mi palabra de hombre.

—Sí, vamos, Máximo, y lo mismo iríamos si en lugar de ser uno el que muriera, fueran doce y solamente uno saliera andando en sus patas, pero te diré que ése es el juego más tonto que hay. Estaría bueno rifar a quién va y quita una ametralladora, o se trae un prisionero lazado a cabeza de silla, o alguna otra cosa que sirva a la causa; pero eso de matarse nomás así, por borrachera, no es de valientes, sino de locos. Ya te digo, vamos una vez y vamos diez, pero si a mí me tocara, te repito que soy tan hombre como cualquiera de los que se queden en pie...

—A ti no puede tocarte, viejo Tiburcio, porque de deveras que eres muy bragado.

—Yo también voy, últimadamente, y ojalá que me toque para que vean cómo se muere uno de San Pablo. Soy capaz de apostar a que a mí me toca, porque me da la corazonada que de Torreón no salgo...

—Cómo serás animal, Botello; ni hay mala suerte ni quieren decir nada las corazonadas. Nadie sabe cuándo le toca y tampoco tiene remedio cuando le llega su hora.

—Es cierto, viejo. Yo me pienso a veces que tú vas a vernos morir a todos los de San Pablo, y entodavía vas a quedarte para contarlos.

—Entonces, ¿vamos a la noche?

—¡Quién dijo miedo!

—Seguro que sí vamos.

Al anochecido los tres salieron del hotel. Portaban vestidos nuevos, de gabardina color olivo, zapatos amarillos de una pieza, como los de los oficiales federales, y en la peluquería les habían retorcido los bigotes, les atusaron las melenas y los echaron a la calle oliendo a jazmín. Todos traían su estrella de plata en el sombrero y toquillas de cerda blanca y negra. Para ir al lugar de la cita, que era una casa por el rumbo de la Alameda, donde se había hospedado Encarnación Martínez, ocuparon un cochecillo desvencijado que arrastraban dos caballos desiguales, y llegaron cuando ya todos los otros estaban presentes, bebiendo cerveza al pico de la botella.

El anfitrión se levantó para recibir a los recién llegados, tendiéndoles su mano gorda y sudorosa. Era un hombre de treinta y dos años, de cabeza chica para su cuerpo ancho, frente angosta coronada por una cabellera rebelde que necesitaba plastas de vaselina

para mantener recta la raya abierta del lado izquierdo. Sus narices, pequeñas y aplastadas, y el bigotillo retorcido que se alzaba de su labio superior, angosto y remangado, le daban un aspecto de animal desconfiado y maligno; las cejas pobladas, muy altas sobre los ojos, rozaban casi el mechón de pelo cerdoso que se le caía sobre la frente al menor movimiento. Había sido herido en los últimos combates y estaba aún pálido. Parecía que la guerrera de caqui le quedaba grande, y en las bolsas de amplio pliegue, a los lados del pecho, dos relojes unidos por una gruesa cadena de oro dibujaban sus circunferencias bajo la tela.

—Pasen a su casa, compañeros, y todos tenemos mucho gusto. Nos honramos con tres valientes más. Siéntense y éntrenle a la cerveza.

Les pasaron unas botellas, abiertas con martillo de una pistola “S. & W.”, de las que tienen una especie de uña al extremo. Había algunos medio borrachos, que comenzaron a alborotar cuando los tres últimos llegaron.

—Ora, tú, viejo; ¿qué dices de nuestra bolita...?

—Habla, Tiburcio...

—¡Que hable, que hable!

El viejo apuró dos tragos a boca de botella y atusándose el bigote entrecano dijo:

—Creo que los hombres que son valientes vienen así desde que los echan al mundo: ni los cobardes se pueden volver valientes por más que quieran, ni los valientes se amiedan aunque la vean perdida. A nadie se le puede enseñar a valiente, pero si dice que lo es, hay que probarlo. Por eso vine yo aquí, a ver si no le tiemblan las corvas a alguno; una cosa es andar en cantinas y por ahí echando habladas, y otra arriesgarse a que le venga un plomazo de la oscuridad, sin tener a nadie a quien echarle la culpa. Pero también vengo a sostener una cosa, que no es cierto que a quien le toque la bala habrá que señalarlo como cobarde: miedoso es el que tiembla y no el que cae. Nosotros somos tres, ustedes diez; luego es más fácil que salga mal uno de ustedes que cualquiera de nosotros, y yo quiero decirles que no hemos de pensar que es cobarde el que salga herido o muerto, aun cuando sea de ustedes. Y si a cualquiera de nosotros le toca, los otros dos vienen a sostener que no ha sido porque aquél se amiedara...

—¡Párale ahí, Tiburcio! Todo ha sido un error de interpretación: hay que convencerse de que en la división no hay cobardes, y esto que hacemos aquí es nada más para templar los nervios, y que cada quién piense que su vida se le puede ir en cualquier rato, y así, esté dispuesto a hacerse matar cuando sea necesario. No será escuela de valientes, si tú quieres, pero el que dé buena cala aquí, sirve para cualquier cosa. Ya ves cómo pelearon Benito y *el Oso* Estrada.

—Y tú también, Encarnación: eres muy macizo.

—¡Bah...! Aquí todos somos iguales; tomen más cerveza...

Así pasaron las horas hasta la media noche. Casi todos estaban borrachos y armaban un mitote terrible: cantaban, rompían botellas en el suelo, platicaban a gritos sus hazañas, y luego, a coro, comenzaron a gritar:

—¡Ya es hora..., ya es hora!

Retiraron la mesa a un rincón, cada uno llevó su silla, y formaron un ancho círculo en mitad de la pieza, sentándose tan unidos, que no había entre ellos hueco por donde pudiera pasar una bala.

Encarnación sacó su pistola y la amartilló:

—¿Eres tú siempre el que la avienta p'arriba?

Martínez miró fijamente a Botello.

—¿Qué te estás pensando, tripón?

—¿Yo? Nada. Solamente pienso que es más difícil que le toque el tiro al que avienta la pistola.

—Échala tú, pues.

—Entonces para mí sería la ventaja, y no la quiero.

—Que la aviente el viejo...

—¡Sí..., sí...!

—Dácala, pues, yo la aventaré.

—Aguarda tantito, que apaguen la luz.

—¿Listos?

—¡Venga el golpe!

Un asistente cortó la corriente eléctrica y la pieza quedó a oscuras; se oía la respiración inquieta de aquellos trece hombres que estaban esperando para uno de ellos el llamado de la muerte. Se enlazaron los brazos, inclinándose hacia el centro del círculo.

—¡Ora, Tiburcio, arriba el cuete!

Se oyó la caída de un objeto pesado sobre los ladrillos del pavimento, seguida inmediatamente por una detonación; la lucecilla del disparo apareció exactamente en el centro del grupo.

—¡La luz!... ¡La luz!...

Alguno, impaciente, encendió un cerillo segundos antes de que el foco eléctrico iluminara nuevamente la estancia. Y se vio a doce, de pie, buscando ansiosamente al tocado por la bala. Botello se había quedado en su asiento con las manos apretadas sobre el vientre, e inclinado para delante.

—Panzón, ¿qué te pasa?

—Les dije que era más fácil..., más fácil que me tocara a mí que a dos flacos...

—¿Dónde te ha dado?

—Aquí, en la barriga...

Dos o tres de los que estaban más borrachos no quedaron conformes.

—¡Un muerto..., que haya un muerto!

El herido levantó la cabeza hacia Tiburcio, que le palmoteaba cariñosamente en la espalda, y hacia Perea, que le veía con los ojos espantados y la boca abierta.

—Oye, viejo; ¿verdad que es pura papa que le toca siempre al que sea miedoso? Tú, que me conoces, diles...

—Claro que no, gordito. Tú eres más valiente que muchos y no es la primera ocasión que miras la muerte de cerca. Y todavía vas a dar mucha guerra, porque ese agujero se te cierra dos semanas...

Botello estaba lívido y sentía dolores horribles en el vientre, porque la bala de plomo le había desgarrado los intestinos; a través de sus dedos boludos, apretados sobre la barriga descomunal, manaba la sangre.

—¡Otra vez..., otra vez..., que haya un muerto!

—Ahí nomás; párense tantito que con uno basta. Y para que no duden de lo que dice el viejo de mí, fíjense cómo se muere uno de San Pablo.

Botello echó mano a la pistola, y antes de que alguno pudiera evitarlo, se apoyó el cañón en la sien derecha y jaló el gatillo.

—Ora sí que fue al revés —dijo solemnemente el viejo Tiburcio, colocando la diestra sobre el mango de su pistola—. El más valiente fue la víctima, y si alguno se ofende por esto que digo, que me lo reclame luego, luego...

## Una hoguera

Los trenes reptaban lentamente hacia el sur, pletóricos de soldados y de caballos, de cañones y ametralladores, de impedimenta de todas clases; había carros pintados de blanco con grandes cruces rojas que parecían llagas abiertas en sus costados y en los que se comprimían las camillas, cajas con medicinas, algodones, frascos de yodo y vendas, y los enfermeros de largas túnicas blancas; otros en que grandes estufas soplan todo el día entre montones de papa y sacos de maíz; vagones sellados en que se acomodaban centenares de cajas de parque; carros pagadores que llevaban los cofres hinchados de papel moneda que nadie quiere y todos aceptan; coches de los jefes y los Estados Mayores, bien provistos de alimentos y de vinos, y otros más para los telegrafistas, la proveeduría... Parecía que una ciudad entera se hubiera puesto en marcha. Los trenes no eran suficientes para contener en su vientre tantos hombres, y miles de éstos habían trepado a los techos, improvisando con sus cobijas y ramajes multicolores tiendas de campaña.

Eran doce o quince los trenes que se arrastraban de Torreón hacia Zacatecas, donde los federales de Medina Barrón iban a intentar detener el avance de la División del Norte, victoriosa en Torreón y San Pedro de las Colonias. En el horizonte veíanse las humaredas de las locomotoras, que eran como chorros de tinta arrojados a las nubes que el viento amontonaba, semejantes a un gran rebaño de borregas negras, y que pronto se desharían, como la vispera, en gruesos chorros de agua.

¿Quién diablos entiende este clima de junio? Al salir de Torreón era el calor agobiante, el polvo penetraba bajo las ropas y se pegaba en las carnes, amasando los cabellos e irritando los ojos; el sudor copioso corría el día entero; la fatiga, la molestia del sol que reverbera en cada piedra y el olor a carne humana, a sudor, a cuero mojado, desparramándose por los carros en oleajes tibios y espesos. Los soldados vivían medio desnudos en los techos de los vagones, donde la lámina parecía tener fuego por debajo. Y al día siguiente, después de atravesar los sedientos arenales de Picardías, en los que serpentea el cauce de un río sin agua, se acercaron los vientos formando nubarrones en unos cuantos minutos, y repentinamente, dejaron caer unas gotas enormes, como pesos de plata. Los soldados se meten bajo sus cobertizos improvisados sobre los techos de



los carros, pero todo lo atraviesan aquellas gotas: ramajes y telas. A poco rato de llover, las ropas de los soldados chorrean agua, como si las hubieran sacado de una laguna; los zapatos están correosos como escamas; las armas, húmedas, y el cinc de los techos, resbaladizo. Luego, siguen las nubes su carrera hacia las montañas del Este, pasan y desaparecen, y el viento levanta polvo y más polvo que cubre todo con su costra cenicienta. Parece que los hombres y las armas han sido embardunados de barro.

Al volver la noche, los trenes se detuvieron y miles de soldados se precipitaron hacia tierra, a tenderse en la suave arena, a encender fogatas y calentar el café en grandes botes de lata. Todos abandonaron los carros, dispersándose, menos dos hombres que están solos en un vagón de caja.

En un rincón, sobre un camastro de ramas y hojas cubierto con un cobertor rojo, Perea está acostado. Frente a él, sentado a distancia en cajón de parque, el viejo Tiburcio le mira en silencio; de cuando en cuando se le acerca, toma un puñado de algodón y le limpia cuidadosamente la cara, quitándole un pus verduzco que le mana de centenares de vejigas que se le abren en la piel lívida.

—¿Te sientes bien, Máximo?

Un quejido era la única respuesta. Perea ardía en calentura, repentinamente atacado de corrosiva viruela, en plena marcha, lejos de los carros del servicio sanitario, en que había todo lo bueno para curar una herida, mas no para combatir una epidemia, y de donde no pudieron enviar sino unos rollos de algodón y una botella de líquido desinfectante.

Ante el enfermo, el viejo Tiburcio se encorvaba, mirándolo fijamente, como si quisiera contar los puntos purulentos y saber si eran menos o más; dos días y dos noches había pasado cuidándolo, solos en el carro que los demás soldados abandonaron por miedo al contagio. Desde lejos se sabía cuál era el vagón en que la peste se había declarado, porque hasta el techo estaba desierto; sólo unos cuantos audaces habían permanecido en él, durante las primeras horas de la enfermedad de Perea, hasta que vino la orden de aislarlo. Durante los altos y en las noches que la cadena de trenes se detenía, en torno del vagón 7121 se hacía un círculo de vacío y de silencio.

Y esa vez que los ejércitos en marcha habían hecho alto ante Colorada, a la hora del crepúsculo rojizo, un grupo se dirigió al carro en cuarentena, deteniéndose a muchos metros de las puertas

abiertas de par en par; de lejos, los gritos llamaron al mayor de los bigotes canos:

—¡Tiburcio..., Tiburcio!

El viejo asomó llenando el marco de la puerta con su alta silueta.

—Baja...

De un salto quedó en tierra y se acercó al grupo, haciendo el saludo militar al reconocer a Tomás Urbina, el general que mientras llegaba Francisco Villa, detenido en Torreón momentáneamente, por la tirantez de sus relaciones con el Primer Jefe, dirigía las operaciones contra Zacatecas.

—A la orden, mi general.

—Me dicen los doctores que ahí tienes un enfermo.

—Sí, señor; es Máximo Perea.

—¿Viruelas?

—Creo que son viruelas.

Urbina movió la cabeza de un lado a otro, visiblemente contrariado. Era el jefe duranguense un tipo de mestizo, de facciones regulares y un abundoso bigote que le cubría la boca; había logrado fama de cruel y digno compadre de Pancho Villa, de quien había sido único compañero en pasados años dedicados al abigeato. Tenía brazos y manos entorpecidos por una extraña enfermedad, sin duda principio de parálisis, atribuida por sus enemigos al hecho de haberse atrevido a tomar, durante el saqueo de las iglesias de Durango, algunos vasos destinados a las más sagradas ceremonias del culto, de los que extrajo el contenido con sus propios dedos musculosos, ávido ante el oro y las gemas de cálices y copones. Sus orejas, rojas y deformes, parecían dos crestas de gallo pegadas a la gran cabeza redonda, y en su cuerpo robusto alentaba un alma felina y despiadada. Esa noche vestía un traje amarillo y una camisa blanca de cuello muy bajo, rodeando su pescuezo voluminoso y apoplético, y aparecía rodeado por dos doctores de su Brigada Morelos y un grupo numeroso de sus oficiales.

—¿Y qué vas a hacer con él?

—Esperar a que se cure.

Dicen éstos que es una enfermedad larga y muy pegajosa.

—En efecto, señor —terció un individuo vestido de paisano, con grandes anteojos sobre la nariz chata—, la viruela puede invadir el ejército, favorecida por la falta de elementos con que combatirla,

el calor exagerado, el agua contaminada... Yo creo que, de seguir aquí el paciente, pueden darse muchos otros casos...

—Bueno, bueno, ya está entendido todo eso —interrumpió Tiburcio—, ¿y qué quiere usted que se haga? ¿Vamos a dejar a Perea en mitad del llano, tirado como un perro? ¿No es un hombre como nosotros? ¿No es uno de los mejores oficiales de la división?

—Cálmate, Tiburcio... El doctor nada más señala el peligro de que se les peguen las viruelas a los otros muchachos.

—¿Por qué no lo curamos?

—Tenemos elementos de hospital de sangre, pero no para combatir esas enfermedades.

—No hay remedio para él, Tiburcio, y ahorita mismo vamos a tomar una medida...

El viejo se quedó mirando a Urbina con una expresión de impaciencia. La noche se había extendido sobre la llanura y los trenes quedaron prisioneros de la penumbra, débilmente iluminados por las fogatas de los vivaques, que formaban una sucesión de hogueras paralela a la línea férrea, y en las que crepitan las contorsionadas ramas de los mezquites.

El jefe, meditando, se pasaba la mano por la mejilla mal afeitada; luego se frotaba la nuca como si creyera así ayudar a su cerebro para encontrar una solución a tan serio conflicto. Se abrochó la cazadora, volvió a desabotonarla y metió los pulgares en el cinturón de la pistola. Y todos presentían de él una cruel orden.

—¿Dicen que hay peligro de que a todos les den las viruelas?

—Indudablemente, mi general, pues el mal es de tal manera infeccioso que...

Con un ademán de su brazo torpe, Urbina indicó silencio. A la misma hora, las trompetas entonaban la retreta lánguida, ordenando a las tropas el descanso. En torno del carro donde Máximo Perea deliraba había un círculo de silencio y de sombra. Tiburcio, arrastrando los pies, se encaminó hacia uno de los médicos.

—¿No tiene remedio?

—Con los elementos que tenemos aquí no hay esperanza.

El viejo se oprimió la frente con la diestra, sosteniendo una intensa batalla interior, titubeó un momento y dirigiéndose a Urbina en tono decidido, habló:

—General, comprendo que estamos en situación muy difícil... En plena campaña no es lo mismo que en cualquier otra parte. Us-

ted es el jefe por órdenes de mi general Villa; disponga, pues, lo que debe hacerse, que seré yo mismo quien lo cumpla.

—Pues ya ve usted lo que dijo el doctor: Perea no tiene remedio. Lo mejor que podemos hacer es evitar que otro se enferme. Todo debe desaparecer, su ropa, sus cobijas, sus armas...

—¿Desaparecer? No entiendo...

—El general indica la solución acertada: es necesario la cremación del cuerpo y de todos sus objetos.

Tiburcio no entendió.

—¿Qué dice?

—Hay que incinerar el cuerpo.

—¡Quemarlo, hombre, quemarlo!

—¿Así como está? ¿Vivo?

—En estos momentos debe estar insensible, porque las altas temperaturas...

—Pero ¿quemarlo vivo? ¿Qué, se han vuelto ustedes locos? —su carne se puso de color de tierra; agitó los brazos, como si quisiera disipar aquellas frases que aún escuchaba distintamente. De vez en cuando, el fogón de un vivac cercano le iluminaba la cara; su bigote blanco parecía de cristal, y sus ojos brillaban como carbones encendidos—. ¿Éste es el premio a un soldado de la Revolución? ¿Es éste un ejército de hombres o una tropa de perros? —llegó a levantar la mano con el puño cerrado haciendo vibrar la más terrible de las amenazas. Entonces Urbina se paró frente a él, convertido en amo de hombres.

—¡No se me discute! La vida de un hombre, quienquiera que sea, no vale nada si se salva el peligro de una epidemia. ¿No ves que a todos les va a entrar el miedo? Sobre todo, aquí mando yo, y si tú te me opones, me vienes muy flojo. ¿Oíste? ¿Qué te estás creyendo, que porque el compadre Villa te tolera que le hables de tú a tú, todos vamos a hacer lo mismo? Aquí no hay más pantalones que los míos y por ellos me paso a media humanidad... Así es que véle jalando... ¡Vaya! ¡Cuádrese y obedezca la orden!

Tiburcio juntó los pies, se irguió y llevó la mano a la frente. Tenía las quijadas trabadas como si no quisiera dejar salir una maldición o un sollozo; mirando al suelo, respiraba con las aletas de la nariz abiertas y palpitantes. Bajó la mano y apretó los puños hasta encajarse las uñas en su propia carne. Temblaba y gruñía como un endemoniado.

—¡Orita mismo me vas quemando a ese cacarizo! Con todos sus trapos y su cobija y cuanto haya ahí dentro... La lástima es que no podamos quemarlo con todito y carro, para que el tren quedara de una vez desinfectado. Y si no lo haces tú, cualquier otro lo hará en cinco minutos.

Urbina dio media vuelta y echó a caminar jalándose el sombrero hacia dentro con ambas manos. Le siguieron oficiales y médicos, y pronto se perdió en la sombra. Tiburcio había quedado encajado en su sitio; dos grandes lágrimas, como gotas de lluvia congeladas, se le habían detenido en los primeros cabellos de su bigote gris; se limpió la cara con el dorso de la mano y fuese hacia el vagón maldito. Dentro se oía como el hervir del agua: un ronquido sordo, continuo. Al principio, sus ojos encandilados con el brillo bermejo de las fogatas no vieron nada, mas pronto se acostumbraron y pudo distinguir a Máximo, que, sin duda, había querido levantarse en un acceso de delirio, tirado boca abajo, con los brazos en cruz, en mitad del carro.

—Pobre Perea, se me hace que se está entiesando...

Se inclinó hacia él, lo volteó, y suavemente lo fue levantando. Lo tomó como a un niño, pegando su mejilla a la cara purulenta; sus lágrimas cayeron sobre la piel agujereada y húmeda como una esponja, inclinó la cabeza y besó la frente, que apestaba a podrido. Con su espantosa carga bajó del carro y avanzó hacia la sombra. Él mismo no sabía adónde iba a llevarlo. Se acercó a una fogata y los soldados que descansaban junto a ella entonando en voz baja una tonada monótona, le vieron venir y huyeron de él como un fantasma...

“Tiene razón el viejo Urbina —pensó—; a todos les entra el miedo”.

Avanzó en las tinieblas sin rumbo fijo, a veces se le doblaban las piernas y parecía que iba a caer, pero se erguía hundiendo firmemente el pie en la tierra suelta. Sintió que el cuerpo que llevaba en sus brazos iba poniéndose rígido, y le habló en voz alta, diciéndole una conversación deshilvanada. Caminó y caminó, deteniéndose cuando vio frente a él una especie de cubo, más oscuro aún que las mismas sombras: era casucha formada con durmientes de ferrocarril enterrados de punta, y tendría dos metros por lado; un techo de ramas y hojarasca lo completaban, estando abandonado y vacío. Ahí a Perea, quien se quedó inmóvil, y volvió al carro, tomó el co-

bertor, tomó las armas, tomó rastrojo, y de la hoguera más próxima empuñó un brazo de mezquite ardiendo, que llevó en alto por la llanura, iluminando su sendero con una luz bermeja, como la sangre.

Encontró a Perea tal como lo había dejado, inmóvil, sin haber variado la posición de un solo dedo. No le veía la cara, ni intentó vérsela. ¿Estaba vivo aún? ¿Había muerto ya? No quiso averiguarlo, echó los ramajes encima del cuerpo, llenó la casucha de leña de mezquite, y con la tea recogida del vivac le prendió fuego. El humo, ligero y cálido, se fue elevando, dejando un olor a palo seco; de pronto, del montón de maderos y troncos partió una llamarada iluminando al viejo, de pie y con los brazos cruzados, descubierto e impávido. El calor se hizo sofocante y en derredor de la hoguera los lúgubres campos oscuros parecían una plancha de hierro, por la que el bochorno de la fogata se extendía en oleajes interminables: un halo amarillo circundaba aquella hoguera única, y más allá, tinieblas.

Tiburcio sintió húmedos los labios. Se palpó: todo el bigote estaba también húmedo y las mejillas. De pronto sintió como si las montañas se le hubieran echado encima y cayó de rodillas, abrió los brazos y quedó inmóvil; sólo sus labios temblaban impulsados por un fervor que parecía brotarle en el pecho.

Se levantó y con la cabeza inclinada fuese hacia su carro; se sentó en la puerta balanceando los pies en el vacío. A lo lejos distinguió un punto rojo del que partía una columnita de leve humo azul. Parecía un cigarro que humeara. De su bolsillo tomó hoja y tabaco, y fumando, fumando y viendo aquel punto de fuego debilitarse poco a poco, permaneció en la puerta del carro, meciendo los pies sueltos, hasta el amanecer.

## **El vagón 7121**

Al amanecer, la diana encontró a Tiburcio insomne. Metido en el fondo de su carro, el viejo sintió el movimiento de la tropa trepando a los trenes; crepitaba la lámina de los techos al peso de los hombres, y a gritos, los oficiales daban órdenes.

—¡Arriba, muchachos, ya se acerca lo mero bueno!

Cantos bélicos se elevaban como el humo de las locomotoras, como el temblor de las campanas y el silbido del vapor. Frente a las

puertas del carro pasaban a toda prisa los rezagados, con el fusil al hombro, trotando hacia sus carros.

Nadie subió al 7121. Era un vagón viejo, de tablas desteñidas y las duelas del piso con grandes aberturas por las que pasaban los chirridos del rodaje. De un lado varias filas de cajas de parque alineadas una sobre otras, y en otro, Tiburcio sentado en su camastro, pasándose las horas contemplando los rótulos de las cajas pintadas en rojo: “Winchester, Winchester”. Mentalmente sumaba los números 30-30 en vertical y luego en horizontal. En las paredes, algunos sacos con alimentos colgados de clavos; una carabina pendiente de un gancho, y sobre los cajones, velas a medio consumir. Había lugar para diez o doce hombres, cómodamente, pero Tiburcio no escuchó ni un solo paso en el techo, ni vio una sola cara asomar al interior por el ancho marco de las puertas. Se sintió humillado y le dio enojo: “Mugrosos...; como si fueran a vivir cien años...”. Se acercó a la puerta, recto como un quiote, y también, solitario. El tren había echado a caminar y bajo sus ruedas se quejaban los troncos de pino. Tiburcio sintió como si fuera uno de ellos y sobre sus hombros pesara un mundo; quiso gritar y permaneció mudo; quiso golpear, quebrar, destrozar y permaneció inmóvil. Ante sus ojos el yermo se desenvolvía como una enorme venda sucia.

En las curvas, vio los otros trenes compactos de hombres que gritaban y cantaban embravecidos por la proximidad de la batalla. Parecía aspirar perfume de pólvora. Sólo él, con la nariz contraída, daba la impresión de estar oliendo aires de estercolero. Toda la mañana pensando una misma idea, apretaba los dientes como si la tuviera presa entre las mandíbulas y no quisiera que se le escapase. Era como una pesadilla interminable, un rumor de bosque que no cambiaba nunca.

Llegaron los trenes a Calera, y el ejército echó pie a tierra. Los cañones, semejantes a largas grullas azulejas, rodaron arrastrados plataformas abajo, los tiros les fueron uncidos y desaparecieron a toda carrera hacia diversos puntos del valle. Pasó a caballo el general Ángeles con su sombrero color olivo arriscado del lado izquierdo, prendida el ala a la copa por una escarapela tricolor; hacia Morelos, los grupos de Saavedra, Jurado y Luévano partían a colocarse para apoyar la caballería de Trinidad Rodríguez, que iba en persecución del enemigo hacia Las Pilas y Hacienda Nueva.

Pasado el mediodía, los trenes quedaron vacíos. La infantería de Herrera fuese a acampar en Cieneguilla, mientras las de Natera, Triana, Contreras, Bañuelos, Domínguez y Caloca debían tomar posiciones hacia Guadalupe, al lado del camino obligado de la retirada de los federales cuando fueran desalojados de sus posiciones en los cerros de Loreto, El Grillo, La Sierpe, Clérigos y La Bufa, y el general Gonzalitos fue enviado con sus infantes a colocarse en Vetagrande, donde se extendió la artillería para batir las posiciones enemigas.

Sobre el valle cayó un aguacero copioso y rápido. El aire quedó diáfano, como un cristal dentro del que hubieran quedado prisioneros la capilla de Vetagrande, encaramada en la punta una loma; los cerros misteriosos en que se abrían las bocas enormes de las minas, la cadena de colinas que era como una muralla, y en los bajos, campo verde, sembrado de pueblecillos inmovilizados por la guerra entre los que serpenteaban los caminos, como riachuelos de tierra suelta. De cuando en cuando subían y bajaban por los cerros oscuras serpientes de hombres, caballos y cañones, y desaparecían tras de las crestas de peñascos hostiles. El viento llevaba rumor de tiroteo y sonos de clarín. Hacia Guadalupe, una laguna oscura que parecía un vidrio ahumado, y más lejos, dos o tres líneas de lomas arenosas; por último, muy alto entre todas ellas, un cerro enorme rematado en dos agrios crestones rocosos, como dos columnas anchas y chaparras que emergieran de un cono de piedra: La Bufa.

Tiburcio vagó por Calera toda la tarde, sin hablar con nadie, sin que se le dirigiera la palabra. Todos los demás estaban abstraídos en los preparativos de la lucha, siendo la Presidencia Municipal, donde se había hospedado Urbina, el centro del remolino que tragaba y devolvía torrentes de hombres y caballos. Entraban los jefes de brigada con sus largos Estados Mayores a recibir órdenes para colocarse, mientras se daba la señal del asalto, y con ellas salían al galope de sus caballos hacia los pueblos y los cerros.

Entre aquella multitud inquieta, Tiburcio se cansó de no hacer nada. Se metió entre los trenes de la artillería y sin que nadie se lo pidiera, ayudó a prender las mulas, a arreglar las guarniciones, a bajar los cajones de parque. Y llegada la noche fuese a su carro, en el que nadie había entrado, y se durmió como un tronco.

Dos días pasaron en preparativos, llegaron más tropas y fueron distribuyéndose en sus posiciones, sobre las que ya la artillería



federal de La Bufa había comenzado a regar metralla. Y a Calera llegaron los primeros heridos: venían artilleros que en Vetagrande habían sufrido el desmonte de una de sus piezas, sobre cuya coraza estalló un obús, y otros que fueron ametrallados por una de sus propias granadas, que explotó en manos de un torpe artillero. También llegaban heridos procedentes de Mina de Plata, refiriendo que descansaban en un corralón, entre la impedimenta de la artillería, cuando un torpedo se abrió sobre sus cabezas; otros, jinetes sobre los que se desató el vendaval de la metralla al pasar por un camino abierto a ocupar posiciones, e infantes sorprendidos al ascender por alguna cuesta visible desde los crestones de La Bufa. Todos heridos antes de la batalla, sin defenderse, sin haber disparado un solo tiro.

Los camilleros eran insuficientes para conducir a tanto hombre inutilizado a los trenes que saldrían inmediatamente hacia Torreón, llevando un cargamento de carne destrozada. A veces, lívidos y agonizantes, iban tendidos sobre tablones, inmóviles como cadáveres, dando como única señal de vida la mirada amarilla de sus ojos vidriosos. Los tocados en la cabeza o en los brazos marchaban de pie, apoyándose en compañeros que los ayudaban hasta los trenes, y más tarde, cuando se acabaron los tablones y todas las camillas fueron ocupadas, los heridos pasaban colgando entre dos hombres, uno levantándolo de las rodillas y otro abrazándolo por los sobacos; cada terceto dejaba manchas rojas en la tierra floja. Y por último, hombres fuertes que sobre los hombros llevaban, como costales de grano, soldados sangrientos con la cabeza suelta y los brazos colgando.

La caravana parecía interminable, pues de todos lados llegaban heridos a la estación Calera, y de los carros de ambulancia partían órdenes de embarcarlos inmediatamente; se les harían las curaciones a bordo de los carros que partirían hacia el norte. Doscientos, trescientos heridos pasaron en una hora, enviados de todas las posiciones al anuncio de la salida del tren-hospital, y Tiburcio los vio pasar ante su carro. Algunos, tocados ligeramente, protestaban porque se les retiraba de la línea de fuego; ellos quisieran seguir ahí para pelear y un arañazo no merecía el regreso a Torreón antes ver la batalla ganada. Otros, de rostro cenizo y miembros flojos, de vientre hundido y pecho inmóvil, parecían no darse cuenta de nada. Al verlos pasar, el viejo movía la cabeza de un lado a otro. “Ésos no llegarán a Torreón y nomás van a ocupar lugar en los carros”.

—Los llevarán de oquis... Para el amanecer ya están tiesos...

Pronto faltó gente para conducir otras víctimas, amontonadas en el portal de la Presidencia y recostados en petates sucios de lodo sangriento; y al ver a Tiburcio, que se había despojado de sus cartucheras y abandonado la pistola bajo el camastro, los doctores de brazaletes con cruz roja le increparon:

—Ora, viejo atascado; sirva de algo... ¿No ve estos pobrecitos que hay que llevar a los trenes?

Le dieron a cargar un muchachillo que tenía el muslo derecho destrozado por un casco de granada; era menor de quince años y pequeño de estatura. Lloraba cuando Tiburcio lo tomó en los brazos como una niñera y lo fue llevando cuidadosamente a lo largo de los trenes. Lo regañaba en voz baja:

—Tonto, ¿para qué te andas metiendo en esto? A lo mejor te quedas cojo, y si no te entiesas de ésta, cualquier día te entiesarás de otra...

—No tengo miedo de quedarme cojo... Yo quería subir La Bufa...

Al apretarlo contra su pecho, Tiburcio se llenaba la cazadora de sangre. El muslo roto sangraba horrorosamente y el muchacho estaba lívido. Lentamente lo puso en tierra y con su paliacate le ciñó la pierna.

—La Bufa... ¿Tú crees que va a ser tan sencillo? Mugre van a sudar antes de llegar arriba...

Caminaron hasta los trenes convertidos en hospitales; en los vagones de caja, cobertores rojos tendidos en el suelo indicaban el lugar para los heridos, y ahí los iban reuniendo, veinte o treinta en cada carro. Tiburcio tuvo que encomendar por un momento su carga a otro y trepar a la caja para izar al muchacho. Ya el carro estaba casi lleno. Antes que él, los camilleros y soldados habían dejado a los heridos amontonados a la entrada, unos encima de otros, como troncos de árbol, como haces de paja. Gruñían y se quejaban, en un coro monótono de lamentaciones; en un rincón, un joven practicante de medicina, medio desnudo, sudoroso, rojo como un pimiento y miope, atendía rápidamente a los heridos; hacia él se dirigió Tiburcio, pisando a uno, empujando a otro, y le puso frente a los ojos, boludos como huevos cocidos, al muchacho. Los otros heridos protestaron: a ellos los habían llevado antes; parecía que

ladraban “a mí me toca”. Se arrastraban, se empujaban. Los más graves revolvían los ojos en las cuencas, implorando auxilio.

Ha oscurecido y encendieron velas, encajándolas entre las duelas rajadas de la pared del carro. Al halo color naranja de la estearina, el doctorcito se afana; no hace sino vendar, apretando mucho, restirando las tiras de manta hasta que la carne queda amoratada alrededor, y echar en la herida un chorro de yodo. El herido se estremece y lanza un grito, y luego lo llevan al otro extremo del carro; a poco rato se reanima y pide cigarros, y entre los que pueden hablar, comienzan a contarse sus heridas, satisfechos de haber estado tan cerca del enemigo, que han sido los primeros en recibir hierro y fuego. Se alientan unos a otros, y luego, todos a un tiempo, se lamentan de haber perdido el grande espectáculo de la batalla formal.

—A mí me tiraron del caballo. Íbamos protegiendo una batería que entraba apresuradamente, porque a otra se le habían descompuerto los frenos. Y por llegar más pronto, entramos en un claro, entre dos colinas...; al minuto ya nos estaban soplando los melones por la cabeza... ¡Y qué de semillas! Nos han dado una rociada...

Tenía la cabeza totalmente vendada, y en la tela blanca, la sangre y el yodo hacían una mancha de todos los tonos, del amarillo al negro. Recibió balines en el cráneo, en la cara, en el cuello, en los hombros. Le habían cortado la camisa y después de enredarlo en vendajes, lo cubrieron con un sarape. Otro, que tenía el brazo amarrado al cuerpo, dijo:

—Nosotros encontramos una avanzada federal en un rancho que se llama San Vicente. Nos apedrearon muy duro y tardamos media hora en sacarlos. Ya de huida, uno se me ensartó en el hombro.

—Y tú, ¿no lo quebraste?

—Me costaría trabajo, porque no soy zurdo. Ya ves cómo tengo la derecha —y mostraba su mano, hinchada y negra, inmóvil entre las vendas—. Pero tuve el gusto de verlo caer con el hocico en tierra.

Subieron a uno que daba alaridos, como loco. Tenía el vientre destrozado. Le chorreaba la sangre, y en las vueltas que daba en la camilla, las vísceras se le movían como animales dentro de un saco. Ninguno de los heridos protestó cuando lo llevaron preferentemente al rincón de las curaciones. Los ojos del practicante se hicieron más boludos, movió la cabeza, y sin vendar, preparó una aguja para inyectar un líquido amarillento que tomó de un frasco de su botiquín; a poco rato, el herido quedó como dormido, lanzando

un estertor sordo. Inmóvil, parecía encadenado a la camilla. A su alrededor se hizo el silencio, todos comprendían que aquello era el fin. Pronto llegaron nuevos heridos; la masa ondulaba, se replegaba, se extendía. En los rincones, los menos graves quedaron sentados en cuclillas; después, otros tendidos de espaldas, como muertos, en mitad del carro. Los enfermeros pasaban de un lado a otro del carro sin ver dónde pisaban. Casi no había suelo entre cuerpo y cuerpo y caminaban sobre una alfombra de carne humana.

—Déjenme ir..., déjenme volver...

El muchacho del muslo sangriento estaba sobre el pie sano, apoyándose en la pared del carro, tratando de ir hacia la puerta y salir; al moverse, hizo caer una de las velas enclavadas entre las tablas y el carro quedó casi a oscuras, pues sólo una llama derramaba claridad sobre los cuerpos amontonados. Tiburcio levantó al muchacho en vilo y lo llevó al rincón, pasando sobre cuerpos inertes que le lanzaban maldiciones y quejidos confusos. Luego salió al campo. Le pareció que abandonaba una tumba próxima a cerrarse. Por un rato le siguieron los aullidos de aquel vagón espantoso.

—Babosos... Si supieran el pago que les tocaba... Pelean como leones, arriesgan diez veces la vida, les agujeran el pellejo, y cuando no sirvan más, les darán una patada en el asiento...

Con los dientes apretados se fue murmurando. De cada carro salía un cuadro de luz y un vuelo de lamentaciones. En todo el tren, practicantes inexpertos debían estar amarrando cuerpos y echando yodo, lo mismo en la cabeza que en el vientre, a viejos y a muchachos. Yodo y más yodo...

En el camino se encontró a dos soldados cargando un muchacho herido en la frente. Un fino proyectil le había abierto un ojal redondo, por donde el cuerpo no tardaría en abotonarse con la muerte. Con los ojos cerrados, el herido movía de un lado a otro la cabeza, y sin quejarse, iba sonriendo, como si tuviera ante sí un espectáculo de maravilla.

—Otro bestia...

Sintió ganas de arremeter contra todos aquéllos y contra los que iban con fusil al hombro, rápidos y contentos, a las posiciones; gritarles que iba a ser inútil su sacrificio, que la guerra era infame y los hombres que la hacían, ingratos y sanguinarios. Concibió contra sus jefes las frases más duras, maldijo muchas veces aquella lucha en

que habían quedado, invisibles a la gloria, cinco hombres a quienes amó como hijos.

Frente a él pasó la música de un batallón tocando una marcha bélica. Le hirvió la sangre y le brillaron los ojos; mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, se confesó la pena interna:

—Y pensar que les tengo envidia...

En la noche húmeda y oscura, el solitario se fue a vagar. Rumor de disparos le perseguía, y desde un crestón de La Bufa, un faro minúsculo, que desgarraba la sombra, le parecía el ojo del ejército entero, que se daba cuenta de que él no estaba en su puesto.

Al otro día, el 22 de junio, llegó Pancho Villa. Ángeles le informó de las posiciones ocupadas e hicieron la última distribución de tropas para el combate: Urbina y sus brigadas sobre La Bufa, Villa y las suyas sobre Loreto. Supo que habían tenido gran número de heridos, y recordando los días del ataque a Torreón, pensó que debía haber en los trenes algunos soldados escondidos para no entrar a batalla. Y en su caballito pequeño y nervioso fue a Calera, seguido por una escolta de sus fieles Dorados. En la estación, frente a los trenes, echó pie a tierra y fue recorriendo carro por carro, atisbando en los rincones, bajo los bultos de la impedimenta, y descubriendo varios emboscados que imaginaban poder ser soldados y no combatir.

Furioso por la cobardía de aquellos hombres, llegó ante el vagón 7121. Tiburcio estaba sentado en la puerta, fumando, sin arma al cinto y sin cartucheras que le cruzaran el pecho. Al ver venir a su jefe, se irguió rápidamente e hizo el saludo, sus ojos se encendieron y se sintió vibrar de entusiasmo. Una palabra, un gesto y correría hacia donde estaban atrincherados los Pelones, echándoles muchos balazos... Aquél sí que era hombre y jefe de hombres, no como el chivo de Urbina, hijo de perra, ladrón de caballos... Aspiró a todo pulmón el viento húmedo y quiso gritar un "Viva Villa" que se oyera en todo Zacatecas...

Pero al fijarse en aquel carro, Pancho Villa encogió los hombros instintivamente y su mirada llameante expresó un repentino temor. Un instante miró a Tiburcio de arriba a abajo, y haciendo una mueca se alejó del vagón y pasó adelante, alargando el paso. Dentro, el viejo se quedó laxo como un costal vacío, combando el dorso como un carrizo al viento.

—Está bien —dijo—; aquí se acabó...

Lentamente se fajó la pistola, colocóse sobre los hombros las cartucheras con la dotación completa, como si entrara a combate, empuñó la carabina y de un salto se precipitó del carro hacia la noche.

### El desertor

—¡Pícale al Palomo..., pícale al Palomo!

El muchachillo, hundiendo los pies desnudos en la tierra recién removida, avanzó hacia los bueyes clavando a uno la pica de Fresno en los cuartos traseros; el paciente animal agitó la cola sobre el sitio herido, golpeándose con las crines sucias, y alargó el paso. Una coyunda, que pesaba como si fuera de hierro, llevaba a los dos animales con la cabeza gacha y los belfos sedientos casi a rastras sobre la tierra. De la coyunda colgaba, bien sujeta con tiras de cuero torcidas, una lanza del grueso de un muslo, que tiraba del arado igualmente pesado y voluminoso, sobre el cual, con los brazos muy abiertos y el torso combado como un arco flechero, enterrando los pies, oscilando a cada paso, cansado y sudoroso, el hombre repetía:

—¡Pícale al Palomo!

Al final del surco corto y sinuoso, el hombre se detenía, y mientras se pasaba la mano por la frente para limpiarse el sudor, involuntariamente, distraídamente, abarcaba de una ojeada a su alrededor el panorama del valle, que para él no tenía nada nuevo: los mismos cerros redondos, que se antojaban grasosas formas de mujer, en los que las encinas y los madroños se entrelazaban; el arroyo, ahora rumoroso de aguas azules, que se escurría por el pedregal oculto bajo los jarales; los remansos, a cuya orilla se inclinaban los sauces para peinar con sus luengas ramas el agua; la casa de madera en la entrada del valle, donde su mujer y su hija limpiaban los almudes del maíz para la siembra, y la misma parcela, mitad polvorosa como un camino, mitad revuelta en líneas paralelas como arañada por un enorme rastrillo... Su yunta y su hijo.

—¿Quihubo, tata, ya te cansaste?

El viejo levantó la vista para calcular el tiempo por la posición del sol, que se acercaba a la mitad del cielo que parecía un mar, liso y sin manchas; el viento no lo rizaba, y las nubes se habían quedado ensartadas en los pinares de la montaña, distantes como otros mundos.

—Nomás damos otras dos vueltas...

—Ya tengo hambre.

En la lanza del arado el hombre llevaba una servilleta con las puntas atadas en diagonal, de la que sacó una tortilla pequeña como un puño y gruesa como un dedo: la harinosa y típica “gorda de trigo”.

—Hace mucho que no tráis venado, padre.

Colgada del mismo lanzón, la carabina 30-30 abría su ojo pequeño y redondo, atisbando por entre las cabezas de los bueyes; era ya vieja y sucia; por falta de aceite, el orín comenzaba a corroerle por fuera el cañón, y la madera de la culata, desteñida y raspada, con lodo en las ranuras, parecía suela de zapato. El hombre la miró con ojos fijos y cariñosos, pensando en algo muy distante, en algo que estaba más allá de la serranía imprecisa, que quizá hasta el mismo sol había olvidado; acarició con el brillo de sus ojos el viejo rifle revolucionario, gritón, fiel y certero, que llevaba dos años colgado en aquel palo, tragando polvo por su ojo hueco y sin párpados; dos años en que su grito, cuando resonaba con ecos misteriosos que bajaban rodando entre el bosque de los cerros para morir en la parcela, no recibía respuesta alguna, y su mirada no vio hombre, sino venado, ni su vientre estrecho y vibrante arrojó más muerte para hombre.

Apoyándose sobre el arado, el campesino alargó la diestra para tocar su fusil en una caricia que era al mismo tiempo una pregunta: “¿Cuándo volveremos tú y yo...?”. Y luego en voz alta:

—No podemos tirarle mucho al venado, hijo, porque se nos acaba el parque y quién sabe si nos haga falta.

—¿Pa qué lo quieres?

—Él vendrá algún día..., él vendrá... ¡Pícale al Palomo!

—¿Quién va a venir, tata?

—*El Viejo*, el general Villa... Un día cualquiera de un mes cualquiera, él vendrá.

El cuerpo del hombre se agitaba como electrizado por el entusiasmo; empujaba el arado, levantándolo cuando sentía piedras bajo la reja, hundiéndolo cuando el tirón de los bueyes lo subía a flor de tierra, dirigiéndolo en irregular paralela al surco recién abierto. Dejó caer hacia atrás, colgado del barboquejo, su mugroso y roto sombrero de palma, y se dispersaron sus cabellos secos, largos, enteramente blancos, que parecían espuma de jabón en su gran cabeza

redonda. Repentinamente, como si quisiera destrozarse el silencio del valle, comenzó a cantar un viejo son bélico; rápida y vibrante la tonada, ofensas y burlas la letra:

    Cuando entremos a Chihuahua  
    compraremos un arado  
    y pondremos como bueyes  
    a Caraveo y a Mercado...

—Mamá dice que Villa es malo.

—¿Malo? Sí, ¿pero para quién? ¿Pueden quejarse de él quienes nada sufrieron? Lo que tiene es ser un hombre bueno para la guerra. Dos años estuve con él y siempre lo vi entrar con ganas. Sabía mandar y todo lo repartía...

El muchacho ponía poca atención al padre, que seguía hablando con la mirada fija en un mismo lugar del horizonte inmóvil y brillante, como si sus ojos fueran extremos de dos armas apuntadas hacia un detalle del pasado.

—Yo le tengo miedo...

Bruscamente el campesino tiró del arado hacia atrás y los bueyes se detuvieron.

—¿Te quieres callar el hocico? No hay por qué tenerle miedo, y si lo sientes de él o de cualquier otro, debes callártelo, tragártelo. Algún día lo verás, y como tu padre, irás tras él, a no tener miedo nunca.

—¿Y vamos a dejar a madre y hermana?

El hombre no contestó; arremangóse la blusa sobre los codos, chasqueó la lengua, y cuando los bueyes reanudaron la marcha, volvió a inclinarse sobre el arado. Él no había pensado en su mujer y su hija en ninguna de las muchas veces que en su cabeza dio vuelta y vuelta a la idea de reunirse nuevamente con el jefe. La otra vez, cuando a principios del año 13 comenzó la revolución, había dejado a la mujer y los dos hijos abandonados a su suerte, porque era imposible cargar con ellos en esos meses de lucha incesante, de escaramuza diaria, de huidas, de golpes de audacia, de emboscadas. Cuántas miserias y qué abandono sufrieron todo ese tiempo, hasta que sin saber cómo, llevados quizá por un presentimiento indefinido, fueron a buscar todos el refugio del rancho que abandonaron al llamado de la guerra. Entonces, él había prometido a la mujer, por



ella, por los hijos, por él mismo, quedarse para siempre en aquel valle, que era tranquilo y era fértil; la hacienda de Bustillos estaba cerca y la línea del ferrocarril. Ahí pasaron dos años en que el hombre supo que Villa había sido derrotado, y con sus propios ojos, torvos y duros, vio pasar los trenes de los nuevos enemigos, rumbo a la sierra, a ocupar las ciudades que los villistas no podían conservar.

Los mismos rancheros, antes villistas, ya no le querían, porque Villa robaba y destruía; formaron en cada pueblo una defensa social para combatirlo y a Tiburcio mismo lo habían venido a invitar para que se uniera a las defensas, pero no quiso. Terco y leal, había contestado, recalcando cada palabra: “Fui villista, lo sigo siendo y lo seré”. Le dijeron que era un viejo chiflado y lo dejaron trabajar su parcela. Muchas veces supo que Villa había pasado cerca; entonces, los “defensos” volvían a buscarle y lo miraban recelosos, preguntándole si había hablado con *el Viejo*. “Cuando hable y cuando lo vea —les respondía— será para irme con él para siempre”. Los otros le amenazaron: “Nos estás espiondo”. Él, sin contestar, los dejaba.

Otras veces, en la hacienda, le decían que Villa había muerto, que habían encontrado su caballo ensillado, con la montura cubierta de sangre, allá por Ojinaga, después de que los soldados carrancistas le habían seguido leguas y leguas, tiroteándolo a cada rato. O bien, vaqueros de Durango, de cuatrocientos kilómetros al sur, decían haberlo visto enterrar después de un fracasado ataque al mineral de Pedriceña. Él nunca creyó todo eso y siguió esperando que cualquier día de cualquier mes el jefe pasaría por ahí y se lo llevaría. Él no lo buscaba, porque la última vez que lo vio, Villa lo había “ninguneado” al dejarlo en los trenes sin llamarlo para que peleara contra los federales en Zacatecas, pero en cuanto le dijera “vámonos...”.

—Nos vamos... Nos vamos...

Dieron dos vueltas, y dejando los bueyes uncidos, fueron a descansar bajo un sabino, a la orilla del arroyo; comieron sus gordas, bebieron del agua azul y se tendieron a la sombra, con las caras cubiertas por los huicholes.

Los bueyes, abiertas las patas, rumiaban, con las testas abrumadas por el yugo. Eran dos animales escuálidos, de picudos huesos salientes; parecía que no tuvieran sino cuero, que era como un trapo sucio y vacío, puesto a secar sobre un mezquite. Sobre ellos zumbaban las moscas, persistentes, esquivando los golpes de las colas

cubiertas de cerda, para volverse a posar, después de unas cuantas maniobras aéreas, en las ancas, donde los rasguños de la pica habían sacado sangre.

De espaldas en tierra, el ranchero percibía todos los ruidos: la respiración isócrona de los bueyes, la canción de los ramajes que horas y horas murmuraban un mismo tema, el reír de un hilo de agua que brincaba entre los pedruscos, el aleteo de los gorriones que en bandadas se levantaban entre los encinares, la voz ladina de alguna calandria que piaba al borde de su nido. Algo sintió también que de momento no pudo explicarse qué era: la tierra tenía su propio sonido, como un quejido sordo y sin interrupción. Colocando la oreja contra el suelo, le pareció oír como si el arroyo viniera en creciente, como si las aguas rodaran troncos sobre el lecho rocoso del arroyo. Era también como un rumor de molino, como un rodar de carro. “Viene gente por la Cañada; alguien que va rumbo a los llanos de Bustillos...; quizá algunos vaqueros arriando ganado o ‘defensos’ de San Nicolás de Carretas tras algún cuatrero que les ha robado reses”. Como, sin duda, estaban aún lejos, ya que sólo el trepidar de la tierra los anunciaba, el hombre siguió acostado.

—¿Oyes, tata? Viene una bola...

—Sí, no te levantes; aquí la esperamos.

Después de un rato pegó de nuevo la oreja al suelo: el temblor se sentía más cercano, y al mismo tiempo, otros ruidos se mezclaron a las suaves voces del valle. Algunos gritos de hombre pasaron, como muy altos, para perderse en las capas inmóviles del aire. Hasta entonces el campesino se puso en pie y caminó lentamente hacia sus bueyes. En la cañada, donde la loma parecía hendida por una hacha gigantesca, se movieron las frondas; alzaron el vuelo dos o tres calandrias, que mancharon de amarillo la curva azul del día, y en los jarales del arroyo se escabulleron, agitándolos, los conejos, que salieron a escape de la cañada. Dos jinetes aparecieron entre los encinos y se detuvieron. Lanzaron un disparo que asustó al valle indolente, y esperaron.

Junto a sus bueyes, el labrador levantó su sombrero, y en un grito deshizo los círculos concéntricos en que el aire se desenvolvía, roto el centro por la voz del fusil.

—No tiren..., soy de paz.

Y se separó de la yunta para que le vieran solo e inerte. El muchacho, espantado, se acurrucó al tronco del sabino. A la carrera se

adelantaron los jinetes, mientras tras ellos, en la cañada, apareció la masa compacta de caballos y hombres.

—¡Epa, viejo!

—¿Qué hay?

—¿De qué defensa eres?

—De ninguna.

—¿Estás solo?

—Con el muchacho.

Se acercaron. Venían en caballejos que temblaban sobre las patas, volviendo la cara hacia el arroyo de aguas frescas. Traían las carabinas tendidas entre el vientre y la cabeza de la silla, y estaban cubiertos de tierra, con barbas crecidas y largos cabellos apelmazados en una pasta de polvo, sudor y grasa; andrajosos, descalzos. Sin embargo, algo tenían de hermoso: el gesto. Miradas vivas, de cuervo; mandíbulas fuertes, de lobo; la cabeza altiva y decisivo el ademán. Siempre el hombre que se rebela es así y no cambia ni a la hora de la muerte. Hay en él trazos que marcan el vigor de su alma, líneas esculpidas por el destino. Les circunda un halo, como de tempestad.

El rancharo, que estaba en pie, sonrió. “Ya sabes quiénes son”, le dijo dentro de sí mismo al desertor de Zacatecas, que se erguía.

—¿Villistas?

—Para todo lo que se ofrezca.

—¿El jefe?

—¿Qué jefe?

—Mi general Villa...

La voz del campesino tenía un acento extraño: ordenaba y parecía llorar. Como un hachazo: primero, el golpe, y luego, el crujido del tronco.

Los demás jinetes se acercaron y lo fueron rodeando; el muchacho se pegó a su cuerpo como antes pidiera protección al nudoso sabino, y el padre buscaba con la mirada entre todas las caras que surgían de la masa de hombres, al desparramarse. Muchos rostros le parecieron conocidos bajo la máscara de tierra y barbas. Les sonrió.

Al final del tropel, sin nadie más a su espalda, llegó el esperado, hendiendo el círculo de sus hombres como una daga. Su caballo se adelantó al centro hacia donde estaba el labrador en posición de firme, saludando con la mano a la altura de la frente. Sin hablar, le contempló un momento.

—Eres Tiburcio Maya...

—Sí, mi general.

—Te decían “el León de San Pablo”.

—Como a otros cinco.

—Estabas conmigo en San Andrés, cuando derrotamos a Félix Terrazas.

—Sí, mi general.

—En los cerros de Ranchería, contra Francisco Castro.

—Sí, mi general.

—Frente a Chihuahua...

—Recogí a Navarro cuando lo mató una granada, en el mismo lugar donde usted estaba un minuto antes.

El jinete sonrió y se echó el sombrero hacia atrás; tenía una cabeza ancha, de parietales boludos sobre las orejas, y la cara bermeja como un sol al tocar el horizonte; sacó un pie del estribo y descansó sobre la montura, inclinado sobre el muslo y poniendo el codo en la teja.

—¿Te acuerdas de cuando agarramos los trenes en Laguna?

—Sí, mi general.

—¿De la toma de Ciudad Juárez?

—Sí, mi general.

—Fuiste de los que cogieron la artillería en los arenales de Tierra Blanca...

—A José Inés Salazar.

—Estuviste en el asalto de La Pila...

—Ahí dejé a dos compañeros.

—Y fuiste emisario en Torreón...

Villa se complacía en demostrar su prodigiosa memoria: como a Tiburcio, decía conocer a cada uno de sus hombres; recordaba las veces que habían estado cerca de él en la pelea, en las caminatas por los desiertos; sus fidelidades y sus traiciones, sus cobardías y sus heroísmos, sus éxitos, sus crímenes...

—¡Ah, viejo desgraciado! Te me rajaste en Zacatecas, cuando estábamos en lo más duro, y te volviste en un tren de heridos...

Habló con las quijadas apretadas, escupiendo las palabras entre las cerdas de su bigote, indomable, y apretando los puños como para embestir.

—Usted perdone, mi general, pero no me rajé: fue usted mismo el que me ninguneó; no me quería ya en la División del Norte,

porque tenía miedo de que se me hubieran pegado las viruelas. Y en los momentos más fuertes del pleito no serví sino para cargar heridos. Todos me huían, me desconfiaban, se apartaban de mí... Entonces, ¿para qué decir que no?, me acosté entre dos heridos y me dejé arrastrar hasta Torreón.

—Bueno, bueno; ya ves que no hiciste falta. Ahora sí te quiero, porque vamos a una lucha sagrada: vamos a vengar a todos nuestros hermanos que han caído en esta pelea contra Carranza, porque son los güeros del otro lado los que lo están ayudando para que nos acabe. ¿Tienes carabina? Agárrala y vamos jalándole. No te olvides que aquí andan los puros hombres de calzón bien fajado.

Tiburcio se estiró: parecía ir creciendo, irse hinchando.

—De veras, general, ¿quiere que me vaya con usted?

—Nomás agarras tu carabina y caballo, si tienes...

El muchacho, pegado al padre, le habló en voz baja:

—¿Y madre? ¿Y hermana?

El hombre sintió un relámpago en su espíritu que le iluminó de lleno el dilema y fue el principio de una tempestad interior. Un vendaval de violencia, lucha y muerte, le ofuscaba la mente y le empujaba hacia la horda, para seguirla, para formar parte de ella, para azotar, incendiar y destrozarse con ella, o para desaparecer. Y nuevos relámpagos le mostraban a las dos mujeres que habían de quedar atrás, en la senda arrasada, donde no volvería a crecer la hierba nunca. Titubeó:

—Yo sí quisiera, general, pero...

Su voz había cambiado: no fue ya como el hacha, sino como la fronda que se agita y murmura suavemente adulando al leñador que la amenaza.

—Pero ¿qué?

—Mi mujer, mi hija...

En la boca bestial del bandolero se formó una sonrisa espantosa. Por ella salieron las palabras silbando y arrastrándose, como víboras.

—¡Ah! Tienes mujer, tienes hija... Bueno, bueno, ¿por qué no lo habías dicho antes? La cosa cambia; llévame adonde están.

El campesino mostró con el brazo extendido la casita de madera recostada en la loma verde como el bosque, baja de techo, que se confundía en el océano de encinas. Y luego, alegremente, como si se hubiera escapado de un gran peligro, guió a la partida a través de

la tierra labrada, brincando los surcos de tres en tres para no deshacerlos, sin fijarse en que tras él, los caballos los arrasaban.

—¿Ya comió usted, general? Que mi mujer le ase un cabrito...

En el jacal, la mujer y la hija, que habían visto acercarse el tropel, estaban de rodillas ante el cromo descolorido de un santo anónimo, rezando a gritos.

—Mujeres, mujeres, no tengan miedo, que no les voy a hacer nada...

Se levantaron y, temblando como gelatinas, fueron a asar el cabrito. Villa se sentó en cuclillas, apoyando las espaldas en un rincón, y antes de comer, hizo que la mujer probara, que probaran la hija y el hijo, y luego devoró como un jaguar, sujetando la pieza con ambas manos. Ahíto, se puso en pie, limpiándose la boca con la manga, y recordando sus costumbres de ranchero:

—Gracias a Dios —murmuró—, que nos da de comer...

Atrajo hacia sí la niña, pasándole sobre la cabecita su mano enorme.

—Tienes razón, Tiburcio Maya... ¿Cómo podías abandonarlas? Pero me haces falta, necesito todos los hombres que puedan juntarse y habrás de seguirme hoy mismo. Y para que sepas que ellas no van a pasar hambres, ni van a sufrir por tu ausencia, ¡mira!

Rápidamente, como un azote, desenfundó la pistola y de dos disparos dejó tendidas, inmóviles y sangrientas, a la mujer y a la hija.

—Ahora ya no tienes a nadie, no necesitas rancho ni bueyes. Agarra tu carabina y vámonos...

Con los ojos enrojecidos y la mandíbula inferior suelta y temblorosa, los manos convulsas, sudorosa la frente, sobre la que caían como espuma de jabón los cabellos blancos, el hombre tomó a su hijo de la mano y avanzó hacia la puerta. Al primer villista que encontró pidió cartuchera, que terció sobre el hombro; le pidió la carabina, que el otro entregó a una señal del cabecilla, y echó a andar por la tierra de su parcela que los caballos habían removido, hacia el norte, hacia la guerra, hacia el destino, con el pecho saliente, los hombros echados hacia atrás y la cabeza levantada al viento, dispuesto a dar la vida por Francisco Villa...

## Consejos

En el nacimiento del arroyo que la columna había recorrido en su marcha, la vanguardia detuvo a un ranchero que volvía de Bustillos a San Lorenzo, arreando dos burros de vacías angarillas. Dijo que hacía una semana habían pasado, rumbo al noroeste, los trenes de los soldados carrancistas; el grueso de estas tropas estaba en San Antonio de los Arenales, de donde parte el ramal ferrocarrilero para las minas de Cusihuiráchic, pero un regimiento se había quedado en el casco de la hacienda, para que la caballada, que andaba muy trasijada, pastara en los llanos.

—¿Y qué han hecho? —le preguntó Villa.

—Nomás echar una realada de marranos, llenaron un tren y lo mandaron pa Chihuahua...

—¿Tienen locomotoras?

—En Bustillos, no; quién sabe si en San Antonio.

El cabecilla meditó un instante: frente a él, la llanura se extendía sin una sola ondulación, cubierta de zacatón, que comenzaba a verdear, distinguíase bien el casco de la hacienda, con largas paredes blancas que reverberaban al sol, y la cúpula de la capilla de los Zuloagas. Bien conocía Villa esa hacienda, desde antes que comenzara la bola de don Francisco Madero. Veíanse cerca del caserío las manchas negras de la caballada. “Si la agarro —pensó Villa— los dejo sin animales para seguirme”. Pero estaba demasiado cerca de la hacienda y antes de que llegaran los soldados saldrían a defenderla. Al otro lado, a diez o doce kilómetros de terreno plano, aparecía la estación de San Antonio, con unas largas líneas oscuras, los trenes, y agrandada la visión por la limpidez del aire. Seguramente que los carrancistas no habían notado la proximidad de los rebeldes, porque apenas la vanguardia de la columna, doce o quince jinetes, habían asomado en la boca del puerto.

Era media tarde y ningún movimiento se percibía en la extensa pradera. A pleno sol, sin una nube ni una racha de viento que levantara polvo, hubiera sido peligroso aventurarse por la llanura: los soldados los verían en el instante y teniendo artillería podían cañonearlos.

—¿Viste si traen piezas?

—No vide ninguna.

—Por las dudas...

Volteando su caballo se internó en la cañada, donde estaba el grueso de su gente. “¡Bájense!” les gritó. “Aflojen los cinchos y a ver si pueden dormir de aquí a que oscurezca”. Él mismo dio el ejemplo brincando ágil a tierra y librando a su caballo de la opresión del cincho; soltó su reata, y llevándose la punta, subió a mitad de la ladera, se sentó en el suelo, de espaldas a una roca cortada en vertical, desde donde volcó la vista sobre su columna. No había un solo hombre ni un solo animal al que no viera. Se echó el sombrero sobre la frente y quedó inmóvil. No se supo si dormitaba o permanecía despierto.

Los demás rebeldes se tendieron en el suelo a descansar.

Había entre ellos un tal Miguel Contreras, a quien Tiburcio había conocido durante la marcha hacia Torreón, dos años antes. Pertenecía entonces a la Brigada Villa, a las órdenes de José Rodríguez, ya muerto. Miguel se había llevado al muchacho Maya en ancas, desde que salieron del rancho, y en el descanso se reunió con Tiburcio.

—Ya no es el mismo —le dijo, haciendo un ademán de cabeza hacia la roca—. Está más desconfiado que nunca desde que el gobernador Gameros dio una ley para que el que matara a *Pancho Pistolas* o lo entregara vivo recibiera cincuenta mil pesos de plata.

—¿Él lo sabe?

—Naturalmente. Se rió cuando le trajeron un papel en que venía el decreto, ¿y qué vas que dijo? Que eran muchos pesos por una sola cabeza...

—Pero le ardió...

—¡Cómo diablos que no! ¿Te imaginas lo es pensar mal de todo el mundo? Se le han volteado tantos de los que se decían los más hombres, que fuera de los Dorados que le quedan, no tiene confianza en nadie. Acuérdate cómo se sentó en tu rancho, al mediodía que le diste comida: en un rincón, tan cerca de las paredes que nadie puede ponerse detrás de él, y con la pistola echada para adelante. El que hace la comida y sus hijos, si los tiene, han de probar antes de todo lo que él quiera comer, no vaya ser que le den yerba, como a los perros...

—Yo no creo que nadie en estos rumbos quisiera matarlo. Todos son villistas.

—Eran... ya no. Cuando la llevaba ganada y todo el que andaba con él tenía dinero, y buenos caballos, y casa en cada ciudad adonde



entráramos, sí eran villistas. Pero se vino el pleito con Carranza, la derrota en Celaya, la mala suerte de la expedición a Sonora, y ahora todos dicen que es un bandido, y que nosotros nomás andamos robando vacas... Cierto que sí, porque hemos de comer, pero no es para que ahora nos echen bala los que antes fueron amigos. Y luego que con los carrancistas hay muchos que fueron de nosotros y ahora nos persiguen...

—¿De veras? ¿Pero quién?

—Para qué soltar nombres; son una bola. Se organizaron las defensas y cuando nos acercamos a un pueblo, todos se remontan a la sierra con sus mujeres y sus hijos, sus ganados, sus caballos, y luego llaman a los hombres de otro pueblo y así los tenemos siempre encima. Con decirte que nunca sabemos dónde duerme *el Viejo*.

—¿Se va?

—Todas las noches. Nos deja acampados, revisa bien a ver si no falta alguno y luego se monta y desaparece. Nadie puede seguirle, porque le avienta un plomazo. Si se te ocurre una necesidad, no te muevas, quédate donde estás, porque si quieres ir a algún arroyo, o te acercas a una cueva, a lo mejor él está cerca, cree que lo andas espiondo y no te perdona...

Al caballo de Miguel, al echar un trote, se le volteó la montura y comenzó a querérsela quitar a coces; el jinete fue a desensillararlo y Tiburcio se quedó rumiando las nuevas que le había dado su amigo. Tenía razón Pancho Villa: cincuenta mil pesos eran muchos por una sola cabeza, y a cualquiera se le ocurre la idea de ganárselos. Pero que lo traicionara alguno de los mismos hombres que iban a su mando, le parecía imposible. Él mismo... ¿sería capaz de...? Vaya, ¡qué tontería!

Se levantó y ayudó a Contreras a llevarse su montura hasta el lugar donde antes estaban charlando; le cruzó el brazo sobre el hombro y reanudó la interrumpida plática.

—Yo, palabra de hombre, no sería capaz de venderlo...

El otro le miró fijamente, como si quisiera adivinar en las palabras de Tiburcio alguna mala intención.

—Mira —le dijo—; no nos pongamos en el caso, ni tú ni yo. Mejor es ni pensarlo, porque no faltará quién le vaya a decir que hemos hablado de eso...

A su alrededor nadie parecía ponerles atención; la mayor parte, fatigados por las prolongadas marchas, débiles por las vigili-

quedaron dormidos como troncos en cuanto se recostaron en los lugares en que era más espeso el zacatón o en algunas manchas de arena a la orilla del arroyo. Sólo unos centinelas, apostados a la entrada del cañón, vigilaban con las miradas apuntando hacia la casa de Bustillos, que, al descender el sol, se tornaba amarilla. Había comenzado a soplar el viento y los ramajes oscilaban. Dos o tres rebeldes corrían a pie entre las piedras, siguiendo algún caballo que se había escapado y por encima de todos, *el Viejo* continuaba recostado en la roca vertical, con el sombrero hacia delante, en la misma postura.

—¡Quién sabe si nos esté viendo!... Habrá notado que, mientras los otros duermen, nosotros estamos platicando. Mejor acuéstate aquí mismo, tápate la cara con el sombrero y oye.

—¿Crees que se fija? —preguntó Tiburcio mientras se tendía de espaldas y aparentaba dormir. A su lado, el hijo roncaba.

—Te apuesto que no vuela una mosca en todo el cañón que él no vea. Ya verás cuando estemos en una jornada: nombra la vanguardia, le dice el camino, porque es un viejo que todo esto lo tiene dibujado dentro de la cabeza, y nos mira pasar uno por uno, hasta el último. A veces hemos sido nomás treinta, pero se nos juntan partidas que andaban por otro lado y semos un bolón. No le importa: nos pasa revista a todos y se queda a la cola, de modo que no ve más que espaldas de hombres y ancas de caballos. Y todavía, el muy desconfiado, voltea a cada rato para el camino que hemos pasado, a ver si no le sale alguno...

“Una vez, cuando empezó a tomar esa maña, volvíamos de Sonora después de que nos fue tan mal. No pasábamos de trescientos, porque él había mandado que se dividieran las partidas, para ver cómo andaba aquí la cosa. Ya sabes cómo es: de repente nos hace echarnos unas jornadas de treinta leguas y, al final, nos encontramos con que hay otros que ahí nos están esperando. Bueno, pues íbamos a caer sobre Temósachic, adonde no llegaban todavía los carrancistas. Cerca de Yepómera, ya llevábamos como veinte leguas aquel día, desde que salió el bendito sol. Todos íbamos cansados, los animales también y él a la cola de la columna. Hay por ahí unas lajas inclinadas, muy resbalosas, que van a dar a una quebrada muy honda, y no hay más que un caminito por donde apenas cabe una bestia. Nos había dicho que no nos espaciáramos, que fuéramos uno tras el rabo del otro, por lo

que pudiera suceder, y así íbamos.

“No hablaba nadie, porque cuando lleva uno más de doce horas de balancearse sobre el caballo, se le acaban las ganas de echar plática. A muchos nos entró sueño, que es lo peor, porque si en alguna cabeceada le dabas un jalón chueco a la rienda, tu caballo soltaría un mal paso, y te ruedas. Por eso yo prefiero el llano. Bueno, el caso es que todos íbamos renegando. ¿Hasta cuándo íbamos a parar? Con decirte que ni para comer nos dejó tiempo: cada quién mascaba sus gordas sobre la silla, y si tenías ganas de bajarte, te las aguantabas.

“Había un muchacho, que no sé dónde se habría juntado, creo que después que nos habían derrotado al norte de Hermosillo. Él nomás entró a las duras, el pobrecito, y como llevaba mal caballo, se cansaron el animal y él al mismo tiempo. Poco a poco los demás lo fuimos dejando atrás, porque él no cumplía la orden de ir pegado al de adelante, y se cortaba la columna, de modo que los otros nos le adelantamos uno por uno, ¿me entiendes? Bueno, al pasar junto a él le veíamos la cara: te hubiera dado lástima, porque estaba amarillo, con la boca abierta, y se le cerraban los ojos sucios, color de ceniza. A cada uno le preguntaba lo mismo:

“—¿Ya vamos a llegar?

“Unos, al verlo tan trasijado, le decíamos que sí, aunque sabíamos bien que faltaban tres o cuatro leguas para llegar a Yepómera. Otros, maloras, le decían que cuando se pusiera el sol era que estábamos a mitad del camino, y el pobre se ponía más amarrillo. Le dolía el vientre, porque decía tener mucha agua en la vejiga y no podía bajarse ni detenerse. Ya me entiendes. El caso es que, como te dije, todos lo dejamos atrás. Te confieso que también estábamos cansados, porque fue una señora jornada por tan mal camino, pero, en fin, uno ya sabe lo que es esto y el cuerpo se acostumbra.

“Tuvo que ser: le alcanzó *el Viejo*, que ya venía dándose cuenta de que aquel muchacho se iba atorando. Creo que debe haberle desconfiado, porque lo vio grandote, y no creyó que realmente el pobre ya no podía estar sobre la silla, y para peores males, era el último que se había voluntariado. Me imagino que *el Viejo* se pensó de él algo malo, porque mucho rato fue tras él, sin apurarle, nomás mirándole por todos lados. El muchacho ni volteaba la cara. Creo que, sin saber quién era el que venía atrás, le dijo:

“—Hermano, ¿todavía falta mucho para llegar?

“*El Viejo* le soltó la verdad:

“—Dentro de dos horas puede comenzar la balacera, si hay enemigo en Yepómera...

“—Yo ya no puedo... —dijo, y deteniendo el caballo, se bajó y fue a pararse junto a un pino, para lo que le hacía falta; ya sabes qué era. *El Viejo* no le perdía un movimiento, y luego que acabó, le preguntó:

“—¿Ya te cansaste, hijo?

“—Ya, mi jefe, y creo que aquí me quedo un rato... después lo alcanzo...

“No sé si *el Viejo* le tuvo lástima y lo que le hizo por eso fue, o si no quiso que el muchacho se quedara tras él. El caso es que en cuanto vio que se acercaba al caballo para cogerlo de la brida y dejarle el paso libre, le dijo:

“—Pobrecito muchacho..., descansa..., descansa en paz..., aunque no me alcances...

“Y en menos de que te lo cuento, le dio un balazo en la cabeza. El muchacho cayó sobre las lajas y se fue rodando hasta el barranco. Desde entonces el que se cansa, se aguanta...”.

—Me parece —contestó Tiburcio, después de meditar un rato— que lo que tú querías era darme un consejo...

\*

Cuando anocheció, la columna se puso en marcha. Todos fueron instruidos sobre lo que debían hacer: seguir al de adelante sin perderlo de vista, no hablar, no encender lumbre para fumar, hacer el menor ruido posible. El de adelante se guiaba por una estrella que Villa le había indicado; era el ruido del arroyo de los Nogales, que había de seguir en línea recta para irse exactamente por la mitad, entre la caballería de Bustillos y la tropa que había en San Antonio. Los demás debían seguir al guía, de cuatro en fondo. Total, una correa de hombres y caballos, de poco más de un kilómetro.

Desde que se metió el sol, comenzó a soplar viento del rumbo de la sierra. Se veían luces en la estación y en la hacienda; resonó la campana de la capilla, alarmando a Villa, quien temió que se le hubiera descubierto y que fuera el tañido una señal para que las tropas se movilizaran. Entonces el jefe corrió la voz de que todos se echaran al trote. El llano volvió a quedar en calma, sin más ruidos

que el bramido de alguna res suelta, largo y quejumbroso como clamor de hombre herido, y el zumbido del viento.

Contreras había vuelto a montar al muchacho en las ancas de su caballo, y Tiburcio, que no tenía en qué montar, iba corriendo a trote de indio, a la mitad de la columna, dispuesto a no dejarse adelantar por ningún jinete. Sin embargo de que estaba viejo, su constitución poderosa dominó la fatiga de la marcha, y trotaba sin pisar en falso, rítmicamente, respirando a compás. Los jinetes hacían más ruido que él, porque siempre traían algo que tintineaba en sus monturas, algo que chocaba contra los fusiles amarrados bajo el muslo, que vibraba en los estribos o golpeaba en la cabeza de la silla.

En una hora llegaron a la vía del ferrocarril. Uno echó mano al lazo y arrojando la punta sobre los alambres del telégrafo, que vibraban como si llevaran dentro un canario que no tuviera sino un solo trino, dio un tirón tan fuerte haciendo arrancar su caballo, que los hilos cayeron a tierra.

—Por las dudas —dijo.

Los que venían atrás le preguntaron:

—¿No quiere que le metamos mano a la vía coronel?

—No vale la pena. Si ponemos lumbre a algún huacal, luego se nos vienen encima, y otra cosa que pudiéramos hacer no duraría mucho descompuesta.

Pasaron sobre los rieles; estaban en el sitio preciso en que podía cerrarse la tenaza. Nada se movía a un lado u otro, pero la vía daba sensación de peligro, pues había enemigo a cada flanco. Como a doscientos metros resaltaba en la oscuridad la sombra cuadrada de una casa: la estación de Llano, oscura y silenciosa. Veinte hombres fueron destacados para ver si había alguien o alguna cosa aprovechable, pero también con la recomendación de no prender fuego a la caseta, y volvieron diciendo que estaba vacía, rotas las puertas y las ventanas. Por ahí había pasado ya la guerra.

Tiburcio levantó la cabeza y contempló el cielo. En cuanto quedó atrás la vía, el jefe dio orden de marchar a paso largo y el único infante de la columna descansó. Mirando hacia arriba, se borró de su mente la partida de villistas, la llanura, el hijo que iba tras la silla de Contreras, prendido de los tientos. Arriba nada había cambiado: los “Tres Reyes” exactamente sobre su cabeza, y a un lado el “Carrito”, con una cruz de estrellas en la punta de la lanza. Así lo había visto la noche anterior, cuando en la puerta de su cabaña rumiaba la

idea de volver a ser soldado de Francisco Villa; detrás de él los muchachos aprendían a rezar, y cuando terminaban, la mujer le llamaba al lecho, gruesa capa de paja bajo el cobertor; los muchachos roncaron tendidos bajo una misma manta en inocente promiscuidad, y él sintió a su mujer, trazándole una cruz con los dedos en mitad de la frente cansada, mientras terminaba su oración: “Mas líbranos de todo mal, amén”.

—Viejo, que te vas atrasando...

En efecto, Contreras y el muchacho iban ya muy adelante. A trote largo les alcanzó cuando la vanguardia llegaba a la orilla de la laguna inmóvil y lechosa, que parecía un enorme lienzo blanco tendido a secar sobre el zacatón de la pradera.

Siguiendo la margen cubierta de lama espesa, los rebeldes continuaron la marcha hacia el norte. En la oscuridad era difícil distinguir siluetas. Se les siente como si fueran partes de una cadena inquieta y vigilante: cada eslabón avanza arrastrado, y a su vez, arrastra. A veces, una estrella se refleja en el espejo combo de un cañón de fusil y parece una luciérnaga revoloteando entre los caballos.

El silencio de todos agobia: parece que es una caravana de duendes que habría de desaparecer al menor ruido de alma viviente. Cuando alguna mula de la impedimenta, cansada y adormecida, se sale de la línea y penetra en las aguas quietas, chapoteando, un jinete la hace volver a golpes de cuarta, sin una palabra, sin un grito. Y cuando alguno de los hombres que camina encorvado extiende los brazos y arroja, como desperdicio, un bostezo a los lados, atrás y adelante, le cercan los siscos como vuelos de avispa.

Debe haber pasado la media noche y la laguna se ha quedado atrás, pálida y muerta. Una hora después, la columna, sin encender fuegos para calentar alimento, acampó en la hacienda de Rubio.

## **Trenzados**

Al día siguiente Villa mandó llamar a Tiburcio, y mientras la columna trotaba hacia el norte, rumbo a El Carmen, por el camino de rueda, lo hizo marchar a su lado.

—Mira, viejo —le fue diciendo—, yo no quiero que te vayas a poner de malas conmigo por lo de ayer. Palabra de hombre que lo que quise fue quitarte de ir sufriendo todo este camino. Ahorita

irías pensando: “Mi mujer..., mi mujer...”, y cuando entráramos a los trancazos se te doblarían las corvas. Te lo digo por experiencia: yo he dejado muchas mujeres, y a punto cierto no sé cuántos muchachos tengo, y siempre ando medio preocupado pensando que los carrancistas van a tomar con ellos su desquite. Tú, ahora, estás tranquilo, porque sabes que a tu mujer no le puede pasar nada malo...

Tiburcio le miraba y le miraba, sin poder apartar de él la vista. Al hablarle, Villa no parecía interesarse mucho en él: iba vigilando el avance de la columna y al caminar balanceaba el cuerpo al paso de su caballo. A ratos, el antiguo León tenía ganas de echarse la carabina a la cara y soltarle un tiro, pero luego fue cambiando de parecer al oír la voz del jefe, cansada en ser amable.

—Ahora imagínate —le seguía diciendo el cabecilla— que un día se te sale un tiro, y como pegarle a cualquier otro, me pegas a mí y me rajas la mollera, y que te devuelves a tu rancho. No encontrarás a tu mujer, y entonces dirás: “¿Qué salí ganando con matar al jefe que me quería tanto?”. Te pondrías a llorar, y en cuantas horas te quedaran de vida te lamentarías de haber sido torpe y no haber apuntado para otro lado. Y dirías: “Por mi culpa siguen oprimiendo al pueblo, porque mi general Villa era el único que podía haberlo libertado...; pobrecito de mi general, tan buena gente que era...”.

La voz de Villa se fue haciendo llorona, él siempre fue muy fácil de emocionarse, como esos borrachitos que no soportan una mala cara, que lloran y se abrazan, jurando amor eterno. Tiburcio también padecía de la misma debilidad de corazón, y poco a poco se fue enterneciendo.

—No mi general, se lo juro...

—Espérate tantito: cualquier día te dicen quesque dan cincuenta mil pesos al que me mate o me entriegue. Es cierto, los ofrecen, pero más vale un toma que cien te daré: no creas que al que se presente diciendo que me ha matado le van a aflojar luego las platas. A lo mejor no las dan ni aunque lo pruebe con mi cabeza, que es por la que dan cincuenta mil pesos, creyendo que el resto de mi cuerpo no vale nada. Luego te inventan la mentira de que tú mataste a cualquiera en algún lado, y te dan tu agua. Y cuando te vayan a matar pensarás: “¿Para esto eché a perder yo mismo a mi general Villa, que era mi amigo, y que me quería como un hermano?...”.

Tiburcio no aguantó más: se prendió de la pierna del cabecilla, abrazándola y apoyando la cabeza en el muslo; las lágrimas que le salían en cataratas empapaban el pantalón del jinete. Ni el caballo ni el hombre dejaron de caminar y así marcharon un buen rato. Tiburcio hacía promesa tras promesa; él era fiel a su general y siempre lo había estado esperando; a su hijo, el chamaco que Miguel Contreras llevaba enancado, él le había enseñado siempre a ser villista, y los dos se dejarían despellejar por su jefe, harían lo que él quisiera. Si les desconfiaba, mejor era que en ese mismo momento le diera un tiro ahí en la cabeza, sin que él lo viera, para no tener el dolor de darse cuenta de que su jefe no le creía...

—Está bueno..., está bueno...; te creo. Te voy a dar un animal, y desde ahora andas en mi escolta.

En efecto, al mediodía hicieron un descanso, y Villa fuese hacia una de las mulas que llevaban cajas de parque en sus lomos. Abrió dos cajones de cartuchos para carabinas, los repartió y cedió la mula a Tiburcio para que caminara.

—Ya te han de estar doliendo las patas... Móntate en esta mula, mientras te conseguimos un buen caballo, que valga cuando menos quinientos pesos.

Le llenó la cartuchera de parque, lo abrazó y dio orden de continuar la marcha.

La mula no llevaba silla de montar, sino un aparejo de cuero seco, anchísimo, en el que Tiburcio tenía que estar con las piernas tan abiertas como si abarcara dos caballos a la vez, pero peor era andar a pie: se acomodó lo mejor que pudo y alcanzó a Miguel Contreras.

—Ahora sí, déjame cargar al muchacho —le dijo, y haciéndolo, los dos cupieron cómodamente. Después refirió a Contreras, muy satisfecho, todo lo que le había dicho su general Villa.

—Ya ves, pues eso va diciendo a cada uno. *El Viejo* es muy lanza. Ya nomás falta que a la noche te trencen.

—¿Qué es eso?

—Ya verás: va a venir uno del Estado Mayor y te dirá: “Tiburcio, tú tienes toda la confianza del jefe, que me manda para que te dé comisión; aquí viene uno que tiene ganas de pelarse; te vas a juntar con él y vigilas para que no se escape. Si se te pela, el general se enojará contigo y quién sabe cómo te vaya”.

—¿Y eso qué tiene de malo?



—Que lo mismo les ha dicho a los otros; tú los vigilas a ellos, pero ellos te vigilan a ti, y hay otra trenza que los está vigilando a usted tres, y así, de trenza en trenza, hasta los meros gallones de toda su confianza...

—Tú exageras, lo mismo que con el cuento del muchacho que se cansó en el camino.

Contreras no le hizo caso, azotó su caballo y se adelantó al galope corto.

\*

Con el muchacho tras él, abrazado a su cintura, Tiburcio se zambulló en el silencio, como los otros. Le sorprendía ese recogimiento de la multitud; se extrañaba de que cientos de hombres que estaban unidos, quizá por toda la vida, marcharan uno al lado del otro, indiferentes, envueltos en sí mismos, mutuamente hostiles. ¿Era el resultado de una orden del jefe u otro motivo lo impone? Él no comprendía por qué, en el momento de ponerse en marcha, la tropa que en el descanso fue ruidosa, jovial, animada, enmudece. ¿Es acaso el temor de atraer con una voz el peligro, el combate, la muerte? Quizá, porque al avanzar, todos acechan, todos vigilan: sus miradas se dispersan por el paisaje, temerosas de ver levantarse una polvareda o un penacho de humo, esperando percibir cualquier movimiento de los ramajes que indique presencia de hombre. No descansan en vigilar, giran sus cabezas a un lado y otro, quisieran violar los troncos de los árboles para saber si tras ellos se parapeta el enemigo, o estrujarles las copas, para descubrir si hay en ellas algún vigía encargado de hacer la señal para que se les ataque.

Todo eso lo siente Tiburcio en la inquietud de la tropa y en el silencio, pesado como una caja de parque. Comprende que sus compañeros de hoy quisieran tener un ojo de cada lado, sobre las orejas; ser del color de la tierra, y tan pequeños, que el zacatón pudiera ocultarles. Es que todos se sienten en terreno enemigo, y Tiburcio recuerda que tres años antes en aquellos contornos todo era villista: tierra y aire, hombres y cosas. Entonces se cabalgaba alegremente, confiadamente, sabiendo que en haciendas y pueblos tenían siempre amigos, auxiliares y compañeros.

—Es cierto —pensó—; pero entonces éramos el ejército constitucionalista y peleábamos contra la usurpación. Ahora, ¿qué somos?

Algunas caras lo decían; tampoco eran las mismas, porque muchas de éstas tienen algo de trágico. Viendo a ciertos hombres de la columna, con sus miradas inquietas y torvas, sus recelos, sus gestos de odio, sus cicatrices, cabía preguntarse si eran luchadores que van voluntariamente hacia la muerte por una causa popular o prófugos para quienes la libertad existe sólo en los desiertos y que defienden su vida como bestias perseguidas.

—¿Somos soldados o somos...?

El pensamiento de Tiburcio se detuvo asustado al borde de la palabra. Retrocedió y fue a dar otra vuelta pausadamente, como involuntariamente, sobre el mismo precipicio. “Parece que la luz les hace mal, que el día los descubre, que el sol los vigila y los delata”. ¿Por qué no se extiende la noche, se alarga en horas, hasta hacerse eterna? En las sombras está la seguridad, la confianza, la protección. La tiniebla los circunda, los estrecha, los abraza como amigos, los ama como hermanos, porque sus espíritus son también sombras, y sus pensamientos, sus propósitos, sus pasiones, sus vidas, en fin, sombras..., sombras. Adonde ellos van todo lo sumergen en una oscuridad eterna. Son una mancha, son un caos. Llevan dentro de ellos mismos, viviendo, la muerte.

Recordó: La División del Norte, batallones, regimientos, artillería, trenes, ciudades. Por fuera, todos los hombres iguales de aspecto: el uniforme. Por dentro, iguales en acción: la disciplina. Millares, triunfos. Rodeaban las ciudades por más grandes que fueran, inundaban las llanuras por más extensas. Se moría arrojando entre los borbotones de sangre gritos de entusiasmo. Se caía viendo a los otros avanzar. Antes de nublarse para siempre, los ojos quedaban deslumbrados por la victoria. En derredor, la admiración del pueblo, el estímulo, la caricia.

Observó: La columna rápida, pero pequeña; únicamente jinetes, nada más fusiles. Les rodea el desierto, les cubre el silencio. Por fuera, todos los hombres iguales de aspecto: miseria. Por dentro, todos iguales: despecho, odio. Unos cuantos. La derrota, la persecución. Se huye de los pueblos por más pequeños que sean, se evita la pradera, porque en ella aun esa mísera columna es notable. El silencio es índice de temor, de inconformidad. El que caiga quizá verá a los otros abandonarle y huir para salvarse. En derredor, la animadversión de los campesinos, ahora organizados en las Defensas Sociales; la hostilidad, la lucha, el golpe.

El pensamiento de Tiburcio se despeñó hacia el abismo:

—Somos bandidos.

¿Todos? ¡No! Pero hay una señal que los iguala, una marca que les distingue de los otros hombres, que los separa, que los detiene. Son cuerpos para la horca. Cuando se les rodee, cuando se les venza, cuando se les capture, morirán. El que no huya, el que no escape, penderá del ramaje, y quien le vea se complacerá, descubriéndole en la frente el signo, la palabra. No todos lo son, pero el que caiga no tendrá tiempo de decirlo ni de implorar clemencia.

—Está bien. No pediremos perdón. ¡Nos defenderemos! ¡Mataremos!

“Somos bandidos...”.

¿Todos? ¡No! ¿Por qué dudar que haya en la tropa que se desenrolla por el camino polvoriento otros como él, que fueron a la lucha impelidos por el sentimiento común, en muchos de ellos nunca definido, de buscar un mejoramiento general de la gente del campo? ¿Que se presentaron con su caballo y su rifle al jefe revolucionario más próximo, ofreciendo su vida y su sangre para derribar un gobierno levantado sobre el crimen? Ellos, que no robaron, que no asesinaron, que no aprovecharon la lucha para enriquecerse, ni violaron mujeres durante los saqueos que realizaban las turbas hambrientas, que no ejecutaron prisioneros ni incendiaron hogares, ¿por qué han de ser..., por qué han de ser “lo que son los otros”?

Si han matado, fue en combate y por la necesidad misma de la lucha, sin odio para el soldado del otro frente, a quien se apunta y se derriba. En justicia, no se les puede llamar, pues, bandidos.

—¿Entonces por qué andamos aquí?

En otros tiempos, cuando el que ahora viene al extremo posterior de la cadena tuvo en sus manos el poder, el triunfo y el dinero, todo lo repartió; unos recibieron grados; otros, honores; otros, oro. Cuantos le siguieron lograron mucho, porque mucho había, y con altos puestos y dinero adquirieron todo lo que podía satisfacer su cuerpo y su espíritu. Y luego, él fue vencido, cayó y vio a los suyos dispersarse, abandonarle, perseguirle, dispararle. Los que no dejaron adulación oculta, los que se inclinaron ante él, se irguieron al verle en derrota y le fustigaron, buscando para denigrarlo los más insultantes vocablos.

Y él se rebeló, hostigando al que logró tener bajo su garra implacable. En su desengaño se desarrollaron con intensidad espan-

tosa el odio y la ira, la crueldad, el deseo de venganza. Y cuando toca, mata; cuando insulta, derriba; cuando mira, inmoviliza. Su odio tiene la fuerza que antes tuvo su División: sepulta llanuras, hace temblar montañas. A su solo nombre las ciudades se encogen dentro de sus trincheras. En donde brilla un incendio, resuena un disparo o un cadáver se descompone, se cree ver la obra de su venganza, se cree sentir el peso de su garra. “Tengo el honor de informar a usted —decía un general a quien pidieron noticias del paradero del rebelde— que Francisco Villa se encuentra en todas partes y en ninguna”.

Entonces es cuando él necesita de los hombres a quienes conquistó no con altos puestos, no con oro, sino con una mirada, una palabra o una buena acción que él mismo no recuerda, de tan pequeñas que fueron. Le siguen quienes no dejaron su nombre escrito en el arco de triunfo del ejército constitucionalista, los que no pusieron su cooperación a precio, los que no vendieron su lealtad como un tasajo.

Y el odio de él los ciega, la sed de venganza de él los atormenta.

Están en llanura, cae la nieve, tienen hambre. Pasa un tren, lo detienen, quitan a los pasajeros su ropa, comen unos cuantos bocados y se van.

¡Fuera de la ley!

Llegan a un pueblo, piden comida, se la niegan, la toman a la fuerza.

¡Fuera de la ley!

Pasan por una hacienda, les disparan de los pretiles, y en represalia queman la casa.

¡Fuera de la ley!

Para que no tengan qué comer, un general se lleva todo el ganado para su hacienda, allá lejos. Ellos destruyen puentes, levantan rieles.

¡Fuera de la ley!

Al que prenden, sin más trámite, lo ahorcan. Eso es estar fuera de la ley.

—Está bien...; de aquí a que nos cuelguen, tronarán nuestras carabinas.

¿Por qué están ahí? ¿Por qué huyen, por qué pasan hambre, caminan bajo la nieve y cruzan los desiertos? ¿Por qué arrostran la lucha con la masa enorme de enemigos? Si se presentan al gobierno diciendo: “Nos equivocamos y estamos dispuestos a perseguirle”,

los admitirían, les darían dinero y los soltarían como perros de presa a acosarlo, porque conocen su olor y su huella, y lo rastrearían sin fallar.

Entonces se abriría la ley como una puerta y ellos pasarían dentro.

—Está bien, pero somos fieles a Francisco Villa.

—¡Es el más terrible de los asesinos —dicen los que hace dos años se aprovecharon de sus triunfos y ahora le vilipendian—, es la vergüenza de México, el azote del norte, el asco del mundo! ¡Roba, asesina, asalta, destruye, incendia, arrasa! ¡Roba al extranjero, pone al país al borde de la guerra internacional, arruina la patria, y donde pisa, la huella de su pie se llena de sangre!

—¡Está bien, pero somos fieles a Francisco Villa! ¡Estamos dispuestos a morir por Francisco Villa!

El instinto de peligro ligó a Tiburcio con los demás hombres de la columna, lo trenzó con todos y cada uno de ellos, y él, que no lo era, se volvió bandido.

\*

En la hacienda del Carmen, para descansar y para adquirir carne seca, maíz, piloncillo y otros alimentos; para esperar los guías que habrían de informar sobre los actos del enemigo, la columna acampó. A Tiburcio, que quitaba los aparejos a su mula y la apersogaba, se acercó un oficial de la escolta, y pasándole el brazo por los hombros, a media voz, le dijo:

—Óyeme, viejo, vas a entrar en la escolta porque el jefe lo ordenó; pero mientras la reorganizamos tendrás esta comisión: hay aquí dos vales a quienes les desconfiamos, porque parece que se quieren desertar. Tú comprendes: es gente que raja pronto. El general quiere darte una prueba de confianza: te vas a juntar con ellos y los cuidas que no se escapen. Y no los pierdas de vista, porque si uno se huye, ya sabes cómo es el jefe, que de cualquier cosa se encorajina y hace una barbaridad...

—Bueno; los cuidaré.

El oficial hizo una seña a dos hombres que avanzaron hacia Tiburcio, mirándole fijamente.

## Los duraznos

Tiburcio comprendió que desde ese momento él era a la vez preso y carcelero, pues no dudó que aquellos dos compañeros, atados como él a la misma cadena, hubieran recibido la misma consigna: vigilar, vigilar. Contreras no había mentido y seguramente que él también estaba trenzado. ¿Con quiénes? Él podía adelantarse y retrasarse libremente durante la marcha, yendo a charlar con unos y con otros en los descansos, y en la tarde de la espera frente a Bustillos nadie fue a interrumpirle cuando, a la orilla del arroyo, tomó a Tiburcio como confidente. “Le habrán estado vigilando desde lejos”, pensó, y luego, al ver a sus dos guardianes —sus dos presos— terminando de desensillar, fuese hacia ellos y les habló:

—Nos va a tocar andar juntos, soy Tiburcio Maya.

Se le quedaron mirando; uno tenía anteojos con filo de oro, de gruesos cristales, y vestía pantalón de montar y botas fuertes; el otro era un ranchero gordo y pequeño, sucio y harapiento. Le tendieron las manos.

—Mucho gusto. Yo soy el teniente coronel Balboa, antiguo federal que ahora hace de soldado. Ya ve usted lo que son los cambios de la suerte: ingresé en la División del Norte para prestar mis servicios como ingeniero; se fueron unos tiempos, vinieron otros, y como en esta columna no tiene nada que hacer un especialista en fortificación, me han degradado...

Se detuvo mirando receloso a Tiburcio y al otro hombre, a quien puso amablemente la mano en la espalda.

—No vayas a creer que me quejo, Celestino; por el contrario, estoy muy honrado en demostrar en esta forma mi respeto por el señor general Villa, a quien tengo tanto aprecio como tú.

Celestino rió estúpidamente, mostrando una dentadura cubierta de sarro, verde, como si fuera una hoja de encino metida entre sus labios boludos y largos.

—Da lo mismo. Queras o no queras, te aguantas. Te metiste de villista y te tendrás que morir de villista. ¿Verdad, viejo?

—Para eso estamos.

—Arreglados que sí. Ora llévense los caballos pa l’agua. Yo den- de aquí me los voy tanteando...

El teniente coronel fue tirando de los dos caballos hacia los abre- vaderos, que formaban un cuadro al centro de la plazoleta situada

frente a la casa grande de la hacienda. Un pozo abierto en medio se dejaba sacar el agua en grandes cubetas. Bebían las bestias y bebían los hombres, aglomerados, disputándose los huecos a empujones y palabrotas. Algunos metían la cara en el agua para beber y quitarse el polvo al tiempo mismo. Chapoteaban los caballos en los charcos formados alrededor de los bebederos y rechinaban las poleas del pozo al elevarse los cubos.

Mientras el antiguo oficial del ejército esperaba pacientemente que se despejara algún sitio para meter sus animales, Tiburcio le alcanzó.

—¿Por qué se deja usted mandar así? Lo justo es que cada quién traiga su caballo...

—No grite, no grite... Usted no sabe lo que es esto: no es un ejército, sino un infierno. Sé que le puedo hablar y que no me traicionará; cuando menos, todavía no está usted viciado...

Como distraídamente volvió la cabeza y distinguió a Celestino, sentado en las trancas de un corral, observándolos. Hizo como si arreglara la jácquima de uno de los caballos, les sobó la panza, y cuando ocultaba la cabeza, inclinándose tras las bestias, proseguía su lamentación a pedazos.

—Es un espía, ¿sabe?... Pobre caballito, estás muy trasijado. Cuenta lo que uno dice y lo que no dice... Tengo que coser este estribo. Al que estaba antes que usted en nuestro grupo... ¿Hasta cuándo acaban de beber tus sardinas, cacarizo? ¿Quieres engordarlas a pura agua...? lo mató el jefe... ¿Que saque yo agua? Saquen ustedes, que yo lo haré cuando me toque. ¿Qué dices? ¡Lo serás!

Cinco o seis bestias se saciaron y levantaron las cabezas, derramando líquido espumoso entre sus belfos lacios. Balboa llegó hasta la canal del abrevadero y tras él Tiburcio.

—¿Por qué lo mató?

—¡Ora, tú! ¡Un chorrito de agua para estos pobres caballos!... Un chisme, señor; puras mentiras. Veníamos de Durango, y una noche, el pobre Macario... Todos nos quejábamos porque habíamos hecho una jornada de treinta leguas, quizá más, y dijo: “Ya estoy... de esta vida”. Nos dormimos y a la mañana siguiente lo voy viendo colgado... ¡A ver, imbécil; déjame sacar yo ese cubo!

Tirando de la reata, el rechinido de la garrucha dominaba su voz, que era delgada y opaca, como la de un moribundo. Al hablar a

Tiburcio miraba para otro lado, disimulando a la vigilancia suspicaz del espía.

—¿Qué crees que me dijo este Celestino? “¿Lo vites, pelón? Tenía la lengua tan larga que se le salió del hocico”... ¿Quién más que él puede haberlo delatado? Ahora, cuídate tú, viejo... Ayúdame, lléname mi caramañola mientras le llevo su caballo a Celestino; después me la das.

Se separaron, y al oscurecer, Celestino se acercó a Tiburcio.

—Epa, viejo, no te me andes escondiendo. Vente conmigo, que ya tenemos nuestro agujero. ¿Qué te dijo el pelón cuatroojos cuando estuvieron hablando?

—Me estaba contando que cuando era federal tenía un caballo prieto...

Caminó unos cuantos pasos, repugnándole estar junto a aquel hombre.

—¡Párate ahí —le dijo Celestino—; dime qué te dijo de mí!

—Ni jota.

—¿Por qué volteaba pa donde yo estaba?

—Pregúntaselo.

—Ora, ora, ponte águila. Si ese pelón se larga, te va mal.

—¿Por qué a mí y no a ti?

Celestino se rió con su risa verde y se ariscó el sombrero con ademán insolente.

—A mí me hacen lo que el aire a Juárez...

—¿Por qué a mí?

—¡Porque sí! Porque los dos están arreglándose para pelarse.

—¡Mientes!

—¡Tu abuela!

Tiburcio quiso echársele encima, pero él empuñó la pistola, aunque sin desenfundarla.

—Sosiégate, viejo, y no me andes jalando las barbas porque te arrepientes. Cuela, vámonos a dormir. Y no se te olvide que conmigo poco y bueno...

El viejo bufaba. ¡Perro, lambiscón! ¿Quién era él para quererlos tratar como andrajos? Al día siguiente iría ante el general Villa para pedirle que le quitara a ese compañero, porque él estaba fuera de toda sospecha y no quería tener espías encima. ¿Alguna vez se acostumbró eso en la División del Norte? Con los puños duros y las quijadas trabadas llegó a su sitio de campamento. Era un extremo



del portal de la casa grande. Todo el cobertizo estaba invadido por hombres que dormían. En la sombra se levantó una cabeza.

—¿Eres tú, padre? Te me perdiste.

—Sí, hijo, duérmete.

Se tendió entre el muchacho y el exfederal, que roncaba como un fuelle. Del otro lado, con la pistola pegada a la cara, Celestino se dispuso a dormir.

—Buenas noches les dé Dios.

—Buenas.

\*

A puntapiés y a gritos fueron despertados.

—¡Arriba, arriba, ahí vienen los changos!

El campamento hirvió en una confusión tremenda. Oscura la noche, los hombres se lanzaron hacia los corrales, donde habían dejado sus bestias, a buscarlas a tientas y a ensillarlas. Unos las encontraban pronto y salían con ellas al galope por los portones, empellando a los infantes que entraban en busca de las suyas. Como borbotones, los gritos estallaban en todas partes.

—¡Aquí los del primer regimiento! ¡Ora, muchachos! Aprisa, aprisa!

—¿Quién avisó?

—Mendoza vino volando desde Rubio.

No había en la tierra ni una luz, en el cielo ni una estrella. Hombres y bestias se agitaban en una oscuridad espesa y hostil. Se espantaron los caballos y varios rompieron sus amarres, se separaban de manos, montaban sobre otros caballos, cocebaban a los hombres...

—Aprisa, aprisa.

—¿Pa dónde salimos?

—Quién sabe...

—¿Dónde está el jefe?

—Quién sabe...

—Mi caballo...

—Agarra el que encuentres; los demás harán lo mismo.

A la puerta del corral un grito dominó aquel estrépito...

—¡Cinco minutos para juntarse frente a los álamos grandes!

Salieron todos, apretujándose para trasponer primero la puerta. Pocos montados; los más, tirando del ronzal del primer caballo que encontraron a mano, ensillado o sin ensillar, propio o ajeno.

—A la derecha, a la derecha...

La masa se desparramó volcándose corrales afuera, a todo correr, hacia los álamos grandes. Al último, y sorteando sombreros abandonados, sarapes tendidos entre la majada, estribos desprendidos de las monturas, salieron Balboa y Celestino, Tiburcio y su hijo. A los gritos de peligro, el espía había tomado a cada uno de los otros dos hombres por el brazo, y sin dejarlos desprenderse de él, los había guiado, entre la muchedumbre desorganizada, hasta el pesebre donde estaban pastando sus bestias; les vio ensillar, montó primero, y los hizo caminar por delante.

—Epa, ciego —gritó a Balboa cuando hubieron salido—. Se me afigura que tú les echaste a los changos el soplido pa que vinieran... Voy a decírselo al general...

El antiguo oficial pareció no oírle y echó a galopar tras de los otros grupos, entre un polvo grisáceo. Cuando llegaron a los álamos no quedaban ahí sino unos cuantos hombres gritando órdenes:

—¡Al norte, por donde puedan! No pasen el río, déjelo a la izquierda; cárguense a los cerros hasta que divisen Namiquipa...

—Ya semos los últimos —dijo Celestino.

—¿Seguro?

—Sí, mi general —contestó reconociendo la voz.

Bajo uno de los álamos se veía una silueta de jinete, más alta que las demás, con tres hombres de cada lado.

—Jálenle, pues...; sin zumba.

Por la pradera, cuatrocientos jinetes se dispersaron al galope. Algunos caballos pisaban en falso en la sombra y se volteaban, echando a su jinete hacia adelante. Los villistas ya no proferían ni un grito; sólo se oía el golpear de las armas sobre las monturas y el retintín de los herrajes. En un galope rítmico la tropa fuese desenvolviendo hacia el norte. De la tierra fue desprendiéndose un humo gris, como polvareda. Se comenzaron a señalar los perfiles de las montañas y las copas de los árboles, como hombres altísimos, embozados en negros sarapes, que inmóviles, estuvieran observando la extraña cabalgata. Canto de gallos saludó el alba desde algún corral cercano, mientras a la retaguardia, en las inmediaciones del casco de la hacienda, algunos disparos rompieron el aire.

—Le estarán tirando a nuestra bazofia —gruñó Celestino, volviendo la cabeza.

Tras él parecía avanzar a saltos un pájaro enorme: una masa oscura se elevaba sobre la tierra y volvía a caer, acompasadamente. La rodeaba un halo de polvo que hacía resaltar los perfiles: siete bultos, separados arriba por la claridad, unidos abajo por la sombra.

La pradera se fue estrechando: por un lado, un río angosto hundido en tierra como una cicatriz; por el otro, unas colinas pedregosas, cubiertas de mezquite. La aglomeración de rebeldes se fue adelgazando, se estrecharon los huecos entre jinete y jinete, se alargó hasta parecer una flecha, y siguió avanzando. Repentinamente, como un fogonazo, amaneció.

Fue una marcha de todo el día. En ocasiones, cuando se llegaba a alguna arboleda que brindara sombra y que emboscara, Villa daba órdenes de descanso por veinte minutos, por media hora, y luego otra vez la carrera. Los caballos resoplaban como locomotora cuesta arriba, abriantando su pelaje con un sudor tibio, y su galope se fue haciendo más lento, hasta que, a ratos, lo interrumpían para entrar en trote largo.

Abrazado a su padre, el muchacho se quejaba. “Ya me cansé, tata”, y el viejo lo consolaba prometiéndole un alto de día y noche. A veces sentía que los brazos del hijo, apretados sobre su pecho, se iban aflojando, resbalando. “¡Epa, no te duermas!”. El muchacho refunfuñaba y apretaba las piernas en el aparejo.

Pasado el mediodía se vio una polvareda al norte, y el jefe se adelantó: “Han de ser los defensos de Namiquipa”, dijo, y dispuso que la columna se desviara hacia el noroeste, rumbo de Santa Clara.

—No han de ser muchos, mi general, podemos atacarlos...

—Hombre desconfiado vale por dos. Mientras no sepamos cuántos son, es mejor sacarles el bulto, porque si les entramos, puede que a lo mejor del cuento nos caigan por la cola los que vienen de Bustillos...

Al cambiar de ruta, la marcha de los villistas se hizo más difícil: tenían que atravesar en diagonal varias líneas de colinas, cada vez más altas. Los caballos daban frecuentes malos pasos, los hombres aflojaban las piernas doloridas y botaban sobre las monturas, como principiantes. Sin embargo, no hubo órdenes de ir al paso y continuó la carrera, ya lánguida y pesada.

Una larga cañada abrió la boca, mostrando su cuello que se alargaba en la dirección de la marcha, y la columna se precipitó dentro, para descansar de tanta subida y bajada.

—Ora sí, muchachos, váyanse al pasito.

A un flanco, en los cerros que se tendían paralelos al cañón, y como a tres kilómetros de distancia, un jinete, al parecer solitario, recorría, en la misma dirección que los villistas, el filo de aquellas vértebras de piedra. Desaparecía para volver a asomarse centenares de metros más adelante, y nadie se fijó en él.

Al extremo de la cañada había un rancho llamado “El Piojo”. Eran dos casas vacías y un huertecillo en el que dos viejas, que apenas podían moverse, estaban inclinadas entre las matas. Sobre las lechugas y los nabos, un árbol de durazno, solitario y alegre, abría sus ramas florecidas en un diluvio de pétalos amarillos y rosados; desnudo de hojas, perfumado y esbelto, el árbol se bañaba en la frescura de la tarde, y bajo su sombra acariciante, como mano de mujer, las viejas vieron pasar la columna. Toda ésta se desenvolvió en el dorso de una colina cubierta de palmas y a poco rato desapareció tras el perfil redondo batido por el viento.

Un jinete se regresó hacia el rancho en los momentos en que aparecía por el otro extremo un grupo de catorce o quince hombres montados, que parecían ir siguiendo los pasos de la caballería villista; el rebelde titubeó un momento y luego se dirigió hacia el huerto a galope largo; llegó hasta las mujeres cuando los rancheros del grupo disparaban sus armas contra él; sobre su cabeza se tejió una red de peligro que descendía y se estrechaba; alguna bala atravesó el plumaje rosa del árbol y unos cuantos pétalos cayeron revoloteando como mariposas.

El hombre quedó casi cercado y a tiros los otros le aseguraban ser sus enemigos.

—¡Oigan, viejas! —gritó—. ¡Tapan ese durazno porque a la noche va a helar!... ¡Quiero comer fruta de él en septiembre!

Y luego, como un proyectil que llevara adentro su propio impulso, subió la cuesta seguido por las detonaciones y se perdió tras la loma, hacia los suyos. Era Francisco Villa.

\*

Dos veces más tirotearon los miembros de la Defensa Social de Namiquipa a pequeños grupos villistas destacados de la columna para contenerlos, mientras el resto avanzaba hacia la noche, trabándose escaramuzas en las que hubo muertos de los dos bandos. Al replegarse los defensos, volvieron a la columna los rebeldes de la retaguardia, trayendo cuatro muertos atravesados en los respectivos caballos.

Balboa tiraba de un animal en que se veía, como si fuera costal de harina medio vacío, un cadáver, doblado y colgando.

—Le dieron, mi general —dijo, cuadrándose militarmente ante Villa en una forma implacable, y señalando el despojo sangriento.

—Ya le tocaría, porque nadie se muere la víspera.

A flor de tierra, para no perder mucho tiempo, enterraron los cuatro cuerpos, y la tropa continuó su marcha.

En un caballo que tenía manchas de sangre en la silla y en el lomo, caminaba Tiburcio en medio de su hijo y de Balboa.

—Oye, pelón —dijo el viejo al ingeniero—, ¿te fijaste que Celestino tenía un balazo en la nuca?

Balboa no contestó. Parecía temblar. Cerró los ojos, pero los gruesos cristales de sus lentes llameaban como si tras ellos crepitara un incendio. Parecía que esos fulgores eran reflejos del sol, que también estaba ardiendo, medio hundido en la montaña.

Por la noche, la helada cayó repentinamente, como Celestino.

## El gran suceso

Tiburcio, rumiando alguna idea imprecisa, cabalgaba en silencio tras el hijo, que montaba el caballo de Celestino, aún manchado de sangre en las ancas, donde los pelos rojizos se habían apelmazado en una costra cubierta de polvo. Y más adelante, el exfederal Balboa se balanceaba, enigmáticamente silencioso.

*El Viejo* no lo perdía de vista: fijaba en él la mirada constantemente, abstraídamente, como si todo pensamiento se le hubiera escapado. Al sentirse observado, el teniente coronel acortó el paso de su cabalgadura hasta quedar a la altura de Tiburcio, y los dos siguieron avanzando en medio de la columna silenciosa, tan callados como los demás. Y Tiburcio dejó caer entonces su vista indiferente sobre las manchas de sangre en el caballo de Celestino.

Por la noche, Balboa le habló. Estaban de centinelas a la entrada de una calzada de fresnos, recta hacia el casco de la hacienda en que habían acampado.

—Tiburcio, ¿es usted rencoroso? Yo, no, créame. —Alargó el brazo, dejando caer la diestra sobre el hombro del viejo—. Lo digo por Celestino: ahora que él se ha quedado atrás, mi espíritu se eleva y se extiende, se ha libertado y se regocija. Estaba agobiado por desconfianza, traiciones, villanías. Lo aplastaba la fuerza ignorante, lo humillaba la vileza y se gozaba de su aparente superioridad. Todo terminó. Ve usted... un sólo tiro.

—Sí. En la nuca.

El teniente coronel titubeó.

—El sitio no importa. El caso es que la muerte entró a recoger su presa. Estaba yo harto. Me sublevaba ese hombre. Muchas veces pensé: ¿por qué andamos aquí? ¿Qué ideal nos guía? ¿Hacia dónde va esta máquina loca?

—Eso mismo me pregunté yo varias veces.

Indiferente a la interrupción, el exfederal se agitaba.

—La razón se enciende como pólvora, pero se apaga inmediatamente también. No es posible razonar en este ambiente. Sin embargo, hay que comprender que estamos aquí para defendernos, porque somos débiles. De otro modo, perseguiríamos. No odiamos, como el jabalí no odia al perro: huye mientras puede, y solamente cuando está cercado por el enemigo, le tira dentelladas para destrozarlo. Así nosotros, acosados por la jauría, nos defendemos. Estamos luchando en defensa propia y nada más. Matamos en defensa propia.

—¿Y Celestino?

—El odiaba y perseguía.

Quedaron en silencio en el centro de la noche. Roncaban los fresnos de la calzada y sus ramajes titiritaban. Envueltos en sus abrigos, dos centinelas inmóviles parecían sombras de troncos muertos en algún dibujo fantástico. En el vértigo de su pensamiento, las ideas subían a la superficie agitada, y se precipitaban luego hacia la sima; iban girando uno tras otro, como puntas de una rueda dentada. Así, insomnes, mientras el resto de la columna se había sumergido en el océano de los sueños, los dos hombres exhalaban un doble monólogo:

—El general quiere atacar a los americanos... los odia.

—Espera un momento oportuno, o busca un pretexto.

—Para él, el futuro está en sombras, no puede percibirlo, y por eso ignora la consecuencia de sus actos. No razona, no deduce, no busca. Cree que el futuro acabará cuando él acabe.

—Tiene razón. A nosotros, hombres desterrados de la humanidad, ¿qué nos importa el futuro? ¿Y cuál futuro? El nuestro no puede variar: será más o menos prolongado, pero el final es inmutable.

—El nuestro no importa: desaparecen los hombres y queda vivo el recuerdo de los sucesos. La acción: he ahí lo importante: el autor se esfuma en el tiempo.

—No siempre. Un gran actor da valor al suceso.

—Un gran actor... ¡ÉL!

—Es un gran suceso...

Quedaron cara a cara en la tiniebla. No se veían. Entre sus dos pares de ojos se precipitó el desfile de acontecimientos próximos, y uno y otro quedaron atónitos por lo que vieron: el tropel de la lucha y de la muerte desbordándose en su cauce, la guerra trasponiendo una frontera virgen, el odio desgarrando una presa prohibida, la audacia provocando el despertar del gigante, y su cólera.

—¿Sabes lo que vamos a hacer Tiburcio? Pues a escribir un poco de historia.

—Sí, ¡a tiros!

\*

El 6 de marzo la columna llegó a Palomas. En una llanura el poblado parecía haberse detenido antes de llegar a su sitio, como si tuviera temor de colocarse en la margen de la línea divisoria internacional, y se mantenía encogido, como en acecho, lejos del trazo intangible entre dos razas.

Más allá, al norte, como una mujer que se inclina hacia delante en su ventana, la ciudad de Columbus se ofrecía; parecía salir al encuentro, fácil e incitante. Garitones de madera para centinelas indolentes simulaban una vigilancia que era obligatoria, pero desagradable para quienes debían ejercerla; un zanjón alardeaba de trinchera, unos alambrados creían cubrir las apariencias con sus púas enmohecidas, y detrás del caserío, como supremo defensor, un corralón de alta empalizada y un astabandera se daba importancia. ¡El fuerte!

—¿Eso es todo?

El espíritu locamente bélico de Pancho Villa debe haberse sonreído a sí mismo. “¿Eso es todo?”. Ante él se habían desplomado fortalezas consideradas como eternas por los técnicos de escuela militar; ante él se habían dispersado los cuadros formados por aguerridas tropas de línea; ante él habían huido, como humo, divisiones que alardeaban de invencibles. “¿Éste es el coloso del norte?” el hombre debe haber aspirado aire a pulmón lleno, inflándose como si fuera de goma. Se decidió a todo, pero no estaba solo, no podía obrar solo. “Los otros, ¿entrarán?”. Comprendió que hacía falta incendiar el espíritu de sus hombres. Necesitaba un pretexto. Esperó.

Sus soldados era cuatrocientos, pero sus amigos era millares: todos los habitantes. Cuando se presentaba bajo los árboles o en algún portal del caserío de Palomas acudían a él viejos y mujeres, niños de mirada absorta, y le hablaban. Todo lo supo: se decía que iba a pasar por Columbus, para él, un gran cargamento de parque; se decía que él había convocado a varios políticos americanos para una junta en la frontera, pues quería hacer ofrecimientos de amistad a Estados Unidos, y obtener, si no su ayuda, cuando menos, su tolerancia. “¿Y qué más? ¿Y qué más?”. Que tienen recelo. Ya unos vaqueros americanos de las Palomas Land Co., que estaban haciendo un rodeo, echaron galope hacia el otro lado de la frontera, en cuanto supieron que se acercaba Pancho Villa.

—Como que el miedo no anda en burro...

El cabecilla desmenuzó un recuerdo: detrás de él, cuatro rancharos americanos habían quedado ahorcados: Mc Kinney, Corbet, O’Neil y aquel otro que ni siquiera supo Pancho cómo se llamaba... “Cuatro... son pocos”.

—¿Y cuántos soldados americanos hay? ¿Muchos?

—Como quinientos. El jefe es el coronel Herbert J. Slocum, del trece regimiento.

—¿Quién conoce bien el pueblo?

Se acercó un viejo flaco, de grandes bigotes caídos, lívido, y con una voz que parecía arrastrar, de tan grave que era, dijo:

—Yo, mi general.

—¿Cuál es tu nombre?

—Leobrado Márquez, para servirle.

—Ven.



Se fueron aparte y permanecieron hablando más de media hora. Márquez se inclinó hacia el suelo y estuvo trazando líneas en la tierra suelta, con su índice color de hierro. Y Villa, en cuclillas, le preguntaba.

\*

El cabecilla salió de Palomas el día 7, dejando solamente cuarenta o cincuenta de sus hombres, confiados y holgazanes, en el cuartel. Y pronto llegaron a Palomas, procedentes del lado americano, hombres desconocidos que preguntaban:

—¿Y el general Villa?

—Se largó. Anda para el rumbo de Sonora. Fue a ver si encuentra un amigo que le debe un dinerito... y que no quiere pagarle a la buena...

No sólo los soldados villistas decían eso, sino también la gente del pueblo; todos habían visto salir a Villa y a sus hombres con grandes sacos de provisión amontonados sobre las mulas: comida como para una marcha larga. Y en la columna, todos decían que el viaje era para Sonora, al otro lado de la serranía. Francisco Beltrán, el general yanqui incommovible, sonreía con la idea visitar la abrupta montaña de su tribu. Y Pancho había buscado guías que lo llevaran bien por los desfiladeros, contratando a los mejores conocedores.

La noche del 8 de marzo los corresponsales de periódicos americanos que habían llegado a Columbus al sentir la proximidad de Villa, telegrafiaron a sus periódicos: "Rebel chief is Sonora bound". "El jefe rebelde va hacia Sonora". Y todos los habitantes de Palomas, México y de Columbus, Estados Unidos, bebieron el sueño a grandes tragos, creyendo distinguir en el fondo de la copa a Villa precipitándose montaña abajo hacia el oeste, rojo y ardiente, como la pelota de fuego que ilumina la tarde.

\*

En aquellos tiempos de guerra, millares de campesinos mexicanos que no se decidían a participar en la lucha, imposibilitados para trabajar en faenas agrícolas, emigraban hacia Estados Unidos. Cruzaban la frontera andrajosos, sucios, melnudos, hambrientos, como todo emigrante a quien la miseria impele a extrañas tierras. Daba

pena verlos atravesar la línea divisoria y entrar a Estados Unidos: se les apelotonaba en grupos, como reses, que eran arriados hacia las oficinas de emigración, donde se les veía con asco. ¡Cuántas veces hubieran queridos los americanos rechazar hacia México aquella sucia masa humana! Pero el mexicano era útil, bestia de trabajo incansable y barata, para los talleres que trabajaban día y noche fabricando productos que vender a la Europa en guerra; y eran también agricultores sufridos, acostumbrados a arar la tierra desde antes de que saliera el sol... “¡Está bien, que pasen los mexicanos!...”. ¡Pero cómo! Se les desnudaba, para que sus ropas fueran fumigadas, cual si fueran enfermos de peste. Y como todavía podía quedar en los cuerpos algún bicho o una costra de mugre, a los hombres en un tanque, y a las mujeres en otro, desnudos, se les echaba, para ser bañados en una solución insecticida, a base de gasolina, como al ganado que ha contraído la garrapata.

Todo lo admitían aquellos hambrientos; la miseria era más fuerte que el decoro; el hambre y la esperanza de un bienestar próximo los hacían contener las lágrimas de la vergüenza y entrar a los baños desinfectantes sin una protesta. Miles de hombres y miles de mujeres, centenares de niños famélicos, entraron a los tanques “profilácticos” de El Paso, ciudad de Texas, como primer paso para ser aceptados como acémilas al servicio del capitalismo.

Un día, cuando diecisiete hombres estaban en el baño, una llamita casi invisible de tan pequeña, apareció a ras de la solución insecticida: algún cerillo no apagado por algún fumador próximo, después de encender su tabaco. No se supo nunca qué había sido. El caso fue que aquel líquido en que estaban sumergidos los braceros ardió rápidamente; el agua no lo apagaba, y por varios segundos, quizá minutos, los mexicanos oyeron, en lenguaje desconocido, órdenes para que salieran, que ya había dictado el instinto. Les ardía la cabellera, les salían llamas de la piel húmeda. Diecisiete murieron. Tal dice la leyenda.

Pancho Villa lanzó un alarido cuando llegó hasta él la versión, agigantada en los vuelcos de boca en boca, de que treinta y cinco mexicanos habían sido quemados vivos, “intencionalmente”, en El Paso. Tuvo Pancho muchos defectos, pero siempre amó al pueblo, sintiéndose una parte de él y sintiéndolo una parte de sí mismo. El rebelde, que encendía su ira con la más leve chispa de contradicción o de ofensa, parecía haberse vuelto loco. Jamás le vieron tan

espantosamente trágico sus más cercanos tenientes como esa noche del 8 de marzo. Quizá en ese momento sí hubieran gozado con destrozar entre sus recias mandíbulas un corazón de aquellos hombres odiados. ¿Tenía ya deliberado el ataque a Columbus? ¿Había abandonado su plan cuando salió para Sonora, comprendiendo la inutilidad de una provocación al extranjero? ¿Fue sólo un pretexto el que encontró para convencer a sus hombres, para exitarlos contra los americanos? ¿O fue, en realidad, un rapto de loca ceguedad el que lo impulsó a través de la frontera para matar? Sólo él lo supo, y está muerto. Esa noche, cuando habló a sus hombres y les dijo lo que había sucedido en El Paso, dio esta orden trágica:

—¡Muchachos! ¡Vamos a matar diez por uno!

\*

La determinación fue tomada al anochecer: estaba la columna como a treinta kilómetros de Columbus, al oeste, en el camino de Palomas hacia Sonora. Pancho reunió a sus hombres y les habló en la forma pintoresca de su costumbre; relató la muerte de los mexicanos quemados vivos en El Paso, y después de excitar a todos a “cobrarse a la moda china”, terminó con estas frases: “Los Estados Unidos quieren tragarse a México: vamos a ver si se les atora esta espina en el gznate. Vamos a Columbus a hacer blanco en cuanto americano encontremos”.

Era segundo de Villa esa noche el rebelde Pablo López, un tipo de indígena de anchos pómulos angulosos, cetrino, con una docena de pelos erizados a cada lado de la boca. Era cruel y decidido, y tenía un antecedente: él había “suprimido” diecisiete americanos al asaltar un tren en Santa Isabel. Fue Pablo López quien pasó a todos el santo y seña para la jornada que estaba gestándose: “¡Mueran los americanos!”.

Hacia un frío espeso que se había inmovilizado al presentarse la noche. En aquella llanura, pista en que los vientos galopaban horas y horas, hacia un rumbo y otro, revolviéndose como si jugaran alguna alegre competencia, cien círculos de silencio rodeaban la columna villista, centro de un ciclón que horas después iba a conmover al mundo. En el horizonte, donde la oscuridad del cielo se recargaba sobre las tinieblas de la tierra, resaltaban masas más oscuras aún que la sombra: montañas que parecían nubarrones, y nubarrones

que parecían montañas. Al cruzar el aire, congelado y sucio de arenas sutiles, parecían debilitarse los reflejos de las estrellas; por la posición de éstas, Pacho Villa señaló la ruta: ¡Al Norte! Y con Pablo López a su izquierda y Leobardo Márquez, el viejo guía, a su derecha, se puso a la cabeza de la columna; el trote de su caballo lo acercó a una pilastra, una pirámide de cuatro caras, afianzada en un cubo de piedra.

—¡La frontera muchachos!... De aquí para delante nos tenemos que sostener a puros trancazos. Pero fíjense en esto que les digo: no nos vamos a quedar aquí toda la vida, nomás les damos “un llegón” y otra vez para México. De modo que, suceda lo que suceda, antes de que amanezca, se preparan para juntarse otra vez...

—¿En Palomas?

—No. Mejor nos vemos de una vez al sur, a la orilla del río...

La partida cruzó el límite. Sin testigos, en la sombra propicia, en el silencio cómplice, en la noche encubridora, la violación se registró, sin un grito ni un disparo. Quinientos hombres pasaron junto a la pilastra poseídos de una agresiva curiosidad. “¿A ver qué nos hacen?”. Dieciséis mulas, con cuatro ametralladoras y sesenta cajas de parque que iban a retaguardia fueron adelantadas al centro de la columna. Se formaron los grupos, cada uno con su jefe, a recibir instrucciones, y después de un alto de diez minutos para ordenar la marcha, los invasores hicieron una conversión a la derecha. Estaban a dos o tres millas de la frontera, cercanos a la vía del ferrocarril “El Paso & Southwestern”, que fueron siguiendo paralelamente, en un galope uniforme. En tres horas la mitad de la distancia a Columbus fue traspuesta.

A media noche pasó un tren de oriente a poniente. Sin duda era de carga, porque los carros iban enfundados en sombras: solamente el brazo luminoso del faro parecía ir apartando todo peligro de la vía que parecía despertar al peso de los carros. Ni el soplo clarísimo del reflector, ni el hervor rojo de las chispas que se fugaban de la locomotora, atravesaron la campana de tinieblas que cubría la columna villista. Silbó la máquina arrojando una pluma de vapor blanquecino, y su alarido dividió la noche. Fue ese tren como el límite entre dos días: su paso arrancó una hoja del calendario. Y los signos secretos de las constelaciones mercaron la nueva fecha: jueves, 9 de agosto de 1916.

—¡Ándenle muchachos; píquenle a sus pencos! Tenemos que llegar cuando todavía estén roncando...

Como si se deslizara ladera abajo, como un ventisquero que fuera a sepultar un poblado, el ejército villista se precipitó hacia Columbus, con mayor velocidad a cada salto.

—Así vamos a llegar bien calientes para comenzar luego...

—A ver cuántos nos almorzamos.

—O a cuántos nos almuerzan.

Detrás de la sección de ametralladoras iba el tercio de Maya, su hijo y Balboa. El muchacho, hecho ya alas jornadas inquietas del villismo, había recibido su carabina, y su torso infantil se doblegaba al peso de la cruz de cartucheras. Iba a entrar a su primer combate, y en la noche propicia al recuerdo percibió el eco de las palabras de su padre: “Él vendrá, y nos iremos a su lado para no tener miedo nunca”. ¡Él no tenía miedo! ¿A qué? ¿Al combate, al incendio, a la huida, a la muerte? Ninguna cosa conocía; en su ignorancia de niño, el fatalismo que le había impuesto su vida, no comprendía o no justipreciaba el ser y el no ser. Así como él, centenares de muchachos soldados habían combatido por la revolución social de México, sólo por el instinto, por el vago presentimiento de que eran en sí mismos un símbolo: el pueblo niño, que apenas sabe por qué va a la lucha. La vaguedad de sus ideas se concentró y como si de las sombras emergiera la visión fascinante de la madre, sonrió:

—Padre...

—¿Qué?

—¿Vas a estar junto a mí?

—Sí.

—¿Adondequiera que yo vaya?

—Adondequiera que tú vayas.

Tiburcio, absorto en otro pensamiento, no comprendió. Sólo el niño.

\*

A las dos de la mañana se dejó sentir la helada. En el campo, hombres y bestias se calentaban a galope, y en la ciudad, vecinos y soldados se habían encerrado en sus refugios para reposar al ronquido de la lumbre. Luces eléctricas, que parecían haberse encogido también, habían quedado aisladas en los cruceros de las calles, manchando la

sombra de la ciudad en unas cuantas lentejuelas amarillentas. Acurrucados en el fondo de los garitones, media docena de centinelas dormitaban sintiendo pasar sobre sus cabezas, como una sierra, la corriente de aire que pasaba entre las aspilleras.

Soledad triste la del pueblo abatido por el frío: ni voces humanas, como pájaros del viento, al abrirse una ventana; ni ladridos de perros desvelados o mugidos de reses inquietas. No se oían pasos de trasnochadores en las aceras de cemento, ni rodar de vehículos en las calles de tierra suelta. El reloj de City Hall, dando horas y medias, dejaba resbalar sus campanadas indolentes hasta el confín de la llanura, sin encontrar ni un eco.

Únicamente en dos casas se veía luz interior: la estación del ferrocarril, donde los telegrafistas dormitaban en sus sillas, con los pies encima de la mesa, y en una casa de dos pisos, de madera, que en un rótulo saliente, de cristales sucios, anunciaba: “Comercial Hotel”. Abajo del rótulo, otro más pequeño, sin iluminación por dentro: “A. L. Ritchie, Propietor”. A través de los vidrios de la puerta, se veía un vestíbulo en cuyo centro una gran estufa de hierro, roja y ventruda, lanzaba un estertor incesante.

Parece que el tiempo va arrastrando los pies. Hace más de treinta minutos que sonaron las dos, cuando se despierta la media, y más de media hora que esa campanada sumergió en la noche, y aun las tres no se deciden a abandonar el lecho de bronce en que reposan. El silencio pensó: “soy eterno”, y creyéndose un dios, sonrió beatíficamente, apoyándose las manos en el vientre.

Un disparo lo atravesó, desinflándolo como un globo de niño.

¡La señal!

Como se precipitan las aguas por un terreno inclinado y pedregoso cuando se rompe la presa que las había contenido, y van mugiendo y atropellándose para aplastar los arbolillos que habían crecido en el antiguo cauce, y las casas construidas a la orilla, y los ganados, y los hombres, para no mostrar sino una superficie espumosa de olas inquietas, así se precipitó sobre la población un caudal de hombres, al detonar el disparo que esperaban para desbordarse. Por las calles antes silenciosas y desiertas, las masas de jinetes y caballos hicieron un ruido espantoso con sus gritos y sus disparos, el golpe de los cascos sobre las aceras y el romperse de los vidrios de las ventanas atravesados por las balas. En un minuto la ciudad quedó a oscuras, pues todos los focos de las calles fueron perforados por

certeros balazos de cazadores, como si fueran aves al vuelo. Y por mucho rato no se vieron más luces que las detonaciones, hasta que un fulgor rojo, envuelto en humo, surgió del centro de la población: era el Hotel Comercial, que ardía, convertido en pira para el cadáver de “A. L. Ritchie, Propietor”.

Obligadas a partir, por el golpe del martillo, las tres horas huyeron de la campana, medrosas, sin hacerse oír de nadie, y fueron a refugiarse en el desierto.

A cada minuto surgía un nuevo incendio: después del hotel fue la botica, donde fue sorprendido, dormitando vestido y dispuesto a despachar una receta “C. C. Miller, drugist”.

En las casas de adobe, que no podían arder fácilmente, los villistas rompían las ventanas a culatazos, y una vez abierto un boquete, disparaban al interior. Cada uno quería lograr su ración: “Diez por uno”. Cuerpos de personas que se dibujaban en algunas ventanas, a las que los atrajo la curiosidad que les provocó el alboroto y el incendio, fueron atravesados; hombres que surgieron de entre las casas de madera crepitante, semidesnudos y locos de espanto, cumplieron su destino de pagar una deuda que no habían contraído. Los centinelas fueron sacrificados cuando levantaban su fusil Springfield por las ranuras de los garitones.

Por media hora, los villistas se pasearon por Columbus, con sus anchos sombreros echados atrás en las cabezas, irritadas por el incendio de las casas y la fiebre del combate. No escuchaban más tiros que los suyos, ni más carreras que las de sus caballos.

Era porque, dentro del fuerte, los soldados americanos, sorprendidos, apenas se estaban preparando para luchar. Debe haber sido un momento de cruel incertidumbre para el viejo coronel Slocum, veterano de la campaña en Cuba, donde pasó tres años, de 1899 a 1902, resistiendo las sorpresas de los sublevados en la manigua. ¿Qué hacer? ¿Salir a batirse en las calles con un enemigo cuyo número no se conocía? ¿Permanecer dentro del fuerte mientras la población ardía, y dejar a los habitantes que aún estaban vivos expuestos a la furia de los invasores?

Revisó sus efectivos, mandó armar las ametralladoras, dio órdenes a las tropillas de su regimiento para distribuirse por distintos rumbos, preparó la pesada pistola, y salió a batirse, al frente de sus hombres. Era un hombre valiente, y como quiera que fuera, no de-

jaba de ser un honor batirse cuerpo a cuerpo contra Pancho Villa. Las cuatro...

Comenzaban a apagarse los incendios, consumido el combustible; la ciudad volvía a quedar a oscuras en grandes tramos; solamente, súbitas llamaradas que surgían de algún no agotado fogón, difundían una claridad tenue en las calles desiertas. Cautelosamente, con los fusiles en horizontal, envueltos en largos capotes azules, los soldados americanos avanzaron.

No mucho, porque de la primera esquina comenzó a hostilizarlos el fuego del invasor. En cada bocacalle hubo una escaramuza, y de cien que fueron, no todas se resolvieron en favor de los americanos. Sin embargo, los villistas iban reconcentrándose al sentir enemigo por el frente, por la izquierda, por la derecha. Solamente hacia atrás, hacia la frontera mexicana, se sabían libres de peligro. Como el héroe de la leyenda que recobraba su fuerza al apoyarse en la madre tierra.

No fue un combate: fueron quinientos duelos. Cada villista se batió con un enemigo... o con varios. De las esquinas, de los marcos de las puertas, pecho a tierra, cuerpo a cuerpo, a tiros, a puñaladas, a golpes, a injurias... ¡De todos modos se batieron! Cada hombre tuvo su propio episodio. Para muchos fue el último. Y los demás, ¿dónde han quedado después, para referirlo? Pablo López salió herido. Leobardo Márquez, prisionero.

Muerto un ametralladorista, Pancho Villa bajó de su caballo, a sentarse en el asiento triangular, e inclinando la cabeza sobre el rifle ultrarrápido detuvo el avance de un pelotón, a dos cuadras de distancia. Pero al abrigo de las sombras, como si hubiera patinado por las paredes, un caporal gigantón llegó hasta él, quizá sin saber quién era. Mientras traqueteaba la máquina con Villa, que no veía sino al frente, el miliciano enarboló su pesada carabina, como una maza, y la dejó caer, para romperle el cráneo al ametrallador...

Pero no llegó: otra cabeza se interpuso antes de que la culata adquiriera su velocidad máxima; el golpe denunció al agresor, y Villa, antes de que pudiera levantar de nuevo su arma, le dejó la frente perforada. “¿Quién es este que metió la cabeza?”. Un villista estaba inmóvil, tendido sobre la banqueta, y hacia él fue Pancho, dejando la ametralladora silenciosa por momento. Quería ver quién era el que lo había salvado de un garrotazo de gorila. Casi a tientas, lo reconoció:



—Tiburcio...

Acercó su cara a la del caído, esperando percibir un movimiento o un hálito que indicara que el viejo aún vivía. Y entonces oyó traquetear junto a él, a metro y medio, la ametralladora que había dejado. Sólo que los disparos no continuos, ni en tiempo uniforme, sino disparejos y lentos. Volvió la cara: el niño. “¡Qué raza!”

Se irguió y, comprendiendo que Tiburcio estaba tan sólo desmayado, lo levantó entre sus brazos y lo llevó hacia los caballos. Otros hombres le vendaron la cabeza.

—¡Papá! ¡Papá! Ven conmigo...

El cabecilla regresó hacia la ametralladora, nuevamente silenciosa, mientras el padre, perdido el sentido, era retirado hacia el sur, el hijo se había quedado de bruces sobre el arma: sus brazos flácidos colgaban a los lados del tripié de acero, y su rota cabeza manchaba de sangre la cinta de los cartuchos.

—¿También tú me salvas? Si yo hubiera estado ahí...

No se atrevió a moverlo. Tender el cadáver en el suelo, como cualquier otro, era restarle la belleza de su muerte. Prefirió dejarlo ahí, sobre la ametralladora, para que lo vieran los enemigos. Era un monumento.

Se descubrió; bajo el pesado sombrero, el bosque sombrío de su cabellera había humedecido por el sudor; el cabecilla anheló un poco de viento; pasaron cerca de él varias balas, como buscando hombre a quien tocar. Se sintió los pómulos húmedos y el bigote; aquello no era sudor, ni agua.

En derredor de él el latir de los disparos arreciaba: de tres lados, voces uniformes de ametralladoras manejadas por manos expertas, anunciaban que se estaba cerrando el cerco enemigo. Sobre él languidecían las estrellas, como lirios sin agua. El alba estaba próxima.

—¡Vámonos! ¡Ya le dimos lo suyo!

Un largo alarido, grave y continuo, como el mugido de una vaca que busca su crío, dominó la trepidación de las detonaciones. Era la orden de marcha.

Y los villistas traspusieron de nuevo la frontera, esta vez hacia el sur. Tras ellos entraron los primeros escuadrones de caballería americana, pero a poco se regresaron. Rechazado el invasor, había tiempo para preparar la persecución, si llegaban órdenes de hacerla.

Además, cuando Pancho Villa corría, no lo alcanzaba nadie.

## Satisfechos

En mitad de sus hombres que, confiados, cabalgaban por la planicie arenosa, en un medio día ebrio de sol y ahíto de aire tibio, el grandioso bandido marchaba feliz. Echó hacia atrás su sombrero endurecido por las lluvias y costrudo de arena cristalina, y lo dejaba golpearle en las espaldas, colgado del barboquejo, a cada compás del galope de su caballo prieto. Su melena ensortijada y bravía, antes impregnada de sudor, se secó al viento y a la caricia del sol, y tomando tonos rojizos con la luz cenital, una flama que le circundaba la faz resplandeciente.

A sus costados, ciento y más hombres galopaban en línea desplegada, dormidas carabinas y pistolas en sus fundas de cuero, alegres todas las caras, orgullosos de sus heridas los que habían recibido el saludo candente de las balas americanas, y detrás, en un tropel desordenado y lleno de ruidos, cánticos y voces joviales, el resto de los invasores de Columbus se apretujaba para acercarse a su jefe, para contemplarle, para escuchar sus bromas, para lanzarle un vítor retumbante o, cuando menos, una mirada de admiración, que, como el viento y la luz, le formaban un nimbo glorioso.

Villa volvió a ser en aquellos instantes el poderoso dominador de hombres, cautivador de multitudes, que se reveló en los primeros combates del año 13 y llegó a la cúspide de su esplendor en las sangrientas jornadas de Torreón, de San Pedro de Las Colonias, de Zacatecas, en las que los constitucionalistas iban al sacrificio con la sangre hirviendo y las gargantas vibrantes en un alarido uniforme que era, al mismo tiempo, loco entusiasmo por su causa y ferviente homenaje al jefe invencible. Se borraron de las mentes de aquellos hombres los días sombríos de la huida por los desiertos, de las caminatas por las llanuras nevadas, de los crímenes inútiles, de las venganzas sórdidas e implacables.

Y para ellos Villa fue de nuevo el jefe amado, por cuyo triunfo y cuya gloria dar la vida era poca cosa. Hubieran querido abrazarle, levantarlo sobre sus hombros, más alto que los árboles, más alto que las montañas, para que pudiera verle el mundo, atónito en esos momentos ante la hazaña increíble, la audacia incomparable y quizá también ante la inconciencia que trasponía todo lo humano.

Mil voces partían de la triunfante cabalgata. Los hombres se referían unos a otros el hecho que todos habían presenciado,

se alababan, se embriagaban con el recuerdo imborrable de aquellas tres horas en que tuvieron bajo sus plantas el orgullo de una nación antes inviolada y siempre considerada como inviolable. Era una satisfacción sexual la que habían experimentado desde que pasaron aquella línea imaginaria que parecía vibrar como un brazo que quisiera detenerlos, entre las columnas impávidas que marcaban la frontera; la sangre completó la ilusión de un himeneo violento. Todos los que pisaron tierra extraña conservaban la complacencia de aquel sacrificio simultáneo a la guerra y a la carne, a la muerte y a la vida.

Villa hablaba en voz alta frases deshilvanadas, interrumpidas por intensas carcajadas nerviosas de hombre poseído por una dicha inmensa; en un lenguaje alborotado y pintoresco, difuso e incompleto, expresaba ideas que se quedaban a medias, cortadas por la risa que era ruidosa, como un torrente despeñándose montaña abajo. Hablaba abstraído, perdida en el horizonte la mirada de reflejos, a veces azulosos como acero pulido, a veces color naranja como rayo de sol poniente. El trémolo de los gritos, del galope de los caballos, del golpeteo de los hierros de las monturas, pasaba junto a él sin penetrar en su mente, y se perdía en las ondas clarísimas del día. Él no experimentaba sino su propia voluptuosidad, tenía los ojos abiertos al infinito y los oídos sumergidos en el silencio de una soledad espiritual inviolada. Sus palabras iban dirigidas a su propio ser, y cuando se interrumpían, el pensamiento las completaba en el misterio profundo de su cerebro.

—De hombre a hombre nadie está más allá que Francisco Villa... Montones contra mí, me arriman a la pared, más no me aplastan. Cansado de buscarme aquí un gallo de mi propia pluma, fui a provocarlo en otro corral, y le rompí la cresta al primer picotazo...

Frases confusas que expresaban un hervor de ideas en su cabeza ancha y enorme. ¿Qué satisfacción bullía ahí dentro de haber podido arrancar su mano atrevida la bandera más alta del mundo, de haber vencido en una lucha con hombres de una raza distinta, con un enemigo nuevo, de haber desafiado una fuerza que parece dominar hasta más allá de lo humano?

—A ver si ahora resultan con que se confirma que Pancho Villa estaba muerto... Veinte veces los güeros han cacaraqueado que estaqué el pellejo, y los carranclanes, que me tienen embotellado, y que ya no soy sino bazofia...

Reía como un muchacho que realizara con éxito una travesura que le atrajera todas las miradas. Estaba satisfecho de su hazaña, no intentada en un instante de ceguera, de locura, suicida, sino premeditada hasta en sus menores detalles desde muchos meses antes, para que el país entero y el vecino se estremecieran en un mismo instante de temor y de espanto ante su solo nombre.

—Lo que es orita todo el mundo está hablando de Pancho Villa. Y por las dudas... paso y veinte más. Los carranclanes que me están buscando por Durango quedarán con el hocico abierto y el viejo se jalará las barbas, echándome habladas...

Estalló su risa gruesa que, contagiando a los subalternos inmediatos, le volvió a la realidad, le colocó nuevamente sobre su silla de montar y galopando en el potro nervioso que también, de cuando en cuando, volcaba en un relincho su alegría salvaje. Entonces habló a los suyos, fraternalmente alegre.

—¿Qué les pareció el mitote? ¿Voy que nadie se pensaba lo que yo me estuve proyectando tanto tiempo?

—La verdad, jefe, que nadie más que usted puede hacer estas cosas. Puede que alguno la piense, pero a la hora de entrarle, se le arrugan hasta las orejas.

—Pasa como con la tambora, que cualquiera la toca...

—Pero hay que ser muy panzón para cargarla...

—Yo sí me di cuenta de que usted andaba planeando una buena.

—¿A poco? ¿Cuándo te lo pensaste?

—Me dio la corazonada desde que se trajo al viejo Tiburcio, porque pa los carrancistas habíamos suficientes, pero pa los americanos nunca sobra ni uno.

—Le atinaste. Ya me traiba yo la idea por dentro. Y la verán si le jerré al traerme al viejo, que si no es por él, sería ora que me estaba balanceando con una pata en México y la otra en Yanquilandia...

Carcajadas sonoras se elevaron haciendo círculos y cubriendo la cabalgata con un manto invisible de alegría.

—Y ahora que me acuerdo, ¿ónde anda el viejo?

De un tirón rayó su caballo en la tierra. Como a una orden, la columna se detuvo.

—¡Viejo...! ¡Viejo...! ¡Epa, Tiburcio...!

Se desarrolló una cadena de gritos hasta la retaguardia. Con las manos apoyadas en la cabeza de la montura, la espalda encorvada, las piernas flojas, el viejo se iba quedando atrás poco a poco. Con

un trapo sucio, grueso como una toalla, se había envuelto la cabeza y parecía llevar un estrafalario turbante con una mancha de sangre, como enorme piedra roja, sobre la frente.

—¿Te vienes cansando viejo?

—Anímate, que te habla el general, te va a dar tu premio.

—Apoco te estás doblando con el garrotazo.

El villista levantó la cabeza. Su barba crecida estaba como congelada en una plasta de sudor y tierra. Sobre las cejas, la sangre se le había coagulado.

—Soy como el juarista de hace cincuenta años, me quebro, pero no me doblo. Lo que pasa es que me voy temiendo que hemos hecho la peor de las tarugadas.

—¿Quihubo? ¿Quihubo? A poco te estás rajando de haberles arriado a los americanos...

—Anda, cuela pa delante, que el general te quiere hablar...

—Ora, viejo, pídele algo bueno...

Se abrió la columna en dos mitades para dejarle pasar al trote de su caballo hasta la primera fila, y hubo para él gritos y alabanzas. Salió a encontrarle Pancho por en medio de la valla, y desde su caballo le dio un abrazo tan fuerte que casi lo desprendió de la montura, poniéndolo en vilo por unos segundos.

—Viejo, ya sabía que eras una reata que no se revienta del primer jalón... Te vas a venir desde orita mismo al Estado Mayor, donde están mis mejores muchachos. Nomás recibes órdenes de Nicolás y de mí... Vente...

Galoparon y se pusieron a la cabeza de la columna, que dejaron atrás unos cuantos metros. Villa siguió hablando del combate, con las mismas explosiones de júbilo que momentos antes; a ratos parecía poseído de un delirio o fiebre. Luego dirigía la palabra a Tiburcio, sorprendiéndose de que éste estuviera también ensimismado, aunque no contento como él, sino contrariado más bien.

—¿Qué víbora te ha picado, viejo? Debías estar contento con el combate y con el ascenso... Es cierto que se quedó tu muchacho, pero aquí no andamos luchando por nosotros, sino por nuestros hermanos. Alguno tiene que morir...

—No es eso, general. El muchacho, después de todo..., extrañaba a su madre... Lo que me estoy figurando es que a lo mejor...

—A lo mejor, ¿qué?

Se miraron.

—¿No lo ha pensado usted?

—¿Qué cosa?

—Que se nos van a venir encima hasta acá...

—¿Los güeros?

Tiburcio hizo con la cabeza una señal de asentimiento, mientras Pancho refrenaba una carcajada.

—¡Qué se van a venir, después de la paliza que les metimos!

—¿A poco se la aguantan?

Villa meditó un momento.

—Realmente, puede ser que le hayas atinado...

Luego, los dos quedaron en silencio. Frente a la cabalgata, el campo comenzaba a ondular en pequeñas colinas rocosas, y la marcha se hacía más lenta, habiéndose separado los villistas en varios pequeños grupos que bordeaban las alturas, dividiéndose para reunirse después, al bajo.

Les hacía falta un descanso, y a los lados, varios exploradores se alejaban para buscar algún arroyo donde hubiera agua y buena sombra para sestear un rato.

—Oye, viejo, ¿y si se nos vienen encima?

—Eso, ¿qué hacemos?

Encontrando a su paso una pequeña colina no la bordearon, sino que llegaron a la cúspide; instintivamente detuvieron sus caballos, y en torno del jefe, el pequeño ejército hizo alto.

—Ni para qué preguntar, ¡les atoramos! Ya les dimos una vez y podemos darles otra. ¡Mira!

En un amplio vuelo, su diestra abarcó el horizonte. A lo lejos las montañas, encimadas unas sobre otras, parecían avanzar en la diafanidad de la tarde. Veíanse desiertas las colinas próximas, en las que algunas cercas de piedra de antiguos potreros ponían largas líneas rectas, como trincheras. Recios peñascos manchaban de tonos rojizos las laderas, y en los bajos, macizos de árboles asomaban sus copas de verde claro.

—No hay un árbol, ni una peña, ni una cerca de piedras que yo no conozca. Sé dónde hay curvas y de dónde sale agua buena para beber. Me amarras una venda, me llevas y me dejas en mitad de un cañón, que no se vea más que un cerro para un lado y otro para otro, y te digo dónde estoy. No hay una vereda por donde no haya caminado, y cuando me salgo de ellas, nadie puede seguirme.

—Es cierto.

—Y así como yo conozco el campo, el campo me conoce a mí. Los árboles me hablan al paso para avisarme si corro peligro, los caminos me muestran las huellas de animal o de hombre que tienen en el lomo, la selva me da carne de caza y los manantiales me dan agua. Cuando hiela o cuando nieva, la montaña me cobija; durante el invierno, ¿me has visto temblar alguna vez?

—Nunca.

—Conozco las hierbas, sé cuáles alimentan y cuáles curan: la cola de coyote para cerrar las heridas, el simonillo para cuando hagas bilis, y las barbas de elote para cuando duelen los riñones de mucho andar a caballo; la flor de tabachín quita la tos, y la raíz de tumba-vaquero te fortalece el corazón; hay yerbas que te duermen y otras que alegran como licor. Después de una asoleada, si te sale sangre por las narices, búscate hojas de princesa... Y también sé cuándo va a llover y cuándo va a hacer viento. Conozco las estrellas, y por la noche sé para dónde camino.

—Es cierto.

—No hay quien me pueda seguir a caballo ni a pie, ni por el llano ni por la sierra. No me agarrarán vivo ni con trampa, como a los lobos. Al que venga conmigo y sepa galopar como yo, no lo alcanzarán nunca.

—No.

—¿Qué vamos arriesgando? Los carranclanes son miles y no nos han hecho nada. ¡Se necesitaría un millón de hombres para cercar a Francisco Villa! Déjalos que entren tras de nosotros; cuando sean muchos en una misma columna, no nos llegarán a ver ni el polvo, y cuando sean pocos, siquiera en número igual a nosotros, les haremos frente y los derrotaremos. No podemos perder. Espera...

Con un ademán convocó a sus hombres alrededor de la colina. En silencio y en círculo le oyeron.

—¡Muchachos!, se me está figurando fácil que los enemigos de nuestra raza y de nuestros hermanos quieran tomarse el desquite de esta derrota; se meterán en tierra mexicana, pero no los dejaremos estar en paz nunca. La tierra es nuestra. Los buenos patriotas nos ayudarán a defendernos contra nuestros enemigos, que son los del pueblo. Si los carrancistas no pelean contra los americanos, nosotros solos los castigaremos. Ahora más que nunca los excito a ser buenos mexicanos y a derramar su sangre para defender la

patria, porque está amenazada. ¡Muera Carranza! ¡Guerra a los americanos!

A gritos y disparos hacia arriba contestaron los villistas el breve discurso. Inmediatamente comprendieron que tras ellos se levantaba ya la garra poderosa del águila del norte, tratando de atraparlos. Quizá a esas horas, sobre sus huellas en la arena del desierto chihuahuense, trotaban uniformemente los rojizos caballos del ejército americano; quizá ondearán extrañas banderas al viento de la Sierra Madre, y los ecos repitieran toques de clarín ordenando el avance.

—¡Nicolás!

Se acercó en su caballo un hombre alto y huesudo, de grandes bigotes negros, que hacía seis años era compañero inseparable de Francisco Villa.

—Mande...

—Despache alguno para que vaya a Ciudad Guzmán, y se siga por toda la vía hasta Casas Grandes; alguno que sepa bien las cosas, que hasta hable inglés, para que se informe. Dile que vea a los rancheros gringos para que les saque lo que sepan, y se nos junte dentro de cinco o seis días por el rumbo de Namiquipa.

—Mandaré al cuatro-ojos.

—¿Al federal?

—Es mañoso.

—Bueno. Si lo descubren, que diga que iba a rendirse, y sí lo quiebran, no se pierde nada.

A poco rato, un jinete sin armas se destacó hacia la izquierda, donde brillaba la mancha plateada de un pequeño lago, semejante a luz de luna que se hubiera congelado.

### **Los temores se confirman**

—¿Por qué tardaste tanto, Balboa?

—Mi general, creí que sería preferible traer a usted información completa, y por eso me pasé dos días en Janos antes de llegar a Casas Grandes, y luego ahí me estuve una semana. Anoche, en cuanto supe lo del avance de los gringos, me vine a avisarle, pero como no soy de este rumbo...



—Y aunque lo fueras... ¿Tú crees que cualquiera me encuentra aquí? Si no mando a dos muchachos hasta el camino de Namiquipa para que te trajeran, no me hubieras hallado nunca.

Al sonreír de satisfacción, el jefe rebelde mostraba su fuerte y manchada dentadura; sentado en cuclillas sobre un pedrusco, rodeado de sus hombres, se sentía invisible en aquel pequeño valle, tan chico que parecía cráter de un volcán, cubierto de pinos, cercado por altas montañas en las que abrían sus bocas enormes cuevas donde los centenares de villistas se habían instalado con sus caballos de silla y las mulas de provisión. Entre grandes peñascos bajaba un chorrito de agua zarca. No había ni un camino para llegar a aquel refugio, y la subida de pendientes era cansada y difícil. De lejos, el círculo de alturas parecía una sola montaña de la Sierra de la Culebra, y nadie se figuraría la existencia del vallecito. Por eso Villa se consideraba seguro ahí, y había decidido esperar las noticias de lo que pasaba después de su asalto a Columbus, convencido ya de que, como lo temía Tiburcio Maya, los soldados americanos habían salido tras él.

—Vamos a ver, ve soltando la lengua y di lo que supiste.

—Lo traigo todo apuntado, mi general.

Aflojó los cinchos de la montura, y metiendo la mano entre el fuste y los sudaderos, sacó una bola del tamaño de un grano de maíz, que fue desenvolviendo en hoja de papel. Después, acercándose a los ojos miopes, leyó:

El día quince, dos columnas de tropas americanas, una al mando del coronel Dodd y otra al mando del general John J. Pershing, que aparece como jefe supremo, pasaron la frontera internacional al oriente de Columbus. Son cerca de dos mil hombres de caballería, con ametralladoras a lomo de mula. Algunos indios pieles rojas del lado americano les sirven de guías. Pasaron cerca de Palomas, y el día de ayer (18) llegaron a un rancho entre Janos y Guzmán, de donde despacharon un correo para el teniente coronel Refugio, D. Dávila, jefe de la guarnición en Casas Grandes, anunciando que esa noche pernoctarían en Casas Grandes. Dávila pidió órdenes a Ciudad Juárez, pero todavía cuando salí no le habían contestado.

—¿Pero qué es lo quieren los americanos?

—Dice un periódico de El Paso, Texas, que antes de salir de Columbus, el general Pershing declaró que volvería a Estados Unidos con usted vivo o muerto...

Pancho Villa interrumpió el informe con una carcajada que resonó en todo el valle. Su cara enrojeció de congestión, mientras su boca carnosa se abría como el portón de una hacienda.

—¡Ay qué la chicharra...! Mi amigo Pershing, que me llamaba “el Napoleón Mexicano”; que me llevaba a revisar sus tropas al fuerte Bliss y parecía satisfecho de retratarse conmigo, ahora me va a coger vivo o muerto... ¡Me lleva... y sufro! ¿No dicen si me cogen con trampa o lazo o echándome sal debajo de la cola?

—No, mi general

El coro de carcajadas fue creciendo como una cascada. Todos los hombres del pequeño ejército se envalentonaron al ver el poco temor que había causado a su jefe la noticia de la persecución americana, y elevaron sus gritos:

—¡Vamos a entrarles de una vez! ¡A ver si nos cogen!

—Óyeme, Balboa, ¿qué supiste de Namiquipa?

—Ahí está el coronel, Salas.

—¿Con cuántos?

—No pasan de ciento cincuenta...

A una señal, los villistas se precipitaron hacia las cuevas, y en un cuarto de hora volvieron a salir, montados en sus caballos y tirando de las acémilas de la impedimenta. Al frente, Pancho Villa, Martín López, Pablo López, Nicolás, los dos Ríos, Michel y toda la escolta de Dorados, en la que ya figuraba solemnemente Tiburcio Maya.

Se había soltado un frío terrible y los rebeldes, con las manos agarrotadas, aflojando riendas de los caballos, marchaban al galope montaña abajo. A grandes voces y en plena carrera, Villa transmitía órdenes a sus segundos: por dónde debía entrar Pablo López y con cuántos hombres, por dónde Nicolás y con cuántos, por dónde Ríos con los suyos; y luego, cada de éstos fue formando a sus grupos, instruyendo a los hombres uno por uno, y todo en plena carrera. A poco galopar entraron al camino real y voltearon directamente rumbo hacia el sur, rumbo a Namiquipa. Cerca, ladera abajo, se arrastraban indolentes las aguas del río de Santa María.

—Esta noche vamos a dormir en casas —gritaban—, ¡y bien calientes!

Fueron cortando los hilos del telégrafo y teléfono sin dejar de galopar. Los caballos destrozaron bien pronto la distancia con sus remos poderosos y sus duros cascos herrados, y fue agrandándose una mancha blanca que se veía en el costado de la montaña. Los rezagados oyeron los primeros tiros, que no detuvieron ni un segundo la marcha, y minutos después, en la plaza principal de la población, junto al quiosco japonés de columnas de hierro, Francisco Villa, vencedor de la guarnición carrancista, daba su saludo al pueblo:

“Mis hermanos de sangre y de raza: yo soy el perseguido Francisco Villa. Ahora, no nomás los carrancistas me quieren coger, sino también los americanos dicen que me llevarán...”.

Esa noche los villistas durmieron en casas, y muy calientes; pero a la mañana siguiente salieron a la carrera. Los espías informaron a Pancho que una columna americana venía a toda prisa del rumbo de Casas Grandes, y que el general carrancista Cano se acercaba también, por la dirección de Temósachic.

Con éste se encontraron los villistas a su salida, y cambiaron unos cuantos tiros; teniendo mejores caballos, y más ganas de escapar que los soldados de perseguirlos, no combatieron mucho tiempo; la escaramuza fue breve. Tres o cuatro de la retaguardia quedaron rezagados para siempre, y la columna federal entró a Namiquipa, a recoger los despojos de los soldados del coronel Salas, derrotados la víspera.

Se les reunieron los miembros de la Defensa Social, que habían evacuado la plaza, y enterraron los muertos en un hoyo a la orilla del río.

Por la tarde llegaron los primeros soldados americanos: veinte o veinticinco, trotando en altísimos caballos de largos remos y guiados por un indio apache de Nuevo México, que mal hablaba el español. Tras la vanguardia llegó, enfundado en un grueso abrigo gris plomo, el coronel Dodd, subjefe de la Expedición Punítica del ejército americano.

—¿Osté sabe dónde va Pancho Vía?

El general Cano sonrió levemente bajo sus bigotes. Era cosa que no se conocía nunca; quizá ni Pancho mismo lo sabía, porque él era así; repentinamente parecía acordarse de un olvidado camino, de una casi desaparecida vereda; entonces cambiaba de dirección, contramarchaba y por sorpresa derrotaba a alguna pequeña guar-

nición que tenía noticias de que los rebeldes iban huyendo hacia el rumbo opuesto a cincuenta kilómetros de distancia... Pero el militar mexicano tenía que contestar algo y con su diestra señaló el rumbo del sur.

—Por ahí.

El jefe americano se alzó de su montura para ver si percibía siquiera polvo, pero sólo vio quietud y verdura en el bosque misterioso.

\*

Pernoctaron en San Jerónimo, río arriba; antes de desensillar habían echado cuentas: faltaban doce hombres desde que salieron de la Sierra de la Culebra.

—Nos salió barato el susto que dimos en Namiquipa —dijo Pancho Villa, y luego llamó a todos sus generales y jefes a una conferencia de guerra, como él dijo, tratando de ser solemne.

—Yo siempre acostumbro, y ustedes lo saben bien —comenzó diciéndoles—, tomar las medidas más buenas para la campaña; muchos de ustedes mismos no saben siempre para dónde vamos y si vamos de huida o a sorprender a algunos carrancistas. Pero esta vez la cosa es diferente; tenemos que hacer una guerra internacional y quiero que me digan qué opinan de la cosa, cómo le vamos a hacer. Los voy a oír y luego les digo qué acordamos en definitiva por unanimidad.

—Yo opino —dijo el general Chávez, de Sonora— que debemos irnos al sur. Mientras más lejos estemos del lado americano, es más difícil que nos encuentren. Necesitarían meterse muy adentro.

—Y si llegáramos a Durango, mejor —agregó Martín López.

—Me parece que debíamos dividir la gente y citarnos muy al sur; no atacando a nadie, no se sabría dónde andábamos, y podremos caerle a Parral.

—De ningún modo volvernos al norte, debe haber muchos, muchos güeros.

Nadie más opinó. Villa, con los ojos fijos en algún punto del suelo y las manos en la empuñadura de sus pistolas, habló despacio. Su voz, dominante y fuerte, paralizaba toda réplica. Parecía hablar con puñetazos.

—La mera verdad, es mejor salir para el sur. Si algunos gringos se adelantan, Podemos darles una emboscada; mientras, más de jilo vayan, más fácil es que se desprenda alguna columna chica. De modo, pues, que salimos a sur. ¿Nada más se les ocurre?

—¿Me permite usted hablar?

Pancho levantó la cabeza.

—Suéltala, Tiburcio, no te la tragues.

—No hay en la sierra baja ningún grupo fuerte de carrancistas; solamente cuando nos ataquen carrancistas por un lado y americanos por otro debemos dividir la columna. Antes podemos derrotar a todas las guarniciones desde aquí hasta el límite de Durango. Luego, en cuanto sepan los rancheros que vienen los americanos, se nos van a juntar, aunque no hicieran igual los soldados. Quién sabe si pudiéramos llegar otra vez hasta Torreón...

—No tantas ilusiones, viejo. La primera parte está bien. Vamos a seguir juntos y derrotar a todos los carrancistas que podamos; pero no debemos salir del estado de Chihuahua, porque dirán que le tuvimos miedo a la punitiva. En cuanto los güeros se hayan extendido, comenzamos con las guerrillas por todos lados, como hemos estado peleando un año contra los carrancistas. No debemos dejar de pelear contra ellos, aunque nos cueste mucha sangre. Y cuantas veces podamos, les repetimos lo de Columbus.

—¿Habrá mucha gente por Guerrero?

Se volvieron las miradas hacia Ríos, que había estado ahí días antes del asalto al lado americano.

—Cuando yo me fui al norte estaba ahí el general Cavazos, con cinco o seiscientos...

—Le damos...

—Seguro...

—Nomás que nos vamos rodeando, como si fuéramos para Cusi, y si se mueven un poquito, les caemos...

Todos asintieron con la cabeza. Se les cerraban los párpados de cansancio, después de haber galopado ochenta kilómetros. Se fueron a dormir y Villa, como de costumbre, montó a caballo para que nadie supiera dónde se acostaba.

—Buenas noches, general.

—Buenas te dé Dios, Tiburcio. Eres valiente y tienes buenas cosas en la cabeza. Cualquiera día te hago general...

El caballo dio un salto y emprendió el galope. Los cascos desprendieron una estela de chispas del empedrado de la callejuela.

## **Diálogos**

El 27 de marzo, muy de mañanita, cuando había aún escarcha en las ramas verdes de los sauces llorones y costras de hielo en los charcos, Villa y sus hombres cayeron sobre Miñaca, agitando el aire quieto con sus gritos y sus disparos: rodearon el cuartel de los carrancistas situado frente a la semidestruida estación, y capturaron a oficiales y soldados en calzones, medio dormidos, tiritando al rigor de aquel clima durísimo para ellos, pues en su mayoría eran raquíticos hombrecillos llevados de la benigna zona templada.

Fueron como doscientos los que echaron pie a tierra y entraron atropelladamente al cuartel, en cuyo patio, en un rincón, se apelo-tonaban los soldados prisioneros, a quienes mantenía reunidos y quietos un fusil ametrallador Rexer, que rápidamente habían colocado los villistas sobre sus tres patas de acero, en el cubo del zaguán de entrada. Sonaban a vuelo las campanas de la iglesia cercana y a su vibrar parecían rasgarse los velos de la neblina.

Villa entró a caballo, que resbalaba sus cascos en las húmedas losas de cantero. Tras él, empujado a culatazos, entró un muchacho a medio vestir, de larga melena despeinada y ojos asustados.

—¡Carrancistas! —gritó Villa—. Vengo a hablarles como hermano, con ganas de que hagan caso de lo que les digo y me den la razón; yo no vengo ya peleando contra ustedes, que son de mi misma raza, sino que me traín perseguido los americanos del otro lado. Vienen detrás quién sabe cuántos miles de soldados yanquis, quesque para agarrarme como fiera y llevarme vivo o muerto para los Estados Unidos. Esto le conviene a Carranza, pero los demás mexicanos deben avergonzarse de tener a los americanos aquí dentro. Miren nomás este papel que le quité al telegrafista: es un mensaje para Cavazos, su general de ustedes, informándole de que vienen los gringos contra mí. Oigan: “Las tropas de la expedición punitiva han aumentado a doce mil hombres, de caballería y artillería, con veintiocho piezas entre morteros y cañones de distintos calibres, doscientas ametralladoras y cuerpo de ingenieros; las avanzadas llegan a doscientas cincuenta millas al sur de la frontera...”.

Dirigiéndose al muchacho llevado a culatazos, que fijaba en él sus ojos dilatados por el pánico, le preguntó:

—¿Quién mandó este telegrama?

—El coronel Salas, de Namiquipa.

—¿Ya lo ven? Es la pura verdad que los americanos vienen detrás de mí. Dicen que doscientas cincuenta millas; no sé a punto cierto dónde mero será eso, porque yo no mido así, pero el caso es que no deben estar muy lejos, porque se tráin buenos caballos. Yo no quiero hacerles a ustedes ningún daño, nomás les pregunto si se van a quedar con los brazos cruzados ante los americanos. Todos los rancheros de Chihuahua van a echarles bala, y aunque todos ustedes no son de aquí, sino que me los han traído quién sabe de dónde, tienen la misma obligación. Yo los invito a que se vengán conmigo a defender a la patria. A ver qué me contestan.

Los prisioneros permanecieron callados. Se advertía que temblaban, no de miedo, sino de frío; pegaban sus cuerpos unos a otros para calentarse. Ninguno se atrevía a hablar.

—¡Ora, changos! ¿No oyen que les estoy hablando? ¿Se vienen conmigo o qué?

Del montón salió una voz clara.

—No vamos con bandidos, ni a la gloria eterna.

Estalló la masa en gritos :

—¡Viva Carranza! ¡Viva: el Supremo Gobierno! ¡Viva el general Cano!

Se agitaron los soldados, levantando los brazos, y algunos avanzaron hasta el centro del patio, lanzando imprecaciones contra el jefe enemigo, que hizo retroceder su caballo hasta el zaguán, tras el fusil ametrallador que permanecía sobre sus patas grises, largo como una grulla que volara contra el viento.

—¡Viva Carranza!

—¡Entonces, friéguese!

Con la mirada centelleante dio una orden y el Rerex comenzó un redoble rapidísimo de disparos. Cayeron ensangrentados sobre los cuadros de cantera los soldados que habían avanzado hacia el centro del patio. Por un instante se levantó un griterío que ensordeció momentáneamente los disparos.

Villa salió hacia la estación seguido de Tiburcio Maya, que, a caballo, había estado junto a él aquellos cinco minutos. Tras él se

fueron apagando los gritos, continuando, uniforme, el funcionamiento del mortífero fusil.

Enfrente de los almacenes de la estación se detuvo. Un soldado le tendió un bote de lata que humeaba.

—Calientito el café, mi general.

—Venga...

Bebió a grandes sorbos, abierta a boca enorme, y al terminar, se limpió los bigotes con el dorso de la mano.

—Lástima de Pelones —dijo a Tiburcio—, porque eran muchos, y aunque no valen tanto como los nuestros, de algo podían haber servido. ¿Cuántos serían?

—Los conté uno por uno mientras usted hablaba, mi general: incluyendo al general Cano...

—¡Cómo! ¿Ahí estaba?

—Sí, fue el que gritó que él no iba ni a la gloria eterna...

—Con bandidos, ¿no? Bueno, ¿cuántos eran por todos?

—Ciento sesenta y dos hombres.

—Mientes. Eran ciento setenta y dos, pero no hombres, ¡traidores!

—Ellos creían que no debían juntarse con nosotros... ¿Si Carranza hubiera atacado a los americanos, usted se hubiera puesto a sus órdenes?

—Y tú, ¿los defiendes?...

Le miró fijamente. Si Tiburcio le traicionaba, no viviría un instante más.

—Yo seré villista hasta que muera...

—Entonces, cierra el hocico.

El Rexer había terminado y del cuartel salía solamente un pesado vaho de silencio.

—¡Arriba, muchachos! A caballo los valientes. ¡Vámonos de frente!

Una sinfonía de alaridos fue siguiendo a la columna en su salida por las anchas calles polvosas, hacia la cabecera del Distrito, Ciudad Guerrero, que Villa había sabido que se encontraba en esos momentos sin guarnición carrancista, resguardada solamente por unos cuantos miembros de la Defensa Social. En media hora de galope estuvieron a la vista de la vieja ciudad serrana, inclinada suavemente hacia el río Papigochic. Y echando balazos al aire penetraron por las calles empedradas, cabalgando a la sombra de los sicomoros y de los



truenos. A su presencia, los defensos escasos, y sorprendidos, salieron a remontarse en la sierra; otro vuelo de campanas y otro coro de gritos calentaron la mañana fría y perezosa y rasgaron la niebla, que huyó a la desbandada.

\*

Pasado el mediodía, Villa supo que el general carrancista José Cavazos, que estaba en un rancho cerca de Guerrero, con el grueso de las tropas que constituían la guarnición de aquella zona, avanzaba a paso veloz hacia la ciudad, con el propósito de batir a los rebeldes. Rápidamente, quinientos jinetes salieron a su encuentro; ante ellos, la llanura, escasa de vegetación, se extendía bajo una neblina gris que ocultaba las montañas cercanas. El zacatón, todavía seco, se alzaba a un metro de altura, y sobre él, los postes del ferrocarril señalaban la dirección de la vía férrea. Frente a Ciudad Guerrero, una extensa meseta se elevaba, cubierta solamente de piedras y pequeñas matas secas. A un lado, a la derecha, adivinábase el río Papigochic, tras la cortina verde de los sauces llorones que inclinaban sus ramas hasta tocar el suave oleaje de las aguas azules.

Dos jinetes bajaron de la meseta como un alud y guiaron sus caballos hacia el grupo donde comprendieron que se encontraba el general en jefe, a quien informaron.

—Aistán ya los carranclanes.

—¿Cómo vienen?

—A pata. Si mucho, serán cincuenta los de a caballo.

Haciendo un ademán con su diestra, Villa ordenó desmontar. Avanzaron todos a pie, carabina en mano, acomodándose sobre los hombros las cruces que formaban las cananas pesadas de parque. Otros se llevaron la caballada a orillas del río, donde la amarraron. El mismo jefe con todos sus generales, los Dorados, sus oficiales del Estado Mayor, avanzó a pie, subiendo rápidamente la ladera ligeramente inclinada de la meseta. Su ancho sombrero texano, que mantenía en mitad de la cabeza, fue el primero en asomarse a la planicie. A lo lejos, a dos kilómetros, se veía la línea oscura de los soldados enemigos.

—Agachen las cabezas... No se asomen hasta que yo dispare.

—Échense en tierra, no disparen hasta que el general Villa dé la señal.

A gritos llegó la orden hasta el extremo de la línea villista y todos fueron tendiéndose en tierra, buscando la defensa de los grandes pedruscos. Sobre sus cabezas la neblina fue adelgazándose y a poco el sol puso tonalidades amarillas en la parda meseta.

Con su mirada certera de ave de rapiña, que desde las nubes entre las que vuela distingue los reptiles que se arrastran entre las piedras, el jefe abarcó de un golpe la línea enemiga, la dividió por los claros de luz, midió la profundidad de las masas, calculó, por el polvo que se elevaba, confundiendo con los últimos jirones de la niebla. Sumó el número de los jinetes que descuidadamente avanzaban a tres o cuatrocientos metros de la infantería, y dijo a los que le rodeaban:

—No pasan de quinientos. Estamos uno a uno. No creo que nos peguen, pero si acaso, reulamos hacia Guerrero, y ahí los esperamos, si es que se atreven a venir detrás.

—Sus oficiales corrieron la voz.

—Si nos empujan, nos afortunamos en las primeras casas.

Cerca, entre dos moles de cantera blanquecina, un fusil Rexer marcaba su larga línea paralela al suelo; todavía estaba tibio y olía a pólvora quemada, pues esa misma mañana había disparado seis de sus curvos cargadores que parecían salirle del lomo como un paréntesis que se abriera. Otras ametralladoras se seguían en línea hasta la vía del ferrocarril, que bordeaba la meseta, todas apuntadas en una dirección misma, impacientes.

—El general ha de venir en esa bolita de montados.

—No lo creo, pero si viene, se me hace que me ponga su águila en el sombrero dentro de un rato.

—Seguro, de aquí no sale por sus pies.

—¿Les tiramos ya?

—No te alborotes. Mientras ellos no tiren es que no nos han visto. Mejor darles el susto cuando los puédamos alcanzar con las balas.

La infantería que avanzaba se había quedado atrás y los cincuenta jinetes seguían adelantándose al trote. Estarían como a cuatrocientos metros de los rebeldes tendidos en tierra, cuando Villa levantó su carabina, y llevando la contera al hombro, apuntó por un instante e hizo el disparo. Inmediatamente todos sus hombres continuaron el fuego, que, por repentino, ensordeció. Las ametralladoras comenzaron a disparar con esas intermitencias que tienen

y que parecen transmisión, en lenguaje telegráfico, de un macabro mensaje. En efecto, decían: “Aquí estamos los villistas, teniendo que combatir contra nuestros propios paisanos, cuando detrás de nosotros viene una ola de hombres de otro país, inundando nuestro territorio”.

“Eso no nos importa a nosotros”, contestaron en el mismo lenguaje, aunque más lentamente, los fusiles de la lejana infantería carrancista, mientras los jinetes que no cayeron retrocedían al galope a protegerse tras de sus filas. “Nosotros sostenemos al Supremo Gobierno, que no ha provocado esa invasión, y que no quiere llevar al país a una guerra internacional desigual y tonta. Combatimos a los bandidos que retaron a un país amigo y cuando los hayamos aniquilado, sabemos que los invasores saldrán sin que disparemos contra ellos”.

El tiroteo se hizo general en las dos líneas, aun cuando estaban muy lejanas una de otra, y las balas no llegaron a dominio enemigo.

Rápidamente, atropellándose sus palabras una tras otra, el Rexer dijo:

“Ésas son babosadas. Si tuvieran vergüenza y calzones, ya estarían echando bala a los americanos”.

“Eso es”, confirmaron con breves palabras los fusiles villistas.

Sobre la meseta, llena ya de claridad de día, de luces doradas y chispas rojas, de zumbido de balas y de gritos, llegó la respuesta.

“No nos faltan calzones. Lo mismo matan balas villistas que balas americanas. No nos preocupa escapar con vida, ni perderla. Hay algo que vale más que el hombre: la patria. El verdadero patriotismo no debe ser ciego. Sabremos salir con dignidad de esta situación, sin combatir al americano, pero sin tolerarlo. La justicia hará lo que por la fuerza no se puede, y los soldados de Estados Unidos se tendrán que volver a su país”.

—Arriba, muchachos, vámonos acercando...

La línea villista se levantó y los hombres avanzaron al encuentro del enemigo. Callaron las ametralladoras, levantadas en vilo por sus sirvientes, y sin disparar un tiro, como en maniobras, los rebeldes emprendieron la carrera hacia delante. Ya era mucho estarse echando habladas. De una vez matarse. No se pondrían de acuerdo nunca, y más valía acabar pronto. Unos u otros. Villistas y carrancistas no cabían juntos en el estado de Chihuahua.

En mitad de la meseta la línea se detuvo, a trescientos metros de distancia del enemigo; ya comenzaban a caer los hombres en tierra al golpe de las balas. Volvieron a tronar los fusiles rápidos. Ya no enviaban mensajes, sino muerte. Como ellos, sin gritar, las falanges peleaban. Ni una injuria, ni un viva, ni un alarido inarticulado de esos que calientan la sangre a la hora del combate. ¡A matar! ¡A matar! Se arrojó al lodazal la fraternidad mexicana, se olvidó la raza y la sangre igual. Eran enemigos irreconciliables los que se encontraban frente a frente. “Ustedes o nosotros, y se acabó”.

Un grito domino la tormenta:

—¡Aquí está su padre Villa!

Todos lo oyeron, unos y otros. Parecía trueno. Parecía un trueno que se desenvolviera sobre el enemigo. Pelear contra cualquier otro, de igual a igual, no es lo mismo que pelear contra el Azote Intangible. ¡Qué ganas de poderlo destrozar, pero al mismo tiempo, qué difícil!

“No es hoy el día en que podamos destruirte —dijeron los fusiles, hablando con las largas intermitencias—; mejor será otra vez”.

Su voz se fue alejando, cada vez más rápidamente.

En este lado comenzaron los alaridos de triunfo, los gritos de loor al jefe poderoso y fue decreciendo también, hasta cesar, el rugido de las armas. La cortina de polvo, que antes de la batalla surgía detrás de la línea oscura, cambió de posición, y la cubrió. La misma neblina se disolvió en la tarde. Bajo el sol brillante, un ángulo de garzas se deslizó, como si patinara en la cubierta azul.

—¡Ora, muchachos!, que se traigan los caballos, y seguimos a esos hasta que no quede ni uno...

Villa y sus jefes se detuvieron en la llanura. El hombre se quitó su gorra de anchas alas y se abanicó la cara llameante. Dio a otro su carabina, tibia por cien disparos. No pudo expresar el pensamiento que le bullía. ¿Qué será lo primero que quiere decir un jefe triunfante? Si se tratara de un parte oficial o de una frase para la historia, diría: “Una vez más, el esfuerzo de mis valientes soldados...”. Pero no valía la pena. Antes de esa oportunidad había tenido otras cien para decir una frase.

—A ver, ¿quién trae agua?

Ocho o diez manos tendieron hacia él otras tantas cantimploras, y luego, el círculo formado en su torno se abrió para dar paso a una hermosa yegua encontrada horas antes en una caballeriza de

Guerrero y que ahora llevaba en sus lomos redondos, la montura bordada del general en jefe.

—Ora, súbanse toditos y vámonos tendidos.

Cada quien fue hacia su caballo. Ante Villa la llanura quedó despejada. Sujetó las riendas y puso la mano izquierda sobre la cabeza de la silla, y el pie en el estribo. Se dio un impulso para montar, pero se detuvo. Algo le había tocado la pantorrilla derecha y percibió adentro el golpe. Bajó el pie que había levantado, y al tocar tierra, resintió un dolor. Se miró. La mitaza de cuero (obra maestra de Francisco Tallabas) que le envolvía la pierna, tenía un agujero negro exactamente en el filo que marcaba el hueso; sintió que algo caliente le chorreaba pantorrilla abajo y que el agujero redondo parecía ensancharse en una mancha roja.

Por un momento quedó con las manos apoyadas en la silla de montar, y la cabeza inclinada hacia delante, para mirarse la pierna. La yegua, inquieta al ver a otros animales que ya comenzaban la carrera por la planicie, se impacientó y comenzó a golpear con sus cascos la tierra.

—Me dieron —dijo Villa en voz baja—; ¿de dónde diablos no tirarían, que me dieron en la pierna?

Los generales lo rodearon inmediatamente. Tiburcio puso una rodilla en tierra y comenzó a palpar la pierna herida.

—No aprietes mucho, animal...

—Quiero ver si le rompió el hueso...

—Como a ti no te duele...

El viejo abrió las hebillas de la mitaza, descalzó la espuela y descubrió la pierna. El pantalón de pana estaba empapado de sangre. Suavemente fue tocando el hueso de arriba abajo...

—Más quedito, más quedito...

—No le hizo nada, mi general; debe haber sido una bala fría, que ya rebotó en una piedra, porque no tuvo fuerza para agujerar la canilla.

—Por las dudas, nos devolvemos...

Maya le ciñó la pierna con un pañuelo sucio y lo ayudó a montar en la yegua. Sin entrar en su estribo, el pie derecho se quedó balanceando en el aire, y al paso la tropa vencedora se devolvió hacia Ciudad Guerrero.

Tiburcio Maya lloraba, como no lo hizo cuando Villa le mató a la mujer, cuando le mató a la hija, cuando murió, llamándole, su hijo.

### El viejo se va

Toda la versatilidad del carácter de Pancho Villa, anormal incomparable, se desplegó como una tela al viento esa tarde. En la antigua casona del ricacho guerrerense, donde el rebelde se hospedaba, pasó varias horas en la más completa incertidumbre; a veces, culpaba a Tiburcio de la hinchazón de la pierna y de la calentura que iba apoderándose de él, y entonces pedía su pistola, que Nicolás, previsora, le había sustraído, “para romperle el alma al viejo imbécil”. Tiburcio se le acercaba mansamente, le tocaba la frente como a un niño, y al sentir la sangre hirviendo, le hablaba paternalmente: “Estése sosegado, don Pancho. Para la nochecita ya le pasó el bochorno”. Y entonces, Villa se ablandaba y rompía a llorar. Sin la menor protesta se dejaba lavar la herida con agua tibia y su voz se tornaba suplicante al preguntar: “¿Me la tendrán que mochar?”.

Momentos después se sentía avergonzado de su debilidad e intentaba ponerse de pie y echar a correr. “Me voy a soltar galopando hasta que la pierna escupa la bala”. Costaba un triunfo volverlo a acostar en la cama de grandes perillas doradas. De su frente brotaba el sudor a borbotones e iba a humedecer la selva virgen de las melenas. De rojo como un disparo, se tornaba lívido como una queja. Y luego volvía a indignarse contra su curandero, reprochándole su falta de habilidad por no haber intentado sacarle la bala antes de que la carne se hinchara.

Todos estaban cerca de él; en la recámara, los más allegados rodeaban el catre ostentoso: unos le hablaban afectuosamente, tratando de convencerlo de que pronto estaría bien; otros se limitaban a mirarle en silencio, como si trataran de adivinar por el aspecto del herido su suerte futura. Afuera, en el corredor de cinco arcos, los Dorados se aglomeraban, cuchicheando; decían que había salido una escolta rumbo a Miñaca, a buscar al doctor Stecte, un gringo que era bueno para “componer cristianos”, para traérselo a matacaballo y que viera qué era bueno hacerle *al Viejo*. Pero lo que es andar de malas: en cuanto el doctor supo que los villistas lo andaban bus-

cando, pues creyó que se trataba de agarrarlo porque era americano, y vengar en él la incursión de las tropas de su país. Se afortinó en su casa y cuando llegaron los Dorados, les hizo fuego. Otros dos americanos estaban con él: un tal Lindsay y otro Benjamín Snell, los tres echando bala. Y no hubo más remedio que contestarles, porque no entendían de otro modo. Los tres murieron, y dos villistas. Y luego al alemán Hermann Blackemberg, que tenía una ferretería, también lo consideraron americano, y como contestó que no cuando le preguntaron si sabía curar a un cristiano balaceado, “lo quebraron”.

—Total, que el viejo se queda sin que lo curen...

—Pos a buscarle las yerbas que él conoce... Y amarrarle la pata para que no eche sangre...

En el ancho patio en que los mastuerzos comenzaban a elevarse, y bajo los truenos de hojas gruesas y brillantes, como de cera, otros cuarenta de los escogidos esperaban, tumbados en el suelo, en pequeños grupos, entre sus caballos inmóviles. Y afuera, en la calle de anchas banquetas enlosadas y una cenefa de sicomoros, el total de la columna, en tres líneas, esperaba órdenes.

La noche volvió después de dar la vuelta al mundo. Tras las bombillas de cristal, ardieron las mechas empapadas en petróleo. En el patio, los de la escolta encendieron una fogata, porque el viento soplabá, sin parpadear, y venía regando el frío de la sierra. Y en la recámara en que Villa yacía calenturiento, todos los jefes se reunieron. La voz del herido volvió a tornarse grave y dura.

—Esto no me despacha, nomás me tumba —dijo a todos, reunidos en torno del catre—. Voy a tener que aquietarme, si no quiero que me mochen la pata. De modo que los voy a dejar, pero no para que se rindan a Carranza, sino para que sigan peleando mientras no vuelvo ya remendado. No crean que esto que tengo es cuestión de días. Ya me vide la canilla y me tenté bien el hueso. No voy a poder andar ni a pata ni a caballo en mucho tiempo. No me esperen para pronto. Fíjense en lo que les digo: ¿todos saben para San Juan Bautista, en Durango?

—Naturalmente...

—Con usted hemos estado.

—Y si no sabemos, nos vamos preguntando...

—Al pelo. Dejamos pasar todo abril y todo mayo... Para no hacernos bolas les digo de una vez que ahí nos vemos el primero de

julio. Si tienen necesidad, se separan unos de otros, siempre diciéndose dónde se vuelven a juntar. Si no, sigan en bola.

—Como usted mande.

—No sabrán dónde ando yo, y a los pueblos donde lleguen, digan quesque me mataron los changos. Así será más grandote el susto que lleven en cuanto me vean de vuelta.

—¿Pero qué, se va usted solo?

—Me llevaré unos poquitos.

—A mí.

—A mí también.

—¿Y luego yo?

—Después les digo quiénes me siguen. Primero vamos a ver quién se queda de jefe. Alguno tiene que hacer de punta mientras yo esté agachado. Aistá Nicolás Fernández, que viene conmigo desde que nos juntamos a don Francisco Madero...

—Si me permite, mi general...

—Suéltala.

—Yo prefiero irme con usted.

—Ya tengo otro plan. Sólo dos muchachos se quedarán conmigo.

—Pero no van a poderlo llevar entre dos hasta donde usted quiera.

—Es verdad. Ve, pues, diciendo.

—Yo.

—Nicolás Fernández, uno.

—Ernesto.

—Ernesto Ríos, dos.

—Tiburcio.

—Tiburcio Maya, tres.

—Reynaldo.

—Reynaldo Mata, cuatro.

—Los dos Álvarez.

—Juan y Joaquín, seis.

—Bernabé Cifuentes, Marcos Torres...

—Ocho.

—No más.

—No más. Otra vez la burra al trigo. Vuelvo decirles que hay que nombrar un jefe, al que todos obedezcan mientras yo vuelvo...



En la penumbra del cuarto los veinte hombres ahí reunidos se vieron las caras. ¿Quiénes querían el puesto de segundo y quiénes estaban dispuestos a obedecer?

Había un indio yaqui, de una cara rojiza y brillante como un perol de cobre. Entre los huesos de los hombros, levantados en curva, y el cuello flaco, dos cartucheras se cruzaban. En la cintura, una doble, en la que no cabía un cartucho más, parecía ponerle una coraza. Se llamaba Francisco Beltrán y era general.

—¿Te quieres quedar de segundo, Pancho Beltrán?

—El indio hará lo que le ordene el general Villa. —Su cara quedó inmóvil, como una máscara enrojecida al fuego. Ni una expresión de orgullo por ser el escogido, ni una mirada de superioridad sobre quienes quedaban a sus órdenes.

—Me gustas porque hablas poco y pegas mucho. No te rajarás nunca y conoces Chihuahua tan bien como Durango, y los dos tan bien como tu sierra Sonora. No más te digo que si por alguna causa no puedes llegar a San Juan Bautista Durango el primero de julio, me tengas gentes que me avisen por dónde te has metido.

—Si el indio no lleva a toda la gente, el indio estará solo en la Duranga, esperando.

—Arreglados entonces. ¿No hay quien se oponga? ¿Aceptan?

Todos levantaron la mano.

—¿Firman un papel?

—Seguro que sí.

—A ver, pues, escribe tú: “Los suscritos reconocemos la autoridad del general Francisco Beltrán, como segundo del general Francisco Villa, y ofrecemos respetarlo y obedecerlo”.

—Res... pe... tar... lo... y o... be... de... cer... lo... Punto.

—La fecha.

—Ciudad Guerrero, Chihuahua, a 27 de marzo de 1916.

—Ora vayan firmando, aquí, enfrente de mí...

Uno a uno pasaron y luego saludaron de mano al indio de la cara inmutable. Se salieron del cuarto. Hacía un frío quieto, porque el viento se había dormido en los contrafuertes de la sierra. Sobre el pretil, frente a la puerta de la recámara, Marte parecía un cañonazo apresado por la noche en la red infinita de las constelaciones. Dormitan los rebeldes envueltos en sus cobijas, y en el corral cercano se escuchaba el cocear inquietante de los caballos.

Nicolás y Ernesto llamaron a todos los montados en la lista de los ocho, y en un rincón del corredor de cinco arcadas los estuvieron aconsejando. Tiburcio salió luego a buscarse un guayín.

—A ver si encuentras uno bueno en casa de los Chávez.

—O de los Casavantes.

—Con todo y mulas.

—Aquí te estamos esperando.

Se pusieron a fumar, cada uno pensando por dónde irían a salir con el jefe herido, porque Villa no dijo a nadie el rumbo que tomarían a la mañana siguiente.

\*

El alba pasó rápida, volando sobre el silencio. Desde que comenzaron a cantar los gallos, el viejo Pancho estuvo terqueando con que ya era hora. Había amanecido sin fiebre y entonces Nicolás le puso otra vez en la funda la pistola que le había ocultado la vispera.

Frente a la casa estaba ya el guayín, de limpio toldo de lona blanca, y dos mulas rosillas. Tiburcio en persona estaba sentado en el pescante. Y entre Nicolás y Ríos, con los dos Álvarez, sacaron *al Viejo* con la pierna envuelta en una frazada, y metiéndole al guayín por atrás, lo acostaron en un colchón tendido adentro. Se aglomeraron los villistas rodeando el carricoche, con ojos espantados, y Villa tuvo que incorporarse a medias apoyándose en los codos.

—Nomás me voy por un rato, hasta que se me desentuma la pata. Pero todos digan que Pancho Villa está muerto y que ustedes vieron cómo lo llevaban a enterrar. Ya sus jefes saben dónde nos vamos a ver, y cuándo mero. De modo que sigan peleando, que quedan bien mandados.

Se despidieron todos los generales, apretando la mano forzada del herido.

—Hasta luego. No se les olvide dónde.

—No, general.

—Ni cuándo.

—Tampoco.

—¿Para dónde vamos? —preguntó Tiburcio soltando la retranca.

—No te importa, viejo preguntón. Tú nomás vete de frente y cuando yo te diga “Voltea”, volteas.

Tiburcio chasqueó los labios dos veces y las mulas partieron al trote por la calle empedrada. Se desató una explosión de gritos y tiros al aire, que duró hasta que el guayín tomó el camino a Miñaca y subió la mesa. Siete hombres, al trote de sus caballos, lo rodeaban.

Y cuando Ciudad Guerrero emergía de la bruma de la madrugada a recibir el primer rayo del sol, Villa habló al cochero:

—Ora sí, viejo; para que te lo sepas; te vas sin tocar pueblo, todo el día y toda la noche, hasta amanecer en Los Álamos.

El guayín rodó por la llanura lisa y pelona, al galope de las mulas rosillas de los Chávez.

## Cantiles

Amanecieron en Los Álamos, después de trotar día y noche: su ruta era poco más o menos la misma que horas antes había seguido la columna que derrotaron en la mesa. ¿Quién podría imaginar que Panchito Villa, herido la víspera frente a Ciudad Guerrero, se abalanzara en dirección adonde estaban reuniéndose sus enemigos, metido en un guayín y rodeado solamente por media docena de hombres?

Por ahí habían pasado los carrancistas tan precipitadamente, que ni tiempo tuvieron de avisar a los miembros de las defensas sociales de la presencia de Villa; los rancheros, tranquilos y pacíficos, se cruzaban en los llanos con la corta comitiva, y creyendo que en el carricoche iría alguna familia, ni se acercaron a averiguarlo, pasando a distancia, sin preocuparse. Mejor para ellos, porque Villa había ordenado que al que se acercara, no siendo amigo o conocido, había que obligarlo a callar por el método más sencillo.

Fue un viaje duro aquel de los villistas: soplaban por los llanos los últimos ventarrones de marzo, que arrastraron montaña abajo las nubes grávidas de nieve. La marcha se hizo fatigosa y lenta. Con alta temperatura y envuelto en varias cobijas, el herido sentía frío, como si se hubiera metido a bañar muy de mañana en las aguas que pasaron la noche derritiéndose arriba de la sierra. Él, que nunca tomó licor, pidió sotol para humedecerse los labios; al principio le entró más frío, un temblor hasta en los huesos, pero al mediodía, entre tumbo y tumbo del guayín por el camino irregular, se quedó dormido.

Otra jornada al rancho del Mortero, situado a poca distancia frente al mineral de Cuihuiríachic, donde estaban reorganizándose, al amparo de tropas de refresco, los carrancistas recién derrotados. En la oscuridad de la neblina batida con la noche, se veían sobre la sierra los puntitos rojos de las luces del mineral; toda la noche estuvieron los rebeldes oyendo silbidos de locomotoras y rodar de trenes: el enemigo estaba cerca y en vela, y con él, fatigados y somnolientos, los de la pequeña escolta pasaron la noche a medio dormir, alrededor de una hoguera encendida con boñiga. Habían metido el guayín en el zaguán y estuvieron oyendo *al Viejo* quejarse sin cesar; le pusieron sus cobijas y se quedaron en cuerpo, tiritando.

Aún estaba roncando el día cuando siguieron la marcha hacia el sur. A su derecha, las aguas de la laguna de Mexicanos reposaban cercadas por una costra de hielo en las orillas. Al mediodía, un breve descanso en San Bernabé, y siguieron por la orilla del río. Otro día de marcha y otro más. A veces, el guayín atravesaba chaparrales por donde nunca había habido camino; en otras, cruzando algunos de los muchos afluentes del río de San Pedro, las ruedas se atascaban en mitad de la corriente, y todos los de la escolta jalaban del vehículo con sus reatas, mientras el par de mulas chapoteaba en el agua.

La noche del 3 de abril los rebeldes sintieron que sobre ellos se precipitaba el silencio lunar de la nevada. Villa dijo a Torres y Mata que buscaran unas ramas grandes y las colgaran detrás del guayín, de modo que arrastraran por el suelo formando un escobón para barrer la nieve. “Si ya saben que me tráin en guayín, que no sepan qué huellas son las que se encuentren”. Al siguiente día Villa llegó a tener una fiebre altísima; deliraba desbordando su odio a los carrancistas que lo habían herido y a los americanos que lo perseguían por territorio para ellos extraño. Solamente un asunto no se le embrollaba en su cerebro calenturiento: la ruta. Cuando el guayín se detuvo y la cara de alguno de los acompañantes asomó hacia el interior, Villa hizo una pregunta:

—¿Dónde estamos?

—Tenemos Satevó a una legua, a mano izquierda.

—Bueno. Cruzamos el río abajo de la Vinata de Ancones, y nos vamos al rancho del Porvenir. Dile a Tiburcio.

—Está bien, mi general.

En El Porvenir se unió al grupo un viejito muy villista, que era el padre del finado general José Rodríguez. Villa le dijo para dónde

quería ir, y entonces el viejito llamó a su nieto, se montó en el pescante, y fue guiando a Tiburcio. Poco caminaron ya en el guayín, porque llegaron al pie de la sierra. Todos desmontaron, subieron al herido en una camilla formada con palos y ramas, y turnándose de cuatro en cuatro, lo fueron llevando montaña arriba, dejando al muchacho para que cuidara sus caballos y las mulas del tiro.

Era la sierra de Santa Ana, agreste y solitaria: arriba, altísimos pinos centenarios; en medio de las laderas, los encinos de ramas retorcidas. Profundas barrancas y altísimos cantiles y los cerros, sin un camino ni una vereda que los atravesara.

—Ocho años hace que no venía por aquí, desde que andaba con mi compadre Urbina.

Nicolás, Ernesto y los dos Álvarez cargaban la camilla. Detrás, Tiburcio, Cifuentes, Mata y Torres llevaban las carabinas de todos, unos sacos con arroz y carne seca, y dos cántaros de barro. Caminaban despacio, cuidando de cada pisada, y fatigados por el peso que tenían que soportar. Subían hasta la cumbre de un cerro y bajaban hasta el fondo de una barranca. De pronto, al dar vuelta por un arroyo que llevaba poca agua, vieron el sitio escogido por Villa: un reliz de tres ramos verticales, y al pie del segundo, el ojo redondo y oscuro de una cueva.

—¿Ahí es?

—No soy tan bruto... Como te fijaste tú se fija cualquiera. Voltea más p'arriba. ¿Qué ves?

—Pura pared de piedra.

—¿Y en los tramos?

—Encinos, nomás.

Villa sonrió, cansado, reclinando la cabeza en su almohada de hierba fresca.

—Jálenle p'arriba.

Parecía que no había modo de subir por aquellas rocas rojizas, cubiertas en grandes tramos por un musgo verde claro. El sol poniente las iluminaba marcando vigorosamente las aristas verticales de los pilares. Llegó el momento en que no pudieron seguir llevando al jefe en su camilla de ramaje: había que trepar rocas del alto de un hombre, por donde quizá antes solamente las cabras cerriles habían transitado; entonces, entre dos que subían primero, levantaban a Villa de los brazos; luego subían los otros dos, y de nuevo la ascensión de otro escalón de piedra. Fue labor de toda la tarde,

porque Villa se quejaba y se ponía furioso en cuanto sentía un dolor agudo en la pierna herida.

Dejaron abajo la cueva cuya entrada era visible y llegaron al segundo tramo del acantilado: ahí había una abertura de un metro de diámetro, que hacían casi invisible dos encinos afianzados en las rocas por largas raíces, como brazos humanos. Un rayo horizontal de sol poniente entraba por la abertura, iluminando una cueva de altísima bóveda y fondo de arena seca que no mostraba huella alguna de que ser humano o bestia la hubiera hollado. Sobre ella tendieron a Villa en su cobertor rojo.

—Ahora vayan haciendo lo que les digo.

—Mande.

—Me dejan todo el parque de rifle que tráin, llevándose nomás el de las pistolas...

—Ahí está.

Todos se despojaron del parque de sus cartucheras, reuniendo mil doscientos en un costal.

—Luego, métanse todas las piedras que puedan subir y me hacen una trinchera frente al agujero. Nomás dejan modo de que pueda entrar un cristiano y un poco de sol... Y luego me dejan la comida que traigan y los jarros.

Todo lo hicieron: formaron una trinchera en ángulo, que tapaba por dentro el boquete de la cueva. Doblándose a la mitad, podía apenas pasar un hombre. Dejaron sus morrales con comida y se reunieron alrededor del herido, a recibir las últimas órdenes. El sol comenzaba a ocultarse y la cueva quedó en penumbra.

—De todos ustedes, nomás cinco se van a quedar aquí; ni un jefe, porque tú, Nicolás, y tú, Ernesto, hacen más falta allá afuera que aquí dentro. Joaquín Álvarez y Bernabé Cifuentes, van a vivir aquí conmigo, todo el tiempo; Juan Álvarez y Marcos Torres se colocan afuerita de la sierra con seis caballos, para cuando salgamos. Y Tiburcio, que se queda para entrar y salir, por lo que haga falta. Los demás se van ahora mismo y no van a decir dónde estoy, así les aprieten el pescuezo. Pueden irse sabiendo que no me agarran vivo. Si me descubren, mataré todos los que pueda; si me sitian, esperaré a que ustedes vengan a libramme; si me quieren matar de sed o ahogado por humo, mejor yo mismo me despacho... Ahora sí, váyanse, ya se cae la noche y se pueden rodar si bajan a oscuras...

Los que tenían que dejarlo se hincaron frente a él, e inclinando el cuerpo, lo abrazaron.

—Adiós, Nicolás, adiós, Ríos, adiós, Reynaldo, adiós, viejito. No se les olvide dónde nos vemos: el primero de julio en San Juan Bautista, Durango.

—No, señor; adiós.

—Marcos, te vas a cuidar los caballos...

—Sí, señor.

—Vienes mañana.

—Sí, señor.

Fueron saliendo por el estrecho paso, uno por uno, y los hombres de la cueva quedaron en silencio. Afuera brillaba el crepúsculo bermejo. Sobre el reliz se extendía la primera cenefa oscura; abajo, en el fondo de la barranca, se elevaba la sombra como una humareda, y en ella se ahogaron los hombres que salían.

—No nos dejaron ni una vela...

—Ni te hubiera dejado encenderla, baboso. ¿Quieres que nos miren de afuera?

Tiburcio cubrió a Villa con su cobija. La cueva era fría, como recámara de oso, y oscura, como caja de muerto. El herido comenzó a cabecear, poseído de la calentura, y los otros cuatro se sentaron en cuclillas, recargando la espalda en los muros lisos. Cuando la sombra de dentro se juntó con la sombra de fuera, todos quedaron dormitando en silencio. Solamente el herido, en sueños, se quejaba.

A los diez días de estar ahí metido le volvió la calentura al *Viejo*, porque se quiso parar y caminar sobre su pierna amoratada. Ninguno de los cinco sabía qué hacerle: si le humedecían la frente, sentía frío; si lo tapaban, sudaba copiosamente. Los llamó a todos.

—Ahora sí voy creyendo que esto es de veras; otros he visto con balazos piores que éste y no les pasa lo que a mí. Estoy muy débil, no creo que salga bien de ésta. Y les voy a decir mi última recomendación.

—General, usted no va a morir; usted se cura...

—No, Tiburcio; ya me están doliendo las corvas, ya veo venir la talaca muy de cerca. Nomás les pido una cosa: que no vayan a decir a nadie que ya murió Francisco Villa. Mis muchachos lo sabrán en cuanto no me presente yo en San Juan Bautista, porque nunca les he tirado una plancha, y al no verme ahí, dirán: “Ya murió nuestro

jefe; ya no hay quien defienda al pueblo”, y harán lo que más les cuadre. Pero óiganme bien lo que voy a decirles:

—Diga lo que guste su merced, pero no será porque se muera.

—Si no me muero, mejor para todos; pero si me sucede, les voy a pedir que me hagan un juramento: que no me hagan enterrar, sino que hacen un montón de palos secos, me suben arriba, y me meten en el fuego; cuando se acabe, revisan bien que no quede ni un pedacito de mi cuerpo, porque no quiero que los *bolillos* se lo lleven a Estados Unidos, para decir: “Aquí está Pancho Villa, lo agarramos vivo, pero se nos fue una bala y ahora se está pudriendo”. Capaces son de vender mi cuerpo y de ponerse a ver cómo era mi cabeza por dentro. De modo que ahorita mismo me van a jurar que me quemaran si me muero... Tiburcio.

—Mande usted...

—¿Me juras por tu mujer que está en la gloria, y tu hijita y tu hijo, que quemarás mi cuerpo en cuanto me muera?

—Si muere usted antes que yo, lo quemaré.

—Te pregunto que si lo juras...

—Lo juro...

—Juan Álvarez...

—Lo juro...

—Joaquín...

—Lo juro...

—Marcos Tornes y Bernabé Cifuentes...

—Lo juramos...

—¡Ojalá que yo muera antes que ustedes, para que mi cuerpo no vaya a dar nunca fuera de México!

\*

Veinte días después, Villa aún no se curaba del todo; tuvo mucha calentura una semana, y luego cuando le pasó, quiso ponerse en pie; entonces se le reventó la carne, volvió a sangrar, se le inflamó de nuevo la pierna, y otra vez quedó tirado. Entre sí, aquellos hombres casi no hablaban; solamente cuando Juan Álvarez o Marcos Torres, o los dos, llegaban de donde tenían los caballos, el jefe preguntaba si alguien había pasado a la orilla de la sierra.

—Ni un alma.



Callaban de nuevo. Durante el día, se turnaban para estar a la entrada de la cueva, entre los dos encinos, vigilando. También sacaban a Villa una hora afuera, porque dentro ya olía muy feo de tantas cosas como se habían juntado bajo la arena. Joaquín Álvarez y Tiburcio Maya, una vez uno, otra vez otro, bajaban cada noche al arroyo a traer agua zarca en los dos jarros. Comían pinole y arroz remojado, y cada dos o tres días, un mordisco de carne seca. No encendían lumbre, para que el humo no los denunciara.

Un día, Marcos y Juan Álvarez, cuidando los caballos, vieron pasar una res orejana, un animal que estaría perdido, quién sabe desde cuándo, de los potreros de alguna hacienda, y la mataron a bala, le metieron cuchillo por el lomo y le sacaron nada más el filete, con todo y cuero. No pudieron resistir la tentación e hicieron lumbre para asar la carne. Comieron de ella y le llevaron un buen trozo a Villa y a los tres compañeros.

El jefe se indignó.

—Brutos imbéciles, con que haya alguno que viera el humo, ya nos caerán los güeros por aquí uno de estos días. ¿Y luego, qué hicieron con la res?

—Por ahí la dejamos.

—Van a caer los cuervos a comérsela, y los verán volar, y vendrán a verla. Sabrán que somos muy pocos los que estamos aquí, porque no más le sacamos el filete, y nos buscarán... Váyanse orita mismo y entierran la vaca...

Con los dos salió Tiburcio Maya, a ayudarles. Llegaron hasta donde habían dejado el animal muerto, y con unos palos filados en pico escarbaron un agujero donde cupiera; la echaron dentro con muchos trabajos, porque estaba muy grande, y le apretaron la tierra encima; se formó una lomita, que cubrieron de piedras, y para despistar le pusieron una cruz en la cabecera, como tienen tantas otras tumbas regadas en el campo.

Cuando Tiburcio volvió, Villa estaba aún como loco.

—Ya verás, viejo, como se nos vienen encima. Me estoy creyendo que por aquí cerca andan ya muchos enemigos buscándonos. Ya sabrán que estoy herido y que me trajeron en un guayín. Ya habrán buscado en todo aquello más al norte, y deben andar por aquí viendo si me agarran.

—No creo que lleguen a esta sierra.

—¿Por qué no? Son muchos, y nada tontos. Nomás que alguien haya visto pasar a los que se fueron, hay para que los carrancistas y los americanos sospechen que ando por este rumbo...

Oscureció de nuevo, penetró la noche en la cueva y todos callaron.

Pasó una semana, y cuando tenían veintisiete días de estar en la cueva, Juan Álvarez y Marcos Torres, que todas las mañanas pasaban por el arroyo de abajo a hacer señales de que no había novedad, dejaron de presentarse. Llegó la tarde, y ni un hombre cruzó la barranca.

Fue un día de inquietud, aumentada por extraños ruidos que llegaban a voces hasta el refugio. Rumores como de gritos humanos, y otras veces, como ladridos. Algunas rocas se desprendieron del filo del reliz y cayeron hacia el fondo de la barranca, destrozando arbustos y arrancando lluvias de piedras. A veces también, ecos misteriosos repetían palabras enteras, incomprensibles. Durante todo el día nadie salió a los encinos. De dentro acechaban, revisando punto por punto todo lo visible de la barranca y de las montañas de enfrente. Al oscurecer, las palabras que repetía el eco, los ladridos, el rodar de las rocas, los ruidos imprecisos, se fueron, como arrastrados por la luz o temerosos de las sombras.

—Mi general...

—¿Quihubo, Tiburcio?

—¿Cree usted que les haya pasado algo a los muchachos?

Villa, sentado en el suelo y recargado en el muro, con la pierna herida extendida hacia adelante y su carabina cruzada sobre el vientre, en la misma posición en que había estado todo el día, atentos el oído y el ojo, no contestó, limitándose a mover la cabeza de un lado a otro.

—¿Y si voy?

—¿Adónde?

—A buscarlos...

En la penumbra, la mirada de Villa tuvo un destello, como si la chispa que atravesara su cerebro hubiera encontrado, por los ojos, una salida.

—¿Nomás a ellos? ¿No vas a buscar a los otros?

—¿A cuáles otros?

—Pues a los gringos.

—¿Para qué?

—Para denunciarme...

Sorprendido, Tiburcio tardó en contestar.

—No soy yo de esos, mi general, y doy gracias a Dios. Si yo quisiera entregarlo, muchas ocasiones hubiera tenido de escarparme de aquí, cuando he bajado por agua en la noche. Yo no digo dónde está usted, ni aunque me hagan picadillo el alma. Y si lo duda, aquí nomás, dentro de la cueva, déjeme muerto. Ni mujer ni hijos tengo a los que hacerles falta.

—Ya está bueno, cállate el hocico. Fue una cosa que se me ocurrió así nomás, sin saber ni cómo; después vi que no podía ser. Anda, pues vete y buscas a los muchachos. Si ves a alguien más y crees que te puedan seguir, no vuelvas, y te me juntas como los demás, en Durango. Y si te agarran, dí que no me has visto nunca en tu vida.

—Yo creo que vuelvo, mi general.

—Si no vuelves, procura olvidarte de donde estoy.

—No se apure, don Pancho...

—Anda, pues.

Se fue.

### La trampa se cierra

Desconfiado, Tiburcio avanzó en la sombra; a tientas supo cuando trasponía la boca de la cueva y volvió los ojos hacia el cielo; la vía láctea se alargaba sobre su cabeza, como un río de mundos que corriera precisamente en medio de los cantiles de la barranca. Entre los dos encinos que ocultan con sus troncos y ramajes la entrada del refugio se detuvo un instante, queriendo taladrar con su mirada el hálito negro que envuelve las cosas de la tierra, y al sentirse ciego retrocedió un paso, como si lo impeliera hacia atrás la fuerza expansiva de las tinieblas. Teme que la noche lo vigile, que el silencio, anidado en las copas de los pinos, le prepare una traición y vaya a caer sobre él como un pájaro nocturno. Si no fuera por el impulso del viento, se hubiera creído aún dentro de la cueva; tal era la sombra.

Decidido a avanzar, se deslizó por entre las rocas salientes y los hoyos del reliz vertical, en la ruta que él, Juan Álvarez y Marcos Torres recorrían desde el día de la llegada a la sierra. Parecen que-

jarse tras él, al recobrar su posición, las plantas que ha hollado, y al sentirse nuevamente libres, las ramas de arbustos o las jarillas, de las que se ha asido para asegurarse en su descenso, azotan la pared de piedra. Pisa en falso y lanza un pedrusco rodando hacia el misterio de la sima, desafiando al eco de la barranca, que oscila en movimiento de péndulo entre los relices.

Comprendió que el ruido inconfundible había entrado a la cueva, y adivinó el pensamiento del cabecilla herido: “Ese viejo imbécil de Tiburcio... Ojalá y de una vez se haya hecho tortilla contra las piedras”. Sonrió y siguió bajando. El silencio, que regresó al apagarse el eco, le pareció entonces protector, imaginándose que le daba aviso de que no había sido sino vacío dentro de las tinieblas. Y descendió más rápidamente. Llegó hasta la cueva del primer tramo, y de ahí el camino fue más fácil, pues había una vereda transitada a veces por las cabras salvajes. Abajo comenzaba ya el rumor de las aguas del arroyo, monótonas, como si respiraran acompasadamente en su sueño. “Me he de estar volviendo gato, porque ya diviso algunas cosas en lo oscuro; ya veo donde termina el cantil de enfrente, la silueta de los pinos, y hasta algún reflejo de estrella en las aguas del fondo”. Siguió andando sin muchas precauciones y hasta tataréó en voz muy baja una cuarteta de los primeros tiempos del maderismo, cuando Rivero y Saracho derrotaron a los revolucionarios en Aldama, y recogieron al jefe, sangriento y moribundo:

Gritaba Pancho Portillo:  
El miedo no lo conozco;  
mi sangre que ven correr  
la venga Pascual Orozco...

“Mi sangre que ven correr..., mi sangre que ven correr... ¿Quién la vengará? Si no vuelvo esta noche, o mañana, o cualquier otro día, el jefe creará que lo he traicionado y que lo abandoné otra vez. Lo creará, porque ya me le pelé antes. Y aunque me hayan matado por él, no ha de saberlo, y cuando eche a perder algún cristiano, seguro estoy que no habrá de decir: ‘Éste paga la muerte de Tiburcio Maya’”.

Nuevamente su espíritu se encogió como un animal en acecho y tuvo ganas de regresar a la cueva. “¿Pero qué le voy a decir al viejo? ¿Que me amiedé? ¿Que es mejor que nos esperemos a ver si llegan mañana Torres y Juan Álvarez?”. Prefirió continuar. Después

de todo, si lo agarraban, no llevaba armas encima, ni papeles, ni sus ropas tenían manchas de sangre; le preguntarían quién era y lo dejarían ir, como a cualquier rancho.

Llegó hasta el fondo de la barranca, se tendió barriga abajo a beber agua, y después fue siguiendo la orilla del arroyo hasta donde los cerros se dividían y varias corrientes se juntaban. Las montañas se iban haciendo más bajas y planas, y los ojos de Tiburcio presintieron, más que vieron, la planicie. “Tengo ojos de gato, y si soy gato, tengo siete vidas”.

A la derecha había un macizo de álamos donde Martín Torres y Juan Álvarez debían estar con los caballos, a la orilla del arroyo. Creyó percibir olor de majada, y caminar por tierra recién removida por pisadas de hombres o animales; venía haciendo ruido, y si alguno se encontraba en la arboleda, sin duda le estaba espiando.

—Soy yo, Tiburcio.

Se detuvo a esperar respuesta, seguro de que le habrían oído, a pesar de que apenas habló en voz natural para que su palabra no llegara demasiado lejos. No obteniendo respuesta; siguió caminando hacia los árboles. Bajo las copas era aún más tenebrosa la acechanza del misterio. Ponía los pies sobre una costra blanda de hojas y ramas, de hierbas frescas. Se detuvo, recargándose en los troncos de los álamos. “Ya se pelaron estos desgraciados”. En efecto, ni un rumor de gentes o de animales, y eran dos hombres y seis caballos los que debían estar ahí. “¿Habrán visto enemigos rondar por estos rumbos? ¿Los habrán agarrado y se los llevaron a Parral o a Balleza? ¿Los habrán matado si no pudieron sacarles dónde estaba el jefe? Lo mejor es que aguarde yo aquí hasta que amanezca, y piense lo que es mejor hacer”. Se decidió a buscar un sitio donde la capa de hojas y hierbas estuviera más espesa, para acostarse, y anduvo a tientas un momento, dando pisadas de tanteo en la hierba.

—¡Rrrac!

—¡Me lleva...!

Inmediatamente se dio cuenta de lo que había pasado, como si lo hubiera visto: su pie tocó el centro de una trampa pesada, de las que usan los americanos para los osos, y las dos mandíbulas de dientes triangulares se cerraron de un golpe, atrapándole la pantorrilla. Sentía las puntas encajarse en la piel, a través de las gruesas mitazas de cuero.

—¡Cómo seré idiota!

Se sentó en el suelo e intentó abrir aquellas fauces de acero que le tenían sujeta la pierna. Con la sola fuerza de sus brazos le fue imposible; quiso moverse a otro sitio para buscar algún palo grueso, pero se dio cuenta de que la trampa estaba encadenada a un árbol. A tientas advirtió un grueso candado que cerraba la lazada. “He caído como el más animal de los animales, y me tienen cogido”. Sabía que era necesaria una palanca de hierro para abrir aquellas quijadas semicirculares, y comprendió que estaba a merced de quien hubiera puesto la trampa. “¿Será un cazador o... los gringos?”. Un cazador no hubiera sido motivo de que Juan Álvarez y Martín Torres se largaran con todo y caballos. A dos o tres pudieron haber amansado a tiros. “No tiene vuelta de hoja, fueron los punitivos”. Le comenzó a doler la pierna, oprimida por la presión tremenda de la trampa; debía estar sangrando, cuando menos, por un punto de cada lado.

“Tengo tanto remedio como un muerto sepultado. ¿Y ahora, hasta cuándo vendrán esos valientes? Sin duda con la mañana, porque deben haberse ido a acostar en algún punto fortificado, donde estén protegidos en su sueño por un cordón de centinelas y algunos atrincheramientos.

“Y para remate, ni pistola me eché al cinto. Menos mal que la hubiera traído, porque encontrarían un oso muerto en su trampa. Pero soy un bruto que ni en eso se fija. Por aquí todos usan pistola y a nadie le hubiera extrañado que yo la portara. Bien piensa el jefe que hubiera sido mejor que me hubiera hecho tortilla al bajar la barranca”.

Así, monologando, oyó pasar las rodadas de la noche por encima del bosque. Tendido de espaldas en la hierba sintió la humedad del rocío. Exhaló un largo bostezo; los ojos le dolían y le pesaban los párpados. Estiró los brazos en un perezoso ademán y se quedó dormido.

Lo despertaron unos ladridos disparados sobre su cabeza; dos animales de hocico aguzado, amarillos como coyotes, retozaban junto a él produciendo una algazara medio hostil, medio juguetona; se alejaban momentáneamente, lanzando un largo alarido hacia la llanura, y volvían a dar vueltas alrededor del prisionero, gruñéndole y tirándole cortos zarpazos. “Ni más ni menos que si hubiera sido una fiera; ya sólo me falta que me destacen y pongan mi pellejo, estacado, a secar”. Acostado en el suelo, como él estaba, su oído percibió el temblor de la tierra al acercarse un tropel. Los

perros policías se alejaban corriendo y regresaban a dar una vuelta en torno del cepo captor. Al percibir un silbido humano, Tiburcio se incorporó a medias en la sábana del follaje. “Ahí están ya. Me conformo con que no me hagan hablar en perro”.

El bosquecillo se agitó al trote de caballos. Voces humanas llamaron a los perros en un lenguaje casi desconocido para Tiburcio, que le recordaba las tres únicas horas de su vida que había estado en tierra extraña, aquella madrugada de marzo.

—*Oh little dogs! Come on...*

—Los punitivos.

Los perros desaparecieron un momento y regresaron con la turba de hombres: soldados americanos vestidos de amarillo, con sus sombreros de guano color olivo echados sobre la frente y el barboquejo amarrado a la nuca rasurada. Entre ellos, dos o tres indios pieles rojas, con sus sombreros de palma, gachos hasta los hombros, y largas mechales. Eran los guías e intérpretes de la expedición punitiva. Y luego, un sargento gigantón que se abrió paso entre sus soldados, curiosos.

—*Say, old man, who are you?*

—A mí hábleme en cristiano...

—Dice que quién eres tú, viejo...

—Vaya, pues, hasta que hubo uno al que entender. Algo salimos ganando con que vengan los indios a robarse el ganado...

—*Who are you?*

—¿Quién eres?

—Si me suelta la pata, les digo...

—*Oh, hell!* Tú decir si ser villisto.

—Otro que mejor ladra. Tú primero soltarme pata, yo decirte cómo llamarme, gringo pecoso...

—*All right! You, fellows, free him!*

Dos soldadotes abrieron las quijadas de la trampa de osos, y Tiburcio pudo eruirse. Brincando sobre un pie fue hasta un árbol próximo y se recargó en el tronco. En un instante formuló su plan. Sus ojos grises se animaron y jovialmente fue contestando con rapidez las preguntas del intérprete indio.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Pérez.

—¿De dónde?

—De mi rancho.

—¿Y por dónde queda tu rancho?

—Río abajo de Guerrero.

—¿Adónde ibas?

—A Parral.

—¿A pie?

—A caballo.

—¿Dónde está?

—Me bajé ayer en la tarde cerca de un arroyo, a tomar agua y hacer otra cosa que no te importa saber, y cuando estaba más ocupado, el caballo echó carrera y no lo pude agarrar.

—¿Tienes armas?

—En la montura se fue mi carabina.

—¿A qué ibas a Parral?

—A buscar trabajo.

—¿Por qué saliste de tu rancho?

—Porque no tengo semilla para sembrar este año.

El piel roja comenzó a impacientarse. Si el viejo estaba mintiendo, trabajo iba a costar sacarle algo cierto en limpio. El sargento, que medio entendía preguntas y respuestas, metió su cuchara:

—¿Tú conocer Pancho Villa?

—¿Yo? Que me libre Dios de tratar a ese bandido...

—¿No saber dónde estar?

—Debería estar en el infierno, cociéndose en aceite.

Tampoco por ese camino. Estos mexicanos mañosos qué difíciles son cuando se proponen aparentar ignorancia. Todos los días eran los mismos trabajos con ellos. Los viejos y los niños, las mujeres y los hombres, todos contestaban lo mismo; nadie parecía querer a Villa, pero ninguno daba la menor señal de su paradero; ni siquiera rumores que nunca debían faltarles. ¡Qué difícil era dar con Villa! Bien se sabía que estaba herido, que había pasado en un guayín por el rancho del Mortero, rumbo hacia el sur. Tras él fueron destacadas muchas columnas volantes, con instrucciones de capturarlo vivo o muerto. Hasta Parral llegó el 12 de abril, con sus soldados, el mayor Tompkins, siendo recibido a balazos, y marcado él con un agujero arriba del corazón, por el que estuvo a punto de salirle la vida. El mayor Roberto L. Howse iba paralelo a Tompkins y el 13 de abril se balaceó en Balleza con los villistas, que se largaron sin dejar ni un prisionero ni un herido que pudiera darles datos. De nada sirvió tampoco “echar rialada” con todos los vecinos de



Santa Cruz de Villegas, hombres y mujeres, y tenerlos toda la noche encerrados en un corralón. Ni el menor informe. ¿Dónde se habrá metido ese Pancho? Al sur de Parral no se vio el guayín, luego debe andar por este rumbo.

—*You son of a gun!* Tú decirme dónde está Villa o yo romperte tu cara...

Tiburcio respondió con un movimiento de hombros y una mueca de desprecio; ya comenzaba a fastidiarse. “Me lleva el diablo con estos bolillos. Ya me están jorobando la paciencia”. Intentó dar un paso, pero la pierna herida se le dobló. Estaba perdido. Cualquier intento de escapatoria era absurdo. Sin embargo, si lograba despistar a los americanos sobre su identidad de villista, lo pondrían en libertad tarde o temprano. Sacó del bolsillo un cigarro de macuche, y lo iba a torcer cuando el indio se lo tiró de un manotazo:

—Viniendo de tu rancho, ¿pasaste por San Antonio de los Arenales?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—¿Ya estaban ahí las tropas americanas?

Tiburcio se comprendió el difícil trance. Era casi seguro que estaban, porque ése era su camino. Titubeó.

—¿Americanos?... ¿Quieres decir soldados americanos?

—*Yes*. Soldados como nosotros.

—Sí había.

—¿Muchos o pocos?

—La mera verdad que no me puse a contarlos.

—*Oh damned greaser!* ¡Si tú estar en San Antonio, tú no poder salir sin pasaporte! *You, red, tell him general Pershing is there.*

—Dice el sargento que te diga que ahí, en San Antonio, está el general Pershing con el Cuartel General de la Expedición Punitiva, desde el 4 de abril. Si pasaste por ahí, debes tener tu pasaporte.

—No me dieron nada.

—¿Cómo saliste entonces?

—De noche.

Se fastidieron. Aquel viejo era peor que una mula. Por la buena no se le sacaba nada. El apache arrojó su sombrero al suelo, dejando al descubierto la cabeza pilonuda y el greñero indomable. Se rascó la cabeza, como para producir alguna idea. No se le ocurrió

otra cosa que emplear el suplicio, y consultó con el sargento, que respondió:

—Nosotros tener órdenes no molestar mexicanos pacíficos.

—Pero éste debe ser villista, estoy seguro.

—Entonces, llevármolo preso.

—Yo lo hago que diga todo lo que sabe.

—*Oh, don't bother me any more!* No molestar me más a mí. Yo entregártelo. Tú no ser el ejército americano, tú poder hacer lo que quieras con mexicano.

Dio media vuelta y se alejó, abriéndose paso nuevamente en el círculo de soldados. El dejaba a los indios hacer lo que les diera la gana. Si alguna noticia le sacaban al mexicano, mejor, y si no, él no tenía ninguna responsabilidad. Si le acusaban de crueldad con los nativos, entregaría a los guías apaches, y asunto arreglado. Satisfecho de su habilidad, pegó un mordisco canino a la pastilla de tabaco prensado.

Tras él, los indios habían maniatado a Tiburcio, sujetándolo al tronco del árbol. Rápidamente le quitaron las mitazas y las teguas, dejándole al descubierto los pies morenos. El viejo adivinó.

—Perros malditos, bien merecen que los traten como esclavos. No sirven para otra cosa... Mátenme mejor, cobardes... El tormento estará bueno para ustedes, pero aquí nos viene flojo... Yo sé dónde está el general Villa, pero no lo sabrán nunca...

—¡Sargento!... ¡Sargento!... ¡Ya dijo que él sabe dónde está Pancho Villa!...

El suboficial iba ya contoneándose indiferente sobre su caballo alazán, a medio kilómetro de distancia. A gritos y señales lo hicieron volver al galope. Cuando regresó, uno de los indios, con su ancho cuchillo de monte, había desollado al viejo las plantas de los pies. El rebelde rugía:

—¡Hijos de perra, cobardes! ¡Traidores han de ser hasta que se acabe su raza! ¡Lambiones, cochinos, mátenme de una vez!

—¿Dónde está Pancho Villa?

—¡Durmiendo con tu abuela!

El indio le azotó una bofetada.

—¿Dónde está Pancho Villa?

—¡Con tu vieja!

Furioso, el apache golpeó al prisionero con los puños cerrados; el sargento intervino, apartándolo.

—Así no lograr nada, tú, bruto. Mira, viejo. Tú saber dónde está Villa; nosotros curarte, nosotros darte cincuenta mil dólares por decirnos...

—Vaya al diablo...

—Tú saber dónde estar Villa, tú decirnos. Mañana, pasado, cualquier día...

Dio órdenes a sus soldados, y dos de ellos, llevando a mojar sus pañuelos al arroyo, le limpiaron los pies y se los envolvieron en la tela húmeda. Luego lo montaron a caballo, con las piernas sueltas. Al viejo le dolían las plantas horriblemente. Para él era un favor que lo mataran. “Pero quisiera llevarme por delante a ese par de hijos de la pradera...”. El sargento igualó su caballo con el de Tiburcio.

—Viejo, yo lamentar. Apaches serán siempre así; nosotros americanos curarte, nosotros darte dinero, tú no necesitar trabajar. Tú decirnos dónde está Pancho Villa...

No contestó. ¡Aquel dolor!... ¡Aquel dolor!... Sentía cada pie tan grande como un mundo. Le pesaban y le adormecían todos los músculos hasta el pescuezo. Los pañuelos se habían pegado a la carne viva, y apretados, los sentía como si estuviera parado sobre cuchillos. Le subía un malestar continuo, una punzada interminable, como si le cortaran las piernas en rebanadas. Luego sentía como si todo se le fuera vaciando hacia abajo: el estómago y lo demás del vientre, parecía irsele cayendo por dentro de las piernas. “Santo Niño de Atocha”. Le vino a la mente la imagen venerada en el curato de su pueblo, después de tantos años de pasar frente a la iglesia sin mirar hacia dentro y encasquetándose el sombrero en señal de desprecio. Sintió el dolor en el vientre, como si un enorme cuchillo de caza le estuviera cercenando los intestinos. ¿Por qué tan arriba, si nada más los pies tenía heridos? Se alcanzó a golpear los muslos con el puño cerrado, pero no sintió el golpe sino en la mano. Las piernas, adormecidos con el dolor, habían quedado insensibles y rígidas a los lados de la montura. “Dicen que a los cojos les duelen los pies, pero yo no siento las piernas y las tengo todavía”. Luego le pareció que también la cabeza se le iba vaciando. “¿Por dónde?”. Cerró los ojos y perdió la idea de dirección. Se imaginó que el caballo nada más se balanceaba de atrás para delante, sin avanzar ni retroceder. “El caballo... ¿cuál caballo?”. Se sintió flotar: iba en mitad de un río, impulsado por la corriente, y necesitaba nadar para no hundirse; braceó un rato, pero luego ya no pudo hacerlo,

porque sus brazos quedaron aprisionados. También sintió el pecho oprimido como por un largo abrazo. “Me estoy hundiendo”. Abrió la boca para dar un gran grito, y los ojos. Lanzó sólo un estertor, y no vio sobre su cabeza sino una sucia neblina que se iba apagando. “Adiós”.

Se inclinó hacia delante en la montura, no cayendo, porque el soldado que había montado en ancas del caballo, al ver al martirizado villista bracear en su delirio, lo sostuvo.

—¿Desmayado?

—*Yes, sargent.*

### Fiel a Francisco Villa

En tres días de marcha lo llevaron hasta San Antonio de los Arenales, donde estaba el Cuartel General de las tropas americanas de la Expedición Punitiva. Por todo el camino fueron encontrando pequeños destacamentos de soldados vestidos de amarillo, que en su lenguaje se entendían con el sargento de la patrulla. Eran puntos de una red arrojada por Pershing sobre montañas y praderas, para capturar vivo o muerto a Francisco Villa, cumpliendo su promesa. Pero fue una red desafortunada que capturó sólo peces chicos, mientras el grande quedaba fuera.

—Nosotros saber mucho pronto donde estar Villa... —fue repitiendo el sargento durante todo el camino. Él tenía su plan para obtener una confesión de aquel calenturiento que venía balanceándose sobre un caballo, sostenido en la montura por un soldado americano que, sentado detrás de él, lo abrazaba.

A todos los oficiales que encontraba en la ruta el sargento saludaba con cierta afectuosa familiaridad, satisfecho de su próximo gran éxito. Y pasaba de largo sin dejar a nadie más que hablara con su prisionero adormecido por la fiebre. Él había dejado atrás su regimiento y no obedecía órdenes más que las del general en jefe, con quien se había comunicado por teléfono desde San Gerónimo diciéndole su plan y obteniendo respuesta de que debía trasladarse a San Antonio de los Arenales.

—Por aquí pasará con prisionero Villa, poco tiempo... —decía a los campesinos—. *Boys... We will be back home pretty soon...* —ofrecía

a los paisanos de que el retorno a la patria estaba próximo, con la captura del audaz rebelde que les había lanzado el reto.

Cuando encontraba alguna tropa numerosa en la que viniera un médico militar le pedía que reconociera al prisionero y le hiciera alguna curación.

—¿Está muy malo?

—¡Oh, no!

—¿Llegará vivo a San Antonio?

—Con toda seguridad que sí. Tiene fiebre, pero no le durará mucho en cuanto descanse.

—*All right!*

Cuando vio el extenso campamento de carpas de lonas formado en derredor de San Antonio, se adelantó al galope, después de recomendar a sus hombres que extremaran las atenciones para Tiburcio. Y cuando la caravana llegó ante los centinelas, ya él regresaba con órdenes amplísimas del Cuartel General. Se encaminó hacia la escuela, donde el cuerpo médico había instalado su hospital y atendía en esos momentos a seis soldados de la columna del mayor Tompkins, heridos en Parral, y otros tres de la columna del coronel Dodd, heridos el día 22 de abril en Tomóchic, en un encuentro contra Ríos, Baca y Domínguez.

Una docena de camas limpiísimas estaban alineadas en una de las aulas; enfermeras vestidas de blanco atendían a los heridos, y de un cuarto contiguo, improvisado en sala de operaciones, salía un olor caliente y espeso a anestésicos. Desde la puerta de la sala hasta el cuarto de operaciones, Tiburcio fue trasladado sobre un carrito de ruedas, largo como un ataúd, que una enfermera fue empellando cuidadosamente; a la puerta, dos médicos, con sus largos delantales almidonados, esperaban, listos para operar.

—*Remember: he deserves every attention.*

Seguramente que merecía toda la atención médica posible: no tanto por ser un prisionero víctima del salvajismo, sino por constituir en esos momentos la única esperanza de la Expedición Punitiva: ¡un hombre que sabía a punto cierto dónde estaba Pancho Villa! El dolor del martirio a que le sometieron los pieles rojas, lejos de vencerlo, lo había encorajinado contra sus aprehensores, afirmándolo en el propósito de no confesar el sitio en que se encontraba oculto su jefe. Otro método iba a ser puesto en práctica con él: la bondad, los cuidados. Y los cirujanos desarrollaron aquellos pies

hinchados, los lavaron, los cubrieron con substancias sedativas y los ciñeron con perfectos vendajes esterilizados y albeantes. Al segundo día, con nuevas curaciones, desapareció la calentura, y llevaron a Tiburcio sus alimentos en una gruesa vajilla: cereales en crema, fruta fresca, té... Las enfermeras pasaban cerca de él continuamente, tocándole la frente en suave caricia para saber su temperatura: le sonreían y le hablaban unas cuantas palabras en mal español. Los doctores se esforzaban en mejorarlo, los compañeros de las otras camas lo saludaban y platicaban con él, desde lejos, aprovechando sus escasos conocimientos de la lengua: “Mocho gusto, mecsicano”. “Buena mañana, señor...”. Después de todo, él también estaba herido, y además era un prisionero, un vencido.

A la hora de los alimentos, venía el sargento captor y se sentaba al lado de Tiburcio, para platicarle. Le ayudaba a tomar el cereal, mondaba las frutas, y le hablaba de la vida en Estados Unidos, donde hay muchos mexicanos trabajando: una buena casa, un automóvil...

—¿Tienes mujer? ¿Tienes hijos?

Al inesperado recuerdo, el espíritu de Tiburcio quedó envuelto en humo: ensombreció, y de las profundidades de la tiniebla emergieron el odio y la voz de la venganza. “¿Mujer, hijos? ¿Qué había hecho de ellos Francisco Villa?”. Por primera vez, el crimen monstruoso le hizo bullir la sangre. Nunca antes pensó en castigar al autor, a pesar de que en muchas ocasiones lo tuvo al alcance de las balas de su carabina. Le fue fiel, le sirvió, lo curó, quizá le salvó la vida. ¿Por qué? ¿Qué le debía? Le debía el haber perdido a su mujer, a sus hijos, haber sufrido martirio que le impediría volver a caminar sobre sus pies en los días de la vida. “¡Maldito viejo!”. ¿Con qué iba a pagarle su silencio? Porque era indudable que si Tiburcio decía una palabra, Villa estaba perdido. A las seis horas la sierra entera de Santa Ana estaría cercada por millares de hombres, y esa misma noche, sin descansar, los perros rastrearían, descubrirían la cueva, y el hombre llegaba al fin.

—¿Mujer? ¿Hijos? Me los asesinó Pancho Villa.

El sargento se quedó con la boca abierta, no acertando a comprender.

—¿Pancho Villa matarlos? ¿Tú seguir a Villa?

—Sí.

—¿Tu obedecer Villa? ¿Tú defenderlo?

—Sí.

—Tú estar loco...

—Loco... Sí...

—¡Oh! Yo no creerte, tú tener calentura otra vez. Yo, si un hombre matar mujer, yo matar ese hombre. Yo no defenderlo.

—Yo, sí.

La sorpresa del sargento, sus ojos espantados, su espíritu de venganza, desvanecieron en un instante el odio del martirizado. “Yo, sí”. En esas dos palabras estaba su triunfo moral incurable, condenado a no estar en pie nunca más, preso, viejo, oyendo cavar su tumba, tuvo la certeza de superioridad sobre el sargento, médicos y enfermeras, sobre los centenares de soldados que a través de los cristales de las ventanas veía vagar entre sus filas de carpas idénticas; sobre el ejército entero...

“Yo, sí”.

Él y los americanos tenían iguales motivos de odio. Villa los había ultrajado, les había asesinado seres queridos, había provocado su cólera, los había desafiado; a uno lo humillaba haciéndolo servirle, curarle, ocultarle; de otros se burlaba viéndolos pasar frente a su refugio, desesperados por no encontrarle. Los americanos deseaban capturarlo vivo o muerto, para llevarlo a exhibir en su patria, cumplida la venganza. Con su muerte y su ignominia estarían vengados, olvidarían la afrenta.

“Yo, no”.

Él tenía una sola manera de vengar: de hombre a hombre. Le hubiera dicho: “Pancho Villa, es usted el peor bandido que conozco; me ha asesinado a mi mujer y a mi hija. Usted trae pistola al cinto, y yo también: vamos a ver quién tira primero; a la una, a las dos...”. Pero no lo hubiera asesinado nunca por la espalda, ni se hubiera aprovechado de que estaba herido para romperle una vena y hacerlo desangrarse. No lo delataría jamás; para que diez mil hombres, con cañones, con ametralladoras, con aeroplanos, sitiaran una cueva; donde solamente hay tres ocultos, dispuestos a no ser capturados vivos.

—Tú decir dónde está Villa, nosotros vengarte, nosotros premiarte... Cincuenta mil dólares, cien mil dólares te daremos para que digas dónde está. Irte a vivir a Estados Unidos, protegido por policía, nadie hacer nada... ¿Dices?

—Yo, no.

—Si nosotros encontrar Villa vivo, obligarlo a pedirte perdón. Nosotros retratarlo pidiendo perdón Tiburcio, por haberte matado mujer. Tú ser único hombre del mundo ante quien Villa hincarse. Tú humillarlo...

—Yo, no.

—Nosotros darte cuanto pidas, rancho, caballos, vacas finas. Nosotros curarte, tú poder andar, tú vivir feliz, como antes, tú rico, tú castigar asesinato tu familia.

—Yo, no.

De un bolsillo de su guerrera, el sargento extrajo un plano enorme que tendió sobre la cama. Un cuadro de cien kilómetros estaba minuciosamente detallado: cerro por cerro, arroyo por arroyo, pueblo por pueblo, bosque por bosque. Una cruz con lápiz rojo marcaba el sitio donde había sido capturado Tiburcio Maya, al centro del plano. Dentro de un radio de cincuenta kilómetros debía estar oculto Francisco Villa.

—Mira, mecsicano: tú no decir una palabra: nada más tú poner el dedo. Si tú juraste no hablar, tú no hablar; pero tú no juraste no poner el dedo... ¿Dónde está Pancho? ¡Dime... dime!

—¡No!

Colérico, agarró el plano lo destrozó en un instante. El sargento perdió el dominio de sí mismo, con las dos manos apretó el cuello a Tiburcio, sacándolo de la cama a tirones.

—*You damn fool!* ¡Maldito tonto! Tú dejar esa cama soldados americanos heridos. Tú largarte infierno, a esperar Pancho Villa...

Lo sacaron en un camión de carga, que rodó toda la noche por caminos construidos rápidamente por la Punitiva, en menos de dos meses de invasión. Los fanales iluminaban una llanura abandonada; solamente los postes, sosteniendo hilos telefónicos a lo largo del camino, ligaban al desierto con la vida. Tiburcio no sabía adónde lo llevaban: tendido bajo el toldo del camión no veía las estrellas, ni las montañas. ¿A matarlo? ¿Para qué tanto caminar? Llevaba el motor cinco o seis horas roncando, subía y bajaba. Tres hombres en el asiento delantero, y otros tres sentados con las piernas hacia afuera en el otro extremo, botaban en cada bache. El prisionero iba tendido en mitad del camión, sobre las tablas.

Al amanecer, el automóvil se detuvo al borde de una meseta. Los soldados bajaron a Tiburcio y lo tendieron en tierra.

—Adiós, mecsicano; nosotros dejarte con tus paisanos...



Dio el vehículo media vuelta, montaron los soldados, y el motor fue lanzando explosiones cada vez más lejanas, cada vez más apagadas.

El villista, tendido en el suelo, se incorporó a medias. Abajo de la meseta, una línea oscura de árboles somnolientos, envueltos en sus sarapes de ramas inmóviles, y a tres o cuatro kilómetros, un caserío. Al fondo, la sierra que le enviaba como saludo un viento húmedo.

Tiburcio reconoció la planicie, adivinó el río que corría tras la arboleda, y comprendió qué población era aquélla.

—Ciudad Guerrero... ¿Para qué diablos me habrán dejado aquí?

Notó movimiento: un grupo de jinetes que había salido del poblado avanzaba por la meseta. “Vieron las luces del auto, y vienen a ver de qué se trata. Han de ser carrancistas, y ni modo deirme arrastrando, porque no soy víbora”.

Después de un rato de explorar, lo encontraron.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Yo no vine..., me trajeron.

—Levántate.

—No puedo.

—¿Qué diablos te pasa?

—Me despellejaron los pies...

—¿Los villistas?

—No somos tan salvajes...

—Tú eres villista, entonces.

—Sí.

—¿Para qué te trajeron?

—Para que ustedes me maten...

Lo echaron sobre un caballo y lo llevaron a Ciudad Guerrero. Ahí lo identificaron algunas mujeres; él era el curandero que le había vendado la pierna a Villa; él había sacado de la casa de los Chávez el guayín en que se llevó al herido, y él mismo iba guiando las mulas.

—¿Dónde está Villa?

—Se murió a los cinco días que salimos de aquí.

—¿En dónde?

—Por San Gerónimo.

—¿Lo enterraron?

—Lo quemamos.

Era inútil seguir hablando con ese viejo terco. Le quitaron las vendas y lo hicieron andar hacia el río. El villista se mordía las manos para no gritar; se le escapaban gruesas lágrimas de sus ojos color de ceniza. A veces caía, y lo levantaba un soldado que lo sostenía vertical para que se siguiera destrozando los pies al caminar. Fue dejando una huella de sangre por mitad de la calle, por la alameda, por la pedregosa orilla...

—¿Dónde enterraron a Villa?

—Lo quemamos.

—Bueno, pues lo saludas de nuestra parte...

Lo ahorcaron en un sauz que tendía sus ramas sobre el río insomne, y su cuerpo quedó balanceándose al extremo de una soga, a dos o tres metros de la orilla.

La cuerda se fue venciendo, se inclinó la rama, y todavía san-graban los pies de Tiburcio Maya, cuando los besaron las aguas sollozantes del Papigóchic.

## Fin

“El general Villa no fue descubierto por los americanos: permaneció treinta y tres días en la cueva, y una vez, los punitivos pasaron por el fondo de la barranca. Joaquín Álvarez, que había ido a recoger agua, los vio acercarse, y escondió los jarros junto a un árbol, cubriéndolos con ramas, para poder subir hacia la cueva más rápidamente. Seis días estuvieron los americanos buscando en la cañada, y los tres hombres sin salir de la cueva y sin tomar agua. Por fin se fueron, y Joaquín salió por los jarros.

Como ya el general Villa estaba sin calentura, lo montaron en silla de manos y lo bajaron de la cueva, llevándolo así hasta el rancho de El Guaje. Ahí encontraron una burra, y con uno de los sarapes hicieron un estribo para la pierna mala. No podía caminar, porque en cuanto se paraba se le abría la herida, y le dolía mucho.

En la burra hicieron nueve días hasta un rancho que está frente a Santa Cruz de Herrera, donde vivía Gorgonio Beltrán, quien con dos hijos suyos y otros hombres, con total de diez, se le juntó, y exactamente el día primero de julio, a los tres meses exactos de la salida de Guerrero, se nos vino a aparecer en San Juan Bautista, Durango, donde lo estábamos esperando.

Ya de vuelta en el estado de Chihuahua, después de seis meses, cuando se habían ido los americanos, el general se quejaba mucho de la pierna, porque se le abría a cada rato, y entonces le dije que por qué no se sacaba la bala mejor. Me dijo que sí, pero no quiso que yo se la sacara, sino que llamamos a un italiano que se llamaba Enriqueti, y era de por el rumbo de Namiquipa; dijo que no tenía con qué sacar la bala, y como no había otra cosa, yo le di unas tenazas de herrar, que son muy anchas, de modo que tuvo el italiano que abrirle la pierna al general con una navaja.

Luego, Enriqueti no quiso operar mientras el general tuviera pistola; yo se la pedí, y me la dio a la buena, sabiendo por qué se la pedía. El italiano tenía mucho miedo, y veía al general más que a la bala, y no atinaba a sacarla. Entonces el general se puso a morder un trapo, porque le dolía mucho la pierna, y volteó la cara; el italiano sacó la bala, que estaba chueca, porque antes de metérsele al jefe había tocado una piedra...”.

Palabras del general Nicolás Fernández, compañero de Francisco Villa por más de trece años, al autor de este libro.

## *Se llevaron el cañón para Bachimba* \*

Rafael F. Muñoz

### **¡Adiós!**

—Yo quiero ir contigo, padre...

—No, Alvarito, tú debes quedarte aquí; cuida de nuestra casa como un centinela. El viaje que voy a emprender será largo y difícil; tú no podrías resistirlo y quizá llegaras a ser un estorbo para mí, porque un hombre solo puede salvar muchos peligros, pero no todos los que se le presentan si va acompañado de un niño como tú. ¿Comprendes? Todavía te faltan muchos años para ser hombre.

Me abrazó y, al apretar contra su pecho mi cabeza, despeinó mis cabellos. Yo no le dije nada. Tomó su pequeña maleta, como doctor que saliera a visitar enfermos, fuese hacia la puerta y cuando la abrió vi un coche que lo esperaba. Al traspasar el umbral volvió la cara hacia mí, sonrió y agitó la diestra en señal de despedida; brillaban sus grandes ojos azules con un temblor húmedo y bajo su bigote, de largos cabellos color de ceniza, los labios hicieron el ruido de gota que cae.

—Adiós...

La puerta se cerró tras él. De pie, solo e inmóvil en medio del amplio zaguán, sentí sobre mi espalda, como un fardo, el pesado silencio de la casa centenaria de los Abasolo. “Te quedas aquí para cuidarla”. Los cuatro corredores, con sus veinte arcos abiertos hacia

\* MUÑOZ, Rafael F., *Se llevaron el cañón para Bachimba*, México, Era, 2007.

el patio, el árbol plantado en el centro por mi bisabuelo cuando supo que se había consumado la Independencia de México, los gruesos muros, las pesadas puertas, las extensas habitaciones donde se aglomeraban objetos reunidos por sus moradores por más de un siglo; la sala de los retratos de los que se fueron; la recámara, que había permanecido clausurada e inviolada desde la muerte de mi madre...; sostener todo esto era demasiado para mis hombros juveniles, y los encorvó con su peso.

Cuando se extinguieron, como agua que se pierde en la arena, los últimos ruidos del carruaje que iba rodando por el desigual empedrado de la calle, cerré los ojos; quería fijar en ellos la última visión del hombre que había partido. Mis párpados, al apretarse unos contra otros, exprimieron dos lágrimas, menudas, tímidas, que se quedaron acurrucadas sin atreverse a rodar. Y así como mis ojos conservaron en imagen el instante fugaz de la despedida, mi memoria acarició las palabras: “Todavía te faltan muchos años para ser hombre: Adiós”.

Días antes, le había oído decir que las tropas que había en todo el estado iban a rebelarse. No eran soldados del ejército regular, sino revolucionarios victoriosos en una lucha reciente; su jefe era Pascual Orozco, y a todos ellos les decían “los Colorados”. Afirmaba mi padre que no estaban satisfechos con la ventaja personal obtenida con el triunfo y que volverían a las armas para acrecentarla. No comprendí por qué había decidido marcharse: no era militar ni servía al gobierno. “Tengo asco de ver otra guerra civil”, me dijo una voz que parecía arrastrarse de tan lenta. Y partió.

Fui hacia la puerta y corrí un pesado cerrojo que hacía más firme la unión de las mamparas. Luego, echando los hombros hacia atrás, recorrí varias veces el cuadrado de los corredores, oyendo mis pasos resonar con la monotonía de péndulo que oscila.

## Aniceto

Teníamos un mozo de servicio que se llamaba Aniceto. La viruela había dejado en su cara hoyos semejantes a los de la piel del cerdo. Desde que mis recuerdos comenzaban, ya él estaba ahí, en la casa. Llegué a imaginar alguna vez que también había sido plantado por mi bisabuelo.

Contaba historias de brujas. Cuando él tenía una labor en el Plan de Salaces, las veía todas las noches volando sobre las matas de maíz. No les disparaba ni les gritaba para ahuyentarlas, ni siquiera ponía imágenes de santos en las ropas viejas de los espantajos. A veces, cuando el viento soplabla hacia él, las oía cantar: “Lunes y martes y miércoles, tres; jueves y viernes y sábado, seis”.

—¿Por qué cantan así las brujas, Aniceto?

—Porque una vez había en un pueblo dos jorobados, uno malo y el otro bueno. El bueno se fue a acostar una noche al bosque, porque no había encontrado en el pueblo un lugar para dormir; y estaba tendido al pie de un árbol, cuando llegaron las brujas y comenzaron a bailar, cantando: “Lunes y martes y miércoles, tres; lunes y martes y miércoles tres”. Entonces el jorobadito bueno les cantó: “Lunes y martes, y miércoles, tres; jueves y viernes y sábado, seis”. “¡Qué bonito! —dijeron las brujas—. ¿Quién nos arregló nuestro verso?”. Vieron al jorobado, y en premio le quitaron la joroba y la dejaron colgada en las ramas del árbol. Al día siguiente que entró en el pueblo sin joroba, el malo le preguntó cómo se la había quitado, y él le platicó todo. “¿Por qué te la quitaron a ti y no me la han de quitar a mí también?”, dijo muy envidioso y le pidió la señal para saber dónde bailaban las brujas. El bueno le dijo: “Es debajo de un árbol donde está colgada mi joroba”. Al oscurecer se fue el envidioso, encontró el sitio, se tendió al pie del árbol, y esperó sin dormirse hasta la medianoche, que salieron las brujas bailando y cantando su nueva canción: “Lunes y martes y miércoles, tres; jueves y viernes y sábado, seis”. Entonces el jorobado malo gritó: “Y domingo siete”. Las brujas se enojaron: “¿Quién nos desarregló nuestro verso?”. Encontraron al jorobado y en castigo le pusieron, arriba de su joroba, la otra que estaba colgada en las ramas del árbol. Y cuando volvió al pueblo, todos se rieron de él, por envidioso.

Con éste y otros relatos, Aniceto me dormía al anochecer, cuando yo era niño; me levantaba en sus brazos y me llevaba a acostar. Años después él fue quien se encargó de enseñarme a montar a caballo. Vivía en un cuartito junto a la caballeriza.

Le dije: “Ya se fue mi padre, porque va a haber otra guerra...”.

Se puso triste: “Ahora sí nos van a quitar los caballos...”.

## Marcos Ruiz

Cuatro días después, manos violentas redoblaron sobre la puerta, como si fuera un tambor. Toda la mañana las campanas de la iglesia habían estado repicando, cual si quisieran dar una noticia que nosotros presentíamos vagamente.

—¡Abran o tiramos la puerta!

Estaba yo otra vez de pie en el centro del zaguán. El vibrar del portón golpeado con culatas de fusiles y los gritos de hombres impacientes me envolvieron.

—¡Abran, no tengan miedo!

En verdad, no tenía yo miedo ni motivo para sentirlo. Y con la misma mano con que días antes corrí el cerrojo para cerrar, dejé libre la puerta.

Un tropel me arrolló. Hombres y caballos se precipitaron en el interior, hiriendo la cantera de las losas con los cascos herrados, con las armas, con los gruesos zapatones campesinos. Veinte o más hombres cubiertos de polvo, envueltos en ropas raídas, de fiero aspecto de combatientes enardecidos, penetraron en el patio, amarrando sus caballos a los pilares de los corredores.

—Abran todas las puertas, que ya nosotros nos vamos a quedar aquí...

—Ésta es mi casa...

—Era antes... Ahora nosotros mandamos y tú necesitas buscarte otro rincón donde meterte.

—No abriré las puertas de los cuartos...

—Las romperemos, y puede que también tu cabeza.

La culata amarillenta de un fusil dibujó una parábola. Di un paso y recibí el golpe en el hombro. Caí al suelo y dos jinetes que penetraban en la casa pasaron sobre mí.

—¿Qué es esto? ¿Ya comenzaron con sus barbaridades?

—Mi general, este mocoso quería echarnos fuera...

—¿Un niño? ¿A veinte hombres?

El que me había dado el golpe humilló la cabeza y retrocedió. El otro, llamado general, bajó de su caballo y me ayudó a levantarme.

—¿Quién eres tú?

—Soy el dueño de la casa y ustedes son unos bandidos...

Su mano me apretó con fuerza en el hombro dolorido.

—Vas a acallarte, ¿sabes? De hoy en adelante yo soy el que vive aquí y tú te callas. Contento deberías estar de que, en lugar de hacer de tu casa un cuartel, vengan a instalarse en ella los jefes de la Brigada Ruiz. No eres el dueño, que eso ya se acabó; ni somos bandidos. Soy el general Marcos Ruiz, por si quieres saberlo.

—No me hace falta.

—¡Qué muchacho! No sé todavía si eres valiente o grosero. ¿Cuántos años tienes?

—Aun cuando no le importa, trece.

—¿Dónde están las personas mayores de tu familia?

—Mi padre se fue.

—¿Nos tuvo miedo?

—Asco.

—¡Cállate el hocico! Te estoy defendiendo contra mis oficiales, a quienes debes haber hablado de esa misma manera insolente, y en vez de agradecérmelo, te pones peor. Pero la culpa es mía por hacerte caso y tratarte así. ¡Vamos, a abrir todas las puertas y los muebles; a poner a nuestra disposición todo lo que hay aquí! Calladito y rápidamente...

Me sentí dominado; su voz, sin ser gritona, y sus ademanes, sin ser violentos, eran de mando. Además, razonaba, explicaba. Entraron más y más hombres tirando de sus caballos hacia el patio posterior y los corrales. La casa estaba ocupada y la calle invadida. Me rendí.

—La casa está a su disposición; instálese en ella. Solamente le pido que no entre en el cuarto de mi madre.

—¿Está ella ahí?

—Murió hace diez años.

—¿Tienes escondido a alguien, o cosa de valor, o armas?

—No.

—Está bien, con tu dicho me basta. Por fortuna, la casa es bastante grande y podemos estar cómodos. Enséñamela...

Recorrió los corredores, asomando a las piezas donde ya sus hombres estaban acomodándose. Yo le seguía, sintiéndome pequeño a su lado. Caminaba él asentando todo el pie, con decisión, como si se apoderara del suelo, y conservaba aún sobre la cabeza el sombrero de fieltro, amplio y redondo, ajustado a las sienes tan firmemente como si no tuviera la costumbre de descubrirse.

—Aquí es la recámara de mi padre.



—La mía.

—Detrás de ese segundo patio, están las caballerizas.

—¿Sabes montar a caballo?

—Sí.

—¿En albardón o en silla?

—En los dos. Ésa es la sala..., o más bien, era la sala.

La habían invadido. Cansados de pasar horas y horas sobre rígidas monturas, los rebeldes se habían dejado caer en los grandes sillones acogedores. Conocí de dónde eran y qué habían sido: los de ropas amarillas y piernas enfundadas en mitazas de cuero, hombres de a caballo, vaqueros de las haciendas o abigeos; los vestidos de mezclilla azul, desteñida y arrugada bajo las rodillas, los de anchas espaldas y pechos sumidos, eran labradores del campo, que hundían los pies en la tierra y el tórax bajo los hombros, encorvados sobre el arado, sembradores a medias con los propietarios de las tierras, peones. Unos y otros eran altos, fuertes, jóvenes. Daban la impresión de poder, de dominio. En el centro de la pieza, sobre la mesa de nogal tallado, cubierta por una placa de mármol, habían colocado las armas, las fustas, los sacos de lona en que llevaban sus provisiones; los que no habían encontrado asiento disponible, se habían tendido sobre la alfombra. Penetramos, y el jefe vio los retratos que pendían en las paredes.

—¿Quién era ése?

—El bisabuelo. Mandaba las tropas de la corona española cuando se inició la guerra de Independencia; se unió a los insurgentes después del fusilamiento de Hidalgo y fue el primer jefe militar de la República en la provincia.

—Me gusta tu bisabuelo. ¿Y ese otro?

—Mi abuelo. También fue militar; peleó en la batalla de Sacramento contra los invasores norteamericanos, rompiendo su espada sobre la rodilla al ver la derrota inminente, para no entregarla al enemigo. Fue liberal, juarista y combatió en Querétaro contra Maximiliano y su Imperio.

—También me gusta tu abuelo.

—Ése es mi padre. No quiso ser militar; dice que no hay cosa peor que los soldados cuando quieren gobernar militarmente un país. Es demócrata, es profesor de leyes. Es director del Instituto; aborrece a los que abusan, sean militares del gobierno o sean revolucionarios.

—¿Profesor, dijiste? Entonces somos compañeros, porque yo he sido profesor de escuela, allá en Ciudad Guerrero...

—No es partidario del gobierno, pero tampoco de la rebelión de ustedes; se fue para no presenciar lo que van a hacer y que él no podría evitar. Me dejó aquí, encargado de la casa.

—¿No pensó que te podríamos hacer algo malo?

—No lo creyó, ni yo lo creo.

—Podríamos obligarte a que vinieras con nosotros.

—Soy un muchacho que no serviría para nada.

—De algo habrás de servir. Seguramente estás bien educado, sabes leer y escribir, hablas bonito de vez en cuando. Quizá sabes el inglés...

—Y también francés...

—Magnífico... Y como además tienes los hombros anchos y estás bastante crecido para tu edad, creo que nos podrás ser muy útil: estás bueno para echarte una caja de parque sobre el lomo y llevarla a mis muchachos cuando les haga falta.

## **Rutina**

Había en el despacho de mi padre una máquina de escribir que nadie supo bien cómo se manejaba. Marcos me llamó para poner limpiamente en papel los oficios para los otros jefes de la revolución, los recibos, las cuentas, las cartas, y hasta un discurso suyo para una velada fúnebre celebrada en honor de las primeras víctimas de la guerra. También leía yo el periódico local en voz alta, todas las mañanas a la hora del almuerzo, para que todos los jefes y oficiales de la Brigada Ruiz supieran las novedades; y después me sentaba a golpear las teclas de la máquina.

—Alvarito, escriba un parte de novedades...

“Tengo el honor de informar a usted que...”.

—Alvarito, un recibo para que nos manden la moneda...

“Recibí de la Pagaduría General del gobierno del estado la cantidad de...”.

—Alvarito, tradúzcame esta carta...

“La casa Brown y Brown de El Paso, Texas, le ofrece en venta sombreros de campo marca...”.

Compró Marcos veinticinco sombreros tejanos blancos, suaves, de alas anchas que ondulaban con leves curvas al golpe del viento; y me cedió uno de ellos, entoquillado de cerda e hilos de plata.

—A cuenta de la renta de tu casa...

—O de mi sueldo de secretario...

—Es igual. ¡Póntelo!

Ésa fue mi admisión en la Brigada Ruiz.

Nos mandó a hacer a cada uno un traje de cazadora impecablemente entallado. Adquirió para todos grandes pañuelos de seda, mitazas de cuero cortadas por Francisco Tallabas, el artista que sabía hacerlas tan precisas como una media, con cuatro hebillas de plata cada una; espuelas de acero vibrantes como campanas, camisolas de lana impermeables, mantas de hule para la lluvia... de todo tuve mi parte y quedé igual a los demás, en el exterior.

En mi interior iba acercándome a aquellos hombres que eran conmigo amables y hasta humildes. Sólo Marcos Ruiz era diferente: nunca me sonrió; parecía empeñado en demostrarme que él era el jefe; para mí más que para los otros, sus amigos. Si estaba contento y me presentaba yo, su cara se tornaba inmóvil como una máscara. A veces se pasaba largos minutos mirándome en silencio. Yo comprendía su razón de ser así: los otros, más que subordinados, eran sus amigos de años atrás, los que le conocieron joven y sin su jerarquía de general; se justificaba que con ellos no tuviera reservas ni desconfianzas. Yo, en cambio, era en su grupo un recién llegado; quizá recelara de mí, creyendo que no tenía motivo por el cual serle adicto como los demás. Y también había en el grupo otros que se colaron después que yo; éstos se humillaban ante Marcos Ruiz y le hacían toda clase de reverencias que él, en su fondo, desdeñaba; algunos quisieran tener rabo para agitarlo en señal de sumisión, como los perros.

## Sangre

Cierto día llegó un cajón con pistolas y también me correspondió una en el reparto. Yo era el único que no sabía tirar y Marcos mismo quiso enseñarme. Todas las mañanas, después de la lectura del periódico, íbamos los dos al corral, a disparar sobre un cartón fijado a la altura de la cabeza de un hombre, en la pared.

—No aprietes demasiado la pistola, lo natural nada más. Empuja hacia atrás el gatillo con la segunda falange del dedo índice. No entieses los músculos: suéltalos; nada más como si dieras la mano para saludar. La mira, que está en medio de la ranura, todo al mismo nivel, ni más abajo, ni más arriba.

A cada disparo mío, me corregía: “No hay que contraer el brazo en el codo. Los ojos, abiertos siempre. No desviar la pistola hacia la izquierda con el índice. Este tiro fue muy alto...; ése, muy bajo...”.

Cuando llegué a perforar el cartón con todos los tiros, quiso que intentara la prueba desde más lejos. Discurrió que tiráramos desde el corredor principal del patio hasta la pared del fondo del corral, por entre la puerta que comunicaba los dos. Me dijo:

—Te voy a enseñar a tirar al descubrir, como si alguien te disparara cuando anduvieras descuidado y tú sacaras la pistola rápidamente y le contestaras. Haremos como que vamos caminando, yo te digo “fuego”, sacas la pistola y disparas casi sin apuntar. Así, mira...

Hizo como que se descuidaba. Volvió la espalda al blanco fijo en la pared y a la puerta que comunicaba el patio con el corral. Yo le veía atentamente. Se quitó el sombrero y le sacudió el polvo de un garnucho. Se lo colocó de nuevo en la cabeza y, repentinamente, rápida su mano como una piedra que cae, sacó la pistola de su funda, la puso horizontal y disparó.

En aquel momento, Aniceto atravesaba el hueco de la puerta; venía de la caballeriza con una cuerda enrollada en la mano. No tuve tiempo de decir nada. Además, el estallido hubiera ahogado mi voz. Aniceto abrió los brazos, echó la cabeza hacia atrás, el cuerpo se le fue curvando como un carrizo cuando sopla el viento y cayó paralelo al umbral. Un líquido rojo y brillante, más espeso que el vino, le salía de la frente.

Debo haberme puesto pálido. Sintiendo un malestar que me subía del vientre, me recargué en un pilar y los pies se me fueron resbalando hacia delante, hasta que quedé sentado en el suelo. Lloré.

Y sobre el cadáver de Aniceto pasaron las balas que Marcos Ruiz siguió disparando, hasta marcar media docena de agujeros en el cartón clavado en los adobes pajizos de la pared.

**Pascual Orozco**

Una mañana, opaca todavía por la neblina del sueño, Marcos ordenó que todos los caballos fueran ensillados; sin saber los demás hacia dónde partiríamos, nos acomodamos sobre las monturas y, yendo él al frente, atravesamos la ciudad y salimos para el norte. Por un ancho camino recto al pueblo de Nombre de Dios, nuestros caballos batieron la tierra; otros grupos como el nuestro se anunciaban atrás y adelante con altas polvaredas; algunos automóviles pasaron velozmente a nuestro lado, cubriéndonos de tierra. Todos hacia el norte, hacia el norte. Alcanzamos un regimiento que iba con su gran bandera desplegada y su banda tocando solemnemente la “marcha dragona”. Pensé que íbamos a combatir y que nadie había querido decírmelo; sentí una impresión de frío. Luego, la voz de los clarines me enardeció: hubiera querido empezar a disparar inmediatamente, sin saber contra quién, sin saber por qué ni para qué. Me adelanté hasta Marcos.

—¿Cuándo comenzamos?

—¿Qué cosa?

—El combate...

Se rió, mirándome como si se burlara o como si creyera que era yo quien trataba de burlarse de él.

—No hay combate por hoy —me contestó—. Vamos a recibir al general Orozco, quien viene del norte, y a ofrecerle el mando de general en jefe...

—Yo creí que ya lo era...

—De hecho, sí; esto va a ser una mera formalidad...

Era a principios de marzo y hacía mucho viento. A nuestra izquierda, la llanura de confines distantes parecía querer desmenuzarse en polvo y dejarse llevar por el soplo del aire. Nubes que se desprendían de la tierra hicieron oleaje hacia nosotros, y el viento quebró el ala de nuestros sombreros, raspándonos la piel de la cara con la arena. Los que iban delante de nosotros se detuvieron; el pueblo quedó atrás y en el llano abierto centenares de jinetes se desplegaron en un ancho semicírculo; banderas y bandas de música marcaban los límites de las brigadas y de los regimientos. Quedamos casi en el centro de una gran tenaza. Sopló más aire y los caballos se impacientaban. Esperamos.

De pronto, elevóse una nube de polvo más densa que las otras; un tropel avanzó hacia nosotros y un gran griterío salió a recibirlo. Todos se pusieron en movimiento en dirección a la nube; la tenaza se cerró volviéndose círculo; y el círculo se estrechó volviéndose masa. Nos empujaban de atrás y de los lados, y nosotros echamos el caballo sobre los de adelante. Llegó el momento en que no se pudo avanzar más; jinetes y caballos éramos prisioneros de nuestros vecinos y ellos lo eran nuestros.

En medio de todos se hizo un claro, como en el bosque cuando el rayo incendia los árboles y hace un abra. Ahí, los jefes habían echado pie a tierra.

Un hombre entre todos se distinguía por su traje: mientras los demás estaban vestidos de amarillo, con las ropas amplias del norteño y tocados con sombreros de fieltro blando, aquél llegó vestido de charro, cubierto con un amplio sombrero jarano, de alta copa puntiaguda, bordado en plata; el pantalón ceñido, untado a la pierna, la chaqueta tan rabona que apenas bajaba de las costillas y el sombrero de ala anchísima, vuelta hacia arriba, lo hacían verse extraordinariamente alto y flaco.

Era Pascual Orozco.

Dieciocho meses antes había sido el jefe revolucionario que centralizó en sí el prestigio de los hombres de armas que sostenían a Madero, líder opositor. Ahora se convertía en jefe de los que combatían a Madero, presidente de la República.

Yo no sabía por qué el amigo de ayer iniciaba la guerra contra su enemigo de hoy. Y sin reflexionar cómo había llegado hasta aquel sitio, montado a caballo, vestido con el uniforme de los orozquistas, sin saber adónde habría de llevarme esa misma masa que me rodeaba y me oprimía, cuando el hombre vestido de charro levantó su sombrero y saludó, yo, como todos los demás, me levanté sobre los estribos, eché mano al sombrero para agitarlo contra el viento, arriba de las cabezas, y sin saber qué decir ni qué gritar, lancé únicamente este alarido:

—¡Aaaaaaaaaaaaa!

Y, satisfecho, imaginé que desde ese momento todos los demás tenían la obligación de considerarme, a mí también, revolucionario.

## Palabras

Cuando cesaron los gritos, porque una mano levantada indicó silencio, los jefes que estaban pie a tierra formaron un pequeño círculo. Alguien, a quien no veíamos, habló:

“El nombre de Pascual Orozco, el primer guerrero, el más audaz, el que tuvo la grandeza de afrontar todo peligro, sacrificándose en aras de la patria, se convirtió en símbolo del insurgente, en el tipo del mexicano épico que sabe combatir por la libertad y por la patria.

“La revolución ha sido traicionada, pero sus hazañas, sus hecatombes, sus enseñanzas, no serán estériles; ella quedó arraigada en el corazón del pueblo, ha fructificado en nuevos sacrificios, y nuevamente se lanzan los hijos de Chihuahua a la pelea en que mueren sus hermanos.

“El momento está justificado ante la historia.

“El nombre de Pascual Orozco seguirá siendo el del primer insurgente. Por lo tanto, celosos de su honor, damos a usted el mando supremo de nuestras fuerzas y lo aclamamos como general en jefe del Ejército Libertador”.

Otra vez se levantaron los gritos y el aire formó con ellos un remolino. Tocaron los clarines y ondearon banderas tricolores. Orozco no dijo nada; volvió a saludar con el sombrero, montó a caballo y emprendimos todos tras él la caminata a la ciudad. Entramos en ella taladrando una inundación de músicas, tañidos de campanas, voces, explosiones de cohetes, rumor de millares de caballos martilleando con sus cascos el pavimento de las avenidas.

Me pareció entonces que la revolución era hermosa: música, caras alegres, banderas brillantes volteando en el viento, brillo de armas, entusiasmo de hombres, impacencias de caballos jóvenes.

A Orozco lo vi pasar junto a mí, muy cerca, cuando le formaron valla para que entrara en el Palacio de Gobierno. Me pareció que no tenía piel en la cara, de tan marcados que se veían los huesos; apretaba las mandíbulas una contra otra; al andar a caballo, su larga figura parecía desplomarse, laxa, falta de impulso, porque adelantaba el vientre y sumía el pecho como un enfermo. Sus ojos, casi inmóviles, daban la impresión del vacío.

No me gustó el hombre. Si otros tenían motivo para entusiasmarse a su vista, yo no sentí ninguno. Faltaba en él ese efluvio misterioso del jefe que arrastraba; el brillo, el calor, la fascinación

de la llama. Por eso fue que mientras los demás exclamaban “Viva Orozco”, yo, incrédulo, grité:

—¡Viva el Ejército Libertador!

Entre este grito y mi primer alarido habían pasado en tropel muchas ideas que yo no comprendía sino confusamente. “La revolución, arraigada en el corazón del pueblo..., las enseñanzas..., las hecatombes..., nuevos sacrificios..., la lucha en que mueren los hermanos...”.

—¡Viva el Ejército Libertador!

Hasta que enronquecí.

### Retrato

Esa tarde nos llegó un paquete de periódicos de la ciudad de México; tenían algunas fechas muy atrasadas, porque la línea directa del ferrocarril estaba rota desde muchas semanas antes, y la correspondencia daba un gran rodeo por el sur de los Estados Unidos.

—Búscate lo que digan de la revolución, Alvarito.

—“Emiliano Zapata ataca Cuernavaca”.

—Otra cosa.

—El *New York Herald* dice que el presidente de los Estados Unidos, mister William H. Taft, intervendrá prudentemente para hacer cesar los desórdenes en México, tan luego como tenga la primera señal de que los intereses americanos se encuentran en peligro.

—No nos importa. Otra cosa.

—En Parras, estado de Coahuila, hubo una sublevación que obligó a los miembros de la familia del presidente Madero a salir para la capital.

—Bueno, síguele.

—El presidente de la República declaró el diez de febrero que la lealtad del general Pascual Orozco es indiscutible.

—Está muy atrasado ese periódico. Déjalo y toma otro.

—El veinticuatro de febrero, el presidente de la República declara que está convencido de la lealtad del general Pascual Orozco.

—¡Bah! Búscate una cosa interesante...

—Aquí está: “Retrato del general Pascual Orozco”.

—Léelo...



Un hombre alto y flaco, cuya construcción huesosa revela un vigor creado no por los juegos atléticos, sino por la vida ágil y robusta de los campos, por las tareas rústicas, por el trato incesante con el sol y el aire, por la espontánea vitalidad que da al hombre, como al árbol, el libre crecimiento en el seno de la naturaleza.

No es grande, ni fiera, ni barbada, la testa que se yergue sobre este cuerpo artañanesco; no es una cabeza bravía como la de Segismundo, ni escultural como la de Hércules. Pero bajo la curva y lisa placa del cabello lacio, bajo la frente pequeña y de estrecha bóveda, chispean unos ojos chicos también, pero enérgicos, potentes, tranquilos, por cuyas oscuridades pasan, de vez en cuando, relámpagos de una voluntad inquebrantable.

Bajo el bigote escaso se tiende una boca delgada y larga, siempre seria, siempre inmóvil, sin una sonrisa, sin un gesto; una boca entrecerrada que deja ver un fragmento de la recia y blanca dentadura. Y todo este rostro enjuto, de vigorosas mandíbulas, de mejillas hundidas, de amplios planos, como trazados por una espátula rodeniana en pálida arcilla; todo ese semblante de músculos sin contraer y de relieve sin modelar, es como una máscara de bravura serena, de terquedad indómita, de leal honradez. Cuerpo fornido y alto, cara grave y franca.

No es pródigo en hablar; es, por el contrario, avaro de voces, tímido y parco de ademanes, huraño de confidencias; pero los que lo han visto pelear, los que con él convivieron durante la revolución, afirman que es rápido y seguro en el obrar, pujante y constante en la acción y que su valor es incansable y prudente.

Pascual Orozco es un carácter entero, viril, recto; un carácter fundido en los bronce de la dignidad, de la probidad, de la sinceridad. Tiene algo del Pedro Crespo calderoniano. Es un Pedro Crespo joven, acometivo, zahareño...

—Oye, Alvarito, ¿quién es ese Pedro Crespo?, ¿y qué quiere decir zahareño?

Como yo tampoco lo sabía, dejé las preguntas sin contestar.

## Pancho Villa

Dos o tres días después, Marcos dio nuevamente orden de ensillar nuestros caballos. Antes de montar, nos dieron a cada uno un trozo de listón rojo para que lo fijáramos alrededor de la copa del sombrero.

—Es nuestro distintivo —dijo Marcos—; de hoy en adelante, habremos de llevarlo siempre. El color es el de la sangre que corre, pero que corre libre. Es el color de la libertad. ¡Somos los Colorados!

—¡Arriba los Colorados!

Ya tenía yo otro grito mejor. Gritar en loa de un ejército libertador que ignoramos si irá a libertar o no es comprometido ante uno mismo, mientras que libres u oprimidos, los Colorados habremos de ser siempre acometivos y zahareños como Pedro Crespo. Era el nuestro un color de lucha, color de coraje, color de llama. Probablemente, ningún otro tono del iris me hubiera impresionado mejor; ningún otro tan dominante, tan decisivo, tan fuerte. El color, más que otra cosa, acabó de conquistarme: sentí orgullo de ser *colorado*. Las otras causas, las verdaderas causas de la lucha, por profundas que fueran, quedaron en segundo término. Si yo hubiera podido escoger mi sitio, no hubiera preguntado motivos, no hubiera pesado razones; simplemente, me hubiera hecho colorado. En ese momento, el panorama de los hombres quedó dividido, ante mi vista, por la cinta roja que se ajustaba como una corona a la copa de mi sombrero: dentro, los Colorados; fuera, todos los demás. ¿Qué pretendíamos los Colorados? ¿En qué había sido traicionada la revolución? ¿Por qué los que están fuera del círculo, que ayer eran amigos de nuestros jefes, se han colocado ahora en contra de nosotros? No lo sabía ni me preocupaba por saberlo. Yo era colorado y nada más.

—¡Arriba los Colorados!

¿Arriba de dónde? ¿Arriba de quién? No importaba: el triunfo radica en subir.

Montamos a caballo y partimos tras de Marcos Ruiz, atravesando, en esta ocasión, la ciudad rumbo al poniente. En algunas calles transversales, otros grupos aparecieron uniéndosenos. Más hombres, al galope de sus caballos, nos alcanzaron también. Todos llevaban en sus sombreros anchas cintas rojas.

—¡Arriba los Colorados!

Cuando llegamos a la calzada final, la que recoge y entrega a la ciudad los vientos y los olores del campo, el tropel la llenaba. Marcos se hizo a un lado y se detuvo para verlo pasar, observando a los hombres fijamente.

—Cinco o seiscientos —habló como para que no lo oyera nadie—. Son bastantes.

Y al galope, seguido por mí, se puso otra vez al frente de la columna. Atrás, muy atrás, tanto que Marcos no lo había alcanzado a contar, venía con sus oficiales Pascual Orozco.

No era el llano el que nos recibía al salir de la ciudad, sino una sucesión de colinas sin otra cosa que piedras en la superficie. Grupos de cinco o seis hombres iban delante, subían al lomo de cada eminencia, y nos hacían señal de avanzar. Cuando nosotros llegábamos arriba, ya ellos iban subiendo otra ladera.

—Marcos, ¿a quién vamos a recibir ahora?

—Pues vamos a recibir...; quién sabe qué vayamos a recibir...

—¿Tú tampoco sabes?

—Podemos recibir un balazo, o dos. Vamos a combatir.

—¿A combatir? ¿Por qué? ¿Con quién?

—Con Pancho Villa...

—¿No es colorado?

—No.

—¡Ah!

Quedé como ciego. Desaparecieron ante mí las colinas y los jinetes que iban trasponiéndolas antes que nosotros, y Marcos, y los hombres que nos rodeaban, y aun la cabeza del caballo que iba balanceándose a un metro de mis ojos. Sólo percibía una gran claridad, una gran claridad roja. “Voy a la guerra, estoy en la guerra. ¿A qué distancia del límite entre la vida y la muerte?”

Quedé como sordo. Voces, resoplidos de caballos, ruidos de la cabalgata, todo se fundió en un zumbido uniforme.

La única sensación, la única certeza, era la de que iba avanzando. En equilibrio por inercia sobre el lomo del caballo, lo sentía oscilar. A veces, el cuerpo se echaba hacia atrás, a veces hacia adelante. “Otra colina”. ¿Hubiera podido detener la marcha del caballo? ¿Hubiera podido dejar pasar el resto de la gente y quedarme inmóvil mientras se desarrollaba el combate? No pude ni siquiera pensarlo; y el caballo me llevó adelante.

Me despertaron unas explosiones lejanas. Muchas. Mis oídos las recogieron todas juntas, como granos de trigo que caen en un saco. “Están disparando”. ¿Quiénes? ¿Ellos a nosotros o nosotros a ellos? Comprendí que en un sentido y en otro, las balas cruzaban la cinta roja de mi sombrero. El límite. Mi límite.

Sin embargo, no vi a nadie al frente. De nuevo mis miradas recogían, levantaban hasta mí la visión del campo; colinas calvas, postes que sostenían cuatro hilos telegráficos, cuatro cuerdas de violín sobre las que irían saltando, en arco, balas libertadas.

¿Esto es un combate? Yo me había imaginado encontrar soldados colocados en línea recta, todos en una misma posición, como figuras de plomo, adelantando una misma pierna, tendiendo sus carabinas a una altura misma; creía encontrarme con jefes corriendo a caballo con la espada en alto; esperaba ver las bombas estallar como pequeños soles rojos y quedarse suspendidas en el aire. Y no veía sino un montículo árido, cubierto de pedruscos.

—¡Tira! ¡Tira!

Era la voz de Marcos, que me alcanzaba.

—Pero ¿contra quién? No veo gente —le respondí.

—Allá enfrente, tras los peñascos amarillos. Fíjate, donde se ven unos sombreros...

Era cierto. Había en la cumbre del cerro que me indicó Marcos, unos conos pajizos del mismo color que la piedra. Y líneas oscuras en horizontal. Seguramente eran los sombreros y los fusiles. “Pero, ¿es que no salen llamas de los rifles cuando disparan?”. No salían y, sin embargo, estaban tirando contra nosotros desde una colina más alta que las otras. Detrás de ella no había nada, sino el vacío, que no tiene extremo. Pensé que los enemigos estarían en el confín del mundo. “No llegan las balas tan lejos”. Pero los estallidos continuaban, rápidos, como si quisieran alcanzar a los que habían partido primero.

Vi dónde me encontraba: el caballo se había detenido en lo más alto de un montículo. Él y yo formábamos un solo bulto solitario. No comprendo por qué se detuvo precisamente allí, cuando hubiera podido parar antes, cuando nada le impedía avanzar aún. Atrás de mí, los Colorados habían echado pie a tierra, y mientras unos cuantos se llevaban la caballada para protegerla detrás de los cerros, los demás se acostaron de barriga en el suelo y, como los del otro bando, no asomaban del perfil de las colinas sino sombreros y rifles.

Di media vuelta al caballo y me fui atrás de la línea, en el bajo, entre dos dunas; desmonté, saqué la carabina de la funda, me tendí en el suelo y disparé hacia el cerro de enfrente.

Algún tiempo después cesó el fuego; no sé ni cuánto duraría. Montamos de nuevo y regresamos a la ciudad lentamente, todos revueltos. No conocía a ninguno de los que me rodeaban. Salía gente a vernos y, para anunciarles el resultado del combate, algunos de los nuestros gritaban a cada rato:

—Le pegamos a Pancho Villa.

—¡Arriba los Colorados!

Yo no sabía nada.

Yo seguía cabalgando entre la multitud con las ropas sucias de tierra. Ya casi en el centro de la ciudad, Marcos, que impaciente iba y venía por un flanco de la columna, me vio, detuvo el galope de su caballo un instante y corrió luego en línea recta hacia mí.

—¡Qué susto me diste! —dijo—. Creí que te habías quedado. Eres muy valiente o eres muy bruto.

—¡Arriba los Colorados!

## Vanguardia

Marcos Ruiz recibió, días después, una orden de partir. Ya no sería solamente para salir unas cuantas horas a pasear a caballo por las afueras de la ciudad, sino para dejarla por tiempo indefinido. Y nos estuvimos preparando toda la noche, limpiando las armas, arreglando las monturas, herrando los caballos, requisando cuanta mula hubo en la ciudad para cargarla con cajas de parque. Varias mujeres estuvieron toda la noche moliendo maíz tostado en sus metates y revolviéndolo con piloncillo, produjeron el pinole, el alimento del campesino y del caminante, allá en el norte. Nos dieron a cada uno un saco como de tres kilos: era la ración alimenticia para tres días. “Con un puñado de pinole y un trago de agua de tu cantimplora, muy bien te pasas el día”. Todos estaban acostumbrados a esa dosis; yo no, y pensé que podía pasar hambre.

Había que salir antes de que nos viera el sol, pero no fue posible. A última hora no servían unos arneses de las mulas, faltaban varias cajas de parque que tenían que enviarnos del Cuartel General, y Marcos había salido a la casa de Orozco a pedir las últimas órdenes.

Estaba mi calle llena de hombres, unos a caballo, otros fumando sentados a la orilla de las banquetas, en espera de la orden de marcha; y de acémilas cargadas. De la casa salían los oficiales llevando sus cobijas de abrigo, su ropa enrollada en largos chorizos, para amarrarla así en la parte posterior de la silla de montar; calzadas las espuelas sobre la mitaza de cuero, sujetos los sombreros por el barboquejo atado bajo la nariz, colgando la cuarta, de correas trenzadas, en la muñeca.

Salían y volvían a entrar por lo que se les hubiera olvidado. Entré yo también, por hacer algo; vi las cortinas rasgadas en pedazos por quienes habían querido hacer mantillas de terciopelo para sus caballos; los muebles derribados, los objetos revueltos, las caballerizas vacías, ropas sucias abandonadas, papeles rotos; todo el que salía se llevaba lo que pudiera servirle, aun cuando no fuera de él, y abandonaba lo superfluo en el patio, en los corredores, en los cuartos.

El desastre de mi casa no me afectó. Había perdido el interés por todo ello. La nueva vida me apasionaba, mientras la antigua —si vida había sido— la consideraba como mi lastre. Por fin, iba a estar fuera de aquella casa, para sentirme igual a los otros y que no hubiera motivo para que ellos me miraran como un extraño. Iba a partir a la guerra únicamente por mi gusto, como sin excepción lo hacían todos los demás. Y queriendo ser como ellos, siendo quizás como ellos, ya para salir corté yo también un cuadrado de peluche carmesí para mantilla de mi caballo, y derribé a puntapiés una columna sobre la que había pasado muchos años, con un libro abierto en una mano y con un espadón de bronce en la otra, una figura de mujer que simboliza a la ley; estallaron los mármoles al chocar contra el suelo, y salí pisoteándolos, satisfecho de mí mismo.

Ya la multitud había principiado a moverse: Marcos había llegado, dando la señal de partida. Pasaban las órdenes en gritos, como una corriente que llenara la calle de pared a pared. Galopaban los caballos al sentir las espuelas y corrían las mulas, inclinando el lomo al peso de las cajas de cartuchos que hacían rechinar acompasadamente los aparejos de cuero. En el minuto que transcurrió mientras quité la montura de mi caballo, coloqué la mantilla y ensillé otra vez, todos los hombres pasaron frente a mí a la carrera; a una cuadra de distancia iban dando la vuelta. Yo apretaba los cinchos nerviosamente, con prisa, como si mi vida se contara por instantes y con los dedos. Pero los otros fueron más rápidos que yo; pronto la calle vio-

se desierta: ni un hombre ni una bestia quedaban ahí de la Brigada de Marcos Ruiz. Nadie me había urgido para seguir en ella; nadie, cuando menos, me había esperado. Solamente un poco de ruido y unos copos de polvo se agitaban en la calle algo temblorosa aún.

Ni siquiera pensé en quedarme: monté en el caballo, metí espuelas, y en veinte saltos salí a la avenida por donde la columna había dado vuelta. La vi a través de un velo de polvo, y únicamente cuando me puse a la altura de la última fila de la retaguardia, recordé que había dejado abierta la puerta de mi casa. Ya no era tiempo de retroceder para cerrarla.

## Campo

La ciudad parece que se desliza ladera abajo, hacia el río. Marchábamos subiendo a la meseta, y los que veníamos atrás, como si hiciéramos el esfuerzo de ir empellando a los cientos de hombres que galopaban delante.

A nuestros flancos pasaron, despidiéndose con las ramas que comenzaban a reverdecer, los jardines; y como ignorándonos, mantenían sus ventanas cerradas los palacetes pretenciosos de los ricos. Desfilamos junto a la barda de un cementerio que años atrás solía yo trasponer en unión de otros muchachos para despojar los árboles de duraznos. ¡Qué lástima que no tuvieran fruta ahora, cuando hubiera bastado pararme sobre los estribos y alargar el brazo para arrancar una rama entera!

Las casas fueron encogiéndose; a cada cuadra eran más pequeñas; sus fachadas de adobe, sin enjarre, parecían caras sucias. En sus puertas, sí, había gente que nos dijera adiós.

Se acabaron las casas. De un lado hubo una barda, después, nada.

Aparecieron los cerros: dos altos, dos solitarios cerros, uno a nuestra derecha, otro a nuestra izquierda. Amigos míos, también. Mirándonos sin ganas de seguirnos, se quedaron atrás.

Entonces se acercó a nosotros una gran planicie, se metió bajo las patas de nuestros caballos y así se fue desenrollando. Parecía una mujer que se nos ofreciera y la tomáramos ávidamente: al galope. Perdí la noción de la distancia porque nunca volví la cara para ver cómo se quedaba la ciudad detrás de mí. La abandoné con indí-

ferencia, como una cosa que se había poseído mucho tiempo. No supe a punto cierto cuándo la perdí.

La llanura debe de haberse emocionado con nuestro paso, porque había enrojecido: la tierra, de la que emergían los abanicos verdes de mezquital, parecía cobre bruñido; y era rojo el halo que se levantaba del suelo al golpear de los cascos de los caballos. Nuestras caras y nuestras manos sudorosas estaban impregnadas de tierra roja. Teníamos máscara almagre, como el color de la piel de los indos apaches.

Roja era también la tierra de los adobes desleídos de una casucha en ruinas; rojas las heridas abiertas en el torso de la planicie, por los torrentes que bajan de los cerros en los días de tempestad.

Y el galope de los caballos continuaba, monótono, mientras el sol pretendía pasar sobre nosotros como si hubiera saltado de un trampolín.

Algunos cerros velludos, que casi desde nuestra salida había yo visto al frente, parecían ir moviéndose al igual que nosotros, tan poco era lo que aumentaba a mis ojos su perfil de signo taquigráfico.

La meseta, que me había parecido breve, seguía brindándonos tierra y más tierra para que corrieran nuestros caballos. Ya la velocidad majestuosa del galope se había trocado en el trote grato de los animales, jadeantes. Nos sudaba la frente bajo el fieltro del sombrero, y la boca, cueva en la que una parvada de alas de polvo buscó albergue, demandó agua.

La columna había perdido su forma: al salir, la avenida, larga como el cañón de un fusil, le había dado proporciones de una flecha; hombres y cabalgaduras corrían en filas, sin adelantarse, sin retrasarse. En los brazos abiertos de la llanura se convirtió en una mancha que a veces se estrechaba y otras se expandía, como absorbida por el suelo. Grupos de hombres aislados parecían salpicaduras.

Yo había penetrado en el centro mismo de la masa; luego, para no tener que fijar la atención en los que iban delante, moví mi caballo hacia un lado, al extremo, donde nadie me echaba polvo ni recibía el mío.

Seríamos quizá mil, pero yo me sentía infinitamente solo. ¡Aquello era tan grande! Nunca había salido yo de la ciudad sino en ferrocarril, y el campo, visto a través de las ventanillas, corre rápidamente, se va hacia atrás de nosotros dando saltos: los montes persiguen a los valles, el yermo a los bosques, la planicie misma se



encoge, los ríos vienen a lamer los bordes de la vía y juegan con el tren, metiéndose a veces bajo las ruedas como si quisieran volcarlo para que retozara con las aguas en el cauce. Pero ese campo, ¿era el mismo campo que otras veces había traspuesto yo, adormecido por el muelleo de los asientos y por el incesante zapateo que bailan las ruedas sobre los rieles?

## Fatiga

De pronto, la llanura enarcó su lomo: una colina angosta y larga se elevó frente a nosotros, erizando su mezquital. La columna fue ascendiendo y se detuvo un momento en lo alto; al otro lado, saltando sobre el pedregal y haciendo curvar el tallo de las jarillas, galopaban también hacia un destino oculto, desordenadas y ruidosas, las aguas de un arroyo. El cauce era ancho y el chorro de agua angosto. No había llegado aún el tiempo de las grandes crecientes que arrastraban gruesos troncos de árboles como los que se veían, carcomidos y encallados, en los lugares donde el cauce hacía curva. Grandes manchas de arena endurecida absorbían el agua, crujiendo al paso de las bestias cargadas. Los caballos remontaban las pezuñas e inclinaban sus cabezas hasta rozar la superficie del agua con sus belfos sedientos. Algunos hombres que vaciaron sus cantimploras en el camino bajaron para llenarlas. Marcos dio la señal de echar pie a tierra.

—Media hora de descanso, muchachos... —vino diciendo al recorrer la larga línea, pegada como una cáscara a las sinuosidades del arroyo.

Al verme, detuvo su caballo y quedamos frente a frente: él, con su cara de cartón, dominados todos sus músculos en una expresión absoluta; yo, sonriendo, adivinaba que no sabía qué hablarme, y sentía el deseo de decirle, a media voz, con calma, como quien no concede importancia a lo hecho: “Naturalmente que yo también vine. ¿Podrías esperar otra cosa?”. Sólo sus ojos se movían, como detrás de la máscara.

—Alvarito...

—Ya no quiero ser Alvarito, quiero ser Abasolo, Abasolo el Colorado...

—Abasolo..., tírese un rato en la arena, suelte el cuerpo para que se le quite lo cansado. Beba toda el agua que pueda y llene su cantimplora, porque no tendremos agua hasta mañana...

Movió su caballo y se fue alejando. Volvió la cabeza hacia mí y al ver que yo le seguía con la mirada, sonriendo, admirándolo un poco sin saber por qué, me dijo:

—Aflójele un poco el cincho al caballo...

Volvió cuando estaba yo tirado de espaldas en el suelo húmedo, sintiendo en la nuca el roce refrescante de la arena. El sol rodaba sobre nosotros, viéndonos a todos, y yo me eché sobre la cara el sombrero de alas flexibles. Así veía únicamente las patas nerviosas del caballo bailar ante mí; Marcos debía de estar observándome; quizá pensara decirme algo aprovechando el momento en que podía sentirme cansado, arrepentido tal vez. Decidí quedarme inmóvil, como si dormitara. Si tenía algo que decirme, mejor sería dejarlo para después, cuando anduviéramos más lejos de la ciudad.

Luego, a tirarme boca abajo a la orilla del arroyo para beber agua tibia y revuelta por los caballos que cruzaron más arriba; a llenar la cantimplora para ver si duraba con agua todo un día; y a cinchar otra vez la panza sudorosa del caballo, a montar de nuevo, a trotar por un llano que parece no tener término.

La mente se dispersó, como si tuviera ganas de libertar a la vista de aquella extensión sin confín. Pasaron las horas sin que el espíritu, adormecido, enervado, pudiera concentrarse. La meditación se diluía, la imaginación se evaporaba. La tarde, las horas que encanecían, la tierra cobriza que se tornaba en plomo, los cerros que se acurrucaban para dormir en una sola masa oscura, unos rayos amarillos como tallos de trigo que ascendían del poniente y en abanico surcaban medio cielo nada me sugirieron.

El cuerpo se había dejado caer sobre la montura. Las ideas se habían dejado caer sobre el silencio.

Y los caballos siguieron avanzando, ahora al paso largo. Fue creciendo el rumor de mugidos. Fue acercándose un olor a majada. La columna se encogió, se alargó para entrar por una avenida bordeada de álamos, cuyas altas copas parecían estar dejando caer, como hojas secas, la sombra. Luego, el muro altísimo de una galera para granos, las trancas de un corral, una plazoleta cuadrada.

—Por aquí, Abasolo.

Desmonto y desensillo. Y mientras un soldado se lleva mi caballo, alguien me guió a través de una puerta y me condujo por un corredor. En una pieza vacía fui el primero que arrojó su silla junto a la pared. Otros, después de mí, desenrollaron sus cobertores y se acostaron en el suelo.

## Grado

A la mañana siguiente, que llegó sin que yo supiera por dónde, me llamaron al corral. Marcos, rodeado por ocho o diez, tomaba leche de un balde; leche espumosa que olía a pasto tibio. Me ofrecieron un jarro lleno y un trozo de carne asada, sin pan. Se llevaron el balde, y nosotros quedamos en círculo. Marcos me dijo:

—Abasolo, ésta es una columna militar. Aquí cada cual tiene su categoría, una categoría que ha conquistado. Todos somos veteranos de la revolución pasada, menos usted, el único nuevo entre nosotros. ¿Tiene intenciones de seguir?

—Sí, mi general.

—Es usted muy joven, demasiado joven. No podemos encomendarle el mando de otros, porque no sabría cómo ejercerlo. Quedará usted, pues, a mis órdenes directas, para hacer lo que yo le encomiende. Tendrá usted el grado de teniente.

—Muy bien, mi general.

Me tendió la mano y, al recibir la mía, la apretó muy fuerte. Los demás me dieron palmaditas sobre los hombros. Los conocía bien a todos, porque eran los mismos que habían estado en la casa: Aguirre, uno muy alto, de bigotes caídos y hombros caídos también, coronel, jefe del Estado Mayor; Armendáriz, coronel, jefe de uno de los regimientos de la Brigada, joven de grandes ojos amarillentos; José Alatorre, mayor; José María Torres, Gilberto Estrada, Antonio Campos, Germán Baca, Efraín Álamos, Ramón Cruz, Félix Hernández...

—Ahora, a ensillar. Ya deben de estar los caballos frente al portal. Y no se me vaya muy lejos, que en la marcha ha de venir detrás de mí.

—Como usted disponga, mi general.

¡Teniente! ¡Teniente! ¿Había soñado alguna vez con ser teniente? De todos los que íbamos en la columna, cuando menos nove-

cientos eran menos que teniente. Yo no podía darles órdenes, claro estaba, porque Marcos me dijo que yo no tenía experiencia; pero tampoco ellos podían dármelas a mí, aun cuando la tenían. Ni siquiera los capitanes, ni los coroneles. ¡A las órdenes directas del jefe de la columna de vanguardia! Sentí ganas de irme saltando hasta donde estaban los caballos, pero me detuvo el peso de mi grado: “Señor teniente, no debe usted obrar como si fuera un muchacho. Está usted en campaña, debe ser un ejemplo para sus inferiores...”.

Así, durante la marcha de toda la mañana, me fui dando consejos a mí mismo. Y sin darme cuenta dejé de sonreír. Como Marcos, me hice una careta acartonada con la piel sucia sobre los músculos inmóviles.

¿La jornada? Un llano, un solo llano más árido que el de la víspera. Un sol más caliente, un polvo más penetrante, una sed que agotó en dos horas el agua de las botellas de cinc. Cerros que pasaban lentamente a nuestros flancos, pesados como carretas tiradas por los bueyes. A veces, se veía a distancia los postes, árboles desnudos, de la línea del telégrafo. La vía del ferrocarril debía de estar acostada abajo.

—Marcos, ¿por qué no vamos por tren, mejor?

—La vía está destrozada y hay muchos puentes quemados. Los de caballería venimos por delante para evitar que los federales avancen por el sur. Los otros compañeros llegarán después.

—¿Y por qué no seguimos la línea de la vía?

—Venimos por el camino real, el mismo camino que hace tres siglos iba de Durango al mineral de San Felipe, que hoy es tu tierra...

(Cuando nadie nos oía, me gustaba llamarle Marcos y hablarle de tú, como él a mí. Cuando había otros al frente, le llamaba “general”. Él notaba la diferencia, pero nunca me dijo nada.)

## Sed

El suelo de color rojo se fue; ahora se nos acercaba una gran mancha blanca, un arenal reverberando al sol. Unas cuantas matas de zacatón, grises y secas, se elevaban medio metro donde había un puñado de tierra oscura. En el resto de la planicie, el sol se reflejaba en millones de puntitos plateados: arenilla salitrosa. Y su relente,

como el polvillo rasposo que nos envuelve, irrita los ojos, los araña por dentro, los enrojece.

Nos perforó el martirio de la sed. Primero la nube de arena ha obstruido nuestra nariz; después, la boca ha quedado tan seca como el arenal mismo. Parece que el sol no ha podido saltar hoy tan alto y que pasa rozando nuestras cabezas. Nos adormece.

Los caballos avanzan arrastrando casi el hocico por la tierra floja, y como arrastran también las pezuñas, echan a volar las capas de arena.

Marcos volvió la cara hacia atrás; apenas se distinguían, a través del tupido velo blanco, cuatro o cinco filas de jinetes.

—Ha de haber muchos cansados que se han rezagado —me dice—. Vamos a la retaguardia.

Volteamos nuestros caballos y nos sumergimos en aquella espuma traslúcida.

—¿Qué pasa, mi general? —preguntan quienes se dan cuenta de que retrocedemos, mientras ellos avanzan.

—Nada, nada... Sigán adelante. Nomás voy a ver que nadie se nos vaya desperdigando...

A cada paso encontrábamos la nube más densa. Era como si hubiéramos caído en tierra con la cara para abajo. Apenas veíamos a los hombres a nuestro alrededor, como si entre ellos y nosotros hubiera, dispersos, muchos vellones de ovejas.

—¡Váyanse abriendo! ¡No se amontonen! ¡Alarguen la línea lo más que puedan!

Marcos gritaba y tosía, escupiendo lodo. Yo repetía sus voces y otros muchos las nuestras. La masa se fue dispersando y cuando sentimos que la cabalgata había pasado, como todavía formaba el polvo un remolino en torno nuestro, galopamos casi asfixiados hacia atrás, por el mismo camino que nuestros hombres habían recorrido, hasta salir al aire limpio. Y volteamos de nuevo nuestros caballos.

Parecía que la Brigada entera se había extendido en una sola línea. Una cortina de polvo de tres kilómetros iba rodando sobre sí misma frente a nosotros, como una ola espumosa que retrocediera hacia mar adentro. Y, como Marcos supuso, manchas oscuras veíanse mucho atrás de nosotros en la tierra que despedía un vaho brillante. Eran rezagados, sedientos, cansados. Nos fuimos acercando a cada uno de ellos, a la carrera.

—¡Ánimo, muchachos! ¡El agua está cerca! ¡El agua está cerca!

Nos contestaban sin hablar, con señas, moviendo la cabeza hacia adelante, al compás de los cabeceos del caballo.

Parecía que el sol iba a quedarse ahí clavado, donde estaba, por toda la vida. No sentíamos que se fuera deslizándose trayectoria abajo y percibíamos las bocanadas de su aliento ardoroso cada vez más cerca de nuestras cabezas, cada vez más densas, sobre nuestras espaldas.

La línea se fue acortando, se fue contrayendo; se notaba que todos los hombres querían estar juntos; y decreció la altura de la nube, hasta cesar casi. La columna se había detenido y la alcanzamos. Mil jinetes convergían en un solo punto. No veíamos cuál era, pero los gritos de los de la última fila nos lo dijeron:

—Agua... agua...

—Alguna noria —dijo Marcos.

—¡Agua! ¡Agua!

Marcos dio un gran grito, un grito que yo no había imaginado que pudiera salir de hombre alguno, de tan violento que fue. Pareció un rayo que se desgarraba.

—¡Muchachos! ¡No podrá haber agua para todos ahí! ¡No se detengan! ¡Adelante! ¡El río está a media hora de camino!...

Recorrimos al galope la circunferencia de la masa, excitando a todos a moverse hacia adelante. Los de las últimas filas exteriores, perdida la esperanza de llegar a la noria, fueron los primeros en obedecer. Y la marcha se reanudó rápidamente, a costa de los caballos extenuados.

—Marcos —le pregunté—. ¿Está realmente el río a media hora?

—¿Qué sé yo? Será media hora, será una, serán dos... Pero no puede haberse movido de donde estaba...

—Porque ya no aguanto. Yo me devuelvo a ver qué quedó en la noria...

—Barro salado...

—Aunque sea...

Eché mano a su cantimplora y agitándola oyó ruido de líquido. Me la tendió sin decir palabra. Había como una pluma de agua, nada más, haciendo risa de cascada en el cinc. Sentía yo todo paralizado dentro de la boca, como si la garganta se me hubiera inflamado y estuviera ardiendo. Y bebí como si no hubiera bebido nunca. ¡Un solo trago! Mi lengua rasposa acarició los bordes de la

abertura, buscando más. Ni una gota más. Entonces, al tenderle de vuelta a Marcos su cantimplora, sentí vergüenza.

—Perdóneme, mi general, que no le haya dejado nada...

Se pasó la mano por la boca y no respondió.

Nos alcanzó Aguirre, el jefe del Estado Mayor.

—Mi general —dijo—, no tiene usted más novedad que mataron al mayor Reynoso...

—¿Cómo?

—Cuando los hombres vieron la noria echaron galope. De nada valieron los gritos ni las órdenes. No había más que un balde, amarrado a cuatro estacas con una reata muy larga; y para cogerlo, se peleaban a golpes. Nadie obedecía a nadie. Casi no había agua, y la que salía estaba muy puerca, pero todos jaloneaban del balde, vaciándolo casi en el suelo. Reynoso sacó la pistola: “¡Orden..., van a beber uno por uno!...”. Nada más que eso gritó, porque le dieron una puñalada y quedó tirado en el charco. Todos se aquietaron, y aquí venimos caminando sin haber bebido...

Marcos movió la cabeza por toda respuesta. La marcha no se había vuelto a interrumpir. De nuevo se alzó el polvo y se mezcló con el silencio para agobiarnos. Cuando yo veía que el general se frotaba los labios con la mano sucia, me desesperaba.

—Marcos...

Me miró con una lenta mirada. Y comprendiendo, me dijo:

—No te apures por mí, que ya vamos llegando...

¿Media hora? ¿Una? ¿Dos? Me pareció que había pasado una polvareda de minutos desde que dejamos atrás la noria. Por fin, una cortina verde: álamos. Y lamiendo sus raíces que eran como brazos que buscaran algo en el lecho del río, las aguas rápidas, aguas alegres, aguas vírgenes, aguas maravillosas...

Media hora después, cuando hubimos bebido y descansado, comenzamos a pasar el río. Habían encontrado un lugar donde el cauce no era muy profundo; atravesándolo en diagonal, las aguas golpeaban a los caballos hasta la mitad de la panza. Como vi que algunos de los jinetes que pasaron primero cruzaban los estribos sobre el lomo del animal y las piernas también, logrando llegar sin gota de agua al otro lado, quise hacer lo mismo.

—Mejor baja las patas —me aconsejó un soldado—, aunque te las mojes. Tú no sabes montar así...

“No sabes..., no sabes”. ¿Por qué cualquiera me habría de decir “no sabes”?

Crucé los estribos, crucé las piernas, y llegué al otro lado sin haberme mojado.

Una mula, de las que llevaban dos cajas de parque, sí se volteó. No pudo con el peso. El agua la arrastró un tramo muy largo, y no más vimos que salían las patas del animal. Luego se perdió. El general no quiso que se echaran a nado a buscar el parque.

—A lo mejor ya ni nos sirve. Veremos a quién le quitamos un poco en el primer combate...

### **Carneros**

Todavía el sol estaba a flote cuando el perfil del llano se alegró con un pueblito: una iglesia que parecía estar pastoreando cuarenta o cincuenta casitas agrupadas a su alrededor. Habíamos hecho una jornada dura, porque después del paso del río avanzamos al trote casi sin detenernos. Marcos dijo:

—Vamos a descansar ahí desde temprano, para salir mañana con el sol.

Y desviamos ligeramente la ruta, arrastrados por el imán del poblado. Como estábamos envueltos en cansancio, atravesamos, sin querer rodearlo, un plantío de maíz que comenzaba a verdear; no sé cómo quedaría después de nuestro ultraje.

Alcanzamos a unos labriegos que iban arreando dos yuntas de bueyes.

—Voy a preguntarles qué pueblo es ése —dije a Marcos.

—No —contestó—, nunca preguntes nada a nadie; ni siquiera el camino, si estás perdido. Hay que dar siempre la impresión de que uno sabe por dónde anda.

Pasamos junto a ellos sin hablarles. Los hombres levantaron la cabeza, pero los bueyes, con las pesadas coyundas agobiando sus testas, para vernos pasar movieron solamente sus lánguidos ojos amarillos. Encontramos unas rodadas de carro que se desenrollaban hacia el pueblo y nos dejamos guiar por ellas.

A un lado del camino, nació de la tierra un hombre de ancho sombrero, erecto, que recargaba sus brazos en un bastón muy alto. En torno de él, un centenar de borregas, blancas como piedras de



cal, sobresalían de un matorral de medio metro de alto. En todo el día habíamos comido solamente pinole con agua. Y la carne de carnero, ensartada en una daga y puesta a asar...

Muchos debemos de haber roído el mismo pensamiento. Aguirre, el jefe del Estado Mayor, y dos o tres soldados se desprendieron de la columna y trotaron hacia el pastor. Los caballos lo ocultaron a nuestra vista. Oímos voces fuertes sin comprender las palabras. Luego, dos o tres disparos. Los jinetes rodearon la borregada, desenrollaron sus lazos y haciéndolos girar verticalmente, comenzaron a arrearla en dirección al pueblo. Los carneros corrieron esquivando las matas. Y ya no vi al hombre del bastón largo; solamente un matorral de medio metro de alto.

El pueblo era muy pequeño: casitas de campesinos, cada una con su corralito cercado con ramas espinosas de mezquite; una placita con doce o quince árboles de troeno; la iglesia que habíamos visto a distancia, de una sola torre, rodeada por una barda de adobe en calada de blanco.

—Vamos a tener que dormir al sereno —afirmó Aguirre.

—La iglesia parece ser bastante grande —insinuó alguno de los oficiales que venían detrás de mí.

Estaba cerrado el portón; una vuelta que dimos al templo nos convenció de que no tenía otra entrada.

—¿Dónde está el cura?

—No hay —dijeron los vecinos—; pasa por aquí una vez cada semana, dice la misa y cierra la puerta. Antes nos dejaba la llave, pero el domingo pasado, que supo que había bola otra vez, dijo que era mejor que él se la llevara...

—Pues mi general, usted dispone lo que se hace.

Marcos levantó los hombros.

—¡Hay tan poco lugar! —contestó—. Váyanse ustedes acomodando mientras yo veo dónde dejo la demás gente.

—Señor —clamaron los vecinos—, ¡que no vayan a meter los caballos!

—Bueno, ¡no metan los caballos! Al fin que no cabría ni la décima parte de los hombres.

Abrieron la puerta a culatazos. Algunos, al principio, descubrieron sus cabezas al entrar. Después todos andábamos con el sombrero encasquetado como cuando nos miraba el sol desde arriba. Cuando oscureció, encendimos algunas velas de los altares.

Fuera, en el atrio y en la plaza, se alzaron grandes fogatas: cincuenta soldados estaban asando otros tantos carneros. En los árboles del atrio estaban amarrados nuestros caballos, a los que les habían echado gruesos hatos de tallos de maíz. Marcos regresó después de haber señalado a todos los soldados su lugar para pasar la noche y parejas de ellos se fueron a repartir la carne olorosa a grasa quemada. Cenamos espléndidamente: carnero y agua. Después, habiendo revisado los puestos de los centinelas, nos fuimos a dormir en la sacristía.

En la oscuridad de la mente hundida en el sueño, pude distinguir a Aniceto, con los brazos cruzados, inmóvil, cubierto con un ancho sombrero, apoyándose en un bastón muy largo y rodeado de piedras calizas que se movían entre el mezquite.

## Noche

Alguien que caminaba entre nuestros cuerpos tendidos en el suelo, me piso una pantorrilla, despertándome.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde está el jefe?

—Aquel de allá...

Tropezando con otros cuerpos, el recién llegado se acercó a Marcos, y moviéndolo suavemente, lo despertó; le habló en rumor algo que no entendí y luego oímos la voz del jefe:

—¡Prendan una vela!

Una luz amarillenta golpeó el techo, escurrió por los muros, por nuestras cabezas, por nuestros cuerpos y fue a estrellarse en el suelo. Vimos a Marcos ya de pie, ciñéndose el cinturón de la pistola. En torno de él nos fuimos levantando todos, medio dormidos todavía; buscamos nuestras armas, nuestras chaquetillas, nuestros sombreros y salimos tras él, brincando sobre los soldados dormidos en la nave del templo. Un soplo de viento arrancó del cirio la llama y se la llevó envuelta en sombras, antes de que saliéramos. Al peso de nuestros pies se quejaban, como si estuvieran heridos, los hombres tendidos en el suelo. Algunos lanzaron injurias sin saber a quién. La nave era larga y antes de llegar a la puerta tropezamos muchas veces con hombres envueltos en frazadas.

En el atrio había una claridad como si estuvieran encendidos muchos cirios, pero no de los de llama amarilla, sino unos que ardieran en luz azul muy tenue. Cuando Marcos se detuvo y lo rodeamos, apenas nos veíamos las caras. Un aire muy frío nos lavó el sueño.

—¿Hay alguno que conozca bien el cañón de Santa Rosalía?

—Soy de por aquí, mi general, y lo he cruzado varias veces — afirmó el mayor José Alatorre.

—¿Sería usted capaz de atravesarlo de lado a lado sin tropezar una sola vez?

—Si usted lo ordena, lo intentaré.

—Mire, mayor: ahora acampó ahí Pancho Villa con doscientos hombres. Llévase trescientos. Estamos a tres horas del cañón. Si usted les cae entre dos y tres de la mañana, los sorprenderá cuando es más pesado el sueño. El camino es...

—De aquí al cañón sí me comprometo a no tropezar, mi general.

—Entonces, vamos.

Caminamos a pie a través del pueblo dormido; los soldados habían salido a acampar bajo las arboledas próximas; Marcos nos guió en una penumbra azul. Yo caminaba con la mirada baja para no tropezar, ignorante de lo que sucedía sobre mi cabeza. Al andar, parecía que íbamos arando la tierra con unas manchas que se arrastraban delante de nosotros, unidas a nuestros pies.

Adelante, golpeaban la tierra los gruesos zapatos de Marcos y Alatorre.

—Dentro de dos horas, cuando más, se meterá la luna; de modo que debe aprovechar este tiempo en avanzar de prisa. Después, no importa que vaya despacio, con tal de que no lo sientan cuando se acerque. Procure ver si agarra a Pancho; ya sabe que entre él y mi general Orozco el pleito es muy fuerte.

—¿Dónde nos reunimos mañana, mi general?

—Si calcula que no tiene tiempo de alcanzarnos aquí, que saldremos como a las seis, entonces procure juntársenos lo más temprano posible en el camino de aquí a Camargo.

Entramos en una arboleda sobre la que se volcaban, sin atravesarla, los fulgores de la luna; y fuimos levantando a los hombres que estaban dormidos.

—¡Arriba, muchachos! Hay que estar montados dentro de quince minutos...

En la sombra volaron espantadas algunas voces de protesta:

—Pero si nos acabamos de acostar... Ya ni friegan...

—¡Arriba, muchachos, arriba!

—¿Siquiera vamos a pelear o nomás nos llevan a seguir tragando tierra?

—A pelear; ahí está Villa tras la lomita...

Todos se levantaron entusiasmados, buscando sus caballos; ensillaron y en diez minutos había trescientos alineados a la orilla del bosquecillo bajo la cascada de luz que se precipitaba del cielo. Alatorre se despidió de Marcos y emprendió la marcha con sus hombres. Formaban todos una masa borrosa que la tierra fue absorbiendo, y cuando se resumió en el arenal, nos saludamos la noche y yo.

No la conocía: en mi casa, en las calles de la ciudad, siempre se había interpuesto entre nosotros, como una red, la luz artificial. Ni miradas curiosas ni el goteo de las estrellas traspasaron nunca esa malla. Apenas si la luna acostumbraba barrer hacia dentro un poco de sombra a través de los arcos de los corredores. Esa noche parecía que la tierra había muerto. Tenía el silencio y tenía el frío. Del campo había huido la distancia: todo alrededor mirábase pequeño, estrecho, cercano. Parecía que la llanura, que en el día no tuvo extremos, convertíase por la noche en una terraza sobre la torre del mundo. Arriba de nuestras cabezas, el cielo era un arenal luminoso. ¿Quién ha pasado al galope que dejó flotando esa cauda de polvo? ¿Qué lugar señala ese claro disco de cantera porosa? ¿O qué hora quería indicar, carátula manca?

Quedé fijo en tierra, con la cabeza hacia arriba, anonadado por el peso del misterio.

—¿Qué estás haciendo? Vente a dormir, que tenemos que levantarnos muy temprano...

—Marcos, ¿has visto las estrellas?

—No te inquieten. Dicen que son únicamente los ojos de los coyotes que andan allá arriba.

## **Prisioneros**

Durante la marcha de tres horas, Marcos no había dejado salir de su boca una palabra. Daba sus órdenes con movimientos de cabeza, respondía a las preguntas con miradas. Caído en la silla de montar,

hundido el pecho, sueltos los brazos, flojas las piernas sobre los largos estribos, era el abandono mismo, hecho jinete. Me trajo a la mente el recuerdo de Pascual Orozco.

—Marcos —le pregunté—. ¿Qué tienes?

Me miró; luego volvió la vista hacia una sucesión de cerros que a nuestra derecha se alargaban como una manada de burros en marcha; y me volvió a mirar, haciendo un movimiento de cabeza para arriba, como si me interrogara. Apretaba las quijadas una contra otra y cerraba los labios, como si tuviera dentro de la boca algo que no quisiera dejar escapar. Una bocanada de angustia, quizá.

Yo también ingerí un trago de silencio; comprendí por qué esa mañana los preparativos para emprender la marcha habían sido lentos como una carreta; por qué, en lugar de marchar por el antiguo camino real, habíamos hecho una travesía en ángulo hasta la vía férrea, acercándonos a la sierra en donde había acampado la noche antes Pancho Villa con sus doscientos hombres.

Y como Marcos me miraba, le contesté, también con los ojos:

—Tienes razón en estar inquieto: Alatorre debió haber llegado al cañón a las tres de la mañana. Si le fue bien, esperaría hasta que saliera el sol para ver los efectos de su ataque; supongamos que hubiera montado de nuevo a las ocho...; son las once y media y, a pesar de que nos hemos acercado, no llega...

Habíamos pasado sobre el espinazo del ferrocarril y bajo el cuarteto vibrante de cuerdas del telégrafo; en algunas curvas, los rieles se habían fugado de la paralela y los alambres descansaban en tierra, dispersando en la arena su caudal de señales transmitidas en redoble. Y marchábamos a la voluntad de los caballos que dejaban caer, con lentitud de gotas, sus pezuñas en la tierra.

Repentinamente, sin que nadie le preguntara, Marcos nos dijo a los oficiales, como si se tratara de darnos una explicación:

—Si yo hubiera desviado toda la columna detrás de Villa y me estuviera persiguiéndole todo el día, probablemente no podría cumplir la orden de pernoctar hoy en Camargo.

—Es cierto.

—Y puse a las órdenes de Alatorre más gente que la que traía el otro amigo.

—También.

—No podía hacer otra cosa.

Las palabras de Marcos abrían la puerta de su pensamiento, que era: “acabaron con los nuestros”.

—¿Quién trae la hora?

—Las doce y cuarto.

—Haremos un alto de quince minutos.

Alineados a lo largo del terraplén de la vía, desmontamos. Apretada en nuestras manos una punta de la reata que colgaba del cuello del caballo, volcamos el torrente de miradas hacia la sierra que aprisionaba en sus barrancas y entre sus cantiles el secreto de las horas que precedieron al alba. Pero el rebaño de cerros no tuvo para nosotros el menor indicio. Y montamos de nuevo.

Marcos había cambiado: ya no trataba de contener nada en sus quijadas anchas y sus labios pálidos. Todo cuanto tenía de cólera, de desesperación, de odio quizá, lo lanzó, y fue terrible lo que dijo. Ya no miraba siquiera hacia el cañón de Santa Rosalía.

—¡Ahora! Adelante y al galope. Ya hemos perdido mucho tiempo esperando a éstos.

Corrimos de nuevo por el llano, que había dejado de ser yermo; grandes álamos abanicaban sus hojas verdiplata a la orilla de los charcos de agua, cada vez más próximos unos de otros, formados a la orilla del broquel de las norias. Veíanse casitas de adobe a través de los ramajes, bueyes solitarios, bandadas de pájaros. A veces pasaba a distancia un guayín, de toldo blanco, que un par de mulas arrastraba por los surcos de un camino. El viento traía, como hojas sueltas, ladridos y también un perfume fresco de agua que corre.

—¡General! ¡General! Mire...

Un brazo extendido señaló la dirección, como un faro en la sombra. Y el haz de todas las miradas corrió por el riel invisible que trazaba.

—¡Polvo!

¡Si! Pero ¡qué polvo!; no era una polvareda de esas que ascienden por causa de un remolino y que son cilindros verticales como troncos de cedro; era la cortina espumosa, la ola traslúcida que sólo saben desprender de la tierra las patas de los caballos. Existe, seguramente, la ciencia para calcular el número de jinetes que van levantando una polvareda, y esa ciencia debe de haber dicho a alguien que no eran más de trescientos hombres los que acicateaban sus cabalgaduras.

—¡Ahí vienen, mi general!

—¡Sí!; pero ¿quiénes? ¿Cómo vienen?

Nadie se atrevió a afirmar. Los nuestros o los otros. Vencedores o destrozados. Y Marcos disparó varias órdenes que se atropellaron en su carrera.

—¡Aguirre! Desmonte doscientos hombres y tiéndalos en línea de medio kilómetro adelante. Baca, Campos, corran hacia ellos para ver de qué gente se trata. Los demás, firmes en sus monturas. Cada jefe con su grupo, nadie más eche pie a tierra.

Corría al galope de un lado a otro y nos comunicaba su paciencia y su incertidumbre. Aun los caballos, inquietos, manoteaban a pezuña suelta.

La polvareda volaba muy lejos todavía; Aguirre y sus doscientos hombres a pie tuvieron tiempo para adelantarse. Los vimos dejarse caer en el suelo, formando una larga línea frente a nosotros. Germán Baca y Antonio Campos se fueron alejando a la carrera, arrastrando tras de sí nuestras miradas. Hubo ruido de cartuchos que se incrustaban en el cañón de las carabinas, y movimientos de grupos hacia los lados de la línea de Colorados, tendida en tierra. Hasta que, a lo lejos, los dos puntos negros de nuestros oficiales se unieron a la cenefa oscura de los jinetes que rastrillaban el llano.

—¡Son los nuestros! ¡Son los nuestros!

Todos lo comprendimos inmediatamente, y los oficiales brincamos sobre los infantes, tras de Marcos, al encuentro de Alatorre y los que le hubieran quedado de los trescientos.

—¿Qué le pasó, mayor? Lo hemos estado esperando toda la mañana.

Alatorre fue haciendo el relato cuando nos acercábamos de retorno al grueso de la columna. Había caído sobre Villa a las tres de la madrugada, pero el hombre estaba en vela, y sus hombres no se sorprendieron. Aprovecharon la oscuridad, para estar tiroteando de todos lados hasta que amaneció. Luego se dispersaron en pequeños grupos que se escurrían por las laderas de los cerros. No fue posible saber para dónde había partido Villa, ni con cuánta gente; quizá estuviera en algún recodo oculto para salir en cuanto viera un grupo menor y aniquilarlo. Por eso Alatorre fue cauto, y el reconocimiento del cañón lo hizo con toda su gente reunida. Encontró como a veinte enemigos muertos y siete sin caballo, que eran los que venían amarrados de los codos, allá atrás.

—¿No reconoció a nadie entre los muertos?

—No, mi general. Eran puros de tropa. Los cabezones parece que durmieron en otra parte.

—Es lástima. Al general Orozco le hubiera dado gusto saber de alguno que hubiera estirado el cuero.

—Dicen que Aranda va herido.

—¿Quiénes dicen?

—Los prisioneros.

—A ver.

Los llevaron ante Marcos. Eran siete; vestidos con ropas de color sucio, con sombreros de fibra de palma. Poco más o menos como nuestros soldados, sólo que más polvosos, más barbados, más secos sus cabellos, más arrugados y rasgadas sus vestiduras. No traían cinta roja en el sombrero. Después, cuando los vi de cerca, encontré otra diferencia: la mirada. Las cejas caían, ocultando casi los ojos; el ceño se arrugaba como cicatriz y por la estrecha abertura de los párpados veíanse los globos enrojecidos. Nos odiaban, quizá por haber sido vencidos, pero quizá, también, por esa diferencia de colores: nosotros éramos Colorados y ellos quién sabe qué serían. Yo les hubiera ofrecido un trozo de cinta roja para su sombrero; si se la ponían, que nos siguieran; si no, que se fueran por su rumbo.

Marcos los interrogó:

—¿Ustedes dicen que Aranda salió herido?

Ninguno contestó. Nos miraban como coyotes acorralados, inclinando la cabeza hacia adelante, pero sin bajar la vista.

El mayor Alatorre intervino. A un prisionero que tenía una mano envuelta en un pañuelo carmesí, le recordó:

—Tú me dijiste que lo habías visto, poco después que les caímos, y que estaba herido.

—Yo nomás le dije que lo había oído quejarse.

—Y tú —a un muchacho a quien el sombrero le echaba el pelo sobre los ojos— me dijiste que lo habías visto cuando lo subieron a un caballo, y que iba abrazado al cuello del animal.

—Pero yo estaba muy lejos; a lo mejor ni era él.

—Es inútil, Alatorre —terció Ruiz—. Todos son así; parece que su jefe les da clase de marrullería todos los días.

De nuevo nosotros, que éramos la descubierta de la columna, nos pusimos en marcha. El mayor interrogó:

—Mi general, ¿qué hacemos con éstos?

—No los hemos de ir jalando para todos lados...



Avanzamos por la orilla de la vía del ferrocarril. Los listones de acero eran como la flecha que indicaba la ruta. A los lados comenzaron a estrecharnos las vegas de tierra negruzca de la que emergían los brazos verdes y las manos pálidas de los maizales.

Allá por el final de la columna roncaban algunas detonaciones somnolientas. Me alcé sobre los estribos y volví la cara, para ver únicamente sombreros de soldados nuestros, todos con cinta roja.

Cuando llegamos a Camargo había una oscuridad para gatos. En la estación del ferrocarril, un telegrafista, alumbrándose con linterna de petróleo, salió a buscar a Marcos.

—¿El general Ruiz?

—¿Qué ocurre?

—Desde las siete de la noche está restablecida la comunicación telegráfica con el norte. El general Orozco está preguntando si ya llegó usted.

—Vamos a avisarle.

El telegrafista se sentó junto a sus aparatos, se puso en la cabeza un arco de metal sujeto a la mesa por un alambre (algo así como las jáquimas que se les pone a los caballos para conducirlos) y comenzó a redoblar con los dedos sobre un pequeño balancín.

—Aquí está.

—Transmita lo que yo le vaya diciendo.

—Muy bien, general; estoy listo.

—General Pascual Orozco. Cuartel General. Chihuahua. Hónrome en participar a usted que en estos momentos...

## Amanecer

Unos silbidos muy largos, como aullidos de lobo, nos despertaron. Después sentimos una trepidación y escuchamos sonido de campanas. ¡Los trenes! Corrimos a verlos llegar. Primero nos deslumbró un abanico de luz muy blanca, luego pasó frente a nosotros la locomotora, envolviéndonos en un polvo claro y húmedo que se deshizo sobre la piel. Más allá del primer tren, otros faros levantaban sobre la tierra dos semicírculos de claridad, como una sucesión de albas que no pudieran vencer por completo a la noche. Pasaron plataformas en las que parecían dormir atravesados los leños cuadrados destinados a soportar los rieles a cuestras y otras de las que

brincaron a tierra los trabajadores del camino que habían cumplido su faena de reparación; las jaulas para ganado, los carros pintados de rojo con grandes letras blancas, y el cabús, que se aproximó y se detuvo antes de llegar, anunciando el final del convoy con su farola de pupila verde.

Dijeron que hacia el sur la vía estaba bien; nada más que había que avanzar con precauciones, porque los federales podían venir en camino rumbo al norte. El primer tren se llenó de hombres que treparon como hormigas, y en el segundo, partimos diez minutos después; el último recibió órdenes de salir con cinco minutos de intervalo. Los caballos fueron amontonados en las jaulas, y los hombres íbamos amontonados como los caballos, en carros sin asientos. El nuestro tampoco tenía puertas, sino un boquete de cada lado, por los que pasaba gruñendo una cadena interminable de viento.

Íbamos a oscuras. A veces, alguno encendía un fósforo para fumar y nos veíamos unos a otros, sentados en el piso y con los sombreros echados sobre los ojos, o bien acostados en colchonetas, la cabeza de uno entre los pies de otro, y la luz se reflejaba en los pómulos y en la punta de la nariz, como si los tuviéramos chapeados en bronce. A veces, también, en alguna curva, entraba por un boquete el rayo azulenco del faro que abría el camino al tren siguiente.

Sentado junto a una de las puertas, casi de frente a la otra, no pude dormir. Los golpes del viento, el diálogo de silbidos entre la locomotora que nos arrastraba y la del explorador que nos precedía, los choques de las cadenas bajo el piso del carro y el chirrido de las ruedas contra los rieles cuando se frotan en las curvas, me mantuvieron insomne. Se apagaron dentro del vagón los fulgores intermitentes del último cigarro, el fanal del tercer tren se fue retrasando y, borrachos por la monotonía de los ruidos y de los movimientos, los demás Colorados se quedaron dormidos. Seríamos veinte o veinticinco en aquel cajón rodante, pero en esos momentos me comprendía muy distante de los demás, que roncaban, se quejaban en sueños, que se movían golpeándose con los vecinos. Únicamente yo pensaba; pensaba en el olor del humo, en el sueño que tendrían las estrellas, pues cerraban los párpados, y que no podían dormirse porque bajo ellas iban pasando los trenes con ruidos de cascada. Pensaba en las cosas y no pensaba en mí. Había perdido la noción de la propia existencia. Como si nada de todo aquello me afectara, como si en cuanto me fuera desagradable, yo pudiera abrir los ojos

y disipar la pesadilla; como si bastara que yo dijera “nada más”, para que un torbellino de luz se llevara trenes, llano, hombres, caballos, silbidos, frío. Me parecía vivir en uno de esos momentos en que el dormido comprende que sueña y trata de fijar la visión para recordarla al despertar.

Así, comencé a percibir el perfil de las montañas contra el cielo, que de azul negro se iba tornando en plomizo; después me pareció que tras esas montañas se incendiaba un gran pajar, porque fue ascendiendo un humo semitransparente que se volcó sobre la planicie. A través de él, como de un cristal ahumado, se hicieron perceptibles, borrosamente, las cimas de los montículos más altos, mientras en el plano y en los bajos relieves de la tierra quedaba asentado aún el limo de sombra que había dejado la noche. Copas de árboles, que parecían esferas sumergidas a medias en la tierra, crecieron, mostrando sus peanas. El cielo se fue aclarando, como si lo lavaran; montañas, cerros y dunas que se habían encogido bajo la presión de las tinieblas fueron hinchándose; emergieron de nuevo las rocas hostiles pintadas de verde por el musgo; la llanura se extendió como si se desperezara; todo se fue agrandando, expandiendo, alejando. Sin embargo, aún se veían las cosas como si lloviera, turbias a través de sartales de gotas de agua. Hubiera pensado que estaba cayendo la lluvia, si no fuera por el polvo seco que la fuerza del aire me untaba en la cara. Repentinamente, entre el espinazo de la montaña y la cortina gris del fondo, apareció una cáscara amarillenta. Diríase que era una llama que en vez de elevarse venía brincando el pretil del mundo, como durante las crecientes de los ríos brincan las aguas el muro de los presones.

Todavía el interior de nuestro cajón parecía conservar el humo de los cigarros, entretejido en una congelada nube azulencia. El cielo fue lavado de nuevo, se disolvió el color plomo, se descargaron las nubes que parecían tender una cortina de agua y apareció un telón nítido del tono de las rosas.

Algunos compañeros despertaron, quejándose a boca cerrada. Incorporándose a medias, vieron que yo tenía los ojos abiertos y me dijeron:

“Buena madrugada diste, Abasolo”.

Yo contesté dejando caer la quijada y arrojando una bocanada de aire, mientras sentía un zumbido dentro de los oídos. Fue un

bostezo que me pareció tan largo como la noche, porque cuando se extinguió, una estocada de sol atravesaba el vagón de parte a parte.

## Federales

A media mañana, después de un duelo de aullidos entre las locomotoras, los tres trenes se detuvieron. La vía estaba tan recta que los humos de las máquinas se confundieron en un solo penacho que el viento tendió en horizontal hacia el poniente. Sobre los rieles, nuestros carros y nuestras jaulas parecían vértebras de un animal decapitado.

Brincamos a tierra y fuimos a ver nuestros caballos a través del enrejado de madera. Algunos, impacientes, coreaban en el piso alfombrado de estiércol y olfateaban hacia fuera con las narices gelatinosas oprimidas contra los barrotes, oteando el pasto; otros, acostados de lado y levantando nada más la cabeza, disfrutaban del descanso de dejarse arrastrar, después de los días que nos llevaron a cuestras bajo el sol y entre la arena. Nosotros conservábamos puestas las espuelas y la cuarta en la muñeca, listos para reanudar a lomo de bestia.

Regresó nuestra locomotora, pero Marcos no. En el tren explorador iba rumbo a Ciudad Jiménez, ocho kilómetros más allá. En esa población debería de encontrarse el primer destacamento de tropas del gobierno, pero no formado por individuos sin organización ni disciplina, como los de Pancho Villa, sino con soldados de línea —llamados los Pelones a causa de la práctica de raparles la cabeza— dirigidos por oficiales enseñados a hacer la guerra como un arte. Y los soldados nuestros les recelaban, aunque no les temieran, por la forma en que aquéllos sabían moverse en el campo durante los combates.

—Nosotros —me decía Aguirre— nada más sabemos atrincherarnos detrás de un cerro y “venadear” a los enemigos que vengan subiendo, o bien, echárnosles encima a carrera abierta. Ellos, no; avanzan, se van para un lado, se van para otro, se acuestan, se levantan, y todo eso recibiendo órdenes a toque de corneta. Cuando los que están más cerca de nosotros retroceden, no hay que irse tras ellos así nomás, que a lo mejor está otra línea más espesa tendida

de barriga detrás de aquélla, para recibirnos a tiros. Y luego, sus ametralladoras, sus cañones...

En todos los demás Colorados se comprendía el mismo espíritu de inferioridad. Entre un soldado federal y uno colorado, la ventaja física parecía estar de nuestra parte. Hombres jóvenes, grandes y fuertes, que iban a la guerra voluntariamente, contra hombres pequeños, débiles, a quienes agobia el peso de las mochilas, sacados de las prisiones para servir en el ejército o tomados de leva en las poblaciones indígenas. Tiradores expertos, cazadores de venados, contra individuos que no han usado sino el cuchillo como medio de defensa y de ataque, mal adiestrados en el uso del pesado máuser que les lastima el hombro con su patada. Pero en grandes masas, cuando en un combate se ve a los Pelones avanzar asentando el paso como si no oyeran el detonar de la fusilería ni vieran abrirse huecos en sus filas...

—Le sudan a uno las manos, teniente Abasolo, y hay que frotárselas con tierra para que no resbale la carabina.

¡Los federales! Recuerdo haberlos visto desfilar antes de la primera revolución, antes de la sorpresa de su primera derrota; sus uniformes de paño azul franjeado de carmesí; sus mochilas de correas negras y paños blancos, sus chacós de charol reluciente adornados con una roja granada de estambre y, sobre todo, sus armas, aquellas armas todas iguales que se elevaban, se inclinaban o caían sobre el suelo, siempre a un tiempo; sus bayonetas planas y relucientes reflejando los rayos del sol en una misma altura y una misma dirección, y sus gruesos zapatonos, con los que iban dando golpes de martillo en el empedrado desigual de las calles.

Contra ellos íbamos a pelear con nuestros soldados, vestidos unos de azul desteñido en mezclilla, otros de amarillo sucio en caqui, los más, de trapos de color indefinible, provistos de armas diferentes, unas largas, otras cortas, viejas carabinas winchester amarradas con alambre en la culata rajada, rifles máuser desechados por el ejército, raspados como suela de zapato. Había que darles órdenes a gritos, porque no entendían los toques de corneta y podían equivocarse en lo que debían hacer. Por último, si todos eran hábiles en el tiro de fusil, no había nadie que supiera manejar una ametralladora.

Aguirre y yo habíamos dejado atrás la locomotora y avanzábamos a pasos irregulares sobre los listones de madera. Era casi mediodía

y el calor parecía descender en láminas que se iban aplastando en la tierra seca. Frente a nosotros, todo estaba inmóvil, todo callado; el tren en que se fue Marcos debía de encontrarse muy distante, quizá hubiera llegado ya a la población y se hubiera detenido ahí. Sobre nuestras cabezas, un gavián se deslizaba por las capas del aire con las alas inmóviles, indolentes, como adormecido por el bochorno. La vía avanzaba en línea recta en medio de una valla de postes. La ciudad estaba oculta; solamente veíamos muchos árboles.

De entre ellos, uno más oscuro se fue levantando. Era de color plomo, mientras los otros eran verdes. Era humo.

—Ahí viene.

—Se me hace que no encontró a nadie.

Lo tuvimos sujeto a nuestra mirada mientras se acercaba. En el fondo negruzco de la humareda vimos ascender chorros blancos como de agua y después, segundos después, nos llegaba la voz de la máquina, gritos largos, gritos cortos.

—Mi coronel —habló tras de nosotros el maquinista—, dicen que avancemos con cuidado.

Otra vez al tren y otra vez en marcha; la otra locomotora volvió a alejarse, silbando de rato en rato como si nos llamara. Nosotros veíamos la planicie desfilarse, con las franjas verdes del chaparral en el uniforme grisáceo de la tierra, ante el ojo cuadrado, siempre abierto, de nuestro vagón. Y cuando el tren parecía irse cansando, pasó frente a nosotros una pared muy larga con su cornisa de ladrillo rojo; tras ella, una casa sucia de humo con ocho bocas en semicírculo: la casa donde duermen las locomotoras. Luego vimos el tren explorador que se había acostado en una vía paralela a la nuestra y la estación. Marcos, con las piernas abiertas y los brazos cruzados, nos esperaba.

—Se fueron —nos platicó—. Eran nada más que ciento treinta, al mando de un mayor y dos capitanes; hoy por la mañana, salieron a pie.

—¿Al sur, mi general? —interrogó Aguirre.

—Parece que no; el camino es muy largo y no hay poblaciones ni agua en más de doscientos kilómetros. Yo creo que quieren ver si pueden llegar a Parral, rumbo al suroeste.

—Es que ahí no había otra guarnición federal; no podrían recibir refuerzos y nosotros los alcanzaríamos fácilmente.

—Eso trataremos de hacer hoy mismo. Que vaya Armendáriz, que no ha peleado todavía.

—Viene en el tercer tren, mi general.

—Mientras llega, todos los demás a tierra. Aquí vamos a acantonarnos unos días, esperando órdenes del general Orozco.

—¡A tierra todos! Bajen los caballos, ensillen y alinéense...

(Los federales lo hubieran hecho con sólo oír unas notas de clarín que nosotros no entenderíamos.)

—¿Muchos días vamos a estar aquí, Marcos?

—Parece que sí. Acabo de comunicarme con el general Orozco por telégrafo. Dice que en estos días ha salido de Torreón para acá una columna federal; que viene a tomar el mando de nosotros el general Emilio P. Campa y que lo esperemos porque traerá más gente, otros mil hombres cuando menos. Ya con éstos podemos salir a encontrar a los Pelones.

—¿Dos mil de nosotros combatiendo a los federales? Va a ser ésa una gran batalla...

—Sobre todo si la ganamos.

## Mezquital

—Vaya con el coronel Armendáriz para que aprenda a pelear contra los federales —me dijo Marcos. Y casi sin descansar salimos de la población a media tarde, rumbo al poniente, dejándonos guiar por el sol que nos tenía anzueledos de los ojos. Los caballos tenían ganas de correr y nosotros de caminar sin chirridos de ruedas, sin voltear de cadenas, al galope por el llano que creíamos más nuestro cuando lo sentíamos deslizarse bajo las herraduras, que cuando pasaba indiferente por los costados del tren que lo cortaba en dos con su doble estela de acero.

En poco tiempo la población pudo perdernos de vista. El último en vernos desfilar fue un molino de altos muros; frente a él, un largo terraplén cargado con la vía férrea y un camino de curvas inútiles, como pasos mal dados, se abrieron en *¡ griega*; ambos partían de un mismo lugar, pero prefería cada uno su propia ruta para cruzar el llano, un extenso plan donde eran cada vez más altos los mezquites, tan altos, que llegaron a hacerse señales con sus ramas más arriba de nuestras cabezas, más arriba de nuestros sombreros. Y parecía que

no habían presenciado antes el espectáculo de la cabalgata, porque se aglomeraban a los lados del camino, oponiéndonos como un alambrado espinoso con sus ramas entrecruzadas.

La columna tuvo que adelgazarse a dos hombres. En las curvas del camino, si volvíamos la mirada hacia atrás, nos era imposible percibir a través de la cortina verde el movimiento que los nuestros venían haciendo a la retaguardia. Y todos quedamos como sitiados en aquel matorral.

—Si nos balearan aquí, nos llevaba el diablo —me dijo Armen-dáriz—, porque no tendríamos ni para donde correr. Pero los Pelones hacen la guerra de otro modo. Ésa es nuestra fortuna.

—Ellos son ciento treinta y nosotros el doble —afirmé fanfarrón.

—Te digo que nos harían pedacitos. Y todavía en otra parte menos difícil que ésta vamos a sudar antes de echarles la mano encima. Si crees que venimos nada más que a pasearnos, puedes devolvete, porque aquí va haber una granizada de esas que pelan los árboles.

—Si hubiera querido volverme, lo hubiera hecho antes...

Se apagó la conversación. No tuvimos más que decir sino mucho rato después, cuando habíamos dado muchas vueltas por el camino, como barrena que taladrara en horizontal la corteza de la tierra. Los dos a un tiempo:

—Aburre el mezquital...

Era cierto. Vagar por un llano donde la mirada abarca hasta los pretilos de la tierra, barriendo la planicie y escudriñando en los cerros, hacia delante, hacia atrás; caminar por donde toda la superficie es un cruce de rutas, donde los caballos pueden galopar libremente como cuando eran indómitos, plano en el que se vería acercar un enemigo mucho tiempo antes de que pudiera llegar a saludarnos una bala prófuga de su rifle, eso está bien. Si dos ejércitos contrarios se encuentran, pueden medirse antes de luchar, colocarse y comenzar a batirse cuando hayan terminado sus dispositivos.

Pero en aquella aglomeración de troncos duros y de ramas espinosas, atravesada solamente por un canal para hombres abierto a filo de hacha, mezquital en el que no es posible lanzar la mirada libre sino hacia arriba para ver un chorro de cielo y donde los caballos no pueden correr sino para adelante, sin saber a qué sorpresa va a llevarlos la cicatriz que tiene la tierra; lugar al que una bala puede llegar sin que se sepa qué tubo de acero la ha escupido y donde no



sabríamos hacia qué rumbo apuntar si repentinamente quedáramos en el centro de una tromba de disparos; eso no era lo mismo.

—Coronel, ¿no opina usted que debemos enviar una avanzada?

—Tienes razón, muchacho; que vaya.

Seis hombres salieron por delante.

—Si encuentran novedad —les dijo Armendáriz—, cuando menos uno se devuelve a avisarnos lo que haya.

Y en un minuto de galope se los tragó el bosque por la misma garganta en que nosotros nos íbamos deslizando.

Mucho rato después vimos a uno de nuestros jinetes detenido a la mitad del camino, junto a un viejo campesino que iba a pie arreando a un puerco que llevaba amarrado de una pata.

—¿Qué hay, viejito? ¿Qué anda haciendo por aquí?

—Pues, señor, voy a vender este marranito.

—¿A quién has visto pasar por ese camino?

—A los de la Federación, señor.

—¿A qué horas?

—Tempranito...

—¿Hasta dónde crees que pueden llegar hoy?

—Han de ir a Santa Cruz de Neira, aquí nomás, antes de llegar al río...

Lo dejamos atrás. Así como nos vio pasar, sus ojos grises habían presenciado la marcha de los soldados federales, a pie por el camino, de cuatro en fondo, inclinados sus pechos bajo la pesada mochila y sudorosa la frente bajo el cincho de cuero del chacó. Ellos lo dejaron continuar el viaje con su marrano atado de una pata; nosotros debíamos de portarnos de la misma manera, mas no sé si eso fue lo que pensaron los jinetes que venían tras de mí en el surco. (Y al regreso se me olvidó preguntar si había llegado un anciano a vender un cerdo.)

Encontramos un abra, un círculo pedregoso donde sólo crecían unas cuantas hebras de pasto seco. Ahí descansó toda la columna, mientras la tierra parecía ir vaporizando sombra.

—Alguien que conozca el rumbo, ¿a qué tiempo estamos de Santa Cruz de Neira?

—Como a dos horas —respondió una voz lejana después de un vaivén de silencio.

—Entonces —ordenó Armendáriz— acuéstense un rato hasta las diez. Así —me dijo— les caemos a la medianoche, cuando estén cansados y dormidos como piedras.

Confiadamente acampamos. El claro del bosque era como un charco que se hubiera secado rodeado de malezas. Atados los caballos a los troncos más gruesos, los hombres se dispersaron. Otra vez nos sitió la noche, el viento pasó sobre nosotros peinándose en el mezquital, y chirridos de grillos estuvieron aserrando en el rumor de las frondas, misterio de ramas desgarradas al paso de fieras vagabundas, de aleteos de chanates en parvada, de ladridos lejanos, de coceo impaciente de nuestros caballos. La luna estaba dormida aún y su sueño mantenía sucia a la tierra con la tinta de las tinieblas.

Sintiéndonos protegidos por la sombra nos abandonamos a la indolencia que goteaba de las estrellas. Ningún centinela se adelantó por el camino en previsión de un ataque. Nadie partió a escudriñar en el matorral. La idea de que “el federal no combate así” nos protegía y nos dejaba laxos.

—Mi coronel, ya van a ser las diez.

—Descansaremos otro ratito... A las diez y media dé órdenes de ensillar, montar y emprender la marcha.

Un péndulo de viento estuvo balanceándose otra media hora sobre nuestros cuerpos recostados en la tierra.

## **Cruz de Neira**

Al reanudar la marcha nos encontramos con que la hostilidad del monte se iba desvaneciendo; era como si el frío de las estrellas lo hubiera diluido. Los mezquites se encogían y se dispersaban; ya podíamos ver sobre ellos, ya podíamos cabalgar entre ellos sin necesidad de ir enfundados en un camino de metro y medio de ancho. A veces pasábamos al lado de planos donde no había un solo arbusto; eran parcelas de las que emanaba el olor tibio de la hoja de maíz. Luego, árboles muy altos, dormidos en una sola pata, como las gallinas, roncaron muy levemente a nuestro paso. Todos íbamos cautelosos, con más temor que del enemigo, de la orden dicha a cada uno al salir del abra:

—Al que haga un ruido que nos descubra, se lo devuelvo con la pistola. Hay que acercarse al pueblo lo más posible, extendernos al-

rededor y luego, a una señal de tres disparos seguidos, entrar todos por las callejuelas echando tiros aunque no veamos a nadie.

Más tarde, en el camino, Armendáriz agregó:

—Nos juntamos frente a la iglesia. Después salimos por distintos rumbos, aunque sin alejarnos mucho, para poder capturar a los Pelones que hayan salido a pie.

Todo parecía previsto; al amanecer ya podíamos acostarnos a dormir un rato, dejando unos cuantos centinelas para que vigilaran a los prisioneros, encerrados en algún lugar seguro, quizá la iglesia misma. Y antes del mediodía emprenderíamos el regreso para dar parte a Marcos antes de que se acostara.

Así, creyendo interpretar el porvenir por medio de los matices del silencio, avanzamos distrayéndonos con las sombras del paisaje nocturno. Todavía no se veían señales del pueblo próximo: ni masas de árboles ni la imprescindible torre de la iglesia; tampoco nos ladraban los perros.

Repentinamente, como codornices que huyeran de su lecho de pasto espantadas por el redoble de la cabalgata, se levantaron del matorral tres gritos, uno tras otro, vibraciones de una misma voz.

—¡Quién vive! ¡Quién vive! ¡Quién vive!

Y sin esperar respuestas, una bala aleteó en las capas superiores de la sombra. Algún centinela, apostado a distancia de precaución, nos había descubierto antes que nosotros a él; había lanzado los gritos de reglamento y el disparo. La sorpresa había sido, pues, para nosotros.

—¡Que me trague el infierno!

—¡Allá va, mi coronel, uno que corre!

A galope fuimos tras él: una chusma lo cercó y lo tendió a tiros. Demasiado tarde. Un canto de clarín nos indicaba a punto cierto dónde estaban los federales. Y a gritos, Armendáriz dio sus órdenes:

—¡Dispérsense! ¡Vamos a darles trancazos por todos lados! ¡Arriba los Colorados!

Nos esparcimos por el plan, como un haz de leños cuando se rompen las ligaduras que le ataban, acercándonos al pueblo por varios rumbos, buscando algún vallado de piedras, alguna quebrada del terreno, alguna casucha en ruinas, árboles, pedruscos. Dejamos la caballada atrás a cargo de unos cuantos hombres y, una vez que cada uno encontró su trinchera, comenzamos a disparar.

Y de lejos, entre toques de corneta, los federales lanzaron sus balas a cruzarse con las nuestras, mas su fuego no era una granizada como la que producíamos, sino un oleaje: era un momento de silencio, luego una detonación continuada, como la rodada de un carro sobre un pedregal; después otro intervalo y otra ráfaga. Principiaron a caer sobre los hombros hojas de árbol y a los que se habían parapetado tras de piedras, riscos violentos les arañaban la cara. Los federales estaban tirando a pegar.

Ahí sí pude ver la claridad de los disparos: los soldados estaban seguramente alineados detrás de los pretiles de la iglesia y de las casas, o rodilla en tierra tras las esquinas, o tendidos de barriga a la entrada de las callejuelas: posiciones de soldado de plomo, las tres. Así era como yo me había imaginado las batallas y me sentí tranquilo. ¡Cuántas veces, desde años atrás, cuando quizá muchos de los demás Colorados, mis compañeros, aún no manejaban el rifle, yo había jugado aquel juego! Rodaba puñados de munición para derribar los muñecos, los levantaba y de nuevo los hacía caer, hasta que, cansado, los echaba a todos en una caja de cartón. La guerra se reducía, pues, a echar munición, levantar a los que cayeran, y nada más. (Hasta que nos arrojaron a nosotros también a la caja.)

Me senté en cuclillas detrás del tronco de un árbol y disparé muchas veces mi carabina hacia adelante, hacia donde veía resplandores instantáneos, como de cerillas. Meticé el acto hasta poder pensar en otra cosa: en que, a partir del mediodía, no había tomado sino pinole con agua. Tenía hambre, tenía sed. Tomé agua de mi cantimplora. Tenía sueño. Algún disparo lo hice mientras estiraba la piel de mis carrillos en un bostezo apretado como el mezquite que atravesamos al mediodía. A veces, a los lados, percibía sobre el suelo algo como el correr de una rata; en otras, tronaban las ramas del árbol sobre mi cabeza. ¡Munición! Aquello se iba prolongando mucho: el cañón de mi carabina estaba tibio y olía parecido al trapo quemado. Una vez más mi boca hizo eclipse en un bostezo. “¡Qué ocurrencia de hacer estas cosas a la medianoche! Si no fuera por ese ruidero, yo...”.

—¡Arriba los Colorados! ¡Adelante, muchachos! ¡Ya están aflojando y hay que remachárselas!

Algunos de los compañeros pasaron cerca de mí a la carrera con dirección al poblado. Yo no me levanté: estaba muy cansado para correr ni para adelante ni para atrás si se hubiera ofrecido. “Allá los

alcanzo cuando pueda ir andando”. Lo que pude hacer en su ayuda fue no disparar más mi carabina. ¡En qué forma había arreciado el tiroteo! Era como si estuvieran triturando huesos en un molino de manubrio volteado a toda prisa. A cada grito de corneta contestábamos con un alarido:

—¡Arriba los Colorados!

El ruido parecía que no iba a terminar nunca, tan fuerte como era. Pero, a poco rato, nuestros gritos fueron durmiéndose y los clarines no. Comenzó a deshacerse la sombra en el aire, el cielo se puso pardo y apareció entre él y yo el perfil del pueblo: un campanario que parecía salir de entre los árboles y las líneas horizontales de las casas. Agazapándose, volvieron a pasar junto a mí, ahora en sentido contrario, los Colorados que yo había visto avanzar en dirección al pueblo. Yo me quedé tras de mi árbol, sentado en cuclillas.

Cesó el tiroteo completamente. Amaneció. Vi movimiento de cabezas en la torre y sobre las casas. A mis lados no había nadie. Atrás, sí, a mucha distancia, adonde no podían llegar balas lanzadas desde la iglesia, mis compañeros se reunían tirando de sus caballos. Y a juntarme con ellos fui, agazapándome como había visto caminar a los que se retiraron antes. Paso a paso, sin correr, porque no podía con mi cansancio.

—Muy bien, teniente Abasolo. Es usted el último que se retira.

—¿Qué pasa?

—No pudimos sorprender al enemigo y ahora vamos a sitiarse. No teniendo él caballos, ni pensar que intente una salida: vamos, pues, a buscar posiciones desde las cuales podamos estarlo hostilizando. Y si no lo vencemos en el día, por la noche intentaremos un nuevo asalto, entrando esta vez todos por un mismo lado.

—Mi coronel —informó alguien—, nos trajimos ocho heridos y faltan cinco muchachos que parece se quedaron allá, muertos.

—¿Algún herido está grave?

—No, señor, todos son de pellejo.

De nuevo sentí hambre. Si hubiera encontrado en aquel momento al viejo que iba arreando al puerco... Ni esperanza había de que consiguiéramos para comer algo más que nuestro endulzado polvo de maíz. Menos mal que un río pasaba cerca, a un kilómetro del otro lado del pueblo. Y que un jinete partió cargado con nuestras cantimploras vacías, para traérnoslas llenas.

Armendáriz señaló las posiciones: una arboleda a la orilla del río, unas huertas, una joroba de la tierra. Cincuenta hombres deberían permanecer junto a los caballos, listos para defenderlos si los federales salían para quererlos tomar. No se me ocurrió solicitar de Armendáriz que me enviara a formar parte de esa reserva, y me pasé la mañana, ebrio de sueño, arrancando fruta verde de los árboles de una huerta. Horas y horas, los nuestros estuvieron cambiándose balas con los federales, mas ya no descargas en torrente, sino disparos aislados, enviados a buscar determinado bulto que habían visto moviéndose por las azoteas. Del grupo en que yo estaba, cinco salieron heridos de la cabeza, y como no había con qué vendarlos, les quitábamos la camisa y se las amarrábamos después de ponerles una plasta de tierra muy menuda, para que se les secara la sangre.

Teníamos órdenes de no malgastar el parque, tirando únicamente cuando viéramos un soldado; pero a falta de otra cosa que hacer, tirábamos contra la torre, contra las copas de los árboles. Yo envié diez o doce balas al pretil de la iglesia, que asomaba sobre la trinchera verde de los álamos; pero me fastidié de no saber a dónde habían ido a situarse. Temblores de balazos arreciaban de vez en cuando en otros lados: era que los nuestros intentaban avanzar a otra posición más próxima a los enemigos. Armendáriz daba vuelta y vuelta al pueblo en su caballo. Sería media jornada de sol, cuando me quedé dormido bajo una higuera.

Mi sueño no pudo variar en nada el curso de la lucha. Toda la tarde continuó la palabrería insultante de los disparos molestándonos, cansándonos en vez de excitarnos contra aquel grupo más pequeño que el nuestro y que, sin embargo, no lográbamos abatir. Al caer el sol, sus largos proyectiles luminosos venían a herirnos clavándose en nuestros ojos, mientras los pequeños y acerados de los federales pasaban más alto, haciendo ruido de pájaros entre el ramaje. Y otra vez, las láminas de plomo de la noche se fueron superponiendo.

Una orden de Armendáriz llegó hasta la huerta: la mitad de los hombres que hubiera en cada posición debía reconcentrarse en la retaguardia, en tanto que la otra mitad permanecería donde estaba, para hacer fuego únicamente en el caso de que los federales sitiados intentaran salir del pueblo.

Nos reunimos en el matorral donde la noche antes había caído muerto el centinela; todavía vi su cuerpo, con los brazos abiertos y las piernas unidas en una sola banda larga; parecía un tronco de

árbol con la cruz de dos ramas muertas derribado en la tierra. Atrás de nosotros, en el pueblo y en la circunferencia que formaban los Colorados sitiadores, había un silencio de bosque dormido; pero en las huertas, en los caminos, en las callejuelas, sobre los techos de las casas y bajo los arcos de la torre, todos velaban. La misma tranquilidad envolvía una imprecisa amenaza, la que se reconcentraba en Armendáriz e irradiaba hacia nosotros. La voz del coronel había enronquecido.

—Prepárense a atacar —ordenó—. Yo voy a guiarlos por un camino que estudié esta tarde. Pie a tierra, todos avanzaremos silenciosamente hasta que nos descubran; entonces nos vamos a la carrera y disparando para todos lados. Nadie se detenga ni se devuelva.

No aparecía aún la luna y del ojo al suelo no se veía. Caminamos unos tras otros dando traspiés, con la carabina acostada en las dos manos. Hundimos los pies en la tierra recién revuelta por el arado, luego fuimos dando puntapiés a piedras de filosas aristas, arañándonos las piernas en las espinas del monte. La pequeña columna se encañonó por los cercados paralelos de dos huertas y pasó entre grupos de sitiadores apostados entre los árboles. Sólo los grillos chirriadores parecían estar de centinelas, porque hasta el viento se había dormido.

Pero no fue de ellos un grito de “¡Quién vive!”. Ni una explosión que tras él salió al encuentro. Era el instante de comenzar a calentar nuestras armas con la pólvora de los cartuchos y allá fueron, a voltear por el aire, las balas zumbonas de los 30-30. Iban hacia arriba por temor a tocar a los Colorados que marchaban delante. En cambio, los proyectiles encamisados de acero, de los máuseres, caían sobre nosotros como un tropel de caballos cerriles, azuzados por el continuo vibrar de latón de las trompetas.

—¡Adentro los Colorados!

Sin ver más que el palpitar de los estallidos, corrimos hacia delante. Se fue estrechando la garganta que nos tragaba; altas paredes formaban un canal a la avalancha de hombres y a ellas nos restregábamos, uno tras otro, levantando las carabinas para rastrillar a tiros los pretilos; a veces, tropezábamos o poníamos el pie sobre cuerpos caídos; en otras, los zapatos resbalaban sobre la piedra embadurnada como con brochazos de aceite. En una ocasión tropecé, dejé caer el wíncester y puse las manos en una cosa parecida a miel, espesa y caliente. Tuve que frotármelas en el pantalón y secármelas

con tierra para recoger mi carabina y seguir disparando. Mientras tanto, contrariando las órdenes, otros Colorados se habían detenido recargados en las paredes, con la rodilla en tierra, dispersaban balas a toda prisa. Los ojos, excitados por el olor acre de la pólvora, comenzaron a distinguir los perfiles de las cosas; frente a nosotros estaba la torre; habíamos llegado a la orilla de un claro, como un abra cuadrada en un bosquecillo de casas. Algunos de los nuestros atravesaron la plazoleta a la carrera y poco después se oyó como el redoble de un tambor muy grande; a culatazos, tres Colorados querían abrir la puerta que daba entrada a la torre. Pero no siguieron golpeando y no los vimos regresar.

Oí tiros sobre mi cabeza; de la azotea de la casa en la que me encontraba apoyado, disparaban hacia el lado de enfrente. Quizá dentro de pocos momentos, de la otra casa tirarían para donde yo estaba. Muchos compañeros pasaron frente a mí, corriendo hacia las afueras del pueblo.

—Vámonos, están muy duros estos Pelones...

¡Qué rabia! Nos habían detenido otra vez...; no me levanté hasta encender todos los cartuchos que había metido en la carabina. Y me dieron ganas de aventarla para arriba, como un garrote que no sirve sino para golpear. De arriba abajo, el chorro de disparos no adelgazaba: nos fue siguiendo hasta que llegamos otra vez a las huertas y dimos un brinco sobre las piedras redondas del cercado. Ya había muchos dentro de las huertas lanzando ahora insultos en vez de balas; y cuando salió la luna, nos reunimos en la retaguardia.

—Se nos han puesto difíciles los Juanes —rugió Armendáriz a través de los dientes apretados—. Nos ha costado como treinta hombres el asalto de esta noche y no hemos ganado terreno. Necesito uno que vaya a mataballo hasta el general Ruiz y le diga que si nos puede ayudar mañana mismo. Uno que le explique por qué no hemos podido acabar con este negocio.

—Mi coronel, si usted desea, yo iré —ofreció una voz detrás de mí.

—¿Quién es?

—Roque... Roque Arteaga.

—Anda, pues..., pero no te vayas a quedar en el camino...

Se fue, y nosotros nos quedamos sentados en el suelo, contemplando la silueta del pueblo, nuevamente silencioso, al reflejo azulenco de la luna.



—No hay que dejarlos descansar —ordenó Armendáriz—; váyanse todos a los puestos que tenían en la tarde y tiren toda la noche, al fin que mañana será otro día.

Así pasamos la noche, inclinando la cabeza sobre la culata de la carabina, apoyando el cañón en la rama de un árbol y esperando ver la luciérnaga de un disparo para apuntar al rumbo y contestar con otro.

Otra vez llegaron el alba y el sol, y el sueño. Los federales tampoco habían dejado de hacer fuego durante la noche, como para saber si todavía estábamos decididos a quedarnos ahí.

Armendáriz pasó junto a nosotros.

—No se apuren, muchachos, que hoy acabamos con este asunto. No debe tardar el refuerzo y entonces en cinco minutos ponemos fin a la discusión.

Se fijó en mí.

—¿Estás herido?

—¿Por qué lo imagina?

—Tienes los pantalones sucios y las manos costrudas de sangre.

En un principio no recordé mi caída en las calles del pueblo. Me palpé las piernas, pero no sentí dolor alguno. Luego, comprendí.

—No fui yo, mi coronel; esta sangre es de otro.

—Pues tuviste suerte, porque pudo ser que el otro estuviera sucio con sangre tuya...

Otra hora y otra más después de que salió el sol. Habíamos seguido cambiando, con desgano, nuestras balas por las contrarias, indolentes, fastidiados. La jornada de la víspera debía repetirse, y quizá mañana por tercera vez. Nadie hablaba; el mismo Armendáriz, viéndonos silenciosos, pasaba de largo sin atreverse a decirnos algunas palabras de ánimo que nos hubieran sonado a insulto. Hasta que, poco antes del mediodía, oímos un grito largo que parecía venir de muy lejos, algo como un mugido, pero menos animal, más mecánico; menos modulado, más uniforme. Armendáriz, que estaba sentado en el suelo, en una sombra de manzano silvestre, dio un brinco para caer sobre la silla del caballo.

Nos levantó a todos con un ademán y echamos carrera tras él. El mugido se iba acercando, se metalizaba cada vez más: era una locomotora que venía rodando sobre la vía.

A tres kilómetros del pueblo estaba una estación de ferrocarril, una casa de cal y canto con un rótulo que decía “Baca”. No había

restos de madera en las puertas, ni en las ventanas, sino huecos nada más, y unas pinceladas de humo en rayos hacia arriba. Allí, junto a la casa en ruinas, nos aglomeramos a ver acercarse, al compás de campanadas lentas, el tren que traía los refuerzos solicitados de Marcos.

Pasó la máquina frente a nosotros; desde sus pequeñas ventanillas, dos hombres de traje azul, sucios de aceite, nos hicieron saludos con las manos enguantadas. Después fueron desfilando carros vacíos, uno tras otro, como jacaes encadenados, tan despacio, que por las puertas abiertas podíamos ver, primero hacia el fondo, luego hacia el frente, que no había nadie ni nada: ni un hombre, ni una caja de parque, ni un arma. Pasaron cinco, seis, ocho carros frente a nosotros, como si el maquinista quisiera mostrarnos todo el vacío de su tren; y sólo lo detuvo, cuidadosamente, sin hacer rechinar mucho los frenos al frotar las ruedas, cuando la parte posterior del último carro quedó frente a Armendáriz, inmovilizado por la sorpresa.

Sobre las tablas mal unidas del vagón final había unas cuantas palabras escritas en yeso; todos las leímos, pero nadie se atrevió a pronunciarlas. Ahí estaban las letras claramente trazadas por el antiguo maestro de escuela en Ciudad Guerrero, diciendo una orden concisa, que era un reproche al mismo tiempo.

Y eso sobre tablas, hablaba así: “Regresen inmediatamente en este tren con los federales que hayan quedado vivos”. Abajo, una línea horizontal que se ensancha de derecha a izquierda: la rúbrica de Marcos Ruiz. No hubo necesidad de la firma, ni de iniciales, ni la había de la rúbrica siquiera; todos conocimos al jefe, que parecía emerger de la mancha blanca de la escritura.

—Muy bien —murmuró Armendáriz, y dirigiéndose a un oficial—; dile al maquinista que ahorita venimos.

Lo vimos montar sobre su caballo, y montamos; lo vimos revisar su pistola y su rifle, completando las cargas, y cargamos los nuestros; lo vimos emprender el galope rumbo al pueblo, y galopamos tras él. No dio orden alguna, pero todos comprendimos que aquélla era la marcha definitiva. Teníamos que regresar al tren, los que quedaríamos vivos de nosotros, con los federales que quedarán en pie.

Galopamos por el llano envueltos en la capa blanca de nuestra polvareda. Nos acercábamos al pueblo de Santa Cruz de Neira, que nos miraba con el ojo único de su torre. Al vernos acercar, nuestros compañeros, los que habían esperado en las posiciones de sitio

nuestro regreso con los refuerzos, dejaron partir, como asustadas, las balas que tenían calentando en las carabinas.

Nosotros estábamos lejos del pueblo todavía, a un kilómetro quizá, pero sentimos ya esa corrosión interior de un principio de combate. Íbamos listos a terminar de una vez; a no retroceder, sino a dominar; debíamos arrojar al suelo, para que la remolieran las patas de nuestros caballos, la sensación de inferioridad ante el soldado federal, que era la que nos había mantenido agobiados y temerosos.

La distancia se acortó, se dividió en dos. Ya podía llegar hasta nosotros el vuelo de un proyectil, mas llegó solamente una frase pronunciada por el clarín, unas palabras moduladas por la garganta de latón, que nosotros no entendimos, una tonada que no habíamos oído nunca. Y notamos que nuestros Colorados sitiadores suspendían el fuego.

Armendáriz levantó la diestra y todos nuestros jinetes se detuvieron. Él se adelantó, seguido por cuatro o cinco oficiales. Llegábamos a trescientos metros de la iglesia cuando vimos, atravesando una cortina de árboles, a un hombre que llevaba un jirón de tela blanquecina levantado sobre su cabeza. Nos acercamos a él; lo primero que se distinguió de su cara fueron los largos bigotes de guías horizontales; su uniforme, de dril color de tierra, y su quepis azul oscuro franjeado de oro, nos anunciaron al jefe de los federales. En su espada, mantenida en vertical, llevaba ensartado un trapo de forma rara, quizá un paño de sol.

Dijo:

—Soy el mayor Adolfo Ramírez, jefe de esta columna. En vista de la fatiga de mis soldados y la carencia de parque, vengo a capitular, comprendiendo que nos es imposible resistir por más tiempo, sobre todo ahora que ustedes acaban de recibir refuerzos. Solicito únicamente que se respete la vida de mis soldados.

—Y la de usted también, mayor —respondió Armendáriz amablemente—; admiramos a usted y a sus soldados por la resistencia que nos han hecho, y declaramos que su rendición no puede ser motivo de afrenta.

Se pusieron de acuerdo: los federales debían salir de cuatro en línea, entregar sus rifles y parque y marchar rumbo a la estación de ferrocarril a ocupar los techos de los vagones del tren en espera. Así lo hicieron. Fueron pasando frente a nosotros, de cuatro en cuatro, hombres pequeños, de rostros oscuros enmascarados de tierra, de

ojos opacos, de bocas secas, de manos costrudas como troncos. Colocaban sus rifles en tierra, arrojaban despectivamente las cartucheras casi vacías y se alejaban como habían venido, de cuatro en fondo, sumergiéndose en el polvo que, como paño de sol, flotaba tras otra fila de hombres. Ni siquiera volvían los ojos para mirarnos; estoy seguro de que no nos contaron. Iban indiferentes, marcando el paso como en un desfile.

Y al ver pasar los últimos cuatro hombres, de ciento veinte, todos mudos, todos impávidos, cuando el mayor Ramírez dijo a nuestro jefe: “Estoy a sus órdenes”, y aquél contestó: “Vámonos”; cuando seguimos, al paso de nuestros caballos, su marcha recta y uniforme, comprendimos que no los habíamos vencido; que nuestra rivalidad quedaba en pie; más vigorizada, más profunda.

No podíamos quedar satisfechos de haber recogido sus armas aceptando su capitulación; no éramos nosotros quienes habíamos decidido la lucha, sino unos silbidos de vapor, una locomotora que llegó, un tren vacío.

## **Divagando**

En una hora de la tarde atravesamos nuevamente el mezquital, ahora perforado por la negra barrena resoplante de la locomotora. Era el mismo mezquital, compacto, invasor, que llegaba hasta los bordes inclinados del terraplén para tocar con sus ramas los discos rodantes y las tablas de los carros. Y al pasar a la carrera ante nuestra puerta, el mezquite me fascinó, me atrajo hacia él, me hizo completamente suyo.

Lo había creído agresivo y es humilde. Es un arbusto del campo; nadie lo planta, nadie lo cuida; lo mismo asoma en el arenal que en las arrugas del basalto, donde los vientos han dejado una costra de tierra. Parece no tener sed ni hambre, pues crece donde nunca llueve y donde el suelo es estéril; vive de la luz, vive del viento, corre por el llano, sube por los flancos de los cerros, asoma curioso en la corona de los cantiles y se vuelca locamente por los precipicios. A veces es un solo tronco, grueso como un muslo; en otras, son cien ramas que salen en todas direcciones de un mismo hoyo en la tierra, sin cuidarse de ser rectos, despreocupados, versátiles. Los troncos y las ramas son siempre chuecos porque un día quieren crecer para

un lado y otro día para otro. No les interesa elevarse; en ocasiones, troncos gruesos como una pierna de hombre se arrastran por el suelo y abanicos de ramas trazan un arco verde como un pompón. Tiene una hoja pequeñita como el blanco de la uña, y cien de ellas salen de una varita alargada como una aguja. Tiene también espinas, pero nada más para proteger unas vainas rojas que se hinchan con la semilla, que caen, que se dejan arrastrar por la fuerza del viento y que van a convertirse en más mezquites, miles de mezquites, millones de mezquites, que no piden agua ni tienen hambre nunca.

En algunos lugares llegan a ser más altos que un hombre a caballo; y careciendo de todo, siendo misérrimos, faltos de don alguno, regalan un bien supremo: la sombra. Los becerros cansados y las vacas sedientas van a tumbarse bajo su ramaje a rumiar el pasto escaso; y los burros raquíuticos, a calmar la sed con las vainas llenas de jugo. Los pastores y caminantes disfrutan también, dormitando tendidos en el suelo, mientras el sol declina. En otras regiones, el mezquite apenas puede llegar a la altura de la rodilla del hombre, porque sus raíces, por más profundamente que se extiendan, palpan tan sólo arena seca y movediza; impotente para dar sombra, se conforma entonces con aplacar la reverberación del sol sobre el arenal.

Envejece cada año y el invierno lo vuelve gris. Después, sus ramas se van quedando calvas, ennegrecidas como por un incendio; se tornan quebradizas, caen en pedazos, se dispersan. Pero del palo duro que quedó enterrado, salen en primavera unos gusanos verdes; ¡el mezquite ha resucitado!

No desaparecerá nunca asesinado, como otros árboles, por el hacha, porque sirve para muy poca cosa. Es eterno, como las rocas; es variable, como las ondas que el viento hace en las dunas. Vive sin necesidades, sin preocupaciones, sin cuidados. Se expande, se eleva, se arrastra. Llega confiadamente hasta la puerta misma de la casa del campesino; asoma, tímido, en las primeras calles de las poblaciones. Cuando lo quitan porque estorba, resurge más allá. Servicial, ofrece sus ramas para formar cercados espinosos que protegen a las gallinas contra el coyote voraz. Y cuando nadie lo utiliza ni para vallado, ni para leña ni para sombra, como es libre, como es alegre, como nada le preocupa ni le detiene, como no posee nada ni quiere nada, allá se va el mezquitero correteando por el llano, como un muchacho travieso que persigue la puesta del sol.

## Espera

Los prisioneros fueron enviados a Chihuahua y los captores nos quedamos. Los vagones eran nuestro alojamiento. Una orden superior disponía que ningún miembro de la columna podía salir del patio de la estación. En las cuatro líneas férreas paralelas, ocho o diez trenes estaban acostados unos junto a otros, unos tras otros, roncando las locomotoras con el aliento azul que se fugaba de las bullentes calderas. En el interior de los carros y en los techos, soldados ociosos pasaban las horas dirigiéndose chanzas, relatando auténticas o falsas aventuras en su sencillo lenguaje o, simplemente, balanceando los pies hacia fuera, profundamente aburridos. Bajo los aleros del tejaván rojizo de la estación, grupos de individuos vestidos de aceitosa mezclilla azul, los ferrocarrileros, esperaban con los guantes en la mano la orden de montar en sus máquinas.

Marcos Ruiz pasó una hora caminando por las estrechas callejuelas formadas por los trenes; iba y venía a pasos largos, con la cabeza inclinada hacia el suelo y las manos abandonadas en los bolsillos del pantalón. Parecía hablar solo e intentaba morder los cabellos despeinados de su bigote. Cuando alguno le preguntaba: “¿General, cuándo salimos?”, movía la cabeza a un lado y a otro, sin levantarla, contestando un “no sé” con el movimiento de los hombros hacia arriba. Sin que me invitara y a riesgo de incomodarlo, me lancé a caminar a su lado; fuimos a las locomotoras, jadeantes como perros fatigados que se hubieran sentado a reposar en medio de los rieles; dimos media vuelta, llegamos hasta donde las pilas de carros parecían haber sido cortadas a hachazos, hasta donde los últimos vagones habían quedado con la mano abierta de sus enganches, como si quisieran atrapar un jirón de horizonte y arrastrarlo.

Marcos bebió la visión del campo hasta llenarse los ojos. Extendió un brazo para señalarme la dirección al norte:

—Por ahí hemos cruzado a caballo, en una marcha que fatigó a los caballos y contrarió a los hombres —dijo—. ¿Para qué? Otros que vinieron dormidos en los trenes nos alcanzaron; y tenemos dos días aquí, esperando y esperando...

—¿Qué esperamos?

No respondió. Volvió a sumergir las manos en los bolsillos, dio media vuelta, y caminamos otra vez a pasos largos por el tajo abierto entre dos trenes. Se detuvo, tocó con la cabeza el flanco de

un vagón como si quisiera hundirlo, y golpeó coléricamente en una rueda, con la punta del pie.

—¡Órdenes! Todos sabemos lo que tenemos que hacer; sabemos dónde lo tenemos que hacer y estamos esperando que nos lo digan.

Me llevó otra vez adonde un tren debía tener la cola. Subimos al carro, un cuarto cuadrilongo donde estaban amontonadas nuestras cajas, nuestras monturas, nuestras armas; en dos estrechos catres de madera y lona, dormitaban la siesta Germán Baca y Efraín Álamos, dos oficiales nuestros. Cajas de parque apiladas formaban una mesa.

—Mira —me dijo Marcos—, éstos son los periódicos de México: hablan de la columna de soldados federales que viene a atacarnos; dicen quién es el jefe, cuántos hombres trae a su mando, los que son de caballería y los infantes, la marca y número de los cañones, la cantidad de las ametralladoras; sabemos qué corporación está formada con elementos nuevos, tomados de leva o sacados de las cárceles, y cuál es de veteranos. Sabemos quiénes manejan la artillería, y si te interesan los nombres de todos los oficiales, puedes buscarlos con la seguridad de que ahí están.

Me mostró también unas hojas cuadradas, de color amarillo, pequeñas.

—Estos telegramas nos los mandan de El Paso, con las últimas noticias. Un corresponsal que viene en la columna federal telegrafía todo lo que en ella sucede a su periódico en México. De México lo telegrafían a los periódicos de El Paso, y antes de que éstos lo publiquen, ya nos lo han teleografiado a nosotros; sabemos dónde durmieron anoche, qué comieron; sabemos a qué hora iban a salir y adónde esperaban llegar durante el día de hoy. Sabemos quién viene delante, quién al centro, quién a un lado y quién al otro. Vienen ya cansados, vienen sedientos, y nosotros estamos aquí, engordando, como los puercos.

—¿Por qué no vamos a encontrarlos?

—Yo no soy el jefe; mando mi brigada, pero el general Campa tiene a sus órdenes toda la columna; y el general Campa espera las órdenes del general Orozco, y el general Orozco quién sabe qué espera...

Quedamos largo rato mirándonos sin hablar, entre los oficiales dormidos. Los músculos de la cara de Marcos se habían inmovilizado; ya sus dientes no buscaban los cabellos despeinados del bigote. Su frente se limpió de arrugas como cuando el viento dispersa las

nubes, y sus ojos inmóviles expresaron de nuevo la calma. Al hablar, al arrojar todo su descontento y toda su amargura, condensados en unas cuantas palabras, se había tranquilizado como un enfermo que duerme. Me miraba fijamente, pero podía afirmar que no estaba pensando en mí.

Una cabeza cubierta con un sombrero enfranjado de rojo asomó por la puerta del carro, al nivel del piso. Una mano salió de debajo para tocar el ala. Una voz oscura dijo:

—Mi general, de parte de mi general Campa, que pase usted a su carro tan pronto como pueda.

Casi sobre aquella cabeza, Marcos dio un brinco hacia fuera. Lo vi inclinarse para cruzar bajo el tren paralelo por en medio de las ruedas; y nadie más se movió en el callejón.

Abrí los periódicos, rotos, manoseados, revueltos; y comencé ante mí el desfile de letras y fotografías: “El general José González Salas renuncia al puesto de ministro de la Guerra y pide salir a campaña. Se le nombra jefe de las operaciones militares en el estado de Chihuahua”. Su retrato: bigotes muy largos caídos al frente, pelo cortado a medio centímetro por encima del cráneo cuadrado; cruces que cuelgan de garras de águila y medallas redondas suspendidas de cintas dobladas en triángulo le cubren el pecho. Y bajo el retrato, el dibujante del periódico ha puesto una espada y un gorro alargado como un barco y orlado de plumas.

¡Ministro de Guerra, amo de la guerra que viene a combatirnos con la cabeza adornada de plumas blancas! Por primera vez mi pensamiento se contagió del lenguaje de la tropa: “Ahora sí nos va a llevar el diablo”.

El mayor Adolfo Ramírez, peludo, sucio, cubierto de polvo, con un saco de dril desabotonado y abundante en arrugas, con su sable viejo y su mugroso paño de sol, sí podía declararse vencido ante nosotros.

El ministro de la Guerra que renuncia y pide salir a campaña no puede ser derrotado jamás.

“Cincuenta y seis alumnos de la Escuela Militar, que pidieron ser incorporados a filas para batir a los orozquistas, fueron ayer a despedirse del señor presidente de la República”. Ahí estaba su fotografía: alineados en posición de firmes, manteniendo a la altura del pecho, con la mano siniestra, sus cascos de gala, en los que las águilas de plata u oro despliegan sus alas y un cuerno metálico se



eleva amenazante, como si no temiera ni al rayo. Proceden de la Escuela Militar, donde se les ha enseñado a hacer la guerra como dicen los libros.

“Sale con rumbo al norte la columna González Salas”, y a continuación la lista de las tropas: el Veinte Batallón, el Veintinueve Batallón, el Décimo Regimiento, una batería de artillería ligera, otra de montaña. “Más fuerzas se le agregarán posteriormente en las ciudades del tránsito”.

“Es nombrado jefe de Estado Mayor de la columna el mayor Nicolás Martínez, que acaba de regresar de las escuelas militares de Europa”. Bigotes endurecidos con grasa, apuntando a los ojos; un arnés de oro que se desprende del hombro para cruzar en diagonal el pecho atlético.

Y muchas noticias más sobre organización de tropas, salida de tropas, llegada de tropas...

Comprendo por qué espera un día y deja pasar otro nuestro general Pascual Orozco.

## Sueño

Álamos y Baca despertaron. Oscurecía. Encendimos una vela y jugamos a las cartas. Bajamos a cenar. Regresé al carro y me quedé dormido.

Al igual que a Marcos Ruiz y, sin duda, como a todos los demás hombres de la columna orozquista, aquella inactividad me había desesperado, llenándome de aburrimiento. La mente fue propicia a la pesadilla: un hombre con plumas blancas en la cabeza salía de cada mezquite del llano, y entre ellos, viejos de ojos grises arreaban cerdos amarrados de las patas. Sentí que no podría correr porque una gran fuerza me inmovilizaba las piernas. Los emplumados se me acercaron, me envolvieron, me cubrieron, me aplastaron. A través de la masa que formaron en torno de mí, apenas pudieron cruzar, opacos, ojerosos, como enfermos, silbidos de locomotoras. “Lunes y martes y miércoles, tres”. El presidente Madero tendió su diestra en horizontal y me señaló con el dedo índice: “Confío en la lealtad del general Álvaro Abasolo”. Oí carreras sobre un tablado, voces de precipitación, chirridos de ruedas que protestan como las gallinas cuando les retuercen el cuello, el mezquital se estrechó cada

vez más hasta que solamente yo podía ir por el camino. “No metan los caballos en el templo”. Unos caballos con ruedas negras leyendo periódicos. Al paso de la cabalgata, rayos de luna chuecos y espinosos se levantaban del arenal. La cantimplora de Marcos estaba llena siempre; tuve sed y me ahogó el torrente. “El general Zapata ataca Cuernavaca”. Ocho trenes al galope por el llano, granadas que estallan quedándose fijas en el aire como pequeños soles..., círculos azules que giran como si fueran perseguidos, cadenas de luz que se entrecruzan, confusión, avalancha, catarata, precipicio... Aire fresco. Luz.

La mañana.

—Abasolo, vaya a buscar su caballo, que nada más hasta aquí nos arrastran.

La neblina se fue, los ojos quedaron enrojecidos. Al ponerme en pie rápidamente, me tambaleo un poco, como si hubiera bebido.

—Muy bien, mi general, voy a ensillar en este momento. Brinqué del carro. Las vías paralelas que ayer servían de peanas a los otros trenes, se habían sumergido en la arena; la estación del tejado rojizo se fue con la noche. Nuestro tren parecía haber encallado en un mar de tierra blanca.

—Como usted no despertaba, mandé que le ensillaran el caballo. Ahí lo tiene.

—Perdóneme, mi general, hacía muchas noches que no dormía bien.

## **Ambiciones**

A caballo, emprendimos el avance por un llano tan vacío que se diría que ahí no hubo ruidos nunca. Era igual a los otros y no parecía el mismo. Brillaba el sol sobre el suelo como si estuviera mojado; los arbustos se habían dispersado y encogido durante la noche, como asustados por una pesadilla.

Nuestros trenes, acostado uno tras otro en la larga vía recta, fueron vaciándose de hombres y caballos que parecían tinta chorreando de los carros, arrastrándose y formando una ola con lista de sangre, nuestros distintivos, en la cresta; una ola amenazadora, una ola de naufragio que se fue esparciendo en jinetes impacientes, adelantándose sin órdenes.

Al quedar atrás los trenes, vainas vacías que arrojaron su semilla, la vía nos dividió en dos masas. Del otro lado iban hombres a los que no conocía, siguiendo a un grupo montado en finos caballos que galopaban a la misma altura que el de Marcos y sus oficiales. Se notaba que el jefe era uno de menor estatura que los otros, de rostro lampiño y juvenil.

—¿Quién es?

—El general Campa...

Me pasé instintivamente la mano por la cara, no para limpiarme la piel sudorosa impregnada de tierra, sino para palparme: ni barba, ni bigote, ni arrugas, como Campa. Y me puse a pensar en que yo también podía llegar a ser el jefe de todos algún día. Fue entonces la primera vez que tuve ambición, nacida a la vista de aquel general a quien hubiera tomado por un muchacho poco mayor que yo y que, igualmente, venía a esta guerra sin haber estado en otra anterior, ignorante y curioso. Pero yo era nada más que un teniente, el único de esa graduación en el Estado Mayor de la Brigada Ruiz. ¿Por qué? Yo había combatido contra los federales, había estado en medio de las balas que hicieron caer a otros Colorados a mis flancos. No había huido, no demostré cobardía. Ignorancia, sí, o más bien, poca práctica, que ahora ya tengo. ¿Por qué, pues, se me había dejado en el grado de teniente, que es el que se le da sin mérito alguno al primero que se presenta a pedirlo? Ese mismo día, en cuanto hiciéramos un alto y yo pudiera hablar con Marcos a solas, le diría la injusticia que se estaba cometiendo conmigo; no era por dinero por lo que yo quería ascender, que después de todo, prácticamente, yo nunca había tenido sueldo; pero era que yo constituía un elemento que...

—Cierra la boca, ¿qué gestos vas haciendo?, se te mete el polvo y vas a tener mucha sed...

—Venía pensando, Marcos, que por qué hemos bajado otra vez de los trenes para venir a caballo por este arenal.

—Porque el enemigo está cerca y no podríamos acercárnosle en tren. ¿Crees que podríamos avanzar dormidos en los carros y meternos en medio de los federales sin que se dieran cuenta?

—Ya le he pedido perdón por haberme dormido...

—No lo dije por eso, Álvaro, no te enfades.

“¿Por qué me trata así?; estoy seguro de que su intención fue dirigirme una pulla. Claro, como que yo no soy más que un simple

teniente. Al general Campa no le hubiera reprochado que se quedara dormido”.

Me dominé. Iba mal por ese camino. Arrojé el puñado de ideas podridas y el arenal las absorbió. Íbamos por un manto de tierra blanquecino, un gran manto que hubieran tendido a asolear. Llami-tas de polvo iban lamiendo las patas de los caballos. El día avanzaba más aprisa que nosotros; el sol fue levantándose, y nos acuchilló en ángulo. Ni un río de viento, que hubiera podido correr libremente por donde ni siquiera hay mezquites que lo carden, vino a mondar-nos de la atmósfera caliente que el sol nos había untado.

Sobre nuestras cabezas había otra extensión igualmente limpia. Otro llano que herméticamente se cerraba con el de arena, en un círculo del que nosotros éramos centro.

Sudó mi frente haciendo correoso el tafilete del sombrero. Y más aún: gotas de humedad recorrieron la piel, y el polvo formó con ellas una costra de mugre. En el resto de la faz, arenas menudas se incrustaron en cada poro.

Todos íbamos callados. La conversación no podía arder; se extinguía como se fue extinguendo el agua de las cantimploras durante la marcha fatigosa a través del calor inmóvil y espeso. Para respirar hubimos de cubrirnos la boca y la nariz con el pañuelo amarrado en la nuca...

Marcos tuvo un pensamiento nuevo. Me miró, siguió callado, me volvió a mirar.

—¿No te arrepientes?

—No tengo motivo.

—La fatiga, el peligro, lo innecesario de la incertidumbre.

Me volvieron a penetrar por los poros quizá las mismas ideas que había desechado. Contesté únicamente con la indiferencia de un movimiento de hombros.

—Si por casualidad salieras bien de ésta, ¿entrarías en otra?

Tuve que ser sincero.

—Contigo sí, Marcos.

Entonces fue él quien no contestó nada. Arañó con las espuelas la panza de su caballo y se alejó de mí al galope corto.

Quedé entre los demás oficiales. Aburridos del silencio, algunos comenzaron a platicar, a monologar más bien, porque los demás oíamos sin hacer caso.

—Hace un año —decía Gilberto Estrada— nos vinieron correteando por aquí y nos perdimos; tres días sin agua. Hubo quien bebió lo que le sobró de la barriga, y sin poder tirarnos a dormir por temor a que nos cayeran, nos íbamos cabeceando en los caballos, tan dormidos como nosotros, hasta que...

—No me gustan las pistolas automáticas de los federales —platicaba Torres, más allá—. Yo me avancé una sacándola debajo de la nalga de un oficial difunto en el combate de los Pedernales. Pero en el siguiente se me encasquilló y la aventé a la bazofia. Desde entonces, la cuarenta y cuatro...

Otro hablaba detrás de mí. Conocía la voz, pero no pude precisar de quién era, aunque la he oído de diario; era de un oficial compañero de grupo. Pero en esa marcha entre el arenal de fuego arriba y el llano de sol abajo, las ideas se mezclaban, se confundían, se dispersaban. Iba diciendo:

—Tiene dos años. Le gusta mucho tomar mi pistola, que apenas puede levantar; y entonces, todos tenemos que poner las manos hacia arriba. Se ríe, y me la devuelve...

Todos íbamos indiferentes a la lucha próxima. Yo quería estarlo también o aparentado, cuando menos, hablando. Pero no encontré nada que decirles.

Todos acabaron por callarse.

Y nos dimos cuenta de que frente a nosotros se le habían formado unas gibas al terreno: unos cerros cubiertos de zacatón seco, de piedras pequeñas y quebradizas. Desmontamos. La gente de Campa subió a pie hasta arriba de las alturas, y los de Ruiz esperamos órdenes, junto a nuestros caballos cubiertos de espuma.

## Enemigo

Las horas pasaron a rastras por en medio de nuestra columna, reclinada en la pendiente del cerro. Sin más sombra que el pequeño círculo que brinda el ala del sombrero, sentados en los pedruscos o dando pasitos para procurar elasticidad a las piernas endurecidas como troncos, dejamos pasar la mañana. Arriba, en el crestón del cerro, una fila de hombres nos mostraba la espalda, parecía estar asomada al barandal del mundo. Los de Marcos Ruiz no sabíamos qué había más allá: soldados federales, sin duda; pero ¿a qué distan-

cia? ¿Vendrían ya ascendiendo por el otro declive o se les vería aún como espinas que arañan el horizonte?

Una vez que pasó Marcos a caballo recorriendo nuestros grupos, le hablé:

—¿Vamos a tardar mucho tiempo sin hacer nada, general?

—Quién sabe. Si quieres venir, ven.

Cabalgamos por el borde de la mancha de hombres. Al otro extremo, donde el cerro se desinflaba, encontramos al general Campa sentado a la sombra de unos cantiles, rodeado de su oficialidad.

—Cómo se han tardado —comentó Marcos.

—Es natural, la vía está muy averiada y la vienen componiendo; su caballería está muy trasijada al quinto día de marcha, y no se atreve a adelantarse sola.

Marcos vio su reloj.

—La una, general Campa. Se me hace que los federales no nos atacan hoy.

—Si se acercan, cambiaremos unos cuantos tiros con ellos, y nos vamos; aquí no es buen lugar para pasar la noche, sin agua. Lo que quiero es que los muchachos se calienten con un corto tiroteo, para que estén buenos a la hora del combate formal. ¿Su gente está bien?

—Muy impaciente por comenzar de una vez.

—Iremos a ver dónde vienen los Pelones.

Los dos generales, con sus grupos, subieron al lomo del cerro. Éste ponía límite al llano que habíamos cruzado, porque detrás, al otro lado, hacia el sur de donde venían los enemigos, había una sucesión de pequeñas colinas, como si la tierra se hubiera arrugado. Entre ellas, la vía del ferrocarril se escabullía en curvas buscando el nivel. El seco zacatón gris parecía cabello cortado al rape en el cráneo pedregoso de los montes, y se esparcía como agua sucia en los planos. La procesión de postes, cirios sin encender engarzados en los alambres y temblorosos, marcaba la ruta del canal de hierro. Y sobre ellos, tres chorros de humo sucio, humo empolvado, se deshacían al peso del sol implacable. En todo el resto del paisaje habitaban la inmovilidad y el silencio; ni ganados pastando, ni animales salvajes que transitaran en el zacatal, ni gritos de aves o cascadas de hojas barrenaban el aire en quietud.

—No creo que pretendan pasarse todo el día ahí —indicó el general Campa a Marcos—. Querrán llegar a Escalón, a nuestra espalda, como fin de una jornada de treinta kilómetros. Se ven nada

más tres trenes, y son seis los que componen la columna. Los otros se han de haber esperado mientras saben si está expedita la vía.

—Es mejor —comentó Marcos—. Si viene únicamente la mitad de la columna, y nosotros hacemos como que nos retiramos ante ella, creerán que nos derrotaron y será más grande el trancazo que lleven mañana.

—Pero no debemos retirarnos así nomás, porque decaería la moral de las tropas. Entablaremos un pequeño combate y nos iremos en orden para que los nuestros comprendan que los Pelones no pueden deshacernos tan fácilmente.

Se llevó a Ruiz muy lejos de nosotros y le indicó algunos lugares con el brazo horizontal. Y en el rato que estuvieron ahí, comenzó a elevarse detrás de una loma, en el halo nebuloso de una polvareda, la atmósfera que circunda una caballería en marcha. Los humos de las máquinas se acercaban y subían más alto. En nuestro cerro, los Colorados comenzaron a acomodarse tras las piedras más gruesas. Regresaron los jefes y descendimos a penetrar en la caballería. Marcos ordenó:

—Trescientos hombres, ¡a caballo!

Y salimos al trote dejando al cerro en medio, entre nosotros y la vía; íbamos rumbo al sur, al encuentro de la caballería federal que se anunciaba con su plumero de polvo. Fuimos haciendo curvas, y más curvas, entre montecitos de veinte y treinta metros de alto sobre el plano, procurando meternos por donde el pasto estuviera más espeso, para levantar menos tierra. La posición que ocupaba Campa se perdió a nuestra vista. A veces, el sol que comenzaba a declinar nos rascaba la espalda; en otras, por en medio de las orejas enhiestas de nuestros bridones, veíamos venir la cauda de la flecha magnética.

El mugido mecánico de una locomotora nos hizo detener. Cinco gritos cortos y uno largo final formaban la frase; después, un blanco; después otros cinco gritos cortos y uno largo. Fi, fi, fi, fi, fi, fiiiiiii... Transcurrían diez segundos de espera y resonaba otra cadena de silbidos.

—¿Qué será eso? —pregunté a Marcos.

—Que se han de haber acercado hasta donde está Campa; el tren de adelante avisa a los otros. Seis pitazos seguidos, ¿qué quieren decir, tú, Efraín Álamos, que fuiste ferrocarrilero?

—No estoy muy seguro, mi general; a veces indican peligro. En campaña quizá digan: “Enemigo al frente”.

Marcos sonrió.

—¿Y no sabes cómo se dice enemigo a la retaguardia? Si los oyes me avisas, pues quiere decir que nos descubrieron...

Silencio.

Silencio.

¿Qué ha pasado? ¿Por qué enmudecen los labios de latón del silbato? ¿Es que ha desaparecido de la cresta del cerro la costra de hombres que atisbaban? ¿Es que los trenes han seguido al norte sin detenerse o que sus ruedas han dejado de girar? Treinta minutos, treinta gotas de inquietud cayeron sobre la caballería de Marcos Ruiz, inmovilizada por el silencio al congelarse.

De repente, se acercó a mí algo que sentía por primera vez: era como un temblor de aire que llegaba por todos lados, y un sonido largo, que fue pasando sobre nuestras cabezas; como si un gran puño hubiera caído sobre una tabla y la hiciera estremecer. Se diría el principio de una tempestad; pero el cielo estaba vacío, claro, indolente. No era él quien tronaba.

Frente a mí, Marcos dio dos golpes de risa; sus cejas se levantaron, sus ojos se agrandaron, su boca se abrió toda, como mano que suelta una presa; parecía estar sintiendo un gran placer. Su cara enrojeció, su diestra, su garra, levantó el ala del sombrero untándola en la cabeza, cual si quisiera que el viento tembloroso le lamiera la cara. Con él, todos nos agitamos, hombres y caballos, y un segundo trueno llegó a envolvernos. Advertí, entonces, que no era tan sólo como un puñetazo, sino un redoble rapidísimo que no dejaba pasar la punta de alfiler de un instante, entre golpe y golpe.

Era la voz del cañón.

Del cañón que pronunció cinco monosílabos iguales. La batalla comenzaba; los treinta minutos en que todo, menos el sol, estuvo inmovilizado, fueron las hojas en blanco con que principia el libro. La siguiente página tuvo cinco manchas negras, cinco grandes letras: CANÓN.

—¡Ustedes dos! ¡Échense a pie!, suban ese cerrito sin dejarse ver mucho, y nos avisan si podemos avanzar...

Dos de nuestros hombres obedecieron la orden de Marcos, subiendo a cuatro patas por la ladera de una colina. Al ver sus señales, los trescientos reanudamos la marcha, yéndonos por los bajos, como torrente que busca un cauce. Delante de nosotros iban los exploradores, trepando, como changos, cada colina y llamándonos



con sus brazos en alto. Pero ya no eran ellos quienes nos guiaban, sino el fragor, que se extendía como círculos de agua cuando cae una piedra en el estanque.

Ya no se oye solamente el cañón; multitud de otras voces menores discuten. Hierba que crece debajo de grandes árboles.

Habíamos ido muy lejos; tuvimos todavía que sobarles las curvas a muchas colinas. Impaciente, Marcos ordenó que montaran los dos guías y fuimos al trote, sin precauciones. El polvo formó una pantalla sobre nosotros y no hubo necesidad de que el silbato gritara: “Enemigo a la retaguardia”; la tierra volante nos anunció. Parejas de jinetes extraños crecieron en el espinazo de las colinas, nos observaban y desaparecían. En lo alto, ante nosotros, se formaron repentinamente bolas de humo amarillento, como de azufre, que se iban disipando con lentitud. Los federales nos empezaban a cañonear, pero estábamos muy lejos de ellos aún.

Con los ojos abiertos, atento a la altura, creí ver puntos negros en el aire. Imaginé que percibía el paso de las granadas. Tuve la idea absurda de que los artilleros me veían a mí mejor que a los otros, y que me estaban apuntando. Ignorancia completa de lo que son los kilómetros.

Por mucho rato no volvieron a aparecer las bolas amarillas de humo; seguimos avanzando, ya no sólo por los bajos, sino también por las alturas en línea recta, haciéndonos visibles, o más bien, deseosos de ver contra quién íbamos a pelear, con ganas de encontrar hombres, jinetes, infantes o artilleros, a quienes disparar. Pasó otra cadena de minutos; el sol iba declinando y nosotros estábamos todavía fuera del combate, que seguía desarrollándose cada vez más cerca.

Hasta que percibimos al frente otra cenefa de polvo.

—Está mejor así —dijo Marcos—; vienen a encontrarnos.

Al trepar una colina vimos, como si hasta entonces abriéramos los ojos, otra caballería como la nuestra, compacta, dura, que se adelantaba al trote.

—¿Tiro ya, Marcos? ¿Tiro ya?

—No seas tonto..., están a más de un kilómetro.

¿Y qué importa la distancia? A la guerra va uno a pelear, a disparar, aun cuando no toque a nadie, y no a hacer cálculos sobre distancia. Me sudaban las manos. Cogí la pistola y como la sintiera escurrírseme, envolví la cacha con mi pañuelo y le apreté firmemente.

Marcos se paró sobre los estribos elevando su cabeza sobre las nuestras, levantó la diestra y nos gritó:

—¡Muchachos! Esto es todo lo que hemos venido a hacer: a llamarles la atención por la espalda, a que se alarmen, y no carguen muy fuerte. La bala no debe ser hoy, sino mañana, en otro sitio mejor que éste. Así es que nos vamos otra vez para el norte, despacio, balanceándonos con la caballería, pero sin dejarnos alcanzar.

Hizo una señal y todos nuestros caballos dieron un cuarto de vuelta. Quedamos en una fila de uno en fondo, como caravana que pasa por un desfiladero. Ante Marcos y yo pasaron todos los hombres hacia el norte. A cada uno el jefe le iba diciendo:

—No se cansen mucho, que los trenes no nos esperarán y tenemos que pasarnos la noche en el caballo.

Todos iban confiados, como si se sintieran protegidos por aquellas arrugas de la tierra entre las que transitaron desde pequeños; serenos, como si supieran que en aquellos lugares ninguna fuerza extraña a la atmósfera del terruño podría dominarlos. Muchos de ellos ni siquiera habían sacado todavía de sus fundas los rifles infalibles en el disparo.

La caballería contraria se nos acercaba. Estaría a ochocientos metros cuando Marcos y yo nos pusimos en marcha al final de nuestra columna, como el nudo que se aprieta al extremo de una cuerda. Volvieron a aparecer en el aire, ya más cerca de nosotros, los vellones amarillos que se formaban cuando estallan las granadas. Primero, cuatro a una misma distancia; después, otros cuatro más próximos.

Al oírlas romperse con sonido cristalino de una botella que choca contra el suelo, los nuevos en la guerra, yo entre ellos, encogíamos instintivamente el cuello, hundiendo la cabeza entre los hombros, cual si quisiéramos ocultarla a los peligros del combate.

—No les tengas miedo, Abasolo —me dijo Marcos juntando su caballo al mío, cual si quisiera cobijarme—, hacen mucho escándalo y pocos agujeros.

En ese instante, cuatro nubecillas más nacieron casi encima de nuestras cabezas, y en el suelo se oyó una sucesión de golpes distribuidos por todos lados, como si lloviera; algunos caballos, excitados por el ruido, para ellos inexplicable, espantados por el roce de los balines, lentejas de plomo que les resbalaban sobre los lomos, rompieron la fila y galoparon locamente por el campo, insensibles

a los esfuerzos que los jinetes hacían para dominarlos. Uno de ellos llevaba sobre el lomo el cuerpo del colorado echado hacia atrás en la montura, con los brazos sueltos y la cabeza colgando. Vimos que en un bote arrojó su carga al suelo, subió a una colina, y desapareció al otro lado, como el sol cuando se cansa de su jornada.

—No es poca cosa lo que hacen las granadas, Marcos.

—¿Se te hace mucho un pellejo agujerado por cuatro carrizos de hierro que se rajan allá arriba? Trabajo les va a costar tumbarnos a trescientos.

Otra vez resonaron las explosiones; no vi el humo esta vez, porque las colmenas de acero deben haberse abierto a mi espalda; únicamente oí zumbar las abejas de los cuatro enjambres que se dispersaron tras nosotros. Mientras tanto, los jinetes federales se tendían en una fila larga y angosta como la nuestra, como un peine colocado en tierra con los dientes hacia arriba, y observaban el efecto del cañoneo.

—¡No se espanten, muchachos! —gritó Marcos—. ¡Ahora se para esta rociada y vamos a quedar uno a uno con los Pelones!

Los hombres se tranquilizaron y los caballos también, dominados por las manos férreas que sujetaban las riendas. Ya la columna se enderezó de nuevo reanudando la marcha.

La otra, al poniente, echó también al trote; a veces veíamos las sombras de los enemigos desbordarse por el declive de las colinas. Sin disparar aún los fusiles, federales y Colorados nos íbamos acercando unos a otros, como si fuéramos fluyendo por dos canales que convergieran en un punto aún lejano.

Los cañones nos despreciaron; quizá nos creyeron abatidos, dispersos, empavorecidos; y volvieron otra vez sus bocas contra el cerro donde Campa y sus hombres calentaban las manos a disparos de carabina. Quedamos solos, una caballería contra otra, atenuadas cada una a su propia fuerza. Sobre nosotros no volvería a caer el granizo de plomo. Quedábamos hombre contra hombre, fusil contra fusil, puño contra puño, golpe contra golpe.

Subimos a una colina que se alargaba en la misma dirección en que trotaban nuestros caballos; éramos como su espinazo, un espinazo de trescientas vértebras. El pasto, seco y alto, que se erizaba en las laderas, era como el pelo del monstruo que enarcaba su lomo sobre el nivel de la tierra. Desde la cresta dominamos el campo con la mirada; muy lejos, al grado que parecían troncos de árbol caídos

en tierra, vimos los trenes del enemigo, detenidos mientras cañones e infantes batían la posición de Campa; al pie de la colina, los federales a caballo se habían detenido, temerosos de haberse colocado en una situación desventajosa.

—Muchacho —me dijo Marcos, precipitadamente, como si temiera no tener tiempo de completar su pensamiento antes de que llegara el instante de obrar—, tú te vas a quedar aquí, no te muevas, no vayas tras de nosotros. Nos esperas aquí mismo; ¿me entiendes? Si no me haces caso, soy capaz de rajarte la cabeza con el cañón de la pistola.

Apenas le oí las últimas palabras; había clavado furiosamente las espuelas en la panza sudorosa del caballo y corría a lo largo de la fila de soldados, haciéndoles señas con los brazos. Conforme pasaba él, los Colorados volteaban sus caballos hacia el poniente y se arrojaban, como rocas que ruedan por los flancos de los cerros cuando la dinamita disuelve un cantil de la cumbre, hacia los jinetes enemigos que habían quedado inmóviles, semejantes a estacas plantadas en el límite de un potrero.

Gritaban los nuestros y agitaban sus pistolas sobre la cabeza; tropezaban algunos caballos en los pedruscos ocultos en el pastizal, y rodaban los caballos y jinetes, casi tan aprisa como los que iban al galope. Comenzaron a sonar los disparos cuando todavía el otro extremo de nuestra columna estaba en la cresta de la colina, cuando todavía Marcos no llegaba hasta él a dar sus órdenes.

Yo, reteniendo mi caballo que quería seguir a los otros, presencié cómo, al ver acercarse a nuestros rancheros, los jinetes federales se retiraban al galope, disparando apenas unos cuantos cartuchos; algunos bultos de su fila cayeron, otros se fueron alejando hacia los trenes, dando saltos. No hubo choque propiamente; fue una fuga y una persecución. Los últimos Colorados que bajaron del cerro no tuvieron tiempo ni de disparar sus pistolas. Los vi galopar mucho más allá de donde había estado la línea enemiga antes de la acometida; vi ocho o diez manchas de caballos y hombres quedar medio ocultas en el oleaje del seco zacatón, en el flanco de nuestro cerro; los pocos disparos de los federales habían sido certeros.

Sentí angustia, sentí vergüenza de no haber galopado a la misma altura que los demás, de haberme quedado como una peña en lo alto de la loma; poco tiempo había sido, cinco minutos quizá, pero suficiente para que los míos se perdieran tras un pabellón de polvo.

¿Esperarlos ahí, cuando los federales podían detenerse, aguardar, resistir, rechazar; cuando un disparo mío, arrojado a la ventura, podía inmovilizar un brazo enemigo, hacer caer una carabina, evitar la salida de un proyectil, salvar una vida, la de Marcos quizá?

Los dedos de mi mano se abrieron y la rienda se deslizó por entre ellos; el caballo se sintió libre y dio el primer salto, ladera abajo. Grité: “¡Arriba los Colorados!”, sacando mi pistola, como si todavía los federales me estuvieran esperando al pie de la loma. En una descarga de segundos vi cómo se quedaban tras de mí, caballos rotos, hombres postrados en la tierra, como si durmieran. En aquel minuto era yo el único que se despeñaba declive abajo, pero los artilleros federales volvieron otra vez las narices de sus cañones hacia nosotros, creyéndonos retrasados; frente a mí, en el tiempo en que mi caballo daba dos saltos, vi abrirse y oír retumbar ocho granadas de hierro.

Luego, encima de mi cabeza, casi donde terminaba la copa del sombrero, un estallido revolvió el aire tan violentamente como una piedra, al caer, remueve las aguas; una cortina, de un color dorado rojizo, traslúcida, caliente, apareció por todos lados, y un ruido que detenía, un ruido que aplastaba, poderoso, tembloroso, puso sus manos sobre mis oídos, sacudió mi cabeza y me hizo caer. En diez segundos, el aire se aquietó, la cortina dorada fuese evaporando y el ruido huyó, retumbando como un carro que corre por el pedregal.

Me vi en el suelo, caído de espaldas, con una opresión dolorosa en las piernas y en el vientre; el caballo había caído encima de mí; temblando, sangrando, agitando las patas como si quisiera galopar en el aire; de sus lomos y de sus ancas, la sangre brotaba por una docena de agujeros. ¿Y yo? No sentí estar herido; en el instante de la explosión debo haberme encontrado en el centro de la regadera, ahí donde hay un agujero de menos. Los balines mortíferos cayeron en derredor mío, en círculo. En el eje de la tromba, quedé intocado.

Mas no podía levantarme; el caballo se agitaba, coceando en el vacío, moviendo la cabeza, alzando las narices, como si quisiera absorber la vida que se le iba. Su sangre me empapaba el cuello abajo, penetraba a través de mis ropas, me daba un calor húmedo. Quise salir de su opresión y no pude lograrlo; bajo su tórax, anhelante todavía, habían quedado mis piernas, una enredada en las correas y otra en el aro del estribo.

Di golpes con los puños en el cuerpo, ya laxo, del animal; traté de volverme hacia abajo, para salir arrastrándome; traté de empujar la masa que me había incrustado en la tierra; grité, suplicando al caballo que se levantara, a los hombres que vinieran a sacarme, a los enemigos que me capturaran, llevándome en sus trenes, a las granadas de los cañones, que destrozaran aquel cuerpo muerto sobre mí, para poder levantarme entre sus pedazos. Solamente me vino una sensación de vacío que comenzó a correr desde los pies, enfriándome, adormeciéndome; sentí presión también sobre el pecho, sobre las sienes, sobre los párpados; los puños que habían golpeado furiosos, se volvieron indolentes manos abiertas.

Todavía me di cuenta de que me estaba quedando dormido.

## **Infierno**

A través de los párpados extendidos, me llegó un resplandor rojizo. Un calor más abochornante que el del sol del mediodía parecía venir rodando. Y al tiempo en que medio despertaba, aspirando el aire en largos sorbos, un humo picante me fue raspando dentro del pecho. Del vientre para abajo, sentía una insensibilidad de carnes machacadas.

Calor, humo, fuego, dolores interminables... Por la explosión, por el golpe, por el suplicio a que me tenía condenado el cadáver de mi caballo, la mente estaba como enfangada; no podía flotar, no podía limpiarse, no podía precisar si había pasado ya el momento de la transición suprema entre lo que es y lo que se ha perdido. Ideas de una pena extraterrenal, abandonadas durante varios años, rompieron telarañas y aparecieron en el desván de un cerebro adormecido.

Me toqué la frente y noté que sudaba. “Manos”. “Cabeza”. Dos ideas simples, de materialidad, que chocaban con la otra. Abrí los ojos; el fuego fluía a distancia, pero el humo galopaba en regimientos sobre mi cabeza. ¡El cuerpo del caballo! ¿Era posible que también eso tuviera que ir “allá”? El peso de la carne muerta, unas cuantas estrellas pálidas que asomaban tras las nubes de humo, y el olor de éste, inconfundible, del zacate que arde, me dijeron la realidad.

Una nube de minutos se había evaporado desde que estalló la granada y murió el caballo. Oscurecía; del oeste, de donde los fede-

rales tenían sus cañones, por donde sus jinetes se habían dispersado ante nuestra caballería, impulsado por el aire que se liberta al caer de la tarde, un fuego, entre amarillento y rojizo, venía creciendo entre el zacatal. Tronaban las ramas secas como cuando las tritura una rueda, y en el aire caliente volaban estrellitas que brillaban por un momento, chispas, átomos de madera que arden en pleno vuelo, luciérnagas, moscas luminosas que antes de caer son ya ceniza.

Hacia donde yo recordaba que habían estado los federales, todo el pasto de los cerros estaba ardiendo. ¿Por qué? ¿Iniciaron el incendio chispas de carbón escapadas de las locomotoras o teas que intencionalmente barrieron los primeros matorrales? No podía adivinarlo, pero sí comprendí que en la colina del frente, donde ya bailaban las llamas sobre los pedruscos, el fuego debía haber rodeado algunos heridos nuestros, caídos quizá como yo, bajo las pesadas panzas de los caballos inertes. ¡Heridos e inmovilizados en medio de un río de fuego! ¿Es ése el fin justo para un hombre? ¿Está también marcado para mí? Yo no lo quería; yo había ido a la guerra con una idea vaga de poder servir para algo, de poder ayudar a alguien, de contribuir a que viniera una situación nueva, mejor que la otra; pero ino era así como yo estaba dispuesto a morir!

Otra vez, ahora más furiosamente, más decididamente, di golpes con los puños en el lomo del caballo extendido sobre mi cuerpo; ahora más enérgicamente, traté de sacar las piernas de su cárcel; pude libertarme unos cuantos centímetros, pude sentarme a medias.

Rodaba sobre mí el humo, cada vez más espeso; la sombra del día muerto se condensaba en la altura, y el incendio, acercándose, más brillante, más crepitante, venía diciendo sus amenazas en un murmullo continuo de bestia cansada.

¡No! Yo no estaba dispuesto a quedarme ahí a esperar a que el zacate, ya caliente, que erizaba sus ramas secas a mi alrededor, enrojeciera con el fuego, me abrasara, me asfixiara con su humareda color plomo. Yo lucharía hasta el fin, lo intentaría todo; yo llamaría a todos en mi ayuda. Pero llamé solamente a uno:

—¡Marcos!... ¡Marcos!...

El impulso del grito, al hincharme el pecho, me aligeró. Sentí como si a gritos pudiera elevarme sobre la tierra. Clavé las manos en el suelo, erguí el torso y al dar un nuevo grito, reaccioné como un resorte que se liberta. Bajo el cadáver del animal, mis piernas hicieron movimiento de tornillo, en un sentido y en el otro. El

fuego que se acercaba me enardecí más aún. Las puntas del pasto que me rodeaban comenzaron a humear y pronto brillaron en ellas estrellitas rojas que se alargaban hacia arriba. Al contacto con la primera chispa que quemó mi piel, estallé en un impulso supremo y quedé libre.

Quise ponerme en pie y las piernas me fallaron, debilitadas por la larga opresión que habían sufrido; a rastras me alejé unos cuantos metros del caballo, que fue alcanzado por el fuego; el humo que me envolvía penetraba en mí, me ahogaba. Pude correr un minuto, sin rumbo, perdido en el cortinaje plomizo del incendio.

—¡Marcos!!...

Fue un grito único, tembloroso y largo como el bramido del cañón, que me pareció que rompía las capas espesas de la humareda; un grito último, igual que el del árbol que se desploma. Sentí como si ya no pudiera gritar más. Todavía corrí unos cuantos metros, tropecé con un pedrusco, caí, volví a levantarme y a correr. Bajo mis pies, el suelo comenzó a inclinarse hacia arriba, trepé por el flanco de una loma, quizá la misma de donde me había precipitado al galope. En los ojos se me clavaban las agujas envenenadas del humo. En un esfuerzo final, elevé los brazos y me quedé inmóvil, sintiendo la cabeza oprimida, como si me durmiera.

Oí cómo se acercaba el redoble de un galope; un brazo poderoso me levantó, sujetándome por el pecho contra otro cuerpo; el galope continuó hasta que el incendio se quedó muy atrás.

—¿Dónde te fuiste a meter, imbécil?

—Perdóname, Marcos; yo creí que...

—¡Cállate! Baja y sube en ancas.

Obedecí sin hablar. Galopamos largo rato hasta encontrar nuestra caballería que nos esperaba, inmovilizada como un bosque, en la cresta de una colina. Luego, todos juntos seguimos la marcha bajo un cielo inmóvil orlado de rojo.

## **Rellano**

A Marcos se le había quedado en la cabeza, incrustada como un balín, la idea de que los federales habían incendiado intencionalmente el pastizal para tatemar a nuestros heridos, y estaba furioso, semejante a un coyote acorralado. No había quedado satisfecho



con que colgáramos a seis mujeres, compañeras de los soldados federales del Séptimo Batallón, a las que habíamos encontrado a medianoche con gallinas que se habían llevado de las rancherías cercanas; Marcos las calificó de espías y dijo que cuando un ejército está en peligro, en vísperas de una batalla, la ejecución de los espías, aun cuando sean mujeres, está justificada, y las colgamos una en un poste y otra en otro, a la orilla de la vía férrea. Con sus anchas enaguas parecían grandes borlas pendientes de los postes, como adorno de bastón.

Y durante toda la caminata estuvo hablando solo, tan confusamente, que yo, que iba detrás de él, en el lomo del mismo caballo, no llegué a entenderle frase alguna.

Amaneció tan aprisa como un galope; yo, que iba dormitando, cerré los ojos en medio de la claridad azul de la luna y los abrí cuando estábamos cubiertos por el dosel medio gris, medio amarillo del amanecer.

Íbamos siguiendo la vía del ferrocarril, casi recta, hasta que un cerro calvo, muy alto, blancuzco, de piedras calizas, se interpuso y lo bordeamos al igual que la línea férrea, que hizo un ángulo hacia la derecha.

—¿Eres supersticioso?

—¿Por qué, Marcos?

—Mira...

Me indicó con el brazo una tabla clavada en un poste, pintada de blanco, fondo de dos letras y cuatro cifras negras; era una de las placas que marcan el kilometraje, partiendo de la ciudad de México. Se leía: "Km. 1313".

No se me ocurrió cosa alguna que contestarle y continuamos la marcha en silencio. Frente a nosotros, la vía marcaba otra vez una larga línea recta, penetrando como un cuchillo en dos altos cerros, abiertos en la cima y unidos en el bajo, como una V, uno de largos cantiles verticales, otro de duras pendientes cubiertas de rocas. Marcos volvió la cara hacia mí, sonrió y volvió a mirar hacia el frente. Echamos al galope y al acercarnos vi cómo dos cerros tenían un copetito de puntas cónicas como una sierra: eran los Colorados que se habían atrincherado otra vez.

Diez minutos más tarde, Marcos hablaba con Campa.

Atrás de las posiciones, a un kilómetro, dormían nuestros trenes. Me dieron un caballo. Volvió Marcos y nos fuimos rumbo al primer tren a toda prisa.

De uno de los carros, nuestros hombres comenzaron a sacar unos cajones cuadrados, marcados con grandes letras rojas, llevándolos hacia la locomotora. Los fueron colocando, amarrados con gruesas cuerdas, sobre la trompa, que es un abanico que barre la vía, a los costados, sujetos a largos tubos que forman como un tejido en cinturón y en la caseta minúscula del maquinista, apilados uno sobre otro. Vi toda la maniobra recargado sobre la media luna, contrapeso de una de las grandes ruedas, bañado por el vapor blanco que escapaba de los émbolos. No me explicaba qué era lo que estaban haciendo.

Marcos subió a la caseta con Efraín Álamos; me llamó y trepé por una escalerilla vertical. No había visto antes el interior de una locomotora: tubos por todos lados, doblándose y escurriéndose como serpientes que entran y salen, palancas que se hundan, fingiendo raíces, en las hendiduras del suelo; al frente, la gran tapa redonda del fogón, con una mirilla abierta por la que se ven arder las piedras negras del coque; dos tubos más gruesos, como muslos, salen del piso a uno y otro lados y van a unirse arriba, formando un arco. Además, grifos calientes por el vapor, llaves circulares en cada tubo y raros relojes de una sola manecilla. Sobre la cabeza, una correa sucia que escapa por un orificio pequeñito hacia el silbato.

—¿Ya despegaron los carros?

—Sí, señor.

—¿Todo listo, Efraín?

—Sí, señor.

Me miró.

—¿Quieres quedarte?

En respuesta, me senté sobre una pila de cajas. Efraín dio vuelta a una llave, movió una palanca, tiró de la grasienta correa, el silbato lanzó dos gemidos agudos, afuera las bielas entraron en los émbolos y volvieron a salir, las ruedas deben haber dado vueltas cambiando de posición sus medias lunas. El paisaje comenzó a desfilar, se movieron las manecillas de los relojes y a través de las rejas que lo tenían preso, el fuego de la caldera pareció crecer como si quisiera escaparse.

—¿Vamos nosotros tres solos, Marcos?

Me indicó los cajones.

—¿Te parece poco esta compañía? ¡Cuarenta cajas de dinamita! La locomotora se detuvo y se acercó el general Campa.

—Hay que esperar un momento —dijo—. De allá arriba —indicando el cerro más alto— les darán la señal.

—Muy bien, mi general. Estamos listos.

Nadie habló mientras estábamos esperando; Marcos, asomado por la ventanilla, lanceaba con la mirada la cresta del cerro. Una bandera roja se agitó tres veces en línea de péndulo y Marcos hizo un ademán, subiendo y bajando la mano. Otra vez Efraín movió las palancas, hizo girar las llaves y tiró de la cola del silbato, que gritó como animal herido.

—¡A toda máquina!

Chorros de vapor, escapados de los tubos laterales, nos formaron cortinas a ambos lados. Un resoplido como de angustia partió de todo aquel complicado mecanismo, que comenzó a deslizarse sobre los rieles; en un minuto entramos en el cañón entre los cerros que nos vieron pasar con un enorme alarido de todos los atrincherados, y banderas rojas ondearon en los peñascos más altos. Frente a nosotros, el llano que brillaba bajo el sol de media mañana parecía acabado de lavar; a nuestro lado pasaron los postes dando latigazos al penacho de humo que se acostaba hacia atrás; las rocas y las plantas huían a los flancos como reses enloquecidas.

—¿Ya?

—Sí, señor.

—¡Vámonos!

Efraín asomó a la portezuela, inclinó la cabeza, abrió los brazos y saltó al vacío; no vi el lugar del suelo en que cayó.

La máquina siguió corriendo; la velocidad la hacía oscilar como una canoa en río crecido; las ruedas iban golpeando con furia el riel interminable. Silbaba el vapor por todos lados; todos los hierros de la máquina rechinaban como un estertor. A cada segundo, un poste pasaba frente a nosotros figurando un índice que marcara las distancias.

—¡Brinca, brinca!

Marcos me empujaba hacia la portezuela. Vi a mis pies correr la tierra, como corren las aguas del torrente bajo los puentes. Tuve miedo.

—¡Brinca, brinca!

Mis manos estaban agarrotadas sobre los tubos.

—¿Tienes miedo?

Le contesté con una mirada, pidiendo el ejemplo.

Debió haberla comprendido.

Me hizo a un lado.

—Así, mira...

Abrió los brazos, como para sostenerse en el aire, y saltó. Cayó de rodillas, con las manos en suelo, y se levantó luego. Yo lo veía empequeñecer y quedarse atrás. Me hizo señas agitando las manos en lo alto. Si gritaba también, no le oí. Me pareció que la locomotora caía en un precipicio, de tan aprisa que iba. “¡Cuarenta cajas de dinamita!”. Me lancé a la portezuela, abrí los brazos y salté.

Me recibió el arenal, que hundí con la cara, atontado; y cuando me levantaba tambaleándome, fui derribado de nuevo: un gran viento sonoro pasó sobre mí, sacudiéndome; un estallido como no lo había escuchado jamás, me ensordeció: ante mis ojos, por allá donde estaba la placa “Km. 1313”, que había llamado la atención de Marcos, vi una luz tan deslumbrante, tan roja, tan viva, como si un pedazo de sol hubiera caído sobre los rieles. Después todo quedó envuelto en un humo color de naranja sucia.

No pude pensar en nada, y eché a andar por el camino que habíamos recorrido un minuto antes; doscientos metros delante iba Marcos; Efraín era solamente una mancha negra.

A mi espalda, muy lejos, sonaron silbatos de otras locomotoras, las que el día anterior habíamos oído anunciar “enemigo al frente”; y poco después, la misma voz gruesa, voz de amenaza, voz de odio, de los cañones.

Abajo del cerro más largo, el de la izquierda, semejantes a tres cubos de azúcar, había tres casitas pintadas de blanco. Hacia ellas caminé, buscando refugio. Me sentía abandonado, en medio de la tormenta más grande de mi vida.

Marcos, que me había visto caminar, comprendiendo que yo estaba a salvo, se adelantó a la carrera; Efraín había desaparecido en el tajo abierto entre los dos cerros y yo me movía lentamente, desconfiando de mí mismo, igual que los borrachos. Me comprendía vivo por casualidad; de la muerte no me había separado sino un salto de desesperación. Y si hubiera muerto, ¿qué importaba? El desprecio a la vida dio un soplo y el miedo se me esfumó como el humo de una granada, quedando limpiísimo un cielo de indiferencia. Después de

la catástrofe, que no alcanzaba a imaginarme, del “Km. 1313”, ¿qué más podía verme? Mis piernas fueron recobrando su firmeza, mi cuerpo su aplomo, mis pensamientos su coordinación.

Pasaba sobre mi cabeza el aleteo de las granadas que enviaban los cañones federales. Si hubiera tenido mi carabina, me detendría a disparar. Pero con pistola..., ni siquiera valía el trabajo de sacarla de la funda. Las bombas estallaban en el flanco del cerro donde estaban los hombres de Campa; otra de ellas se convirtió en vellón amarillo precisamente en el centro de la V. El otro cerro, con sus cantiles cortados como por hacha, era inaccesible; estaba yo separado de los míos, solitario entre dos ejércitos en combate. Nada tenía que hacer sino ver y esperar.

Llegué a una de las casas pintadas de blanco, que parecían cubos de azúcar; deben haber sido hechas para ferrocarrileros, para trabajadores de la vía; no tenían mamparas en la puerta ni en las ventanas, una hacia el cerro, otra hacia el llano; sus muros eran gruesos, de piedra y cal. Me sentí seguro, me quité la pistola y la dejé en el suelo.

Era menos de mediodía; si me ponía de codos a la ventana abierta hacia el llano, mesaba mis cabellos un rayo de sol. Era el mejor sitio para presenciar el espectáculo, pues en las posiciones de Campa nadie se movía. Por largo rato continuó la cañoneada; en las laderas amedrentadas de los cerros, las granadas esparcieron sus migajas; a veces las sentía yo pasar sobre mi madriguera, haciendo cabriolas como caballos inquietos. El sol, curioso, comenzó a elevarse, blanqueando la tierra, calcinándola; calentando el aire, abriéndolo, puliéndolo como para una fiesta. Los Colorados esperaban tras sus barreras de roca, sin disparar, quizá frotándose las manos con tierra para que no resbale la carabina, según decía Aguirre. Luego, en la cresta de aquel cerro que habíamos bordeado en la madrugada, aparecieron unos vellos negros en un lunar; cambiaban de sitio con rapidez, por lo que imaginé que serían hombres a caballo; bajaron de la cima y se situaron a la orilla del llano, mientras por los bajos, a uno y otro lado de aquella misma altura, comenzaron a desbordarse unas masas negras que se fueron esparciendo en la planicie, semejantes a aguas libres, aproximándose lentamente. En un principio, los componentes de estas masas estaban tan cerca unos de otros como las matas de un cañaveral; después se fueron separando,

extendiendo, como el ganado cuando sale a pastar, y se veía cual si los vaqueros lo arrearan hacia nosotros.

Unos clarines, hermanos de los de Santa Cruz de Neira, esparcieron sonidos que nunca antes habían aleteado sobre aquellas lomas, aquellos mezquites, aquellas rocas blancas; y los cañones seguían tosiendo con accesos regulares.

En el centro de la llanura, los extremos de los dos torrentes se unieron y vi cómo se desviaban de mí, hacia la parte más lejana y más baja del cerro donde estaba Campa, donde se alarga más la pendiente, donde no hay cantiles verticales, donde las rocas parecen irse encogiendo. Y antes de que se oyeran cuchichear los rifles, la masa se detuvo, los cañones tuvieron un instante de alivio. Debe haber sido exactamente el mediodía, porque el rayo de sol dejó de entrar por mi ventana.

Luego, el núcleo se descompuso; una línea angosta y larga, una hebra de hombres, una cáscara, se desprendió y comenzó a ascender por la ladera; otra le siguió al poco rato, otra tercera se llevó el resto; y entonces fue cuando los cañones volvieron a sonar y cuando en su coro se mezcló una voz nueva; era como una rueda de disparos que fueran dando vueltas de un manubrio; su celeridad era uniforme, su sonido monótono; eran las ametralladoras que anunciaban su presencia cacaraqueando.

Al cañón le había perdido el miedo desde aquella granada que maduró sobre mí, dejándome ileso. La ametralladora era un enemigo nuevo; en saberla manejar y en ignorarla radicaba una de las más grandes diferencias entre los Colorados y nuestros enemigos. Me sentí como si estuviera atado ante una fiera. Retiré los codos de la ventana, caí de rodillas y me incliné hasta que la mirada, para salir, tenía que lamer el borde de la pared. Si la ametralladora hubiera apuntado hacia mí cacaraqueando otra vez, me hubiera rebanado la frente, como un hachazo parte el tronco de la encina.

Hasta entonces fue cuando las carabinas de culatas amarradas con alambre, raspadas y sucias de los Colorados principiaron a estornudar. De las crestas del cerro, las cadenas de estallidos echaron a rodar un alud de proyectiles; las balas de acero y plomo de los 30-30 cayeron como granizo sobre los árboles, derribando las hojas. Al rugido empavorecedor de los cañones y al chasqueo incesante de las ametralladoras, montañeses y campesinos contestaban con sus armas diestras en la caza del venado y en la muerte del puma. Todas

hablaron menos la mía, abandonada bajo la panza de un caballo muerto en un matorral que ardió.

Las olas no pueden trepar por los acantilados; los azotan, penetran en las oquedades, mugen al estrecharse entre las rocas más altas, se deshacen en espuma entre los riscos y regresan como para tomar impulso y subir más alto. Así, la primera hebra de hombres llegó a la mitad del declive, se detuvo, se deformó entre los peñascos, retrocedió revolviéndose con la otra cáscara, tornó a subir, a detenerse, a regresar, a mezclarse con la tercera que la alcanzaba y de nuevo fue a chocar contra la ladera, a deshacerse como espuma, a caer en el plano.

¡Entonces las ametralladoras no habían rebanado como hacha de leñador, la frente de Campa, la de Marcos, la de Álamos, la de Baca, la de Armendáriz!... ¡Me puse en pie, y echando medio cuerpo fuera de la ventana, abarqué todo el espectáculo de una sola y libre mirada!...

Otra vez suena el clarín, un clarín vibrante y grave que grita cual si fuera un jefe, y el cañoneo enfurece como animal que cayó en una trampa; vense los copos amarillentos de las granadas cuando nacen sus balines sobre la cresta misma del cerro atacado, todo a lo largo de ella, y parecía que los artilleros quisieran nublar las trincheras. Del cañaveral de jinetes, varios tallos se desprendieron, unos hacia la infantería detenida en la playa, otros que brincaron sobre el cerro que ocultaba de mi vista los trenes expectantes de la columna federal. Y mientras el cañoneo seguía dando sombra a las trincheras, otra masa de hombres apareció en la lejanía, se adelantó de prisa, se mezcló con la primera, la ensanchó, la espesó, dobló el número de sus ametralladoras, la hizo dividirse ahora en cuatro líneas que se adelantaron otra vez hacia la colina salpicada, desde la primera marejada, de inmóviles puntos negros.

Ahora, el oleaje subía con lentitud; tras de cada roca, los federales se detenían a hacer fuego y no adelantaban hasta que la línea de atrás los empujaba. Cañones y ametralladoras competían en descargarse rápidamente, y de arriba del cerro los Colorados hacían tronar sus carabinas sin descansar. El asalto federal, lento y firme, tuvo que detenerse de nuevo a la mitad de la ladera, donde la mano poderosa de los 30-30 les había marcado el alto ya dos veces. Sonaban los clarines con órdenes de avance, con frases de ánimo, pero las cuatro líneas fundidas en una sola no adelantaron una roca más.

Quizá media hora estuvieron así, cambiándose disparo tras disparo, y luego, la masa de atacantes cambió el frente, como si quisiera penetrar por en medio de los dos cerros nuestros; la vi venir hacia mi refugio y oí golpes en el muro; una lluvia de arenilla se mezcló a mis cabellos y tuve que ocultarme otra vez, asomando solamente cuando no sentía el redoble de las balas sobre la pared. En una de estas ocasiones vi cómo se adelantaba para unirse con la infantería un jinete de camisa color lila; quizá se había despojado de su guerrera a causa de aquel calor de plomo derretido. Entonces pensé en la pistola y sacando la mano por la ventana, vacié su carga sin saber hacia dónde.

Los federales no llegaron hasta mi defensa; oía solamente sus gritos y sus disparos, cada vez menos frecuentes. Una voz lanzada cerca dijo claramente: “Rindan armas, muchachos”. Luego, muchos más gritos, menos estallidos. Asomé cautelosamente; los atacantes se agitaban en confusión, arrojando las armas a tierra, corriendo sin rumbo. El jinete de camisa lila no estaba ya a la vista. Me pareció que algunos soldados reñían entre sí, como si unos quisieran avanzar y otros retroceder. Y mientras tanto, seguían los Colorados restallando sus latigazos.

Muchos soldados se alejaron a la carrera, otros les siguieron a paso largo, unos cuantos se retiraban apuntando todavía sus rifles hacia las crestas. El tiroteo comenzó a resbalar hacia el silencio; no llegaba todavía, pero comprendí que la pendiente lo llevaría hasta la cima sin remedio. Las ametralladoras habían dejado de cacaraquear y solamente el cañón renegaba de vez en cuando, más ronco, más cansado.

Unos silbidos lejanos, voces de locomotoras se acercaron desde el norte; un gran griterío brotó de las alturas de los dos cerros de Rellano. Me acordé del tren que llegó a Baca, con el refuerzo. Los federales seguían alejándose, ya sin disparar. Había llegado la hora en que baja la marea.

Todavía volaron muchas bombas mientras el enemigo llegaba a su cerro, su punto de partida, y desaparecía tras él. Después, la tormenta rodó definitivamente hacia el silencio.

Salí de mi casa blanca cuando los demás Colorados comenzaron a bajar de sus trincheras y me revolví entre ellos para recorrer el llano, desolado, como si la tempestad que pasó sobre él hubiera absorbido todo lo viviente. Una larga tropa de caballería salió por



el cañón y nos ganó delantera, mientras nosotros vagábamos en las laderas, saltando entre las rocas hacia las manchas negras caídas sobre el terregal. Tres ametralladoras habían quedado silenciosas, abandonadas, entre grupos de muertos yacentes en posiciones inverosímiles, cubiertos de polvo, como escarchados. Sus caras y sus manos sucias parecían amortajadas con tierra; sus ojos opacos, como cubiertos de moho.

Me incliné sobre uno para recoger el fusil medio cubierto con el cuerpo; frío, congelado, el soplo de su vida se había evaporado al esparcirse la sangre en la superficie porosa de la tierra.

Marcos llegó a caballo, con mucha gente.

—Vamos a ver el choque —me dijo.

Y montando en ancas de su caballo, como la noche anterior, galopamos hacia donde había visto caer un pedazo de sol. Todavía no llegábamos al sitio preciso de la explosión, cuando los caballos comenzaron a brincar sobre trozos de hierro aún tibios, sobre durmientes deshilachados, sobre pedazos de cuerpo humano, negruzcos y sangrientos. Después vimos rieles de acero retorcidos como ramas secas, tubos rotos, ruedas incompletas, brasas de coque chamuscando los mezquites.

De nuestra locomotora no había quedado sino una duna de hierros arrugados, sobre la que habían caído unas planchas de acero cuadrículadas de blanco y negro, restos de una góndola blindada; más allá, hacia el sur, media plataforma tendida de costado había volcado en el suelo su cargamento de listones de madera y otra máquina, destripada, hundida la frente como si le hubiera caído una montaña encima, rotos los rayos de su abanico guardavía, aplastada la redonda chimenea, destrozado su fanal, yacía con las ruedas sumergidas en tierra: era un cadáver de locomotora. Y entre todas esas ruinas, restos humanos, cuerpos incompletos, fusiles retorcidos.

Varios de nuestros hombres removieron unas cuantas piezas como si buscaran algo; luego, abandonaron esa labor por inútil y cabalgamos nuevamente a continuar el recorrido.

La tarde decaía, fatigada. Sobre los cerros aparecieron grandes nubes que parecían absorber las últimas blancuras del día; sus masas sobrepuestas figuraban, a veces, cabezas de viejos barbudos y de mujeres despeinadas, lomos de potros, puños amenazantes, cerros de vapor que se encimaban sobre los de roca. Encontramos dos cañones, quietos, abandonados, muertos también, vacío su ojo

único. ¡Qué satisfacción ponerles la mano encima y sentirlos callados, fríos, inofensivos, vencidos! Cuando varios jinetes los ataron a la punta de sus reatas y los arrastraron por el llano, hacia nuestros trenes, los cañones inclinaron la trompa hacia el suelo, humildes, tristes, bestias capturadas.

Y llegamos a los trenes cuando volaban por el aire las primeras flechas de la sombra. Encontramos un grupo como de treinta federales, hechos prisioneros por la caballería que se nos adelantó; pálidos, la sangre no lograba trasparentarse bajo la piel espesa y sucia; estaban como enmascarados de muertos. Campa los interrogaba y ellos decían quiénes habían sido sus jefes, cuáles sus batallones, cómo habían atacado, quiénes iban heridos.

—¿Y el de la camisa lila?

—Mi mayor Nicolás Martínez.

—Estaba ya herido de una mano cuando se quitó la guerrera.

—Le dieron un tiro en el esternón y otro en la cabeza.

—Cayó del caballo y se lo llevaron entre cuatro.

—¿Muerto?

—Sí, señor.

—¿Y por qué se acercó tanto?

—¡Quién sabe! Vendría a darnos ánimos al ver que estábamos aflojando.

Recordé la franja de oro que en el retrato le cruzaba el pecho y que quizá hubiera detenido la bala si no se hubiera quedado en camisa lila. “Jefe de Estado Mayor, que regresa de las escuelas militares de Europa”. ¡Para morir en la desolación del desierto! ¡Valiente! ¡Valiente! Se hubiera quedado allá, tras los cañones, viendo el combate a través de sus prismáticos... Pero no; vino a compartir con sus soldados la angustia de un asalto fallido y balas cansadas de vagar fueron a posarse en su cuerpo de atleta joven. Sentí ganas de llorar por él, como si hubiera sido un amigo, e instintivamente me toqué la pistola, vaciada sin apuntar, desde una ventana de la casa que parecía terrón de azúcar.

Imaginándome que una de mis balas le hubiera matado, sentí vergüenza de mí mismo.

Los trenes nos arrastraron hacia el norte, y dormimos en Jiménez.

## Decepción

Estamos otra vez acuartelados en los carros, en el mismo sitio que tres días antes. Otra vez nos domina la incertidumbre y la impaciencia. ¿Para qué hemos salido? ¿Para qué fue el sacrificio de hombres que se quedaron bajo sus caballos muertos, en un matorral ardiendo? ¿Para qué aquel destrozo de cuerpos humanos lanzados por los aires al detonar la dinamita de la máquina loca? ¿Para qué sacrificamos a Nicolás Martínez y a tantos otros que quedaron tendidos en las laderas de los cerros de Rellano? Nos encontramos en la posición que teníamos antes de la batalla. Si vencer es adelantar, conquistar, penetrar, no hemos vencido. Me paso la mano por mi cara imberbe y recuerdo a Campa. Después, mi pensamiento brinca, como caballo de ajedrez, a Orozco. Dudo de ellos, que nunca llegaron a inspirarme admiración ni confianza. ¿Qué estamos haciendo otra vez aquí? Acuartelados en los carros, con órdenes de no salir de la estación, sino con permiso del general Ruiz, hemos visto pasar las horas de dos días rodando silenciosamente sobre los rieles paralelos de las desviaciones. Como si me hubiera cansado ya de aquella vida, me había despojado de la pistola, arrojándola como cosa inútil sobre unos cajones de parque.

Los de la Brigada Ruiz no teníamos ya ni de qué hablar. En todas las caras veía yo la misma inconformidad, la misma inquietud. Marcos se pasaba las horas en la oficina del telegrafista, esperando un mensaje que no llegaba. Los demás, silenciosos, iban y venían entre los carros, por la mañana, por la tarde, por la noche.

Hasta que al encontrarme a solas con Alatorre, estallé como una granada que choca con las rocas de los cerros.

—¿Cuándo demonios vamos a salir de aquí?

—Y tú, ¿qué prisa tienes?

—Salir de estos llanos vacíos, ver ciudades nuevas, caminar entre grandes bosques, por valles donde no haya tanta arena ni caiga tan a plomo el sol.

—Me haces gracia... Como si estuviéramos haciendo la revolución para que el señor teniente Abasolo se divierta.

—No es eso, pero creo que todos pelearíamos mejor si viéramos que en vez de estar esperando a que nos ataquen, avanzamos, tomamos ciudades, nos acercamos cada día más a la capital de la República.

Alatorre movió la cabeza con pesadumbre.

—Eso no será posible —dijo—. Todos los demás se han rajado. El compromiso era que el general Orozco y los suyos diéramos el grito de rebelión e inmediatamente en todas partes del país seguirían los levantamientos hasta dominar al gobierno. Pero nos han dejado solos. Nada más unos cuantos habladores dicen que nos ayudan, lanzando desde Estados Unidos sus manifiestos contra el presidente, y nos gritan que avancemos, pero ninguno viene a meterse entre los balazos. Ni siquiera son para enviarnos tantito parque, que ya comienza a hacernos falta.

—¿Por qué fuimos nosotros los que comenzamos? Haber dejado que otros salieran primero.

—El general Orozco... Se hizo amigo de gente rica, enemiga de don Francisco, el presidente, y cuando menos pensamos, aquí estamos otra vez de revolucionarios. Marcos no quería, ni Aguirre, ni yo, ni nadie de la brigada. Pero ¿qué habíamos de hacer? Compromisos con el general Orozco. Resulta que el único que viene aquí realmente porque le da la gana eres tú...

No tenía yo nada que contestar a esto y lo dejé seguir hablando.

—En el fondo, somos una bola de traidores. Muchos de los que estuvieron con nosotros en la pelea pasada, ahora son nuestros enemigos. Ya ves el Pancho Villa qué trabajo da. Él era un bandido y nosotros gente buena; ahora él es un leal y nosotros unos volteados. Y una mala causa no gana nunca.

—Luego, ¿estamos amolados?

—Para mí que sí. No nos queda otro remedio que defendernos como gatos boca arriba.

—¿Por qué no suspendemos la guerra?

—De todos modos nos fusilarán en cuanto nos agarren. Ten por seguro que al que le pongan la mano encima, lo truenan sin darle tiempo para que le tiemblen las piernas. Y para esas gracias, es mejor morir peleando, a ver cuánto tiempo podemos estirar la vida...

Se puso en pie.

—No hables nada de esto con el general, ni menos le platiques lo que yo te dije. Va a creer que los ando desmoralizando, y me echará una regañada buena. A lo mejor, hasta piensa que me ando rajando.

—No te apures, Alatorre, que no le diré nada. Pero si quieres saber lo que yo pienso, oye: no creo que Marcos pierda, porque

vale más que todos los que vengan a atacarnos. A donde él vaya, he de ir yo también.

Me puso la mano en el hombro, sonriendo. No volvió a decir palabra. Encendió un cigarro, tomó su sombrero y dio un brinco para fuera del carro. Yo me quedé haciendo esfuerzos por comprender por qué le había dicho aquella opinión sobre Marcos, pues no quería que éste llegara a saberla.

Más tarde, cuando lo volví a ver, lo llamé aparte para decirle:

—No le digas nada a Marcos... Me daría pena que creyera que...

Su ancha mano diestra me acarició torpemente en la espalda, casi con cariño.

—Te falta ver mucho todavía. Las cosas cambian completamente cuando uno va de bajada...

No le comprendí; cambié el tema:

—¿Y qué estamos esperando aquí? Yo pensaba que después del triunfo de Rellano, íbamos a precipitarnos tras de los federales, a tomar un prisionero en cada kilómetro, un cañón abandonado al pie de cada cerro, un tren en cada estación. Y resultó que nos regresamos a nuestra base, mientras los federales deben haber regresado a la suya.

—Es que había enemigo por otros lados. El general González Salas había destacado una columna de caballería para que, avanzando a distancia de la vía del ferrocarril, nos atacara por un lado mientras estuviéramos combatiendo con el grueso de la división; el general Orozco tuvo que salir abatirla y aún no regresa. Por otro lado, Pancho Villa tomó Parral y el general Campa salió de aquí por tren y lo está atacando. Ya ves que la revolución sigue...

Esa noche llegó Pascual Orozco, vencedor de la columna federal de caballería; prisioneros sucios, heridos, cansados; dos cañones cautivos, silenciosos, vencidos. Los Colorados hablaban del triunfo. A uno de ellos, que sería oficial de Orozco, le oí decir:

—Son machos estos federales y nos dieron la prueba. Sepan ustedes que diez soldados se quedaron en una casita mientras los demás se retiraban y estuvieron peleando toda la noche contra doscientos de los nuestros. No hubo modo de agarrarlos vivos; al amanecer, uno de ellos abrió la puerta y salió corriendo. Fue el único que escapó, pues en la casita encontramos nueve muertos caídos abajo de las ventanas, todos agujereados de la cabeza.

## Otra vez

Siempre sucede que nuestro tren se pone en marcha cuando yo estoy dormido. Parece que hay el propósito de salir todas las veces de madrugada, cuando nadie puede darse cuenta de que partimos, del rumbo que tomamos, de cuántos somos, a qué vamos. Cuando desperté, el convoy estaba detenido. Muchos de los soldados habían bajado de los carros y andaban sin rumbo, no lejos de la vía. Marcos, Aguirre, Alatorre y los otros oficiales no estaban a bordo.

Me asomé; adelante de nosotros, sobre la misma ruta, se veía otro tren con gente, como a medio kilómetro. Quise saber lo que ocurría interrogando a algún soldado, pero recordé, como si las hubiera visto frente a mí en un cartel, las palabras de Marcos: “Nunca preguntes nada. En la guerra hay que dar la impresión de que uno sabe lo que está haciendo”.

Desconocí el lugar, luego no habíamos retrocedido. Los cerros lejanos tenían un perfil nuevo para mí. No encontré ninguna placa que marcara el kilometraje, ni tampoco rótulos con el nombre de una estación. A distancia, casas de un solo cuarto, plantadas sin orden, parecían querer defenderse de nosotros con trincheras de chiquillos sucios y descalzos alineados en las puertas. Perros flacos, audaces y humildes por el hambre, husmeaban bajo los carros, buscando desperdicios.

Un ojo de agua, redondo, de bordes hundidos, de líquido azul, daba de beber a un semicírculo de sauces que inclinaban sus ramas hacia el espejo ondulante. Soldados que llenaban sus cantimploras espantaron a un becerro cara blanca que corrió hacia el tren, se detuvo sorprendido ante nuestro carro y huyó por el campo con el rabo levantado. Un buey de cabeza abrumada de tanto llevar la coyunda permanecía con las patas metidas en el agua, y dos burros mancornados se alejaban a saltos.

Eso era todo lo que había que ver; nadie del pueblo con quien hablar. Y me mezclé con los soldados para oír sus pláticas.

—Yo creí que Martiniano se pelaba. Le cayó la granada tan cerquita, que cuando se bajó el polvo vimos que al pobre le faltaba una pata. Nunca pensé que un hombre echara tanta sangre; parecía un buey. Pero lo amarramos muy bien y cuando salió el tren de heridos para Chihuahua, el hombre iba fumándose un cigarro.

Y luego, en diferente grupo:

—Yo digo que lo que más les espantó fue la máquina loca. Afigúrate lo que ha de ser que lo mochen a uno en pedacitos y lo avienten pa'arriba...

Otro:

—La carne de los carablancas es la más fina. Nada mejor que matarlos a bala y sacarles el puro lomo para asarlo con todo y cuero. Si no tienes sal, le quitas la bala a un cartucho y echas a la carne tantita pólvora...

Más allá:

—¡Cuarenta cartuchos por cabeza! ¡Ya ni la amuelan! Cualquiera día van a querer que uno pelee con las uñas. Cuando la revolución del señor Madero, sí teníamos parque hasta para disparar a lo loco. Veías tú llegar a los gringos con mulas y más mulas cargadas, y había soldado que traía hasta trescientos cartuchos encima. En cuanto se te acababan, pedías más y ahí venían corriendo a dárteles...

Ninguno decía adónde íbamos. Y después de todo, lo mismo daba. Desde aquellas cosas que me dijo Alatorre, comencé a sentir indiferencia por cuanto pudiéramos hacer. Comprendía que fuese yo para acá, o para allá, las cosas no cambiaban de aspecto. Había que confiar en Marcos, en lo que él dijera, en lo que él hiciera. Si él ganaba, ganaría yo también. Si él perdía, “ni tiempo para que le tiemblen a uno las piernas”.

Llegué hasta nuestra locomotora. El otro tren estaba sobre los mismos rieles, pero como apuntando hacia nosotros. En los techos de los carros veíanse los soldados apretados como cartuchos en la canana. Una masa oscura de hombres reunidos a la sombra del último carro, me dio idea de dónde podía estar Marcos. Después, aquella máquina dio tres silbidos, todos los que estaban en tierra montaron a los carros y el tren fue retrocediendo. La nuestra dio dos, montamos nosotros y avanzamos. La vía fue haciendo curvas por entre cerros, como si retrocediera; y en ellas veíamos al otro tren, que parecía ir resbalando de cola.

Apareció a la orilla del camino una casa pintada de rojo, con techo de láminas inclinadas: una estación. Y la vía se dividió en dos, para que el otro convoy entrara en una rama y el nuestro en la paralela. Pude observar a los orozquistas que nos habíamos encontrado, con sus cartucheras lacias, pobres de parque y muchos de ellos vendados, manchados de sangre. De uno de los carros partía rumor de hombres que se quejaban. Nos vieron pasar con indife-

rencia, sin ganas de hablarnos. Y después de un minuto de espera, la cadena de vagones se puso en marcha y se alejó por donde nosotros habíamos venido.

Marcos subió al carro, con los demás.

—A la orden, mi general...

—Campa... derrotado.

Me dio gusto. Tuve que hacer un esfuerzo para no sonreír. Después, Marcos y yo nos quedamos mirando uno al otro, largamente, como si él esperara una interrogación que no partió de mis labios, pues me había hecho el ánimo de no preguntar nada más, ya que creía saberlo todo: los motivos de la lucha, nuestra situación moral, el balance de las probabilidades de éxito o de derrota.

Y lo que era más todavía, mi espíritu había absorbido del paisaje inmóvil, de los sauces que inclinaban sus ramas sobre el ojo de agua, de los chiquillos harapientos que hacían trinchera en las puertas, de los burros mancornados que caminaban a saltos, la indiferencia.

Porque no podíamos “dividir la tierra en dos, ni igualar la altura de las montañas...”.

## Guerrillas

Parecía que estaba enfermo el convoy en que íbamos; adelantaba lentamente, balanceándose sobre la vía, jadeando la locomotora como un ser poseído de fiebre. A veces, al llegar a una estación, Marcos bajaba y nosotros tras él, a inspeccionar todo; entraba en las piezas abandonadas, asomaba por las ventanas de rotos cristales, salía a los andenes y echando mano a sus prismáticos, veía y veía y volvía a ver el horizonte; luego, observaba las líneas rotas del telégrafo, algún poste derribado, alguna huella sobre la tierra cercana. Y volvíamos a montar al tren, que proseguía su marcha como un herido que camina renqueando rumbo al hospital.

La vía jugaba, gozándose en hacer curva tras curva, entre lomas y montes, pasando por el flanco de uno, partiendo en dos los acantilados de otro, cruzando más allá el cauce de un torrente abierto en el flanco de un cerro más grande. Una vez, como si la fuéramos persiguiendo, se metió entre dos picachos muy altos, y nos detuvimos. Marcos ordenó que se desprendiera la locomotora y fuese delante, arrastrando tan sólo una góndola de las que se usan para el metal,



de paredes de hierro, tras de las cuales veinte de nuestros hombres asomaban las cabezas y la punta de sus fusiles.

La locomotora se perdió en los vericuetos de la vía. Vi cómo iba empequeñeciéndose hasta entrar en el cañón de los picachos. Después, oímos su agudo silbido, puñal de vapor que desgarrar las capas de aire, resonar a distancia, como si quisiera espantar algún mal espíritu escondido en los pliegues de las rocas. El eco devolvía débilmente la voz mecánica, y bandadas de pájaros volaron lejanas sobre las crestas de los cerros vacíos.

Un rato largo pasó antes de que volviera a aparecer la góndola en la entrada del cañón. La máquina vino a engancharse de nuevo a los demás eslabones. El jefe del pequeño grupo que fue a explorar, rindió su parte:

—Parece que no hay nadie, mi general.

Y reanudamos la rodada, curva y curva por entre los cerros.

En nuestro vagón había un nuevo huésped: una de las ametralladoras que recogimos en la falda del cerro de Rellano, aquel día de la máquina loca, de la casa blanca y de la camisa lila. Le habían abierto sus tres patas, rara postura entre la del hombre y la del caballo, y la pusieron apuntando hacia el campo a través del portón abierto. Era una especie de carabina, pero más gorda y más larga; por un lado, como si dijéramos por la cadera, se le metían unos peines largos, cuyas puntas eran balas; meneándole un rabillo que tenía más atrás, salían todos los tiros en el tiempo de un estornudo. Además, tenía un asiento como los de las bicicletas, en el que uno podía sentarse para inclinarse sobre el cañón y afirmar la puntería.

—Tienes que aprender a manejar eso —me dijo Marcos—, porque si agarramos más te voy a nombrar para que te llesves una.

—Está bueno, nada más que no tenga yo que echármela en el lomo...

—Habrá uno que te ayude, que la cargue, que la limpie...

Le hice un cariño a la ametralladora.

Curvas, cerros, precauciones. El sol que pasa, que baja.

—¿Por qué vamos tan despacio, Marcos?

—No conoces a ese Villa. Es el tipo más mañoso que hay. Si al amanecer estaba en Parral, al mediodía puede encontrarse a ochenta kilómetros al norte o al sur. Campa dice que no tenía locomotoras, pero no es difícil que se nos presente en el camino, en cualquier cañón, en cualquier bosque, donde crea que nos sorprende. Por

eso, más vale ir despacio y viendo con cuidado para todos lados. Si las liebres saltan por donde menos se piensa, Villa se aparece más cerca todavía...

—Le están dando mucha fama con decir tantas cosas de él. Mañana que lo tengamos cogido...

—No lo pienses; a Villa no lo apresará nadie, ni con una red de esas grandes para pescar en el mar. Lo derrotaremos, sí; pero tomarlo..., como no se quede paralítico...

Otro alto. Aguirre anunció:

—Mi general, ya llegamos.

Era más de la media tarde. Los rayos del sol pasaban horizontales sobre la tierra. Colinas y más colinas nos rodeaban por todos lados. Un mezquital poco elevado, pero espeso, parecía arrancar de los flancos del terraplén para ir a alfombrar los altos y los bajos de la tierra arrugada. No se veía ni un caserío, ni un lote de tierra labrada, ni ganados pastando. Parecíamos estar en la mitad del campo, en el centro del vacío y del silencio.

Sin embargo, ya los soldados habían comenzado a bajar; abrieron las jaulas de la caballada y echaron los animales a tierra. Fuimos a ensillar, y una media hora después todos estábamos sobre la silla, listos para partir, cuando Marcos dio la orden. La columna se puso en marcha por un camino de rueda descubierto a pocos metros de la vía. Los carros se quedaron abandonados, apenas escoltados por docenas de hombres que conservaron la ametralladora.

—Yo creí, Marcos, que íbamos a Parral.

—Pues para allá vamos. Sólo que no nos vamos a meter a la estación montados en el tren y toque y toque la campana.

—Claro que no. Villa es tan terrible...

Me miró, creyendo con algo de razón que yo tenía ganas de burla.

El mezquital comenzó a espesar y a elevarse. Marcos iba receloso de una sorpresa. Otra vez nos habíamos formado en una columna larga y angosta, como aquella de Cruz de Neira. El sol había bajado hasta tocar la tierra; ahora sus rayos iban hacia arriba, desflecando las nubes doradas, desvaneciéndose en la mitad del cielo pardo y opaco.

No hicimos el menor alto. Procurando conservar el silencio, atentos a todos los ruidos de la noche y del matorral, trotamos hora tras hora. Se iluminó el lucero de la tarde y luego muchas estrellas

más. Y los caballos continuaron su trote haciendo curvas entre los mezquites, subiendo y bajando laderas. Yo comenzaba a cansarme; hubiera preferido llegar en tren a la estación de Parral, suene y suene la campana. Yo no creía que fuese tanta cosa ese Pancho Villa.

—¡Pie a tierra todo el mundo!

Habíamos llegado a un bajo entre dos cerros largos, de poca vegetación. Arriba, en el cielo, se expandía una claridad grisácea. Yo no sabía cómo conocer la hora por las estrellas, pero por mi cansancio pensé que la medianoche no debía estar muy lejos. Ya era hora de dormir un poco.

—¡Carabinas y toda la dotación de parque!

Comprendí que no se trataba de dormir todavía. Me armé, dejé mi caballo a los que estaban encadenando y me fui a reunir con Marcos.

—¿Para dónde?

El general extendió el brazo: a un kilómetro, o menos quizá, estaba un cerrito cuya silueta se demarcaba claramente en el fondo de un cielo color plomo azulenco. Un cerrito de flancos muy pronunciados, casi como la copa de un sombrero de charro. Gente nuestra se había adelantado ya y su sombra oscurecía la sombra que flotaba en la tierra. Todos los movimientos se hacían en silencio. Yo esperaba algún centinela enemigo aparecer tras unas matas, gritarnos el quién vive y echar un tiro al aire. O bien, sonidos de cornetas, descargas uniformes. Nada de eso ocurrió; pronto nuestros hombres llegaron casi a donde debía estar la cinta de aquella copa de sombrero. Nosotros íbamos detrás, a unos doscientos metros.

De pronto, lucecillas en la punta del cerro y un cacaraqueo como aquel de la ametralladora de los federales. Alguien le debía estar meneando el rabo a una carabina gorda, montada en tres patas abiertas.

—¿Esa ametralladora es para mí, Marcos?

—Hombre..., espérate a que la agarremos...

—¿Voy?

—No. Tú te quedas aquí, conmigo.

—Yo voy, Marcos... ¿Para qué dijiste que trajéramos carabinas y toda la dotación de parque?

—¡Usted se queda aquí conmigo, Abasolo!

La balacera arreció; allá arriba seguía la ametralladora que yo consideraba ya como mía meneando el rabo como perro que recibe

a su amo. Luego, la voz más conocida de los fusiles habló de arriba para abajo y de abajo para arriba. Marcos, inquieto, parecía querer medir la intensidad del combate, si había más gente en la copa o si era mayor el número de la del ala. Así estuvo unos minutos, con los ojos abiertos e inmóviles, y yo me daba cuenta de que él quería tener algo así como manos en las orejas para captar los sonidos, para contar todos los disparos, para separar los de allá y los de acá. El cuerpo en tensión se aflojó y dijo:

—Son muy pocos. Si no les llega más gente en un cuarto de hora les quitamos el cerro.

Como el volumen de los estallidos no aumentaba, nos fuimos acercando. Nuestros hombres subían ya por la mitad de la pendiente. Marcos dijo a Aguirre:

—Manda gente a caballo a dar vueltas por las orillas. No vaya a ser que estén parapetados en otro sitio.

—Yo iré personalmente, mi general.

—Bueno, pero regresas luego a informarme.

Repentinamente cesó de rezongar la ametralladora. Nos quedamos atentos, esperando oírla de nuevo. Pasaron dos o tres minutos, tiempo de sobra para volverla a cargar o para que el operador, si estaba herido, cediera a otro su asiento de bicicleta. Nada. Luego, el tiroteo huyó perseguido por el silencio. Todo quedó quieto: segundos que vuelan, minutos que corren y algún disparo suelto, como salpicadura.

—Ya está. ¡Vamos!

Corrimos mientras el suelo era plano; repentinamente se inclinó hacia arriba, tan pendiente, que a veces había que apoyar las manos en alguna piedra para poder subir. Sobre nuestras espaldas comenzaron a pesar los rayos de la luna. Y sin oír más disparos llegamos a la cima, una planicie pequeña que podía caber en un vagón de ferrocarril. Alatorre estaba ahí con unos cuantos hombres, los demás se habían diseminado, ladera abajo, hacia el otro lado. Ocho o diez manchas negras, de realce, eran los restos de la gente de Villa.

—¿Cuántos había?

—Unos quince, mi general.

—¿Por qué dejarían aquí tan pocos?

—Tenían esta ametralladora...

La mostró; estaba entre dos rocas grandes y no era como la de los federales; ésta tenía un tubo más grueso, como el de los cañones,

tapado en la boca y abierto solamente en un tubito más pequeño, del tamaño de la falangeta de un dedo, por donde salen todas las balas. En lugar de peine, una cinta de lona, larga, que sale de un cajón de madera, le trae los cartuchos para disparar. Parecía como si se le estuviera cayendo una venda. No me gustó.

—Es americana... ¿De dónde la habrán agarrado?

—Un prisionero dijo que un gringo la maneja, no más que se fue en cuanto nos vio cerca.

—¿Cuál prisionero?

—Uno de esos que están tirados ahí. Como no sabía nada más, pues le dimos su pasaporte.

—¿Qué dijo de Villa?

—No sabía nada, mi general. Ellos tenían aquí casi treinta horas sin que los relevaran. Sólo el americano iba a comer y volvía. Tenían órdenes de no abandonar la posición.

Al otro lado del cerro estaba la ciudad, pero todas las luces estaban apagadas. Al fulgor de la luna que se elevaba, vimos torres, cúpulas, casas en los flancos de otros cerros, un río.

—Que no avance ninguno. Pueden estar escondidos en las calles queriendo darnos una sorpresa. Vamos a esperar a que regrese la gente que se llevó Aguirre para explorar.

—Muy bien, mi general.

Un rato después se oyeron ruidos por las calles como de caballería. Reflejos amarillentos de luces que salían de alguna casa, por alguna puerta, por alguna ventana, daban la impresión de que la ciudad revivía.

—¡Atención! Todos dispuestos a combatir.

—¡Atención!

—¡Atención!

Las voces fueron bajando del cerro a la ciudad. Y de la bocacalle más próxima se adelantó un grito:

—¡No tiren!

—¡Quién vive!

—¡Colorados!

—¡Qué gente!

—¡Aguirre!

Bajamos rápidamente. Era, en efecto, Aguirre, que había dado la vuelta a la ciudad. No había más enemigo que los quince hombres

de aquel cerro. Villa se había salido desde la tarde, temeroso de que Campa recibiera refuerzos y los sitiara.

—Te dije que era más difícil agarrar a Villa que a una liebre con anzuelo...

Ya estaba parpadeando cuando entramos en un hotel de dos pisos, escogido para Cuartel General. Unos camareros con más miedo que sueño me llevaron a un cuarto donde había una cama con sábanas; ahora sí tendría que desnudarme para dormir. Y mientras me iba hundiendo en el sueño, recordé que una vez, hace quién sabe cuánto tiempo, tenía yo una casa con corredor y patios...

## El gringo

Por dos días sentí la impresión de que la guerra había terminado: cama con sábanas, mesa con manteles, agua, jabón, el rechinado de las tijeras del peluquero, el roce de las brochas y los trapos del limpiabotas, paseos en coche. Laxitud, indolencia.

Aguirre y Alatorre, Álamos y Baca salían por la noche y regresaban muy tarde; a la mañana siguiente, pálidos y ojerosos, tomaban agua en abundancia. Marcos y yo éramos los únicos que permanecíamos en el hotel; Marcos siempre esperando, esperando.

Desayunábamos, cuando llegó Aguirre acompañado por un hombre del pueblo, de corta barba rojiza; en sus manos, un látigo de larga correa.

—Mi general, este hombre dice que sabe dónde está escondido el gringo de la ametralladora.

Marcos se puso en pie tan violentamente que derribó la silla, y fuese hacia el hombre.

—¿Dónde está? ¿Dónde?

—Aistá nomás ca el dotor. Hoy truje leña y le estaba descargando media cuerda, en el corral de atrasito, cuando vi que pasaba el gringo.

—¿Estás seguro de que es el que andaba con Villa?

—Lo vide muchas veces. Yo picaba leña en el corral de don Pancho.

—Teniente Abasolo —me disparó Marcos las palabras con la rapidez de aquellos rifles en tres patas—. Tome diez hombres y se va a aprender al gringo. Me lo fusila inmediatamente.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque es un extranjero que vino a matarnos por negocio, un filibustero, un criminal en cualquier parte del mundo. Váyase aprisa, y que sea la última vez que pregunte por qué cuando se le da una orden.

Salí confuso, por la reprimenda y por la comisión. Yo nunca había fusilado a nadie, nunca había visto un fusilamiento, no sabía fusilar. Pero ya Aguirre había reunido de la guardia del hotel los diez hombres que Marcos ponía a mis órdenes y el leñador del látigo se echó a caminar a largos pasos por una calle que hacía curva en un cuarto de circunferencia. Los soldados me rodeaban, todos revueltos, muy contentos. Uno me dijo:

—Se conoce que es usted el consentido del jefe.

No tenía yo, pues, más remedio que ir a fusilar al gringo. No sabía lo que debía hacer para ese resultado. Me vino a la mente un fragmento de novela: el comisario que toca una puerta, el criminal que aparece: “Daos preso, en nombre de la ley”. Yo diría “en nombre de la revolución”. Pero ¿después?

Llegamos frente a un portón que tenía un rótulo que decía “Doctor”, y un apellido extranjero que me bailó en los ojos. El corazón me latía furiosamente; me erguí, me estiré la ropa. No encontraba ocupación a las manos y redoblaba en el suelo con las puntas de los pies.

El hombre de la barba rojiza tocó la puerta con el regatón de su látigo.

—¿Quién?

—Yo, la leña.

Una hoja de la puerta se abrió ligeramente, los soldados se metieron empujando y atropellándose. Cuando yo entré, vi a una señora de piel y cabellos muy blancos. “En nombre de...” No, no era ella a quien yo buscaba.

—Señor... —me dijo asustadísima.

Yo miraba para todos lados: al frente, un gran patio con macetas y arbolitos; más allá, la puerta del corral de la leña. La señora estaba muda, y yo, atrojado, sin saber qué hacer. De un cuarto del patio salió un señor, ya grande, de anteojos, vestido con un saco blanco y unos pantalones muy angostos. Tampoco era él a quien yo buscaba.

—¿Dónde está el gringo?

—Yo soy alemán, y nada más mi esposa y yo vivimos aquí. Voy a llamar a mi vicecónsul.

El hombre de la leña se había quedado fuera o se había ido; yo no lo veía. El doctor y la señora me miraban angustiosamente. Los soldados, impacientes, me pedían con los ojos la orden de meterse, rifle en mano, por todos los cuartos. En un esfuerzo tan grande como cuando quería libertarme del caballo muerto, dije:

—Yo busco al filibustero que andaba con Villa. Sé que aquí está.

—Voy a llamar al vicecónsul —insistió el doctor y fue hacia la puerta. Un soldado lo detuvo del brazo. Otros, sin órdenes, se adelantaron al patio. La señora comenzó a llorar. De pronto, la puerta del corral sirvió de marco a un hombre corpulento que se adelantó hacia nosotros; vestía una camisa gruesa, amarilla, abierta del cuello, y unas botas altas, amarradas con unos larguísimos cordones que le hacían equis en el frente, unas botas de suela pesada que en la cantera del patio hacía ruido de caballo herrado. En su piel le resaltaban las pecas. Habló casi sin abrir las quijadas:

—*I am Thomas Fountain.*

Comprendí, sin entenderle, que era el filibustero. Algo por el tono de su voz, pero más por sus botas. Todo lo que tenía preparado se me olvidó.

—Jálele para afuera —le dije, haciéndole un ademán así como cuando espanta uno moscas. Y salimos todos en bola, echando a andar por mitad de la calle por la que habíamos venido. Ahora, ¿dónde lo iba yo a fusilar?

Un sargento que venía en la escolta, como si adivinara mi incertidumbre, dijo:

—Mi teniente, ahí a la vuelta está el cerro.

Llegamos a la callecita transversal, muy corta y muy angosta; tendría quince o veinte metros de largo, porque, luego, el cerro de grandes rocas abundantes en aristas se elevaba como una copa de sombrero. Lo reconocí; nosotros habíamos trepado de noche por el otro lado, bajo el fuego de la ametralladora que este grandote que viene atrás nos disparaba. Y cuando nos acercamos, nada más bajó y se metió en el corral de su amigo, el doctor, mientras unos cuantos de los nuestros se desangraban bajo las estrellas. ¿Qué tenía él que hacer en esta guerra? ¿Con qué derecho o en defensa de qué cosa suya tiraba a atravesarnos la barriga? La visión del cerro y el recuerdo del asalto me calentaron la sangre y me indignaron contra



el gringo. Comprendí por qué Marcos me dio con tanta violencia la orden de que lo fusilara. Yo habría hecho lo mismo. Le dije:

—¡Ándele, amigo! Vaya a pararse ahí.

Le indiqué el extremo de la calle, donde unas rocas rodadas de la cumbre se amontonaban.

Caminó lentamente; el ruido de sus botas daba solemnidad a sus pasos. Cuando dio media vuelta y vimos su cara, estaba rojo como un calenturiento. Con la cabeza metida entre los hombros y los puños cerrados, parecía como si quisiese endurecer el cuerpo para que no le entrasen las balas. Era el instante. No había que prolongarlo, ni por él, ni por nosotros.

—¡Ahora! ¡Tírenle!

Los diez soldados dispararon desordenadamente, cada quien cuando pudo. Fountain abrió las manos muy despacio, echó la cabeza atrás y luego todo el cuerpo. Cayó de espaldas, rígido, como un soldado de madera.

Atrás de nosotros se había reunido un grupito de curiosos. Algunas mujeres gritaron al oír los disparos. Los soldados echaron fuera de sus rifles los cartuchos, que saltaron entre las piedras. El sargento me dijo:

—Mi teniente, ¿me aprovecho de las botas?

Me miraba sonriendo, con unos ojos muy vivos. Debo haber hecho algún movimiento que él interpretó como señal afirmativa y se adelantó a despojar a Fountain de sus botas. Se las echó al hombro, colgadas de los largos cordones.

Para salir, tuvimos que dar unos cuantos empujones a la gente que se aglomeraba en la bocacalle y nos fuimos por aquella curva, en el mismo desorden en que habíamos venido.

Sonriente, mientras llegué a dar parte a Marcos, me quedé convencido de que yo sabía fusilar muy bien.

## La revolución

Apenas las ruedas de la locomotora que nos arrastraba fuera de Parral habían dado dos vueltas, cuando alguien se acercó a nuestro carro, el último, y arrojó al interior un paquete de papeles impresos; conocimos los periódicos de la ciudad de México, que nos caían después de un rodeo en parábolas por los Estados Unidos, y nos

echamos a deshacer el paquete con manos impacientes, tomando cada uno un ejemplar. Buscamos en las páginas con ojos inquietos, y atropelladamente, conforme las íbamos leyendo, gritábamos las noticias:

—Aquí dice que la columna del general González Salas salió de Torreón el día dieciocho de marzo. Vienen con él los generales Joaquín Téllez y Fernando Trucy Aubert, y el coronel Aureliano Blanquet, con el Veintinueve Batallón...

—Noticia vieja; éste dice que llegaron el diecinueve a Bermejillo, caminando por tierra la caballería de Téllez.

—Y el veinte avanzaron catorce leguas por el desierto de arena.

—El veintidós, el tren de reparaciones anunció con cinco silbidos que había enemigos al frente.

—Lee eso...; lee eso...

Todos dejamos caer nuestros ejemplares y atendimos a la lectura que Aguirre hacía lentamente, como si no quisiera que una sola palabra saliera del carro sin que todos la hubiéramos oído. Era la versión enemiga de un “combate breve” contra unos “rebeldes” que aparecieron al flanco derecho de la columna. Una caballería salió a su encuentro y los cañones les hacen varios disparos. Los “rebeldes” se van; unas chispas de las locomotoras incendian el matorral, donde hay muchos heridos orozquistas caídos durante el encuentro. Y la caballería de Téllez recoge bajo las panzas de sus caballos a los “oficiales rebeldes” Ramón Cruz y Félix Hernández...

Marcos saltó:

—Yo creí que habían caído muertos.

—“Ramón Cruz estaba herido en la clavícula derecha; la chaqueta de Félix Hernández, en la que brillaban las tres espigas doradas de capitán, estaba manchada de sangre...”.

Lejos ya de la ciudad, el tren se balanceaba velozmente sobre la vía; en las curvas, el silbato arrojaba vapor azul y sonido agudo. Cerros cubiertos de matorral compacto pasaban frente a las puertas abiertas de nuestro carro. Dentro, todos nosotros, en silencio espeso de angustia, esperábamos cada palabra.

—“A todas las preguntas que se les hicieron sobre la posición y efectivos de sus tropas, contestaron con sonrisas desdeñosas. Nada se supo a través de ellos. Considerándolos estorbos en la columna, la superioridad ordenó que fueran fusilados, y cinco minutos después, ambos cayeron perforados por las balas. El jefe Cruz recibió

en la cara todos los proyectiles, y por eso, cuando ambos cadáveres fueron colgados de los postes más próximos, una mano piadosa cubrió la cara de Cruz con un pañuelo...”.

Marcos no soportó más; la mezcla de su cólera y de su angustia hizo explosión. Apretaba las quijadas y apretaba los puños, se dilataban sus ojos húmedos, enrojeció su cara como si toda la sangre quisiera salir a través de la piel. Se puso en pie y fue hacia la puerta, a recibir aire. Todos los demás seguimos en silencio. Alguno se pasó la mano por los ojos, otro tosió. Marcos nos daba la espalda, como si no quisiera que en su cara viéramos la ira y el dolor.

—Nunca pensé que nos mataran así. ¡Cinco minutos! Luego, en exhibición, colgando de los postes... Y aquellas manos “piadosas” que le cubren la cara... ¡Horrible! Hombres de una misma patria, matándose así, como bestias...

Me acerqué a él, dejándole caer, suavemente, mi mano en el hombro. Sin volver la cara, me habló:

—¿Ves? Tú, que has unido tu suerte a la nuestra, sin saber por qué andamos aquí... Ése será tu fin: colgado de un poste, con la cara destrozada por los proyectiles...

Hablaba como llorando, ocultándome su cara. Su voz apagada se perdía casi en el coro de chirridos de las ruedas, las cadenas, las maderas.

—El mayor Adolfo Ramírez, el de Cruz de Neira, tiene en Chihuahua la ciudad por cárcel, bajo su palabra de honor. Félix Hernández oscila como péndulo de un poste, dando la hora de la muerte.

¿Félix Hernández? ¿Félix Hernández? ¿Qué recuerdo tenía yo de él? ¿Qué recuerdo?... ¡Ah! Su voz, su voz alegre y juvenil, que en la marcha por las arenas blancas del norte de Rellano, decía: “Tiene dos años..., le gusta tomar la pistola de mi funda..., nos apunta..., se ríe...”. ¡Un niño! ¡Un hijo!

Otro largo rato callados, viendo las montañas lejanas hundir su perfil en las nubes oscuras de tormenta, viendo cómo se encoge el matorral, y la tierra enrojece y brilla bajo el sol.

—Eso ya no tiene remedio, Marcos. Vengaremos a Ramón y a Félix Hernández. Al federal que capturemos nosotros, lo fusilaremos en cinco minutos.

—Pero no estamos peleando por venganza, Alvarito. La revolución es algo más, algo tan grande, que nos exhibe a los hombres

en toda nuestra insignificancia: es la inconformidad del pueblo con su miseria. Cuatrocientos años trabajando para recibir en pago el hambre que lo enerva, que lo debilita, que lo agota. El hambre, una punta de hierro hundida en el vientre. Las generaciones nacen y mueren con hambre, sin haberse sentido hartas nunca. Hasta que se arrancan del vientre aquel hierro, que en sus manos se convierte en arma para luchar contra su enemigo. Eso es la revolución.

—¿El presidente Madero no es revolucionario?

—Sí, lo es, y nosotros, sus contrarios, lo somos también. Pero queremos llegar al mismo lugar por caminos distintos. Madero, Orozco. Nombres nada más. Nosotros no debemos personificar las ideas, porque el pueblo se aleja más fácilmente de los hombres que de las tendencias. No es preciso que sea Orozco el que triunfe sobre Madero, ni Madero el que se imponga sobre Orozco; es preciso que sea el pueblo el que triunfe, a pesar de los errores, de las pasiones, de las locuras, de la ceguera de sangre, de los odios... y a pesar de los hombres. De estos hombres que estamos divididos en dos grupos: los que ayudan y los que estorban. Que nos serene y que nos consuele la seguridad de que podemos ayudar todavía, después de haber ayudado un poco...

Se calmó. Volvió hacia nosotros su cara de cartón, dura y pálida. Se sentó de nuevo. Y después de un rato, Aguirre siguió leyendo:

—“El veinticuatro de marzo, los rebeldes estaban atrincherados en los cerros de Rellano...”.

## **Impotencia**

Ahí estamos otra vez, atrincherados en los cerros de Rellano, esperando detrás de las mismas rocas, frente a la misma planicie, bajo las mismas nubes quizás, el ataque de una segunda masa de enemigos. Allá abajo, donde comienza la ladera, veo las tres blancas casitas cúbicas, soleadas y limpias; la vía del ferrocarril que se aleja hacia el “Km. 1313”, donde cayó el pedazo de sol; los montecillos pelados al rape que nos ocultan, como cortinas de roca, los movimientos de los federales; a lo lejos, el espejo triangular del agua almacenada en un presón. Nada se mueve ante nosotros, nada vibra, nada suena. Ha vuelto a posarse sobre el campo la calma que con sus cinco alaridos ahuyentó el cañón.

Nos han colocado aquí por la mañana, muy temprano; ahora tengo el mando de veinte hombres que he puesto tras las rocas, diez a la izquierda, diez a la derecha. Me sigue un sargento que calza pesadas botas abiertas en el frente, donde los lazos forman dos docenas de equis. Es el mismo de aquella vez.

Las horas se arrastran diciéndonos que vamos a esperar en vano. Y esperamos mientras el viento vine a molestarnos los oídos con su roce sonoro y levanta un vaho blancuzco de la tierra.

Descubro una cosa nueva: al pie del cerro, entre dos crestas de peñascos, se ve como un bosquecillo de palos secos; son cruces, plantadas sin orden, verticales unas, inclinadas otras, altas y bajas, abiertos sus brazos en todos sentidos. Ahí quedaron, encajonados en tierra, nuestros enemigos de ayer. ¿En cuál poste de los que a distancia parecen alfileres clavados en el suelo, pendió con la cabeza cubierta el cuerpo de Ramón Cruz? ¿En cuál fue, de aquellos montes lejanos que medio se ocultan unos a otros en un tejido de siluetas, donde caímos bajo nuestros caballos, en el oleaje de fuego del matorral?

Allá, cerca de la vía, donde aún se percibe el esqueleto de la locomotora muerta, en aquellos claros, fue donde capturaron los cañones que ahora, altivos y alegres como antes, tenemos de nuestra parte. Y en aquel bordecito, y en aquellas rocas...

¡Qué optimismo nos producen estos recuerdos! La ladera nos parece, más que antes, inaccesible; las rocas, como nunca, trinchera eficaz: itodo ante nosotros lo podemos dominar con el fuego de nuestros fusiles!

Por eso, cuando después del mediodía, allá entre los carros del sur suena otra vez, como un golpe de tambor, el primer cañonazo de la batalla, reímos a gritos, enrojecidos, alegres; ¡cómo reía Marcos Ruiz! Pasan sobre nosotros, molinillos que baten el aire, las primeras granadas que se escaparon del vientre de los cañones; otras estallan en el flanco de los cerros, mezclando el amarillo azufroso del humo con el blanco sucio del polvo. ¿Y qué importa? El cañón no nos atemoriza ya.

Cuando una caballería asoma entre dos cerros, y se expande, y se acerca, y los jinetes desmontan, y vienen hacia nuestro picacho mientras las granadas vuelan en parvadas sobre nuestras cabezas, disparamos, serenamente, quietos, seguros, triunfadores por adelantado. Y los asaltantes retroceden, y montan de nuevo, y se

concentran donde se habían expandido, y se ocultan por donde aparecieron. ¡Arriba los Colorados!

Pero los cañones no se van; nos siguen disparando toda la tarde, y siguen cuando el sol se ha metido, y siguen cuando llegó la noche. Entonces, sí veo las granadas estallar como soles y brillar un instante en la sombra. Y dentro de los ojos queda la mancha roja de la explosión, mientras los oídos tiemblan.

Pasó Marcos Ruiz, brincando entre las rocas. Le pregunto:

—¿No vamos a dormir en Jiménez, mi general?

—Ni allá ni aquí. ¡Todo el mundo en sus posiciones! Sin cerrar los ojos, pendientes de un ataque nocturno.

Se fue. Apenas me había mirado, apenas me había hablado como a otro cualquiera.

Se cerraron las puertas de la luz en el poniente. La noche comenzó a desfilar, hora tras hora. Y el cañoneo continuó minuto a minuto, un cañoneo hermoso y perfecto. Comenzaban las bombas a estallar en el aire, a nuestra izquierda, muy lejos, allá donde terminaba el cerro al recostarse sobre el llano; brillaban, tronaban y el humo resplandeciente se iba disipando, se iba apagando, pero entonces se abría otra más cerca, en la misma altura, en la misma línea, y otra un minuto después más cerca, y otra más. Veíamos aproximarse las explosiones con temor, encogiéndonos, callando. Una a cien metros..., otra a cincuenta... Luego, arriba de nosotros un ruido como cuando chocó la máquina cargada con dinamita. Hemos quedado mudos, tratando de mirarnos unos a otros en la oscuridad que todo lo deforma.

El sargento es el primero en hablar:

—Sin novedad, mi teniente.

Otra granada estalla ahora a nuestra derecha; y las detonaciones se van alejando, pasan sobre la vía, brillan sobre el otro picacho, y cesan. ¿Es el final? ¿O esos artilleros no van a descansar nunca?

No. De nuevo, en el mismo lugar de la izquierda, en el extremo de nuestra línea, resuena otro estallido, y otro, y otro. Uno más repite el trueno sobre nuestras cabezas.

—Sin novedad, mi teniente —dice el sargento, y añade—: Nos toca cada veinte minutos.

Se sienta, recargando la espalda en una roca, estira las piernas, bosteza. Veinte minutos más. Sin levantarse, sin ver a su derredor, el sargento repite, cansadamente:

—Sin novedad, mi teniente.

Seis, ocho, diez cañonazos se han abierto sobre nuestro sector. Nadie se mueve ya; mis hombres se han tendido en el suelo. Sólo yo estoy de pie, viendo cada explosión. Ya tengo el fuego dentro de los ojos. Ya lo siento en el centro de mi cabeza, que me arde. Otra explosión más me colma. No resisto ya; me adelanto por la ladera gritando:

—¡Mátennos de una vez..., mátennos de una vez!...

Alguien, seguramente un oficial de la otra línea, me detiene y me habla suavemente, como a un enfermo:

—Vuélvase a su sitio y no grite.

¿A qué horas va a terminar esto? ¿La noche va a ser eterna? ¿Seguirá una bomba cada veinte minutos, artillero reloj en mano, volcando sus balines sobre nosotros? Estoy desesperado, he perdido la noción del tiempo, he perdido la cuenta de las detonaciones, cuando repentinamente cesa el cañoneo. Ahora, lo que nos molesta es que no vemos nuevas explosiones, que no oímos más truenos. ¿Qué esperan los artilleros? ¿Qué preparan? Comprendo que todos sentimos la misma angustia. Y pasa un tiempo como para cañonear toda la línea. Entonces me parece que de nuestras posiciones surge un rumor, como si el ejército entero estuviera durmiendo.

Pero todavía la noche no acaba de desfilar cuando nuevas explosiones nos levantan; ahora más continuas, más iracundas, más cercanas de tiempo y de distancia. Y vemos que por allá, por el presón que contiene las aguas en un espejo triangular, otras luces aparecen a ras de tierra; es que de ahí nos están disparando, más cerca, a nuestro flanco. Los cañones callaron nada más para adelantarse. Y parece que este cañoneo ahuyenta la noche; la mañana llegó repentinamente, curiosa e inquieta.

Al mismo tiempo que el sol, sale una masa de jinetes nuestros de entre los picachos; va a la carrera, como la máquina loca, hacia el presón donde está la artillería hostil. Se expande y se aleja. A las voces sonoras de los cañones se une el coro rápido de las ametralladoras; y la masa se mezcla, se deforma, se desconcierta; unas partes siguen avanzando mientras otras se detienen y otras retroceden. Una caballería enemiga aparece por allá donde estaban los trenes, en auxilio de los cañones en peligro. Nuestra caballería se reúne, retrocede, se acerca, pasa a la retaguardia. Y el cañoneo sigue abriendo sus botes de balines sobre nuestras cabezas.

De mis veinte hombres, uno ha muerto. Nadie supo cuándo, pues sucedió en la noche; quizá soñaba, cuando un puñado de bolitas de plomo le cayó sobre el cuerpo, perforándolo en todas partes. Ni siquiera debe haberse movido para morir. Está su cadáver sentado en el suelo, con las piernas recogidas, el tronco y la cabeza apoyados en una roca, como si durmiera; sobre los muslos quedó el fusil, barnizado de sangre. Tenía los ojos cerrados y las manos abiertas.

Toda la mañana nos siguen cañoneando; no nos destrozan, no nos atemorizan: nos desesperan. Nos muestran nuestra impotencia.

Como al mediodía, cuando hacemos la sombra en vertical, Marcos vuelve a pasar, gritando:

—¡A los trenes todo el mundo! ¡Nos vamos dentro de media hora!...

Está bien, vámonos. Cuando las nubes negras se deshacen en granizo, es inútil dispararles con carabina; hay que correr no por pánico, sino por comodidad, a guarecerse bajo los cobertizos. Nadie es un cobarde por no querer mojarse.

Pero hemos perdido la batalla y esto me violenta. Miro mi carabina que no había hecho un solo disparo en contra del enemigo que nos cañoneó durante veinticuatro horas. ¡Cosa inútil! La tomé por el cañón y con coraje, como si estuviera en una pelea desesperada, me puse a dar golpes sobre las rocas de basalto hasta que la culata quedó destrozada; con desprecio arrojé lejos de mí el cañón manco y bajé la pendiente del cerro hacia los trenes, dando puntapiés a los pedruscos. Y todavía, arriba de nosotros, muy altas, como golondrinas cuando cae la tarde, reían las explosiones, felices de vernos partir.

¡Qué ganas de ponerle la mano encima a uno de aquellos condenados cañones, para llevarlo al cerro más alto de toda la sierra y echarlo por un precipicio, donde se hiciera pedazos entre los rieles!...

## **Bachimba**

La furia de impotencia no es hoguera que se apague con un soplo de viento. Se siente el deseo de destrozarse, de arrasarse, de destruir. Y ya que el enemigo nunca se nos acercó lo suficiente para cazarlo con nuestras carabinas, en nuestra retirada destruíamos, arrasábamos,



destrozábamos todo lo que estaba a nuestro paso, para que los federales no encontraran vía férrea sobre la que rodar, ni puentes por los que cruzar arroyos y ríos de agua revoltosa, ni estaciones en las que detenerse, ni líneas telegráficas por las que transmitir sus informes. En quince días de retirada lenta borramos del campo toda la vía férrea, atando a los rieles cadenas sujetas a una locomotora, que luego echaba a andar levantando las tiras de acero, que se contorsionaban en las formas más inverosímiles; metimos dinamita a cada puente, volando las pilastras de roca o los tirantes de hierro; arrancábamos los postes de la línea telegráfica; quemábamos los durmientes en que la vía reposaba, para que hasta eso tuvieran que traer los enemigos. Una vez, en un ojito de agua que encontramos al sur de Camargo, arrojamos todo lo que había pasado por la panza de los caballos, y aun agregamos un poco de nosotros mismos, para que, cuando los federales llegaran, hasta el agua les supiera amarga. Hubiéramos querido derribar todos los árboles, para que al mediodía no tuvieran una sombra donde reposar.

Fue la impotencia de Rellano la que nos volvió salvajes; si los federales nos hubieran atacado como la primera vez, subiendo las líneas de infantería por la ladera de los cerros; si nos hubieran arrojado de las trincheras por la presión de masas de hombres, si hubiéramos tenido que comprender que ellos eran más valientes y más decididos, nos resignaríamos con la derrota. Pero ¡que sin acercarse nunca a tiro de fusil, sin exponerse a nuestro fuego, nos derrotaran nada más porque tienen unos tubos de acero que matan desde muy lejos! ¡Qué rabia! Nuestra venganza fue hacerlos caminar más de un mes sobre el arenal, bajo el sol cada día más ardiente, bebiendo el agua mezclada con nuestros desechos, apestosos a sudor agrio, mientras nosotros los esperábamos cómodamente en el cañón de Bachimba.

Cuando estaba a solas con Marcos, le discutía:

—¿Para qué vamos a hacer el mismo juego de Rellano, a levantar trincheras en los cerros con la seguridad de que los soldados federales no van a acercarse a ellas, sino que nos van a cañonear a cinco o seis kilómetros de distancia? ¿No estás seguro, como lo estoy yo y como lo están todos, de que también nos van a sacar de Bachimba y que no tenemos una sola probabilidad de ganar?

Marcos estaba decepcionado, cansado, triste. Comprendía que todo se había venido abajo; hacía tres meses que nos declaramos en

rebelión y estábamos solos. Nadie más en el resto del país disparaba un tiro contra el gobierno. Y nos amontonaron soldados y más soldados, cañones y más cañones, para aplastarnos.

—Lo sé —dijo— y lo sabe el general Orozco, y todos los demás. Pero es una cosa de dignidad; no vamos a entregar la ciudad de Chihuahua porque nos derrotaron a trescientos kilómetros de distancia. Aquí nos estaremos resistiendo el fuego de cañón un día y nos largamos. Después haremos la guerra de otro modo; en partidas pequeñas, de cien o doscientos hombres, podemos derrotar a fuerzas iguales que no traigan artillería.

—Bueno, pues, si es por eso...

Hicimos unas trincheras de piedra que no tuvieron otro resultado que engañar más tarde a los artilleros federales, porque ninguno de nosotros se puso a cincuenta metros de distancia de ellas. Destruimos la vía a la retaguardia, dejando todos los trenes en las estaciones de Chihuahua. Nos retiraríamos a caballo, después de una mañana o una tarde de aguantarles la rociada de balines.

Así fue. Nos encaramamos en dos cerros tan altos, que se ven a treinta kilómetros de distancia. Por en medio de ellos pasa la vía del ferrocarril, con curvas de arroyo. Ni un árbol, ni una vereda, ni fieras hambrientas. Desierto de basalto y arena, solamente; eso es el cañón de Bachimba. A la derecha, a medio kilómetro, está el viejo casco de una hacienda, con unos cuantos árboles grandes y luego, hacia el sur, una canal recta hasta el horizonte: ahí había sido la vía.

Esperamos a los federales otros quince días, porque alguien les dijo que habíamos puesto minas de dinamita en todo el llano, y venían husmeando en cada agujero. Hasta que una tarde vimos a distancia las humaredas de los trenes y el polvo de la caballería que exploraba a los flancos. Todavía esa noche dormimos sin ruido, serenamente. Pero a la madrugada, apenas salió el sol, ya nos estaban moliendo con los cañones; ahora principiaban tirando a la cresta de los cerros, como si quisieran deformarles el perfil, luego bajaban la puntería con ganas de triturar aquellas bardas de piedra que habíamos hecho para trincheras, pero en las que nadie se había metido; y por final, antes de volver a empezar de arriba a abajo, bombardeaban el casco de la hacienda, donde unos trescientos hombres estaban escondidos por si los federales se acercaban.

Y se acercaron, quizá con la creencia de que no había nadie.

Entonces, los nuestros calentaron sus carabinas y por dos horas estuvieron peleando, pues los federales no quisieron retroceder y llamaron en su auxilio a toda la división. Cuando todo el fuego de la artillería se concentró sobre la casa vieja y la arboleda, comenzaron a maniobrar la caballería por este lado y la infantería por el otro, para rodear a los nuestros; éstos tomaron sus caballos y se largaron.

Los demás hicimos lo mismo; caminamos un poco a pie por el centro del cañón, hasta llegar a un ojito de agua alrededor del cual estaba amarrada la caballada. Montamos con calma y echamos a caminar hacia el norte.

Como dicen en las novelas, el honor estaba satisfecho.

## Retirada

Mientras galopábamos por la sabana de tierra cobriza, en una tarde nublada y olorosa a lluvias cercanas, sentíamos a nuestras espaldas el rumor discontinuo del cañoneo; todavía estaban los federales bombardeando los cerros vacíos, en un alarde inútil de poderío; parecía como si quisieran castigar a los peñascos, a las cañadas, a las trincheras de piedra, por habernos protegido. Qué tranquilidad la de estar lejos, donde los estallidos no nos aturden ya, en aquella planicie tan nuestra y bajo aquel palio de nubes lisas que nos ofrecían, como consuelo en la derrota, la calma de una tarde sin sol...

Lluvias que bailaron sobre la capa arenisca de la tierra la habían endurecido; hicieron retoñar los mezquites, nunca menos hostiles que ahora que están cubiertos de hojas de un verde nuevo, y fecundaron semillas traídas por los vientos, convirtiéndolas en millones de hierbas que diluían en el aire un perfume fresco. Verdeaban también las montañas en la lejanía, y en algunos arroyos que arañaban la llanura, aguas veloces hacían espuma al voltearse sobre las piedras.

Nos retirábamos lentamente, al trote corto; en todo lo que era llano se veían Colorados en marcha, como si quisiéramos cubrirlo para poseerlo todo por última vez. Mi mando había terminado, pues el sargento y los veinte soldados se dispersaron quién sabe para dónde. Y de los demás jefes, ninguno se interesaba en dar órdenes,

como si no quisieran obligar a nadie a que continuara en una lucha que todos comprendíamos inútil.

Marcos y yo íbamos juntos y solos. Nuestros caballos trotaban acompasadamente. Le dije:

—Y ahora, Marcos, ¿qué vamos a hacer?

—El general Orozco se va al norte; nosotros, al occidente. Después todos nos reuniremos en la sierra, en donde no pueden transitar los cañones, y combatiremos, combatiremos mientras tengamos vida. Entonces serán los federales los que estén en posiciones fijas en las ciudades, en los pueblos, en los ranchos, sobre la vía del ferrocarril. Los atacaremos cuando nuestras fuerzas estén niveladas y los venceremos. Cuando nos falte parque tendremos que quitárselo. Sorprenderemos sus trenes o caeremos sobre ellos cuando duerman en los cuarteles. Porque no hay que dejar morir la revolución mientras no se logren sus fines. Y si nosotros no podemos llegar hasta su término, otros vendrán a completar nuestra obra.

—¿Cuánto tiempo estaremos así?

—Meses...; quizá años. Estas grandes conmociones no terminan en un día. Recuerda lo que fue la guerra de Independencia: once años de lucha. En ocasiones parecía que la hoguera se había apagado, consumidos todos los hombres que despedían fuego insurgente, pero venían otros y lo avivaban. Los iniciadores no vieron su obra concluida, ni veremos nosotros la nuestra, pero los que vengan después nos recordarán... Quizá modifiquen nuestros propósitos, pero la idea primordial, el bienestar del pueblo, subsistirá a través de todos los cambios...

Me habló muy largamente, con los ojos apuntados hacia la lejanía, como si divagara, de obreros, de campesinos, de fábricas, de la tierra que hay que roturar y sembrar. Sus palabras me producían una visión borrosa de fatigas y de angustias que todos aquellos hombres que nos habían acompañado en la guerra sufrieron antes. Y yo, que viví con ellos estos últimos meses, que los vi afectuosos y sinceros, valientes y buenos, comprendí que les había tomado cariño y que no podría nunca luchar si no era a su lado.

—Está bien, Marcos, nos iremos al occidente a esperar a que pasen los años.

Ya de noche llegamos frente a la ciudad. Apenas la tocamos al sesgo. El general Orozco había dado órdenes de que todos los hombres se embarcaran en los trenes inmediatamente sin tener tiempo

de penetrar. Quería evitarle el horror de una multitud vencida que ha perdido todo freno. Y nos conformamos con ver las luces de las calles y con escuchar los ruidos imprecisos de la noche: policías vigilantes que tocaban su silbato; perros inquietos que aullaban incansables; la bocina de algún coche que vagaba por las calles solitarias.

Un largo tren estaba destinado a nosotros, y pasamos la noche subiendo los caballos a sus jaulas a la luz amarilla de linternas de petróleo, esperando a los rezagados, deteniendo a los que intentaban escaparse rumbo a la ciudad, reuniendo los grupos de cada jefe, repartiendo parque a los que tenían vacíos en sus cartucheras. Mujeres que hervían café en grandes ollas nos ayudaron a mantenernos en vela, y cuando comenzó a pardear, vinieron los ferrocarrileros a encender el fogón de la locomotora y a revisar las cajas de estopa aceitosa, sobre los ejes de las ruedas.

Todavía salimos al llano a ver si venía algún otro colorado que se hubiera quedado atrás, y al volver a la estación, la mañana había llegado. Un vapor gris sobrenadaba en las arboledas y figuraba coronas de humo en las torres. Chimeneas de los talleres, mole roja del teatro, estatuas de los monumentos que sobresalen entre los pretilos de las casas... ¡Con cuánta precisión me señalaban cada lugar de la ciudad! Ahora sí me dolía abandonarla, no como aquella vez que corrí tras una cabalgata que salía a la llanura; a ratos hubiera querido ir a sacar mi caballo de la jaula en que dormía para echarme a galopar por las calles desiertas. Mas era preferible que nadie me viera ya. Aquello había dejado de ser mío. Había que irse muy lejos, a tomar posesión de la montaña.

Y cuando todo estuvo listo para partir y a gritos transmitimos las últimas órdenes de Marcos, y la locomotora comenzó a roncar sonando su campana, cuando el tren se puso en movimiento y los soldados aglomerados en los techos de los vagones dispararon sus armas al aire en señal de despedida, no quise ni mirar hacia el caerío, sino que le di la espalda, cara al campo, para recibir el viento húmedo de la mañana.

Pero tuve que morderme los labios para no llorar.

## Dispersión

La cadena de vagones que nos habían destinado no se llenó con nuestros soldados; de mil que salimos tres meses antes, Orozco había querido llevarse a Alatorre con quinientos, alegando que su campaña en el norte era más difícil que la nuestra; y quién sabe cuántos de los que no murieron en los combates torcieron el rumbo después de Bachimba. Ya no éramos ni trescientos los de la Brigada Ruiz. Y en una estación llamada Santa Isabel, Aguirre se acercó a Marcos, y le dijo:

—Mi general..., usted perdone..., dicen algunos de mis muchachos que como ellos son de por aquí, prefieren hacer la campaña por este rumbo que conocen bien... Y quieren que vaya con ellos... De modo que si usted lo permite... Cuando usted regrese por aquí..., ya sabe...

Marcos lo miró con los ojos muy abiertos, forzosamente impasible. No le dijo nada. Lo abrazó y lo empujó suavemente hacia afuera del carro.

Aguirre se volvió para abrazarme también.

—Adiós, Marquitos...

¿Marquitos? ¿Por qué me decía así? No me desagradó; yo admiraba a Marcos, ciertamente, y daría cualquier cosa por haber sido su hermano. Había llegado, en tres meses de seguirlo y de estarlo viendo a todas horas, a copiar la cadencia de sus pasos, el ademán con que se ponía el sombrero, su costumbre de colocarse las manos en la cintura cuando estaba de pie, con las piernas abiertas como para afirmarse más en el suelo; imitaba las inflexiones de su voz y repetía sus dichos más usuales. Miraba como él, inclinando la cabeza hacia adelante, y como él me distraía hasta ser insensible a las voces de los otros, como si viviera en un mundo lejano, extraño, totalmente diferente. “Marquitos...”; el apodo me daba una personalidad nueva, me acercaba más al hombre de quien todos se iban alejando.

—Adiós, mi coronel...; gracias por el apodo...

Esperamos como media hora, mientras Aguirre y sus muchachos bajaban sus caballos. Se alinearon frente a frente, y cuando partimos nos despidieron agitando sus sombreros. Yo no sé calcular muy bien, pero creo que serían como doscientos. En otra estación

se fueron quince, y en otra como cincuenta. Venían a despedirse de Marcos con un abrazo, algunos tristemente. Todos decían:

—Ya sabe que cuando vuelva por aquí...

Bajaban sus caballos y agitaban sus sombreros al alejarnos.

Marcos no detuvo a nadie; su serenidad no era ya forzada. Estaba apaciblemente triste. Me miraba sin hablar, rumiando un pensamiento que yo comprendía muy bien. Cuando el tren se ponía en marcha, asomaba al campo y hablaba de cosas que no se referían al momento.

—Allá, por aquella sierrita, tuvimos un combate muy fuerte durante la primera revolución; entonces conocí yo las ametralladoras. Por cierto que el general Orozco...

En una estación donde la vía se bifurcaba, dejamos ocho carros vacíos. Y otros quince o veinte montados nos vieron partir. Como iba ascendiendo, la locomotora rodaba muy despacio curva y curva por un plano inclinado que parecía que no terminaba nunca. Al mezquital habían sustituido las encinas de troncos arrugados, y cuando aparecía algún cerro, sus cantiles eran como más duros, como más afiladas las aristas de las rocas; las nubes eran más espesas y el viento más rápido. Nos acercábamos a la gran sierra. Atravesamos un ancho río de aguas turbias, y en una meseta, entre zacatón gris verde, vimos de lejos una manada de caballos que echaron a correr espantados por la voz metálica de la locomotora.

Al anoecer, cuando llegamos a un pueblo formado solamente por pardas casas de adobe, Marcos decidió que descansáramos ahí: éramos nada más que diecisiete.

Unas viejecitas vestidas de negro nos dieron chocolate batido con agua y pusieron en el suelo de una pieza dos colchones para Marcos y para mí.

—Yo conozco muy bien este rumbo —platicué, consciente de que Marcos apenas me oía—. Cuando yo era niño me traían todos los años, en los meses en que la escuela daba vacaciones, a un rancho llamado San José. Ahí montaba a caballo y por las tardes, cuando llegaba el ganado y los mozos ordeñaban las vacas, yo bebía la leche espumosa en grandes jarros tibios. Por el rancho pasaban los indios tarahumaras que bajaban de su sierra semidesnudos rumbo a Chihuahua, y los que volvían con un rojo pañuelo anudado en la cabeza y un blanco taparrabo. Aprendí a hablarles como ellos hablan y a tratarlos bien, porque son muy tímidos. Si vamos para

la sierra, verás cómo sé preguntarles si tienen gallinas para comer y dónde está el río, y si hay venado que matar... Ya verás, Marcos, cuando estemos en la sierra...

Yo quería decirle que no lo iba a abandonar como Aguirre y como tantos otros. De los oficiales a quienes él dio sombreros encargados a Estados Unidos, a quienes nos vistió y nos mandó hacer mitazas con Francisco Tallabas, yo era el único que seguía a su lado, y de los demás que permanecían en el grupo, no sabíamos ni los nombres; eran soldados en los que yo nunca me había fijado siquiera. Yo consideraba una traición que aquéllos se hubieran separado de Marcos, aun cuando todos le ofrecieron: “Ya sabe usted que cuando vuelva por aquí...”. Los consideraba como gente despreciable, incapaz de dar la vida para salvar a un amigo en peligro.

Esa noche soñé que todos los que se habían quedado atrás venían galopando para alcanzarnos y que los recibíamos agitando los sombreros, porque confiábamos en que no volverían a separarse nunca.

Pero a la mañana siguiente ya no éramos sino Marcos y yo y tres soldados. Los demás habían ensillado durante la noche y se habían ido a sus ranchos. Entonces, Marcos llamó a los ferrocarrileros y les dijo:

—Nada más quiero que me lleven en la máquina hasta donde acaba la vía. Yo iré solo, sin caballo. Y ustedes podrán regresar inmediatamente a ponerse a las órdenes del gobierno.

—Muy bien, general —contestó el maquinista—; podemos salir cuando usted guste...

Marcos sacó de su bolsillo un poco de dinero y comenzó a distribuirlo entre los últimos tres soldados. Yo monté en la locomotora mientras un garrotero la separaba del resto del tren, y cuando el general subió, estaba yo sentado sobre la leña, con la carabina acostada en las piernas.

—¡Vámonos!

## Montañas

La máquina, libertada de aquellos vagones pesados que se asían a su cola para que los arrastrara, partió alegre y rápida, zumbona como una granada que quisiera perforar la trinchera de montañas que nos



cerraba el paso. Comenzaba la Sierra Madre, un mar de rocas inmovilizadas en picos inaccesibles y precipicios que parecían no tener fondo. En las cumbres, los pinos de tronco más grueso que nuestra locomotora, extendían el cono verde de su ramaje y se dejaban balancear por el viento. Las primeras nubes, grises como algodón sucio, comenzaron a descender sobre las montañas, ocultando los picos más altos y se fueron oscureciendo, espesando, comprimiendo. La locomotora corría locamente hacia la tempestad.

Las primeras gotas, gruesas como balines, mancharon la tierra seca, redoblaron sobre las láminas de metal de nuestro vehículo y penetraron por las ventanillas, empapando la gorra de hule y la chaqueta azul del maquinista que en su observatorio sacaba medio cuerpo. Algunas reses, con la piel brillantada por el agua, rumiaban impávidas a la tempestad, moviendo apenas el testuz, curiosas, al silbar agudo del vapor. Pasamos sobre varios arroyos hinchados de agua turbia y violenta que parecía ansiosa de volcarse fuera de su canal. Estallaban los truenos minuto a minuto, y su eco iba barriendo la superficie arrugada de la sierra. Sobre los rieles empapados y en declive, patinaban las ruedas de la máquina.

—Mejor te hubieras quedado tú también... No sé qué esperas ya a mi lado.

—No espero nada..., pero tampoco tengo qué hacer en otra parte. ¿Adónde puedo ir? De modo que ni me debes agradecer que te siga...

Comprendió bien que yo buscaba pretextos para seguir adelante.

—Si es así —me respondió—, no quiero correrte.

La tempestad, por su misma violencia, pasó pronto. Quedó el cielo pardusco, perforado a trechos por los rayos del sol. Un aire tibio secó las cosas en un momento. La locomotora pudo correr nuevamente, y subimos, subimos... En los montes, cuadrillas de madereros derribaban los árboles y los arrastraban en trozos hacia el aserradero. Grandes claros habían dejado en los bosques en su ansia de madera. Cerros completos habían sido pelados como si los árboles fueran trigo maduro. Y en el aserradero, montañas de tablas blancas, sierras de vapor girando incansables, plataformas cargadas de durmientes hasta el máximo de su resistencia.

Otra carrera hacia arriba. Faltaban aún muchos kilómetros de vía tendida entre los árboles gigantes, más montañas, más precipicios y el bosque que ondula.

—Ahora que no tenemos soldados y no podemos combatir, ¿adónde vamos?

—A la región de los minerales de Batopilas. Ahí nació yo, cuando mi padre tenía unas recuas de mulas para transportar la plata desde la mina hasta el ferrocarril. Conozco cada montaña y cada vereda; conozco cada mina. Si algún día los federales llegan a venir por aquí, me sumerjo en la profundidad de la tierra y nadie se atreverá a ir a buscarme; puedo vivir semanas enteras en las grandes cavidades donde la plata fue abundante, y pasarme de un nivel a otro por los tiros más peligrosos o más angostos. Y si salgo al campo, puedo alejarme de todo poblado y subsistir indefinidamente, para regresar cuando sea tiempo...

—Vida de salvaje...

—Ciertamente, pero vida.

—Procuraré acostumbrarme...

—Cuando yo tenga que salir, tú te quedarás con los mineros...

Algo había en el tono de su voz, complaciente como cuando se contesta a un niño molesto, que me hacía creer que no tenía el propósito de llevarme; que me hablaba del futuro, condescendiendo aparentemente, pero decidido en su interior de dejarme atrás. Yo insistía; el vacío que todos habían hecho alrededor de él me contristaba profundamente. Quería darle la impresión de que siquiera uno, quizá el que menos le debía de todos, aceptaba las responsabilidades que impone la gratitud. Estábamos frente a frente en una lucha insólita: él consintiendo en mi compañía, pero esperando el momento en que había de rendirme y quedarme atrás; yo, empeñado en seguir con él hasta que sobreviniera un final brusco y definitivo, que yo mismo no alcanzaba a imaginar. Y mientras tanto, en la monotonía del viaje, procurábamos distraernos en pláticas indiferentes.

—¿Y cómo te hiciste maestro de escuela?

—Cuando tenía diez años, comencé a acompañar a mi padre en sus viajes con las mulas cargadas de barras de plata. No había este ferrocarril en aquel tiempo, e íbamos hasta Chihuahua en veinte días de marcha. El contraste del mineral a la ciudad provocó mi curiosidad; leí muchos libros, especialmente la historia de México. Y durante los viajes, por las noches, platicaba a los muleros de la conducta, a los rifleros que nos escoltaban. En el mineral hablaba a los muchachos, y aun a los hombres, hasta que comenzó a hacerse costumbre. Compraba libros y más libros, y hacía viajes y más via-

jes. Mi padre murió, y yo seguí la misma vida, trayendo barras de plata y enseñando a los muchachos. Hasta que vino la revolución y me uní a ella con todos mis muleros y mis rifleros, por lo que me hicieron coronel y luego general. Ya ves, muy sencillo...

Se quedó pensativo viendo la montaña. Caminando por las veredas que pasan bajo los pinos, durante la marcha lenta de las mulas agobiadas por el peso de la plata, con el rifle puesto ante la amenaza constante de los bandidos que asaltaban las conductas, batiéndose muchas veces a tiros con ellos, leyendo durante los descansos, enseñando durante las veladas, Marcos Ruiz se había hecho hombre. Hombre para luchar, hombre para resistir y hombre también, mucho más, para perder. Hijo de la montaña, a ella regresaba, derrotado, pero no abatido. A huir, a ocultarse, pero también a esperar.

La montaña lo acogió, y a mí con él. Cuando la máquina llegó a donde los rieles terminan, como cortados a hachazos sobre un terraplén que se esfuma en el suelo rocoso, donde la guerra interrumpió la conquista de la sierra por el caballo de hierro, la montaña entera estaba de fiesta: alegría del sol en un cielo de porcelana; alegría de los árboles en un aire lavado y transparente; alegría de las rocas que jugaban a las esculturas en los relices inviolados; alegría de la tierra que desbordaba su vida en mil variedades de árboles y yerbas...; alegría de color y de rumor y de perfumes...

Había que embriagarse de montaña abriendo los ojos, abriendo los labios, abriendo los brazos.

## Plática

El jefe de estación nos hospedó en su casa, hecha de troncos de pino a los que ni siquiera quitaron la corteza. Servicial y bondadoso, nos ofrecía mandarnos traer unas mulas para que hiciéramos el viaje hasta el mineral. Pero para eso habría que esperar dos o tres días, y Marcos estaba impaciente por alejarse. Porque la locomotora se había marchado y podía volver en pocas horas con carga no grata.

—Mañana a las nueve nos vamos, aunque sea a pie...

—Como tú dispongas, Marcos. Soy buen andarín.

Lo veía sereno, pero silencioso, con una profunda inquietud mental que lo levantaba del mundo. Yo, por el contrario, estaba ansioso de hablarle, de oírle; y buscaba temas para la plática, de

los que muchos fracasaron. El hombre, asomado a una ventana, contemplaba su montaña.

—¿Y Aguirre, qué hará? ¿Crees tú que siga la guerra?

—No lo creo. Cualquiera día, después de mucho esconderse, irá al jefe federal más próximo, y le dirá: “A mí me traían a la fuerza; yo no quería rebelarme...”. Pedirá amnistía y se volverá a su rancho a trabajar herrando ganado ajeno con el fierro propio.

(Por primera vez, Marcos demostraba estar amargado con los que lo abandonaron.)

—Y tú, ¿por qué no te presentas así?

Alargó la boca a un lado en un gesto de desprecio.

—¿Yo? Yo no me rendiré nunca a nadie. ¿Para qué? ¿Nada más que para vivir en la ciudad? A diario me encontraría con personas a las que he tenido bajo mi mando y que al verme así querrían tratarme cuando menos como a un igual, si es que no me ofrecerían hipócritamente su protección. De general, jefe de una brigada, pasaría a ser un empleado cualquiera, para poder comer... Me convertiría en alguna cosa así como portero de una oficina pública. Y sería mostrado a los visitantes como una fiera cautiva y amansada. Para los enemigos a quienes vencí alguna vez y resistí muchas, sería como una cáscara que se aparta del camino con la punta del pie. Sin embargo, me temerían, me desconfiarían. Cada vez que sonara un tiro vendrían a ver si yo lo había disparado. Cada vez que algún descontento se fuera al monte con su carabina, vendrían a ver si había gente mía. Y un día cualquiera, cansados de desconfiar, se complacerían en que un borrachín real o aparente, hiciera un disparo al aire y casualmente me tocara a mí... Y los periódicos dirían: “Durante una borrachera un general orozquista...”.

“Peor todavía es irse al extranjero, a dar lástima. Dirán: ‘Ése que se muere de hambre es un general que no supo morir en su última batalla’. Y como todos los emigrados, hablaría mal de mi país en tierra extraña, viviendo siempre alimentado con la ilusión de otra guerra civil. Por eso prefiero la protección de la montaña, arisca y silenciosa, como yo.

“Ya no tengo nada que hacer: los Colorados hemos fracasado. Otros tendrán que venir, los que son más jóvenes que yo y de más edad que tú. Quizá también a ti te toque actuar algún día; tienes modo de instruirte y serás abogado, o ingeniero, o cosa así. Probablemente, no haya otra revolución, pero la inquietud subsistirá

mientras el pueblo sienta la miseria. Entonces, recuerda estas luchas y estas derrotas, y estas huidas; recuerda a los que cayeron en los campos de batalla combatiendo por el bienestar de los demás, y a los que no quisieron seguir la lucha y se apartaron, y a los que no quisimos rendirnos y nos sucedió... lo que nos haya sucedido. Recuerda la sed en el desierto, la lumbre en los matorrales, el cañoneo, los cadáveres que cuelgan de los postes...

“No mires la guerra como una belleza, sino como un horror. Es el último extremo, el recurso que queda ante el fracaso de todos los otros. Es la desesperación.

“Aunque el pueblo siempre la comienza, su enemigo es siempre quien la provoca. Cuando puedas hablar, habla; y di que no por temor, sino por afecto, por justicia, hay que sacar al pueblo de la miseria. Si todos están callados, grita; si todos gritan, únete al coro, que no sobrará ni una voz, que no se perderá una palabra, como no se pierde una sola gota del agua que llueve sobre los sembrados. Ayuda, ayuda siempre. Dondequiera que estés, alto o bajo, poderoso o débil, rico o pobre, ilustrado o ignorante, siempre podrás hacer alguna cosa en favor de los que se mueren de hambre...”

Hablaba frente a la ventana abierta. Su voz lenta, uniforme, voz de maestro, goteaba como lágrimas sobre mi corazón. Y después, salía hacia la montaña a mezclarse con el canto eterno de los bosques.

## Final

Partió solo, no supe ni a qué hora: si tan luego como me vio caer dormido en el catrecito plegadizo que me ofrecieron, si cuando la noche mediaba y la claridad de la luna dibujaba todos los senderos, o si cuando los primeros rayos del sol se peinaron entre las siluetas cónicas de los grandes pinos.

Encontré sobre mis ropas, colocado de modo que era imposible dejar de verlo, un papel con la despedida de Marcos, lacónica, seca, definitiva como él mismo: “Nadie me encontrará”. Era, al mismo tiempo, una indicación para que no intentara seguirle y un aviso tranquilizador. Pero ¿qué debía yo hacer? ¿No estaría él esperando al final de la primera jornada del camino para ver si era yo capaz de seguirlo, o sí, con un poco de conformidad y otro poco de regocijo,

lo dejaba partir? Regresar de donde estaba o regresar de cualquier otra parte, si no llegaba a encontrarlo, era lo mismo para mí. Decidí, pues, emprender la marcha a pie por el camino al mineral de Batopilas.

Era una vereda tan angosta como una espada separando las yerbas y pasando junto a los árboles. En trechos, se abrían grandes claros donde los madereros habían dejado solamente los troncos rebanados en horizontal a medio metro del suelo, y algunas charcas con fango en el centro y secas orillas salitrosas. En la selva, a veces, se veía el esqueleto de un pino incendiado por el rayo; en noche de tempestad había sido una tea tan ardiente que la lluvia no la pudo apagar; de su grueso tronco resinoso partían las llamaradas como caballos encabritados que se irguieran en dos patas; iluminó la montaña y llevó el pavor al pecho tímido de los indios; ahora es un tizón apagado que los leñadores desprecian. Tiene la montaña también grandes calvas de roca cubiertas con un polvo tan delgado, que ahí ni la hierba puede medrar.

Caminaba despacio, curioso. Me pasaba los minutos observando el perfil de los cerros, buscando parecidos de las rocas con cosas móviles. Así, encontré frailes, encapuchados, mujeres desnudas, perros husmeando o corriendo. Me detenía al pie de los árboles más gruesos, cortaba hojas de las plantas desconocidas para observarlas, para olerlas. Y me detenía a escuchar todos los ruidos del bosque: el roce de las hojas, el murmullo del aire, algún chirrido impreciso, un trino lejano.

A media mañana comencé a percibir un rumor conocido trote de animales sobre la roca. Sería alguna conducta como aquellas en que Marcos recorría la sierra, mula cargada de plata tras mula cargada de plata. Empezaba a hacer calor y yo estaba cansado. El rumor se acercaba, venía tras de mí por el camino que parecía una espada. Si eran arrieros, me podrían prestar alguna bestia que no trajera mucha carga, para hacer mi jornada, y yo les regalaría un poco del mucho parque que me estaba pesando sobre los hombros.

Decidido a esperar, me senté en un tronco medio podrido por las lluvias. Las rocas de unos acantilados atrajeron mi atención de nuevo; había una aglomeración de cilindros, y de cubos y de conos, que parecía una locomotora tendida de costado, o más bien, un cadáver de locomotora como aquella en que lanzamos la dinamita... ¡Días de triunfo! Conquistamos cañones, recogimos ametrallado-

ras...; los soldados enemigos se llevaron a sus jefes cubiertos de sangre... ¡Mil y pico de hombres tenía la Brigada Ruiz! Y yo era un muchacho torpe que ni siquiera sabía fusilar... Los arrieros se iban acercando.

Después..., aquellos días de espera en los mismos cerros de Rellano, y el cañoneo que borraba todas las veredas; la retirada, la destrucción, otra espera, otro cañoneo...

—¡Quién vive!

Como veinte jinetes estaban frente a mí. Algunos me apuntaban con sus carabinas. Todos venían uniformados de un azul plumizo y cubrían sus cabezas con unos gorros como campanas. ¡Los federales! La sorpresa me dejó inmóvil.

—¡Alto ahí! ¡Quieto!

Un jinete que tenía franjas doradas en el cuello, levantó la mano. “La mano piadosa”, pensé.

—¿Es usted Abasolo?

—Yo soy.

—Deje caer el rifle...

Ni cuenta me había dado de que lo tenía en las manos, horizontal, amenazante, listo para el disparo, con el índice tembloroso rascando el gatillo. Lo dejé caer.

—Quítese la pistola.

Abrí la hebilla y dejé caer también el cinturón. Luego los soldados bajaron sus armas y se acercaron. El oficial llegó hasta donde yo estaba; era un muchacho, apenas mayor que yo; unos cuantos pelos le tiznaban el labio superior y la quijada. Contraía las comisuras de los labios para atrás y enronquecía la voz queriendo darse importancia. Me di cuenta de que era algo así como el Abasolo del otro lado. No le tuve miedo. Sonreí.

—¿Dónde está Marcos Ruiz?

Contesté con dos ademanes: un “quién sabe” con los hombros y un “por ahí”, con el brazo extendido señalando toda la sierra.

Sonrió también.

—Amigo —me dijo—, tengo órdenes de remitirlo a usted a Chihuahua... Después capturaré a Marcos Ruiz y le aplicaré el castigo que le corresponde...

Bajó del caballo y recogió mis armas; se quitó la campana de la cabeza para limpiarse el sudor. Estiró el cuerpo, se tocó los riñones,

cansado también. Era como yo, de mi alto, de mi ancho. Me dieron ganas de enseñarle la locomotora, los frailes y los perros.

—Si me promete que va a presentarse en el Cuartel General de Chihuahua, lo dejo ir solo. En caso contrario irá usted custodiado por dos soldados...

—Prefiero ir solo. Prometo presentarme.

Sacó una carterita y escribió en una hoja. La arrancó, me la entregó, montó de nuevo, se puso una mano en la cintura, levantó la otra y gritó:

—¡Adelante!

Y se fue seguido por sus soldados, que pasaron frente a mí uno por uno y a poco rato se perdieron entre los troncos del pinar.

El papel decía:

“Pasa a la ciudad de Chihuahua a presentarse en el Cuartel General, el exorozquista Álvaro Abasolo, que se ha rendido. —*El capitán segundo, del Séptimo Regimiento de Caballería...*”.

¿Yo me he rendido? ¿Cuándo? Me sorprendieron veinte individuos, me amagaron con sus armas, me obligaron a dejar caer mi rifle y mi pistola y no me dispararon porque no les dio la gana... Eso no es rendirse. Rendirse hubiera sido ir a buscar al capitancito aquel de la cara tiznada por unos cuantos pelos, o cualquier otro, y decirle: “Ya no quiero seguir en esto... Aquí están mis armas...”.

Tuve ganas de correr tras los federales para pedirle al jefe que cambiara la redacción del pasaporte, pero ya no se oía el rumor de las pezuñas sobre la roca. ¡Rendido! ¡Yo, que como Marcos, no hubiera querido rendirme nunca a nadie!...

Me ardían los ojos con ganas de llorar. Me toqué la frente seca y las mejillas enjutas. ¡Rendido! Sentí una vergüenza pesada que me encorvó los hombros, que me hundió el pecho. Cubierto de polvo, cansado, hambriento, perdido en la montaña, desarmado... Sentía el corazón muerto, el cuerpo vacío, próximo a desplomarse. Eché a andar, lento y pesado, como si llevara cadenas en el espíritu.

De pronto, entre dos troncos de árboles asomaron las olas cambiantes de un maizal. Era una parcela pequeña, abierta en un clarito de la montaña; las matas frescas, de un verde suave, iban a rozar los troncos de los primeros pinos del bosque. ¡Un maizal! Así deben haber sido los de Salaices, donde Aniceto veía volar las brujas montadas en las escobas.

¡Aniceto! ¡Mi casa! ¡Mi padre...!



¡Mi padre!, que humedecidos sus grandes ojos azules, me dijo:  
“Te faltan muchos años para ser hombre”...

¡Ah, qué alegría! Yo soy un hombre completo desde hace mucho tiempo. Yo sé luchar, yo sé resistir, yo sé perder. Yo tengo ya las enseñanzas de una vida y un propósito muy alto para el futuro. Vencido, solitario, extraviado, no me he rendido ni me rendiré. Adonde quiera que vaya, alto o bajo, tengo ya una finalidad que seguir, una lección que obedecer, un sentimiento íntimo que practicar...

¡Hay que sacudir el polvo y hacer latir de nuevo el corazón, erigir el cuero y marchar por la vereda angosta pisando con firmeza, a pasos acompasados como en un desfile, alegre y seguro de mí mismo, como todo un hombre!

Aspiré la alegría de la montaña y tuve ganas de cantar, como el viento, como el bosque... ¡Libre, eterno, feliz!

Y dejé ir la voz, repitiendo muchas veces mientras marchaba a taconazos:

¡Lunes y martes y miércoles, tres!

¡Jueves y viernes y sábado, seis!

¡LUNES Y MARTES Y MIÉRCOLES, TRES!

¡JUEVES Y VIERNES Y SÁBADO, SEIS!

*El feroz cabecilla y otros cuentos de  
la revolución del norte* \*

Rafael F. Muñoz

EL FERROZ CABECILLA

Por la llanura silenciosa, de tierra blanca y suelta, manchada a trechos del verde oscuro de los mezquites, caminaba bajo el sol ardiente del verano una caravana extraña: diez o doce hombres cubiertos de polvo, andrajosos, jadeantes, arrastrando los pies, tiraban de varios animales, caballos y mulas, también sudorosos, cubiertos de polvo blanco, manchados de sangre; sobre los animales, un cargamento espantable: moribundos.

Aquellos hombres eran rebeldes; campesinos que luchaban por la posesión de sus tierras; acababan de combatir por tres días, defendiéndose con sus armas viejas en la sierra donde se habían refugiado, de los batallones compactos, los regimientos veloces y la artillería implacable; habían sido vencidos y dispersos, y horas antes, cuando la mañana comenzaba a teñirse de gris, aquel grupo de supervivientes comenzó su jornada por el desierto árido y ardiente; iba como jefe un mocetón enorme, calzado con altas mitazas y cubierto con guayabera de lino, bajo la cual se dibujaban dos pistolas descomunales; era él quien había obligado a los que podían tenerse en pie a subir sobre los lomos de sus caballos y sus mulas, a unos cuantos heridos, víctimas de la certera artillería que barrió con me-

\* MUÑOZ, Rafael F., *El feroz cabecilla y otros cuentos de la revolución del norte*, México, A. Romero, 1928.

tralla las laderas de la sierra; no debían abandonarlos ahí, para que los *changos* los remataran a la bayoneta, y los llevaban sin saber ni a dónde, lentamente, al paso de los animales fatigados.

El jefe iba a caballo, al final de la silenciosa columna, volviendo de cuando en cuando la vista hacia la serranía azul donde había sido el desastre.

—Jálenle, muchachos; si no, nos alcanzan; pa' la noche ya no habrá peligro...

Los infantes se pasaban una botella con agua tibia, mojaban los labios, y seguían su camino sin decir palabra; de cuando en cuando alguno de los fardos que iban en los lomos de las cabalgaduras gemía dolorosamente, había fuertes movimientos como tratando de desasirse de las ligaduras que lo mantenían fijo, y dejaba manchas rojas en la tierra suelta de la llanura inmensa; los que iban a pie callaban, callaban; casi al final de la caravana iba sobre una mula un bulto extraño: era la mitad de un hombre metido en un costal y amarrado por fuera con gruesos lazos; no asomaban del costal sino una cabeza sucia y melnuda, y dos brazos cubiertos de harapos; lo demás era sólo un tronco al que una bala de cañón había arrancado las piernas. En plena batalla, otros rebeldes metieron al herido en un saco, y con sus cobijas bien ceñidas lograron contener un poco la tremenda hemorragia; el herido tenía fiebre y deliraba incoherencias en voz alta; la monotonía de su voz impacientaba de vez en cuando al infante que tiraba de la mula.

—Cállate, loco...

Al medio día se acabó el agua de la botella; los hombres caminaban lentamente y sin seguir la recta, como si anduvieran dormidos.

—¿Hasta cuándo vamos a cargar con estos bofes? —preguntó una voz.

—Por mí ya los habríamos dejado en el camino, en cualquier mezquite —contestó otra al cabo de un momento.

—Al que no jale le doy su agua —dijo el jefe. Y todos siguieron caminando.

El hombre del costal comenzó a reirse estúpidamente y los demás a quejarse, inquietos, sobre el lomo de los animales. A lo lejos, rumbo a la serranía, se vió levantarse una columna de polvo blanco; el jefe la notó, pero siguió en silencio; uno de los infantes volvió la cara y dijo:

—Ora sí, ai vienen...

—Están lejos todavía —dijo el muchacho—, cuando menos cuatro leguas.

Al frente del grupo se detuvo un hombre viejo, alto y canoso, herido en la frente y vendado con una toalla sucia.

—Pa' qué diablos —dijo— vamos cargando con estos muertos... aquí los dejamos y echamos carrera...

—Nos van a alcanzar los changos —añadió el que había visto la columna de polvo.

El jefe no contestó; abrió su guayabera, sacó una pistola y al viejo canoso lo dejó tendido en la tierra suelta, con un enorme boquete entre los ojos. La caravana siguió su marcha, en silencio.

Por la tarde comenzó a soplar viento del norte y a amontonarse espesas nubes que surgían rápidamente del horizonte. La columna de polvo que se levanta en dirección a la Sierra Azul había desaparecido a mediodía; sin duda, los soldados estaban descansando. La caravana de rebeldes llegaba al final de la blanca llanura; a lo lejos, al norte, se divisaban algunas arboledas que ponían su negra silueta en el nublado gris; era la orilla del río, donde terminaba el desierto; a la vista del oasis, los rebeldes que iban a pie se animaron y marcharon de prisa, tirando siempre de las bestias cargadas de moribundos, y cuando el sol hubo desaparecido, el grupo llegó frente a una vieja iglesia a medio destruir; iglesia de adobe, con una torrecita encalada, de la que la campana había sido arrancada con todo y viga; las maderas de la puerta habían servido para hacer lumbre, y dentro no quedaban sino el altar de piedra y una cruz verde que se había escapado de la hoguera, frente a una amplia hornacina vacía. El piso estaba cubierto de restos de pastura y estiércol.

El grupo de campesinos se detuvo a la puerta de la iglesia, cuando las nubes comenzaban a descargar sus primeras gotas; el jefe desmontó y dijo a sus hombres:

—Aquí pasamos la noche y en la madrugada nos vamos rumbo a Encinillas...

—Sí —dijo uno—, pa' que nos agarren dormidos...

—Yo no me quedo —dijo otro.

—Ni yo...

—Yo, de bestia; tan fácil que es escapar de noche...

Todos los infantes pensaban lo mismo.

—Está bien —dijo el muchacho—, dejamos los heridos ahí dentro y nos vamos...

Los rebeldes se pusieron a maniobrar muy rápidamente, febrilmente; bajaron a los heridos y los fueron colocando sobre el estiércol en el interior de la pequeña iglesia, y bien pronto ya no había espacio para un cuerpo más; el pedazo de hombre metido en el saco permanecía aún sobre la mula, delirando en voz baja. El muchacho lo tomó en vilo, penetró al interior y dejó el bulto recargado en el fondo de la hornacina, tras la cruz verde.

Después, los hombres útiles subieron a las caballerías y se perdieron en la noche.

\*

Comenzó la tormenta; las nubes que se habían amontonado en el cielo lanzaron torrente de lluvia; las descargas eléctricas se sucedían con rapidez, abatiendo los álamos de la orilla del río; una cayó sobre la torre encalada de la vieja iglesia y derribó la chueca cruz de hierro y unos cuantos adobes; otra abrió un boquete en la techumbre apollillada; la lluvia continuaba incesante, y pronto los heridos tendidos en el estiércol quedaron empapados; muy pocos, tres o cuatro, se quejaban ya; los demás habían quedado inmóviles, con los ojos abiertos y los dedos agarrotados, sobre la basura sangrienta.

En la hornacina, el mutilado seguía delirando.

Se veía con unas piernas enormes, caminando horizontalmente por los muros de adobe encalado; salía a la llanura, y de dos pasos llegaba hasta la Sierra Azul, donde los campesinos estaban todavía combatiendo; iba de un lado a otro con una velocidad increíble, recorriendo la línea de tiradores; luego las piernas se le iban encogiendo, encogiendo; ya eran del mismo tamaño que las de los demás hombres, y luego más chicas, más chicas, hasta que los pies le quedaron pegados a la cintura; entonces, apenas podía andar, y daba saltitos, balanceándose sobre los brazos, apoyadas las manos en el suelo; a poco, las piernas le volvían a crecer, y corría, corría por la llanura, alcanzaba a un grupo que llevaba varios heridos sobre unas bestias, y se reía de los que iban despacio, sudorosos y cubiertos de polvo; en cuatro pasos llegó a la orilla del río y se puso a derribar los álamos a puntapiés, aplastándolos como si fueran cañas de maíz; de un golpe derribó la torre de una iglesia, de otro un muro, de otro un altar...

La tempestad era cada vez más violenta, los rayos habían derribado la mayor parte de la vieja iglesia; los cadáveres tendidos sobre el estiércol estaban en parte cubiertos con los restos de las vigas y la tierra de los adobes; no quedaba en pie sino el muro donde estaba la hornacina, con la cruz de madera verde abriendo los brazos en el vacío.

El herido vio de pronto cómo le desaparecían las piernas, y sintió los pies dentro del cuerpo, bailando horriblemente; le pisaban el estómago y el corazón, le pisaban los pulmones para que no respirara, le pisaban la lengua... Quiso gritar, y no pudo, agitó los brazos tan violentamente que estuvo a punto de caerse del nicho y se abrazó de la cruz; entonces los pies se salieron y se le colgaron de los brazos, creciéndole de la punta de las manos y se echaron a correr por el madero verde; subían y bajaban a toda prisa, los dos solos, ágiles, rápidos; luego se volvían a meter en el cuerpo y jugaban dentro con todos los órganos; uno asomó por el pecho y dio un puntapié a la nariz, otro aplastaba una oreja, y luego, los dos se ponían a patear dentro del cráneo, correteando de un lado a otro. Por fin, se salieron del cuerpo y se fueron siguiendo unas huellas de herradura por la orilla del río; llegaron a una casa de adobes situada en una hondonada, de donde habían salido cuatro días antes, cuando las columnas rebeldes pasaron a fortificarse en la Sierra Azul; habían dejado el surco en que habían trabajado muchos años para unirse a los alzados que habían de batirse con las tropas federales; esos pies no habían sido nunca de hombre de armas, siempre de labriego, de hombre que no había empuñado jamás una carabina; fueron hacia Sierra Azul y ahí se quedaron, despedazados por la metralla, sangrientos...

Cesó la tempestad; de la vieja iglesia no quedaba sino un muro en pie, la cruz verde cubriendo la hornacina, y un pedazo de hombre abrazado al madero.

\*

Estaba aclarando cuando una patrulla de soldados, al mando de un joven capitán de capote azul, anchas fornituras de cuero y casco de corcho, llegó frente a las ruinas de la iglesia de adobe; desmontaron, y los soldados, con las tercerolas apercebidas, rodearon cuidadosamente el derruido templo, temerosos de una emboscada; pero en

cuanto se convencieron de que no había peligro, se aventuraron a remover los escombros para darse cuenta del número de cadáveres; el oficial daba órdenes de que desensillaran los caballos para tomar un descanso en aquel sitio, cuando aparecieron dos soldados que se habían echado las carabinas a la banderola y que llevaban en vilo al hombre metido en el costal.

—Es el único que está vivo, mi capitán.

El oficial tosió para dar a su voz un tono ronco, azotó su fuste contra las botas amarillas, puso la mano izquierda en la cintura y dijo:

—Fusílenlo.

Los soldados buscaron con la vista un sitio a propósito; fueron hacia la pared que había quedado vertical, pusieron al rebelde como un fardo en el suelo, recargado en el muro, y pasaron a formar con otros tres o cuatro, la línea de tiradores.

—Un momento —dijo el capitán, y dirigiéndose al mutilado que le miraba con ojos espantados de calenturiento, le preguntó...

—¿Cómo te llamas?

El infeliz apenas pudo murmurar:

—Gabino... Gabino... Durán.

Sonó una descarga uniforme; el campesino rebelde no se movió; quedó recargado en el muro y tocando con las manos el suelo, lívido, silencioso, fijos los ojos en el fulgor del sol que se levantaba sobre los álamos.

\*

**Parte que rinde el jefe de la patrulla avanzada**, al coronel jefe del 100 Regimiento de Caballería: “Hónrome en poner en conocimiento de usted que durante la noche pasada dimos alcance, a la orilla del río, a un grupo de rebeldes dispersos del combate de Sierra Azul, que se habían atrincherado en una vieja iglesia; inmediatamente dicté órdenes para que mis soldados los desalojaran de sus posiciones, lo que se logró después de media hora de nutrido tiroteo, durante el cual hicimos al enemigo doce muertos y capturamos vivo al feroz cabecilla Gabino Durán, bandolero conocidísimo, que se hacía llamar “Mayor” de los campesinos rebeldes. Después de un Consejo de Guerra sumarísimo, que lo condenó a muerte, el cabecilla Durán fue ejecutado. Felicito a usted, mi coronel, por esta

acción de armas consumada por elementos a sus dignas órdenes y que viene a completar la tremenda derrota de los rebeldes en Sierra Azul.— Atentamente.— El capitán jefe de la Patrulla Avanzada...”.

\*

**Parte que rinde el coronel jefe del 100 Regimiento de Caballería**, al general de Brigada, jefe del Ala Derecha: “Hónrome en comunicar a usted que anoche, las avanzadas que destaqué después del combate de Sierra Azul, me dieron parte de un grupo como de trescientos campesinos rebeldes, prófugos de aquella batalla, se habían decidido a presentar resistencia en la orilla del río, donde se habían estado atrincherando durante la tarde. Inmediatamente di las órdenes para que el regimiento a mi mando tomara dispositivos de combate, y al rayar el alba comenzó el tiroteo, que se prolongó por espacio de dos horas; visto que el enemigo estaba perfectamente atrincherado, dispuse que las compañías 1ª y 2ª del regimiento a mi mando hicieran un movimiento de flanco, que dio los resultados apetecidos, pues los rebeldes comenzaron a abandonar sus posiciones, presas de verdadero pánico, abandonando sus armas y caballos ensillados, con el propósito de pasar el río a nado, lo que causó la muerte de muchos de ellos, que fueron arrastrados por la corriente. Ya en plena persecución, los soldados de mi regimiento consiguieron capturar al jefe de la partida, que lo era el feroz cabecilla Gabino Durán, quien se hacía llamar “Coronel” de los campesinos rebeldes; inmediatamente ordené que se le formara Consejo de Guerra sumarísimo, integrado por mí y los demás jefes del regimiento, y después de comprobar debidamente la culpabilidad de Durán en varios asaltos a trenes y desperfectos en las vías férreas, se le condenó a muerte, cumpliéndose la sentencia inmediatamente. Felicito a usted, mi general, por este nuevo triunfo de las tropas a su mando, y respetuosamente me permito proponer el ascenso de los oficiales P..., J... y L..., que se portaron brillantemente en esta hazaña. El coronel, jefe del 100 Regimiento de Caballería... —Rúbrica”.

\*



**Parte que rinde el general de Brigada, jefe del Ala Derecha,** al generalísimo jefe del Ejército: “Hónrome en participar a usted que durante todo el día de ayer hemos estado empeñados en un rudo combate con los campesinos rebeldes, que no fueron completamente derrotados en Sierra Azul y que pudieron reunir poco más de dos mil hombres y fortificarse en una línea de kilómetro y medio de largo en la orilla del río. Inmediatamente que tuve conocimiento de que los campesinos se aprestaban a oponer resistencia, ordené que los batallones y dos regimientos presentaran combate por el frente, asaltando las posiciones enemigas, como lo hicieron con singular brío; sin embargo, las posiciones de los agraristas eran tan ventajosas, que me ví en la necesidad de disponer que una batería de artillería procediera a bombardearlas para acallar el certero fuego de los insurrectos sobre nuestros soldados de infantería y caballería; nuestras piezas desmontaron algunas ametralladoras que el enemigo había salvado del combate en Sierra Azul, y con esto se facilitó grandemente el avance; pero comprendiendo que el enemigo podía muy bien intentar la retirada sin grandes pérdidas, cruzando el río, para lo cual tenía ya preparadas algunas grandes balsas, y que nosotros no podríamos continuar la persecución en la otra rivera, ordené que dos regimientos dieran una violenta carga de caballería por el extremo derecho, logrando colocarse entre las trincheras y el río; entre el enemigo cundió inmediatamente el pánico, y nuestras valientes tropas pudieron en breves momentos dominar la situación, haciendo a los rebeldes más de doscientas bajas entre muertos y heridos. Cayó prisionero el feroz cabecilla Gabino Durán, que se hacía llamar “General” de los campesinos rebeldes y que fue el jefe del núcleo de agraristas que nos opusieron resistencia; se le recogieron todos los documentos, entre los que figura un nombramiento expedido en su favor como jefe de los rebeldes en este estado, y en tal virtud, inmediatamente ordené que se le formara Consejo de Guerra sumario, durante el cual se comprobó que Durán fue quien mandaba a los rebeldes durante el saqueo de los pueblos de Encinillas, Pueblo Viejo, La Piedad, etc., etc., además de ser directamente responsable de varios asaltos a trenes y desperfectos en vías férreas. Se le condenó a muerte y la sentencia fue cumplida inmediatamente, frente a todas las fuerzas de esta columna, que posteriormente desfilaron ante el cadáver. Felicito a usted por este nuevo triunfo de las tropas federales, y me permito proponer el ascenso de los coro-

neles J..., B... y D...; de los tenientes coroneles P..., M... y L..., y en general de los oficiales de mi Estado Mayor, sin aspirar a más recompensa, por mi parte, que continuar conservando la confianza de usted, mi digno jefe.—Atentamente.—El general de Brigada, jefe del Ala Derecha...”.

\*

**Parte que rinde el generalísimo, jefe del Ejército**, a S. E. el ministro de la Guerra, para su conocimiento y para que se sirviera transcribirlo al excelentísimo señor general Díaz, presidente de la República: “Hónrome en participar a usted que las tropas que a mi mando están castigando a los campesinos agraristas levantados en armas, continúan su cadena de triunfos, pues durante los días lunes, martes y miércoles de la presente semana hemos obtenido sobre las hordas un triunfo más importante que el de Sierra Azul, porque logramos capturar al jefe supremo del movimiento de insurrección, el feroz cabecilla Gabino Durán, que se hacía llamar “General de División”, y después de un Consejo de Guerra fue pasado por las armas. Paso a referir a usted detalladamente el curso de la batalla: el lunes por la mañana, las avanzadas me notificaron que el enemigo se había fortificado al otro lado del río, y que habiéndosele reunido algunos centenares de campesinos a quienes los agitadores radicales han estado excitando a la rebelión, podía calcularse el número total entre ocho y diez mil hombres, que aprovechándose de la naturaleza del terreno, se habían decidido a jugarse la última carta de esta insurrección contra el derecho de propiedad y contra las instituciones que por espacio de treinta años han venido dando al país la paz sacrosanta de que gozamos. Desde luego me di cuenta de que el enemigo estaba en una situación privilegiada, pues estando sus trincheras al otro lado del río, nuestros valientes soldados tendrían que pasarlo a nado para llegar a la lucha cuerpo a cuerpo, en la que nuestra superioridad sobre los indisciplinados campesinos es indiscutible. Con la rapidez que el caso requería, ordené que se construyeran dos puentes de lanchas y grandes balsas en las que nuestros soldados intentaron varias veces pasar el río durante el día lunes, pero la suerte favoreció a los rebeldes, quienes se mantuvieron en sus posiciones; y durante la noche ordené que varias patrullas de caballería buscaran un vado en el río, y mientras tanto nuestros

batallones de zapadores construyeron una línea de trincheras a lo largo de la ribera y frente a frente a las del enemigo, que con no menos de cincuenta ametralladoras, manejadas en su totalidad por filibusteros extranjeros, se defendió vigorosamente, comprendiendo la inminencia de su derrota; durante la noche, también, nuestra artillería gruesa estuvo bombardeando las posiciones del enemigo, y al amanecer, en vista de que no habían regresado las patrullas de caballería enviadas a buscar un paso por el río, con unos cuantos oficiales de mi Estado Mayor me lancé a la obra, consiguiendo pocas horas después localizar un magnífico vado, bastante ancho, por donde nuestros soldados de caballería pudieron pasar a la orilla opuesta sin ser vistos por el enemigo; comprendiendo la necesidad de asestar un golpe de muerte de una vez por todas al movimiento campesino, dispuse que nuestros dragones se mantuvieran ocultos hasta la media noche, hora en que debían asaltar por la retaguardia las posiciones de los rebeldes, al mismo tiempo que nuestros infantes, con balsas construidas durante el día, atacaban por el frente; así se hizo con precisión matemática, y a las doce en punto de la noche comenzó el ataque por ambos lados, lo que provocó entre el enemigo un pánico indescriptible.

“Para no cansar a usted, le referiré únicamente que al amanecer el campo estaba materialmente cubierto de cadáveres de insurrectos, que a reserva de decir a usted posteriormente cuántos fueron exactamente, puedo asegurar que no bajaron de mil.

“Los oficiales de mi Estado Mayor, que se portaron brillantemente, capturaron durante la confusión que siguió a nuestro ataque simultáneo, al jefe de los rebeldes, que se hacía llamar “General de División”, Gabino Durán, que con un grupo de hombres de su escolta personal opuso una tenaz resistencia hasta que fue personalmente desarmado y aprehendido por mi ayudante, el capitán M..., quien lo condujo hasta este Cuartel General, donde estuvo prisionero mientras se integraba rápidamente un Consejo de Guerra, que después de oír la cínica relación que hizo este feroz cabecilla de todos los crímenes que ha cometido no sólo durante la revuelta, sino desde años antes, lo condenó a muerte por traidor a la patria, salteador de caminos, asesino con alevosía, premeditación y ventaja, e incendiario; la sentencia se cumplió inmediatamente y considero que con la desaparición de este sanguinario bandido y peligroso agi-

tador, puede darse por terminado el movimiento insurrecto. Felicito a usted por este nuevo triunfo..., ascensos..., confianza..., etc.”.

\*

**Información publicada por *La Gaceta Nacional***, periódico de la capital de la República, sobre el combate en Río Largo:  
(título en rojo, al ancho de la plana).

¡¡¡DURÁN, FUSILADO!!!

---

Brillante acción de armas en Río Largo

---

Las tropas federales se cubrieron de gloria en un combate de cinco días contra los rebeldes

---

Captura y ejecución del jefe insurrecto

---

*La Gaceta Nacional* es el único periódico que entrevista al feroz cabecilla, durante la noche anterior a la ejecución sumaria

---

Por Medardo Encinas Rojas, enviado especial.

Desde el Cuartel General. Escribo estas notas para los numerosos lectores de *La Gaceta Nacional*, instantes después de presenciar la solemne ejecución de uno de los bandoleros que más ha ensangrentado nuestro suelo: el feroz cabecilla Gabino Durán, a quien capturaron las bien disciplinadas fuerzas federales, después de un combate de cinco días, del que envió amplia crónica por correo. Sin embargo, para calmar la justa ansiedad de los numerosos lectores de nuestro periódico, digo que el combate de Río Largo, que acaba de registrarse, pasará a la historia como el más sangriento que ha habido desde la Independencia hasta nuestros días, y al mismo tiempo aquel en que se ha hecho mayor derroche de estrategia, genio, puede decirse, por parte de los dignos jefes de nuestro ejército regular y de heroico valor por parte de los indómitos soldados que defienden las instituciones contra las hordas de facinerosos.

“Desde el lunes comenzó el combate y es hasta hoy sábado que puede darse por terminado; más bien que una lucha entre hombres, parecía un gigantesco juego de ajedrez en el que un genio sobrehumano estuviera moviendo con asombrosa precisión y decisiva certeza las piezas que participaban en esta gran acción; los rebeldes, en número no menos de veinte mil hombres, pues se habían reunido los insurrectos de varios Estados para dar un golpe moral a las instituciones —golpe que fue evitado por la maravillosa actuación de nuestro generalísimo—; los rebeldes, digo, ocupaban magníficas posiciones, y sin duda inspirados por oficiales extranjeros de cuya permanencia entre los rebeldes ya se tenía noticia, maniobraban hábilmente, tomando a veces rápida ofensiva, a veces vigorosa y serena defensiva.

“Pero el generalísimo estuvo colosal: durante cinco días y cinco noches no descansó, dando continuamente atinadas órdenes que hacían que el curso de la batalla se desarrollara favorablemente a nuestras gloriosas armas. Le acompañaban los elegantes oficiales del Estado Mayor y el pagador general de la División, don Everardo Mayo, que tan gentil caballero y fino amigo es siempre con los periodistas que acompañamos la columna.

“Aquí debo hacer un pequeño paréntesis: los corresponsales de esos dos indecentes periódicos que se llaman *La Noticia Nocturna* y *El Madrugador Informativo*, no presenciaron estos grandes sucesos por haberse quedado en la población de Lanús, en una tremenda orgía.

“¿Para qué narrar todas las escenas de heroicidad y habilidad que se desarrollaron en estos cinco días de combate? Baste decir que no menos de dos mil quinientos muertos del enemigo han quedado en el campo y que los insurrectos que lograron escapar con vida arrojaban sus armas llenos de pavor sombrío y se iban a esconder en la montaña, castigados para siempre en su insana osadía.

### *La captura de Durán*

“Fue poco antes de la terminación del combate cuando el generalísimo se dio cuenta de que un grupo de doscientos hombres, entre los que sin duda iba algún jefe, por las magníficas cabalgaduras que llevaban, trataba de romper el sitio, e inmediatamente dio atinadas órdenes para que le cortaran la retirada, quedando encargados de

cumplirlas varios oficiales del Estado Mayor; éstos se dedicaron desde luego a perseguir a la mencionada columna y le dieron alcance, trabándose un reñido encuentro en el que murieron no menos de cincuenta rebeldes y siendo capturado el jefe supremo de la insurrección, el feroz cabecilla Gabino Durán, que fue conducido a la Comandancia Militar.

“Ahí, el generalísimo lo sujetó a un severo interrogatorio, del que resultó tremenda culpabilidad que Durán tuvo en el levantamiento que cubrió de sangre esta rica zona de nuestro país; no relato aquí los principales hechos de la vida de Durán porque éstos serán publicados posteriormente en *La Gaceta Nacional*, en calidad de memorias del feroz cabecilla, dictadas personalmente a este periodista durante la noche que precedió a la ejecución.

“Durán fue condenado a muerte por unanimidad y se le puso en capilla, obteniendo nosotros exclusivamente el privilegio de acompañarle durante la noche, para oír de sus propios labios el relato de una vida espantosa, plagada de crímenes de lo más salvaje e increíble; este relato comenzará a ser publicado a partir de mañana, y los numerosos lectores de este periódico deben apresurarse a adquirir sus ejemplares.

“Si acaso los dos desprestigiados diarios llamados *El Madrugador Informativo* y *La Noticia Nocturna* pretenden tener también las memorias del feroz cabecilla, mienten descaradamente, pues nuestro enviado especial fue el único... etc., etc.”.

\*

La historia, dentro de cincuenta años o cien:

“Este movimiento insurrecto fue planeado y dirigido por Gabino Durán, sin duda el más sanguinario bandolero que ha habido en el continente. Sus crímenes...”.

## AGUA

La columna de soldados avanzaba lentamente por el desierto implacable. Cuatro días llevaba caminando en aquella llanura blanca y polvosa, después de evacuar el puesto avanzado sobre el que los rebeldes habían caído como una tormenta; cuatro días de caminar sin

rumbo fijo, sin más guía que el sol, porque todos los rancheros de la región se habían negado terminantemente a dirigirla hacia la capital del estado. No valieron amenazas, ni azotes, ni el fusilamiento de dos mocetones que en el último ojo de agua, a la orilla del desierto, se resistieron a conducir a los trescientos soldados y cien soldaderas hasta el otro lado de la landa; todo fue inútil, el último hombre que encontraron y que llevaron amarrado para que enseñara el camino, se escapó una noche, mientras los centinelas se rendían a la fatiga de cien horas.

Trescientos soldados, restos de un brillante regimiento y de un batallón de línea, caminaban unos en caballos de cabeza inclinada; otros, a pie, arrastrando los zapatones de “munición”, en el arenal; muchos iban heridos, y se veían sus uniformes de paño azul, cortados para un desfile en día de fiesta patria, manchados de sangre; todos fatigados por cuatro días sin descanso en la huída y por diez más que habían estado sitiados. No tenían agua desde cuarenta y ocho horas antes, cuando habían llegado a la orilla del desierto, pero tenían que avanzar, avanzar, avanzar, porque el que cayera en tierra no se levantaría más: el sol, la sed y el hambre le matarían si escapaba a los rebeldes, que en rápidos caballos y conocedores del terreno, venían persiguiéndolos.

Con los soldados, cien soldaderas llevando al hombro sus muchachos, sus ollas, sus comales, sus cobijas, levantaban el ánimo de los hombres silenciosos, con sus canciones, sus chistes léperos, sus frases cariñosas. Entre ellas, Victoria, una muchacha que apenas quince días antes se había reunido al ejército en calidad de “señora” del sargento Urrutia, descollaba por ser la más animosa y también porque era la más joven y la única bonita; una muchacha ranchera que se había entusiasmado con los botones dorados y el uniforme azul con tres franjas rojas, del sargento, y que había decidido seguirlo, precisamente horas antes de que comenzara el sitio. En el combate, apenas si los oficiales y soldados habían tenido tiempo para fijarse en la muchacha, pero en estos cuatro días de marcha incesante, cuando Victoria marchaba adelante llevando al hombro el máuser enorme de su “Juan”, todos los hombres miraron hacia ella y muchos descargaron con rabia la culpa de la derrota sobre el sargento Urrutia.

—¡Qué tristeza, dejarla viuda a las dos semanas de la noche de bodas...!

—Y lo peor: se la va a dejar a los refulufios...

—¡Quién fuera el cabecilla! Porque está regüena.

—Y con lo que ha aprendido aquí, llegará a “coronela internacionalista”.

Urrutia se mordía los labios y avanzaba en silencio. Era un hombrachón de veinticinco años, norteño, enorme, que descollaba la cabeza sobre los pequeños soldados, en su mayoría tomados de leva entre los indígenas del centro del país; pero a pesar de ser tan superior físicamente a sus compañeros de armas, nunca riñó con nadie ni maltrató al inferior, ni habló mal de los oficiales; era un buen muchacho, al decir de los jefes del regimiento.

\*

Al mediodía, cuando el sol estaba más hostil y cuando más de diez soldados se habían quedado manchando de azul la monotonía blanca del arenal, Victoria dijo en un grito:

—¡Allá está ya la sierra...!

Los jefes adelantaron un poco el galope de sus caballos flacos y preguntaron a la muchacha:

—¿Por dónde crees que haya agua?

—Mire, mi coronel, allá en dirección al picacho, ¿ve una mancha verde claro?

—Sí, Victoria.

—Pues ahí debe haber un aguaje...

El coronel se elevó sobre sus estribos y volvió la cara hacia la columna.

—¡Soldados! —gritó—. Estamos al límite del desierto. Un esfuerzo más y esta noche tendremos agua...

Por primera vez en la larga caminata, de la columna salió un murmullo, pero no de queja; era sorprendente que todavía aquellos trescientos hombres, sitiados durante diez días, perdidos durante cuatro en una llanura interminable, conservaran aún disciplina. Sólo un soldado viejo, de bigote cano y largo, tipo de granadero napoleónico, y también como aquéllos, renegado e insolente, dijo desde el final de la columna:

—¡A la noche, a la noche...! ¿Quién estará vivo a la noche?

\*



A las seis, en aquella interminable tarde de verano, el sol estaba muy alto, cuando los jinetes que se habían adelantado al resto de la columna y las mujeres más jóvenes que habían venido al trote estuvieron a la vista del aguaje rodeado de álamos de anchas copas de color verde. Era un arroyo que venía corriendo a lo largo de la sierra y al pie del picacho más alto hacía un remanso, sitio maravilloso para aquellos pobres soldados y aquellas bravas mujeres.

Pero cuando los dragones que llevaban mejores caballos llegaron a cien metros del agua, jadeantes, desesperados por la sed, sonó una descarga cerrada: un grupo de rebeldes, avisado por correos que con sus rápidos caballos rodearon el desierto, esperaba a los soldados en el lugar lógico a donde debían llegar un día u otro: el aguaje. No pasarían de un centenar, pero tenían agua y entusiasmo, y además encontraban a la columna deshecha por la caminata.

Sin embargo, los soldados, desesperados por la falta de agua, se dispusieron bien pronto a combatir; se arrastraron en la arena y comenzaron a hacer fuego con sus largas carabinas; nunca antes habían combatido así, tan fieramente, tan decididos, tan indiferentes a la muerte; todo fue inútil, los refulgios estaban bien colocados y también tenían espíritu de guerra.

El tiroteo seguía cuando tras el mismo picacho el sol se despidió con una llamarada.

\*

Entre las sombras, sobre el arenal todavía tibio, se arrastraba ya a unos cuantos metros de los primeros álamos una mujer, una soldadera. Había hecho un enorme rodeo para acercarse al aguaje por otro lado de donde era el combate; avanzaba lentamente, con mucho cuidado, inadvertida. Las carabinas seguían tronando, y mientras del campo federal no se oían sino disparos, del aguaje salían gritos burlones:

—¡Changos! ¡Muertos de hambre! ¡Vengan por su agua...!

La mujer llegó a la orilla del arroyo, se arrojó de bruces sobre la tierra húmeda, bebió ávidamente, llenó un jarro enorme y volvió hacia el desierto a la carrera. Pronto estuvo entre los soldados que disparaban.

—Urrutia, ¿dónde está Urrutia?

—Allá delante, le dijo un herido; es el que está más cerca...

Victoria corrió, avanzando el pecho firme, con los cabellos al viento; repentinamente se detuvo al oír un golpe seco y sentir la pierna húmeda: una bala le había quebrado el jarro y en su mano derecha quedaba solamente el asa, inútil.

—¡Me lleva... el diablo...!

Y luego, ahí mismo donde estaba la arena húmeda, se recostó Victoria para siempre, con una flor roja en la blusa cubierta de polvo.

\*

A la medida noche, los soldados derrotados en el aguaje se habían detenido a descansar en la orilla de la sierra, bajo unas encinas, pero sin agua. No quedaba ni la mitad, pues muchos de ellos se habían avalanzado a la carrera hacia el remanso y habían caído a los certeros disparos de los rebeldes.

Urrutia, herido en la frente, descansaba silenciosamente bajo una encina, envuelto en su largo capote gris. Todavía hasta ahí le seguía la burla de sus compañeros:

—¿Dónde está Victoria, mi sargento...?

—¿Ya estará haciendo la cena?

—Se me hace que la Victoria fue de los rebeldes...

—Claro, ya tendría ganas de agua...

—... y debe haber quedado muy satisfecha, por cierto...

El sargento siguió silencioso bajo la encina.

Un oficial que se acercó al grupo comenzó a cantar:

Me abandonaste, mujer,  
Porque soy muy probe...

Y los soldados corearon:

Qué Pe deacer,  
Si yo soy el abandonado...

El capote gris apagó un sollozo.

## VILLA AHUMADA

Villa Ahumada... Villa Ahumada... ¿Quién no conoce la historia de la cárcel de Villa Ahumada, la mejor del mundo, de la que nunca se ha fugado un preso? Es un corralón enorme; parece un cementerio, de tan extenso que es, con una barda de adobes sin enjarre, de metro y medio de alto; en un rincón, cerca de la puerta, un cobertizo de lámina donde las vacas han dejado un tibio colchón para los borrachines, únicos clientes del establecimiento penal.

¿Y por qué no se fuga nadie?

Muy sencillo, porque al entrar, el preso se encuentra con un rótulo que dice en buen romance: “JIJO DEL MAIZ EL QUE SE FUGUE”, y después de eso, todos los reclusos esperan pacientemente el final de su condena, sin la menor tentación de saltar la tapia de adobe, hacia la libertad.

Villa Ahumada tiene una sola calle, eso sí, tan ancha como la más ancha de la ciudad más grande; en medio, la vía del ferrocarril, y de un lado y otro, casi a tiro de fusil, la cárcel, el correo, el telégrafo, el tanque de agua, los corrales para el embarque de ganado, la casa principal del pueblo, con dos pisos y escaleras verticales por fuera; después, las casuchas de adobe, el escape del ferrocarril y los carros de caja encallados en la arena y convertidos en cómodas residencias de verano.

Hay cincuenta soldados cuidando la vía y el tanque de agua, porque, locomotora que no toma ahí del líquido, no atraviesa el desierto hasta el otro lado. Hay también un oficial de fusta, polaina amarilla y bigotes a la alemana, y también una docena o dos de mujeres; son las soldaderas, que todos los días hacen una incursión por los ranchos vecinos, en persecución de las gallinas y de los marranos; las que hacen la comida, lavan la ropa y endulzan la vida de los soldados, acompañándolos en sus canciones con las viejas guitarras, cuando por la noche, la guarnición se reúne frente al cuartel, en redor de una hoguera de mezquite.

A las doce de la noche, en punto, pasa el tren del sur al norte; los soldados se forman en una sola fila junto al tinaco, y cinco minutos después, cuando las últimas luces de los carros desaparecen en la noche, se toca fajina, y los *Juanes* van a dormir en la paja.

A las doce en punto del día, pasa el tren del norte al sur; los soldados se forman en una sola fila junto al tinaco, y a los cinco

minutos, cuando el tren ha desaparecido en una curva amplísima y no se ve de él sino la negra columna de humo que se levanta como gigantesca pluma en el desierto, se toca rancho, y los Juanes se diseminan en busca de la escasa sobra; las soldaderas les dan de comer y, después, a dormir la siesta, mientras el oficial juega billar en la única mesa en cien kilómetros a la redonda, con unas bolas descoloridas que parecen naranjas. En esa hora no se oye otro ruido que el motor de gasolina que bombea el agua del tanque, y de cuándo, en cuándo, el chirrido de una carreta que llega de los ranchos cercanos, en la que vienen quesos de medio metro de diámetro, un bulto de lana, leña de encino, un costal de bellotas...

Otras veces vienen cuatro o cinco rancheros, con plata, se llevan botellas de cerveza, cigarros, y desaparecen al galope de sus caballos en la landa interminable.

Y los soldados siguen durmiendo, o juegan a la baraja; no hay centinelas con fusil al hombro que marchen infatigables, diez pasos para acá, diez para el otro lado, frente a la puerta del cuartel; ni se oye nunca un “quién vive” rotundo. ¿Para qué se hace esto en Villa Ahumada?

\*

Una madrugada, cuando apenas unos cuantos soldados habían salido del cuartel, todavía medio dormidos, a esconderse momentáneamente tras de los mezquites, un tropel de rebeldes entró a la carrera por la única calle, disparando al aire y gritando vivas a su jefe; en cinco minutos se metieron de rondón al cuartel, desarmaron a dos o tres soldados que trataron de hacer resistencia, le dieron cuatro tiros al oficial de bigote a la alemana y encerraron a todos los soldados y a las mujeres en una galera; desnudaron la tropa, y cincuenta rebeldes se pusieron los uniformes azul oscuro y las gorras de paño, y un muchachón se puso el uniforme del oficial muerto, y se caló el caso de corcho; al telegrafista lo encontraron dormido, y se lo llevaron a la oficina, donde un jefe, pistola en mano, lo obligaba a contestar todas las llamadas, con un “sin novedad”.

Poco antes de las doce, los rebeldes, vestidos de uniforme, salieron del cuartel con sus carabinas y formaron una sola fila junto al tinaco...

—Ya saben, muchachos —les dijo el cabecilla—. Nada más dos se montan a la locomotora y agarran al maquinista; si viene escolta, no se muevan hasta que salgamos los demás del cuartel echando bala...

A los lejos se veía el humo de la locomotora del tren del norte. El telegrafista seguía en su puesto con la amenaza de la pistola, y los cincuenta rebeldes descansaban sus armas en silencio; el tren estaba ya a dos kilómetros, a uno, a quinientos metros, cuando del cuartel sale a toda carrera una mujer: era Petra, soldadera de las más valientes en todo el regimiento; se había quitado las enaguas rojas y corría desesperadamente agitando su señal de peligro, al encuentro del tren, que venía ya entrando en la larga calle, a vuelta de rueda.

—¡Jija del maíz, échenle bala!...

Tras ella salieron media docena de rebeldes del cuartel, y con todos los que formaban la fila comenzaron a disparar sus armas. El tren se detuvo a las señales de la enagua roja, y a los disparos de doscientos hombres que apuntaban a una mujer; y tres minutos después, cesado el tiroteo, el tren retrocedía lentamente, salvado de caer en manos de los rebeldes, por una brava soldadera que quedó en medio de la vía, cubierta por su enagua roja, tendida sobre un charco más rojo todavía...

—¡Jija del maíz! Nos echó a perder la combinación...

En el horizonte se veían una columna de humo y una de polvo; el tren que retrocedía y la partida rebelde, que no quería esperar la llegada de más tropas.

Villa Ahumada quedó en silencio. A poco, los soldados rompieron la puerta de galera, y salieron en calzoncillos, levantaron a Petra, y como ahí no hay cementerio, la enterraron en un rincón de la cárcel.

El rótulo asomaba sobre la puerta del corralón.

## EL NIÑO

Los trenes militares, tendidos uno detrás de otro en la única vía férrea que atravesaba el desierto, eran una larga cinta oscura sobre la blanca extensión arenosa; estaban inmóviles, pero el humo transparente, más bien aire tibio, que escapaba de la chimenea de las locomotoras, decía que aquella serpiente de carros, plataformas, jaulas de la caballada, tanques de agua y de petróleo, vagonetas blin-

dadas, estaba lista para ponerse en movimiento. Los trenes parecían abandonados: no había hombres sobre los techos de los carros ni caballos en las jaulas; la tropa había echado pie a tierra, y mientras las caballerías exploraban a distancia, hacia la serranía desdibujada que por el norte ponía término al desierto, los infantes habían desplegado dos alas larguísimas a uno y otro lado de la vía, y avanzaron toda la mañana, con la carabina bajo el brazo y la cabeza inclinada hacia delante, esperando oír silbar sobre sus cabezas, en cualquier momento, las balas de los rebeldes, escondidos en las quebradas. Habían marchado también el general en jefe y su Estado Mayor, en rápidos caballos, siguiendo la línea ondulante de la infantería en forrajeadores. Y también había avanzado El Niño.

Era éste el cañón más grande en todo el ejército; se le traía siempre montado en una plataforma de ferrocarril, y se le cuidaba como si fuera el hijo mimado de los hombres de armas; pintado de gris, con líneas de azul oscuro en los filos, levantaba su larga nariz al viento, y de cuando en cuando resoplaba con estrépito por su enorme boquete. La plataforma se estremecía sobre los rieles, y los artilleros conservaban difícilmente el equilibrio; diez a doce kilómetros al frente, caían los escupitajos de El Niño en lluvia de plomo. Había salido en su plataforma, empujado por una locomotora, y nada más; llevaba una pequeña dotación de granadas, cuarenta o cincuenta, en cajas de media docena, porque el combate con los rebeldes no debería efectuarse aquella mañana.

El enemigo esta fortificado, según los partes de las caballerías volantes, en un cañón en medio del cual corrían las paralelas de acero del ferrocarril, y las montañas comenzaban a veinte o veinticinco kilómetros de los trenes inmóviles. La infantería marchaba a colocarse en sitio para atacar formalmente al madrugada, y El Niño iba a bombardear las posiciones avanzadas, y a impedir que durante el día los rebeldes pudieran dedicarse libremente a mejorar sus atrincheramientos.

En los trenes había un silencio pesado, tan pesado como el sol de junio que en ese mediodía levantaba aire cálido de la tierra sedienta. Las mujeres de los soldados se habían refugiado bajo los carros y las plataformas, único lugar de sombra en aquella extensión en que los mezquites de metro de alto, espinosos y hostiles, eran la pobre vegetación. Los ferrocarrileros de tripulación en los trenes estaban en los cabuses, durmiendo la siesta. Algunas mujeres regresaban de

la llanura trayendo leña de mezquite y comenzaron a hacer fuego para sus comidas, a la sombra de los trenes. A lo lejos, a cinco o seis kilómetros, se oían los disparos isócronos de El Niño, y el oleaje de resonancias se extendía por la llanura en calma. De cuando en cuando, el viento traía los restos de un toque de clarín.

—Siguen avanzando —decía alguna mujer acostada a la sombra de los carros.

—¡Pobres de nuestros viejos!... ¡Caminar con este “solón”!...

La interpretación de los toques de corneta corría como un rosario por debajo de los trenes, y en la misma forma regresaba la pregunta:

—¿No ha regresado ninguno?

—Ninguno... Ninguno... Ninguno...

Y las soldaderas volvían a quedar en silencio, soplando la lumbre y cocinando; algunas aplaudían con la masa de maíz entre las palmas de las manos, haciendo las gordas, y otras traían baldes con agua de los tanques. El sol del verano caía perpendicularmente, y todas las mujeres se metieron con sus improvisadas cocinas bajo los carros.

De pronto, por la larga cadena humana tendida entre los rieles, corrió la voz:

—¡Se está quemando el parque de El Niño!...

Cien mujeres, doscientas, salieron de entre las ruedas y presenciaron atónitas el espectáculo: tres carros de caja, los primeros en la fila de trenes, donde estaba el parque de artillería destinado al cañón enorme, estaba ardiendo, sin duda por alguno de los fuegos de cocina encendidos por las soldaderas; y eran los tres carros de parque,

donde estaban todas las granadas con que se podía contar para que El Niño enviara a lo lejos su huracán de plomo. Ni pensar en apagar el fuego, que se propagaba rápidamente por las paredes de madera, con unos cuantos baldes de agua. Los ferrocarrileros seguían durmiendo en sus cabuses.

Entonces, del grupo de mujeres que se habían reunido en redor de los carros ardientes, salió una voz:

—Vamos a sacar el parque, porque, si no, no hay para la batalla de mañana...

Contestó una gritería:

—¡Vamos, vamos!

—¡Arriba las buenas mujeres!

—¡No se raje ninguna!

Y todas aquellas soldaderas se echaron sobre los carros, montaron a través de los cuadros de madera ardiendo de las puertas, y comenzaron a mover las cajas de parque. La maniobra no era sencilla, porque cada caja de seis granadas era para la fuerza de dos hombres. Las mujeres lucharon bravamente, locamente: unas arrastraban las cajas hasta las puertas y otras se las cargaban en los hombros, ayudadas por una de cada lado, y comenzaban a andar, vacilantes bajo el peso enorme, dando traspiés; algunas no podían y dejaban caer las cajas; otras se iban doblando lentamente y quedaban tendidas en la arena, con el peso sobre sus cuerpos.

—¡Arriba, arriba! ¡Puede estallar el parque!

Las caídas se levantaban, arrastraban las cajas por el suelo, formaban con ellas una trinchera a buena distancia de los carros ardiendo, y volvían por más; la peor parte la llevaban aquellas que habían subido: el fuego se les había comunicado a las ropas, les había chamuscado el cabello y causado quemaduras en los brazos desnudos, en las caras sudorosas; dos o tres otras fueron sacadas a medio asfixiar de los carros llenos de humo y sus ropas apagadas con arena.

—¡Síganle, mujeres; síganle!

Las que recibían las cajas, abajo, subieron a los carros; las que estaban arriba, fueron a revolcarse en la arena para apagar sus ropas ardiendo. Y siguió la maniobra: las cajas salían ya con fuego en algunas partes; no pasaría mucho sin que las que estaban aún en el interior de la hoguera estallaran, esparciendo balines y cascos de granada... El sol comenzaba a descender, a lo lejos, regularmente, se oían los disparos de El Niño rociando de metralla la entrada de la sierra, y el viento traía dispersos toques de clarín...

—Ya se pararon ahí...

—Sí, pero a nosotras nos está llevando el diablo...

Seguía la lucha contra el fuego, o más bien, el salvamento del parque. Las pobres mujeres estaban realmente en estado lastimoso: muchas, casi desnudas por el incendio de sus ropas; otras, con las cabelleras chamuscadas, las caras negras, los brazos rojos y ardidos; todas sudorosas y fatigadas..

—¡La última caja, la última!

Gritó una soldadera avanzando por entre las llamas rojas y el humo denso; otras veinte corrieron hacia el carro a recibir la caja.

—¿De veras, la última?



—¡Seguro!...

El cajón de madera, ardiendo de todos lados, fue sepultado en arena, que las soldaderas echaban con sus baldes, y a poco resurgía, negro, caliente todavía: era un tizón cuadrado, con ciento veinte kilos de muerte.

Las mujeres se tiraron en el suelo sin importarles el sol implacable, mientras los tres carros se iban consumiendo, consumiendo...

\*

Al caer la tarde, volvió El Niño, arrastrado por su locomotora: se llevó parque, y toda la noche estuvo haciendo ruido; volvió a la madrugada, y regresó a su puesto; el cañoneo era continuo: cada minuto, un disparo sin falta; los toques de clarín eran también frecuentes: órdenes de avance, órdenes de reunión, dianas.

En los trenes, las soldaderas se curaban con manteca sus quemaduras, y aquel mediodía, por experiencia, hicieron sus fuegos fuera de los rieles, aunque para cuidar de ellos tuvieran que soportar el sol calcinante.

Pasado el mediodía, por la cadena humana tendida bajo los carros, corrió la voz:

—Ya vienen, ya vienen...

Y el ejército de mujeres se echó fuera de la única sombra en todo el desierto, y a la carrera avanzó hacia los soldados que regresaban. Los rebeldes habían tenido que retirarse ante el cañoneo de El Niño: era inútil contestar con sus fusiles aquel fuego que venía de diez kilómetros de distancia: sus trincheras habían quedado destruidas por las granadas. Doscientos muertos confirmaban la inutilidad de la resistencia, y los soldados volvían a los trenes sin haber tenido que disparar un solo tiro, sin una baja; volvían todos los que habían salido la víspera, en dos largas alas que avanzaban por el desierto, a uno y otro lado de la vía férrea.

Recibidos en triunfo por sus mujeres, volvieron a los carros y durmieron con el fusil al lado, por la noche que habían pasado en vela, y las soldaderas viéndolos vivos y sanos, cuando pensaban que habría de ser la de ese día una sangrienta batalla, se sintieron muy satisfechas de sus cabellos chamuscados, sus cuerpos cubiertos de quemaduras, sus fatigas y sus angustias en los tres carros ardiendo...

Los trenes se pusieron en movimiento, lentamente, como una larga culebra que despertara, y al caer la tarde comenzaron a pasar el cañón de montañas entre una valla de trincheras abandonadas y de cadáveres.

### OBRA DE CARIDAD

La enorme pistola calibre 44, con mango de madera roja de cedro, propiedad de Martín Olivas, ranchero de Satevó, levantado en armas, tenía en la cacha que quedaba visible cuando el pistolón se sumergía a medias en la larga funda cacariza de cuero de marrano, trece cortadas hechas a navaja: siete en la curva grande, tres en la chica, dos en la recta de la base y una larga y fina, vergonzosa, como trazada por el alfilerazo, en el extremo superior de la madera.

“Aquí está mi hoja de servicios”, decía Martín Olivas, muchachón moreno y simpático, jinete incansable, tirador infalible, cuando alguno de sus compañeros le preguntaba el por qué de aquella confianza ciega, absoluta, que le tenía el viejo Pancho, jefe de los rebeldes, quien había llegado hasta concederle el título de segundo para cuando él se ausentara, lo que sucedía a veces dos semanas de cada mes, a veces más. “¿Qué tienes tú más que Nicolás, y que el güero Baudelio, y que don Rosalío? Has pasado dos meses con nosotros, y *el viejo* nos deja a tus órdenes cuando se larga...” insistían los bandoleros, mientras en las breves horas de descanso tomaban pinole con agua en las “güejas”, cáscara de calabaza endurecida que sirve a los rancheros norteros como copa irrompible.

—Tengo la puntería —contestaba Martín simplemente, y eludía toda discusión sobre los méritos de los otros cabecillas de la partida.

Y en realidad, Martín Olivas tenía una asombrosa puntería: desde que era muchachillo, en Satevó, su padre le había enseñado a montar a caballo y a tirar con pistola y carabina, pero a pesar de que montaba muy bien y era certero con las armas largas, nada de esto daba fama a Martín, porque todos los demás hacían lo mismo, pero su puntería con la pistola era célebre en toda la Sierra Baja, y le permitía jugar bromas que intentadas por cualquier otro resultarían sangrientas. Una vez, a su compadre José María, que estaba en la tienda del pueblo bebiendo sotol, le vio liar en hoja de maíz un cigarro de macuche (especie de tabaco fuerte como el diablo, que se fuma en

el norte) y cuando Chema lo tuvo en los labios, Martín le dijo: “no enciendas, que aquí tengo lumbre”, y le destrozó el cigarro de un tiro, dejándole sólo un centímetro de hebras de hoja, prendidas de los dientes.

Tenía veinte años y era vaquero de un rancho inmediato a Satevó, cuando llegó al pueblo el viejo Pancho con sus rebeldes. Pancho era de años atrás ladrón de ganado, y siempre andaba con tres, a los más cinco hombres de toda su confianza, pero en esos días habían recorrido la sierra gentes de la ciudad, maestros de escuela y estudiantes, predicando una revolución contra el gobierno; hablaban de que todos debían tener sus tierras y que era necesario hacer respetar el sufragio. Pancho desde luego había aceptado la idea, y pronto reunió más gente, veinte o veinticinco, con lo que entró a Satevó una mañana del otoño; todos traían buenos caballos, que habían tomado prestados de las haciendas cercanas, para pagarlos al triunfo de la causa; carabinas nuevas, pistolas magníficas y mucho parque.

—Muchachos —dijo el antiguo abigeo a unos cuantos vecinos del pueblo que encontró en la tienda—, vamos a pelear contra el gobierno y contra los ricos; no se respeta el sufragio y estamos pobres mientras los dueños de las haciendas tienen mucho dinero... Hay que tomar la ciudad.

Y los de Satevó no se rajaron: buscaron los mejores caballos del rumbo, llevaron sus armas y caminaron delante del viejo Pancho —bandido mañoso que no dejaba que nadie se colocara a sus espaldas, por las dudas— a buscar a los rurales, o como ellos les llamaban, *los rudales*, para echarles bala. Martín y el compadre José María iban a la cabeza de la columna rebelde.

No caminaron mucho: llevarían una hora de haber salido de Satevó, rumbo a la vía del ferrocarril, cuando vieron a los lejos una columna de polvo que se levantaba entre los mezquites, única vegetación del desierto; venía por el rumbo de la estación, y parecía acercarse poco a poco, blanca y densa.

—Ai nomás párense —gritó Pancho—, y vayan Olivas y Chema a ver de qué se trata.

Martín y su compadre clavaron espuelas y avanzaron al galope, pero a los cinco minutos estaban de vuelta: “Son los Pelones”, dijeron.

—¿Munchos? —preguntó el cabecilla.

—Serán cien soldados que vienen a pata, y como veinte rudales a caballo; nosotros devisamos al Chivo, que viene adelante con su corbatota colorada...

Pancho soltó una leperada. ¡El Chivo! ¡Qué bien lo estaba jorobando! Hacía más de seis meses que lo andaba persiguiendo con sus rudales y que no lo dejaba descansar ni un día. Cuando Pancho y sus hombres caían en una hacienda, robaban al administrador y se llevaban caballos, ya sabían que necesitaban correr de prisa, porque al otro día el Chivo y veinte rurales andarían tras ellos. Y ahora que Pancho llevaba cincuenta hombres y que podía esperarlo para echarle bala, ahí venía el desgraciado con cien Pelones...

—Mira Olivas, jálate cinco muchachos, te les acercas y les tiras, y si te siguen los de a caballo, das la güelta pa Cruz de Piedra, que ahí te espero con los demás; los Pelones no te seguirán, porque vienen a pata...

Martín, el compadre Chema, Bartolo Medina y su hermano Pablo, muchacho de catorce años, y Pedro López, antiguo caporal de Bustillos, avanzaron al galope entre los chaparros, mientras el viejo Pancho con cuarenta y tantos hombres daba vuelta en ángulo recto rumbo a la Sierra Azul, a Cruz de Piedra.

A poco rato, Martín y los suyos habían llegado frente a la columna de soldados, que al verlos avanzar se habían detenido.

Sacó la pistola, azuzó al animal y se fue derecho hacia el comandante de los rurales; llegó a doscientos metros, a ciento cincuenta, a cien, y cuando le gritaron: “Alto, ¿quién vive?” contestó con una grosería y un disparo: el caballo del Chivo recibió el tiro en el pecho, se encabritó y cayó de largo sobre la pierna izquierda del jefe rural. Una descarga cerrada contestó el disparo de Martín, quien hizo dar vuelta a su caballo y emprendió la carrera, seguido de una balacera continua. A poco correr se le juntaron los otros muchachos, y todos se encaminaron hacia Cruz de Piedra, ya más despacio, esperando que los rurales les siguieran; así sucedió: el Chivo y sus veinte hombres venían por el llano a toda carrera, y como también traían buenos caballos, podrían alcanzar a los alzados si éstos no se daban prisa, pero los cinco eran jinetes y traían animales de fibra; su galope rítmico era el único ruido en la llanura desierta.

Una hora pasó así: los cinco rebeldes silenciosos, volteando la cabeza de cuándo en cuándo para convencerse de que eran seguidos; Martín, el último de todos, con el sombrero echado a la espal-

da y colgado del barboquejo... “desgraciados, qué buenos pencos traín, que nos vienen alcanzando...”.

—Se me hace que no llegamos a Cruz de Piedra —dijo el caporal Pedro.

—Se me hace —contestó Martín, y todos siguieron galopando en silencio.

A poco, comenzaron a surgir las primeras lomas de la Sierra Azul; los encinos se mezclaban a los mezquites en la vegetación de aquellas tierras áridas, y a lo lejos, en lo alto de la sierra, los pinos mecían sus copas altísimas; a la tierra suelta, seca y blanca del llano, sucedía el pedregal molesto para las cabalgaduras que en su galope constante tropezaban con frecuencia, y sólo la habilidad de los jinetes los mantenía en la silla.

—Se me hace que no llegamos —insistió Pedro López— fíjate en que todavía haya que dar güelta por el arroyo y correr parriba más de legua y media...

Llegaron al arroyo y se detuvieron unos minutos a tomar agua. Martín echó una ojeada al lugar, y dijo a sus cuatro compañeros:

—Adelántense, y díganle *al viejo* que me quedé echándoles bala a los rudales...

—Yo me quedo contigo —dijo el compadre José María.

—Ta bueno, pero haces lo que yo te diga...

—Natural...

Martín y Chema desmontaron, y los dos Medinas y el caporal se fueron al trote siguiendo la orilla del arroyo; Chema se llevó los dos caballos hacia un maciza de encinas, y Martín subió hasta la punta de una colina cercana, desde donde divisó a los rurales que a galope entraban al pedregal, como a quinientos metros de donde él estaba; comenzó a tirarles con la carabina, a distancia, sin apuntar casi, cuidando nada más de tirar muy de prisa y de distintos lugares, para que el Chivo creyera que los cinco se habían hecho fuertes en la loma; el jefe rural pensó así, y echó pie a tierra, ordenando a sus hombres que avanzaran a pie, diseminados por los flancos de la colina; Martín hacía dos o tres disparos detrás de algún pedruzco, daba un salto, y tiraba detrás de una encina, otro salto y descargaba la carabina desde una quebrada; los rurales tiraban hacia donde veían salir humo, y se iban acercando; ya se oían los gritos del jefe animando a sus muchachos; los primeros rurales estaban a cien metros, cuando Martín arrojó al suelo la carabina y echó mano a la pistola.

Un rural que avanzó a la carrera y se puso rodilla en tierra para apuntar su tercerola, quedó muerto de un tiro en la cabeza; otro más rodó desde un peñasco donde se había trepado, y un tercero, al asomarse para disparar detrás de un árbol, se fue resbalando lentamente, abrazado al tronco.

—No es más que uno... nomás uno... —comenzó a gritar el Chivo con voz muy fuerte, que Martín oyó muy bien entre los disparos de los máuser— ¡Vamos arriba y lo agarramos vivo...!

Cuatro o cinco rurales, los que habían comenzado ya a trepar por la falda de la loma, se descubrieron y avanzaron a pecho descubierto, disparando bala tras bala; el Chivo se descubrió también, salió de los peñascos tras de que disparaba, apenas arriesgando un ojo, y sin tirar, animaba a sus muchachos a gritos, para que subieran de prisa.

—¡Arriba, muchachos, no es más que uno! ¡uno nomás! ¡arriba!

Los más ágiles rurales estaban ya en la mitad de la cuesta, pero tres de ellos rodaron agujereados por las balas expansivas de la cuarenta y cuatro.

El comandante no cesaba de gritar:

—¡Arriba, muchachos, es uno nomás!

Martín Olivas comenzó a ver la cosa fea: todavía quedaban en pie y disparando diez o doce hombres, y el viejo muele y muele que subieran y que lo agarraran vivo: gritaba sin parar, de pie en mitad del pedregal, agitando la tercerola con su derecha; su larga barba blanca, origen de su mote, resaltaba sobre la mariposa roja de su corbata de seda.

—Viejo desgraciado... —se dijo Martín apretando los dientes— ya verás lo que te pasa...

Puso los dedos rígidos sobre la cacha de su pistola, se sujetó la muñeca con la mano izquierda y adelantándose sobre la roca que le servía de parapeto, asentó los codos, apretó los labios y contuvo un instante la respiración... cinco o seis balas le silbaron en el mismo instante, y una de ellas marcó una perforación minúscula en las alas anchas del sombrero tejano; Martín disparó, y a lo lejos, en el comienzo de la ladera, el viejo comandante se quedó silencioso, bajó el brazo que enarbolaba la tercerola, y se fue doblando lentamente hacia delante, hasta rodar muerto sobre el pedregal. Los demás rurales vacilaron un momento, retrocedieron, montaron en sus caballos y se perdieron al galope en la llanura polvorienta.

Martín volvió al arroyo y al macizo de encinas, abrazó a su compadre José María, y los dos, al trote corto de sus caballos, se encaminaron hacia Cruz de Piedra fumando sus largos cigarros de macuche.

Esa noche, después de platicarle al viejo Pancho detalle por detalle todo el encuentro, Martín dio siete cortadas en la cache de su pistola: una gruesa y larga, y seis a los lados, en forma de pirámide: ésta fue la historia de la muerte del Chivo, comandante de rurales, cerca de Cruz de Piedra, en la Sierra Baja.

\*

Poco después, los rebeldes al mando del viejo Pancho cayeron en la hacienda de Oriental y apresaron a los dueños, dos hombrones de cuarenta a cincuenta años, rancheros muy ladinos y mañosos; gordos, altos, de barbas negras; por el rumbo les decían *los Ortegas*, y era fama de que tenían dinero enterrado, porque cada año vendían, cuando menos, quinientos novillos, además del maíz y el frijol, que les dejaban tres o cuatro mil pesos al año.

Los agarraron y *el viejo* les dijo:

—Me aflojan cinco mil pesos cada uno, o se los lleva el tren.

—¿Pero por qué razón? Usted no puede cometer ese atentado, la ley nos protege.

—La ley me la echo en los calzones —respondió el cabecilla— y ustedes me sueltan el dinero a la buena o a la mala; les doy un recibo, para que todo se les pague al triunfo de la causa.

Y después de mucho alegar, se llegó al acuerdo de que el sobrino de los Ortegas, un muchacho de veinte años, que también vivía en la hacienda, iría a la ciudad a traer seis mil pesos; siendo lunes el día, el muchacho debía estar de regreso tres días más tarde, el jueves por la mañana, sin avisar a los soldados de la presencia de Pancho y su gavilla en la Oriental, y sin decir a nadie para qué quería el dinero; al recibir Pancho las platas, los dos hacendados quedarían enteramente libres.

Mientras llegaba el jueves, los rebeldes se instalaron en la hacienda: Pancho, Martín Olivas y el compadre José María, en las tres mejores recámaras, donde encontraron gruesos colchones de lana y sábanas blancas; por primera vez desde que andaban en armas, dejaban de dormir en el suelo, con la silla vaquera por almohada;

los demás rebeldes se dedicaron a vaciar la despensa, banqueteándose con carne seca, quesos añejos, cerveza y vinos de Parras; en el corral no dejaron gallina viva, y en un perol de metro y medio de diámetro, cuatro marranos convertidos en chicharrón hervían en su propia manteca; la capilla y la sala eran los dormitorios de los alzados, que en tres días se dedicaron a holgar, a jugar carreras de cintas y a jaripeos. Saquearon la tienda de raya, llevándose cada uno una reata nueva, piloncillo y maíz para que las viejas de la hacienda les hicieran pinole, y cuando menos un kilo de macuche y seis envueltos de hoja para cada uno. Mientras tanto, los Ortegas estaban encerrados en un cuartucho de adobes, sin ventanas y con una sola puerta estrecha, que había en un rincón del corral para cuando los vaqueros o los campesinos se emborrachaban con sotol y se ponían bravucones; no les dieron comida en dos días, “pa que vean lo q’ es ser probe”, según decía Pancho, mientras comía lo mejor de la despensa.

En dos días, la partida rebelde descansó y comió tan bien que todos se olvidaron de las fatigas pasadas, de la inquietud de sentirse constantemente perseguidos, de las largas huídas a galope, sin rumbo fijo; y se volvieron confiados e indolentes. El miércoles por la mañana llegó un muchacho de Satevó, platicando que los soldados habían ganado un combate muy sangriento a los rebeldes de Orozco en Cerro Prieto, y que habían muerto muchos de los del rumbo que andaban levantados; ya no eran los rurales los que venían persiguiendo a Orozco, sino soldados, muchos soldados, cientos de soldados, que traían cañones y unos fusiles que ponían en tres patitas, y que disparaban “de jilo” sin parar ni para cargarlos. Los de Orozco tuvieron que irse para la sierra, y entonces los soldados quemaron todas las casas de Cerro Prieto, y Abraham Mendoza, que cayó prisionero, “nomás lo arrempujaron contra la pader y le tronaron”. Les mandaban decir de Satevó que se cuidaran porque había muchos soldados que dizque iban a acabar con todos los revoltosos.

—Ta bueno —dijo Pancho— mañana, nomás nos traigan la plata, nos vamos pa la sierra.

Mandó que recogieran sus hombres toda la caballada que estaban pastando el llano, hizo un nuevo reparto de carne seca y piloncillo, distribuyó las cobijas que había en la tienda de raya y ordenó



que todos los hombres estuvieran listos para montar a las seis de la mañana.

Pero a la media noche comenzó una balacera de toditos los diablitos, por todos los puntos, alrededor de la casa de la hacienda: por la orilla del arroyo, por las tapias de la huerta, por el camino que va entre doble fila de álamos blancos, por el presón, por todos lados, y era el sobrino de los Ortegas en lugar de ir a buscar los seis mil pesos, se había quedado en Cerro Prieto, y guiaba a los soldados federales, señalándoles los mejores lugares para sitiar la casa de la hacienda; mientras los alzados dormían, los federales cercaron la casa, y a un toque de clarín comenzaron a hacer fuego.

—Ya nos fregaron estos desgraciados... —rugió Pancho, levantándose en calzoncillos del grueso colchón de lana; luego, entre él y Martín, comenzaron a disponer la resistencia, subiendo a las azoteas los primeros rebeldes que aparecieron carabina en mano, para que contestaran el fuego; después, los otros asomaban por las ventanas, disparando continuamente en la oscuridad, y una media docena se encargó de ir ensillando los caballos en el corral. Vibraba continuamente el clarín de los federales, tocando enemigo al frente, fuego, diana; el tiroteo era más fuerte por el rumbo del camino y de la huerta, Pancho comenzó a considerar la posibilidad de salirse por el arroyo, en medio de un tiroteo espantoso. Cerraba la marcha Martín Olivas, quien antes de montar en su caballo fue al cuarto de adobe del rincón del corral, y abriendo la puerta, dijo a los dos prisioneros:

—Ora sí, viejos bandidos, salgan, que ai viene ya su sobrino.

Los Ortegas salieron inclinando la cabeza para poder pasar por la puerta baja y estrecha, y Martín les fue disparando en la cabeza con su pistolón, dejándolos tendidos sobre el estiércol fresco de la caballada.

—Pa que aprendan a no ser traidores...

Al caer la tarde, cuando los rebeldes pudieron detenerse en una ranchería de indios a descansar de la galopada que los había puesto a salvo de la caballería del gobierno, Martín fue a tirarse debajo de una encina; sacó su pistola, sacó su navaja, y en la misma cache donde estaban las siete cortadas que recordaban el encuentro en Cruz de Piedra, con dos navajazos anchos y largos, hechos a conciencia, marcó el fin de los Ortegas.

\*

Poco después, las columnas de soldados se desviaron al norte, a proteger plazas que estaban en peligro de caer en manos de otras partidas que se habían levantado y crecido rápidamente; la columna del viejo Pancho quedaba sin que nadie la molestara, en un región de cien kilómetros de diámetro, a sus anchas; ya eran cerca de doscientos hombres los que componían el grupo, y el cabecilla había sido nombrado coronel; a través de la frontera les pasaban grandes cargamentos de parque y armas nuevas, pero dinero no lo tenían casi nunca. Para comer mataban las reses a bala, quitándoles nada más el filete y dejando el resto para los cuervos o para pagarlos “al triunfo de la causa”; así se hicieron de ropa de kaki amarillo, sombreros tejados de alas anchas, y los jefes se mandaron hacer mitazas nuevas, de grandes hebillas niqueladas, para ceñir las piernas y protegerlas contra las espinas de los chaparros. En los pueblos ya no se les tenía tanto miedo como al principio de la revuelta, porque cuando no encontraban resistencia, eran pacíficos, no tomaban “prestado” sino lo estrictamente indispensable, y sólo había tiros y escándalos cuando a alguno se le pasaba la mano en el sotol.

Una vez, cuando sin enemigo a quién combatir, la partida se preparaba a obedecer las órdenes de reconcentración para un gran combate, Pancho y los mejorcitos de la columna fueron invitados a un baile a cierto pueblito de la Sierra Baja. El cabecilla no fue, porque era adusto y retraído; pero Martín, su compadre José María, el caporal Pedro, los dos Medinas y Julián Ornelas, mujeriego y bebedor, estaban en el salón de baile, adornado con flores y banderas de papel, cuando la orquesta, formada por un violín, un flautín y un “tololoche” tocaba la primera danza. Se bailaba casi sin parar, a los chirridos del flautín acompañados por la monotonía de las cuerdas gordas del contrabajo: valsés y two-steps, danzas, y a la media noche lanceros, con sus “toritos”, entre una figura y la siguiente; de cuando en cuando, tras una serie de cinco o seis piezas, la orquesta tocaba “panaderos”, y entonces los galanes llevaban a sus compañeras a comer fruta de horno y a tomar horchata.

Julián Ornelas, que no había podido bailar por falta de compañera, se estuvo tomando sotol toda la noche, y perdió completamente la cabeza; en la improvisada cantina rió de palabra con dos o tres rancheros que no le hicieron caso, y tambaleándose, se fue del

salón de baile cuando la orquesta tocaba una pieza popular, que los bailarines coreaban:

Se llevaron el cañón  
para Bachimba,  
oos Colorados...

—¡Colorados hijos de la desgracia! —interrumpió Julián con un largo alarido, adelantándose y metiéndose entre las parejas de bailarines.

—Tate sosegado, Julián —díjole Martín Olivas acercándosele por la espalda y poniéndole la mano en el hombro— ¿no ves que aquí hay muchachas? Mejor que te vayas a acostar...

—El que se acuesta eres tú...

Violentemente, Julián Ornelas echó mano a la pistola y pegó a Martín tan fuerte cañonazo en la frente, que le abrió un chorro de sangre. Se armó un alboroto tremendo: gritos y llantos de mujeres, sillas y mesas por los suelos, botellas y vasos por los aires; Martín con una ola de sangre sobre la cara, materialmente ciego, había echado mano a la pistola y se recargaba contra la pared, sin atreverse a disparar por miedo a pegarle a otra gente.

—No tires, Julián; espérate y nos vamos los dos pa juera...

—Gallina, miedoso, toma tu espérate...

Cinco o seis disparos sonaron uno tras otro: Martín se dobló herido en un muslo; Julián quedó tendido con los brazos en cruz, con el balazo de 44 en el vientre; una rancherita de traje azul con la que Martín había estado bailando cayó con una mancha roja en el pecho, y el caporal Pedro, que se había metido a sujetar a Julián Ornelas, después de que disparara su pistola hiriendo a Olivas, recibió un tiro en mitad de la espalda, abrió los brazos, echó la cabeza hacia atrás y fue doblando lentamente las rodillas hasta recargarse a media en el muro.

El compadre Chema y los dos Medinas se llevaron a Martín desmayado; llamaron a una vieja curandera que le puso un manojo de yerbas con lodo en la pierna herida, le lavó y vando la cabeza, y al día siguiente, todavía con algo de fiebre, Martín supo cómo había matado a la rancherita, a Julián Ornelas y al caporal Pedro. Sacó su navaja, tomó su pistola, y en la cacha del lado derecho hizo tres cortadas: una delgada y fina en el centro, y dos anchas a los lados.

\*

El invierno se venía encima; ya de la sierra comenzaba a soplar un viento helado que obligaba a los hombres de la partida a envolverse en sus mantas coloradas y a pasarse la noche en redor de las hogueras de encino. Martín fue a la tienda del pueblo, y a un muchacho de trece años que estaba ahí despachando, le pidió una docena de toallas para usarlas él y sus muchachos como bufandas; las amarró en los tientos de su montura y pidió una docena de latas de salmón y otra de sardinas, piloncillo, queso y carne seca, y los fue acomodando en las cantinas; pidió cigarros, se los echó a la bolsa y se encaminó hacia fuera de la tienda.

—¡Epa, Martín! ¿quiúbo con el dinero?

—Cuál dinero... ya te pagaremos “al triunfo de la causa”...

Y siguió hacia la puerta, pero antes de que hubiera llegado, el dependiente, ágil como un gato, había subido sobre el mostrador y de un brinco de dos metros cayó sobre Martín, colgándosele del cuello; el rebelde pudo desprendérselo fácilmente con dos o tres codazos echándolo a rodar a un rincón donde había herramientas de labranza: azadones y palas, zapapicos y rastrillos. No se dio por vencido, tomó un pico con las dos manos, y con el hierro en alto se fue contra Martín, que en la puerta le esperaba, fríamente, con una mueca de rabia en su boca cerrada; Olivas echó mano a la pistola, y sin sacarla de la funda de cuero de marrano, la tendió horizontal e hizo un disparo; el muchacho soltó el zapapico, se puso las manos en el estómago y cayó de frente.

Martín subió de un brinco a su caballo, metió espuelas y desapareció en la calle polvorienta y desierta.

Después, con un poco de remordimiento, sacó su pistola, sacó su navaja, y en la cache de cedro rojo trazó una cortada delgada y larga, que parecía un rasguño de alfiler.

\*

Ya estaban los rebeldes muy cerca de la ciudad; los soldados habían perdido varios encuentros y se habían atrincherado en la capital de la provincia, esperando el ataque de los alzados, en varios combates, los rebeldes habían recogido mulas cargadas con parque, miles de cartuchos en sus cajas cerradas y también muchas armas, algunos

fusiles de aquellos que tenían tres patitas y tiraban “de jilo”, sin parar; caballos sillas de montar grabadas en oro, de los generales, cajones de papeles, anteojos de campaña y hasta uniformes de gala de los jefes vencidos. La columna del viejo Pancho, que ya tenía cerca de quinientos hombres, había acampado en la casa grande de una hacienda cercana a la ciudad sitiada: Martín Olivas era coronel, jefe de Estado Mayor, y en este mismo grupo estaban el compadre Chema y los dos Medinas, únicos que quedaban vivos del contingente de sangre de Satevó. Chema y los dos hermanos dijeron una tarde a Martín:

—Vamos p’al río, a calar el parque que les quitamos a los Pelones...

Y se fueron cada uno con un máuser flamante y una cartuchera repleta.

Martín se quedó en la sala de la casa, tendido en un sillón y resentido todavía de su herida en la pierna; vio cómo se amontonaban en el horizonte espesas nubes negras, y a las primeras gotas de la lluvia, cerró la ventana y puso la frente sobre los vidrios, fríos como el hielo.

La puerta se abrió de un golpe

—Martín, Martín, mira...

Los dos Medinas entraban, cargando a Chema, uno debajo de los hombros y el otro de las piernas; el compadre venía desmayado, con una tremenda herida en la cara: los ojos se habían vaciado enteramente, y dejaban una cuenca sangrienta, a medio lavar por la lluvia; los pómulos estaban destrozados, la nariz había desaparecido, el labio superior cortado por la mitad, se abría para dejar visible la mandíbula en la que la sangre comenzaba a coagularse, poniendo una capa negra. Además, la mano izquierda de Chema había desaparecido: el muñón, tronchado de la muñeca, colgaba sangrando abundantemente, conservando todavía algunos colgajos espantosos, huesos mantenidos en el aire por nervios casi invisibles.

—Martín —dijo el mayo de los Medinas— mira lo que le pasó a Chema...

—¿Pero qué es eso? ¿Quién le ha tirado? ¿Cómo diablos le hicieron ese destrozo?

—El parque, el parque que dejaron los Pelones... debe tener dinamita, porque al primer tiro se abrió el fusil, le llevó la mano y el cerrojo le pegó en la cara...

Martín soltó un alarido y una blasfemia horrible; con razón les habían dejado los Pelones las mulas cargadas de parque...

—Martín, Martín...

Era Chema que hablaba con una voz apagada y lenta.

—¿Qué quieres, compadre?

—Pégame un tiro, aquí, aquí...

Y con el muñón, sangriento, el herido se golpeaba en la sien; su aspecto era espantoso: el agua y la sangre le empapaban el rostro y le corrían por la ropa; todos veían que el infeliz compadre no tenía remedio.

Martín echó mano a la pistola, pero le temblaba la mano como un péndulo; tuvo que apretar la bota del cañón contra la masa informe de sangre, huesos y carne humana, y hacer un disparo volviendo la cara... el compadre Chema se estiró todo lo largo que era, y se quedó quieto para siempre.

Martín echó andar por la habitación, con pasos largos y vacilantes; los Medinas, silenciosos, comenzaron a limpiar el cuerpo con unas toallas, y el chico, de repente, dijo:

—Martín, ¿no le das otra cortada a la pistola?

El rebelde volteó la cara; pudo verse el dolor en la dura contracción de su boca; sus ojos estaban húmedos, los cabellos pegados a la frente y las sienes con un sudor frío.

—Ora no —dijo con voz triste— ésta fue una obra de caridá...

Fuése a la ventana, abrió, y adelantó la cara al viento perfumado de la lluvia.

### ES USTED MUY HOMBRE

No había otra calamidad tan completa en toda la escuela: holgazán, vicioso, insolente, malhablado. Se enorgullecía de que en los dos años que llevaba en la preparatoria no se había parado nunca en la clase de gramática, a pesar de que todos los días le llamaba el profesor en la lista... “Alba, Roberto de...”. Fumaba y bebía como ningún otro en la escuela, jugaba al billar como el mejor carambolista de “La Gran Sociedad”, y en la baraja sabía componer los paquetes para los albures, conocía las reglas del *baccarat* como si fuera un viejo *croupier*; cínico ante las reprimendas de los maestros, poseedor del vocabulario más completo en majaderías e impertinencias tanto

para los hombres como para las mujeres... fullero, debía cantidades fabulosas, para el estudiante que era, en el café de los chinos, y cuando le cobraban, tiraba la vajilla, rompía el botellón, insultaba al *chale* y amenazaba con traer a la policía, alegando que ahí se fumaba opio.

A todo esto, y a otras cosas que completaban su modo de ser, Roberto de Alba llamaba "ser muy hombre"; quien no le diera el golpe al cigarro, dejara la merienda sin pagar, hablara sin decir groserías y no conociera por su nombre y antecedentes a las mujeres pintadas, ése no era hombre todavía, como él, que a los trece años ya era un perdido, como tenía el gusto de pregonarlo a sus colegas del segundo año de preparatoria.

Caminaba con el sombrero de anchas alas levantado del lado izquierdo, en una actitud mosquetera, que completaban su cabeza echada hacia atrás, y el amplio balanceo de los brazos; y como era buen tipo, alto y fuerte, de pelo negro que le salía en largas ondas bajo el chambergo, se creía un infalible conquistador de mujeres, y no había hermosa que se escapara de sus galanteos atrevidos, aun cuando fuera acompañada.

Había tenido dos docenas de riñas en dos años, con enemigos más fuertes que él algunas veces, y no se había "rajado" nunca, aunque quedara con la cara sangrante; los demás muchachos preferían no meterse con él, porque realmente era "muy hombre".

Pero llegó el día en que el tío que le tutoraba se cansó de estar lidiando con el tremendo e indomable muchacho, y previos los requisitos del caso, una buena mañana de principios de año, Roberto de Alba, con el chambergo calado hasta las orejas y con un flaco maletín colgando del brazo derecho, arrogante y decidido a comerse a todo el mundo, entraba al patio enlosado de la Escuela Militar, donde antes que él veinticinco o treinta muchachos, también con sus maletas, desfilaban ante un oficial que apuntaba nombres, edades, señas particulares, mientras varios cadetes medían la estatura, el peso y el pecho de los recién llegados.

—¡Firme!

Roberto de Alba se estiró en vertical lo más que pudo.

—¿No sabe usted, rotito, que aquí los civiles se quitan el sombrero?

Ni modo de contestar a aquel oficial de uniforme azul, de gala, con anchas franjas rojas, pistola reglamentaria a la bandolera, y

fusta en las manos nerviosas; torpemente, el muchacho se quitó el chambergo...

—Se me va usted inmediatamente a la peluquería, y que le corten esas melenas. Aquí es escuela para soldados, no para poetas...

Así fue. A las dos horas, Roberto estaba metido en un uniforme de kaki, que le quedaba chico, cortas las mangas y cortos los pantalones, con una cachucha que era un número más grande que su cabeza, ahora pelada casi al rape, con sólo un copete de dos centímetros, erizado sobre la frente.

—¡Firme...! ¿No sabe usted que está prohibido fumar aquí?

—¡Cuádrese! Soy su mayor, jefe de la compañía...

—¡Alto! Es la hora en que debe usted estar en el picadero...

Así llevaba tres días el muchacho, el muy hombre del segundo año de preparatoria; regañado por todo el mundo, obligado a ir a clases a la hora en punto, vigilado continuamente, aislado de los demás cadetes, que no veían con buenos ojos su aire de insolente superioridad. Llegó la hora de su primera clase de equitación, deporte para él enteramente desconocido: tenía que jinetear un potro bruto, que tres cadetes tenían sujeto de las bridas; el animal no tenía silla, nada más un pretal, del que Roberto quedó prendido, cuando con el auxilio de un cuarto cadete, pudo montarse en aquel animal de siete cuartas.

—¡Suéltelo...!

Dos brincos del potro, y Roberto se le salió por la cabeza como una flecha.

—¡Arriba otra vez!

Sujetaron al animal, y Roberto se encaminó renqueando, con la pierna derecha torcida del golpe.

—¡Alto! ¿Va usted a subir sin limpiarse el traje? Está usted cubierto de paja...

—¡Arriba!

Y otra vez Roberto quedó sujeto del pretal, y el caballo libre, y otra vez se sucedieron los brincos para delante, las paradas de manos; el jinete tenía dos minutos sobre el lomo del caballo, cuando éste dio un brusco movimiento de lado y echó a Roberto al suelo; otra vez arriba y otra vez al suelo; otra subida, y ahora, caída en las patas del caballo, que le asestó una coz en la cara y otra en el torax. La sangre le salió del pómulo izquierdo, cubierto de sudor.

—¡Arriba!



—Ya yo no monto...

—¡Arriba!

—Vaya usted a...

Dos fuetazos en la cara respondieron a la insolencia del muchacho.

—¿No sabe usted con quién habla? ¡Cuádrese!

—A la orden, mi mayor...

—Va a estar usted quince días arrestado, en calabozo...

Y en toda la tarde, Roberto fue el encargado de limpiar la pista, de llevar al tiradero el estiércol de los animales, de transportar la pastura... y todo esto con la cara untada de árnica y una costilla que le dolía horriblemente. Los sargentos del pelotón le vigilaban constantemente, le azuzaban para que trabajara de prisa, le regañaban por cada traspie, por cada brizna de paja que encontraban en el piso...

El trompeta tocó a silencio, y Roberto fue arrojado en un calabozo, donde no cabía de pie, de un metro de ancho por metro y medio de largo; se tendió en el suelo, y mientras las ratas comenzaban a hurgarle las pantorrillas, el muy hombre se soltó llorando...

\*

Tres años después, nadie hubiera conocido al más pendenciero muchacho que hubo en su época en la preparatoria, y que los había muy completos: Roberto de Alba era capitán de Infantería, había estado en cinco combates contra los rebeldes, tenía tres heridas en el cuerpo, se había distinguido en la penosa retirada de Chihuahua, en la que figuró como jefe de la retaguardia. Era valiente, sereno en el combate, cuidadoso de las vidas de sus soldados, a quienes no exponía inútilmente, magnífico subordinado; y como jefe de grupo pequeño no tenía igual; perseguía a las pequeñas guerrillas, movilizándose con rapidez increíble, tenía instinto de cazador y sabía seguir siempre con éxito la huella de los alzados por los desiertos interminables.

No bebía, ni jugaba, y siempre que encontraba a algunos de sus soldados tallando cartas grasientas sobre sus capotes, les reprendía con enérgico afecto, les quitaba las cartas, y ponía a todos de sobrevigilancia; nunca, en el año que llevaba en el ejército, se había sabido que participara en un escándalo de los que tan frecuentemente armaban los oficiales, cuando iban de visita a los lugares abiertos

por la noche. Era, en fin, el hombre de confianza del general Velasco, jefe de las tropas del gobierno en la plaza de Torreón, donde se habían reconcentrado doce a quince mil hombres, fortificados admirablemente en los cerros pelones, de piedra blanca, que formaban en redor de la ciudad un óvalo erizado de artillería.

En tres días, los rebeldes habían obligado a todos los destacamentos federales de las avanzadas y guarniciones de las ciudades próximas a reconcentrarse en Torreón, a intentar la suprema defensa: de Tlahualilo, cien rurales salieron al galope de sus caballos, al sentir la aproximación de las columnas revolucionarias; de Mapimí, la infantería se había retirado paso a paso, disparando sus carabinas, hasta la estación del ferrocarril, y salió en un largo tren sobre los puentes ardiendo; de Gómez Palacio, una columna de las tres armas había salido destrozada por una tremenda carga de caballería, que pasó como un ciclón por las anchas avenidas, arrolló, aplastó, ensangrentó y se volvió a la llanura arenosa y ardiente. Del estado inmediato llegaban las guarniciones obligadas a evacuar las ciudades; venían en condiciones lastimosas de organización y de moral: los soldados, sucios de pólvora y de polvo, habían tirado sus armas en el camino angustioso, deseando sólo escapar con vida de los rebeldes, ebrios de victoria y de entusiasmo.

En esas circunstancias, la defensa estaba perdida: una mañana, cuatro de los grandes canales de irrigación, secos en esos meses de verano, de cinco o seis metros de alto, habían sido ocupados por las infanterías rebeldes, después de sangrientos combates cuerpo a cuerpo; en la tarde, las blancas y larguísimas paredes del cementerio, sirvieron de parapeto a otra columna de atacantes que avanzaba; en la noche, las granadas de la artillería rebelde, intencionalmente muy altas y muy largas, pasaban sobre las trincheras y los fuertes, para estallar en la ciudad; en la madrugada, la diana de las trompetas enemigas, apostadas en el fondo del más cercano canal, se anticipó en media hora a la diana federal, y resonó a carcajada de triunfo entre los defensores insomnes.

Y tras la diana, la artillería de los atacantes comenzó a batir el cerro de la Pila, donde se encontraban los grandes tanques de agua que surtían la población: era la posición más avanzada que tenían los defensores de la plaza, y por el agua, la más importante en aquella estación de tremendos calores; dejarla en manos de los sitiadores, era anunciar la rendición de las tropas en veinticuatro

horas más. Las granadas venían de un punto desconocido para los artilleros de los fuertes, que estuvieron disparando sus piezas dos horas sin lograr que cesara el fuego; y bajo la cortina de la artillería, los infantes rebeldes, tendidos de barriga en el suelo en largas filas amarillas, reptaban lentamente hacia el cerro de la Pila, donde las ametralladoras traqueteaban sin cesar en un inútil esfuerzo para contener la avalancha. De cuando en cuando, a un toque de clarín, las líneas amarillas se erguían, avanzaban a paso veloz veinte o treinta metros, y volvían a echarse a tierra, menos compactas a cada vez, que muchos hombres, enfundados en sus uniformes de kaki, habían quedado con la cara al sol y ojos abiertos a la lejanía.

En la ciudad, en el Cuartel General, el jefe de las tropas escuchaba impávido, con una mueca dura bajo sus bigotes grises, el último parte del jefe de Estado Mayor:

—Mi general, ya no contesta la estación telefónica en la Pila, y dicen de Cerro Blanco que los rebeldes están subiendo y ya llegan a la cima.

—Que los cañonee la artillería...

—La posición está en manos de ellos, general.

—¡Hay que recuperarla!

—Transmitiré sus órdenes a los fuertes inmediatos para que salga inmediatamente la infantería...

—¡No!, eso debilitaría las otras posiciones. ¿Cuántos hombres quedarán todavía de reserva?

—Con la guardia de aquí podemos reunir ciento cincuenta, mi general...

—¿Dónde está el capitán de Alba?

—En el hospital todavía, señor; tiene herido el brazo izquierdo.

—Hay que telefonarle que venga inmediatamente, y usted, mande reunir esos ciento cincuenta hombres.

—Está bien, mi general.

—Mire, capitán de Alba, los rebeldes acaban de tomar el cerro de la Pila, pero son pocos, como doscientos; tome los ciento cincuenta soldados que le dará el jefe de Estado Mayor y desaloje usted a los insurrectos, antes de que traten de destruir los tanques del agua. Llévese usted un carrete de alambre, para que inmediatamente establezca su línea telefónica y me avise de lo que suceda...

—A la orden, mi general...

—A todo el que encuentre, lo fusila.

—Sí, señor.

—Y sosténgase ahí, que es posición muy importante... Puede retirarse.

El capitán de Alba se retiró, después de cuadrarse y dar media vuelta sobre los talones; a los lejos resonaba el cañoneo de los defensores sobre la posición recién ocupada, más violento a cada minuto.

—¿Se llevó personal de teléfonos?

—Sí, mi general —respondió el jefe de Estado Mayor—; lleva doble carrete de alambre, por si alguno queda en el asalto. Ya nuestra central comenzó a llamar, para establecer una conexión inmediata.

El cañoneo alcanzó una intensidad ensordecedora y sus truenos resonaban en el Cuartel General, como si las piezas estuvieran disparando en la calle del frente. Luego, un gran silencio, dos o tres cañonazos todavía, y otro largo silencio.

—Dice Cerro Blanco, mi general, que la columna sube la falda del de la Pila...

Poco después, la diana resonaba simultáneamente con los timbres de la central de teléfono.

—Llegó de Alba, mi general, con cien hombres; ha estado sangriento el choque, pero se han salvado los tanques, que están intactos.

—Dígale a de Alba que queda ascendido a mayor.

Timbres de teléfono, conversaciones cortadas, movimiento de oficiales, caras alegres; sólo bajo los bigotes grises del general seguía petrificada la misma mueca dura.

—Informa el mayor de Alba que tomó treinta y dos prisioneros...

—Que los fusile.

—Ya lo ha hecho, mi general.

—Dígale que queda ascendido a teniente coronel.

Nuevos repiques, ir y venir de edecanes; voces lejanas de los cañones roncós, estallido de granadas, toques de clarines, órdenes, partes de novedades, confusión.

En el cerro de la Pila, el nuevo teniente coronel de Alba había tendido sus cien hombres en tres filas, recostados en la suave ladera; en sus loberas, parejas de soldados disparaban las ametralladoras continuamente y los infantes, tirados de largo, apuntaban con sus largas carabinas a los numerosos puntos amarillos que avanzaban

entre los surcos de las siembras, haciendo fuego continuamente. Las ocultas bacterías rebeldes habían reanudado sus fuegos, y los defensores estaban bajo la granizada horrible de la metralla y el implacable sol del mediodía. Sin cesar el trompeta de la corta guarnición tocaba aires militares, animado a los soldados en la resistencia; los telefonistas, con los audífonos pegados a las orejas, a gritos transmitían informes del combate.

—Nos están cañoneando con metralla; ya no tenemos sino cuatro ametralladoras funcionando; seis fueron desmontadas; la infantería enemiga comienza a avanzar en este momento...

Al otro lado de la línea, el propio general en jefe respondía:

—Sosténgase...

El estallido de los botes de metralla se hacía cada vez más frecuente: resonaba una explosión, y en el aire se veía aparecer repentinamente una nubecilla blanca, como una bola de algodón mantenida por un hilo invisible, que poco a poco iba creciendo, alargándose, caminando en el viento, disipándose... Las líneas amarillas avanzaban en los surcos blancos que rodeaban el cerro; veíase ya distintamente a los hombres inclinados hacia adelante y con la carabina tendida, correr, tirarse al suelo, levantarse, correr, adelante, adelante. Las ametralladoras seguían golpeando incansables; el trompeta, herido en la cabeza, tocaba la marcha de infantería, la diana y la contraseña del batallón. De Alba, con una carabina recogida del lado de un muerto, tiraba un bulto amarillo a cada disparo.

—Nos quedan cincuenta hombres; vienen más de quinientos rebeldes avanzando; ya no tenemos sino una ametralladora; de parte de mi teniente coronel, que en media hora estarán los enemigos en la cima del cerro, si no llegan refuerzos...

—Sosténgase...

Ahora, se oían claramente los gritos de los asaltantes: “Changos, borregos, ríndase...”. “Ahí viene su padre Villa...”. Los cañones lejanos habían cesado de enviar sus escupitajos de muerte y los infantes que avanzaban se mantenían disparando. Ya no era la metralla la que clareaba las filas de los defensores: eran los disparos certeros de los cazadores rebeldes, que, pecho a tierra, mandaban su lluvia silvante de balas a rociar las laderas suaves de la colina. “Changos, muertos de hambre...”.

—Mi jefe —dijo el teniente que manejaba la última ametralladora— ya no tenemos parque.

Se irguió, volvió la espalda a los rebeldes para dirigir la frase anterior, y cayó lentamente sobre la ametralladora caliente, sobre la que corrió en silencio la sangre. La respuesta de Alba resonó en tímpanos muertos.

—Ya nos quitaron la primera línea, la última ametralladora fue silenciada...

—Sosténgase...

El operador se echó de bruces al suelo, con la cabeza rota de un balazo. Los bultos amarillos subían por la ladera; nada más ellos disparaban; nada más ellos gritaban; el clarín estallaba en fanfarrias. De Alba quitó los audífonos al telefonista muerto, y comenzó a gritar:

—Bueno... Bueno...

—Bueno...

—¿Quién está ahí?

—Su general Velasco...

—Ya nos llevó el diablo; los rebeldes están a cincuenta metros, aquí quedamos el clarín y yo; el clarín está herido...

—Sosténgase...

El espíritu violento del antiguo preparatoriano estalló:

—¡Cómo quiere usted que me sostenga, viejo infeliz! ¡Ya quisiera yo verlo aquí! ¡Mande refuerzos...!

—Usted no necesita refuerzos; es usted muy hombre y debe saber lo que hace un hombre cuando pierde un combate...

—Tiene usted razón, mi general.

—Ríndase, oficial mula —gritaron varios rebeldes apuntando a de Alba con sus carabinas, a veinte, a quince metros...

De Alba se irguió, dejó los audífonos en el suelo, arrojó el sombrero tejano con un amplio ademán, tomó su pistola reglamentaria, apuntó a la sien derecha, y apretó el gatillo...

Y mientras los rebeldes se detenían sorprendidos e inclinaban sus carabinas hacia el suelo, el trompeta herido apretó el clarín contra sus labios, aspiró a pulmón pleno de aire tibio y tocó la última llamada de honor.

## EL PUENTE

—Por más que vigiló el capitán Medina toda la noche —siguió diciendo el telegrafista— no pudo darse cuenta de ningún movimiento sospechoso: se pasó en claro la velada, recorrió el puente de lado a lado, y cuando al amanecer oyó el disparo y vio caer al centinela, corrió al cauce del río, pistola en mano, pero a nadie encontró...

—¿Y el centinela, muerto?

—Como todos los demás. Y con éste van catorce.

—Catorce —repitió el encargado del tanque de agua.

—Catorce —dijo la tía Lola, dueña de un cuartucho frente a la minúscula estación, donde iban a hacer sus comidas el telegrafista, el mecánico encargado de la bomba que subía el agua al tanque del ferrocarril, y el capitán Medina, jefe de una pequeña escolta destinada a cuidar el puente de doscientos metros de largo sobre el rápido río de agua turbias. Sus comidas de huevos, elotes, pinole, cabrito al horno, tortillas de harina, y de cuando en cuando, asaderos que traían a vender de los ranchos cercanos, y queso de sabor amargo y corteza durísima.

Telegrafista y mecánico estaban almorzando aquella mañana, asombrados de que no hubiera podido ser descubierto el misterioso rebelde que noche tras noche, cuando el cielo comenzaba a colorearse de gris, disparaba desde el pedregal a la orilla del río, y con un solo tiro dejaba muerto al centinela apostando a la entrada del puente. Este puente era considerado por la Jefatura de la Zona Militar como de gran importancia estratégica, y vigilado continuamente por un fuerte destacamento, para evitar que los rebeldes lo dinamitaran, con el fin de cortar de su base de operaciones a las columnas de soldados que estaban presentando resistencia, al norte, a la avalancha de la revuelta. A la orilla sur del puente estaba un tanque de agua para las locomotoras, una pequeña estación en la que no había más empleado que el telegrafista, la casucha de la tía Lola y diez o doce tiendas de campaña para la tropa. Los soldados hacían su propia comida, y el capitán, el telegrafista y el mecánico, iban tres veces al día a la casa de la tía Lola a comer.

Ella era una vieja, una viejecilla común y corriente, sin nada excepcional bajo su cabeza blanca y su pañuelo amarrado a la frente; tenía un muchacho recogido, Miguel Ángel, a quien decía *Miguel Diablo* por lo travieso que había sido siempre; un muchacho que

tendría diecisiete años, pero un cuerpo de hombre de veinticinco; gran nadador que cruzaba el río de lado a lado en las crecientes y se divertía en sacar de las aguas turbias los grandes troncos, empujándolos con la cabeza y nadando vigorosamente hacia la orilla pedregosa; además montaba muy bien a caballo, y con la carabina era formidable tirador. En la casucha, mataba las gallinas, partía la leña, e iba al pueblo cercano todos los días por elotes.

—Catorce, que están alineados allí enfrente, a dos metros de la vía...

—Pero el de anoche será el último —dijo una voz fuerte a la puerta de la casucha; era el capitán Medina, soldadote de bigotes en alto y grueso capote gris, sobre el que colocaban sus fornituras y sus armas: la pistola reglamentaria y el largo sable recto—. Será el último —añadió— porque ya sé quien es el bandido...

—¿Qué quiere almorzar, capitán? —dijo la vieja.

—Todavía no. ¿Dónde está Miguel?

—En el corral, partiendo la leña.

En efecto, se oían los golpes acompasados del hacha sobre los maderos; el capitán, sin quitarse el casco de corcho, ni los guantes de piel de perro, y sin soltar su fusta, se encaminó al corral; en el centro estaba un muchacho enorme, desnudo de medio cuerpo arriba y mostrando un torso de luchador; con el pie acomodaba troncos sobre un madero hendido a la mitad, y levantaba el hacha suavemente, descargando golpe tras golpe, hasta que el tronco quedaba convertido en ocho o diez leños triangulares. A pesar de estar de espalda a la puerta del corral, Miguel se dio cuenta de la presencia de un extraño, y suspendió su trabajo, sin volver la cara. Frente a él, un montón de leña picada dejaba asomar la culata de una carabina que Miguel había tratado de esconder.

—¡Muchacho!

—Mande, mi capitán...

—Óyeme, tú sabes que cada noche un centinela del puente es asesinado...

—Sí, capitán.

Miguel volvió a partir leña con movimientos rítmicos y fuertes; los leños cortados iban amontonándose con precisión sobre la culata de la carabina que estaba al descubierto, y ya sólo quedaría visible la mitad, pero la contera brillante podía llamar la atención.

—¿Dónde estuviste tú anoche?



—Hubo baile en el pueblo...

—¿Y a qué hora volviste?

—Serían las siete, capitán, porque salí del pueblo cuando estaba clareando...

El muchacho seguía cortando leña, sin precipitarse, partiendo en cada golpe el tronco en dos partes exactamente iguales. Ya sólo la contera brillante asomaba bajo los maderos partidos.

—¿Dónde está tu carabina, Miguel?

—Ya le dije el otro día que la vendí en el pueblo, y le enseñé las platas...

Dos golpes más de hacha, cuatro leños al montón, y el arma quedó totalmente cubierta.

—¡Te estoy hablando, majadero! —dijo el militar violentamente— ¡Deja de partir leña y mírame a la cara!

Y al mismo tiempo azotó con su fusta la espalda desnuda del muchacho, en la que quedó dibujada una cinta lívida primero, y después, poco a poco, roja. Miguel dejó de partir leña, y a pesar del latigazo, irguió el busto y sonrió triunfante:

—¡Búsquela si quiere, capitán! Ya la tiene Francisco Baca desde hace una semana.

—Sí, perro desgraciado. Baca se fue con los rebeldes con el arma que tú le vendiste...

Y violentamente, Medina fustigó al muchacho en la cara y en los brazos desnudos.

—Capitán, capitán —gimió la vieja lanzándose a abrazar a Medina— yo respondo de Miguel, él no ha hecho nada, le juro que no ha hecho nada...

—Ya lo veremos; mañana llegan los trenes militares, y le formaremos Consejo de Guerra; esta noche, lo tendremos encerrado en la estación, con un centinela de vista. A ver, Miguel, ponte tu blusa, estás arrestado.

El muchacho se dirigió lentamente hacia el cerco del corral, donde estaba colgada su blusa azul de mezclilla; la tomó y comenzó a colocársela, pero, repentinamente, de un ágil brinco traspasó la cerca, cayó en el pedregal, penetró en el río, y se fue nadando aguas abajo, a brazada larga. Inútilmente el capitán Medina descargó su pistola desde la cerca. Todos vieron cómo Miguel llegó a la orilla opuesta, un kilómetro más abajo del puente, se sacudió y echó a correr entre los mezquites.

Todo el día le estuvieron buscando los soldados, con órdenes de dispararle al verlo, pero todo fue inútil; la blanca llanura seguía silenciosa y desierta, bajo el cielo gris de invierno.

\*

En la pequeña estación, el capitán Medina, de codos sobre la mesa del telegrafista, contemplaba a éste traduciendo el traqueteo de un aparato receptor; el empleado, con los audífonos sujetos a la cabeza por una cinta de resorte, trazaba en papel letra por letra, y se iban formando las palabras que el capitán Medina leía de revés.

—Trenes militares, capitán...

—Sígale, sígale.

—Aquí hay algo para usted: “Capitán Medina, jefe del destacamento en Puente: Avíseme si podemos pasar inmediatamente hacia el norte, porque los rebeldes están atacando la capital del estado, y ésta no podrá sostenerse sino mañana. El jefe de la División, general Estrada”.

—Conteste lo siguiente: “C. jefe de la División: Hónrome en participar a usted que a pesar de los frecuentes ataques de los rebeldes, hemos podido sostenernos en el Puente, aunque con catorce bajas; los trenes militares podrán pasar inmediatamente. Atentamente. El jefe del destacamento, capitán Medina”.

—”El jefe del destacamento, capitán Medina”, repetía el telegrafista...

Y al poco rato, los aparatos dejaron de traquetear, el telegrafista se quitó los audífonos y con el capitán Medina salió de la pequeña estación. El invierno se acentuaba, y en la tarde gris, el viento helado de las montañas bajaba silbando por el desierto.

—Ahora lo van a ver estos desgraciados —decía el capitán agitando en el aire su mano enguantada— diez mil hombres, y seguramente que viene El Niño, el cañón más grande del ejército. Verá usted cómo viene en las plataformas del primer tren... Y en diez días, la revolución estará terminada...

Los dos se acercaban al puente, caminando a pasos irregulares sobre los durmientes de madera. Los soldados, envueltos en sus amplios capotes, ocultaban la cara y la carabina al viento, y golpeaban los pies contra el suelo para que no se les entumecieran. Había

un centinela a la entrada del puente, envuelto en el gris del abrigo militar, y asomando en los revuelos el largo cañón de su fusil,

Al otro lado del río, la landa interminable, cruzada por el triángulo larguísimo de los rieles que se desvanecían hacia las lejanas montañas, escondía bajo su calma aparente la febril actividad de los rebeldes, que en pequeñas partidas se acercaban con frecuencia a la vía, tratando de cortar comunicaciones y dejar aislada a la capital del estado y sin probabilidades de recibir refuerzos para su escasa guarnición. Pero nunca llegaban hasta el río: eran muy pequeñas guerrillas para atreverse con un destacamento de cincuenta hombres y sólo de cuando en cuando, en el horizonte, una columna de polvo acusaba el galope de sus caballos; sonaba el clarín, los soldados cruzaban el puente a paso de avance, se metían en sus loberas, y esperaban, esperaban inútilmente, porque los alzados se comprendían muy débiles, a pesar de sus ganas de apoderarse del puente.

—Ahora lo lograrán menos que nunca —gritaba Medina, fanfarrón y afecto a alzar la voz. Dentro de dos horas estará la columna aquí y nos iremos a pegarles a estos harapientos hasta debajo de la lengua... Ya tengo ganas de matar unos cuantos jijos...

Una explosión tremenda le cortó la palabra y lo arrojó al suelo, lo mismo que al telegrafista y a los soldados de la guardia: en el centro del puente, donde estaba la gruesa pilastra en que descansaban dos de los más grandes arcos, se levantaba una columna negra que parecía una pluma vertical sobre el cielo gris; toda la tierra había temblado al vibrar de la dinamita, y por el aire volaban los trozos de cantera y hierros retorcidos, cayendo sobre las aguas rápidas del río como una granizada. Pasado el primer momento, Medina, el telegrafista y dos docenas de soldados corrieron por el puente, todavía vibrante y ruidoso: el humo, disipándose lentamente, dejaba ver la magnitud del desastre; los dos arcos centrales, faltos de apoyo, se habían recostado en el cauce del río, cortados como por dos hachazos, y dejando vacío un tramo de cuarenta a cincuenta metros; las aguas seguían corriendo precipitadamente, llevándose las maderas destrozadas de los durmientes...

—¡Mire, capitán Medina, mire!

Los soldados apuntaban con sus carabinas río abajo e hicieron unos cuantos disparos, inútilmente, porque en la curva del río, a más de un kilómetro aguas abajo, salía del agua Miguel Ángel, se

sacudía como un animal que hubiera recibido un duchazo, y desaparecía en las primeras sombras de la noche.

A lo lejos resonaron los largos silbidos de una locomotora.

\*

Cuando frente a la pequeña estación se detuvo un largo tren militar con una plataforma y dos carros de caja por delante, la locomotora al centro y después unos carros extraños, cuadriculados de blanco y negro o pintados de colores y líneas fantásticas, en su pobre casucha, la vieja tía Lola estaba desmayada: su espalda cruzada a cintarazos por órdenes del capitán Medina y su cabeza blanca ensangrentada a golpes de rifle.

Y a la mañana siguiente, frente a diez o doce mil hombres formados en batalla, el capitán Medina, jefe del destacamento en Puente, era fusilado por órdenes de un Consejo de Guerra que lo juzgó por negligencia frente al enemigo.

\*

Ahora, en plena primavera, los trenes militares han pasado de norte a sur, lentamente, sobre los huacales de durmiente con que se sustituyó provisionalmente a los dos arcos de acero truncados por la dinamita. Las plataformas de la artillería ya no venían en el tren del jefe de la División, que había pasado el primero y a toda máquina; los demás trenes traían más heridos que soldados útiles; las jaulas de la caballada se habían quedado abandonadas en el camino por innecesarias; de la brillante División de doce mil hombres, volverían de tres a cuatro mil, derrotados por la revolución y por el invierno, en sólo tres meses. Cuando la misma columna pudo pasar hacia el norte, tres semanas después de la voladura, la nieve cubría la enorme sabana, y a lo lejos, los rebeldes, que habían ocupado la capital del estado, se fortificaban y se hacían de elementos de guerra, dinero, uniformes, armas, comían bien, dormían bajo techo... crecían en número diariamente.

—Semos millones, decían los de última hora.

Y así, la campaña estaba perdida para los soldados; ya no era tiempo de dominar una revolución creciente por segundos, arrolla-

dora, y que había estallado en otras partes al saberse el primer gran triunfo del movimiento, que fue la captura de aquella capital.

Las tropas en derrota se perdieron en las curvas que hacía al sur la paralela interminable, y una noche, los primeros trenes de los revolucionarios pasaron sobre los huacales crepitantes.

La tía Lola había ido por agua al tanque, y se detenía en el andén de la estación cuando uno de esos trenes pasó frente a ella a vuelta de rueda; no eran carros de soldados, sino elegantes vagones de pasajeros, iluminados espléndidamente. La viejecilla vio pasar uno de esos carros, de amplias ventanas abiertas, y dentro, largas mesas, a cuyo derredor, hombres vestidos de amarillo, con cierta elegancia, tocados con amplios sombreros tejanos, bebían cerveza y vino, charlando alegremente entre la humareda de sus cigarros. En la cabecera de una de esas mesas, Miguel Ángel, de pie, gesticulaba: era el mismo muchachón, pero con un soberbio vestido de gabardina cara, finísimo sombrero echado hacia atrás, y una mascada de seda roja amarrada al cuello; algo muy interesante debía estar contando, porque la atención de todos los del carro estaba concentrada hacia él, y con frecuencia le interrumpían los “bravos” y los aplausos.

La viejecilla permanecía atónita en el andén de la estación hasta que, bien cargado de agua el ténder de la locomotora, el tren reanudó su marcha iluminando la tierra silenciosa con grandes cuadros de luz, y perdiéndose pronto en la oscuridad.

La tía Lola se encaminó a su casucha con el balde de agua; el telegrafista y el mecánico del tanque estaban terminando su cena: chiles rellenos con queso amargo, borrego al horno, leche de cabra con pinole...

—Y a propósito, tía Lola —preguntó el telegrafista— ¿qué habrá pasado con Miguel Ángel?

—Sólo Dios sabe si se habrá muerto —contestó la viejecita recogiendo los trastos.

A lo lejos, el silbato de la locomotora que corría hacia el sur lanzaba su despedida.

## EL SAQUEO

En un rincón de las montañas de la Sierra Baja, sobresaliendo apenas sobre las copas verdes de los encinos, a la orilla de un arroyo

olvidado por la geografía y a muchos kilómetros lejos de caminos reales y vías férreas, había una casucha de adobe y troncos de pino, con un techo oxidado de pedazos de lata y tablas. En redor de ella un huertecillo en el que trabajaban una mujer y dos muchachitos, que apenas podían andar, escarbando en torno de las matas, haciendo bordos y regando planta por planta, con agua traída en botes desde el arroyo cercano. Durante el día, hallábanse solitarios en el silencio de las montañas desiertas, pero al caer la tarde llegaban un hombre, un muchacho, dos mulas y un perro, que eran el resto de los pobladores de aquella rinconada, y que de sol a sol trabajaban al tierra de las laderas, arando parcelas pequeñas y sembrando maíz, frijol y papa.

El hombre regresaba con una vieja escopeta al hombro, arma de mediados del siglo pasado, que cargaba por la boca, con pedazos de plomo redondeados a fuerza de dientes, y el muchacho, con una carabina 30-30 y una cartuchera punto menos que vacía. Muy pocas veces traían caza, que por aquellos rumbos de la sierra no hay más animales que el lobo gris y el coyote, y rarísimas veces el venado.

—Trabajamos hoy media fanega, vieja —decía el hombre al llegar— muy poco, porque los animales están cansados y nosotros nos juimos al mediodía pa arriba de la sierra a trair ocote.

El muchacho descolgaba del hombro un zurrón de manta, lleno de bellotas y piñones y algunas veces manzana silvestre, verde y ácida. Y la mujer, puesto el sol detrás de la línea sinuosa de las montañas coronadas de pinos, encendía los trozos de ocote, y a su luz, preparaba la cena; gordas de maíz, frijoles cocidos, leche de cabras, pinole y bellotas.

Después, en la noche impávida de aquellas soledades, la mujer y los dos chiquillos se metían a dormir en la choza de adobes y troncos de pino, mientras el hombre y el muchacho se quedaban entre las encinas, envueltos en sus gruesas mantas de lana color café, tejidas por los indios tarahumaras de la sierra alta, y con la escopeta al lado, el padre, y la Rémington a la mano, el hijo, pasaban la noche con un ojo abierto y el oído atento al murmullo interminable de los encinares.

—Ahí viene uno, padre —decía a veces el muchacho, más despierto y más fino de oídos, percibiendo a lo lejos el aullido de un lobo gris. Los dos echaban mano de sus armas, y cuando cerca del tronco de un encino o entre dos peñascos aparecían dos lucecillas

vedes a medio metro del suelo, sonaba un disparo, y padre e hijo seguían durmiendo a medias, con un ojo y una oreja sintiendo las palpitaciones de la noche.

A la mañana siguiente, la piel del lobo, restirada con seis estacas sobre la pared de adobes y troncos, se secaba al sol, y días después, el padre cosía teguas para toda la familia; ése era el calzado de los campesinos, sin tacones, y sólo una pieza de suela y dos más para el talón y la punta, modelo heredado de los pieles rojas de Tres Castillos. Salían también las guarniciones para el par de mulas, y en invierno, el padre, la madre y los tres muchachos se cubrían las carnes con pieles de lobo, que no pasaba la nieve.

Rara vez iba el hombre a algún pueblo de la comarca, ¿para qué? Tenían comida, tenían con qué cubrirse, y lo que no tenían, no podían comprarlo por falta de dinero; de modo que se pasaban mesis sin hablar con extraños, que sólo de cuando en cuando pasaban por la rinconada, trotando por la sierra en busca de minas de plata. Ni el hombre ni la mujer habían estado nunca en una ciudad y los muchachos ni siquiera conocían un pueblo, ni idea tenían de lo que pudiera haber detrás de las montañas que se esfumaban en el horizonte.

Cuando pasaba algún gambusino, el hombre le brindaba macuche y hojas de maíz para fumar, y le preguntaba:

—¿Todavía sigue don José María de gobernador?

—Todavía...

Y aquí acaba la conversación, porque no sabía nada más de qué platicar; le preguntaban las señas de unas cuevas arroyo arriba, donde era fama que había oro, y los forasteros seguían su camino; el hombre se quedaba chupando su grueso cigarro, y murmuraba:

—El mundo está tranquilo, gracias a Dios.

Una vez pasaron dos hombres a caballo, buscando un atajo por la sierra, y se detuvieron a la orilla del arroyo, frente a la casucha, a tomar agua; hablaron a la mujer y le pidieron comida, desparrramando en el suelo, frente a ella, grandes discos de plata reluciente; la mujer les dio gordas de maíz y frijoles cocidos. Llegó el hombre con su escopeta al hombro, y preguntó:

—¿Todavía sigue don José María de gobernador?

—¡Qué atrasado está de noticias, compadre! Hace seis meses que cayó, cuando ganó la bola. Ha habido tres, y ahora está el general Ávila...

—¿General Ávila? Nunca lo oí mentar...

—Es de los generales nuevos, de los que ganaron la revolución...

El hombre se quedó atónito. ¿Revolución? ¿Cuándo hubo revolución? ¿Y qué pasaría con el gobernador que mandaba en todo el estado y a quien nunca conoció sino por don José María? Se le ocurrió otra pregunta:

—¿Y los rurales?

—Ya no hay rurales; ahora todos son ciudadanos armados.

El hombre de la sierra quedó en silencio, sin tender una palabra. ¿Ciudadanos armados? Él había estado armado siempre y siempre hubo rurales. Lió un cigarro de macuche y se sentó frente a su casucha, siguiendo con la vista a los forasteros que a trote de sus cabalgaduras desaparecieron a poco en un recodo del arroyo.

Pasó un año, vino otro invierno; las montañas se cubrieron de nieve durante cinco semanas; el hombre había avejentado y los muchachos crecieron; el mayor, que usaba la 30-30, tenía ya unas zancas que asomaban bajo el vientre de la mula, cuando montaba.

Llegó un gambusino y se detuvo frente a la casa de adobes a pedir comida caliente; la mujer le dio rodas de maíz y el viejo le preguntó:

—¿Todavía sigue de gobernador el general Ávila?

El buscador de minas le miró sorprendido:

—Pero, hombre —respondió—, hace meses que lo mataron, cuando ganó la revolución. Ahora es gobernador el general Ortiz.

—¿General Ortiz? Nunca lo oí mentar...

—Es de los nuevos, de los que ganaron esta última bola.

—¿Pos cuántas bolas ha habido?

El forastero soltó la carcajada.

—¡Ya ni llevamos la cuenta...!

Se tiró de vientre a la orilla del arroyo a tomar agua, después montó en su caballo y se alejó al trote.

La sierra siguió impávida, mientras el hombre daba vueltas en su cerebro todas esas ideas nuevas que le habían producido las palabras de caminante; el sol desapareció tras la más alta línea de pinos, la mujer preparó la cena y cuando el muchacho sacaba sus cobijas para tenderse bajo las encinas, el padre le detuvo y le dijo:

—Hay revolución; más vale dormir dentro de la casa.



Septiembre. Una mañana sucedió algo verdaderamente extraordinario en aquella rinconada de la sierra: por el camino ondulante del arroyo aparecieron a la vista de la asombrada familia del campesino, primero cinco hombres a caballo, muy bien armados, que se detuvieron frente a la cabaña, y después cincuenta, cien, doscientos rebeldes villistas, todos de caballería, que en un momento cubrieron la rinconada con su improvisado campamento: fogatas, tiendas hechas con rojos cobertores, caballos sueltos en el huertecillo, monturas formando círculos en el suelo, y en la casucha, un hombre de veintiocho a treinta años, de sombrero tejano, altas mitazas amarillas y dos pistolas al cinto, moreno, de poco bigote y cabellera larga y quebrada, comía gordas calientes y bebía leche con pinole, hablando con el viejo de la casa.

—¿Qué'stá haciendo aquí, compadre? Véngase con nosotros, que vamos p'la capital; verá cómo nos metemos, y entonces sí, itres horas de saqueo para todos!

—¿Saqueo?

—Sí, hombre, se mete usté a las casas de los ricos y todo lo que pueda agarrar es suyo...

El viejo miraba asombrado, sin saber apenas qué contestar. A su lado, la mujer y los hijos contemplaban al jefe rebelde, sorprendiéndose de su poder extraordinario: tener a su mando tantos hombres, irse a tomar la capital del estado, entrar a las casas de los ricos para llevarse lo que quisiera.

—¿Dinero?

—Seguro, viejo, dinero; mira, hace dos años, cuando el general Villa estaba ahí, descubrieron quinientos mil pesos en oro, dentro de una columna de fierro...

—¿Quinientos mil pesos?

—Quinientos mil pesos, y naturalmente se los repartieron, porque eran de los ricos, de los dueños de las tierras, los que nos tienen oprimidos.

—Pero es que yo tengo mis tierras...

—¿Y qué? El día en que quieran te las quitan...

El viejo se puso lívido, pensando en que algún día fueran a echarlo de ahí. ¿Quién? ¿Por qué? Él no sabía de quién eran esas tierras; tenía veinte años en ellas, sin que nadie hubiera ido a preguntarle con qué derecho se había metido; él había hecho la cabaña, el huer-

tecillo; él había comprado las mulas, había sembrado; todo era de él, ¿por qué se lo habían de quitar?

—Pues ya verás; cualquier día vienen...

—Los recibimos a punta de bala...

—Claro está; pero es mejor que ahora que semos tantos, nos vayamos a la ciudad y les quitemos lo que tienen. ¿Qué tienes aquí? Dos mulas y un costal de maíz. Si te vas conmigo, en dos semanas puedes volver con un costal de oro...

—¿Puedo traerme lo que yo quiera?

—Todo lo que te encuentres...

Y así fue cómo el viejo y el muchacho dejaron el arado hundido en el surco, montaron las dos mulas, se echaron la escopeta y la carabina al hombro y se fueron con los rebeldes, dejando a la mujer un costal de maíz y un puñado de bellotas, para que comieran ella y los dos muchachillos mientras ellos volvían. Se llevó cada uno un costal con pinole y una botella de agua, y a una voz del jefe los doscientos rebeldes continuaron la marcha, uno tras otro, por el arroyo pedregoso. La rinconada volvió a quedar en silencio; la mujer y los dos chicos se pusieron a trabajar en donde había estado el huerto, ahora un pedazo de tierra escarbado por los caballos, cubierto de estiércol, sin una brizna de yerba.

\*

¡El 15! Banderas tricolores en todas las casas, en todos los postes, en todos los árboles, en toda la capital; iluminación espléndida, cohetes, músicas militares; el señor gobernador, de levita negra; los señores generales cubiertos de plumas, cordones de oro, botones refulgentes; la multitud, moviéndose lentamente, gritando, jugando, confeti... ¡El Grito! Campanas a todo vuelo, silbatos de vapor de las locomotoras y las fábricas, bocinas de los automóviles, alegría loca...

La media noche. Han apagado la luz eléctrica; ya no hay nadie en las calles; el gobernador, en su casa, festeja el día de la patria tomando champaña; los generales se han quitado tanta cosa que llevan encima; ya no les aprieta el cuello almidonado, ni les molestan las botas de charol. Silencio; las linternas de los gendarmes; llamadas de reloj cada quince minutos; los músicos militares dormidos; los soldados, encerrados en sus cuarteles; los centinelas, recargados

en los garitones y con un ojo abierto. ¿Quién vive? En las esquinas, grandes carteles impresos en verde y rojo:

“Día 16.—A las seis a. m., se izará el pabellón nacional con los honores de Ordenanza.

“A las 10 a. m., el señor gobernador, los señores... etc., etc., presenciaron el desfile de las tropas de la guarnición, desde el Palacio de Gobierno”.

Las tres de la mañana. Por una calle solitaria, abierta hasta la llanura, avanza una multitud de hombres montados; las pezuñas de los caballos, envueltas en trapos, no hacen ruido al golpear el pavimento; no había retintín de espuelas ni vibración de sables, ni voces; parecía que era una columna de fantasmas la que se aproximaba al Palacio de Gobierno. Un golpe de aldabón, asoma el viejo conserje, recibe una puñalada, y el tropel se precipita en el patio amplísimo del edificio, dando gritos de júbilo; desmontan los rebeldes y van a amarrar sus animales a las columnas, pues tienen órdenes de subir a las azoteas y ventanas de los pisos altos y disparar, disparar, disparar hasta que amanezca.

En el centro del patio hay una estatua, seguramente de algún héroe local, vestido de uniforme de la época de la Intervención Francesa, pisando un cañón desmontado y blandiendo en alto una espada, de la que no queda sino la empuñadura: kepís aplastado sobre la coronilla y dormán de cuello de pieles y dibujos arabescos en la espalda. En redor de la estatua un cuadro de cadenas. Los rebeldes fueron a amarrar sus caballos.

—Que perdone don Miguel Hidalgo —dijo uno.

—¿Cuál Hidalgo?

—El de la estatua.

—Ése no es; Hidalgo era cura...

—Cierto; entonces será Juárez...

—Ha de ser Juárez.

Arriba, en la azotea y los pisos altos, había comenzado un tiroteo tremendo; en la oscuridad de la noche, las descargas de los fusiles ponían una corona de lucecillas en los pretiles del edificio cuadrado, y poco a poco, conforme iban subiendo los últimos rebeldes del patio donde dejaban sus caballos amarrados, el ruido de los fusiles iba creciendo, hasta ser ensordecedor... Trac trac trac trac. Casi no había intermitencias en el tiroteo.

El hombre de la cabaña y su hijo habían entrado al gran salón del Palacio, donde alguno de los hombres encendió las cien luces del gran candil del centro; era un salón muy alto, de siete grandes balcones; entre uno y otro, enormes espejos repetían la majestad del salón en sus lunas purísimas; los otros muros, decorados de púrpura y oro, con pesados cortinajes de terciopelo orlados de largos flecos de oro; al fondo, un sillón de metro de ancho con una gran águila rampante bordada en el respaldo; el viejo y el muchacho estaban asombrados.

—Ora sí, hijo, coge lo que quieras —dijo el viejo precipitándose sobre el vaso de forma rara, colocado en el suelo a un lado del gran sillón: era dorado, brillante, y pesaba cuando menos una arroba; el viejo tiró un poco de agua que había dentro, arrancó de un tirón una cortina de terciopelo, cortó un cuadro del ancho de su brazada, y envolvió cuidadosamente su tesoro. El muchacho se puso a golpear un espejo con la culata de su carabina, hasta que arrancó un pedazo, en el que podría verse reflejado todo el enorme candil central, con sus cien luces encendidas...

—Ora, desgraciados —gritóles el jefe de la partida—; dejen eso para después, que ahí están ya los changos...

En efecto, los cristales de las ventanas comenzaron a caer hechos añicos, y a lo lejos el traqueteo uniforme de las ametralladoras y los toques de clarín anunciaban que los soldados atacaban vigorosamente el Palacio, ocupado por los rebeldes; en las azoteas de los edificios cercanos, grupos de soldados tiraban tras los pretilos, y por las calles otros changos avanzaban ocultándose en los quicios de las puertas y disparando sin cesar. Los villistas resistieron hasta el amanecer, descargando sus armas desde las cornisas y las ventanas, y rechazando más de una vez a los soldados, que con sus carabinas tendidas a la altura de los codos, avanzaban cautelosamente por las banquetas, protegiendo el cuerpo tras los salientes de los edificios cubiertos de banderas tricolores.

Era difícil desalojar a los rebeldes de la magnífica posición que tenían; ya habían transcurrido cuatro horas de tiroteo incesante, y el fuego de ametralladoras y fusiles no era suficiente para obligarlos a evacuar el Palacio, pero al amanecer, a lo lejos, resonaron nueve cañonazos consecutivos y las granadas estallaron en el centro de la fachada, rompiendo los muros del gran salón, derribando el candil de las cien luces, destrozando los espejos, espantando a los rebeldes, que todavía disparan sus carabinas acurrucados tras las planchas de

hierro de los balcones. Un centenar de campesinos corrió escaleras abajo hacia el patio donde estaban los caballos, montaron rápidamente en completo desorden y salieron por el portón del frente, a carrera abierta por las calles solitarias, perseguidos por el traqueteo incesante de las ametralladoras federales situadas en las azoteas; los rebeldes fueron dejando cadáveres en cada bocacalle, caballos y hombres; ya por un barrio apartado del centro, a unas cuantas cuadras de la llanura, iban el viejo montado en su mula, con el lío de terciopelo púrpura apoyado en la cabeza de la silla, y detrás el muchacho, a pie, cargando su pedazo de espejo. Le habían matado el caballo en una bocacalle, y seguía difícilmente a pie el trote del animal que montaba el viejo.

—¡Espérame, padre!

El hombre montado en la mula espoleaba su cabalgadura nerviosamente, sin volver la cara hacia atrás.

—¡Espérame, padre!

Trac trac trac trac... Sonó una ametralladora, y el viejo y la mula quedaron tendidos en el centro del crucero, horriblemente sangrientos.

El muchacho cayó sobre el cadáver del viejo. A un lado quedaron una escupidera dorada, medio envuelta en un pedazo de terciopelo, y el triángulo de un espejo roto, manchado de sangre.

### LA CUERDA DEL GENERAL

Poco antes de la medianoche, el comedor del club estaba en plena animación: todos los presentes, cuarenta o cincuenta, habíamos terminado de cenar y saboreábamos licores y tabacos en animadas charlas, esperando las doce campanadas que anunciarían la apertura de los salones de juego. El rumor de las conversaciones había crecido a tal grado, que dominaba por completo cualquier otro ruido, y a veces era necesario hablar a gritos para hacerse oír por los compañeros de mesa: en la nuestra era el anfitrión un caballero de cerca de sesenta años, ganadero riquísimo del norte, impecable en su aspecto y sus maneras, conversador delicioso, experto en vinos y seleccionador de manjares; nos había invitado a hacer los honores a varios platillos norteños preparados bajo su dirección en la admirable cocina del club y, en realidad, la cena había sido espléndida.

—Dentro de un cuarto de hora —nos dijo— se abre la sala de juego, y podremos tirar una banca...

—Por mi parte, renuncio —contestó a mi derecha el capitán Peralta.

—¿Cómo es eso? ¿Un militar, joven, bien parecido, con dinero, que no gusta del juego?

—Hace cinco años, mi querido señor, que no toco una baraja, ni una ficha, ni arrojo una moneda a un cajón de la mesa de *baccarat* o a una casilla de los tapetes de la ruleta.

El capitán Ricardo Peralta decía esto lentamente, sonriendo, sentado con displicencia, mientras su brazo derecho, apoyado en el respaldo del sillón, mantenía en alto el cigarro que despedía un leve humo gris. Era un oficial simpatiquísimo: no tendría arriba de veinticinco años, pero llevaba cuando menos ocho en el servicio militar y había participado en un gran número de combates, demostrando un valor temerario: era alto y erguido, su perfil alargado y sus ojos vivos le daban aspecto de ave de rapiña. Sonreía siempre, y hablaba y accionaba con un aplomo perfecto.

—Sí, señores, no volveré a jugar en lo que me falta de vida... —añadió— y debo advertirles que hace algunos años tenía tan arraigado el vicio del juego, que me pasaba las noches en vela manoseando barajas y fichas, o pendiente de las vueltas de la ruleta; supersticioso en extremo, huía de los ópalos, de las amatistas, tocaba madera siempre que cruzaba miradas con un bizco, entraba a las salas de juego con el pie derecho, y traía en el bolsillo una colección de amuletos: jorobados y elefantes tallados en marfil y hueso, tréboles de cuatro hojas en verde esmalte, patas de conejo, dedos de muertos envueltos en pergamino humano, herraduritas de oro... Nunca ponía mi gorra militar sobre la cama, ni mis botas con las puntas en sentido opuesto. Cuando me encontraba una herradura, daba una vuelta al derredor de ella antes de tomarla, y la levantaba con las puntas para arriba, para que su fuerza magnética no se fuera a la tierra si la colocaba en sentido contrario...

—Habla usted como un libro de magia...

—Me los sabía de memoria... Cuando estaba perdiendo en el juego, sacaba un pañuelo del bolsillo y lo ponía en el asiento y daba una vuelta a la silla; si eso era insuficiente para cambiar la suerte, me quitaba los anillos, las mancuernas, los botoncillos, la hebilla del cinturón, y echaba de mis bolsillos todo lo que fuera de metal:

lapiceros, plumas, navaja, dinero, porque el metal atrae la influencia maléfica...

—Entonces, ganaría usted siempre...

—Nunca, mi querido amigo, porque me faltaba lo que es realmente infalible: la soga de un ahorcado...

—Para usted, oficial en campaña, no sería muy difícil conseguirla...

—Ciertamente, pero a poco de haberla obtenido, me quité para siempre del juego.

Peralta echó la silla hacia atrás, se puso de codos sobre la mesa, apagó su cigarro en el cenicero y dijo:

—Yo no sé que opiniones tendrán ustedes sobre el espiritismo, o si, como sucede con la mayor parte de las gentes, no tienen ninguna; debo comenzar por decir que no creo que el alma, después de la muerte del cuerpo, pueda manifestarse a los vivos, ya sea en meras apariciones o en lo que los espiritistas llaman “manifestaciones físicas”, que es cuando las almas que vienen del otro mundo pueden obrar sobre cuerpos pesados, compactos. Tertuliano habla en términos explícitos de las mesas giratorias y de las que, por medio de golpecitos, forman palabras para contestar preguntas y dar consejos. Se atribuyen al alma de Luis XII de Francia veinticinco respuestas a otras tantas preguntas, en las que sostiene que el espíritu, para obrar sobre la materia, necesita un intermediario, el “periespíritu”, dando con esto la clave de los fenómenos espíritas materiales.

“Antes de la muerte de Saavedra, yo hubiera contestado con una sonora carcajada a quien me hubiera hablado de la posibilidad de que el alma de un muerto volviera al mundo; me parecían ridículas todas las consejas sobre ánimas en pena que andaban, dizque, espantando a las gentes por la noche, en demanda de sufragios para salir del Purgatorio, y las historias de apariciones que señalan el sitio de tesoros escondidos, para lavar culpas cometidas a su paso sobre la tierra. No de otro modo puede pensar un militar, acostumbrado a dormir en los campos de batalla, todavía regados de cadáveres espantosos, sin sufrir un minuto de insomnio por causa de los hombres destrozados por la metralla. Se acostumbra uno de tal modo al espectáculo de la muerte, ha visto tantos cadáveres ser desnudados por la soldadesca, zarandeados, conducidos en carretas, quemados con petróleo, colgados de los árboles, comidos por las fieras, que

se pierde la sensibilidad, la creencia en un más allá, y cree uno estar convencido de que una bala acaba con todo...”

—Bueno, bueno... Díganos, ¿qué pasó con la sogá del ahorcado y con Saavedra?

—Es algo verdaderamente increíble, y todavía esta noche, cuando han pasado cinco y seis años de aquella en que comprendí que Saavedra, a quien yo había ahorcado, había vuelto al mundo y de mi propia cintura se llevaba su cuerda, todavía aquí pienso si no habré soñado toda esta historia. Pero no fue sueño: todo el país sabe los principales detalles de este relato, y lo que voy a referirles no lo sabe todavía nadie, sino yo. ¡Mozo! Una copa de coñac, doble.

El comedor estaba ya casi vacío: la mayor parte de los socios del Club se habían pasado a los billares y la cantina, y sólo en dos o tres mesas se había prolongado la charla; los meseros, con sus trajes negros y su aspecto hierático, permanecían inmóviles en los marcos de las puertas. Peralta bebió su copa de un solo trago, encendió un cigarrillo y visiblemente nervioso, continuó:

—Yo he ahorcado a cuarenta hombres en una sola mañana. Seguramente más que el verdugo de Londres en todo un año, y voy a referirles mis experiencias, para que, si alguna vez se les presenta la oportunidad de ahorcar a un amigo, lo hagan con todo decoro. Ha de ser cosa muy desagradable ser ahorcado por quien no sabe improvisar en un árbol un cadalso cómodo, donde la muerte por suspensión se produzca rápidamente, sin grandes molestias para la víctima. Sin duda el mejor procedimiento es sujetarla por el cuello con una cuerda en tensión y repentinamente abrir una trampa sobre la que estaba de pie, o quitarle la silla: éste es un procedimiento lento, bueno para un suicidio o una ejecución preparada con tres meses de anticipación; pero cuando tiene uno que ahorcar “inmediatamente”, echa una cuerda a la rama de un árbol, mete el cuello de la víctima en la lazada, y a jalar hasta que el amigo saque la lengua. Naturalmente que tampoco hay tiempo de hacer un nudo de ahorcado, como se estila en la cárcel de Newgate, donde el verdugo tiene que entretener sus ratos de ocio en dar vuelta y vuelta a la cuerda hasta que el nudo salga perfecto; aquí ahorcamos con lazada común y corriente, que es incómoda porque despelleja el cuello y en unos cuantos segundos más lenta para matar. Pero, en fin, no hay otro remedio.



“¡Mozo! Otro coñac... El Viernes de Dolores del año de mil novecientos... diez y siete. A las cinco de la mañana, con el sol ya muy alto sobre los picos de la serranía, los villistas, que venían a marchas forzadas desde la lejana frontera con Durango, iniciaron el asalto sobre la ciudad de Chihuahua. Iba a registrarse un nuevo episodio en aquel duelo que meses antes habían iniciado, por una parte, Francisco Villa, faccioso indomable, en la plenitud de su vida de guerrillero, y Francisco Murguía, general de división, el mejor gallo que pudo echarle el gobierno. Yo pertenecía a las tropas del general Murguía, y participé en los combates de Estación Díaz y La Reforma, donde los villistas fueron vencidos, y en el de Rosario, donde el general Murguía tuvo que salir matacaballo, dejando a varios oficiales de su Estado Mayor tendidos en el campo de batalla. Tuvimos que retirarnos hasta Chihuahua, y tras de nosotros, Villa tomaba Parral, Jiménez, Santa Rosalía...

“Los infantes, metidos en las loberas y con el Máuser entre los muslos; los artilleros, asomando la cara hacia el desierto sobre las corazas grises de las piezas, no tuvieron mucho que esperar: los jinetes incansables del villismo estaban ansiosos de llegar a Chihuahua, y en tropel que levantaba una columna de polvo en el horizonte, avanzaban, avanzaban... Todo lo teníamos listo para la defensa: el cerro de Santa Rosa ceñía una corona, de la que los cañones de setenta y cinco eran doce picos grises; líneas de trincheras, espesos alambrados, nidos de ametralladoras, protegían la ciudad por el sur y el sureste, apoyándose en el cerro por un extremo y en el río por otro. Ahí estaba lo más fuerte de la guarnición, pues se esperaba que Villa insistiera en atacar por ese sector, donde meses antes había triunfado contra las tropas del general Treviño; pero por lo que pudiera suceder, unos cuantos cientos de infantes, con sus armas en larga línea de pabellones, pasaron la noche en la orilla norte del río, lamentándose de no poder participar en la próxima batalla.

“Las cinco de la mañana. Estos infantes apenas se desperezaban esperando el toque de diana, cuando de la sierra azulada, situada al noroeste de la población, se desbordó rápida e incontenible la caballería villista... ¿Qué había sucedido? Durante la noche, mientras los faros de Santa Rosa no pestañeaban, buscando a los rebeldes hacia el sur, Villa había ordenado que todos sus hombres, en una máxima jornada, hicieran un semicírculo en redor de la ciudad, vadearan el río arriba de la presa de Chuvistar, para caer al alba

sobre un sector que él creía desguarnecido. ¡Diez y seis leguas más de jornada por la sierra, para que los faros federales no se dieran cuenta del movimiento!

“¿Han visto ustedes una carga de caballería? Es algo imponente: las líneas de jinetes avanzan rápidamente por la llanura, sin disparar, mientras las ametralladoras y los fusiles de los defensores cantan su canción de muerte, sin cesar, sin cesar; las líneas oscuras registran grandes claros: caballos y jinetes se quedan en tierra, pero pronto se cubren los huecos, y la línea avanza, avanza; se necesita mucho valor para esperar una carga a pie firme. Nuestros infantes, sin trincheras, sin alambrados, retrocedieron por el centro de su línea, hasta apoyar en el río el vértice de un ángulo de fuego. Los villistas echaron pie a tierra, y quinientos de ellos avanzaron carabina en mano, en un supremo esfuerzo, terrible esfuerzo, para romper la línea y penetrar a la ciudad; los mandaba Saavedra, guerrillero temerario, villista de años atrás, que en el asalto de Zacatecas mereció un gran elogio de Felipe Ángeles. Villistas y soldados se mezclaron, combatieron a golpes de carabina y tiros de pistola, a gritos, a manazos e insultos. Los cañones de Santa Rosa, vueltos rápidamente hacia el norte, se quedaron con sus bocas abiertas hacia la llanura, en la imposibilidad de tirar contra la línea enemiga, sin destrozar la propia. ¡Qué angustia! ¡Una segunda carga de caballería se precipitaba de la sierra, a galope...!

“Pero en ese momento llegaron al frente de fuego refuerzos de otros sectores; el ángulo se cerró repentinamente por los extremos, como una enorme tenaza; cientos de villistas cayeron al fuego de las ametralladoras, y mientras cuarenta supervivientes eran desarmados, la segunda carga de caballería se detenía vacilante, volvía grupas y se retiraba al galope hacia la sierra. Entre los prisioneros estaba Saavedra.

“—Capitán Peralta —dijo el jefe del sector—, monte a caballo inmediatamente, corra al Cuartel General y dígame a mi general Murguía que tenemos cuarenta prisioneros...

“A galope atravesé plazas y recorrí calles hasta el Cuartel General. El general Murguía subía a un auto cuando yo llegué: apenas tuve tiempo de brincar del caballo y pararme frente al estribo, saludar militarmente e informar: Mi general, el enemigo se retira dejando cuarenta prisioneros. El general tenía frondosos bigotes de largas guías, que usaba apuntando hacia los ojos, pero era fama que

cuando una guía apuntaba hacia abajo, era porque el general estaba encolerizado; en ese momento, las dos colgaban... Ahórquelos, ahórquelos usted mismo... Rugió el motor del auto, y el general Murguía fuese al cerro de Santa Rosa, a presenciar la retirada de los villistas.

“Monté a caballo y piqué espuelas. Debo confesar que sentía un júbilo extraordinario; a los movimientos acompasados del trote, me hacían retintín en el bolsillo los jorobados, los tréboles y las herraduritas de oro; se alborotaban los huesos de muerto y la pata de conejo, presintiendo la llegada de un nuevo talismán. ¡La cuerda de un ahorcado! Me pareció lento el trote y aflojé la rienda; me pareció lento el galope, y restallé mi fusta en el cuello del caballo, azuzándolo con gritos cariñosos: ¡Corre, corre, encanto; tú y yo vamos a ahorcar a cuarenta...!”

Nos hemos quedado solos en el comedor: han apagado muchas luces, y sólo nuestro rincón esta iluminado. Peralta se había puesto de pie y montando una pierna sobre el respaldo de la silla, hablaba en voz baja, sorda, inclinado hacia nosotros: sus manos accionaban ampliamente, haciendo ademanes de jinete nervioso...

—¡Coñac! ¡COÑAC!

“Hay en Chihuahua una ancha calzada que va de la parte central de la ciudad hacia un barrio llamado del Santo Niño, situado en la otra margen del río; grandes álamos forman una larga valla, y sus ramas frondosas se entrelazan en la altura. Por ahí galopaba yo, rabiosamente alegre, cuando me encontré con el jefe del sector, que mandaba una corta columna de soldados; en medio de ella, los cuarenta rebeldes capturados, negros de pólvora, avanzaban arrastrando los pies desnudos o pobremente calzados con teguas. Al frente de todos ellos, Saavedra me hizo mucha impresión: venía cuidadosamente afeitado; sin duda había aseado su persona para dar la carga de caballería; no traía sombrero, vestía una guayabera de lino amarrada bajo de la cintura, pantalón de montar fino, de gabardina, polainas amarillas, y teguas, o sea calzado campesino, sin tacón. Era un tipo alto, y su tez, quemada por el sol y los vientos del campo, tenía restos de blancura de hombre fino; cabellos castaños coronaban su frente amplia y bien dibujada. ¡Ahorcarle! ¿Se imaginan ustedes lo que significa la cuerda de un hombre así?

“Naturalmente que en cualquier otro caso me hubiera conformado con la sogá que suspendiera el cuerpo del más insignificante

de aquellos prisioneros, muchachos fuertes o viejos imponentes, todos serranos de aquella región. Cansados, pero altivos en su derrota, apretaban las quijadas y nos miraban con odio. Desmonté.

“—Mi general —dije al jefe del sector—, el general Murguía dispone que los prisioneros sean ahorcados... aquí mismo...”

“—¡Ahorcar prisioneros! ¿Es posible?”

“—Son las órdenes, mi general.

“—Está bien, se los entrego.

“Recibí los prisioneros, ordené que los soldados descansaran en sus puestos mientras me traían cuarenta sogas de una tienda cercana; entre los villistas corrió la voz de que iban a ser colgados en las ramas de los álamos...”

“—Más valía haber muerto peleando— dijo un muchacho al que apenas le comenzaba a crecer la barba.

“—A mí, me da lo mismo —agregó un hombre de pelo entrecano, cubierto de polvo, que traía un anillo de oro en la mano izquierda—. Pa las veces que he visto la talaca de cerca.

Uno de los prisioneros, muy oscuro de color, que traía puesto un ancho sombrero de la región lagunera, murmuró algo en voz baja.

—”Cállate, prieto —dijeron los otros inmediatamente— aquí no se raja naiden...”

“Me trajeron las cuerdas, sogas corrientes, de lechuguilla, gruesas y rasposas, y dos o tres soldados comenzaron a hacer las lazadas: no se pueden hacer cuarenta nudos de ahorcar en un momento; y mientras estaban listas, se me acerca Saavedra y sonriendo me dice:

“—Capitán, ¿permite usted que escriba unas líneas a mi familia...? Vive aquí, en la ciudad.

“Le tendí mi cuaderno de apuntes y mi lapicero, y él comenzó a escribir lentamente con letra redonda, letra de maestro de escuela o de empleado de juzgado, una carta a su esposa.

“—¿Sabe usted? —me dijo el prisionero—. Ella no quería que yo siguiera de villista, cuando pasamos por aquí hace dos años, derrotados en Celaya, y siempre me decía: ‘¡Verás, Miguel, cómo han de matarte como a un perro...!’ y ahora, aquí tiene usted mi despedida, y le agradeceré se la lleve personalmente...”

“Su cara no revelaba la meno alteración cuando me tendió mi cuaderno de apuntes, abierto en la página escrita. Leí: ‘¿Te acuerdas que me dijiste que habría de ser muerto como un perro? Hoy se

cumplen tus deseos, pues me van a ahorcar.—Miguel Saavedra’, y una rúbrica larga, de fáciles curvas. ‘¡Listo!’, dijo.

“Volví a colocarme sobre mi caballo, ensillado con montura militar; tomé una sogá, busqué con la vista una rama que estuviera casi horizontal y tiré la punta de la cuerda por encima de ella. Aquí debo referirles otra de mis experiencias, para cuando se les ofrezca: busquen una horqueta, para que la segunda rama evite que la cuerda resbale por la rama, hacia el tronco, porque es muy difícil ahorcar a un hombre pegado al tronco de un árbol, ya que puede detenerse con las manos. Encontré una horqueta, y entre dos soldados condujeron a Saavedra debajo de la rama; uno le echó la lazada al cuello... ‘Me va a pelar el pescuezo’, dijo, y eso fue lo último; yo amarré la punta de la sogá a la cabeza de la silla, piqué espuelas, el caballo dio un salto hacia delante, y el hombre se elevó hasta quedar con los pies a metro y medio del suelo; tocaba con la cabeza la rama del árbol, porque el jalón había sido demasiado brusco... Efectos de la inexperiencia.

“La agonía de un ahorcado es realmente horrible: se le pone la cara morada, negra; los ojos le quedan abiertos, enormes, como dos huevos cocidos pegados a la cara, y la lengua como un pañuelo rojo, gorda; más bien, hecha una pelota negra y húmeda: el ahorcado sacude violentamente brazos y piernas, y en las manos, los dedos se le engarrotan... Al poco rato queda inmóvil, tieso, balanceándose lentamente.

“Los demás prisioneros habían callado; parecía que sobre la larga alameda había caído un espantoso silencio. Las caras de los villistas, algunas iluminadas por un rayo de sol que atravesaba el ramaje, se veían lívidas; el humo de la pólvora ya no les servía de máscara, pero no hablaron, no protestaron, no se movieron siquiera: unos, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y la cabeza inclinada hacia delante; otros, con los brazos cruzados y la mirada altiva de águila prisionera; alguno, fumando cigarro de hoja...

“Cuando ví que Saavedra estaba muerto, dí la cuerda a un soldado, que la amarró al tronco, y tomé otra. Repetí la operación, ahora cuidando de que el caballo no avanzara mucho en su brinco: nada más un tirón, que con eso basta; luego otra vez, y otra vez. A la novena, la rama del árbol comenzó a curvarse. Busqué otra.

“A las doce veces era yo un experto: ¡iqué limpieza, qué rapidez! Los prisioneros iban voluntariamente a colocarse bajo su árbol, sin

decir palabra, y algunos se ponían la cuerda en el pescuezo, cuidando de que no estorbara el cuello de la camisa; unos sonreían... ¿Inconsciencia...? ¿Nervios...? ¿Verdadero dominio de sí mismos? Otros miraban espantados. Todos estaban lívidos.

“No encontré otra rama en que cupieran nueve, y los fui formando en grupos de tres, de cuatro.

“—¡Qué feos nos vamos a ver! —dijo uno de los últimos. Pa' lo que te importa; aquí ni quién te conozca.

“Sonó una carcajada nerviosa, y todo volvió a quedar en un silencio horrible, un imponente silencio. A veces, cuando estoy en el campo, o a la media noche, siento ese silencio pesado caer sobre mi corazón y el viento de la noche me parece que mueve cerca de mí a cuarenta ahorcados... Entonces, tomo coñac, coñac, COÑAC... ¿Saben ustedes? Yo creo que si no hubiera sucedido lo que sucedió después, no me acordaría de todo esto con la precisión con que ahora lo refiero. En ese momento, yo tenía la seguridad de que para aquellos seres todo terminaba ahí, en la alameda de la calzada del Santo Niño. Pero después... después... Aquello fue espantoso...

“Bueno; pasó media hora; realmente estaba yo cansado: las cuerdas de lechuguilla me habían pelado la mano. Yo estaba sudando, y el caballo, jadeante, temblaba sobre sus remos como si tuviera fiebre. Quedó un solo villista, hombre como de treinta años, de bigote negro, caído a los lados de una boca ancha y sensual; debía tener un temple de acero para estar sobre sus pies, después de ver morir, uno a uno, a treinta y nueve de sus compañeros. Estaba apoyado en un árbol, hasta entonces desocupado; lo escogió para él, diciendo que no necesitaba compañero de viaje. Arrojó el sombrero de palma a un lado, y mientras se colocaba la lazada al cuello, me dirigió una sonrisa burlona, que me pareció satánica, y dijo:

“—Lamento que le háyamos dado tanto trabajo...

“Clavé espuelas, el caballo dio un salto y se paró resoplando...

“Después, de la cuerda de Saavedra corté un pedazo de algo más de un metro y me fui a dormir...

Las doce de la noche: se abrió el salón de juego inmediato al comedor, y frente a nosotros pasaron, animados, ansiosos, los aficionados al tapete verde; comenzó el ruido de las fichas, y las voces de los *croupiers*. A poco, cerraron la puerta de comunicación al comedor y todo quedó en silencio. Un último mesero, apoyado contra la pared, parecía dormido con la servilleta blanca en los

brazos cruzados, Peralta se ahogaba: tenía la cara roja y la frente le sudaba copiosamente.

“Jugué desesperadamente, locamente; fui a Ciudad Juárez con licencia, y en los garitos del Tívoli, del Gato Negro, del Central Bar, gané dinero a manos llenas: monedas de oro americanas, de veinte dólares, billetes en mazos, cheques contra los bancos; ganaba en la ruleta, en los albures, y cuando arrojaba los dados en el juego de *craps* sumaban siete, infaliblemente. Fui la sensación de los tahures, de las vividoras americanas que abundan en los garitos, el terror de los monteros. ‘Debe tener algún amuleto maravilloso’, decían todos, pero a nadie descubrí el secreto: un metro de sogá de Miguel Saavedra, amarrado a la cintura. Una noche hice saltar la banca del Tívoli apostando veinte veces seguidas al colorado. Me llamaron a Chihuahua. En el casino jugábamos el poker todas las noches, y no perdí nunca, ni una sola vez. El juego me había arrebatado; era el primero en llegar al casino y me quedaba al último frente a la mesa redonda. No me importaba precisamente el dinero: me daba lo mismo ganar una mano raquítica que una opulenta; el caso era ganar, ganar siempre...

“Un día, a un amigo mío de mucha confianza, regalé un trozo de la cuerda, como un decímetro de largo, que Martín mandó forrar de cuero, y quedó cosido por todos lados, duro y redondo como una salchicha. Por temor a perderlo si lo llevaba en la bolsa, dejaba el amuleto guardado en un cajón de su escritorio o de su ropero. ¡Qué sé yo dónde diablos lo guardaba!

“El caso es que una noche llegaba yo al casino. La calle estaba desierta; ni una persona en tres o cuatro cuadras de cada lado; los socios teníamos llave de la puerta; abrí, el vestíbulo estaba también desierto; se oía ruido en los salones de boliche, pero no se veía a nadie; frente al vestíbulo la escalera de mármol.

“Entonces fue cuando sucedió lo inexplicable, lo espantoso: dicen que un tal Mr. Home, espiritista de fama ha producido cien veces en sí mismo y en otras personas fenómenos de esa clase: espíritus que operan sobre cuerpos sólidos; a veces, son manos que recorren las teclas de un piano y producen música; otras, las mismas manos, visibles, llaman a las puertas, encienden las luces. No lo creo, pero este caso es rigurosamente exacto: cerré la puerta, y en ese momento llamaron a ella, con golpes perfectamente claros, que me extrañaron porque al llegar no vi a nadie que viniera en direc-

ción al casino; abrí y no había ninguna persona en la calle desierta; instintivamente me llevé las manos a la cintura y me cercioré de que tenía bien atada la cuerda de Miguel Saavedra.

“Atravesé el vestíbulo, donde no había nadie, subí la escalera, sin encontrar a nadie, y al llegar al extremo de ella, en el piso superior, me llevé las manos a la cintura y ya no tenía la cuerda. Me quedé sorprendido... ¿Sería posible que se me hubiera caído sin sentirlo?”

“Bajé revisando la escalera minuciosamente y no encontré nada; abrí la puerta, la calle seguía desierta; busqué en la banquetta, en mitad de la calle; volví al vestíbulo, a la escalera, por donde todavía no pasaba nadie. Un cuarto de hora de búsqueda desesperada dio el fatal resultado: la cuerda había desaparecido...”

“Subí al cuarto de los teléfonos y pedí el número de la casa de mi amigo:

“—¿Vienes esta noche al casino?”

“—Sí...”

“—Hazme un favor: préstame por esta noche el trozo de cuerda que te regalé.

“—Por allá te lo llevo...”

“Estuve esperando por casi media hora con una inquietud horrible: llamé a los criados y nos pusimos a buscar la cuerda por toda la casa con los mismos resultados, y dábamos la décima vuelta por la escalera cuando llegó mi amigo, lívido, balbuceando unas palabras que no entendí, jadeante, sin sombrero...”

“—Mira —dijo, y me tendió un pedazo de cuero, enrollado y cosido, que parecía una salchicha...”

“Lo tomé, lo apreté contra mis manos, y estaba vacío... cosido por todos lados, tal como lo habían hecho para forrar el decímetro de cuerda, sin señales de haber sido cortado o abierto en otra forma, pero vacío...”

“—Lo tenía guardado —pudo decir mi amigo—, pero ha desaparecido el pedazo de sogá...””.

Peralta no pudo continuar, se sentó rendido de fatiga y bebió un vaso de coñac.

Nosotros también habíamos quedado mudos y sólo al minuto pude preguntarle:

—¿Y desde entonces no juega usted?

—Aquí está la prueba...”



Me tendió su mano izquierda y vi que tenía un anillo con una piedra bellísima, de color de rosa, transparente, con fulgores verdes y rojos, radiantes... Era el ópalo más hermoso que yo he visto en mi vida.

### LA SUERTE LOCA DE PANCHO VILLA

El general Ángeles no quiso dormir. ¿Para qué? El Consejo de Guerra que lo había condenado a muerte dictó su sentencia a las dos de la mañana y la ejecución estaba anunciada para las seis; en el cuartel, ni un solo hombre dormía, con la excitación del próximo fusilamiento del que fuera el consejero decisivo de Francisco Villa, y desde los garitones, donde los centinelas repetían su monótono “¡quién vive!”; a cada instante, hasta los dormitorios y las cuadras, salía un vago rumor de conversaciones, pasos, órdenes; los soldados jugaban baraja a escondidas de los oficiales o limpiaban sus armas como si al día siguiente fuera a efectuarse un desfile a toda gala; los oficiales cruzaban continuamente el ancho patio golpeando la contera de sus largos sables de caballería en las losas de piedra; sobre las azoteas, desde los torreones, los centinelas repetían su “¡alerta!”. Y, de cuando en cuando, en el portón resonaba un:

—¡Caaaaabo de cuarto!

El prisionero estaba en un pequeño cuarto encalado, donde había un camastro, tres sillas y una mesa de pino sin pintar; sobre la mesa un candelero y una vela, papeles, periódicos; un libro de Renán, *La vida de Jesús*. La puerta, abierta, dejaba ver el movimiento incesante que había en el cuartel, y aun los grupos de curiosos que se formaban en la calle, esperando la hora del fusilamiento; imposible reposar sobre el pobre camastro, cuando se tiene la obsesión de los familiares lejanos, de la próxima muerte, y la inquietud de las gestiones de los amigos por el indulto. Sin embargo, el general Ángeles, sentado frente a la mesa y hojeando distraídamente el libro de Renán, no daba señales de gran nerviosidad, sino cuando recordaba a su esposa, a su hija, y para alejarlo de estos penosos recuerdos, los que estábamos con él procurábamos distraerlo pidiéndole que contara anécdotas de su vida guerrera. Así, alguien le preguntó:

—¿Y Villa? ¡Tantas veces se ha dicho que murió en un combate!

Ángeles sonrió, reflejando en su blanca dentadura la luz incierta de la vela, y dijo:

—El general Villa morirá de muerte natural, a los noventa años... tiene una suerte loca, y no le habrán de alcanzar las balas...

Se puso en pie y caminando por la cuadrada habitación relató cómo Villa escapó de morir en junio del año catorce, cuando atacaba la plaza de Zacatecas que defendían las tropas federales del general Luis Medina Barrón; su silueta vagaba por las paredes, esfumada por la tenaz luz del candil de estearina, y su voz, fuerte y clara, dominaba el rumor de colmenar del cuartel que velaba...

—¡23 de junio...! La llegada del general Villa a los campamentos revolucionarios frente a Zacatecas, era la señal de que debía comenzar el ataque contra los federales, posesionados de los cerros de La Bufa, El Grillo, de Clérigos y Loreto; nuestras baterías, ocultas en los derruidos corralones de una vieja mina, y tras unos crestones que las hacían invisibles a los federales, esperaban la señal de fuego, que debía darse a las diez en punto, simultáneamente al avance de la infantería desde Hacienda Nueva, al mando personal del general Villa’.

“Tronaron nuestros cañones, y poco después, la artillería federal contestaba, aunque sus primeras granadas fueron muy altas y muy largas; la batería de Saavedra, colocada detrás de nosotros, sufrió el desmonte de su primera pieza, y los sirvientes de las otras quedaron a poco rato inmóviles detrás de las corazas, muertos o heridos; las habían rastrillado completamente en un aterrador huracán de metralla; mientras tanto, nuestros infantes dominaron primero el cerro de Loreto, y entonces el general Villa vino a decirme que sería conveniente adelantar una batería hacia la nueva posición conquistada, para batir de ahí fácilmente a los federales; el general Villa, seguido de unos cuantos jinetes, se adelantó ansiosamente hacia Loreto, y seguramente los federales de La Bufa se dieron cuenta de que en aquel grupo iba un jefe, porque inmediatamente comenzaron a cañonearlo con insistencia.

“Una batería de artillería partió a todo galope hacia Loreto, y en pocos minutos estábamos en la falda del cerro, sin más herido que el mayor Bazán; en esos momentos, la infantería villista del general Servín ascendía por el cerro de la Sierpe, y estaba a punto de ser rechazada por la falta de apoyo de nuestra artillería.

“Una ametralladora mandada instalar por el general Villa en el ángulo de una semiderruida casa de adobes, facilitó algo el avance de la infantería por la cuesta del cerro, pero de todos modos, la artillería se estaba haciendo indispensable. La Sierpe era para nosotros una posición magnífica, porque dominaba el cerro del Grillo; subiendo nuestros soldados hasta aquella altura, los federales quedarían vencidos en muy poco tiempo, pero las banderas tricolores de nuestra infantería se habían detenido en mitad de la cuesta... ¡Momentos de ansiedad e inquietud, en los que se jugaba la suerte de la batalla...!

“Por fin, a todo galope de cuatro mulas llegó un cañón, bajo el fuego continuo de la artillería federal; había que emplazarlo desde luego, pero esta maniobra se dificultaba inesperadamente, porque una de las mulas, nerviosa por la mala colocación de sus tapujos, comenzó a pegar brincos a todos lados, amenazando con volcar la pieza. Fue un momento terrible, en que los artilleros trataban inútilmente de dominar al animal, enloquecido por los disparos, que eran tempestad, y cada momento más incómodo por la mala colocación de sus arneses.

“El general Villa estaba visiblemente inquieto: la infantería de Servín necesitaba el auxilio de la artillería, más que por el efecto que las granadas pudieran causar entre los federales, por levantar la moral de nuestros infantes; el fuego de las ametralladoras federales era continuo, y había obligado a nuestra infantería a detenerse en mitad de la cuesta, tirada de vientre, y quizá no tardaría mucho tiempo en replegarse.

“Entonces el general Villa, viendo que los artilleros, generalmente poco hábiles en el manejo de animales briosos, eran materialmente impotentes para dominar a la mula, cada vez más furiosa, desmontó de su alazán y avanzó hacia la pieza, tintinando las hebillas de sus amplias mitazas. Ya cerca del animal, dio una breve y ágil carrera, le cogió con la mano derecha de las crines y con la izquierda le oprimió fuertemente la nariz, y en un segundo la dejó quieta, parada en sus cuatro patas, todavía resoplando con fuerza que no bastaban a acallar los continuos disparos...”

“¡En ese momento sucedió algo terrible: una tremenda detonación a tres metros de nosotros, una nube de polvo, un alarido de terror... Un torpedo enemigo había estallado en el centro del grupo de jinetes que escoltaba al general Villa; el alazán de éste quedó

materialmente destrozado; varios de la escolta habían muerto: uno, con las dos manos arrancadas de cuajo, mostrando los huesos pelados de los antebrazos, la cabeza despedazada, el vientre abierto en muchas partes, las ropas negras por la explosión y la sangre; otro, con una cara espantable de terror, con la boca abierta y llenar de sangre, que se escapaba en dos hilillos por las comisuras de los labios...

“—¡No ha pasado nada! —gritamos—. ¡Hay que continuar sin descanso! ¡Algunos tienen que morir!

“El general Villa se retiró unos pasos, y fue a recostarse en un montón de arena.

“—Me duele la muerte de esos muchachos— dijo.

“A poco, nuestra pieza comenzó a tronar, y al cabo de quince minutos, los federales evacuaban el cerro; las banderas tricolores de la infantería de Servín ondearon en la cresta...”

Amanecía; en el patio del cuartel, doscientos soldados estaban alineados en cuatro filas, descansando sus armas; todo estaba inundado de una leve claridad; apagamos la vela; los clarines y tambores tocaron la diana, y nosotros, comprendiendo la proximidad de la hora fatal, guardamos silencio. Entró un oficial, con gola en el cuello y espada bajo el codo izquierdo.

—¿Está usted listo, mi general?

*Biblioteca del soldado*

TOMO I

Se terminó de imprimir en septiembre de 2013,  
en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso,  
S. A. de C. V. (IEPSA). San Lorenzo núm. 244,  
Col. Paraje San Juan, Del. Iztapalapa,  
C. P. 09830, México, D. F.

Su tiraje consta de 1000 ejemplares.

**Dirección editorial:** Lourdes Martínez Ocampo

**Cuidado de la edición:** Fania Fabiola Beltrán Parra

**Transcripción:** Dania Fabiola Beltrán Parra, Salvador Arturo  
Martínez Hernández y Lourdes Martínez Ocampo.

**Diagramación:** Lourdes Martínez Ocampo

La novela de la Revolución Mexicana fue uno de los mayores logros culturales producidos por ese gran acontecimiento fundacional del México del siglo xx, contribuyó a forjar la identidad nacional. En sus páginas, los escritores plasmaron sus propias vivencias y las de su entorno, por lo que poseen un fuerte contenido autobiográfico, pero además tuvieron la capacidad de crear situaciones y personajes literarios cuyas acciones no se ajustaban a los hechos históricos y, sin embargo, expresaban su propia visión, idealizada en algunos casos, desencantada y escéptica en otros, de lo que fue la vorágine revolucionaria. Gracias a sus novelas y relatos, el público pudo acercarse a conocer el proceso revolucionario, sus grandes personajes y sus batallas más importantes, así como la descarnada lucha por el poder y las pasiones humanas que movían a sus líderes y ayudaban a explicar los acontecimientos. La novela de la Revolución, junto con la pintura de nuestros grandes muralistas y con el cine nacional de mediados del siglo pasado, fueron los medios a través de los cuales la sociedad mexicana pudo conocer nuevas miradas y descripciones de lo que significó para la gente común de la época ese magno acontecimiento, fundador, en muchos sentidos, del México moderno.

*Patricia Galeana*  
Directora General del INEHRM